This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~PSpan 265.1~~

KH174

Harvard College Library

FROM

Harvard Law Library

LA LECTURA

REVISTA DE CIENCIAS Y DE ARTES

DIRECTOR: FRANCISCO ACEBAL

ADMINISTRADOR PROPIETARIO: C. DE VELASCO

AÑO IV

TOMO SEGUNDO

ADMINISTRACIÓN: *Cervantes, núm. 30.*

MADRID

AMBROSIO PÉREZ Y C.ª, IMPRESORES

Pizarro, 16. Teléfono 1.069

1904

PSpan265.1

2103.1/11

JAN 20 1915

ÍNDICE POR MATERIAS

Páginas.

ALDEA, por Gregorio Martínez Sierra..... 49
ARTE, por Leonardo Labiada..... 350

CARLOS REIS, por José Pessanha..... 459
CRÓNICA INTERNACIONAL, por Joaquín F. Prida..... 68, 202, 342 y 496

DE NORTE Á SUR, por Francisco Acebal..... 75, 208, 348 y 501

EDUCACIÓN INGLESA, por Juan Uña Sarthou..... 13
EL CENTENARIO DEL QUIJOTE, por Luis de Fors..... 45
ESCRITOR, por Juan Maragall 171
ESTABLECIMIENTOS DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN FRANCIA (LOS), por José Gascón Marín..... 175
EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES, por Leonardo Labiada..... 182 y 339

FEMINISMO, por Alice Pestana..... 187
FRANZ VON LENBACH, por A de Beruete y Moret..... 317

IMPRESIONES PEDAGÓGICAS DE ITALIA, por Diego Ruiz..... 464

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS, por Antonio Blázquez..... 160
LIBROS RECIBIDOS..... 150, 275, 423 y 588
LIBROS RECIENTES..... 106, 233, 381 y 544

MUSEO DEL ERMITAGE.—ESCUELA ESPAÑOLA, por A. de Beruete y Moret..... 33

NOTAS DE VIAJE: EL CONNECTICUT, por Leandro Cubillo..... 297

PERFECTO PESCADOR DE CAÑA (EL), por Miguel de Unamuno..... 447
POEMA DEL CID (EL), por Ramón Menéndez Pidal..... 27

QUIMERA (LA), por Emilia Pardo Bazán..... 1, 153, 277 y 425

Páginas.

REVISTA DE GEOGRAFÍA, por Antonio Blázquez..... 481

SOCIOLOGÍA, por Adolfo Posada..... 197

TEATRO POPULAR (EL), por Enrique Gómez Carrillo..... 320

REVISTA DE REVISTAS

ALEMANIA É INGLATERRA, por R. Kent..... 406

A PROPÓSITO DE LA GUERRA RUSO JAPONESA, por el P. Florencio Alonso..... 578

BREVES NOTICIAS DE LAS PORCELANAS JAPONESAS, por Raudolfo J. Jeare..... 385

CÓMO SE GANA EL DINERO, por A. Oscar Klaus-mann..... 134

COREA, por B. Simski..... 270

DE ALGUNAS ERRÓNEAS INTERPRETACIONES DEL ORDEN ECONÓMICO, por E. Cossa..... 137

DE POLÍTICA EUROPEA, por L. R..... 263

EL ANTICLERICALISMO EN FRANCIA Y EN INGLATERRA..... 393

EL ARTE DE TEJER TAPICES EN AKAB Y SMIRNA..... 149

EL IMPERIO DEL BOGDOKAN Y LA POLÍTICA UNIVERSAL, por P. Badmaief..... 267

EL NEODARWINISMO DE WEISMANN, por E. von Hartmann..... 131

EL NÚMERO SIETE..... 586

EL PELIGRO RUSO, por Noi..... 565

EL PLAN DE LA INSTRUCCIÓN GENERAL EN LA ROMA ANTIGUA, por E. A. Coelho..... 260

EL PRESUPUESTO DOMÉSTICO Y EL PROBLEMA DE LA ALIMENTACIÓN, por Fr. Kestner..... 555

EL PRIMER CONGRESO DE PROTECCIÓN Á LAS INDUSTRIAS DOMÉSTICAS, por W. Lecxis..... 261

EL RENACIMIENTO DE LA MÚSICA LATINA, por M. D. Calvo Coressi... 582

Páginas.

El teatro en China, por S. N. di Bresca..... 562
El tratado del trabajo entre Francia é Italia..... 411
En la corte de un Mikado del siglo XX, por Edwin Wildman.... 571
Escolástica, humanismo y reforma, por Franco Maggioni..... 138
España: ayer y hoy, por L. Higgin..... 118

Federico Krup & C.ª..... 140
Feminismo..... 136

Gaspar Núñez de Arce, por M. A. Rotero..... 240

Hacia la paz, por Noi..... 259

Joaquín Sorolla y la pintura española actual, por Leonard William..... 121
Julio Verne, por A. E. T. Olan..... 568

La civilización japonesa, por Ladislao Batalhoa..... 412
La comedia entre los antiguos, por Luigi Napoli..... 408
La declaración anglo-francesa sobre Egipto y Marruecos, por M. Minteguiaza..... 577
La educación de la memoria en la escuela, por J. J. van Biervliet..... 387
La escritura á mano y la escritura á máquina, por E. Engel.... 560
La filosofía de H. Spencer, por J. Villa..... 410
La guerra en el Extremo Oriente, por Charles W. Dike..... 125
La guerra ruso-japonesa y la opinión europea, por René Pinon. 243
La guerra y la paz, por René Millet..... 241
La higiene en las vacaciones, por Julio Bustamante..... 413
La Mandchuria, por B. Simski..... 414
La música religiosa, por M. Baixauli..... 237
La niñez delincuente, por N. N..... 577
La novela entre los antiguos, por Luigi Napoli..... 257
La obra americana en Filipinas, por M. Hauser..... 114
La pajdología: su historia y estado actual, por Martín Navarro..... 108 y 235
La pequeña industria en Francia y en el Norte de Europa, por Erik Giscov..... 146
Las enfermedades del lenguaje musical, por José Ingegnieros.. 578
La situación religiosa en Francia, por Paul Passy..... 547
Las últimas palabras de hombres ilustres..... 148
La vejez, por Elie Metchnikoff..... 579
La vida política y parlamentaria en el extranjero.—España, por ***..... 112

Páginas.

LENGUAS CLÁSICAS Y MODERNAS, por S. Silva..... 139
LEÓN NICOLAIEVICH TOLSTOI, por Hel'en Lindgren..... 575
LOS DERECHOS DE LOS ANIMALES..... 137
LOS DOS PARTIDOS, por Turati..... 409
LOS ÚLTIMOS AMORES DE GOETHE..... 116

MADRID: PERIÓDICOS Y REVISTAS, por Eduardo Zuleta..... 240

NUESTRA POLÍTICA EN MARRUECOS, por ***..... 581
NUESTRO ACUERDO CON INGLATERRA Y LA POLÍTICA FRANCO-INGLESA, por G. L. Jarai..... 389
NUEVA POLÍTICA AMERICANA RESPECTO DE LAS INMIGRACIONES, por Paul Dehn..... 132

POLÍTICA DEL TRABAJO, por Benjamin Taylor..... 248
PORNOGRAFÍA ANDANTE, por Ricardo Cunha..... 566

QUÉ DEBEMOS APRENDER DEL JAPÓN, por Gallenkamp..... 266

REPRESENTA RUSIA LA CIVILIZACIÓN ARIA?, por Karl Blind..... 399
REVISTA COMERCIAL, por Tomás Mendoza..... 386
REVISTA DE CUESTIONES ECONÓMICAS: ESPAÑA Y MARRUECOS, por Ch. de Princé..... 391

SIR JOHN LUVOCK, por A. Körber..... 559
SOBRE EL SENTIMIENTO DE LA ENVIDIA, por Diego Ruiz..... 383
¡SURSUM CORDA!, por J. Soarez..... 260

UNA HISTORIA NUEVA DEL MUNDO ANTIGUO, por Th. Sonmerland. 128
UNA PÁGINA DE LA HISTORIA ECONÓMICA DE FRANCIA, por R Robert. 402
UN FEMINISMO ACEPTABLE, por el P. Alarcón..... 110
UN SECTARIO RUSO: ABBAKUM, por A. Kizebetter..... 417

VIDA POLÍTICA: EL DERECHO ELECTORAL PARA LA MUJER, por E. Peschkau..... 404

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Páginas.

ALREDEDOR DEL DELITO Y DE LA PENA, por C. Bernaldo de Quirós. 354
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO..... 519
APUNTES DE PSICOLOGÍA CIENTÍFICA, por José Verdes Montenegro.... 376
AVILA DES SAINTS, por Alfredo Poizat..... 217

DOVERI SOCIALI DELL ETA PRESENTE, por Giovanni Vidali..... 357

EL CAMPESINO GALLEGO, por Prudencio Rovira..... 364
EL INTRUSO, por Vicente Blasco Ibáñez..... 523
EL JUICIO PERICIAL Y SU PROCEDIMIENTO, por Joaquín Costa..... 219
EL PULSO DE ESPAÑA, por Luis Morote..... 366
ESTUDIO SOCIOLÓGICO Y ECONÓMICO DE LAS ISLAS CANARIAS, por R. Ruiz Benítez de Lugo..... 537

IL DESTINO DELLE DINASTIA, por A. Renda..... 508
IL MATERIALISMO STORICO E LA SOCIOLOGÍA GENERAL, por A. Asturaro 210
IL REGNO DI NAPOLI AL TEMPO DI CARLO DI BORBONE, por Michelangelo Schipa..... 222
INSTITUCIONS DE CULTURA SOCIAL, por Cebriá Montoliú..... 220

JAVIER DE MIRANDA, por Juan F. Muñoz y Pavón..... 528

LA CANCIÓN DE LA MUERTE, por Vicente Medina..... 90
LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL, por Benjamín Kidd..... 219
LA EDUCIÓN MUSICAL, por Alberto Lavignac..... 512
LAS CLASES PASIVAS, por Emilio Ríu..... 529
LAS MUJERES DE ZOLA, por E. Gómez Carrillo..... 361
LE PROCES DU LIBRE ECHANGE EN ANGLETERRE, por Daniel Krick... 521
LES SOCIETÉS COOPERATIVES DE CONSONNATIÓN, por Charles Gide.... 515
LOS JUDÍOS ESPAÑOLES, por Angel Pulido..... 369
LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS EN EL SIGLO XX, por Ricardo Beltrán y Rózpide..... 212

MADRID HACE CINCUENTA AÑOS..... 372
MOISÉS, por R. A. Urbano..... 95
MORS IN VITA, por Antonio de Hoyos..... 534

Páginas.

PAISAJES, por Antonio de Zayas..... 93
PROBLEMAS SOCIALES CONTEMPORÁNEOS, por Aquiles Soria..... 89
PROBLEMI DI RELIGIONE, DI POLITICA É DI LITTERATURA, por Gaetano Negri..... 81

REVUE DES COURS ET CONFERENCES..... 352
ROJA Y PINTA, por José Acebal y González..... 216
RUSIA CONTEMPORÁNEA, por J. Juderías..... 368

SIMULACIÓN DE LA LOCURA ANTE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL Y LA CLÍNICA PSIQUIÁTRICA, por José Ingegnieros..... 87
SOCIOLOGICAL QUESTIONS, por M. Giddings..... 84

TEATRALERÍAS, por Felipe Pérez y González..... 92

UN LIBRO CHILENO SOBRE CHILE, por B. Vicuña Subercasaux..... 224
UN LIBRO NOTABLE SOBRE HISTORIA MEJICANA, por Francisco Bulnes. 98
UN SOCIALISME EN HARMONIE AVEC LA DOCTRINE ECONOMIQUE LIBERALE, por Eugeno Rig Nano..... 506

VISIONES DE ESPAÑA por Manuel Ugarte..... 540

ÍNDICE POR AUTORES

Páginas.

ACEBAL (Francisco), De Norte á Sur..... 75, 208, 348 y 501
ALTAMIRA (Rafael), Notas Bibliográficas..... .. 220 y 352
ALVAREZ DE TERÁN (Dolores), Revista de Revistas árabes.... 148 y 586

BERNALDO DE QUIRÓS (Constancio), Notas Bibliográficas. 87, 219 y 368
BERUETE Y MORET (A. de), Museo del Ermitage.—Escuela española y Franz von Lenbach..... 33 y 317
BLÁZQUEZ (Antonio), La cuestión de Marruecos, Revista Geográfica y Nota Bibliográfica..... .. .. 160, 481 y 212
BRETÓN (Tomás), Nota Bibliográfica.... 512

CUBILLO (Leandro) Notas de viaje: El Connecticut... 297

DORADO (Pedro), Notas Bibliográficas... . ..... 81, 210, 354 y 508

FERNÁNDEZ PRIDA (Joaquín), Crónica Internacional. 68, 202, 342 y 496
FORS (Luis de), El centenario del Quijote..... 45

GASCON MARÍN (José), Los establecimientos de instrucción pública en Francia y Notas Bibliográficas..... 175 y 519
GÓMEZ BAQUERO (E), Nota Bibliográfica..... 372
GÓMEZ CARRILLO (Enrique), El teatro popular..... .. 320
GONZÁLEZ (José M.ª), Revista de Revistas españolas y francesas. 108 112, 234, 241, 383, 387, 577..... ... ... y 579
GONZÁLEZ BLANCO (Edmundo), Nota Bibliográfica..... . 376
GONZÁLEZ BLANCO (Pedro), Notas Bibliográficas..... 216
GUERRA (Angel), Notas Bibliográficas..... 90, 361 y 529

JUDERÍAS (Julián), Revista de Revistas escandinavas y rusas. 140, 267, 414..... ..... y 568

LABIADA (Leonardo), La Exposición de Bellas Artes y Arte. 182, 339..... .... y 350

Páginas.

MARAGALL (Juan), Escritor..... 171
MARTÍNEZ SIERRA (Gregorio), Aldea..... 49
MENÉNDEZ PIDAL (Ramón), El poema del Cid 27

ONTAÑÓN (José), Revista de Revistas Alemanas.... 128, 261, 402 y 555

PALACIOS (Leopoldo), Nota Bibliográfica..... 515
PARDO BAZÁN (Emilia), La Quimera..... 1, 153, 277 y 425
PESSANHA (José), Carlos Reis..... 459
PESTANA (Alice), Feminismo..... 187
POSADA (Adolfo), Sociología y Notas Bibliográficas.... ... 197 81 y 506

RUIZ (Diego), Impresiones pedagógicas de Italia.. 464

SANTACRUZ (Pascual), Nota Bibliográfica..... 369

TERÁN (Luis de), Revista de Revistas Italianas y Portuguesas. 136, 139, 257, 260, 408, 412, 562 ... . y 566

UÑA SARTHOU (Juan), Educación inglesa y Revista de Revistas Inglesas y Norte Americanas..... .. 13, 118, 248. 393 y 517
UNAMUNO (Miguel de), El perfecto pescador de caña y Notas Bibliográficas.... .... 447, 98 y 224

ZEDA, Notas Bibliográficas..... 523

C 4 805
Spain 1165

LA·LECTVRA

REVISTA·DE CIENCIAS·Y DE·ARTES·

Harvard College Library
Dec. 24, 1904
Transferred from
Harvard Law Library.

Director: Francisco Acebal
Administrador propietario: C. de Velasco

SUMARIO

La Quimera..... Emilia Pardo Bazán.
Educación inglesa..... J. Uña y Sarthou.
El poema del Cid..... Ramón Menéndez Pidal.
Museo del Ermitage.—Escuela española..... A. de Beruete y Moret.
El centenario del «Quijote»..... Luis de Fors.
Aldea..... G. Martínez Sierra.
Crónica internacional..... Joaquín F. Prida.
De Norte á Sur..... Francisco Acebal.

Libros:

Problemi di religione, di politica e di letteratura..... P. Dorado.
Sociological questions.—The american people.—The economic significance of culture..... Adolfo Posada.
Simulación de la locura ante la sociología criminal y la clínica psiquiátrica.—Problemas sociales contemporáneos..... C. Bernaldo de Quirós.
La canción de la muerte.—Teatralerías.—Paisajes.—Moisés (novela)..... Angel Guerra.
Literatura Hispano-americana: Un libro notable sobre historia mejicana..... Miguel de Unamuno.

Libros recientes.

Revista de Revistas:

Españolas é hispano-americanas..... J. M. González.
Francesas.....
Inglesas y norteamericanas..... J. Uña y Sarthou.
Alemanas..... J. Ontañón.
Italianas..... Luis de Terán.
Portuguesas.....
Escandinavas..... Julián Juderías.
Arabes..... Dolores Alvarez de Terán.

Libros recibidos.

Año IV. MAYO—1904 Núm. 41.

Imprenta de A. Pérez y C.ª, Fuencarral 14

LA LECTURA

LA QUIMERA, POR EMILIA PARDO BAZÁN

LAS CUATRO MEDITACIONES

PRIMER MEDITACIÓN — EN LA SOMBRA

Alrededor de mí, tinieblas. Allá en el fondo—tan lejos que su contorno se pierde,—un disco de claridad. Dentro de él, haciendo la señal misteriosa, la mano descarnada. Camino, y el disco retrocede, y las tinieblas me siguen, como perros negros que no aullan.

¡Ay de mí! En tinieblas estoy. Desde el primer día me dejaron sola y mis pasos fueron caídas. Obscuridad envolvió mis ojos; telarañas los cubrieron, y sobre ellos creció espesa la carne.

Quiero ver.

En medio de esta negrura, algo hay que me guía. El disco ya no se aleja con tanta rapidez. Se me figura que está quieto... No. Se desvía, pero suavemente, sin malignidad.

Quiero ver. Quiero oir. También este silencio enfría y agobia, como montaña que oprimiese mi pecho.

Una voz desmayada, susurro de un espíritu, que no forma acentos, que es música sin notas, me rodea.

Aliento que no sé de dónde viene, que se mete por entre mis labios, me conforta. La obscuridad es la misma, y sin embargo mis pupilas recogen partecillas de rayos invisibles que sólo en mi interior alumbran.

Quiero seguir andando, llegar á cualquier parte, siempre que vaya en dirección opuesta á mi morada antigua.

Porque yo moraba en paraje horrible.

No lo sabía; y moraba en un cenagal, y mi cuerpo pesaba mucho, á fuerza de estar cubierto del espeso limo.

Ni percibía siquiera las sabandijas de sepulcro que reptaban sobre mi piel, y al través de ella buscaban mi alma. A veces salía del charco y me extendía, para secarme, sobre abrasada arena; entonces los escorpiones hacían presa en mí, y la sed retostaba mis labios, hasta punto de agonía.

Y pensaba yo, en mi error, que las sabandijas y los escorpiones eran hermosos.

Por lo cual más baja estaba yo que ellos.

Torpe era y sobre mis párpados llevaba escrecencias que no me dejaban abrirlos.

Lo que juzgué sabor era amargura de ajenjo; lo que tuve por cristal era turbieza.

¿Será cierto que ahora voy rectamente? ¿Mis párpados habrán soltado su costra?

Me pesa aún el cuerpo. En el arca del pecho siento gravitar barras de plomo.

Quiero ir ligera, volandera.

Quiero vaciarme del todo, y dejar sitio á lo que va á nacer.

Arrancaré, limpiaré, despejaré, quemaré; con dolor, si es preciso; y mejor si es con dolor profundo.

Hay que quitar lo que oprime; hay que arrojar de la nueva morada á los duendes, á las sombras, á los muertos, á los espectros.

Duendes eran, y agitaban el aire.

Sombras eran, y arrastraban.

Muertos eran, y dolían, como el miembro cortado duele desde el cementerio.

Espectros eran, y hacían gestos para remedar la vida.

Vida les prestaban mis apetitos.

Mis apetitos zumbaban, nube de irritadas avispas.

Quiero abejas.

Quiero mieles, para mi boca seca de amargura.

Atrás los remedadores de vida. Vuelvan á la muerte y á la nada.

Les sostenía mi flaqueza, mi gozo, mi esperanza, mi frenesí.

Y cuando resuelvo enviarles otra vez á su reino irónico de mentira, oigo que el imperceptible murmullo musical forma acentos balbucientes, palabras rotas, que reconstruyo y que se escriben en mí con tinta de oro inflamado.

«Para gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.

Desnuda tu espíritu:
hallarás quietud.
Apaga tu fuego:
llama muy bella y activa se alzará después.
Avanza en la obscuridad:
tienta con las manos:
si caes, levántate y prosigue.
Séate dulce que corra sangre de las rodillas despellejadas.
No tengas miedo.
En la obscuridad palpita y se estremece tu destino.
Te llaman, te llaman, te llaman desde las tinieblas amasadas con rayos obscuros, como los que atravesaron tu carne, y te mostraron tus huesos, tu verdadera figura, la duradera».

SEGUNDA MEDITACIÓN.—LA ESCALA

Desnudo está ya mi espíritu, y sigo andando, andando. Entre la compacta negrura que me cerca, mis pies tropiezan con una escala; mis dedos se agarran á los montantes de hierro, duros, polarmente fríos, y empiezo á trepar.

¿Y si la escala no se apoyase en cosa alguna? ¿Y si bamboleándose conmigo, me precipitase al abismo, donde corre el torrente?

Apenas lo pienso, trepida la escala, luego pavorosamente se balancea. Oscila, oscila como un péndulo y oigo el acompasado retemblar de una campana al golpe del badajo—campana rota, que no suena y vibra.

Me rehago. Me resigno á caer. La escala no bambolea ya.

Sigo la ascensión. Peldaños, peldaños, la sensación de la enorme altura. Vértigo y en las palmas hormigueo que tienta á abrir la mano y á soltar los montantes. La escala oscila otra vez.

Me rezuma de cada pelo una gotita glacial. La piel de mis manos se ha quedado pegada al áspero hierro.

Y al agudo dolor noto mayor ansia de subir, de continuar, de engarzar peldaño con peldaño y tormento con tormento.

Aun no estoy en la cima.

Subo, trepo, me arrastro, alzo el pecho á manera de culebra pisoteada y malherida.

Me detengo, porque se me va el sentido y la fuerza se acaba.

Y entonces advierto que he llegado.

¿Adónde? Se me figura estar al pie de un muro colosal, hecho de tinieblas sólidas.

El muro tiene una puerta; la palpo y advierto la resistencia resonante

del bronce. Y en mí brota una voluntad de bronce también; pero ardiente como el bronce cuando corre por canalejas, derretido, en la fundición.

La voz tenue, balbuceadora, musical, me insinúa:

«La materia es limitada; pero no hay límite para ti.

Tú eres árbitra y entalladora y cinceladora de ti misma.

Elige.

Podrás degenerar en las cosas inferiores como los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas.

Si cultivas tu cuerpo, crecerás como planta; si tus sentidos, te revolcarás como el bruto; si tu razón, serás como los hijos de los hombres; si tu inteligencia pura, como los ángeles, y, si volviendo á tu centro te abismas en él, serás espíritu feliz.

Ni á murmurarte me atrevo lo que serás. Arcana es la palabra, arcano el presentimiento.

Déjate morir, y en el mármol de tu cadáver entalla tu estatua nueva.

Así que tenga forma, un soplo de amor la animará.

Y sólo entonces, bajo el soplo amoroso, conocerás que has resucitado.»

Sin aliento y sin ánimo me dejé caer ante la puerta de bronce.

El amor es ponzoña de víboras, pensé, y mi corazón está hinchado y negro porque no se recató de la mordedura.

Gangrenadas tengo las entrañas, y en mis venas corre el veneno de su descomposición.

¡He pecado, he pecado, he pecado!

La puerta entonces, majestuosamente, giró sobre sus ejes sonoros.

La sentí abrirse de par en par, y el aire que conmovieron sus magnas hojas me refrigeró, aliviando mi calentura.

La voz cantaba esta himnodia:

«Desde hoy ese corazón graso y pesado y que mordió el áspid va á serte extraído, y en su lugar te pondré otro leve, transparente, de diamante y llama; y con él amarás amores desconocidos, ternuras mozas, de aurora y de primavera en floración.

Abierta está la puerta; crúzala. Descubre el pecho; te lo sajaré, y verás cuán dulce es de recibir el corazón niño, cofre lleno de perlas que rebosan.»

Y franqueé la puerta, y todo seguía siendo sombra, pero sombra tibia, cruzada por soplos de brisa como la que viene de agitar ramas de árboles bañadas de sol. Descubrí sin desconfianza mi pecho, y sentí como si me arrancasen todo lo encerrado dentro de su caja y lo arrojasen lejos de mí.

Y en vez de padecer desfallecimiento, mi respiración fué más tranquila y mi cansancio se disipó y mis pies heridos se curaron.

Veía mi nuevo corazón como había visto el antiguo, al través de una placa de cristal; pero este no palpitaba: lo veía quieto, sin bullicio de sangre, alumbrado por una lámpara inmóvil, muy pura.

Y me dejé caer al suelo, que era de pradería tapizada de flores. Mis manos se hundieron en lo mullido y quedaron impregnadas de buen olor.

TERCER MEDITACIÓN—LAS LÁGRIMAS

Y lloré copiosamente, de alegría.

Según lloraba, decía muy alto, á fin de que me oyesen:

«Al quitarme mi corazón viejo, pesado y graso, debieran quitarme también este cuerpo donde anidaron los áspides y sobre el cual pasaron los reptiles fríos.

Quisiera perder estas manos y pies que los clavos no atravesaron, que no se endurecieron ganando pan ni se helaron esperando á la puerta del rico.

Quisiera un cuerpo transido, paralítico, acardenalado, ulcerado, de nervios retorcidos por la enfermedad y maceradas y marchitas carnes.

¡Quién se viese en el rincón de un pórtico, envuelta en raída lana, tendiendo la mano, recibiendo el escarnio ó la moneda!»

Y la voz de armonía susurró:

«Todavía los sentidos te obscurecen la llama de la lámpara interior.

Los clavos atravesarán tu espíritu, y el dolor será más agudo.

Los padecimientos y miserias de tu alma, peores que si atacasen tu envoltura mortal.

Has tendido la mano pidiendo socorro de bondad, y has sido despreciada, y la escarcha de la noche ha envarado tus miembros.

Has palpitado de sufrimiento; en la tortura has gritado.

Has padecido injusticia, y has tocado con la mano la concupiscencia y la bajeza y la dureza humana.

Y todo eso te ha macerado en mirra, para resucitar de la sepultura.»

Bajé la frente y supliqué:

«Un deseo consume á mi nuevo corazón.

Quisiera saber dónde está el aroma, porque á mí misma no me puedo sufrir; despido hedor.

¿Dónde se encuentra el nardo precioso?

¿El nardo espique, el nardo de Judea?

Mientras huela así mi vida pasada, creeré que estoy muerta y que soy como el desventurado á quien he visto ayer corriendo á caballo. ¡Cosa extraña, pues muerto está!

Dime si quieres tú que viva esta pobre mujer, ¡oh infinito, hacia quien

voy, pisando eso que tanto les envanece, eso de que se pagan, eso que les pudre todas las flores, eso que llaman cordura!

Cuando tú, ¡oh infinito!, me saques del foso profundo, hagan de mí lo que quieran aquellos que tienen forrado de grosura el corazón.

¡Ellos, del corazón, son ciegos y necios, aunque tienen los ojos claros!

Mi corazón ve, y porque ve, lloran mis ojos.

Lloran sin hincharse; lloran sin enrojecer; lloran invisibles lágrimas.

Me baño en un lago tranquilo, del país donde se llora callando.

Este lago de lágrimas y perlas no tiene orillas en cuanto mi vista alcanza.

Y cuando pregunto quién ha vertido tanta lágrima, la voz me contesta que son las lágrimas ocultas, que corrieron hacia dentro, que no quisieron hacer barro, y que son más hermosas que las descaradas en gritos y sollozos.

Porque las margaritas no se arrojan al camino para que las pisoteen animales inmundos, y lo mejor del espíritu no se comunica en la plaza.

Y estas lágrimas secretas hierven al sol del infinito querer, y abrasadas se vuelven fuego.

Como el vino embriagan y sostienen como la ambrosía.

Estas lágrimas son ruegos mudos; deseos, ansias, flechas rectas al blanco; estas lágrimas ungen, ablandan, punzan, mueven y fuerzan.

Son la bebida que aduerme y son el rocío sobre la tierra seca, surcada del escorpión.

Al caer ellas en lo árido, verdea y cría espiga.

Acrecienta, mujer, el lago maravilloso, baño de palomas, baño del Serafín.

Cada lágrima te acerca a mí un paso, y según lloras, gemas irisadas por luces de felicidad van recamando tus vestiduras nupciales».

CUARTA MEDITACIÓN.—CANCIÓN DE BODAS

Apenas entré en el lago cayóse mi vieja piel, mi piel de serpiente.

Angel me creía en mi orgullo, y serpiente era.

Mi nueva piel blanquea como el lino lavado y asoleado, y las lágrimas adheridas á su superficie me visten enteramente de una túnica de gemas finas, de oriente suave.

No merezco esta vestidura de fiesta real.

Ahora el infinito se me aparece en su verdadera forma, que es amor, y con su reverberación se enciende el caos y resplandece.

¡Cuánta iluminación!

Nace el amor; se ceba en la infinita hermosura; crece la llama; cobra ímpetu irresistible; nada queda que no se transforme en él.

Ya está hecha la unión, atado el lazo.

Amor, no te conocía. Te buscaba entre muertos, y vivo estás.

Te confundí con sombras, y la luz es consubstancial contigo. Te encerraba en mí, y ahora en mí no estoy yo; está el eterno amante.

¿Dónde me esconderé que no me roben este bien sumo? ¿Dónde celo esta ventura, que no le hagan las brujas mal de ojo? Porque el mundo es corrosivo al amor, y lo disuelve.

Si ven mi rica túnica de lágrimas emperladas, robarla querrán. Moverán las cabezas los necios del corazón, y dirán sentenciosos: Enferma está, trastornadas tiene las facultades.

Y á mi túnica nupcial podrán asechanzas.

Mi hermosura ofenderá su vista.

Me ha dado el eterno amante un resplandor de rostro, un aderezo, que lo ha vuelto más cándido que los jazmines; blancura de humilde fe. Me ha puesto más colorada que el rubí espinelo; porque el calor del amor me enciende y aviva mi esperanza.

Las caras de los que viven en el mundo me son odiosas; yo conmigo y con el que se ha apiadado de mi larga pena.

Yo conmigo y con el que no miente ni revuelve en su boca engaño y falacia.

Yo sin mí, pues he de darme tan por entero que no me quede ni sombra mía.

Ni la que era soy, pues ya donde encovaba el dragón nace junco y espadaña, y en el alma sin refrigerio de gracia brota la esperanza tan verde.

No me conocerían los que saliesen á cerrarme el paso: he cambiado del todo, y mi habla también. Me tendrán por extranjera, y ellos ya no saben la senda por donde se va á mi morada.

¿Qué tenían tus otras esposas, dímelo, eterno y leal amigo á quien voy? No más de un alma; un alma también.

Con la misma dote nos recibes; con igual ajuar.

Hiéreme á mí como á ellas las heriste, con llaga que no tiene cura.

Hiéreme hasta que salga de mí misma y me disuelva en tí y en tu regalo.

Hiéreme con la entrañable herida.

No me arañes la piel; hiere en lo central y hondo del alma, y quema y haz cenizas cuanto no eres tú.

Si aun queda algo ajeno á tí, purifica con el cauterio ese resíduo.

No he de ver sino tu faz, que es el sol.

No sufres tú que me reparta; no cabe ni lo más limpio si te quita un átomo.

Ni el amor tolera reparto; que si no es todo, no es amor.

Y si permites que así te quiera, dame fuerzas para llevar el peso del bien, á mí que soy débil y caigo rendida.

Si me levanto de noche y te busco y no te hallo, podré creer que tú también me abandonaste.

Y no serviría que yo por ahí preguntase: «¿Habéis visto al que deseo?» Porque la gente, divertida en pensamientos de vanidad, no me entendería; que no sabe lo que es amor.

Tendrías que volverte y llamarme por mi nombre, con silbo de zagal á oveja muerta de cansancio.

¿Qué es esto? ¿Mi nombre pronuncian?

¡No hay duda, mi nombre; la música deleitosa del nombre propio dicho con acentos de amor!

«¡Clara! ¡Clara mía!

No te detengas, esposa, la tarde declina, brillan las hogueras en las majadas.

No te detengas, el lobo se prepara á salir de su escondrijo.

No te detengas, yo aguardo en la linde del bosque, y mi casa está enramada de rosas purpúreas, cuyas espinas te clavaré, para que gimas de dolor celeste.

¡No te detengas, apresúrate!»

. . . . . .

La Ayamonte, que tenía la cabeza recostada en la diestra y el cuerpo lánguido reclinado en la meridiana de raso grís, moteada de botoncitos rosa, se incorporó súbitamente, respiró con ansia, y dijo casi en alto: «Es hora. ¡Algún día había de ser, Dios mío! Tú sabes que esto es lo único que me cuesta trabajo».

Esparció la mirada alrededor. La habitación, puesta con coquetería, con intimidad, con esa gracia viva que revela juventud, era una especie de tocador biblioteca, con dos rasgadas vidrieras, que caía á la calle. Una credencia dorada, de cajoncitos, sostenía dos Talaveras henchidos de rosas y lilas blancas, acostumbrado regalo matinal del Doctor Luz. El sol de Mayo, radioso, entrando por la ventana abierta, avivaba los tejuelos de las encuadernaciones de los escogidos libros, de poesía y mística, alineados en estanterías bajas, de madera de limonero. Un primoroso retrato francés, de dama empolvada y profanamente descotada, sonreía con incitativo melindre, á plomo sobre la meridiana recargada de fofos almohadones con espuma de encajes y hopitos de cinta: «la jaquequera», según Micaela Mendoza. Y en un ángulo de la estancia, descansando en grácil estela alabastrina ornamentada de bronce á cincel, el grupo delicadísimo de Psíquis y el Amor se enlazaba, blanco y casto en medio de su transporte. Los muebles, el decorado, sonreían, halagaban, alejando toda idea

de ascetismo. Nada menos ascético, más mundano que el atavío de Clara. Aunque para salir á la calle la Ayamonte vestía con lisura, sin picantes y especias de ultramoda, dentro de su casa era refinada, y pendían en su ropero vaporosos deshabillés y en sus armarios se apilaba un ajuar exquisito, nivoso. En aquella mañana, el crespón de China color rosa té de su *Vatteau*, se plegaba incrustado de rombos de amarillenta guipure antigua, y calzaban sus estrechos pies chapines de raso, sobre medias de seda, transparentes de puro caladas y sutiles. Sin saber por qué, al romper á andar este detalle de indumentaria fijó la atención de la ahijada del Doctor Luz. Se diría que era la primera vez que notaba la extremada sutileza de sus medias. Pensó: «El pie casi desnudo; el pie descalzo, puede decirse». Y sonrió de un modo involuntario.

Salió de su habitación, y por angosta escalerita de caracol, reluciente de frotaje, de enterciopelada barandilla, bajó pronto al otro piso, á las habitaciones del médico; atravesó la sala de confianza donde se reunían de noche, y se detuvo un minuto antes de pegar con los nudillos en la puerta del despacho. Su respiración se apresuraba, su garganta se cerraba, y repetía para sí: «No hay remedio, no hay remedio.»

—¡Entra, Clara, criatura!—dijo la franca y simpática voz del Doctor.

—¿Estás solo?

—Ya no—respondió él cariñosamente, abriendo y haciendo los honores. Sin conceder tiempo á ninguna zalamería, imperiosamente, la dama exclamó:

—Dá orden de que no recibes á nadie. Tengo que hablar contigo cosas reservadas.

El Doctor se estremeció. Temblón de pulso, hirió el timbre y, al asomar el criado, formuló la orden. Clara esperaba, flechada la voluntad, procurando la calma de las conferencias supremas.

—¿De qué se trata?—preguntó con cierta dignidad Mariano.—Su voz se había quebrantado un poco, y su sangre refluía al corazón, en oleada de angustia.

—Quiero que lo sepas antes que nadie, como es natural. Aunque soy árbitra de mí misma y no es un consejo lo que vengo á pedirte, padrino, —á tí sólo confiaré que voy á tomar estado...

—¿Estado?—repitió él, sin comprender.—¿Qué novedad era aquella? ¿Se habría arreglado lo de Silvio?

—Estado... Voy á retirarme á un convento.

El choque fué violentísimo. Luz brincó de sorpresa en el sillón, que había recibido, en dilatadas horas de trabajo y quietud, la impronta de su cuerpo. Sin embargo, algo parecido á lo que oía se le había venido á las mientes en los últimos tiempos, y determinaciones más trágicas había recelado. Formas del no sér temía para Clara: esta, sólo como una cente-

lla de extravagancia le había cruzado el cerebro. Se asombraría quien le recordase que él mismo había enseñado á Clara la definitiva verdad, la verdad mística por excelencia, en un experimento modernísimo de laboratorio.

Sobresaltado, Luz habló como un demente.

—Vamos, ya te pescaron, ya hicieron presa en tí... ¡Tus frecuentes salidas de esta temporada eran á la iglesia, y allí habrás tropezado con algún cura ó fraile listo, con un intrigante!... La mujer es materia dispuesta para tales cosas... Ea, sepamos el nombre del embaucador; ese no desconoce la cuantía de tus rentas...

Fruncido el entrecejo, desdeñosos los labios, Clara pronunció con lentitud categórica:

—No me crees tú capaz de mentir. ¡He ido á la iglesia espontáneamente, porque... se me ha ocurrido; he resuelto lo que he resuelto, antes de haber cruzado palabra con nadie acerca de... de estas cuestiones; me he arrodillado en el confesionario ayer por... por primera vez, desde hace años! Y *allí, allí* mismo, no he dicho palabra de mis planes. Ya quedas enterado, ya sabes tanto como yo!

Luz se cogió desesperadamente la cabeza entre las manos y calló. Apoyaba los codos en el tablero de la mesa, atestada de papelotes y libros, y su pelo revuelto, desbordándose de los dedos convulsos, que se incrustaban en el cráneo, le daba semejanza con una figura plañidera de titán aherrojado, vencido.

—Vamos, un poco de valor—murmuró Clara...—¡Yo te querré igual desde... desde allá, padrino! ¡Sólo por tí sentiré dejar el mundo, que ya sabes que vale... bien poco!—añadió con repentino alarde de humorismo, llegándose al Doctor é intentando besarle en la frente, cubierta por los mechones de la melena.—Luz se retrajo con una especie de gemido, y al separarse los dedos, pudo ver Clara los ojos, á la vez húmedos y ardientes, la cara desencajada de dolor.

—Imposible parece que tú...—murmuró; pero el Doctor, brusco y enloquecido, la rechazó, haciendo un ademán insensato.

—¿Yo? ¡Sí, yo debo alabarte la ocurrencia! De ingratos estaremos rodeados siempre; de ingratos, de sordos, de impíos. ¡Vete, vete! ¡Déjame abandonado, á mis años, con el recuerdo de penas muy crueles, que no te he contado jamás! ¡Déjame, destrozado, al borde del camino, y vete á cantar cánticos! ¡No tienes nada debajo del lado izquierdo del pecho, ni me has querido en tu vida!

—Tranquilízate, padrino mío, por favor—repitió Clara dos ó tres veces, como si aquella invitación á la tranquilidad se la dirigiese á sí propia. Luz proseguía, desatado:

—¡Yo no he antepuesto nada á tí! Hasta mis aspiraciones á dejar mi

nombre unido á algún adelanto, me importaron menos que tu bien. ¡Ya ves si te quiero! Todo por tí... ¿Tienes algo de qué acusarme? ¿He mostrado egoísmo nunca?

—¡Te estoy agradecida... infinitamente agradecida..! No me pesa sino afligirte... Si no me has enseñado á conocer á Dios, padrino, ha sido... porque creíste que no lo necesitaba. En eso te equivocaste; pero sin mala intención. Cuanto pudiste y supiste, otro tanto me diste. ¡Mi... mi misma conversión es obra tuya!

Luz se levantó; echó atrás su melena leonina, y súbito, envolvió á Clara en los poderosos brazos, apretándola hasta sofocarla.

—Te digo que no te irás—balbuceaba, perdida del todo la serenidad que su guerrera profesión y sus hábitos de labor científica le habían infundido siempre.—¡Te digo que no te irás; que no te apartarás de este viejo; que tengo el medio de que no te apartes! ¡Y no lo harás; no me dejarás solo, aunque te hayas vuelto tigre! Clara, Clara... ¿Cómo no lo has sospechado? ¿Cómo no lo has adivinado? No se trata de abandonar en sus últimos años á tu padrino, á tu tutor... Soy tu padre. ¿Lo oyes? ¡Soy tu padre! ¡Tu verdadero padre; el que te ha engendrado; á quien debes el sér!

Ella no dió un grito ni trató en el primer instante de desenramarse de los brazos... Dijérase que, sin saber aquella verdad atroz, la cobijaba en la conciencia; la sentía que perturbaba el culto del pasado, el sagrado culto de los muertos; el primitivo. Por algo habíale sido indiferente siempre el recuerdo del padre presunto, cuyo nombre tantos años llevó; por algo á la memoria materna había dedicado no sé qué nostálgica ternura, más de compasión que de veneración. Comprendía ahora la causa secreta de su especial manera de sentir, de sus exaltaciones pasionales, incorporadas á la masa de la sangre hereditariamente, desde las entrañas que la concibieron entre remordimientos y temblores, en hurto y delirio; y tan hondo se le había hincado ya á Clara el dardo de su nuevo espíritu, que su primer pensamiento fué para el alma de su madre, impurificada, separada del cuerpo antes de la expiación.—«Yo expiaré por tí»...—Y, despacio, sosegadamente, anegada en llanto, llorando la culpa ajena, se desvió del médico.

Luz se engañó respecto al manantial de aquellas lágrimas, y se precipitó, suplicante.

—¡Tu madre era muy buena! Mejor, mejor que cuantas mujeres he conocido. Sólo respeto merecía; si alguien procedió mal, fuí yo. Es decir..., mal no procedió nadie... De esas cosas... Si me permites que te refiera...

Clara hizo un ademán de infinita nobleza: extendió la mano y la apoyó abierta sobre la boca anhelosa, barbuda. El padre la devoró á besos ávidos.

—¡Ni palabra!... ¡Ni palabra! No soy yo quien ha de tomar cuentas; no soy yo quien puede acusar ni excusar. Mi madre era más buena que yo; sabes que no lo digo por hipócrita afán de rebajarme. Soy indigna de mi madre, y también de ese cariño tuyo. ¿Ves como el mundo no es mi puesto? Perdóname.—¡Perdonémonos! Necesito ser perdonada.

Al hablar así la Ayamonte pagó al autor de su vida el abrazo. Aquellos dos seres, unidos por el más fuerte vínculo—una misma carne, dos espíritus de esencia tan distinta,—permanecieron buen trecho abrazados, enviándose calor de consuelo contra el frío de la inevitable desgarradora escisión. Y cuando Clara, deshecha en suspiros y en sollozos, se desenraizó y traspuso el umbral, Luz no hizo nada por detenerla. Se echó en el sillón de nuevo, idiota de estupor y de espanto, pesaroso de haber dejado volar su secreto, ave sombría, por la ventana de la boca.

. . . . . .

(Se continuará.)

EDUCACION INGLESA, POR J. UÑA Y SARTHOU.

(CONCLUSIÓN) (1)

La enseñanza en la *Public School* es predominantemente clásica. La de las ciencias ocupa un lugar muy secundario De las veintiuna á veintiséis horas semanales que el muchacho pasa en la escuela, destina de quince á diez y siete á *classics*; de tres á cinco á matemáticas; de tres á cinco á idiomas vivos, y dos á ciencias. Puede decirse que el escolar inglés, apenas sabe leer, aprende latín y griego; que pasa su vida estudiando á todo pasto Virgilio, Plauto, Horacio, Herodoto, Esquilo, Homero. Si á esto se agrega algo de Historia de Inglaterra y de Historia antigua, no sistemática, sino por períodos especiales, algo de geografía, aún histórica, generalmente, y un poco de francés ó de alemán sobre obras literarias fundamentales, se tendrá el cuadro general de estudios de un alumno de Eton.

Puede formarse idea del trabajo de las llamadas *Science divisions*, en las que se estudia química en el laboratorio y algo de geografía astronómica, sabiendo que de todos los maestros del colegio sólo hay cuatro dedicados á estas enseñanzas, mientras que los estudios clásicos absorben la actividad de veintiocho, de diez y seis las matemáticas y de nueve los idiomas (2).

No hay, pues, gran diferencia con respecto á los tiempos más antiguos de las *Public Schools*, en los que ante todo se exigía al *Head Master* que supiera latín y griego, y en los que dominaban los clásicos en absoluto, siendo poco menos que desconocidos los estudios de matemáticas, ciencias é historia y literatura inglesas; tiempos en que los muchachos de Eton aprendían «algo de escritura y de aritmética los días de fiesta», y en que los mayores estudiaban «algo de geografía, según Pomponio Mela», y los que llegaban á estar mucho tiempo «algo de Euclides», y en los que la posición del maestro de matemáticas «era inferior en dig-

(1) Véase el número anterior.

(2) No es, pues, de extrañar que en la estadística de los grandes hombres del período de 1837 á 1897 figuren las *Public Schools* contribuyendo con 71, 52, 42, 37, 34, 29, 27, 26 y 20 por 100 á los servicios del gobierno, educación, sociedad, diplomacia, política, religión, leyes, literatura y prensa, respectivamente, y tan sólo con 5, 7 y 15 por 100 á las artes é industrias, marina, viajes, medicina y ciencias. (*Where we get our best men.* By A. H. H M.—Un folleto—Londón—1900.)

[illegible] se [illegible] de cabo á rabo [illegible] en verso latino y [illegible]. Lamenta el estudio de [illegible] pero re- [illegible] clásicos [illegible] como [illegible] publicado en [illegible] figura [illegible] *la educa-* [illegible] exagerado.

[illegible] tiempos exi- [illegible] sociedad y el [illegible] medio de otros [illegible] actual [illegible] es evidente [illegible] clásicos en [illegible] y muy espe- [illegible] clásicos está soste- [illegible] pero este espíritu [illegible] sin mengua [illegible] factores. Por lo [illegible] que la *public* [illegible] más de la totalidad [illegible] especialmente, y [illegible] pasa lo mis- [illegible] ellas, y para [illegible] Ya indiqué el [illegible] de escuelas gratuitas [illegible] escuelas muy caras para [illegible] se mantiene preocupado [illegible] a sus alumnos [illegible] inmediata. Eso lo aban- [illegible] a cultivar el [illegible] intelec- [illegible] personalísi- [illegible] en forma que se [illegible] para que el [illegible] *la pol[illegible]bol* no [illegible] se harán ó no [illegible] en sí, [illegible] mismo tiempo, [illegible] la enseñanza del *gentle-*

man, del hombre á quien su posición permite el lujo de cultivar su espíritu por el contacto con los grandes poetas griegos y latinos, de saborear en su propio idioma á Homero y á Virgilio, de depurar su sentido estético, de elevarlo y de educarse idealmente. Claro está que tal cuadro de estudios, comparado con el de nuestro bachillerato, parecerá pobre, desaliñado y hasta risible; ¡alumnos de segunda enseñanza que no estudian psicología, ni física, ni química, ni agricultura, ni historia natural, ni álgebra, ni geometría! Eso no es para nosotros concebible. Yo, ni lo defiendo ni lo censuro; sólo digo que por lo pronto debemos prescindir de comparaciones que, con toda la superioridad de nuestro «cuadro de estudios» legal, nos podrían dejar mal parados, puesto que, al fin y al cabo, no hay alumno de *public school*, por malo que sea, que no pueda escribir de corrido el latín por lo menos, y es positivo que hay bachilleres españoles, y quizás no constituyan excepción, que á cada paso tropiezan en la ortografía y en la gramática de su propio idioma. Y añado que, otorgado que nuestro plan fuera mejor en sus resultados, no cabría tampoco la comparación, puesto que la segunda enseñanza española es de carácter esencialmente democrático, una y única para todo el mundo, preparación para todas las profesiones y para todas las clases sociales; y no puede olvidarse, al juzgar de la inglesa, la nota esencialmente exclusivista y especial, aristocrática, si así se le quiere llamar, que la define y distingue.

Seguramente el alumno de la *public school* no puede comparar su cultura con la del bachiller francés. Hay muchacho en aquélla que compone versos griegos y desconoce la historia de su propio país, cosa que no le pasa al francés; pero quizás no sea tan fácil demostrar que éste tenga una inteligencia más disciplinada y, sobre todo, más apta para la investigación personal.

No cabe defender esos exclusivismos exagerados; pero es positivo que la educación idealista de la *public school* no ha perjudicado á la nación, que, merced á la variedad y complejidad de sus instituciones, ha hallado los elementos de la educación práctica, positiva y profesional en otras escuelas, siendo, al propio tiempo que el país de la educación clásica, el país de la enseñanza técnica, de la industria y del comercio, formando los hombres que van á distinto lugar y que persiguen distinto fin en sitio diferente, adecuado para cada objeto. Y en cambio, tal vez ese enciclopedismo del bachillerato á la francesa llegue, por exageración de su cualidad amplificadora, á desmenuzar y distraer las energías mentales, á hacer dudosa la vocación y á disolver la actividad, descomponiendo quizás una fuerza que, conservada en su integridad, hubiera sido más poderosa y más útil. Debilite ó no el enciclopedismo la energía mental activa, lo que sí se puede asegurar es que la educación clásica de las *public*

schools la tonifica, y que por sí misma, por el modo de practicarla y por su combinación con otras circunstancias, ha producido en las clases altas de la sociedad inglesa una elevación de pensamiento, una facultad reflexiva, una idealidad, un amor á lo bello y una seriedad intelectual que dan por resultado un tono de espíritu que tal vez no tenga rival en el mundo.

*
* *

Eton tiene, como he dicho, gran prestigio tradicional; pero las opiniones no están acordes acerca de si allí se trabaja poco ó mucho. Desde luego puede asegurarse que es difícil que los alumnos lleguen al *surmenage*, puesto que todos los días tienen varias horas de ejercicio al aire libre y de descanso, y los sábados, y á veces algún otro día, toda la tarde. La concurrencia de Eton no es, en general, de muchachos que tengan que apretar en el estudio; y de ahí que la característica que la opinión le atribuye sea la pereza; no obstante, el que quiere trabajar tiene elementos sobrados para hacerlo, y así lo prueba el alto nivel intelectual que alcanzan sus colegers, y el hecho, que no debe echarse en olvido, de que es la *public school* que ha producido mayor número de hombres eminentes. Según un estudio que tengo á la vista (1), Eton ha producido 186 hombres notables, de 1837 á 97, contra 72 Harrow, 60 Rugby, 56 Westminster, 52 Winchester, 38 Chaterhouse, y de 10 para abajo los demás centros docentes ingleses. Y de los hombres *extraordinarios (preeminent men)* ha producido nueve, contra cuatro Harrow y Rugby, tres Westminster y dos Winchester, Chaterhouse y Shrewsbuvy. Resultando, por tanto, que, á pesar de su criticada pereza, ocupa el primer lugar por los resultados de su educación, como lo ocupa por su historia y su riqueza. No obstante, en el valer del Etonian ha de influir, más que el mucho estudio, el modo de hacerlo. Las clases son poco numerosas, 20 á 30 alumnos cuando más, y no consisten en una mera exposición oral del profesor ó en el recitado de lecciones por el alumno, sino en una conversación sostenida entre ambos, en la que el alumno tiene que poner su actividad personal y su reflexión, discurriendo por sí mismo. La obra de la clase se completa por la del *tutor*, que en su casa vuelve á explicar y razonar, y, todavía de un modo más íntimo y personal, trabaja con el muchacho. Es muy interesante, porque da muy buena idea del tipo de trabajo de las *public schools*, la llamada tarea de vacaciones (*holiday task*) de Eton, que consiste en el estudio de obras como *Pitt*, por lord Rosebery, *Macbeth*, la *Expansión de Inglaterra*, de Seeley, etc., que hace el chico solo, según su

(1) *Where we get, our best, men*, ya citado.

leal saber y entender, exponiendo y juzgando en un trabajo que redacta y presenta á sus maestros.

Las deficiencias y exclusivismos de la enseñanza clásica resultan contrarrestadas en la práctica por los hábitos de cultura del país que, como es natural, penetran en la escuela. Así, por ejemplo, el amor á la lectura. En España se lee poco, en general; pero los muchachos jóvenes no leen nada, puede decirse que ni aun los periódicos, señalándose con el dedo como cosa rara y notable al que lee novelas; de revistas, libros de historia y de ciencias, no hay que decir; los textos, y pare usted de contar. En Inglaterra, por lo contrario, se lee muchísimo; lee el obrero en el tren á la ida y vuelta del trabajo; leen muchísimo las mujeres, y leen los niños. En Eton es cosa corriente ver á los escolares con sus revistas ó libros, tumbados en la hierba, leyendo horas y horas; y cuando yo estuve allí veían la luz cuatro publicaciones: *Eton College Chronicle, The Bantling, The Amphibiam* y *The Gnat*, redactadas por los colegiales, y á cuyas columnas transcienden el clasicismo, la afición al *sport* y el *humour*, tres notas muy salientes del mundo intelectual inglés. Es, además, abundante la literatura sobre Eton y sobre la vida de colegio, escrita principalmente para lectura de los colegiales. Es también manifestación de la cultura, como lo es del espíritu de sociabilidad, la existencia de *clubs* y *debating societies*, ya de cada casa de tutor, ya generales de todo el colegio, en las que se discuten temas de política y literatura, exclusivamente por los estudiantes, y en las que han hecho sus primeras armas—y sabe Dios en cuánto habrán podido contribuir á sus glorias posteriores—muchos de los grandes estadistas ingleses.

De todas suertes, aunque el estudio de los clásicos tenga sus ventajas, no siendo la enseñanza el fin esencial y característico de las *public schools*, no hay para qué buscar por ese lado sus mayores méritos. La escuela inglesa persigue, antes que enseñar al muchacho, educarlo, hacerlo hombre, formar su espíritu y su carácter; por eso en ella la clase y la enseñanza son una de tantas funciones, no la única, ni siquiera la más importante; por eso en ella no es indiferente el internado, sino que es esencial, porque necesita apoderarse del joven por completo, abarcar todo su tiempo, hacerle vivir su vida, único modo de educarle como hombre también para la totalidad de la suya, no para uno de sus aspectos parciales: ganar dinero, saber, ejercer tal ó cual profesión. Y este carácter educativo de la *public school* no es fruto del progreso ni innovación moderna, arranca desde su origen, y posteriormente no ha hecho más que conservarlo y robustecerlo. Ya el obispo Wykeham, fundador de la más antigua, Winchester, adoptó la máxima: *manners makyth the man*, palabras que, interpretadas en un sentido amplio, significan que consideraba fundamental algo que se refería, no al saber, sino á la

educación del hombre. Y tal sentido no se ha abandonado nunca, y seguramente seguirá inspirando á los educadores ingleses, porque es hoy idea generalmente arraigada en el país que la educación y la instrucción no se pueden separar, y que sólo es bueno el método que se dirige al hombre todo, no á su entendimiento, sino también á su voluntad y á su sentimiento.

De ahí que se persiga, ante todo, en una *Public school* la educación del carácter moral para conseguir, como pretendía el Dr. Arnold, la formación de *caballeros cristianos,* en cuyo concepto amplísimo entran como condiciones esenciales desde la limpieza corporal hasta la pureza de costumbres, desde la generosidad hasta el valor. la lealtad y la nobleza. Y eso no se enseña con libros ni lecciones: eso, ó está en la atmósfera y se respira y va á parar al alma para vivificarla y purificar sus íntimas reconditeces, como el oxígeno renueva las células del organismo, ó falta de la atmósfera, y entonces los espíritus se marchitan y se vician, como la sangre se empobrece y la célula muere. Por eso la *Public school* es tan celosa de su prestigio y de su reputación moral; por eso cuida de sus costumbres; por eso exige al maestro, antes que sabiduría, caballerosidad, ideas elevadas, moralidad; por eso envuelve al muchacho en su atmósfera; por eso le sigue en toda manifestación de su actividad juvenil, lo mismo la mental que la pasional ó la física, y por eso le educa lo mismo en la mesa que en la clase, en el campo de juego que en el salón, dando importancia á cosas que pueden parecer puerilidades al censor ligero, pero que son representación de algo muy profundo y muy real.

Censúrase por muchos ese predominio de los juegos corporales, esa casi veneración por los muchachos que en ellos se distinguen, considerándolo como un culto á la fuerza brutal y no viendo en ello más que el aplauso á la destreza ó al vigor físico. Y es cierto que quizás se exagere la admiración por el músculo (la *tyranny and the idolatry of athletics*), no diré que no; pero en el fondo de ello hay que ver, no la estúpida delectación que puede producir un acróbata, sino el homenaje al valor, á la serenidad, á cualidades que, regidas por una voluntad sana, pueden servir á causas nobles. Es muy digno de verse un partido de *criket* ó de *foot-ball* en el campo de la escuela. Allí se percibe que el juego no es pasatiempo baladí, sino algo tan serio y tan importante como lo más serio y más importante de la vida; reinan el silencio, el orden y la disciplina, y sobre todo en el *foot-ball,* que se presta más para apreciarlo, se da prueba de serenidad y de valor admirables, porque se trata de una verdadera lucha, en la que no suelen faltar los lesionados y hasta los heridos, que seguramente no interrumpirán con sus quejas la marcha del juego, porque una de las primeras cosas que aprende un muchacho inglés es á resistir impasible el dolor y la fatiga. ¡Dígase si esto no es de trans-

cendencia para la vida del individuo y para la vida nacional! La *Public School* ha querido y ha sabido hacer hombres que sepan morir por su patria con la sonrisa en los labios, y así ha podido decir el Duque de Wellington que la batalla de Waterloo se había ganado en el campo de juego de Eton; y así en la guerra anglo-boer se ha visto á los antiguos alumnos de las *public schools*, flor de la juventud aristocrática de la nación, figurar voluntariamente en primera línea y morir á centenares como héroes, sin que á nadie le haya parecido que hacían otra cosa que la única que puede hacer un caballero: cumplir con su deber. Y esto no es retórica: en Eton he visto yo un cuadro con los retratos de unos trescientos hombres, ninguno de los cuales llegaría á los treinta años, que estaban peleando ó que habían ya sucumbido en Africa, sin otro lema que el de su escudo: «Floreat Etona».

Lo que el Dr. Arnold deseaba, ante todo, ver arraigado en sus alumnos, era los principios morales y religiosos; después, la conducta de caballero *(gentlemanly conduct)* y, por último, la capacidad intelectual (*intellectual ability*). En esas palabras suyas de hace un siglo, está el programa actual de las *Public Schools*.

El Dr. Arnold trataba á los muchachos como caballeros y, con su respeto, los enseñaba á respetarse á sí mismos. Y apelando á su honor les hacía detestar la mentira, la falta más despreciable en la ética de la *public school*, porque se considera como un acto de cobardía moral. El Dr. Arnold decía á sus discípulos, cuando trataban de sincerarse con el testimonio de alguien: «basta; si usted lo dice, claro es que yo le creo por su palabra»; y así creció en la escuela una especie de sentimiento unánime de que era una vergüenza engañar á Arnold, «porque siempre le cree á uno (1)».

*
* *

Estas son las cualidades que hacen á los alemanes admirar las *Public schools* y decir: «Nuestras escuelas secundarias están muy por encima de »las inglesas en conocimientos; pero la educación de éstas es más posi»tiva, porque da mejor preparación para la vida»; y á los mismos grandes hombres ingleses atribuirles su propio valer. Canning, el eminente estadista, antiguo Etonian, decía: «Los extranjeros suelen preguntar cómo se »asegura la serie no interrumpida de hombres más ó menos eminentes en »el desempeño de los deberes parlamentarios y políticos en Inglaterra. Y »yo contesto (quizá con los prejuicios de Eton y Oxford) que, ante todo, »lo debemos á nuestro sistema de las *Public schools* y de las Universida»des. De esas instituciones sale el contingente de hombres preparados

(1) Stanley. Life of Dr. Arnold.

»para servir á su país en la Iglesia y el Estado. En las *Public Schools* y en »las Universidades es donde la juventud inglesa se capacita para los »deberes de la vida pública por una disciplina que juicios superficiales »han despreciado algunas veces. Hay raras y notorias excepciones; pero »yo en conciencia creo que *Inglaterra no sería lo que es sin su sistema de »educación pública, y que ninguna otra nación podrá llegar á ser lo que »Inglaterra si no goza de las ventajas de su sistema*».

La Comisión de 1861, en su Report del 64, dice también «que el »mayor servicio prestado por las *Public schools* al país, consiste en la »creación de un sistema de gobierno y disciplina para los muchachos, »cuya excelencia ha sido universalmente reconocida, porque ejerce in»fluencia perdurable sobre el carácter de las gentes y sobre la vida social. »No es fácil apreciar el grado en que los hombres ingleses deben á estas »escuelas las cualidades de que se enorgullecen, tales como su poder »para gobernar á los demás y para dirigirse á sí mismos; su talento para »combinar la libertad y el orden; su patriotismo, su fuerza y su virilidad »de carácter; su respeto para la opinión pública, profundo, pero no servil, »y su amor á los *sports* sanos y á los ejercicios corporales. Estas escuelas »han sido los semilleros más importantes de nuestros hombres de Esta»do. En ellas se han educado hombres de las más diversas posiciones en »un campo común de igualdad social; han hecho amistades duraderas »y han formado los hábitos de su vida. Estas *public schools* han tenido »quizá la mayor parte en la formación del carácter del caballero inglés».

Pero de todo lo que yo he visto en la *Public School* inglesa por mis propios ojos, nada me ha hecho pensar tanto en su verdadero valor como el entusiasmo y el amor que por ella sienten desde el *Head Master* hasta el último escolar. Sueña el padre de familia inglés con mandar á ella á su hijo, y se dan casos de asegurarle plaza desde que nace; sueña y se enorgullece el muchacho con ostentar el título de Etonian ó de Harrovian, y la recuerdan el hombre maduro y el viejo con amor y con respeto. No hay antiguo escolar de Eton ó de Harrow que no conserve hasta su muerte el orgullo de haberlo sido, y nada tan hermoso como ver á esos grandes hombres ingleses, estadistas, guerreros, poetas, que desde las cimas de la gloria vuelven los ojos á su antigua escuela con amor y con gratitud, contemplándola como la base real de la posición á que se han elevado. Quien, como el gran poeta Gray, le dedica un dulce recuerdo, en sentidos versos: «¡Felices colinas, dulces sombras—Campos amados—En los que vagó mi tranquila niñez, ajena á todo dolor!»

Ah, happy hills! ah, plea-ing shade
Ah, fields belov'd invain!
Where once my careless childhood stray'd,
A stranger yet to pain!

(Ode on a distant Prospect of Eton College.)

Quien, como el duque de Wellington, á la hora postrera de una gloriosa vida, queriendo dejar unido á su memoria el nombre de su escuela, mandaba que se le enterrara en Eton con un hermoso epitafio escrito en latín, que termina así:

«Si qua meum vitae decursu gloria nomem»
»Auxerit, aut si quis nobilitarit honos,»
»Muneris Alma tui est. Altrix da terra sepulchrum,»
»Supremam lacrymam da memoremque mei.»

(Si sobre mi vida se proyecta alguna gloria—Si algunos honores ilustran mi nombre, tuyo es el mérito—Aliento de mi niñez, recibe mi viejo polvo—Y otórgame una última lágrima de dulce recuerdo).

Las poesías de Byron están salpicadas de recuerdos de Harrow, escuela en que se educó, y es muy interesante la coincidencia de su pensamiento con el del duque de Wellington en unos versos de la composición *Lines written beneath an elm in the churchyard of Harrow*, en los que pide que la tierra que pisó su planta infantil cubra su cuerpo.

*
* *

Sigue á Eton en nombradía *Harrow School*, y la sigue tan de cerca que casi la iguala, y hasta tiene sus partidarios entusiastas que consideran su educación superior á la de aquélla. Era, pues, indispensable visitar *Harrow on the Hill*. Voy al día siguiente del *Speech day*, día de los discursos, de la distribución de premios, que diríamos nosotros, y en el camino leo la reseña de la fiesta en *The Gazette*, el periódico de Harrow. De ella entresaco algunas notas interesantes que confirman mis juicios sobre las *public schools*. Veo, desde luego, que ha acudido una numerosa concurrencia de lo más selecto de la sociedad inglesa: obispos, profesores, jueces, militares, aristócratas, gente de dinero; antiguos colegiales, en su mayor parte, que vienen á tributar su homenaje de cariño é interés á la Escuela. He conocido en Oxford un *fellow* de Magdalain College, antiguo alumno de Harrow, que al cabo de sus cincuenta y tantos años de edad asiste religiosamente á todas las ceremonias y fiestas de su escuela, con la que conserva estrechos vínculos.

La afición á los *clásicos* rebosa por todas partes. Casi toda la fiesta ha consistido en recitados griegos y latinos; lectura de composiciones, en estos idiomas, originales de los muchachos, representación de escenas de *School for Scandal*, de Sheridan, y de *Las ranas*, de Aristófanes.

Y, por último, en los discursos, hechos con ese tono familiar y sencillo, tan característico de los ingleses, se habla de la contribución de la escuela á la guerra del Transvaal, donde están más de 400 antiguos harrovianos. A este propósito, uno de los oradores—poco antes regresado

de la guerra— decía entre otras cosas: «que si en cumplimiento de su deber hubiera tenido el privilegio, aun en límite escaso, de añadir algo á los laureles de Harrow, sus trabajos no habrían sido inútiles».

Siempre el amor á la escuela, como se ve. Pocas noches antes de esto cenaba yo en *Garrick Club*, de Londres, con un amigo, antiguo harroviano, que me presentó á otros amigos suyos, que también eran antiguos colegiales. Se habló del Colegio, y como eran gentes echadas para atrás criticaban su actual marcha, porque encuentran que se van abriendo demasiado sus enseñanzas á las clases medias. Decían que los *masters* trabajan poco, y que se aprende poco; pero ellos ostentan su título de harroviano con orgullo; y á Harrow mandan sus hijos, según sus palabras: «para que respiren la atmósfera del colegio; porque es un ambiente »en el que se aprende á ser *gentleman*, á ser valiente y á ser fuerte, no »porque lo enseñe nadie, sino porque lo produce la tradición de la casa, »en la que hay una nota de honor colectivo, del que cada alumno se »considera partícipe y por el que se obliga á velar.»

Harrow está situado en una colina que se eleva sobre una extensa llanura, rompiendo la monotonía de este paisaje inglés tan igual. Contribuye á darle cierto aire pintoresco la forma puntiaguda de sus tejados y la aguja de la Iglesia, aquella aguja á que Byron se refería en sus versos, diciendo: «apenas podía ver tu flecha á través de una lágrima». *(But thy spire was scarce seen trough a Tear)* (1).

. . . . . .

Alrededor del colegio hay un pueblecito pequeño, lleno de jardines y rodeado de una frondosa campiña. Dista de Londres treinta minutos en ferrocarril, y, para los efectos prácticos, es pleno campo. Tiene enormes praderas para los juegos, y no le falta más atractivo que el río, defecto que, dada la importancia del *sport* del remo, no deja de ser una causa de inferioridad. El tono y el aspecto general son los de Eton; la misma distinción, la misma cultura. El traje aquí es tan estrambótico y poco adecuado como allí; si la chistera está sustituída por el sombrero de paja, en cambio, en lugar de chaquet llevan los mayores frac. Los pequeños van lo mismo en uno que en otro: con chaqueta corta y pantalón gris.

Traigo una carta de presentación para un *assistant master*, quien, como el de Eton (la hospitalidad inglesa es una verdad), me invita á tomar el *lunch* en su casa. Con esto se me ofrece ocasión de asomarme á un *home* y de apreciar una vez más el refinamiento de la vida de la clase media inglesa, no igualado fuera de Inglaterra más que por los potentados. ¡Qué casa y qué mesa! Y esta es la posición equivalente á la de un catedrático de Instituto. Pensemos en la diferencia de ganancias; aquí, en las grandes

(1) The Poetical Works of Byron. (The Chandos Clasics). *The Tear*, pág. 23.

public schools, como esta, un maestro tiene de sueldo alrededor de 300 libras, poca cosa para el pie de vida en que están montados; pero á esto hay que añadir lo que le produce la *tutoría y el hospedaje (boarding)* de los muchachos que tiene á su cargo, que es mucho. No obstante, más que la riqueza, lo admirable en estas cosas es el tono, el buen gusto y la vida refinada, que nosotros no podemos disfrutar, sino excepcionalmente y á mucha costa, porque no está en las costumbres ni en el medio ambiente.

Aunque Harrow comparte con Eton y Rugby casi toda la juventud aristocrática (más ó menos auténtica) inglesa, Harrow es menos exclusivista, y tiene un aire menos presuntuoso y más modernizado, por lo cual precisamente desagradaba á aquellos señores del Garrick Club. Fué en su origen una escuela de gramática *(grammar school)*, fundada, allá en 1571, para la «educación, enseñanza é instrucción de muchachos y jóvenes de su parroquia», por John Lyon, y, lo mismo que Eton, por virtud de esa evolución de estas fundaciones piadosas, se ha convertido en un colegio en el que la educación sale por más de mil duros al año. Nó dejó gran cosa el fundador; así es que la escasa renta se aplica, respetando su voluntad, al sostenimiento de una escuela pública y gratuíta para los chicos del pueblo, y la gran *school*, que no tiene bienes propios (cosa excepcional en su clase), vive de la matrícula de los alumnos y de los donativos. Pero ya he dicho que los *old harrovians* tienen gran amor á su escuela y no la abandonan; en los últimos cincuenta años le han hecho donativos por valor de 300.000 libras esterlinas, dato harto elocuente para demostrar que no es platónico el interés social por estas instituciones. Generalmente los antiguos alumnos de las *Public Schools* fundan asociaciones en las que se conserva el espíritu de compañerismo y de solidaridad, cuyos fines y efectos varían, desde la mera comunicación en banquetes y juegos, hasta el auxilio en la vida y la unión para realizar obras sociales. Eton, Harrow y otras varias tienen misiones en los barrios pobres de Londres para ejercer la caridad, y, sobre todo, para contribuir á la educación del proletariado. La de Harrow se llama *Harrow Mission Association,* y se fundó en 1883.

El Head Master de Harrow es un Reverendo como el de Eton (el clero tiene aun, por la fuerza de la tradición, poco menos que monopolizada la dirección de las escuelas), hombre bien reputado intelectual y moralmente, con un sueldo espléndido, capaz de dignificar por sí solo cualquier cargo: 20.000 duros. No por eso desdeña el tener chicos á pupilo en su casa, que le dejan pingüe ganancia; aquí la altura no hace perder la cabeza á nadie, y siempre triunfa el sentido práctico. Le auxilian en la enseñanza 45 maestros, de los cuales veintitantos se dedican á la clásica, ocho á matemáticas, tres á ciencias naturales, dos á idiomas vivos, seis al *modern side* (geografía, historia, ciencias físicas, etc.), y cuatro á la *Army*

Class (preparación para el ejército). Como se ve, al igual que en Eton, predominan los clásicos, pero se hace más por las ciencias que allí: en los dos primeros años se dan nociones generales para todos los alumnos. Hay un observatorio, un museo de historia natural, una sociedad científica que ofrece premios para las colecciones de plantas ó minerales, talleres de carpintería é ingeniería, y se trabaja bastante en historia moderna. De Harrow salen los chicos para las Universidades, ante todo; pero también para el servicio del Estado, para la ingeniería, los negocios y el ejército. Los planes de estudios no son cerrados, sino que se procura individualizarlos en lo posible adaptándolos á los gustos, aspiraciones y condiciones del alumno, mezclando enseñanzas de diferentes grupos. Y además de las clases, cuyos locales son, por cierto, mejores que los de Eton, y la *tuition*, los maestros explotan toda clase de elementos para mantener vivo el interés del muchacho hacia cosas serias y buenas. Así, por ejemplo, el maestro á quien he sido recomendado, que lo es de clásicos, trabaja en sus ratos libres en jardinería y botánica con unos cuantos de sus pupilos; otros catalogan y arreglan el museo; se fomenta la biblioteca, que he visto muy frecuentada; el cultivo de la música, los debates en una sociedad análoga á la de Eton, y no se olvidan las publicaciones de los chicos, que también tienen su periódico: *The Harrovian*, del mismo tipo que la *Eton Chronicle*. De sports no hay que hablar; salvo el remo, se cultivan todos con el mismo interés que en Eton, con el cual compiten en sus *matchs* de *cricket* y *foot-ball*.

En toda esta trama se encuentra agradable y totalmente aprisionada la vida del muchacho, y no es fácil que de ella escape su espíritu para ir á posarse en cosa mala; porque si es frívolo y ligero, la escuela le proporciona mil entretenimientos sanos, como le proporciona medios para cultivar su espíritu científico y artístico si es reflexivo y aplicado.

Harrow es, de las que yo he visto, la escuela en que se cultiva más el buen gusto del muchacho. La colección de sus adornos es perfecta: figuras del Partenon, fotografías de las obras maestras de la pintura, paisajes, etc., y bien se nota su beneficiosa influencia en los dibujos de los alumnos que, especialmente los de artes decorativas, son preciosos.

La organización es, en principio, la misma de Eton. Aquí hay al frente dos *visitors* y un cuerpo de *governors*: gente de posición y respetabilidad. Los primeros son el arzobispo de Canterbury y el obispo de Londres; los segundos el Conde de Spencer, el obispo de Durham, miembros del Parlamento, aristócratas y profesores. El tipo de vida y educación es el mismo de Eton: el *boarding*, *faggin*, *monitores* y *tuition*: y desde luego el castigo corporal aplicado poco más ó menos con el mismo criterio, sobre todo, para castigar la mentira.

En Harrow, como en Eton, como en todas las escuelas que he visita-

do, como en toda Inglaterra, hay hoy día una preocupación militarista absorbente, que pugna con todo el tipo de vida, con el carácter y con los antecedentes históricos de la nación. Todo lo hermoso que es el pensar que en aquellos campos de juego se hacen ciudadanos fuertes, capaces de las más árduas empresas, á estilo de los jóvenes atenienses, es antipático é injustificado ese afán de hacer soldados que ahora se ha despertado en estas escuelas. Se oye hablar demasiado del *drill* (ejercicio), del tiro al blanco y de los cuerpos de voluntarios escolares. Entusiasmo patriótico sí revelan, es cierto; pero también lo es que sin querer hacen pensar en ese militarismo á la francesa y á la alemana de que aquí se han visto libres hasta ahora, con indiscutible ventaja para su engrandecimiento.

*
* *

¡Qué profunda enseñanza encierra para nosotros la escuela inglesa! Con todos sus defectos y deficiencias, con sus exageraciones, con sus exclusivismos más ó menos reales, se nos muestra como institución vigorosa que influye en la vida nacional, ingiriendo en ella la savia de una juventud fuerte y lozana; no como forma vacía, artificio sin alma, extraño á la sociedad en que vegeta, de la que no recibe calor ni amparo y á la que, en justa reciprocidad, sólo devuelve desmedrados bachilleres.

Bien nos enseña el ejemplo de sus resultados que la función esencial, única productiva y útil, es la educadora; que la instrucción no es por sí misma nada, y que para educar hay que vivir, no vegetar. Poco importan los planes de estudios, las oposiciones del profesorado, la jerarquía boyante de Ministros, Directores y Catedráticos, la sabiduría misma; poco importa todo. Lo único que hace falta es el maestro con vocación decidida, que se consagre en cuerpo y alma al discípulo, que haga con él la vida. Esa es la clave, y por eso en Inglaterra la reforma de la educación secundaria no ha arrancado de ningún ministerio, sino de donde únicamente podía arrancar: de la escuela misma y de un maestro, del Dr. Arnold, tantas veces citado, *head master* de Rugby en 1828, que lleno de vocación y de interés por su propia escuela, se dedicó á mejorarla, á corregir sus defectos tradicionales, á infundir en ella espíritu moral y levantado. «Lo que yo quiero ver en la escuela es el horror á lo malo», decía; él daba clase á los muchachos, él velaba por su conducta, él presenciaba sus juegos, él vivía para su escuela; y tan identificadas estaban sus vidas, que sus defectos le eran dolorosos hasta hacerle exclamar, con ocasión de una falta allí cometida: «Si esto sigue adelante, acabará conmigo». Y logró influencia sobre sus discípulos, y consiguió su amor y su respeto hasta el punto de que durante muchos años su tumba ha estado cubierta de flores; y los muchachos de Rugby se distinguían en las Universidades y

en el mundo por la seriedad y la elevación de su carácter, y su ejemplo cundió é inspiró la conducta de los otros maestros y de las otras escuelas.

Este es el símbolo verdadero de la profunda reforma de la educación inglesa. Mientras tanto el Estado, después de estudiar detenidamente la realidad por medio de sus Comisiones parlamentarias, desde 1861, no se ha atrevido aún á introducir ninguna reforma legal, ni ha osado inmiscuirse en la formación de los planes de estudios. ¿Cabe otro procedimiento eficaz para reformar la educación de un país, que mejorarla en vivo, como hacía Arnold? ¿Puede esto sustituirse nunca por ese continuo tejer y destejer, ese añadir ó suprimir asignaturas, reunir ó separar estudios, hacer planes hoy para echarlos abajo mañana, al cabo de todo lo cual puede decirse *plus ça change, plus c' est la même chose?*

Si queremos llevar á la vida nacional vigor y energía, materiales y espirituales, amor al trabajo, idealidad, cultura y caballerosidad, llevémoslos antes á la vida de la escuela. Que juegue y se oxigene el muchacho, que aprenda á amar la naturaleza, que trabaje, que lea libros hermosos, que sea tratado como un caballero, y que se le exija, antes que *saberse la lección*, nobleza y dignidad en su conducta.

Y así lograremos que no parezca escrito para nosotros el verso aquel de Byron en su canto á las Islas de Grecia:

Eternal summer gilds them yet
But all except their sun is set.

(Eterno verano las dora todavía—Pero todo, excepto su sol, ha desaparecido).

EL POEMA DEL CID, EN LA EDICIÓN DE ARCHER M. HUNTINGTON, POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

No voy á dar cuenta aquí de uno de tantos trabajos eruditos debidos al personal universitario del mundo científico. La nueva y notable edición del *Poema del Cid* puede interesar á un público más general que el puramente técnico, por ser obra no de una persona que funda su profesión y su vida en el cultivo de las literaturas romanas, sino de un acaudalado neoyorkino que, entre las obligadas ocupaciones de una vida hacendosa, sabe hallar tiempo y entusiasmo para los rudos estudios de erudición.

Buen ejemplo para nuestros ricachones.

Conocido es, ó debe serlo, entre nosotros el Sr. Huntington, por los grandes servicios que está prestando á la bibliografía y literatura españolas, singularmente en la realización del audaz y fecundo pensamiento de vulgarizar por medio de la foto-tipografía una verdadera y abundante Biblioteca de Libros raros ó curiosos. Ya se cuentan por docenas los antiguos volúmenes reproducidos de este modo, y pronto se contarán por centenares; cualquier trabajador puede poseer ya las más escasas y auténticas ediciones de multitud de obras de Santillana, Jorge Manrique, Timoneda, Garcilaso, Ercilla, Camöens, Lope, ó de obscuros y desconocidos libros populares de los primeros tiempos de la imprenta; ejemplares antes rarísimos, ahora se multiplican para bien de los estudiosos. Y es de notar que casi todas estas preciosidades bibliográficas las posee el señor Huntington en su magnífica biblioteca española de Nueva York; caso verdaderamente admirable, para contraponer al del coleccionista rancio, avaro de sus tesoros. Pronto (así es de esperar) tendremos la reproducción de la *Silva de Romances* de Zaragoza 1550, cuyo ejemplar, único completo en el mundo, pertenece al Sr. Huntington; pronto la de codiciables *pliegos sueltos*, en que tan rica es su biblioteca.

Afición especial del Sr. Huntington es la literatura Cidiana. Dos de las producciones más hermosas entre las que lleva hechas, están consagradas á la *Crónica del famoso Cavallero Cid Ruy Diez Campeador*, impresa en Burgos en 1512, y á la rarísima *Suma* de dicha Crónica, impresa

en Toledo 1526. Además, entre las obras de que el Sr. Huntington es autor, la más importante se titula *Poem of the Cid, Text reprinted from the unique Manuscript at Madrid, Translation, and Notes, by* ARCHER M. HUNTINGTON, Putnam's Sons, New York; tres volúmenes fechados en 1897, 1902, 1903.

Este *Poema del Cid*, impreso en elegante tipo gótico, encuadernado en blanquísimo pergamino, quiere tener algo de viejo libro de convento, pero sin ocultar toda la esplendidez del lujo norteamericano. Grueso papel de hilo; cada página tirada á dos tintas, llevando en rojo todas las iniciales de nombre propio: hermosos heliograbados; en fin, toda la obra luce una magnificencia tipográfica incomparable.

El contenido está á la altura del aspecto exterior; revela igual esmero y afán de no ahorrar trabajo alguno para lograr un resultado satisfactorio.

Para publicar el texto castellano del *Poema del Cid*, que forma el primer tomo de la obra de Huntington, se trasladó éste á Madrid á fin de estudiar el único manuscrito del Poema. El autor, en su *Note-Book in Nothern Spain*, expresa los motivos que como hispanista tenía para la elección de su trabajo: «el *Poema del Cid* es para un español culto el más grande monumento épico, el lema de su espíritu patriótico, la más poética y verdadera memoria de la reconquista, el primer vagido de la nación cuyos recuerdos de infancia son de continua lucha por la fe y la patria; es, además, el cuadro más brillante y fiel de un guerrero de la Europa medioeval». No sin cierta emoción va el viajero por primera vez á casa de D. Alejandro Pidal, poseedor del manuscrito: «es rara cosa tener que buscar el más importante texto literario de una nación en casa de un particular; el verdaderamente entusiasta siente un estremecimiento pensando entonces en un robo, en un incendio». Luego, en su trato con el afortunado poseedor, pudo Huntington reconocer en él un hombre de desinterés acendrado que se considera como mero depositario de ese *ejemplar único* que tantos otros se sentirían tentados á explotar, y él se limita á mantener en la más desvelada guarda.

Ese pequeño manuscrito de basto pergamino, encuadernado en tabla cubierta de badana negra, tiene un atractivo particular, una historia aventurera de olvidos y rehabilitaciones interesantes. El Poema trovado á mediados del siglo XII, en los días en que el Emperador Alfonso VII daba un esplendor extraordinario á la reconquista castellana, pasó muy pronto de moda. El siglo XIII se sentía muy refinado para gustar de obra tan sencilla y ruda; la vida del héroe de Vivar se cantaba al uso de entonces, cada vez más empapada en el espíritu de los libros de caballerías, cada vez más exagerada la nota patética y novelesca.

Estamos en los primeros años del siglo XIV, en el reinado de Fernan-

do el Emplazado. La vida poética del Cid se adornaba por primera vez con un episodio amoroso; la épica, decadente entonces, comenzaba á no saber prescindir del amor, recurso barato á que eran poco aficionados los poetas del buen tiempo. Doña Jimena, que en la epopeya antigua figuraba sólo como digna mujer del héroe, andaba ahora en lenguas de juglares metida en un episodio escabroso: pidiendo al Rey venganza de Rodrigo y casándose en seguida con él. Esta aventura, y otras al tenor, que tanto habían de inspirar después á Guillén de Castro y á Corneille, parecían á muchos un modernismo inaguantable. Cierto Pedro Abad estaba encariñado con el tipo superior del héroe viejo, y tropezando con el primitivo Poema se puso á copiarle, doliéndose de verle olvidado ya de todos. Hizo su copia con más amor que competencia; la lengua y la métrica antiguas eran para él un continuo tropiezo, y modernizó y estropeó sin tino cuanto se le antojó, sin saber hacer la obra de un copista fiel ni la de un refundidor poeta. ¡Cuánto sudor y fatiga proporcionan hoy sus caprichos á la crítica moderna! En fin, como supo, remató el pesado manuscrito en 1307. *Per Abat le escribió en el mes de Mayo*; y buen mes era para dejar la pluma y abandonarse al goce de la primavera,

que por Mayo era, por Mayo, cuando hace la gran calor,
cuando canta la calandria y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados van á servir al amor...

La copia de Pedro Abad no contribuyó mucho á rehabilitar el Poema; dormitó casi olvidada por completo en el Archivo del Concejo de Vivar. La inspiración Cidiana iba irremediablemente por otros caminos, y pronto el Romancero de Escobar y las Comedias eran los que fijaban el tipo del héroe. Necesitó llegar el año 1779 para que un erudito del valer de D. Tomás Antonio Sánchez buscase el despreciado poema y descubriese en él prendas de «sencillez y venerable rusticidad», dotes de estilo, «ironías finas, dichos agudos», y sobre todo el admirable «aire de verdad que en él reina», que así nos pinta «las costumbres de aquellos tiempos y las maneras de explicarse aquellos *infanzones de luenga y bellida barba*, que no parece sino que los estamos oyendo y escuchando». Don Tomás Antonio Sánchez dió á la imprenta por primera vez el *Poema del Cid*, treinta años antes que en Alemania apareciesen los Nibelungos, y sesenta antes que en Francia se publicase el Cantar de Roldán. Lo prematuro de esta rehabilitación hizo que no fuese segura desde luego; en 1813 Southey echaba en cara á los españoles lo poco que apreciaban el alto valor de la historia métrica del Cid como Poema, y auguraba que «jamás producirían nada grande en las más elevadas esferas del arte hasta que no hubiesen desechado el falso gusto que les impedía estimar aquel mérito»; el manuscrito, sacado de Vivar para Sánchez, se obscureció en manos de

varios poseedores; pasó el Atlántico para ir á ser visto por Jorge Ticknor; volvió á España sin hallar quien diese por él nada, hasta que lo compró el primer Marqués de Pidal, en cuyo poder volvieron á estudiarlo los eruditos españoles y extranjeros. El crédito del Poema se afirmó cada vez más, y las ediciones de Schubert, Ochoa, Bello, Hinard, Janer, Vollmöller, Lidforss se sucedieron, esforzándose los editores en corregir y depurar el estragado texto, ayudados de otros eminentes filólogos como Restori, Cornu, Baist, y cuantos en Europa y América se dedican á la enseñanza científica del español, la cual otorga unánime el puesto de honor al antes olvidado Poema.

Ya he dicho que el defecto radical del manuscrito de Per Abat, único conocido, dificulta extraordinariamente el estudio del Poema. Después de tantos desvelos de la crítica, queda aun mucho que hacer sobre el manuscrito, y el Sr. Huntington se esforzó en contribuir con su parte de trabajo.

Dedicó el primer tomo de su obra á la reimpresión del texto castellano del Poema. Para ello revisó el manuscrito con aquella minuciosa atención debida á una veneranda reliquia: no sólo todas las abreviaturas están fielmente registradas por él, sino hasta las más ligeras manchas, raspados ó apolilladuras del pergamino. En otro lugar más á propósito (*Revista de Archivos*, 1904) expongo el mérito que tiene esta nueva edición; aquí baste decir que es superior á todas las anteriores.

— — — —

El tomo II de la obra contiene la traducción inglesa del Poema, tarea delicada que, á las dificultades de toda traducción, añade las del intenso arcaismo del texto escogido.

No nos extraña oir muy diversas apreciaciones acerca de las traducciones inglesas anteriores á la de Huntington. Southey decía de la de Frere: «Y have never seen any other translation which so perfectly represents the manner, character and spirit of its original», mientras Fitzmaurice-Kelly tacha esa traducción como «a rough and ready», poniendo de manifiesto con el verso 1.646-7 del Poema: «the intrepidity witk which Frere often transforms the simple into the familiar», y alaba en cambio á Ormsby como autor de «a condensed, but admirable, English version». Huntington, antes de publicar su traducción, se expresa así acerca de sus predecesores: Frere, Ormsby and Southey have made translations pretending to no great faithfulness, though serving the purpose of presenting the story at least (*A Note-Book*... p. 86).

Sin duda que estos traductores no habrán hecho preceder su trabajo de un estudio tan detenido de los trabajos gramaticales y críticos hechos sobre el Poema, como lo ha hecho el Sr. Huntington, según re-

vela en las notas del tomo III. Como fruto de esta mayor atención hallo en la versión de Huntington bien interpretados algunos pasajes que habían hecho tropezar á otros. Permítaseme un ejemplo y un poco de gramática sobre un giro particular del antiguo lenguaje.

Los editores del fuero de Villavicencio, empezando por el P. Escalona, no comprendieron, y por eso comearon mal, una cláusula que, según ellos, dispone que el que burlase una mujer «si omme fur, que case con ela, é si non del sos derectos», es decir «si fuese hombre cásese con ella, y si no indemnícela». Esto es manifiestamente un disparate. ¿Acaso el burlador podía ser otra cosa que hombre? En esa frase hay una omisión, que también era posible y frecuente en la lengua griega clásica, y la puntuación verdadera es: «si omme fur que case con ela; e si non, del sos derectos», si fuese hombre como para casar con ella, *cásese*; y si no indemnícela.—El *Poema del Cid* ofrece varias veces esta omisión, y los editores y traductores tropezaron en este giro. En el verso 421, el Cid mete prisa á sus caballeros cuando descansan en la sierra de Miedes: «el qui quisiere comer; e qui no, caualgue», esto es: el que quisiere comer, *coma pronto;* el que no cabalgue. Sánchez y D. Andrés Bello entendieron mal el verso; O. L. B. Wolff traduce: «und wer da essen will, der reite nun nicht weiter», y Damas Hinard: «celui qui voudra manger ici, qu'il ne remonte pas à cheval», mientras Huntington, por su mejor conocimiento del texto y de sus comentadores, traduce exactamente: «let eat who will, the rest to horse».

El tomo III de la obra de Huntington contiene las notas al texto. Este comentario ofrece novedades que no deben pasarse por alto.

El Sr. Huntington no se contentó con un viaje para estudiar el manuscrito; creyó necesario otro para informarse de la geografía del poema. Es ésta tan real y verdadera como la de un libro de historia y merece la misma atención que la de una crónica. Añádase que ofrece dificultades grandes; el Robledo de Corpes, Alcoceba, Bado de rey, Alucant, son incógnitas que incitan á una peregrinación épica, llevada á cabo no sólo por Huntington, sino por el inglés Ormsby, por el que estas líneas escribe y otros.

Se adivinará que los puntos nombrados en el *Poema del Cid*, es decir, las vías más transitadas durante los siglos XI y XII, no coinciden con las modernas, y que el Sr. Huntington, para explorar aquellas, hubo de recorrer tierras muy apartadas de los ferrocarriles y carreteras. El valle de Arbujuelo, frente á Medinaceli, que es el paso más trillado por los caballeros del Cid, se atraviesa hoy por un destrozado camino de herradura, que ciertamente no es para tentar el excursionismo regalón

Las noticias y descripciones que de los lugares del poema da Huntington están hechas en vista de los mismos y acompañadas casi todas de artísticos heliograbados, entre los que sobresalen por su belleza: La barca de Navapalos, La orilla del Arlanzón, Alcañíz, Río Martín, Daroca y tantos otros. De algunos puntos hallados y reconocidos por Huntington se había negado la existencia actual, como de *Navapalos;* algún otro, como el *Campo de Taranz*, había quedado desconocido para Damas Hinard, que con tanto cuidado escribió de la geografía del Poema; y cualquiera de estos resultados es apreciable, en medio de tan interesantes problemas como el texto suscita. Dos mapas de los lugares nombrados completan esta parte del trabajo.

La misma atención pone el Sr. Huntington en el comentario gráfico del Poema, que es uno de los que más avaloran la publicación, por su suntuosidad y por no haber sido intentado hasta ahora. Para él recorrió el Sr. Huntington nuestra Biblioteca Nacional, la Real Armería, la ciudad de Burgos entera, el Museo Británico, buscando espadas, frenos, espuelas, monedas, miniaturas que representasen los trajes antiguos, reliquias del Cid de cualquier clase, verdaderas ó supuestas: en fin, cualquier antigüedad que pudiese ayudar á la más clara y viva representación de los objetos nombrados en el viejo Poema.

Las demás notas contenidas en el tomo III son paleográficas, métricas, gramaticales, léxicas é históricas. Para cada verso del Poema se apuntan las variantes de otras ediciones, las opiniones que sobre el pasaje en cuestión emitieron Be lo, Hinard, Restori, Cornu ó Lidforss; las semejanzas que se advierten con otros poemas épicos ú otras narraciones de la literatura universal; algunos vocablos difíciles, ilustrados con autoridades de los poetas castellanos antiguos; las costumbres viejas declaradas con ayuda de las Partidas ó de otros documentos; cuando viene el caso se insertan diplomas referentes al Cid, ó se dan noticias históricas del héroe y de la época. En fin, se dispone un comentario en toda la amplia extensión de la palabra.

No me es posible examinar aquí todo este rico material; sólo he querido dar una idea de la obra, verdadero monumento levantado á nuestra poesía heroico popular, y de los estudios, búsquedas, viajes, gastos y fatigas de toda clase consagrados por el Sr. Huntington al mejor conocimiento del *Poema del Cid*, de los que la ciencia sacará su provecho, y que redundan además en honor de la obra literaria que sabe inspirar tanto cariño, tanto deseo de compenetrarse con su espíritu y sus pormenores al que atentamente la estudia.

Madrid, Marzo 1904.

VELÁZQUEZ.—Retrato del Papa Inocencio X.

MUSEO DEL ERMITAGE.—ESCUELA ESPAÑOLA, POR A. DE BERUETE Y MORET

La colección de cuadros antiguos del Czar de Rusia reunidos en el Museo de San Petersburgo, conocido con el nombre de Ermitage Imperial, es, sin duda, una de las más ricas é importantes que Europa posee. Debe su nombre al local que ocupa: Palacio del Ermitage,

construído por el arquitecto bávaro León de Klenze, en tiempo de Nicolás I, que realizó la idea de Catalina II, dando mayor desarrollo á su habitual residencia del Palacio de Invierno, con la construcción de otro gran edificio al Este que con él comunicase. El nuevo palacio, terminado en 1852, tiene su fachada principal, la del Sur, en la Millionnaïa, adornada con un pórtico, formado por ocho pilastras, en las que se apoyan diez atlantes colosales de granito obscuro. Da acceso este pórtico al suntuoso vestíbulo (de jaspe y granito de Finlandia), del que arranca la gran escalera, también de riqueza extraordinaria. La Galería de Pintura ocupa el piso principal.

La instalación es poco adecuada: muebles lujosísimos y aparatosos, mesas y jarrones de jaspe y lapislázuli, muestras únicas de los yacimientos mineros de diferentes regiones rusas, colocadas en medio de las salas, molestan é impiden á veces los mejores puntos de vista. Más que un Museo son los salones de un palacio preparados para una recepción solemne y donde los cuadros no llenan otro objeto que el decorado de los muros, aumentando así la riqueza y suntuosidad de la imperial morada.

Esta Galería de Pintura, fundada por Pedro el Grande, no alcanzó verdadera importancia hasta la época de Catalina II, que la enriqueció con la adquisición de diferentes colecciones. Fueron éstas, la del prusiano J. A. Gotz-Kowski, la cual pasó á poder de Catalina en 1763; la del ministro sajón Conde Bruhl (1769); la del francés Marqués de Crozat (1771); la del inglés Robert Walpole y otras de menor importancia. Alejandro I adquirió luego, en 1814, de la ex emperatriz Josefina, los mejores lienzos de su preciada colección de la Malmaison. Nicolás I continuó, como sus antecesores, aumentando la colección con las adquisiciones hechas al conde Milodarovitch, á Manuel Godoy, al embajador de España en San Petersburgo, Paez de la Cadeña, y á la reina Hortensia.

SANCHEZ COELLO.—RETRATO DE LA INFANTA MARGARITA.

Posteriormente ha continuado el engrandecimiento del Museo con compras frecuentes.

Se ha conseguido por este procedimiento de adquisición constante é inteligente, reunir más de mil ochocientos cincuenta lienzos, entre los que se cuentan gran número de obras maestras. De Beato Angelico, Boticelli, Rafael, Piombo, Tiziano, Giorgione, Tintoretto, Veronés y Tiepolo, entre las italianas. De Van Eyck, Rubens, Van Dyck, Frans Hals, Terburgh, Mieris, Metsu y Ruysdael, entre otros muchos pintores de las escuelas del Norte y muy especialmente de Rembrandt, en cuya colección, de más de cuarenta, hay veinticinco ó treinta de excepcional interés, no superadas en calidad por las que guardan los Museos de El Haya y Amsterdam. De artistas franceses las hay de Poussin, Claud e Lorrain, Watteau, Fragonard y Chardin, y de los ingleses, de Romney y Reynolds.

No nos proponemos hablar en esta ocasión más que de los cuadros que encierra El Ermitage, originales de autores españoles. No son muchos, pero, considerados en relación á lo insuficientemente representada que nuestra escuela de pintura suele estar en todos los Museos extranjeros, llama la atención encontrar en uno tan lejano y en país que en ninguna época ha tenido gran relación con España, la sala de pintura española más rica y variada de cuantas poseen las galerías de Europa. Sin ser completa, permite hacer un somero estudio de la producción pictórica española en el siglo de su florecimiento, el XVII; hay obras de los cuatro grandes maestros de este siglo, Ribera, Zurbarán, Velázquez y Murillo, y no faltan otras de valor artístico secundario, pero de cierto interés.

El más antiguo de los artistas que figuran en el Museo del Ermitage, es Luis de Morales. Dos obras tiene allí: *Virgen con el Niño* y *Dolorosa*. La segunda, que es la más importante, y cuyo asunto ha sido tantas veces tratado por él, lo fué ésta con singular acierto. Sobre fondo obscuro se destaca la figura de la Virgen, en pie, de medio cuerpo, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza vuelta á la derecha con expresión de dolor sublime.

De Alonso Sánchez Coello figura un retrato de la Infanta Margarita, Duquesa de Parma; es uno de tantos retratos oficiales que hiciera su autor, de indudable autenticidad. Representa á la Infanta, muy joven aún, en pie, de medio cuerpo, vestida de negro y adornada con pedrerías y encajes.

Al *Greco* le está atribuído un retrato, que se supone del poeta Ercilla. Puede ser que represente al autor de *La Araucana;* lo que no es tan fácil es que se deba al pincel del *Greco.* Lo creemos muy típico de escuela veneciana, y bien pudiera ser un Tintoretto. La analogía del pintor griego con éste, de quien tanto aprendió en su estancia en Venecia, habrá determinado, sin duda, el error de la atribución, pero la técnica y la expresión de vida tan singulares y peculiares á las cabezas originales del Greco, no

las encontramos en ésta. Representa al personaje, de unos cuarenta años, vuelto á la derecha, mirando al espectador, con negra y puntiaguda barba, cabello corto y corona de laurel ceñida á la cabeza.

Más curioso es el retrato de busto que también conserva este Museo, en que representó Luis Tristán á Lope de Vega, y no, ciertamente, por su valor artístico, pues es débil de dibujo, pobre de color y duro de formas, todo lo cual no impide, sin embargo, que pueda ser de Tristán, quien, á pesar de su fama, muestra generalmente estas deficiencias en sus obras, al menos, en cuantas nos son conocidas; la importancia de este lienzo está en el personaje retratado; parece que es el único que nos queda de su tiempo, y la Real Academia Española, en su edición de Obras del Fénix de los Ingenios, que dirige el Sr. Menéndez y Pelayo, lo reproduce al frente del primer volumen. Nos presenta al poeta, casi de frente, mirando al espectador; en la parte superior del fondo se lee la inscripción: *Lupus de Vega Carpio.*

RIBERA.—San Jerónimo.

A José Ribera le están atribuídas nueve obras. Una de ellas, *San Jerónimo*, es importante. Representa al Santo en el desierto, arrodillado, con una pluma en la mano, el torso desnudo y cubierta su parte inferior con un paño rojo; vuelve la cabeza hacia el ángel que aparece en la parte superior del cuadro tocando la trompeta celestial. El desnudo y el paño son hermosísimos. Recuerda mucho á otro Ribera que figuró en la venta de la colección del Duque de Osuna, y no nos atrevemos á afirmar que sea idéntico por carecer de reproducción de aquél. Este, fechado en 1626, proviene de la Galería del Príncipe de la Paz. Entre los ocho lienzos restantes, atribuídos á Ribera, dos representan á San Sebastián; el primero de éstos se asemeja al famoso que posee el Museo de Berlín, y aun creemos que para uno y otro se sirvió del mismo modelo; el del Ermitage es, sin duda, inferior, y lo ennegrecido que se encuentra hace difícil la comprobación de su autenticidad; el segundo parece un cuadro de

escuela napolitana, inspirado en Ribera. Los restantes son copias ó imitaciones; ya el Catálogo coloca el signo de interrogación después del nombre de Ribera.

Francisco Zurbarán. De la primera época de este autor, figura el titulado *Infancia de la Virgen*, de pequeñas dimensiones. Más importante es *San Lorenzo*. Es este de tamaño colosal, y fué hecho, sin duda, para retablo de altar; el Santo, en pie, con la mirada en el cielo y con expresión de éxtasis, apoya su mano derecha en el pecho y sostiene con la izquierda la parrilla. Fué este cuadro una de tantas joyas que el Mariscal Soult arrebató á España, y que no pudieron recobrarse. Se adquirió en París el año 1852 en la venta de la colección del Mariscal, por el bajo precio de 3.000 francos.

Velázquez tiene en este Museo una representación interesante. De su primera manera hay un cuadro muy curioso, *El almuerzo*, en que figuran un viejo y dos muchachos sentados á una mesa cubierta con mantel y sóbriamente servida. Pertenece á aquella serie de cuadros de la primera época del gran maestro, en la que realizaba un arte analítico, duro, poco sugestivo, pero en la que mostraba ya sus maravillosas cualidades. Fué pintado por aquel tiempo en que hizo sus dos obras *San Pedro* y *Cristo en casa de Marta y María;* la pasta de color y la entonación general son idénticas á las que usó en éstas, y hasta uno de los modelos, el viejo de *El almuerzo*, recuerda al que le sirvió para el *San Pedro*. Es un cuadro muy típico é interesante para el estudio de la obra total de Velázquez. La parte inferior, que se conserva en perfecto estado, es de un realismo extraordinario; es lástima que las cabezas, especialmente las de los muchachos, estén restauradas. Este lienzo fué poco apreciado hasta 1895, año en que el ilustre Dr. Bode, Director del Museo Real de Berlín, le dió la importancia que merece, atribuyéndolo muy sábiamente á la primera época de Velázquez.

Retrato del Papa Inocencio X. Se ha creído por algunos que este busto, procedente de la Galería de Houghton-Hall, propiedad de Lord Walpole, y que data en este Museo de los años de Catalina II, no es original de Velázquez. El Dr. Justi, que lo cree auténtico, supone, en la primera edición de su famoso libro *Diego Velázquez y su siglo*, que fué una repetición más libre que el retrato del Papa de la Galería Doria, hecha en presencia de éste. En la segunda edición, recién publicada, dice que este busto es una de las primeras perlas del Ermitage Imperial, y, recordando lo dicho por él años atrás, manifiesta, sin hacer observación alguna en contrario, el juicio expuesto por Beruete en su libro *Velázquez*, en el cual, tan sólo por el examen de la fotografía de Braun, á falta del conocimiento directo del cuadro, declara que «una espontaneidad, un relieve y un carácter tales, no podían obtenerse en el lienzo, sino en presencia del mo-

delo vivo». El autor de este libro nos facilita su opinión acerca de dicho retrato, después del detenido estudio hecho por él en presencia del original. Dice textualmente:

«Después de repetidas visitas al Ermitage, me confirmo en mi juicio, y no dudo en clasificar esta obra como una de las importantes de su autor. Puede decirse, con toda certeza, que es el estudio definitivo, hecho ante el modelo, del cual se sirvió para el retrato del Palacio Doria, y basta comparar dos buenas fotografías de ambos cuadros, para ver cómo simplificó en el grande mucho de lo hecho en el pequeño. Pintado con el mayor brío, tiene una intensidad de vida y de expresión que no alcanza la obra de Roma, no obstante la grandiosidad de ésta, que pasa,

VELÁZQUEZ.—EL ALMUERZO.

MURILLO.—CAMPESINO ANDALUZ.

no sin razón, por el retrato más admirable de Velázquez. Por estas cualidades que atesora, y por el esfuerzo de análisis para obtener la más perfecta caracterización del personaje, es la única obra de su autor que nos hace recordar á Rembrandt. Para conseguir el efecto, retocó una y otra vez, cosa rara en Velázquez, logrando infundir la vida misma en la mirada tan intensa del retratado y en aquella boca fea y hasta grosera. Esta acentuada caracterización fué muy atenuada al pintar el lienzo grande, con lo cual, si bien perdió en realismo, ganó en nobleza el retrato. Quizá pensó Velázquez que para figurar al lado de los retratos de los pontífices y cardenales de Tiziano, del Piombo y de tantos otros grandes maestros del Renacimiento, era forzoso suavizar mucho aquella fisonomía tan verdaderamente repulsiva. En el retrato de Petersburgo hay arrepentimientos muy señalados en el contorno del rostro y en el birrete; prueba es ésta también de que no es copia, sino original. La muceta es obra de mano menos maestra. Sin duda, Velázquez pintó tan sólo la cabeza y el cuello, que era lo que le interesaba para la obra definitiva, y dejó sin llenar el resto del lienzo. La tela de que se sirvió es la que acostumbraba á usar, bien diferente de la de tejido diagonal, que se utilizaba en Italia, y en la que hizo el retrato de Doria, probablemente por no disponer de un trozo bastante grande de aquella de que de continuo se servía en España.»

Posee, además, este Museo un retrato en busto del Conde Duque de Olivares, original también de Velázquez, pero que, en la forración fué excesivamente planchado, con lo cual, aplastada la huella del color, desapareció en gran parte el efecto, y la primera impresión que produce hoy es de duda respecto á su autenticidad. No se aprecian en él restauraciones. El personaje ostenta la cruz de Alcántara y se destaca sobre fondo gris. El otro retrato del Conde Duque, en que se le representa en pie, al lado de una mesa recubierta de tapete rojo, es idéntico al de la colección

MURILLO.—La Concepción.

de Holford, en Dorchester House, excepto la cabeza, que está copiada del que acabamos de citar. Parece obra de algún discípulo hábil.

Del Rey Felipe IV, y atribuídos á Velázquez, hay también dos retratos que no son originales; el de cuerpo entero es una buena copia antigua; en el de busto, la cabeza es copia del famoso del Museo de Madrid, si bien el traje es diferente.

Como dudosas, según el catálogo, le son atribuídas tres obras más á Velázquez: *Muchacho riendo*, sumamente deteriorada por el tiempo y las restauraciones; *Paisaje*, sin interés alguno, y *Viejo leyendo*, hermosa cabeza, obra, sin duda, de un maestro, pero no seguramente de Vélazquez.

Aparte del interés excepcional que tiene el retrato del Papa Inocen-

cio X, lo verdaderamente importante de pintura española que este Museo encierra, es la variada y rica colección de obras de Murillo. De su primera época, es decir, de la primera conocida y famosa (pues de aquella anterior á su viaje á Madrid en que pintaba para América cuadros que vendía á precios insignificantes no conocemos ninguno), vemos aquí dos buenos ejemplares, dos medias figuras de muchacho y muchacha, campesinos de Andalucía, que pintados próximamente en los mismos años en que hizo también la popular obra de asunto semejante *Le Jeune mendiant*, del Museo del Louvre, recuerda, como éste, la pintura de Ribera y Velázquez, con las que tanto se impresionó durante su estancia en la Corte. Son estas figuras realistas y graciosas; la de la muchacha resulta hoy inferior, por causa de la mala conservación y de los repintes.

Porterior, aunque no de la mejor manera de Murillo, es el lienzo de gran composición, titulado: *Muerte del inquisidor Pedro Arbués*: el inquisidor, vestido con hábito de dominico y rodeado de los matadores, cae de rodillas á los pies de un altar, mirando al alto, donde un ángel le muestra la región celestial. Proviene de la Iglesia del Tribunal de la Inquisición, de Sevilla, de donde pasó á poder del Príncipe de la Paz y de éste al Museo del Ermitage.

De la gran época de Murillo, de aquella en que produjo las obras que le han hecho famoso y popular en el mundo entero, colocándole entre las grandes figuras del arte de la pintura, puesto que sólo una crítica exclusivista y de tendencia determinada, como jamás debe ser el juicio artístico, puede discutirle, posee esta galería cuatro hermosísimos ejemplares: *La Concepción* (considerado equivocadamente como Asunción de la Virgen por el catálogo), tan bueno como los mejores en que su autor ha representado diferentes veces este asunto; *La Visión de San Antonio*, que iguala en maestría y noble inspiración á los que del mismo asunto se conservan en la Catedral de Sevilla y en el Real Museo de Berlín, respectivamente; proviene de la colección Soult. *El descanso en Egipto*, de hermosa armonía de color y uno de los ejemplares en que más se aprecia aquella tonalidad caliente y dorada tan peculiar de Murillo; y *San José con el Niño*, de pequeñas dimensiones y pintado en tabla.

Son muy estimados en este Museo dos cuadros de gran tamaño y que realmente tienen interés. Son los titulados *Isaac bendiciendo á Jacob* y *La Escala de Jacob*, y se les dá como auténticos de Murillo. A pesar de su tamaño, las figuras son pequeñas y el paisaje, por tanto, tiene importancia inusitada. Supónese, y con fundamento, que pertenecen á aquella serie de obras que hizo Murillo, hablando de las cuales dice Palomino (1): «No es de omitir la célebre habilidad, que tuvo nuestro Murillo

(1) *El Museo Pictórico*, 1724: tomo III, pág. 424.

MURILLO.—La visión de San Antonio.

para los Países, que se ofrecían en sus Historias. Y así sucedió, que el Marqués de Villa-Manrique determinó hacer un juego de Historias de la vida de David, de manos de Murillo, y que los Países fuesen de Ignacio de Iriarte (que los hacía muy bien, como ya dijimos). Murillo decía que Ignacio hiciese los Países, y él después acomodaría las figuras. El otro decía, que Murillo hiciese las figuras y él les acomodaría los Países. Murillo, enfadado de estos debates, le dijo: que si pensaba, que le había menester para los Países, se engañaba: Y así él sólo hizo las tales Pinturas con Historias y Países, cosa tan maravillosa como suya». A este relato añade Cumberland (1), que Murillo en vez de representar la historia de David, pintó cinco escenas de la vida de Jacob y que en su tiempo pertenecían al Marqués de Santiago, en Madrid. Según el catálogo de Grosvenor-House (edición de 1821), estos cinco cuadros fueron llevados á Francia por el general Sebastiani. Para el Ermitage se adquirieron los dos que nos ocupan, en 1811. El tercero: *Jacob y Labán* se encuentra en la colección del Duque de Westminster, en Grosvenor-House, Londres. Existe otro en posesión de Mr. J. Hardy, en Staffordshire, Inglaterra. Del último no se tiene noticia. De los que posee el Ermitage, diremos que son sumamente curiosos por sus asuntos y novedad, y de gran importancia para un estudio especial de Murillo; pero que debiendo de pertenecer, como parece manifiesto por su estilo, á la mejor época de este gran artista, no encontramos en ellos aquel colorido caliente y jugoso que pudiera avalorarlos como originales ciertos. Bien pudieran haber sido ideados por Murillo, quien en parte ó en casi todo hubiera sido luego ayudado en su realización por algunos de sus mejores imitadores.

Los restantes cuadros atribuídos á este maestro, no tienen interés especial y no los creemos sino copias ó imitaciones más ó menos afortunadas.

Antes de terminar esta reseña, debemos dejar citados cuatro cuadros curiosos: *El afilador ambulante*, atribuído á Antonio Puga, de quien nada conocíamos hasta ahora, pues sólo teníamos de él la sucinta noticia que dá Cean Bermúdez, quien dice: «pintor y discípulo de D. Diego Velázquez de Silva, en Madrid, á quien imitó perfectamente»; y, en efecto, en esta obra recuerda mucho y con acierto el primer estilo de su maestro. *La Anunciación*, de Juan de Villoldo, también artista poco conocido, pero que muestra en este lienzo seguridad de dibujo y br illantez de color notables; parece que fué discípulo de su tío Alvar Pérez de Villoldo y que vivía y trabajaba en Toledo á principios del siglo XVI. *La Adoración de los Pastores* de Fr. Juan Bautista Mayno, algo seco y duro, pero de indudable originalidad, muy semejante al de *La Epifanía*, del mis-

(1) *Anecdotes of Eminent Painters in Spain*, 1782; tomo II, pág. 124.

mo autor, que se conserva en el Museo de Madrid. Y por último citaremos el lienzo de Vicente Carducho, *Extasis de San Antonio,* que fué pintado para la iglesia de San Gil, de Madrid, donde estuvo en uno de los altares colaterales, y donde lo vió Cean Bermúdez, hasta 1809, fecha en que se demolió la iglesia, para dar mayor desarrollo á la Plaza Real.

Con esto creemos haber mencionado cuantas obras españolas, de absoluta ó relativa importancia, conserva el Museo del Ermitage; el resto de las que figuran de esta escuela, hasta completar el número de ciento dieciocho, no son, á pesar de que algunas estén atribuídas á artistas de cierta fama, sino ese obligado relleno, sin interés, ni verdadero mérito, que no obstante tiene su representación en casi todas las grandes galerías de pintura.

MURILLO.—El descanso en Egipto

EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE», POR LUIS R. FORS

La *Gaceta de Madrid* del día 2 de Enero ha publicado, en lugar de preferencia, un decreto, firmado por el Rey Alfonso XIII y refrendado por el Presidente del Gabinete español, fijando el mes de Mayo de 1905 para celebrar el tercer aniversario de la aparición del *Quijote*.

Ante semejante resolución del Gobierno de la madre patria, se ocurre preguntar:—¿Por qué se designa el mes de Mayo de 1905 para la celebración del tal centenario?

Confieso con toda sinceridad que no hallo razón alguna convincente que justifique tal designación para celebrar el referido acto. No conozco antecedente alguno importante en la vida de Cervantes, ni en la impresión del *Quijote*, que haga preferir el mes de Mayo entre todos los demás del año, para que en él se lleve á cabo la mencionada solemnidad. En cambio, los conozco muy fundamentales para que tal acto no tenga lugar en el año de 1905, sino en el presente de 1904, en virtud de ser éste el que realmente corresponde al tercer aniversario de la aparición impresa del *Quijote*.

La primera edición de este libro la hizo en Madrid el impresor Juan de la Cuesta, como todo el mundo sabe. Y como todo el mundo sabe también, en la portada del *Quijote* estampó el impresor la fecha de 1605. Esta circunstancia, sin más examen ni más averiguaciones, ha sido, indudablemente, la que ha inducido en error al Gobierno español, cuando ha fijado la fecha de 1905 para celebrar el tercer centenario de la aparición del célebre libro.

A mi juicio, la importancia del homenaje que quiere tributarse al primer escritor de nuestra raza, requería mayores estudios é investigaciones que la aceptación, sin previo examen, de un detalle puramente externo de la primera edición del *Quijote*. Se dirá tal vez que siendo el agudo escritor D. Mariano de Cávia el iniciador de la idea del centenario, quizás sea debida exclusivamente á él la designación de la fecha señalada para celebrar tan solemne y justo tributo á la memoria de Cervantes. Pero á mí se me ocurre que no por ser el Sr. Cávia un chispeante articulista de costumbres, importa que sea también un bibliófilo dedicado á la investigación de los antecedentes tipográficos de las obras de los grandes

escritores de nuestro idioma. De todos modos, y desde que la iniciativa —muy honrosa y plausible por cierto—del Sr. Cávia fué acogida por el Gobierno de Madrid y transformada en Real decreto suscrito por D. Alfonso XIII, merecía, á mi entender, la pena de que el hecho se dilucidase y se encargase á hombres competentes y especialistas—de los que, en gran número, existen indudablemente en la península,—para que ellos decidieran con toda certeza y sobre datos irrecusables, la verdadera fecha en que corresponde la celebración del tercer centenario de la aparición del *Quijote.*

Por este procedimiento se hubiera venido á demostrar que tal solemnidad no corresponde al año próximo venidero, sino al presente año 1904, según resulta de los datos siguientes, que no es dable en este caso desconocer, ni mucho menos rechazar.

La primera edición del *Quijote*, hecha en Madrid por Juan de la Cuesta, lleva impresa en la portada, y en ambos costados de la marca ó escudo del editor, la fecha de 1605; pero esto no implica que el libro se imprimiera en este año, desde que resulta lo contrario si se atiende á la fecha en que se expidió la *tasa* por el escribano de Cámara de Fe ipe III y á otras circunstancias irrecusables que paso á exponer.

En efecto: en la segunda faja de la primera edición del *Quijote*—y á continuación por consiguiente de la portada del libro, en que aparece la fecha de 1605 como año de la impresión—se lee que Juan Gallo de Andrade, escribano de Cámara del Rey, tasó el *Quijote* para la venta, á razón de tres maravedís y medio el pliego, haciendo constar que el libro se componía de *ochenta y tres pliegos impresos.* Esta *tasa* se halla suscrita por Gallo de Andrade, en Valladolid, á treinta días del mes de Diciembre de 1604. Esto sólo, prueba acabadamente que antes del año 1605 estaba ya impreso en 83 pliegos el *Quijote*; y es preciso agregar que, ya mucho antes de esa fecha de Valladolid, se había impreso el *Quijote* para que pudieran testificarse las erratas de la edición.

Efectivamente: en el *verso* de la mencionada faja segunda de esta edición *de 1605*, aparece el certificado expedido por el Licenciado Fran. cisco Murcia de la Llana, en que declara que el libro impreso «no tiene »cosa que no corresponda á su original por haberlo correcto», de que da fe. Este testimonio fué expedido y firmado en el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos, de la Universidad de Alcalá, á primero de Diciemdre de 1604. He aquí, pues, otra prueba evidente de que el *Quijote* no fué impreso en el año de 1605, como entienden los promotores y organizadores del tercer centenario de la aparición del incomparable libro.

Queda, pues, demostrado, por los testimonios que se leen en el recto y en el verso de la segunda faja de la edición primera de Juan de la Cuesta, fechada en 1605, que ésta se hallaba ya impresa antes del mes de Di-

ciembre de 1604. Falta ahora demostrar que medio año antes—es decir, en Mayo del mismo 1604,—no tan sólo estaba ya impreso el *Quijote*, sino que se había ya puesto á la venta pública. Este hecho es de muy fácil demostración y los elementos de prueba existen precisamente, no aquí en América, sino en Madrid, bien al alcance, por cierto, de los que han tenido la ocurrencia de fijar la celebración del centenario en un año que es posterior al de la verdadera fecha en que tal celebración corresponde.

En el libro de la Hermandad de San Juan Evangelista de los impresores de Madrid, aparece un asiento por el que resulta que antes del día 26 de Mayo de 1604, Francisco de Robles, fundidor de letras de imprenta y mayordomo de dicha Hermandad de impresores, había recibido para vender, á beneficio de la misma, *dos ejemplares de «Don Quijote» á 83 pliegos cada uno*. Este asiento, en que aparecen otros libros donados también á beneficio de la Corporación de libreros madrileños, puede leerse original en el referido libro de la Hermandad, de donde se reprodujo en la notable colección de *Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos* (Madrid, 1897), que con tanta tenacidad y acierto recogió y publicó el infatigable sacerdote doctor Cristóbal Pérez Pastor.

Atiéndase bien que en el asiento del libro de la Hermandad de libreros, se expresa que el *Quijote*, impreso y entregado antes de 26 de Mayo de 1604, constaba de 83 pliegos; los mismos exactamente que certifica el escribano Juan Gallo de Andrade en Valladolid á 20 de Diciembre del mismo año en el ejemplar que llevaba la fecha de 1605 puesta por Juan de la Cuesta. Se trata, pues, del mismo libro, de la misma edición, puesta ya al público á mediados de 1604 é impresa probablemente á principio del mismo año, pues con los elementos tipográficos que se conocían en los albores del siglo XVII, no es de suponerse que los 83 pliegos del *Quijote* se pudiesen imprimir en breves días, y, además, tampoco es probable que los ejemplares que aparecen en el asiento del libro de la Hermandad de impresores fuesen entregados en el mismo día 26 de Mayo, que es el que consta en el asiento, ni se puede racionalmente creer que el impresor los entregara á la Hermandad el mismo día precisamente en que concluyera de encuadernarlos, ni que los encuadernara inmediatamente de salir los últimos pliegos, húmedos todavía, de la prensa.

No cabe, pues, duda, á mi juicio, de que la primera edición del *Quijote*, que lleva en su frontispicio la fecha de 1605, fué impresa y puesta á la venta desde principios del año anterior; y que por lo mismo, el tercer centenario de la aparición del célebre libro corresponde al año actual de 1904, según los irrecusables antecedentes que dejo expuestos, y no al año venidero de 1905, como erróneamente han creído los iniciadores madrileños y ha fijado el Gobierno español, nada menos que con un so-

lemne decreto firmado por el rey Alfonso XIII, de que he hecho mención al principio de estos párrafos.

Pudieran establecerse todavía mayores datos y consideraciones para corroborar lo que dejo expuesto, pero juzgo que lo dicho basta para desvanecer cualquiera duda sobre la verdad de que el tercer aniversario de la aparición del *Quijote* corresponde al año actual y no al año venidero.

La Plata (República Argentina), Marzo de 1904.

ALDEA, POR G. MARTINEZ SIERRA

I

San Nicolás de Rañueles es un pueblo asturiano plantado sobre un monte entre árgomas y pinos, á la orilla del mar. Está el caserío roto en dos mitades: una en la cumbre, que es una meseta; otra en un rellano de la vertiente; y llámanle los aldeanos á la mitad de arriba Rañueles del Monte, y á la de abajo Rañueles del Mar. De la cumbre al rellano y del rellano á la playa baja serpenteando un camino que está bordeado arriba por cercas de huertos, abajo por campos de maíz; sobre las cercas hay zarzas greñudas, entre cuyas espinas, cuando es Agosto, negrean las moras; por cima de las zarzas asoman las higueras, junto á ellas los pomares, y en lo más alto ostentan los castaños su bien vestida ramazón. La playa extensa y semicircular está erizada de pedruscos que se entran mar adentro, y limitada la parte de tierra con recio murallón de acantilado; los trajines del mar socavando la roca han abierto oquedades donde las aguas braman al subir la marea, y cuando baja van quedando prendidas al cantil marañas de algas polícromas, y quedan también entre las quebraduras aguas prisioneras que se están muy quietas y muy claras sobre lechos de arena; á veces con el agua quédase aprisionado algún pececillo. Entre el pedrusco corren diminutos cangrejos de mar, y á él se prenden también, constelando de blanco su negrura, las conchas radiadas de las llampas.

II

Descalzos de pie y pierna, hombres y mujeres están en la playa dados á la tarea de recoger el *ocle*. Con largos armatostes de madera van prendiendo las algas y trayéndolas á tierra firme; luego las amontonan á un lado y otro del camino para que allí se pudran y fermenten. El *ocle* fermentado es buen abono, y los aldeanos de Rañueles, que se buscan la vida labrando la tierra, en su codicia por lograr el botín fertilizador, éntranse en el agua hasta la cintura. Hay chiquillos que van y vienen dando guerra; una rapacina ha cogido un alga descomunal, con hojas palmeadas que tienen todos los matices del iris, y prendida á la falda la

arrastra por la arena á guisa de cola con vanidoso contoneo; sus compañeras aplauden la invención, y á poco, toda la chiquillería femenina reunida en la playa gasta traje de corte merced á las liberalidades del mar. Las unas algas tienen color de carne, y sus formas recuerdan las de los viejos lotos litúrgicos; otras parecen abanicos de encaje tramado con hilos de color; las hay que forman sartas y racimos de ópalo; las hay ligeras como plumas y amarillentas como marfil antiguo; unas que parecen talladas en pórfido, de formas simétricas y duras, rojas, tachonadas de verde, color de herrumbre, color de esmeralda, color de agua de mar, satinadas, aterciopeladas, bruñidas, inquietas bajo el agua y tentaculares, con extraños estremecimientos y rebrilleos; luciendo cada una su peculiar encanto, y, todas juntas, un encanto fantástico y pomposo de red con mallas vivas; y luego, amontonadas sobre la arena, comidas por las moscas, confundidas y lacias, con las formas deshechas y el color apagado.

—¡Cómo fiede el *ocle*, rapazas!

III

Malia llegó á buen andar, bajando el camino; entró en la playa, descargó con gallardo ademán el cubo de porcelana blanca que airosamente traía en la cabeza, púsole en tierra y se quedó en pie, mirando el agua, que estaba serena y bañada en luz.

—¡Qué guapa está hoy la mar! ¿verdad, Malia?—dijo, acercándose, una de las chiquillas.

—Sí que está guapa.

—Y calentina; no se siente en los pies. ¿Vienes á bañarte?

—Vengo á buscar salmoria. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Vine con éstas á bañarnos y á buscar margaritas.

—¿Encontraste muchas?

—Ni cuatro pares; estuvieron antes las de Luanco y lleváronse todas las que había. Míralas.—La rapacina mostró, abriendo la mano, seis conchas sonrosadas y pulidas.—Dicen que allí las venden para adornar cajas.

—¡Mira el vaporín de la mina!

En Rañueles hay una mina que es de hierro; ábrense sus bocas á Poniente sobre la otra playa, y en ella tiene un tosco embarcadero. Cada mañana viene de Gijón un vapor y se vuelve á la tarde abarrotado de mineral; pasa bien cerca de la playa con esa majestad que tiene cuando va flotando hasta una cáscara de nuez; á su paso, una bandada de gaviotas, que en plácida quietud llevaba largo rato meciéndose en el agua, levanta el vuelo chillando agudamente y viene á posarse sobre la arena hú-

meda. Las rapazas corren hacia ellas; asustadas las gaviotas, vuélvense al mar más prestamente que vinieron, dejando la playa sembrada de plumas blancas y negras; las nenas palmotean.

Entretanto, Malia, después de contemplar un buen rato las olas, que son menudas y espumosas y rebrillean bajo el sol, ha llenado su cubo de agua marina, y volviendo á ponérsele en la cabeza, emprende el camino de retorno. Malia tiene quince años, es recia como un roble y rubia como el trigo. Tiene las piernas largas, el busto bien plantado y redondo, el cuello fino y firme, la cabeza pequeña y erguida. Sostiene el cubo en alto con empaque gallardo de canéfora, y marcha con reposo, sin esfuerzo aparente, arqueando los brazos, ciñendo las manos al arranque del busto. Es el camino pendiente y guijarroso, como abierto que está en la roca brava. Es casi medio día y cae de plano el sol; Malia se vuelve de vez en cuando para ver el mar y sentir en la cara el frescor de la brisa; luego el camino forma un recodo que oculta la playa; ya no se ven las olas, pero se escucha el rumor amansado de su ir y venir; tras el recodo hay una plazoleta; está sombreada por los castaños de dos huertos; á un lado del camino brota una fuente, y bañando las raíces en ella, álzanse cuatro álamos; los zarzales se espesan y hacen valla á los huertos, donde, sobre praderas, descabellan sus ramas los manzanos, cargados de fruta; pendiente arriba una chicuela *llinda* una vaca. Allí, con el ruido del agua de la fuente, se apagan los rumores del mar; el aire pierde sus aromas marinos y empieza á saturarse de olor á montaña, á un tiempo sabroso y fragante; tomillos y mentas, árgomas y pinos, y aquel prado que arriba están segando, y el acre del humo que se escapa de los borrones que en aquel otro campo están ardiendo, atizados por la mozona brava, con rostro de energúmeno y corpanchón de Hércules, que endulza la faena fumando un pito mal liado «de lo más fuerte».

IV

Malia entra en el pueblo, que está desparramado por la meseta; las casas son pequeñas, con tejados en punta, como esas primitivas que pintan los niños. Las más son grises, hechas de piedra y barro; pero hay algunas nuevas, con balconaje de madera, pintadas con alegres colores de barca, azules, rojas, color de sepia; pocas son las que al pie no tienen un pedazo de terreno cercado, con cuatro coles y una higuera; alguna, en el patio de entrada, ostenta una panera ó un hórreo, plantados majestuosamente sobre pilotes de mampostería. Hay una sola á estilo de ciudad, con corredor saliente, que forma un pórtico sobre la portalada, en la cual hay tres huecos; el central, con puertas vidrieras, da paso á la tienda—

única en Rañueles,—donde se vende sidra, cerveza, comestibles, cerillas y alpargatas, amén de otros artículos pertenecientes al ramo de mercería menuda, tales agujas, ovillos de algodón y cintas de hiladillo; la puerta de la izquierda lleva á las dependencias inferiores, cuadra, corral, pocilga, y la de la derecha á la vivienda de los amos, que son señá María Juana la de Rodes y sus tres hijos.

La casa de Malia está junto á la tienda, y parece vivir á su sombra; tiene una puerta pintada de verde, partida en dos; durante el día, abierta la mitad superior, da visos de balcón al hueco y permite á la luz entrar en el portal, que es al mismo tiempo cocina; están las paredes ahumadas, hay un fogón bajo una masera con tapa, dos bancos de pino, un vasar y una mesa pequeña, sobre la cual campa un cubo muy blanco cubierto con un paño. En el vasar hay menguado surtido de platos y pucheros, dos vasos de cristal y una taza; dentro de la masera un buen pedazo de borona, un puchero con leche y un puñado de arbejos; entre las patas de la mesa hay un montón de leña menuda; en el fogón borbotea la pota. En un ángulo se abre un pasadizo, y en lo más hondo de él está el horno; á medio camino hay una puerta que es la del dormitorio; tal es la obscuridad, que no aciertan á contarse las camas. Delante de la casa se refocila un cerdo y van y vienen, picoteando, cuatro gallinas; también hay unos cuantos rapaces, que son los hermanos de Malia.

V

Los hermanos de Malia son cinco, y su madre Celesta es viuda hace tres años; era el marido pescador en verano y minero en invierno; desde su muerte vive la familia poco menos que como los pájaros: de lo que cae del cielo. Celesta tiene manos de ángel para matanzas, guisandeos y amasamientos; pero en Rañueles hay poco que guisar y sus habilidades no hallan cumplido empleo sino de tarde en tarde, en ocasión solemne de bodas ó de entierros ó en la fiesta del Cristo, en casa del cura. Malia sabe de tijeras y aguja y corta y cose sayas y corpiños para las aldeanas; el rapaz mozo, Quico, que tiene trece años, está á jornal en una lancha, y los otros cuatro ora *llindan* las vacas de Rodes, ora van al monte en busca de leña, ora gandulean amigablemente en la grata compañía del cerdo, disputándole los tronchos de col, que son regalo del venturoso animalejo.

VI

Malia entra en casa y su madre le sale al encuentro.

—Ya tenía ganas de que vinieras, mujer; trajo Quico una carta y no acertamos á leerla; tómala tú.

¿Por qué milagro de ciencia infusa sabe Malia leer? Cierto que en Rañueles debe de haber escuela, y cierto que la hay, guapamente instalada en el pórtico mismo de la iglesia; el tal pórtico es rectangular, techado á teja vana, con pavimento de guijarros, abierto al aire libre por tres de sus costados, puesto que el muro no sube más de un metro sobre el suelo y no hay entre pilar y pilar de los que sostienen la techumbre, postigos ni vidrieras; sujetos con goznes á la pared, hay tablones que suben y bajan y hacen de bancos cuando la escuela está en funciones. En un rincón, una mesa de pino resobada y mugrienta señala el lugar de la cátedra. En la única pared del fondo, hasta el techo, está la puerta que dá paso á la iglesia, y á la derecha mano de esta puerta, hay un nicho de media vara en cuadro; embutida en él está la pila del agua bendita, siniestro recipiente de pizarra, y sobre la pila una calavera; y hay en torno de la calavera esta sabia inscripción: «Lo que eres, fuí; lo que soy, serás». Tal es la escuela de Rañueles; allí, á la sombra del ascético recordatorio, sin duda aprendieron á deletrear muchas generaciones; pero á la hora presente—y ya iban varios años de presente para esta hora, cuando empieza mi cuento—nadie aprende en Rañueles á leer, y no porque la ciencia le haya tomado miedo á la muerte, sino porque el maestro habría de ganar treinta duros al año y las razas de héroes se van enrareciendo.

Malia, sin embargo, sabe leer, y semejante privilegio hácela objeto por parte de los suyos de cierta veneración supersticiosa. Dejado el cubo, toma la carta que su madre le entrega, y mira y remira el sobre, manoseado y sucio:

—¿De quién será, tú?

—Paez que vien de muy lejos por los sellos que trae.

—Ábrela y lee.

—Allá voy, madre; tenga paciencia.

Malia no está muy ducha en esto de abrir cartas; rasgando el sobre, arranca un pedazo de la misiva, la cual viene escrita en amplia hoja de papel comercial con cabecera roja y oro, pródiga en rótulos y medallas; las letras son pocas, redondas y espaciadas, como escritas por quien gustase de hablar poco y claro, y dicen como sigue:

«Habana, á 3 de Mayo de 1903.

Apreciable hermana:»

—¡De Juancho!—interrumpe gritando Celesta.

—¡De tío Juancho!—repiten á coro los rapaces, que boquiabiertos como ánimas de retablo, rodean á la hermana lectora. Y decían «tío Juancho» en tono enfático y reverencial.

—«Apreciable hermana:»—repite Malia.

—Callai, rapacinos—amonesta la madre;—sigue tú...

—«Apreciable hermana: Sabrás que he decidido volver á España, porque cuando uno se va haciendo viejo le llama la tierra en que nació. Saldré de esta plaza el 1.º de Julio, y llegaré á Gijón del 12 al 13; que vaya tu hijo Quico á esperarme, y tú en esa alquilas una sala para mí en casa de Rodes, porque ya me figuro que en la tuya no habrá lugar para huéspedes; otra cosa será cuando yo vaya. Memorias á todos los que se acuerden de mí. Tu hermano que te quiere y verte desea,

Juan Moriedes.»

Terminada la carta, guardaron los oyentes silencio emocionado.

—¡Juancho viene!—dijo al cabo Celesta.

—¡Cuántas perronas traerá!—gritó un rapaz.

—¡Perronas!—arguyó una nena con ironía misericordiosa,—¡pesetas dirás!

Malia no dijo nada; dió la carta á su madre y empezó á trajinar en la cocina.

—Pero mialma—le dijo Celesta,—¿no te alegras de que venga tío Juancho?

Malia hizo un gesto de indiferencia: levantando en vilo el cubo de salmoria, vertíole en la masera, y rompiendo á cantar se enfrascó en la tarea del amasamiento. Celesta, carta en mano, fuese con premura á correr la noticia por el pueblo.

VII

Es el crepúsculo tan sereno y tan plácido que parece que el día se está durmiendo: los pinos del barranco negrean ya, y el mar, de azul que era, vase tornando violeta y gris: estábase quieto, con las aguas ligeramente murmuradoras, pero al hundirse el sol en ellas, comienzan á agitarse y á espumarajear contra el acantilado: también se embravecen sobre las indefensas arenas de las playas—que en Rañueles las playas son dos, una á Poniente y otra á Levante, para acoger al sol cuando llega y despedirle cuando se va, amplias las dos y bien guardadas por baluartes de negra roca. Sobre la playa que mira á Poniente se abren las bocas de la mina: el rojo del hierro va derramándose cantil abajo y ensangrienta la arena de la orilla. Sobre la arena está el embarcadero del mineral; es un

artilugio de madera sostenido en pilotes embreados. El agua espumante llega al primer pilote, y ante él, como asustada, retrocede; torna á acercarse y á retroceder; pero viene otra ola y se estrella brava contra el pilote, lamiéndole con lenguas de espuma: y la siguiente se rompe también y escupe más alta la blanca crestería; y la que viene en pos de ellas es invasora y rodea el pilar, y satisfecha se desparrama, tomando posesión del terreno que se tiende á sus pies; de pilote á pilote hay arenas doradas, y arena adelante el agua sigue caminando, y marca su camino con curvas glaucas y festones blancos; y llegada al segundo pilar, vuelta á los asaltos y retrocesos y salpicaduras, y vuelta á rodear el embreado leño y á tenderse á sus pies y á seguir el camino arena adelante hasta el cantil; el agua salta sobre los arrecifes que están al pie del murallón; allí suscita fragores temerosos, rugidos y cantos, como de fieras, como de mitológicos monstruos marinos, y las crestas de roca, negras y ásperas, surgen sobre la espuma y parecen moverse á compás del agua. En lo más alto del peñascal un hombre en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempla el trajinar de la marea. Ve cómo el sol declina y se hunde, cómo las aguas claras se tornan grises, cómo se inquietan, cómo invaden la playa, y saltan sobre los arrecifes negros; oye su murmurar primero y su rugir después; respira el aire fresco que deja en los labios sabor de sal y en las ropas humedad pegajosa. Así hasta que llega la noche: entonces con larga y amorosa mirada se despide del mar, y lentamente entra en el pueblo; este hombre, que es minero, ha sido muchos años pescador y tiene amores con el mar y viene á contemplarle todos los días á la hora del crepúsculo. Es un gran poeta que ha nacido en Rañueles del Monte, y que no hace versos porque nunca ha aprendido á leer ni á escribir.

VIII

La noticia ha corrido por el pueblo como riada de primavera: «Juancho el de Celésta vuelve de América». Coméntase el suceso en la bolera y en la mina, y sobre el mar en las barcas que van á la pesca, y en la playa de á Oriente, donde los aldeanos recogen las algas, y en la de á Poniente, donde los mineros empujan las vagonetas para cargar el vaporín; y al anochecer las mozas piensan vagamente en aquel Juancho que ha de venir, mientras trenzan su danza monorítmica, puestas en corro, al compás de la canción que dice:

¡Vengo de la Habana, madre!
¡Vengo de la Extremadura!

Celesta vive aquellos quince días en imponderable agitación. Con

señá Juana la de Rodes, no cesa el cabildeo ni un instante:—Que hay que arreglar el cuarto para Juancho; que si la sala que mira á la bolera; que si el gabinete que mira al corredor; que si cama de hierro; que si colchón de muelles; que si sábanas de puntilla. Afortunadamente, la tendera sabe de agasajar huéspedes, porque antaño en su casa estuvieron viviendo cosa de un mes los ingenieros que vinieron á inspeccionar la mina, y la sala—al cabo es la sala la elegida—queda dispuesta como por mano de ángeles; el tillado reluce bajo bruñida capa de cera; las paredes deslumbran de blancas, y en ellas campan hasta cinco cuadros con marcos de caoba, con vistas de mares y de barcos; en los balcones hay sendas cortinas de algodón rojo, y las almidonadas puntillas del lecho tienen pompa imperial. En un palanganero de madera hay una diminuta jofaina de loza, y pendiente del clavo, junto á él, una toalla—lujo exorbitante—de luengo pelo y franja azul.

—Ea, á cerrar, que no se empolve, y ya puede venir cuando quiera.

—Contenta estarás, mujer.

—Sí que lo estoy.

—¿Casóse Juancho en Cuba?

—Soltero vuelve como se fué.

—¡Mira tú qué es suerte!

—Sí que la es.

—Porque ya no se casa, digo yo; y, ¿á quién le va á dejar lo que tiene?

—Bien puede que se case.

—Viejín es ya.

—¡Qué dices, mialma! Cincuenta años cumplió por San Juan; para un hombre, la flor de la vida.

—Y que cuentan que va á hacerse una casa á estilo de Madrid.

—Sí que lo cuentan.

—Pues, mira, en aquel castañeo que tengo yo, según se va á la ermita, no estaría fea.

—¡Qué había de estar, mujer, qué había de estar!

IX

Madrugó el sol aquella mañana, que fué la del día 20 de Julio; asomó hinchado y rojo sobre las lomas que están á Oriente, camino de Luanco, y fué subiendo y derramando luz sobre los prados que cubren el declive, felpudos y frescos, y enredándola entre las greñas de las zarzas que hay sobre las cercas; declive abajo vino la luz á caer en la playa y aquí fué su gran fiesta; por medio de la playa entra un río en el mar; es un río manso, de aguas pocas y silenciosas, que están tendidas sobre la arena

con gesto de molicie; allí está la casa del molino. La luz del sol cayó sobre las aguas perezosas y nacieron en el cauce rebrilleos de plata y de oro; y también las arenas rebrillearon; creo que estaba bajando la marea é iban las olas en su retirada rizando el suelo en curvas amplias y simétricas; sobre el lomo de cada curva suscitóse un filete de luz, y el suelo, empapado, era como sábana de oro fundido; había á trechos reflejos color de sangre, y los ásperos arrecifes negros se anegaban en tintas violetas; las algas prendieron á su carne fantástica todas las rosas del amanecer; el mar, que era uno con el cielo, se alegró como el cielo, porque salía el sol, y sus aguas, alborozadas como niñas, dijeron sus mejores canciones. El sol seguía caminando, trepó desde la playa monte arriba plateando el maíz; las umbrías de castañeos y pomares no le dejaban penetrar; pero él ponía su clara sonrisa sobre el ramaje, y las frondas cantaban de gozo; cantaba también el coro de los pájaros.

Ya llegó á la planicie; en los muros grises de las casas viejas puso filetes empurpurados, y en las nuevas, pintadas como barcas, fundió lo agrio de los colorines bajo una dorada niebla de luz. En el barranco, poblado de pinos, hubo como un acorde de arpas, un suspiro profundo de la tierra, y en la espadaña de la iglesia cantaron las campanas la salmodia matutina.

Entonces, sobre la misma loma por donde asomó el sol, aparecieron hombres y caballos y se acercaron á Rañueles, siguiendo el camino que la luz poco antes siguiera. Descendieron los declives verdegueantes, serpenteando entre las cercas; entraron en la playa; llegaron á la casa del molino; aunque venían á buen paso, cuando se detuvieron un instante á la orilla del río iba más que mediada la mañana, y entonces algunas gentes que atisbaban desde las alturas de Rañueles, pudieron distinguir que los caballos eran tres y dos los hombres, porque el tercer animal venía cargado con sacos y maletas; era el uno de los jinetes, al parecer, alto, flaco, y tieso; venía vestido á lo señor, traía un sombrero de paja fina, de chata copa y profusas alas, y, como se vió al entrar en el pueblo, traía la cabeza como ramo en jarra, embutida en negra, durísima y lustrosa corbata; cabalgaba marcial y erguido, como de sí mismo satisfecho, mirando en torno suyo á la tierra y al mar, como si de ellos tomase posesión y asentase dominios sobre sus verdores, espumas y espejeos, y, sin duda, hablaba con voz campanuda al jinete su compañero, si bien las gentes apostadas en su espera aun no le alcanzaban á oir.

El compañero del pomposo señor era Quico, el hijo de Celesta, con lo cual queda dicho que el que tan satisfecho llegaba era Juancho, el tío de la Habana, la mina viviente, esperanza y gloria de la menesterosa familia.

Quico venía delante con resignado caminar, cabizbajo y meditativo,

como si la grandeza de su tío le anonadase; porque era de tal naturaleza la expansión de orgullo del indiano, que no parecía posible que pudiera vivir á su sombra otro gozo que el suyo. Así subieron la peñascosa senda monte arriba; los aldeanos salían de los huertos y prorrumpían en bienvenidas no exentas del cierto saborcillo socarrón que es peculiar á la gente asturiana. Juancho pronunciaba en retorno frases pomposas, como fragmentos de un discurso que viniese rumiando, y pasaba; el caballo, que era medianejo, no acertaba con la actitud gallarda propia de la ocasión, y á pesar de los espoleos y tirones de brida con que le hostigaba el indiano, persistía en inclinar hacia tierra la testa melancólica y en alargar el flácido pescuezo para alcanzar las hierbas que á orilla del camino verdeaban; llegados al recodo y á la fuente, el animal se obstinó en beber, era testarudo, y nuestro Juancho se vió obligado á detener la marcha. Erguido sobre el penco, que se descoyuntaba para hundir el morro en la corriente, tendió la vista en torno y dijo al mancebo con voz dominadora:

—¡Buen castañeo!

—Bueno, sí señor—respondió dócilmente el fascinado Quico.—Es de señá Juana la de Rodes.

—¿Y aquella huerta de la derecha?

—También de señá Juana, señor.

—¿Y aquel maizal grande que vimos subiendo?

—También suyo, señor, y la pación de allá arriba, y usted no sabe cuánto monte; quiere decirse que es como si fuera la reina del pueblo y que no hay quien campe más que ella.

Resopló el indiano, irguióse más y más, el jipijapa adquirió majestad de corona y la corbata reflejos acerados como de armadura, y dijo mayestáticamente:

—¡Eso lo veremos!

Entonces, como el jaco terminó de beber, siguieron la marcha.

X

La esplanada en que desemboca el camino y que es como plaza en aquel pintoresco Rañueles del Monte, está rumorosa y vibrante con el hormiguear de todo el pueblo que espera al indiano; los pañuelos blancos en las cabezas de las muchachas son como alas de gaviota, porque el viento los hincha y los levanta haciéndolos aletear; el charloteo de las comadres es tenue é incesante, como susurro de un maizal, y los chiquillos retozan entre las faldamentas mujeriles y chillan y se enraciman y se desparraman, sembrando en la callejera solemnidad la alegría de su des-

orden. Subiendo la cuesta aparecen las amarillas alas del sombrero de Juancho; luego, bajo ellas, el rostro moreno y tostado; después la corbata inflexible y el tieso busto, y al fin el caballo melancólico. Ante la aparición del esperado, la multitud calla; acaso hay en su silencio asomos de desilusión; acaso es poco el héroe para la epopeya. Juancho, sin duda preparado al lance, saluda descubriéndose: entonces, libre del jipijapa, muéstrase la calva deslumbradora; es color de marfil, y tan pulida, que la luz en ella se quiebra y se irisa; circunda su blancura ténue colgante de cabellos entre negros y grises; la frente está marchita, pero los ojos tienen llamas y es la boca en el rostro moreno extraña flor roja que está pregonando sensualidad.

Del grupo silencioso sale una hembra con arranque épico. Tiende los brazos, yergue la cabeza y grita: «¡Juancho, hermano!», con voz aguda. Es Celesta. El indiano majestuosamente echa pie á tierra; hay abrazos y lágrimas por parte de ella, ademanes de condescendiente abandono por parte de él: luego la presentación de rapaces: Este es Celestín, el retrato vivo de su padre, y esta Rogelia, la más chica, que se da un aire á madre que esté en gloria, y bien apañada que es; ese otro es Juanín, que es tu ahijado, aunque tú no lo sepas: besa al padrino, neno; así, en la mano.

El pueblo, como coro de tragedia, contempla aprobador las expansiones de los héroes y se conmueve y salen de él rumores que son, como las voces de la naturaleza, elocuentes por incomprendidas. Celesta triunfa y se yergue con altivez ingénua, penetrada de la importancia de su papel; sus hijos hacen muecas á los otros rapaces, engreídos por el ilustre parentesco.

—Y de Quico, hombre, no me dices nada; ¿qué te pareció?

El indiano recorrió el grupo familiar con mirada escudriñadora.

—¿No me dijiste en una carta que tenías una hija moza? ¿Por qué no ha venido?

Celesta, en su gozo, se había olvidado de Malia; atarugóse sin acertar con la respuesta conveniente; luego escudriñó en torno. Malia no parece. —¡Pero dónde estará esa rapaza! Hay para matarla; tú Rogelia, Juanín, ¿dónde está Malia?—Rogelio y Juanín se miran, sonríen y callan. Celesta, furiosa, zarandea á sus hijos; al cabo la nena responde con graciosa media lengua:—Dice que no quiere venir porque le da vergüenza.—Una comisión sale en busca de la vergonzosa doncella; y al cabo viene entre el coro de sus amigas, roja como una roja amapola, con la vista en el suelo y el pecho palpitante, más bonita que nunca. El tío le acaricia el terso rostro con morosa delectación:—Mírame, mujer, no tengas miedo, levanta esos ojos—y cuando ella obedece el mandato y le mira con aquellos ojazos que no se sabe si son azules como el cielo ó verdes como el

mar, el bueno del tío se queda turulato y dice sin saber lo que dice:
—Vaya, mujer, que eres lo mejor de la familia.

El coro aplaude, el indiano se ríe, y Malia, desaforadamente, rompe á llorar.

XI

Aun no hace un mes que llegó al pueblo Juancho, y ya Celesta gasta saya de merino negro y pañuelo de talle con flecos; Quico tiene calzones de pana y fuma del estanco; Celestín y Juanín y Rogelia calzan botas traídas de Gijón. En el castañeo de señá Juana están edificando la casa del indiano: ha de ser la fachada toda de piedra con balconada y pórtico, profusa en herrajes y cristalería; por la parte del Norte que mira al mar, tendrá una galería cubierta á estilo de las tierras en que el dueño vivió, y al pie de ella habrá un jardín con flores. Para peras, manzanas, alubias y coles ya está el huerto camino de la playa, que ha comprado Juancho al señor capellán; para maíz, los maizales de más abajo, y para leña, el pedazo de monte que ya también es suyo; amén de los tres prados en que pacen hasta media docena de vacas rojas.

Juancho—Don Juancho, como le llama el pueblo—ha hecho á la iglesia de Rañueles una singular donación: es una lámpara votiva, dorada y refulgente, que tiene la figura de un buque de alto bordo; tiene profusas velas de esmalte blanco, casco bruñido, complicadísimo mascarón, escalas y jarcias de primoroso trenzado y cuatro fanales que son cuatro lámparas, dos verdes y dos rojas: en el casco hay grabada una inscripción romántica que dice cómo D. Juan Moriedes, después de cruzar mares y de juntar fortuna en tierras lejanas, volvió á la suya á disfrutarla en paz, y de todo ello da gracias á Dios. Esta donación épica ha hecho venerable en Rañueles el nombre del indiano, y no menos exaltación de orgullo satisfecho ha causado entre pescadores, mineros y aldeanos la erección en la playa que mira á Oriente de una caseta para baños, lujo hasta entonces desconocido en aquel buen rincón de tierra asturiana, donde los escasos bañistas se contentaban para guarda de pudores con las naturales grietas del acantilado.

Este largo día de Agosto, levántase el indiano bien de mañana; el campo está fresco y huele á salud; el cielo claro, la tierra jugosa; los pájaros tienen gana de cantar. Juancho, con reposado andar, baja por la senda que hay entre huertos y maizales y llega á la parroquia en el momento en que tocan á misa; óyela con devota ostentación de hombre acomodado y eminente que siente su deber de dar ejemplo, y una vez finado el servicio sale al pórtico donde charla con el capellán. Por donde vino vuélvese al pueblo; las moras le ofrecen su pulpa jugosa; las madreselvas

mecen en honor suyo los marfileños incensarios de sus corolas; la menta humilde se despepita por suscitar desde los ribazos bocanadas de buen olor. Ya en el pueblo, Don Juan va á ver las obras del palacio; los blancos cimientos salen de la tierra como huesos desenterrados; desde aquella altura se alcanza á ver el mar, sobre cuyas aguas, muy lejos, está flotando una escuadrilla de lanchas de pesca. En cabildeos con el maestro de obras húyese la mañana y llega con el medio día la hora del yantar. La comida es solemne, servida por Celesta y señá Juana Rodes, sentado el indiano á la cabecera de una larga mesa que extiende ante él su soledad. El héroe come reposadamente, y las mujeres, entre plato y plato, le piden cuente cosas de *aquellas tierras*... ¿Es verdad que las gentes de la Habana son negras como el tizo? ¿Es verdad que las señoritinas se pasan los días tendidas en la hamaca dándose aire con el abanico? ¿Es verdad lo de la gran calor? ¿Y lo de que esos picarones del Gobierno vendieron á Cuba por un montón de duros?

Juancho á todo responde con pausadas y medidas palabras: Esto es cierto, aquello no lo es; en lo tocante á vender la isla habría mucho que decir y no poco que callar; por sí ó por no, más vale callarlo todo. Entre tanto chupa un substancioso alón; á señá Juana no se le escapa la satisfacción del huésped, y exclama en un arranque de patriotismo *sui generis*: ¡Cosas buenas habrá en aquellas tierras, digo yo; ¡pero lo que es gallinas como las de Rañueles!... A doce reales tengo vendidas más de veinte para la feria de Avilés.

Después de bien dormida la sabrosa siesta, sale el indiano á dar un paseito; atraviesa las calles silenciosas donde algunos chiquillos, sentados á lo turco á la sombra de las paredes, alzan la voz en demanda de una perrina. Don Juan es pródigo en moneda de cobre y por ende muy popular entre la chiquillería de Rañueles. Junto á la última casa del lugar empiezan las praderas; va el buen Don Juan atravesándolas, complaciéndose en hundir los pies en la blandura fragante de la hierba; las vacas que halla á su paso quedan un instante mirándole melancólicamente y tornan á pacer; se han suscitado algunas nubecillas y su sombra va y viene sobre el verdor del suelo y sobre el lomo rojo de las vacas. Pasadas las praderas hay un camino vecinal que va á la ermita de San Bartuelo; una vieja y un asno pasan por él.—Muy buenas tardes, señor Don Juan.—Más allá del camino hay una cerca de pedrusco. Don Juan la salta y entra en el pinar, que por esta parte tiene pocos pinos, y no muy grandes; la frondosidad está más lejos, tierra adentro.

Es el pinar como mirador grandioso que da sobre el mar; desde él se ve la playa de la mina con su embarcadero y sus arenas ensangrentadas, y las barcas de pesca que descansan sobre ella y aún mucho más allá el temeroso monstruo marino que finge la mole del cabo de Peñas. El suelo

está acolchado de hierba fragante; las briznas caídas de los pinos le mullen y aroman el aire. Don Juan saca el reloj, que es de oro y tamaño, y aun creo que con piedras en la tapa, mira la hora, sonríe, luego escudriña el camino por donde llegó como en espera de algo; de pronto, tiéndese en el suelo cuan largo es, y se recata tras el tronco de un pino. Óyese entonces como un eco lejano de risas frescas que se va lentamente acentuando; á las risas únense luego voces pueriles; ya se distinguen las palabras. A poco cruza el camino vecinal un grupo de chicuelas; son cinco de entre siete y doce años, y viene con ellas la arrogante Malia. Vánse á bañar y todas llevan sobre la cabeza el atillo de ropa; vienen charloteando como pájaros. Malia es amiga de los niños, porque es muy buena y muy mujer; siempre va acompañada por numerosa corte de rapazas; todas aquellas tiénenla por madre espiritual, y ahora, bajo su dirección, aprenden el arte natatorio. En el rostro de Malia hay una inagotable sonrisa, y sus ojos claros miran tan reposadamente las cosas que parecen penetrar su secreto; tiene la voz vibrante, hecha para sonar al aire libre, y es toda ella cariciosa; pasa con sus amigas las chicuelas bordeando el pinar, y por un senderito que va serpenteando en la roca se encamina á la playa; las niñas, unas la siguen y otras la preceden entre risotadas y resbalones. El indiano se arrastra hasta el límite mismo del pinar y allí queda, la vista á pico sobre la playa, donde en aquel momento el grupo de bañistas desemboca. Las chicuelas por previa providencia se descalzan, hunden los pies en la arena húmeda y gritan de gozo al sentir su frescor; así van corriendo de un lado para otro. Malia las reune y aquieta: es preciso buscar refugio para desnudarse; una á una visitan las hendiduras del acantilado y vánse acomodando en ellas, escasas de pudor como inocentes ninfas. Malia ha escogido la más honda; en la abertura, sujeta con guijarros un lienzo blanco que se hincha con la brisa; allí está prisionera en la estrecha prisión de roca brava con la cernida arena por tapiz y el cielo por techo. Primero se santigua; luego, lentamente, porque el rumor del mar parece que la arrulla con perezoso halago, va descubriendo el blanco tesoro de su cuerpo, las piernas largas como de diosa, los brazos robustos, la curva de los hombros que es como de mármol, el arranque del pecho que es arrogante y promete glorias con su firmeza. Y sobre el tesoro las miradas golosas del indiano, que sorbe con apresuramiento bocanadas de aire, como si la brisa que sube trajese hasta él la fragancia de aquella carne deleitadora. Malia se viste un saco de estameña parda, atraviesa corriendo la playa, refrena el paso al sentir la frescura del agua y va entrando en el mar lentamente. Las chiquillas la siguen, todas á un tiempo se chapuzan y hay alboroto de risas, de voces, de juegos; el agua rota inunda los rostros, baña las cabezas; las bañistas se yerguen á veces y la tela mojada modela los cuerpos, gráciles y esbozados.

aún. Malia se pone en pie también—el indiano apenas puede respirar, —y lentamente va saliendo del agua y cruza la arena y vuelve á la grieta de la roca.

XII

Vereda arriba caminan despacio, un poco fatigadas por el batallar con las olas, mordiendo sendos pedazos de pan, y entre bocado y bocado charlan como siempre:

—¡Qué calentina estaba el agua!, ¿verdá tú?

—Mira qué blancas se ponen las manos cuando se sale de la mar.

—Y aquí las yemas de los dedos parece que se quedan huecas.

—Y están muy arrugadas. Oye tú, Malia, ¿por qué será?

—¿Cuántos baños llevas? Yo tres.

—Y yo cuatro.

—Yo llevo ya siete; pero voy á venir todas las tardes mientras venga Malia.

—Pero has de ser formal; ayer por poco te afuegas, y no quiero sustos.

La más pequeña grita:

—¡Mira tu tío, Malia!

—Don Juancho, Don Juancho—dice el alegre coro.

Don Juancho está sentado en un ribazo á orilla del camino.

– Buenas tardes, nenas,—y clava los ojos en Malia. Malia está un poco pálida, tiene los ojos muy brillantes; el pelo, con la humedad, se le ensortija más y más; algunos rizos le caen sobre la frente y otros se alborotan sobre la nuca fresca; anda rítmica y blandamente, como si aun la estuviesen meciendo las olas; y la ropa como que se le fuera pegando al cuerpo; el indiano piensa en la frescura que habrá dejado el agua sobre la piel de seda.

—¿Va usted á bañarse?—pregunta una.

—De los cuarenta para arriba...—responde otra, y se oye un formidable coro de risas.

El indiano se ríe también, aunque de mala gana, y se pone en pie.

—Ea, ya que volvéis á casa os voy á acompañar. ¿Quieres, Malia?

Ella hace un mohín de indiferencia.

—No seas arisca, mujer,—y se pone á su lado; prosiguen el camino en silencio, que rompe el tío melosamente.

—Qué bonita te pones cuando sales del agua.

—¿De veras?—replica ella con no poca sorna.

—Y eso que no lo necesitas, porque eres fresca como una rosa.

Malia no contesta; el indiano calla; sube un poco de brisa y alborota

los rizos aquellos que están sobre la nuca: ¡vaya una tentación! La mano de Don Juancho se enreda en un rizo. Malia grita con susto, y de un salto se pone á cuatro varas.

—No te asustes, mujer—tartamudea el tío;—es que te vi una araña corriendo por el cuello.

Llegando á los prados, las chiquillas se desparraman en busca de moras, y una de ellas grita de lejos:

—¡Malia, cásate con Don Juancho que tiene pesetas!

—¿Oyes lo que dicen?—balbucea el caduco galán.

La moza, por toda respuesta, echa á correr detrás de sus amigas y le deja frescamente plantado.

XIII

Está el día nublado y bochornoso, con calor á un tiempo de horno y de estufa, y se sienten venir en el aire presagios de tormenta. Malia está en el huerto desde bien temprano lavando ropa; trabajó á conciencia toda la mañana, remangados los brazos, las manos en el agua, cantando á plena voz; pero va llegando el medio día, y el calor que arrecia le produce cansancio; detiénese un instante, enjúgase las manos, crúzalas elevando los brazos junto á la nuca, echa el busto atrás, reclinándose en no se qué apoyo ideal, cierra los ojos; al abrirlos de nuevo, páranse en un manzano cargado de fruta. Malia va hacia el árbol, escoge con morosidad golosa é hinca el diente en la roja manzana; luego piensa que no estaría demás descansar un ratito y se sienta en el suelo al pie del árbol; primero se recuesta en el tronco, luego la tierra parece que va tirando de ella con caricia invencible, y acaba por tenderse cara al cielo con los brazos en cruz; entre la enmarañada ramazón del manzano, se alcanza á ver el cielo, que está azúl pálido, tirando á gris; pero hay en él una refulgencia extraña y molesta que casi le obliga á entornar los párpados. ¡Qué pegajosa está la luz! Diríase que el aire tiene calentura. Gracias á que el manzano es copudo y dá buena sombra; no corre viento, pero las ramas se mueven un poquito, y así las sombras se mueven también y Malia siente la frescura de su ir y venir paseándole frente y mejillas; cuando las sombras llegan á posarse sobre los párpados, parecen de plomo según lo que pesan y lo bien que se está con los ojos cerrados. Hay un runruneo monorítmico. Malia no sabe si es el aire que vuela ó si es alguna abeja que estará entre las ramas del manzano... ¡qué importa!... el caso es que aquel runrunear es como canción de madre junto á la cuna, adormidora y cariciosa. Malia piensa que la tierra también tiene brazos de madre, y luego imagina que sería feliz arraigando en ella como los árboles, viviendo de su jugo sa-

broso, sintiendo sobre el cuerpo el frescor de la lluvia como el manzano sobre las hojas. El pasar del aire sobre los labios es tibio y sabe á guindas y á besos. La luz se mete ojos adentro, aunque los ojos estén cerrados, y sobre un fondo negro enfilan sartas de estrellas de oro; luego el oro es el fondo, y son las sartas de cuentas negras; luego, sobre azul, rosarios de lágrimas bermejas; luego, sobre rojo, manchas verdes que no tienen forma; luego la luz se apaga y hay una obscuridad que no se sabe si es negra ó violeta.

Los runruneos que andan por el aire pierden su indecisión, parece que se ajustan al ritmo de un sueño que pasó hace mucho tiempo; Malia no sabe lo que soñó, ni cuándo lo soñó; pero sí sabe que su sueño tiene la voz de aquel rumor; el cual, lentamente se precisa y parece una voz, una voz muy lejana que se acerca, que viene á su lado, que la llama quedito: «Malia, Malia».

Y abre los ojos á tiempo que una mano aprisiona la suya.

—¡Malia!

—¡Jesús, María y José! ¡Qué susto! ¿Es usted, tío Juancho?

—Sí, yo, no te alborotes, sigue durmiendo.

Malia intenta levantarse, pero el sueño y la tierra la tienen presa.

—Te digo que duermas, mujer; así me gustas, con los ojos cerrados; no tengas miedo, que yo te quiero bien y más de lo que tu te figuras. ¿Sabes lo que te digo, rapaza? Que tú también me quieres á mí; no lo sabes, pero me quieres, ¿verdad que si, Malia? ¿verdad que sí?

El viejo habla quedito, con voz melíflua, con entonaciones mansas que trajo de las tierras del sol. Malia no sabe lo que oye y le deja decir; son aquellas palabras como un halago más de aquel su delicioso medio sueño, como la sombra que le acaricia el rostro, como la brisa, como el runruneo del aire, como la fragancia sabrosa de la tierra.

—No sabes tú lo bueno que es quererse como Dios manda. ¡Miren qué manezuca de reina tiene mi aldeana y qué boca de rosa! ¿Quieres que te dé un beso en esa boca?

Dicho y hecho. Ella sonríe sin abrir los ojos.

—¡Malia!—gritó oportuna la voz de Celesta,—busca á tío Juan, que ya está la comida.

Malia se incorporó de un salto; el buen señor la siguió implorante:

—Malia, Malita, quiéreme, que me quieras, te digo; mira, esta noche te espero en el huerto, ¿bajarás? A las once te espero.

Malia, sin despertar del todo, desapareció entre los árboles, y entonces empezaron á caer, rebotando en las copas de los manzanos, las gotas de un chaparrón veraniego.

XIV

La tormenta, nutrida de lluvia, duró toda la tarde; vino pronto el crepúsculo; pero sucedió que el cielo, en lugar de obscurecerse, esclareció con la venida de la noche, y, barridas las nubes por el viento, lucieron las estrellas. No fué noche de luna; pero á la claridad del cielo se veían los árboles lavados por el agua, frescos y estremecidos; corrían también veredas abajo arroyos claros que iban bañando las zarzas por el pie; á intervalos caían gotas rezagadas de los aleros, de las ramas movidas por el pasar de un pájaro nocturno. El mar, alborotado por la lluvia, se daba el lujo de seguir rugiendo ahora que la lluvia pasó; y traían al pueblo, ecos de iontananza, el historial de sus furores al pie de las peñas; el murallón, en que se abren las bocas de la mina, chorreaba el agua mezclada con hierro, como carne viva que vertiese sangre. Lozano el huerto y fresco, parecía, con largos suspiros que eran estremecerse de hojas y desmoronarse de terrones al empaparse en agua, decir la voluptuosidad del apaciguamiento nocturno. Cuando las ramas se fueron secando, empezaron á despedir su aroma las madreselvas, y sobre el verde obscuro, como una sospecha de color, se adivinó la pompa de unas rosas.

El alma de los huertos nace de noche, porque de día duerme al sol con el vibrar sonoro que suscita en el aire; de noche aroman las flores desdeñadas y se sueñan hermosas; de noche brillan los gusanos de luz; de noche se miran en el estanque las estrellas pálidas; de noche cantan los ruiseñores.

El pueblo poco á poco se va durmiendo; los ruidos callan; se cierran las puertas; alguien canta muy lejos una canción que parece triste; pasa un hombre solo, que va deprisa, y su paso resuena en el silencio con sonar casi trágico; ladran los perros agoreros, y el reloj de la torre canta con clara voz.

El indiano sale al corredor; la frescura fragante de la noche dice algo muy grato á su espíritu, aunque él no es poeta; la noche tiene voz para casi todas las almas, y como siempre que nos habla la naturaleza trasladamos nosotros el sentido de su lenguaje al idioma de nuestro deseo, creyó el indiano que aquella poesía de la noche era como heraldo de las venturas de su amor. La chiquilla, sabrosa y fresca como el huerto, era como dardo para su corazón, dardo causador de gustosas heridas, y el fuego de los labios de ella, se antojaba á su anhelo frescor matutino, y del halago de su esquivez tomaba su mente dulces apoyos para fingir las glorias de la hora del triunfo.

El buen Juancho tenía su dicha por tan segura que iba retardando el momento con saboreo goloso y pueril. Será de esta manera y de la otra.

Y fué tanta la fuerza de su imaginar, que creyó oir, junto con los suspiros de las hojas y las risas del agua en la tierra, suspiros y risas de la enamorada. ¡Suspiros y risas! Sí que sonaban, alternados, como perlas y rosas. Suspiros y risas, y bien cerca, en el huerto, casi debajo del corredor. Y era la voz de Malia, la reidora y la suspirante.

Escuchó el indiano: con la voz de ella se trenzaba otra voz, y decían:

—¡Eso no, que ye mucho pecado!

—Pues si no pecaran tu padre y tu madre, estábamos frescos.

—¡No seas fato, hombre!

Y luego más risas y más rumores, y el proseguir bajo las madreselvas, sobre la tierra estremecida, de la dulce batalla; y vuelta al suspirar y al decirse ternezas, ingenuas y claras como flores silvestres...

En tanto el indiano, de bruces sobre la balaustrada del corredor, primero con rabia, luego con pena, sintió como si á cada risa de las que en el huerto estaban sonando, se desmoronasen, fatídicos y necios, todos los montones de onzas que trajo de las tierras del sol.

CRONICA INTERNACIONAL, POR JOAQUÍN F. PRIDA.

MARRUECOS

El acuerdo entre Francia é Inglaterra anunciado en nuestra *Crónica* anterior como cosa probable y próxima, es ya un hecho: el día 8 del mes actual lo autorizaron en Londres, con sus firmas, M. Paul Cambon, Embajador de la República francesa, y el Marqués de Lansdowne, Ministro de Negocios Extranjeros británico.

Como se esperaba, abarca la nueva convención multitud de asuntos: todos aquellos en que los intereses de las dos grandes naciones de Occidente parecían difícilmente conciliables, hasta el punto de mantener entre ellas sorda rivalidad que, en determinados momentos, hizo creer en la inminencia de una guerra.

De Terranova, Senegambia, islas de Los, región del Niger, Siam, Madagascar, Nuevas Hébridas, y, por último, Marruecos y Egipto, tratan los recientes acuerdos, en los cuales admira, ante todo, que tantas, tan complejas y tan graves cuestiones hayan podido ser resueltas satisfactoriamente en una negociación de pocos meses. Sólo relegando al olvido las tradiciones recelosas de la diplomacia y poniendo en el común empeño una lealtad á toda prueba y un notorio deseo de inteligencia mutua, se explica que los Gobiernos de París y de Londres hayan dado cima, con tan inusitada rapidez, á la previsora y humanitaria empresa de extinguir entre sí tantos gérmenes de discordia y de asentar sobre firme base la amistad presente y futura de dos grandes pueblos.

Como ejemplo digno de imitar, como síntoma halagüeño de las nuevas orientaciones de la diplomacia y como fuente de beneficiosos resultados para la paz del mundo, el acuerdo anglo-francés de 8 del actual es acreedor á incondicionales elogios. Pensando en él no puede menos de recordarse que las disensiones entre los Estados se resuelven mucho mejor por la persuasión que por la fuerza; que la diplomacia más fecunda puede y debe ser la más honrada y más noble, y que en la creciente

solidaridad en que viven las naciones civilizadas, todas sin excepción, temprano ó tarde, y en mayor ó menor medida, recogen el fruto de cuantas gestiones se dirigen á impedir ó alejar de las relaciones internacionales la amenaza, cada día más terrible, de la guerra

De ahí el general concierto de alabanzas con que ha sido recibida en casi toda Europa la noticia del novísimo acuerdo. Gran parte de la opinión francesa ve en él obra maestra de la diplomacia de M. Delcassé, á quien se juzga el más clarividente de los Ministros de la nación vecina, suponiendo que no pierde ocasión de asegurar para su patria nuevas amistades, de disipar recelos exteriores y de favorecer la política de expansión en los asuntos coloniales. En Inglaterra se ha dado el caso, notable en verdad, de que Lord Spencer se levantara en la Alta Cámara para felicitar en nombre de los liberales al Gobierno conservador que ha llevado á cabo las negociaciones con Francia. El Embajador de Rusia en París, cumpliendo órdenes recibidas del Conde Lamsdorf, ha manifestado la satisfacción con que el Gobierno del Czar recibe la nueva de la inteligencia anglo-francesa, á pesar del empeño puesto por la prensa periódica alemana en demostrar que esa inteligencia iba á ser el principio disolvente de la unión franco-rusa. El Canciller del Imperio alemán, Conde de Bülow, aunque menos explícito y entusiasta que otros, ha procurado tranquilizar en el Reichstag el ánimo de las oposiciones, sosteniendo que el acuerdo entre Inglaterra y Francia, ni lesionaba los intereses germánicos, ni podía contrariar los propósitos, resueltamente pacíficos, del Imperio. Y en España misma, declaraciones hechas por el actual Ministro de Estado, tienden á probar que no hay razón alguna para que la opinión pública nacional se muestre alarmada por los nuevos acuerdos, en los cuales, después de todo, añade, se reconocen expresamente nuestros derechos é intereses en el Noroeste de Africa, consagrándolos en forma de que no hay ejemplo hasta el día, y otorgando á las aspiraciones españolas toda aquella satisfacción que racionalmente podía pedirse y esperarse.

Claro está que al lado de estas alabanzas se oyen censuras también en todas partes, censuras que los partidos de oposición acogen fácilmente, convirtiéndolas en arma más ó menos certera contra los que ocupan el poder; pero sobre ser natural que así suceda, dada la ordinaria actitud y procedimientos usuales de toda oposición política, bueno será advertir

que, en el presente caso, no es el sentido general ni la elevada significación del acuerdo lo que suele excitar el descontento de los unos ó la crítica acerba de los otros, sino más bien alguna estipulación particular que se estima dañosa á determinados intereses, ó contraria á las aspiraciones, mejor ó peor definidas, de Estados que no tomaron parte en la redacción del convenio.

Por lo que á España se refiere, esa es la razón del pesimismo prematuro con que entre nosotros fué acogida la noticia de la convención franco-inglesa. Si entre las clases sociales españolas que tienen algún conocimiento de la política exterior contemporánea, existen ideales precisos en punto á la dirección que deba imprimirse á las relaciones del Estado con las demás potencias, bien puede asegurarse que semejantes ideales no se encaminan á fundar el bien de la patria sobre rivalidades ajenas, ni esperan para aquélla provecho alguno del rompimiento de la paz europea, más amenazador, en todo caso, para el débil que para el fuerte. Faltos nosotros de los medios de acción necesarios para exigir que se nos oiga y respete como se nos oyó y respetó en pasados tiempos, y como se respeta y oye á los poderosos del día, no sentimos complacencia alguna, antes abrigamos natural temor, en presencia de los conflictos que en nuestra vecindad se fraguan; y por razón de propia conveniencia (aparte de inclinaciones ó motivos de otra índole), vivamente anhelamos que en todo pueblo se inspiren las relaciones exteriores en principios de conciliación y armonía, que, al fin y al cabo, tanto pueden contribuir á proteger al débil contra las demasías del poderoso.

Siendo esto así, la extinción de la tradicional rivalidad entre Inglaterra y Francia, el alejamiento de un posible choque entre dos Estados con quienes nos ligan tan estrechos vínculos, engendrados por la proximidad geográfica y por la convivencia secular en la gran sociedad de las naciones, es, ó debe ser, para España, motivo de sincero aplauso. Desde este punto de vista, no puede haber en la opinión española serias divergencias; así que lo único discutido con calor entre nosotros es uno de los acuerdos concretos que Inglaterra y Francia suscriben: el relativo á la futura suerte del Imperio marroquí, á la influencia que en ella se reserve Francia y á la conciliación de ese influjo con los intereses y aspiraciones españoles.

La reciente convención anglo-francesa relativa á Marruecos contiene,

en realidad, acuerdos de verdadera transcendencia, que es natural lleven la preocupación al ánimo de otras naciones, demandando, por parte de éstas, detenido y sereno estudio; más detenido y sereno que el que ordinariamente suele dedicárseles.

Después de declarar el Gobierno de la República francesa que no tiene el propósito de hacer que cambie el estado político en Marruecos, reconoce el Gobierno británico que corresponde á Francia, como potencia limítrofe del Imperio marroquí, el derecho ó el deber de velar por la tranquilidad de este último y de prestarle auxilio para llevar á cabo las reformas administrativas, económicas, financieras y militares que necesite. A esa futura acción de Francia, no se opondrá Inglaterra, siempre que se respeten los derechos de que, en virtud de los tratados, convenios y costumbres, goza ésta en Marruecos actualmente.

Deseosos ambos Gobiernos de que el principio de la libertad comercial prevalezca en el Noroeste de Africa, se obligan á respetarlo, cuando menos, durante un período de treinta años. Comprométense también á impedir la construcción en el litoral africano de nuevas fortificaciones que pudieran ser una amenaza para el libre paso del Estrecho; y, por último, inspirándose, según dicen, en sentimientos sinceramente amistosos hacia España, toman en consideración los intereses derivados de nuestra situación geográfica y de nuestras posesiones territoriales en la costa marroquí del Mediterráneo, conviniendo en que, respecto á dichos intereses, se concierten el Gobierno francés y el español, no sin comunicar el acuerdo, en su día, al Gobierno de S. M. Británica.

Tales son, en lo substancial, por lo que á Marruecos se refiere, las estipulaciones recientemente convenidas entre Francia é Inglaterra, y objeto entre nosotros de tan apasionados comentarios. El fundamento que estos tengan en la letra y el espíritu del convenio, es ahora lo único que importa averiguar.

Lo que á primera vista sorprende en la nueva convención franco-inglesa es la relación de equivalencia en que aparecen los acuerdos relativos á Marruecos y los referentes á Egipto, porque ni había razón para esperarla, ni se explica sin alguna dificultad *a posteriori*.

De hecho, Inglaterra predominaba ya en Egipto y estaba allí tan sólidamente establecida, que el callado disgusto de Francia no amenazaba seriamente á la realización de los pensamientos británicos en la región

oriental mediterránea. Como ha dicho muy oportunamente un periódico alemán, el sacrificio del Gobierno francés renunciando á poner trabas á la acción inglesa en Egipto, es bien pequeño; porque dada la marcha de las cosas, la Gran Bretaña podía considerarse como dueña de las orillas del Nilo, contando ó sin contar con el asentimiento de Francia.

Y, sin embargo, á cambio de ese pequeño ó imaginario sacrificio, á cambio de la promesa de no hacer lo que difícilmente podía hacerse y de alguna concesión secundaria en orden al servicio de la deuda egipcia, Inglaterra reconoce á Francia nada menos que el predominio, ó, si quiere leerse entre líneas, el protectorado de Marruecos; es decir, la decisiva influencia sobre una vasta extensión de territorio, donde la aquiescencia británica era de todo punto indispensable para que Francia pudiese realizar sus miras.

No hace mucho tiempo todavía que la prensa de Londres recordaba, aplaudiéndolas, aquellas palabras de Palmerston, en que se decía que, ni desde el punto de vista militar, ni desde el naval ó el político, podría la posesión de Egipto ser compensación suficiente para la posesión de Marruecos por Francia. Y ahora, cuando la posesión de Egipto está asegurada para Inglaterra, cuando no hay necesidad inmediata de apelar á supremos recursos para mantenerla, el Gobierno de Londres parece transigir con que Marruecos pase á manos francesas, realizando así, sin compensación efectiva y sin necesidad verdadera, el más inesperado de los sacrificios.

Realmente, no es de extrañar que, de cuantos abarca el convenio, sea éste el punto que se presente más obscuro á los ojos de todos.

De ahí (y por repugnancia á admitir en el Gobierno de Londres generosidades excesivas ó sencillez bastante para caer en las redes de la diplomacia francesa) la idea, que empieza á extenderse entre nosotros, de que fué M. Delcassé víctima de un engaño y de que todas las concesiones británicas en punto á Marruecos son pura apariencia y promesa vana, puesto que, por unas ó por otras razones, no habrán de realizarse nunca.

Hay, sin embargo, en esta explicación, inocentemente maliciosa, mucho de inadmisible; porque mientras quepa explicar convenios como el de que ahora se trata, negociados por personas como las que en su preparación intervinieron, sin suponer mala fe, ni impericia, ni pueril can-

dor en ninguna de las partes contratantes, no es lícito, ni siquiera sensato, pedir á eso que pudiera llamarse *lo maravilloso* en diplomacia, la razón de ser del acuerdo. Sorprende éste, en verdad, por la aparente desproporción entre concesiones que se dicen equivalentes; pero la sorpresa disminuye fijando la atención en ciertos pormenores y aceptando determinadas hipótesis.

Por lo pronto Inglaterra no abandona, como se anunció en un principio (y eso sí que había de ser inverosímil), sus intereses marroquíes, sino que los defiende en cuanto tienen de esencial. La fórmula famosa: «Libertad de acción para Inglaterra en Egipto y libertad de acción para Francia en Marruecos», no es la fórmula en que pueda resumirse con exactitud el acuerdo franco-británico. Después, como antes de él, ni Francia se desentiende de Egipto, ni, mucho menos, se desentiende Inglaterra de Marruecos.

Propósito por parte de Francia de no alterar, en lo político, el *statu quo* marroquí; respeto á los derechos de que la Gran Bretaña goza en virtud de tratados, convenios y costumbres; libertad comercial durante un período mínimo de treinta años; libre tránsito del Estrecho, garantido por la no fortificación de la costa vecina, y reconocimiento de los derechos de España: he ahí todo lo que Inglaterra pide y logra, para comprometerse á no estorbar, en lo demás, los designios franceses sobre el Noroeste de Africa.

El número y la calidad de estas condiciones permiten descubrir la proporción que no se advertía á primera vista; porque la verdad es que si parece poco lo que Francia otorga en Egipto, tampoco es mucho lo que Inglaterra sacrifica en Marruecos.

Con las precauciones tomadas para dejar á salvo los propios intereses, no es de asombrar que Inglaterra consienta en la penetración pacífica del Imperio marroquí, deseada por Francia. Esta ha de ser quien, con la gloria y el principal provecho, lleve sobre sus hombros la carga que la empresa supone; y cuando llegue el día, si llega alguna vez, de recoger el fruto de la obra civilizadora en Marruecos, ya cuidará Inglaterra de no ser la última en participar de los beneficios que al comercio universal ofrezca el nuevo orden de cosas.

Mientras tanto es digno de notar cómo los intereses británicos tienden á coincidir con los de España en punto á las cuestiones marroquíes.

En la depresión que sufre el ánimo nacional de algún tiempo á esta parte, se necesita de esfuerzo verdadero para creerlo y, más aún, para afirmarlo. Nuestro desalentado pesimismo nos inclina á ver sistemáticos rencores por todos lados, y á pensar que está decretada irremediablemente nuestra ruina. Hemos perdido la fe en la justicia de los fuertes, y sólo esperamos de ellos mala voluntad y persecuciones inícuas.

Por eso fué corriente en España suponer que Francia é Inglaterra pactaban en secreto sin acordarse de nosotros ó proponiéndose expulsarnos del Norte de Africa; y por eso cuando se vió que el texto del convenio no confirmaba esos temores, se buscó el medio de fundarlos en el espíritu, ya que no en la letra, de aquél, agotando todo género de recursos para justificar las interpretaciones pesimistas y para difundir la convicción de que somos la eterna víctima de las imprevisiones propias y de las malquerencias ajenas.

Podrá demostrarse algún día que todo eso es verdad; pero, hoy por hoy, no hay razón bastante para temerlo. Los intereses españoles en Marruecos están explícitamente reconocidos; y si no quiere creerse que ese reconocimiento esté inspirado en el respeto á nuestro derecho, convéngase, á lo menos, en que obedece al propósito inglés de contrarrestar, en el Imperio marroquí, la futura expansión francesa.

Mirado el asunto desde otro punto de vista, nada prueba que el Gobierno francés vea con recelo la cooperación española en Africa. Aparte de exageraciones individuales, no se advierte en Francia el propósito de una absorción total de Marruecos. Con parte de este Imperio, aun en el lejano caso de un reparto, podría satisfacerse la nación vecina.

Si á todo esto se añade que el *statu quo* político marroquí no corre riesgos inmediatos; que la libertad comercial ofrecida por Francia brinda nuevos caminos á la penetración pacífica de todos; y que, entre tanto, se abre ante nuestra vista un período menos sujeto que el que ahora concluye á las sorpresas nacidas del interior de Marruecos, y más supeditado á los cambios políticos que ocurran en Europa, justo es que no nos entreguemos á desalientos prematuros y que aspiremos á obtener, de las circunstancias presentes, aquellos beneficios que pueden otorgarse á la unidad y fijeza de miras, pero que no se otorgan nunca á la división ni al aturdimiento.

Madrid, 30 de Abril de 1904.

DE NORTE A SUR

AUSTRALIA. De la política australiana y del socialismo australiano podríamos sacar aquí, en la soleada tierra del garbanzo, saludables enseñanzas. Pero sabemos poco, muy poco, de los países lejanos. ¡Está tan lejos Australia! Más cerca, mucho más cerca tenemos á Suiza, á Holanda, á Suecia, países que avanzan serenos, silenciosos y firmes, de los que también podíamos sacar aquí enseñanzas saludables; pero sabemos poco, muy poco, de los países cercanos. De los países lejanos nos desinteresa la lejanía. Australia... casi un mito, casi tema para narraciones de viajes extraordinarios. Holanda... Suiza... con la cercanía, pierden el incitador interés de lo lejano, ese aguijoneo de lo desconocido, de lo casi fantástico.

Y, sin embargo, ¡qué interesante el desarrollo social y político de Australia! ¡Qué fuente tan abundante de saludables enseñanzas! Porque es lo cierto, que en estos días se elabora en Australia una crisis política formidable y cuya solución repercutirá, más tarde ó más temprano, en esta vieja Europa. La crisis australiana se resuelve con la salida del gabinete Deakins y su reemplazo por el gabinete Watson. La importancia de esta crisis se comprende sólo con decir que Watson es el jefe del partido obrero australiano, y la importancia del partido obrero australiano se comprende sólo con decir que Australia es hoy llamada *el laboratorio social* del mundo moderno. El gabinete Watson es el primer gabinete obrero, puramente obrero, que se constituye en el mundo. ¿Es importante la crisis de Australia?

Un pueblo en el que se desarrolla un acontecimiento tan extraordinario, ¿vale la pena, vale el trabajo de estudiarlo y de seguir su evolución social? ¿Vale la pena de observarlo como algo más que ameno tema de viajes extraordinarios?

Y cuando decimos que el gabinete Watson es el primer gobierno obrero que se forma en el mundo, empleamos la palabra *obrero* en su literal sentido. Tal vez algunos, tal vez muchos, podrían creer que en Australia se había formado un gabinete *socialista*. Hoy el socialismo lo

encubre todo, todo; hasta la ignorancia de muchos se encubre con una capa sutil de socialismo.

El ministerio Deakins fué derrotado en la Cámara por el partido obrero, y el arma de que se sirvió para la derrota fué una ley obrera; la misma ley que produjo la retirada del antecesor de Deakins, la retirada de Barton: la ley de reglamentación de los conflictos entre el capital y el trabajo, ley forjada en iguales moldes que la de Nueva Zelanda y Victoria, ley por la que se someten á la acción legal y judicial todas las relaciones de patronos y obreros.

En lo fundamental de esta ley no hubo discrepancias, ni disensiones. Todos los partidos la votaban. Pero Deakins, como antes Barton, dejaban fuera de ella á los funcionarios del Estado. Y aquí conviene hacer notar que todos los empleados ferrocarrileros quedaban desamparados de la nueva ley, porque son allí funcionarios del Estado.

El partido obrero, que en las últimas elecciones alcanzó casi mayoría sobre los demás partidos, estableció la condición para apoyar con sus votos esta ley, que no se exceptuase de ella á los funcionarios del Estado, y, por consiguiente, á los empleados de los caminos de hierro. En estos términos acepta Deakins la batalla; le derrota el partido obrero, y el gobernador general, lord Northcote, llama para que gobierne á Australia á Watson, formándose así el primer gabinete obrero.

Estos son los extraordinarios sucesos de los países lejanos.

DE OTRA MANERA. Lo que en Australia es una *manera de socialismo* (socialismo sin doctrina) suele ser en Europa *otra manera*. El socialismo francés ha dado en tiempo reciente pruebas de *su manera*, y una de estas pruebas vamos á presentarla á nuestros lectores.

En una población francesa se ha formado una candidatura socialista para las elecciones municipales, y es condición, para figurar en esta candidatura socialista-radical, ser célibe.

Uno de los grandes argumentos manejados en contra de las congregaciones religiosas ha sido precisamente el celibato. Arma terrible, sobre todo en Estado cuya población sufre crisis peligrosa por desnivel entre defunciones y nacimientos. Y ahora los socialistas-radicales de una po-

blación francesa, buscan como título para entrar en el municipio, el título mismo que á otros ha servido para ser expulsados de Francia.

Al lado del celibato de los clérigos, ¿vamos á tener el celibato de los socialistas? Napoleón llegó á pretender que los profesores franceses fuesen célibes para que, desembarazados de las caseras preocupaciones del hogar, pudiesen abordar serenos la ciencia. ¿Querrán estos radicales socialistas abordar también serenos el gobierno del municipio? ¿Querrán afrontar desembarazadamente la vida?

EL ANIVERSARIO. Por estos días hace un año. ¿Quién puede haber olvidado aquella tragedia del rey Alejandro y de la reina Draga? En estos tiempos, las cosas más extraordinarias pasan raudas, nos conmueven, nos apasionan un momento y en otro momento las olvidamos. La heroica, la épica guerra anglo-boer la vemos ya en la lejanía, como una guerra de la Edad Media; la ruso-japonesa es la que nos conmueve ahora. Yo estoy seguro que con todo su formidable estrépito la olvidaremos pronto. Pero la tragedia de Belgrado no pudo, seguramente, olvidarse aunque haya acontecido hace ya mucho tiempo, mucho. Hace un año.

Supimos que cuando el *Konak* estaba todavía manchado de sangre, entró en él un nuevo rey de Serbia, entró el buen Pedro. Supimos también que las potencias, las grandes, las que *de hecho* rigen á las otras y en realidad gobiernan el mundo, dándonos á pensar que hay en él reinos y subreinos, supimos que estas superpotencias miraron con cierto disimulo la tragedia. Ante ella ni se horrorizaron, ni se conmovieron mucho. No; dejaron que el buen Pedro entrase en el *Konak* cuando todavía estaba recién fregada la sangre. Después no supimos mas.

Ahora, en el cabo de año de la tragedia, vamos á saber algo, y es que aquellas superpotencias tienen conciencia; es un poco tarda en su movimiento, es un poco torpe y pausada, pero al fin tienen conciencia. Hoy podemos saber algo que continúa aquella trágica historia; sabemos que durante el año transcurrido, algunas, casi todas esas poderosas potencias fueron retirando de Belgrado sus embajadores. No así de repente, ante el primer impulso de horror trágico; no, los fueron retirando de Belgrado poquito á poco, lentamente. Pero el rey Pedro comenzó entonces á reti

rar de su corte los asesinos que le rodeaban, y las poderosas potencias vuelven á enviar á Belgrado sus embajadores, también poquito á poco, también lentamente.

De todo aquello ya nó va quedando nada en el *Konak*. Sólo queda el buen rey Pedro. ¡Qué interesante aniversario!

UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA. Yo estudié, cuando era niño, una Geografía, según la cual, el reino de Zambeze está situado en la parte oriental de Africa, lindando con Angola y Mozambique, con una extensión superficial de 1.604.480 kilómetros y 1.350.000 habitantes. Yo recuerdo que, según esta misma Geografía, Inglaterra se mostraba con derecho sobre este reino por encontrarse situada en la esfera de sus intereses.

Hoy, en las escuelas, tendrá que alterarse esta lección de geografía: desde el pasado Abril, el reino africano de Zambeze ya no existe. ¡Un reino que desaparece dulcemente, sin guerras, sin convulsiones, sin ruido! Es interesante y es melancólica la historia de los reyes y de las reinas sin reino; pero tal vez es más interesante y más melancólica la historia de un reino muerto.

Las nuevas Geografías, al hablar de Zambeze, dirán: «este era una reino», como esos cuentos infantiles que comienzan diciendo: «este era un rey». Sí, dirán que era un reino que en el año de 1891 se acogió al protectorado inglés sin perder un ápice de independencia. Entró á formar parte del Protectorado central africano. El Ministerio de Estado de Inglaterra se encargó de enviar un Comisario inglés al reino africano, y para este reino comenzó entonces una era de tranquilidad y bienandanzas tales, que en el mes de Abril, sin mediación de un Jamesón, ni de un Rhodes, sin guerras, sin convulsiones y sin ruidos, el Zambeze deja de ser un reino y pasa á ser una colonia inglesa.

La Geografía que estudien nuestros hijos ¡se diferenciará en tantos puntos de la que estudiamos nosotros!

Un reino menos. El gran sueño de Rhodes: aquel gran ferrocarril africano del Cabo al Cairo, puede dar otro avance á través de Zambeze.

CAÑONES DE 7·5 Y DE 9·2 EN VEZ DE 6.

Los combates navales de Puerto Arturo ya han servido de algo á los ingleses. Las modernas máquinas de la guerra naval necesitaban experiencia práctica; la marina británica empieza á sacar de la guerra ruso-japonesa prácticas experiencias. Hay temas que jamás se extinguen, y entre estos temas contamos el de la marina inglesa y el del espíritu práctico de los ingleses.

En el Parlamento de Londres se ha tratado ampliamente de la guerra para deducir la necesidad de ir sustituyendo, aun en los cruceros del tipo *Argyll*, las piezas de 6 pulgadas por las de 7·5 y aun por las de 9·2. Se ha reconocido de la misma manera que no basta, no, no basta modificar las pulgadas de los cañones, es menester también afinar más y más la puntería de los artilleros. Porque las victorias del almirante Togo se deben, aun más que á los cañones, á la refinada destreza de los artilleros.

La marina inglesa ya ha tomado nota de estas dos conclusiones. Cuatro de los diez cañones de 6 en los navíos del tipo *Devonshire* serán reemplazados por otros de 7·5. En los navíos del tipo *Duc d'Edimbourg* se sustituirán las diez piezas de 6 por cuatro piezas de 7 5.

Hay temas que jamás se extinguen; nunca se extinguirá el tema del espíritu práctico de los ingleses.

EL REEMPLAZO DEL «PETROPAVLOVSK».

Sigamos hablando de marina de guerra. Toda la prensa rusa relató, á los pocos días de la catástrofe del *Petropavlosk*, un episodio pequeño, muy pequeño, y sin embargo de su pequeñez debe recogerse el sencillo episodio.

Al día siguiente de la catástrofe, un mercader moscovita, humildemente vestido, se presenta en el Ministerio de Marina preguntando por un principal funcionario. Viéndose ante él, le pregunta: ¿cuánto cuesta un acorazado como el *Petropavlovsk?* Y el funcionario le responde: nueve millones de rublos. Entonces el mercader moscovita escribe en una hoja de papel estas palabras sencillas: «El que suscribe, comerciante de Moscou, se compromete á entregar nueve millones de rublos para la construcción de otro *Petropavlovsk.*»

Después saludó al funcionario con una cortés reverencia, se santiguó

ante la imagen que en un rincón del despacho había, calóse su gorro de moscovita, y salió á la calle el buen mercader. Uno de los más opulentos mercaderes entre los mercaderes de Moscou.

EL CONGRESO DE LA DANZA. Haríamos mal en no reflejar aquí más que hechos melancólicos y tristes, cosas de guerras, de reinos muertos... No; en la vida de la humanidad se entretejen los sucesos graves con los amenos.

Desde estas páginas se ha hablado de muchos Congresos, y no hallo razón que nos vede el hablar del Congreso de la Danza. Celebróse en Berlín á mediados del pasado Abril: aceptó la presidencia honoraria el emperador Guillermo. Se leyeron eruditos trabajos sobre la danza en diversos países. Se declaró absurda, completamente absurda, la formalidad de las *presentaciones* para sacar á bailar á una señorita; es una costumbre reveladora de mala educación; debe suponerse que todos los invitados á un baile son personas respetables, intachables; la exigencia de la presentación previa supone una torpe sospecha. El Congreso de Berlín ha condenado las presentaciones previas. Ha declarado, además, que el baile es una mezcla feliz de arte y deporte; que es el complemento, el último retoque de una buena educación. El baile debe introducirse en los cuarteles, con lo cual se alejará al soldado de la taberna. Ha condenado como bailes indecorosos, relegándolos á la pista del Circo, bailes como el *Kake-Walk* y el *Boston de los locos*. En lo sucesivo, sólo serán admitidos como bailes honrados, los reconocidos por un Congreso.

Y como en todas las cosas del mundo, aun en las más alegres, hay una nota melancólica y tierna, también la hubo en el Congreso de la Danza.

Hízose al final una colecta en favor de los maestros de baile viejos ó enfermos en todas las naciones representadas en el Congreso. La colecta dió un producto de 225 pesetas y 50 céntimos.

Siempre la nota melancólica. ¡225 pesetas y 50 céntimos!

FRANCISCO ACEBAL

LIBROS

PROBLEMI DI RELIGIONE, DI POLITICA E DI LETTERATURA, per *Gaetano Negri.*—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1904.—409 páginas, 5,50 liras.

Siento yo mucha predilección por todos los escritos de Negri. Encuentro siempre en ellos algo que aprender, pues su autor poseía gran cultura y no era de aquellos que suelen repetir cosas resobadas. Sin embargo, no está aquí su mayor atractivo. Al cabo, estas condiciones se hallan en otros publicistas con relativa frecuencia. Lo que ya es bastante más raro es el arte de saber interesar al lector, y más aún el de emocionar su alma y apoderarse á menudo de ella, que es lo que consigue de cuando en cuando Negri. Por supuesto—no hay necesidad de decirlo—que en semejante resultado tiene una gran parte el factor contrario, el del lector mismo, cuyo espíritu tiene que encontrarse también en cierta disposición favorable para recibir las incitaciones ó influjos de quien escribe. Ello es que los libros y disertaciones de Negri suelen tocarme allá dentro, en lo vivo, produciéndome no poca agitación íntima, haciéndome revolver los posos de la conciencia, y obligándome á parar y volver á parar la atención en ciertos problemas que hallo, hace tiempo, de mi gusto, aun cuando reconozca que todas las vueltas que se de en torno de los mismos sean vanas, porque no se logra otra cosa sino darse de cabezadas contra el muro del misterio.

Negri parecía complacerse en estar tratando de continuo temas de esta especie, lo que prueba qué lugar tan preferente ocupaban en su interior. Eran muchos los que le interesaban (igual que á los hombres que ejercitan de continuo su pensamiento), y muchos aquellos sobre los cuales escribía; sin embargo, los que mayor actividad cerebral le robaban eran los problemas metafísicos y religiosos: el de lo infinito, el de la vida y su significación, el de la conciencia... Este libro de que ahora hablamos lo prueba muy bien, como lo prueban igualmente otros, de que se hizo aquí mismo, en su día, la correspondiente nota bibliográfica. Es una colección de estudios sobre puntos diversos de religión, de política, de literatura, dados á luz con ocasión de algún acontecimiento saliente, de la publicación de algún libro nuevo, etc. Pues bien, la mayoría de ellos—igual que sucede con los comprendidos en la obra del mismo autor *Segni dei tempi*, según acaso recuerden los lectores de esta REVISTA,—tocan al problema religioso, ó á ciertos problemas religiosos concretos, ó á problemas psicológicos, sociales, políticos, casi siempre hondos y sumamente oscuros y difíciles.

Tomando pie de la publicación de una nueva edición, revisada y comentada, del poema de Lucrecio Caro, *De rerum natura*, llevada á cabo por Carlos Giussani, hace Negri una comparación entre las concepciones religiosas, meta-

físicas, morales y científicas de los antiguos, y las de los modernos, principalmente entre las paganas y las cristianas, escribiendo á este propósito una larga disertación para demostrar que, en el dicho poema, al lado de explicaciones fantásticas de los fenómenos físicos, desprovistas de seriedad científica, hay también muchas afirmaciones verdaderas y aceptables, leyendo las cuales nos parece estar oyendo la voz elocuente y apasionada de un filósofo de nuestro siglo. Con ocasión del *Quo vadis?*, de Sienkiewicz, habla largamente del Cristianismo en Roma en tiempos de Nerón, de la difusión que podía tener entonces la religión naciente, del influjo de San Pablo, etc. Otro estudio está consagrado á hacer una crítica de *La tesis religiosa* sostenida por Zola en su «París». Otro á *La moral y la religión en la enseñanza.* Otros á Taine, á Anatolio France, á los «Pensamientos y Recuerdos», de Bismarck...

Negri no profesaba un credo religioso determinado; no era fiel de ninguna iglesia. Sin embargo, ó acaso fuera mejor decir, por eso mismo, su alma estaba penetrada de una unción profundamente religiosa. El neomisticismo se había apoderado bastante de ella. Místico y religioso tenía que ser quien miraba el problema trascendental de la persistencia del individuo en la manera, que acusan las siguientes palabras: «La vida individual es una burbuja que surge en el mar infinito del sér. Se hincha un instante, para aflojarse luego y desaparecer en el gran seno de donde ha salido. «Hay una continuidad absoluta en el infinito indistinto, de donde salen y adonde vuelven los fenómenos distintos que para nosotros constituyen el mundo de la sensación. Estos, lo mismo que han comenzado, tienen que concluir. La inmortalidad no pertenece más que al Todo indistinto, que ni nunca comienza ni nunca concluye... La conciencia, si desaparece con el individuo, no desaparece en los resultados con que ha contribuído á la elaboración del ideal humano. La conciencia no se pierde en la nada. La nada, en el sér, en lo real, no existe. El cero absoluto no es más que un esquema lógico. Podría hasta decirse que la conciencia sigue existiendo, no como una existencia distinta, sino como participación en el sér infinito en el cual entra, y donde todo se comprende y todo se confunde...»

Creía el autor que la religión tiene un fundamento permanente que le dá vida, y que inútilmente se pretende desterrarla en nombre de la ciencia ó en nombre de otro cualquier principio. También aquí me parece oportuno reproducir sus propias palabras: «Es un error proviniente de la miopía del ojo intelectual el creer que el movimiento científico de nuestro siglo pueda llegar á herir en su última trinchera la idea de lo sobrenatural y lo divino. Esta última trinchera no se halla en el universo exterior á nosotros, sino que está en nosotros mismos, en las categorías del pensamiento, que le obligan á aplicar al conjunto de los fenómenos el mismo procedimiento con el cual se explica la serie de los fenómenos mismos. El movimiento científico de nuestro siglo se resuelve en la sustitución gradual de las causas naturales á las sobrenaturales, á las que se hacía remontar en la edad no científica la aparición de los distintos fenómenos. Pero cuando el hombre quiere explicar el conjunto de los fenómenos, ó sea el universo, ó, lo que es igual, la naturaleza, se ve obligado á salir de ésta y á poner lo sobrenatural. La dirección del pensamiento

científico no exime á la mente humana de esta operación final, porque admitiendo la posibilidad de explicar la existencia del universo, lo mismo que se explica científicamente la de todos los fenómenos, se hace absolutamente preciso salir del universo, como se sale de los fenómenos para encontrar la causa que los ha producido. Y dado este paso, resulta al mismo tiempo creado un nexo entre la naturaleza y lo sobrenatural, lo que quiere decir que resulta creada la religión»; ó la metafí ica, pudiéramos añadir.

Entre el Cristianismo y las religiones anteriores á él, encuentra Negri una fundamental diferencia, que consiste en ser el uno, y no las otras, una religión con significado moral. «El mundo antiguo creía en lo sobrenatural, donde ponía la causa y el origen de la naturaleza, pero no encontraba vínculo alguno entre lo sobrenatural y el orden moral de la humanidad. Lo sobrenatural no era el orígen de lo bueno y de lo justo; no era un objeto de amor; no era una fuerza á la que pudiese acudir el infeliz en demanda de auxilio contra la injusticia triunfante ó en busca de socorro en caso de desventura; era una fuerza esencialmente inmoral que regía el mundo á su capricho... La gran novedad traída por Jesús al mundo, y con la cual lo ha conquistado, consistió en haber hecho de Dios el supremo representante del amor y de la justicia. Colocó en Dios el deber de salvar y de resarcir á los débiles y á los infelices, y dió á éstos la certeza de la salvación y el resarcimiento en el mundo de ultratumba. El interés humano lo trasladó el Cristianismo de la tierra al cielo, de la naturaleza á lo sobrenatural, del presente á lo trascendente...»

Así pudo la nueva religión, venida á tiempo, disolver la sociedad antigua. «Si hubiera aparecido en la Roma de los Escipiones, ó aún en la de César, habría encontrado en las virtudes domésticas y patrióticas, en las pasiones políticas, en la vitalidad viril del pensamiento filosófico ó civil, una resistencia difícilmente vencible, contra la cual se hubiera estrellado. Pero las energías morales sobre que se basaba enteramente la civilización antigua se habían agotado del todo...» Por eso venció el Cristianismo.

«Mas aquí se presenta el fenómeno más interesante é instructivo que nos ofrece la historia humana. Si el Cristianismo se mostró victorioso y terrible en la obra de destrucción, en cambio, en la de reconstrucción hubo de venir á parar en el más tremendo fracaso. El vencedor no fué él; antes bien, se encontró vencido, corrompido y trasformado por las pasiones humanas, que brotaban también desenfrenadas en la nueva sociedad que se fundaba sobre las ruinas de la antigua. El Cristianismo victorioso hubiera debido inaugurar el reinado de la justicia y de la paz, y, por el contrario, no hizo otra cosa sino renovar bajo nuevas formas el reinado de la violencia y la opresión, agravando su horror por el hecho de haber apagado toda luz de libre inteligencia y por haber despertado en los ánimos supersticiosos terrores, capaces de conturbarlos é incapaces por completo de dirigirlos al bien... No ha regenerado el Cristianismo á la humanidad, sino que la humanidad ha pervertido al Cristianismo. Sobre las ruinas de la sociedad antigua no han florecido los ideales de Jesús y de sus primeros discípulos; lo que se ha hecho es levantar un nuevo edificio social que lleva en su seno todos los vicios de violencia é injusticia que habían envenenado al antiguo...»

¿No parecerá extraño que quien tales afirmaciones hace, y quien, además, asegura que «la religión no precede y determina la moral, sino que, al contrario, es la moral la que precede y determina la religión», que «la forma católica, en todo el rigor de su principio autoritario, se halla en desacuerdo con el espíritu crítico y científico de nuestro tiempo», y otras cosas análogas, escriba, en el propio libro donde esto se dice, un largo trabajo para demostrar lo indispensable que es la enseñanza de la religión católica como base de la enseñanza moral? Pues así es, sin embargo. Y el razonamiento fundamental que en tal disertación se desenvuelve no deja de ser peregrino, aunque en verdad nada tiene de nuevo. Es el mismo razonamiento que á menudo se oye repetir, y que en sustancia consiste en lo siguiente: «La religión, como conjunto de reglas y preceptos positivos, es buena para los tontos y los ignorantes. Los hombres cultos no la necesitan, ni pueden resistir que nadie trate de imponérsela. No lo consiente el estado de su espíritu. Estos tales pueden hallar dentro de sí propios, en su conciencia, la norma de su conducta-su moral, por lo tanto, puede y debe ser autónoma. Pero á los demás no les pasa lo mismo. Los demás deben vivir en el engaño, sirviéndose de errores como si fueran verdades. Conviene que comulguen con ruedas de molino, porque sino, ¿qué sería del orden? Hay que acudir á ese *modus vivendi*, única manera de evitar una catástrofe (textual, en Negri). Y tal conjunto de piadosas mentiras hay que imponerlas mediante la enseñanza, ya que quienes no pueden formarse una moral autónoma tienen que recibir la que le den hecha otros, sin pararse á mirar si es buena ó mala...»

Ya se comprende lo imposible que es meterse aquí á criticar tal punto de vista, harto general, pero, según á mí me parece, no menos falso. Dejémoslo por ahora y limitémonos á repetir el calificativo de «peregrino» que le hemos dado. ¡Y pensar que, sin embargo, todo lo que se llama el orden social, y sobre todo el político, con sus leyes y sus poderes, no tiene acaso más soporte que el que encubre el mentado razonamiento!

P. Dorado

SOCIOLOGICAL QUESTIONS.—THE AMERICAN PEOPLE.—THE ECONOMIC SIGNIFICANCE OF CULTURE, por *M. Giddings.*

M. Giddings, de quien ya alguna vez he hablado en La Lectura, es uno de los sociólogos americanos más conocidos y más reputados. En España se ha publicado hace algún tiempo sus *Principios de Sociología*, que puede estimarse, como uno de los manuales de la indicada ciencia, más completos y mejor sistematizados; hay en él claridad de exposición, orden lógico, erudición escogida, revelándose, además, un gran conocimiento, por parte del autor, no sólo de los problemas que hoy preocupan á los sociólogos, sino también de las doctrinas reinantes entre los mismos.

Los tres folletos cuyos títulos he puesto al frente de estas líneas, son tres

interesantes disertaciones sociológicas: los dos primeros abarcan problemas en cierto modo, de carácter nacional, de etnografía y aun de psicología colectiva, planteados, no de una manera abstracta y general, sino con relación al pueblo de los Estados Unidos, que tantos misterios entraña para el sociólogo sobre todo para el sociólogo que gusta de penetrar en el fondo de los impulsos reales de la evolución humana, y de descubrir ó calcular el porvenir de los pueblos, y hay entre ambos folletos alguna relación nacida de la comunidad del objeto estudiado. El tercer folleto trata de un asunto que en estos tiempos, y merced especialmente al influjo del marxismo, preocupa hondamente á economistas y sociólogos: á saber, la interpretación económica de la historia, ó en otros términos, el valor de lo económico en la vida humana, ó bien, la significación económica de todas las manifestaciones de la actividad espiritual del hombre, que á veces se resumen en el fenómeno de la *cultura*.

En el primer folleto *Sociological Questions*, figura muy en primer lugar una indicación de carácter general, que creo de interés señalar, ya que tan indeterminado y confuso anda por esos mundos de la sociología científica el significado de «lo sociológico». M. Giddings ha considerado oportuno, antes de plantear sus cuestiones «sociológicas» relativas á los Estados Unidos—admirable campo de observación y de estudio para el sociólogo—explicarse acerca del sentido con que usa la palabra «sociológico».

«Después, escribe, de cuanto se ha dicho sobre el asunto por hombres como Herbert Spencer, Jhon Fiske, y Lester F. Ward, que han escrito en lengua inglesa, y sin mencionar á franceses como Fouillée, Guyau y Tarde, ó á alemanes como Geumplowiezo, Simmel, no parece necesario recordar á los lectores ilustrados, que la sociología no es ni la economía política, ni la ciencia política, ni la investigación de las habitaciones para las colonias sociales de obreros... La sociología es el estudio de las condiciones físicas y mentales, que determinan las agrupaciones de seres humanos; que regulan su comunicación y asociación; que crean la unidad de sentimiento, la opinión pública y la conciencia pública; que suscitan los fines comunes y los esfuerzos cooperativos para cumplirlos, y que definen la forma y el carácter que las relaciones de cooperación revisten. La sociología es, en suma, un estudio de aquellos hechos sociales fundamentales, que todas las otras ramas de la ciencia social toman como supuestos. No hay actividades de negocios comerciales ó industriales, ni querellas entre el capital y el trabajo, sino en la sociedad. Fuera de la sociedad no hay ni costumbres, ni leyes, ni gobiernos... Sólo en la sociedad hay criminales... Ahora bien, ¿qué es una sociedad? ¿Cómo llega ésta á existir? ¿Cuáles son los procesos naturales y los límites de su evolución? A estas últimas cuestiones se refieren científicamente todas las investigaciones estrictamente sociológicas».

«Y así como los problemas de una sociología científica se definen y correlacionan, así se relacionan y definen sus métodos. Muchas filosofías sociales han sido justamente criticadas por vagas. La sociología es un ensayo para salir del *á priori* teórico y llegar al conocimiento... Una investigación científica de la sociedad emplea los métodos que han producido resultados positivos en todas las ciencias inductivas. Comprenden aquellos, el análisis cui-

dadoso, la clasificación trabajada y la generalización de los hechos clasificados. La sociología emplea especialmente el método comparativo, perfeccionado por el historiador hábil y los métodos cuantitativos de la estadística. A medida que el estudio de la sociedad contemporánea se ha hecho estadístico, el estudio de las sociedades pasadas se ha hecho comparativo».

M. Giddings va á aplicar sus métodos al estudio de las cuestiones sociológicas que suscitan los Estados Unidos; en primer lugar, se esfuerza por ofrecer ó presentar á su pueblo como un objeto sociológico. Todos los pueblos considerados en junto, y como un verdadera unidad de vida, que diría Gierke, como un todo orgánico, como una entidad psicológica, son verdaderos objetos de investigación sociológica; realmente, cuando nos damos cuenta de la sustantividad social de un pueblo,—sustantividad implícita en la Escuela histórica y en Hegel—es cuando aparece clara la necesidad del punto de vista *sociológico*.

Pero cada pueblo es un caso de sociología histórica y práctica; tiene sus problemas generales y especiales: lo sociológico en cada pueblo aparece con un color distinto. Así los Estados Unidos, formación etnográfica y etnogénica reciente, mezclada, plantean una porción de problemas sociológicos especiales, ó que aparecen en ellos con un tinte especial y con un relieve propio. ¿Qué problemas son esos? En rigor pueden sintetizarse en este: las relaciones entre la población y el medio, pero allí planteadas de una manera particularísima.

«La población de los Estados Unidos ha crecido desde 1700 en una proporción sin precedentes en la historia de ningún continente, y los 20.000.000 de extranjeros de nacimiento que nos han venido como emigrantes, desde 1820, comprenden todos los elementos étnicos con que el viejo mundo puede contribuir. Estos hechos sugieren tres cuestiones distintas y profundamente interesantes. La densidad de la población, ¿es estrictamente proporcionada á los recursos y facilidades económicas ofrecidas por el territorio ocupado? ¿Debe un pueblo ser étnicamente compuesto en semejante proporción? Y por último, la composición étnica de una población y su densidad, ¿son las principales causas del carácter nacional y de la conducta?»

El examen de estas tres cuestiones constituye el contenido del resto del primer folleto de M. Giddings, que no nos es posible extractar ya, por falta de espacio.

Esta misma falta de espacio me obligará á limitarme á unas brevísimas indicaciones respecto de los otros dos.

El *Pueblo Americano*. ¿Qué es este gran aglomerado humano, asentado en la inmensa región, de tan rica variedad geográfica, que va desde el Atlántico al Pacífico? ¿Qué es por dentro? ¿Qué móvil íntimo la empuja? «Pocos americanos, dice M. Giddings, han leído á Buckle ó á Montesquieu»; pero el americano se siente grande, especialmente por su medio espléndido; siente intuitivamente que su nación está destinada á realizar grandes cosas, porque es soberana de un vasto continente, casi virgen, y poseedora de inconmensurables recursos. «El dominio, añade M. Giddings, al cual atribuímos poder para crear hábitos, característicamente americanos, de sentimiento y de pensamiento, abraza un territorio continuo de 2.970.000 millas cuadradas, que se extienden

desde el Atlántico al Pacífico, y desde la América británica del Norte hasta Méjico», mas Alasca, Hawaii, Puerto Rico, Islas Filipinas, etc., etc.; en junto, 3.625.519 millas cuadradas.

M. Giddings, después de hacer esta primera indicación, va analizando los diversos puntos que suscitan la consideración geográfica y etnográfica, la relación entre ambas determinaciones y la composición de la población, el estudio de los elementos que han venido á formarla, sus orígenes nacionales diversos, el mantenimiento de su carácter distintivo, original, la distribución de las razas, los rasgos mentales del pueblo, las características morales de éste—ya que las cualidades sociales de un pueblo son obra de la vida mental y moral,—su temperamento, en suma, su psicología, y los resultados que todo esto produce en la organización propia, en lo que podríamos llamar sociología de la nación americana...

El folleto de M. Giddings, de muy pocas páginas, es una obra admirable de condensación, de verdadera síntesis sociológica.

Dos palabras ya tan sólo sobre el tercer folleto: es un interesante trabajo sobre el carácter ó significación de la cultura, ó mejor, sobre el valor de ciertos intereses hermanos, que acostumbramos á llamar «cultura». El problema va implícito en la concepción materialista de la historia. Toda la cultura—el lenguaje y las costumbres, el arte y la literatura, las diversiones y la religión,—¿pueden ser y deben ser y *tienen* que ser explicados en términos *económicos?* Pero entendámonos, ¿qué es lo *económico?* ¿Qué entendemos por *cultura?* «¿Es la cultura en general *económica?*—de un orden diferente de la economía llamada industrial,—y si es así, ¿qué economía es la radical y primordial?»...

Sobre estos y otros asuntos nos habla M. Giddings, en el último de los interesantes folletos indicados.

ADOLFO POSADA

SIMULACIÓN DE LA LOCURA ANTE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL Y LA CLÍNICA PSIQUIÁTRICA, precedido de un estudio sobre la simulación de la lucha por la vida en el orden biológico y social, por el doctor *José Ingegnieros.*—Buenos Aires, 1903.

El libro—asaz voluminoso (500 páginas)—comienza declarándonos el autor cómo fué cencebido.

Preocupado, por especiales razones de observación, de algunos casos de locura simulada por delincuentes, el autor lee una noche *Le malade imaginaire*, de Molière, cuando tiene la percepción de algo dibujado en el campo periférico de su retina. Vuelve la mirada, y á la altura de la pared encuentra uno de esos copos de algodón y polvo que suelen encontrarse en los rincones de los aposentos. Torna el autor á su lectura, y ahora, excitada ya la retina periférica, le parece descubrir que se mueve el copo algodonoso. Desprende el copo de la pared y va á observarlo detenidamente.

«Dentro del copo descubrimos un conducto, espeso y resistente, que difícilmente hubiérase adivinado no desprendiendo el copo de la pared; dentro del conducto se alojaba un gusano, el cual, mediante las dos extremidades de su cuerpo, se fijaba á la pared y la recorría, arrastrando consigo su curioso ropaje.

»Darwin—siempre presente en el espíritu del estudioso—nos dió la explicación del hecho. Ese disfraz servía al animal para escapar á las miradas peligrosas de sus enemigos, siendo un medio simple y excelente de *lucha por la vida.*

»La explicación nos satisfizo.

»Hubiéramos continuado la lectura de Molière; pero en nuestro cerebro estaban ya sometidas á la elaboración, lenta, pero inevitable, de la cerebración inconsciente, múltiples cuestiones relativas á los alienados criminales y, de manera especial, á los alienados simuladores de una enfermedad mental.

»Los neurones de asociación hicieron lo demás.

»Entre el gusano, disimulador de su cuerpo bajo un copo de algodón, y el delincuente, disimulador de sus tendencias delictuosas tras una enfermedad mental, debía, lógicamenta, existir un vínculo de causalidad. Ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida».

He ahí el alma del libro. El cual, en su estructura, se desenvuelve conforme al siguiente ordenadísimo esquema:

SIMULACIÓN EN GENERAL
EN EL MUNDO BIOLÓGICO
EN LA VIDA HUMANA
SIMULACIÓN DE ESTADOS PATOLÓGICOS
SIMULACIÓN DE LA LOCURA EN GENERAL
SIMULACIÓN DE LA LOCURA EN LOS DELINCUENTES

Interesantísimos y llenos de novedad los capítulos dedicados en la parte general (*La simulación en la lucha por la vida*) á las simulaciones colectivas é individuales en la vida social y á la psicología de los simuladores. El autor descompone la legión infinita de éstos en las siguientes variedades:

Simuladores.....	mesológicos.....	astutos. serviles.
	congénitos.....	fumistas. (*) disidentes.
	patológicos.....	psicópatas. sugestionados.

(*) Para evitar un equívoco, nosotros diríamos «guasones» ó «burlones». El fumista simulador finge por fingir, por el placer intelectual que le reporta realizar su propósito. El autor pone como ejemplos á Leo Taxil y á Lemice Terrieux. Entre los literatos contemporáneos, también son numerosos los que, aparte de sus méritos literarios «poseen el talento de la simulación fumista». Fumismo serían las páginas llenas de puntos suspensivos que Mallarmé tiene en sus libros; el sacerdocio y el culto del androginismo de Péladan; el amor sororal y el homosexualismo de D'Annunzio, etc. Max Nordau—sigue diciendo el autor—ha incurrido en grave error al interpretar como signos de degeneración algunos hechos simulados, simple producto de fumistería mezclada con estetismo.

A veces, el autor, llevado de una fácil tentación, reconoce el tipo simulador donde quizá no existe. ¿*Don Juan*, es realmente el «profesional de la simulación en la lucha sexual»? Yo, al menos, no me lo represento así. *Don Juan*, simulador, es el burlador que algunos han pintado; *Don Juan*, el auténtico, *ama siempre*. Es un gran señor liberal en su amor y le concede sin reparos. Sospecho que muchas de sus mujeres han sido feas y que las amó por caridad, á fin de que pudieran conocer «el momento divino».

Viene en la parte segunda el estudio de la simulación de la locura, estudio de Psiquiátrica aplicada á la Sociología criminal, hecho sobre elegantes observaciones clínicas.

Por último, ocho páginas de minuciosas conclusiones, resumen de la experiencia del que ha escrito este buen libro—erudito, ingenioso, penetrante, cumplido testimonio de la cultura de la tierra argentina en las letras y ciencias de los modernos.

C. Bernaldo de Quirós

PROBLEMAS SOCIALES CONTEMPORÁNEOS, por *Aquiles Loria*.—Henrich y Compañía, Barcelona, 1904.

Este libro comprende las lecciones—*five ó clock* de las ciencias, llámalas el autor con cierta extravagancia—de un curso semanal profesado por las tardes á instancia de alumnos de todas las Facultades.

La cuestión social, la libertad, la propiedad, la población, el socialismo, el darwinismo social, la evolución, la revolución: estos son los temas sobre los que el profesor discurre; temas económicos la mayoría, tratados siempre — incluso los que no son estrictamente económicos - con el sentido del materialismo histórico.

Escuchad al autor: «Todo lleva, pues, á la conclusión de que la causa de los más diversos fenómenos de la vida social contemporánea, es el factor económico. Los filósofos indios aseguraban que el mundo está sostenido por un elefante, y al preguntarse, á veces, en qué se apoyaba el paquidermo, decíanse: sobre una inmensa hoja de loto.—¿Y la hoja?—En el Océano, y así sucesivamente, sin que jamás pudiesen hallar un elemento donde detenerse. Nosotros, con más fundamento que los filósofos indios, afirmamos que el mundo sociológico (1) reposa enteramente sobre el elemento económico, y deducimos que ese elemento puede por sí sólo darnos finalmente la clave del inmenso misterio del universo social». (*La cuestión social*, hacia el fin).

Entre los muchos y variados ejemplos con que el autor acude á la defensa de su punto de vista, uno hay interesantísimo y poco recordado:

«Así, en nuestra época, la duración media de la vida varía dócilmente según las condiciones de riqueza ó de pobreza. No sucedía así en tiempos que, bajo muchos conceptos, eran sin duda inferiores á los actuales, pero en

(1) ¿Sociológico? ¿No sería más exacto decir: social?

que, por lo menos, la muerte era imparcial y podía decir el poeta sin temor de ser desmentido:

Pallida mors æquo pulsat pede, etc., etc.»

Los asuntos, en fin, están tratados con la maestría que ha hecho mundial la fama de Aquiles Loria.

Benedetto Croce le censura agriamente, considerándole, ante todo, como un temperamento de literato, capaz, por una frase, de algún pequeño desvío á su ciencia.

A mí siempre me ha parecido desmedida la crítica agresiva de aquel economista italiano, igualmente impregnado del materialismo histórico y más marxista que Loria. Con todo, efecto tal vez del público ante quien se pronunciaron, tienen estas lecciones mucho de una ciencia hecha por *agrément* para las gentes de mundo...

La traducción, debida á D. Pedro Umbert, es cuidadosa.

C. Bernaldo de Quirós

LA CANCIÓN DE LA MUERTE, por *Vicente Medina*.

Siempre me han encantado los escritores que nutren su arte literario en las tristezas de la vida. En ellas no ven más que el dejo amargo de los seres que la sufren, forzados al dolor de vivirla, galeotes que la suerte duramente castiga. Miran con atención la existencia ordinaria de los hombres, varia, compleja, donde unos rien y otros lloran; pero los ojos de estos poetas son, á mi entender, como los vidrios de color en las viejas abadías góticas que la claridad del sol, cruda y alegre, al aire libre, la filtran, mas la tornan triste, y cuando cae, en el interior, es, bajo las bóvedas, penumbra melancólica.

Medina es un poeta, pero con alma toda tristeza. Del propio dolor vívido ha nutrido todos sus sueños y los ha cantado como si con el corazón los llorara. No obstante, no es íntimo, no es subjetivo. Sus propias penas que le roeen el alma, las silencia, las sufre á solas, callándolas. Canta las angustias ajenas que dentro de él encuentran un eco de simpatía, quizás por dolorosa afinidad. Parece, con altruísmo generoso, repetir siempre: *No lloréis por mí*...

Ya sé que esta modalidad de su arte responde con exactitud á necesidades de su complexión espiritual, y que impone esa constante visión penosa de la vida, su propio temperamento de rebelde que, cansado de la lucha inútil contra las maldades humanas y el sadismo social, pacientemente se resigna, y no grita, sino se queja. Por eso el largo lamento que hay en sus versos y en sus prosas, lamento que es amor y piedad, las dos notas más intensas y más gratas del sentimiento. ¡Sentir! Apenas si es difícil!... Llevar dentro ese calor humano, esa sed de justicia, ese estímulo de simpatía social que hacen suyas las tributaciones de los demás, viviéndolas como propias, es ya suficiente aptitud para revelar un poeta. No es eso espíritu de asimilación, *pose* de

sentimiental que juega con el dolor, no sentido, sino observado, como un niño que viste una muñeca y juega con ella como si fuera un ser vivo, hermano suyo. Los líricos que no son sinceros, que no derraman prodigiosamente su alma, dándola al descubierto, son repulsivos.

Medina es siempre corazón Por eso es triste. porque siente.

Cuando apareció *Aires murcianos*, la crítica descubrió en ellos el rastro de un poeta, el de mayor ternura en nuestra lírica hasta entonces conocido.

El dolor de Espronceda crujía colérico en su canto á Teresa. Era dolor rabioso, trágico. Ya en las rimas de Becquer ese mismo dolor se convierte en desolación sin límites, hondamente espiritual, que todavía se disfraza con máscara de ironía. Las lágrimas salidas de lo más íntimo, aun puede disimularlas con la mueca de su desdén sobre todas las vanidades y su asco á la versatilidad de los sentimientos que parecen más firmes y con perdurable raíz en el alma. Ambos son personales, íntimos, con un egotismo irrestañable, que sólo del propio padecer se cura.

En Medina, ese dolor es tristeza. La piedad es la que en su interior vibra y en sus versos canta la canción de la pena, la eterna canción humana.

Ahora, en *La canción de la muerte*, repite la misma nota triste. ¿Qué va á hacer? ¿Acaso puede variarla? ¿Ha cambiado la vida? ¿Se le ha dado un alma nueva? Subsiste la emoción, pero los aspectos de la realidad que ha visto son diferentes. No encuentro, pues, la monotonía de que le culpan algunos críticos.

Si en algo ha errado, es en la modalidad artística que ha escogido para expresar sus visiones y volcar sus sentimientos. Quizás en el verso conservarían mayor intensidad de emoción, más vida, y retuviese más fielmente ese sabor de tristeza que los envuelve; pero aun exteriorizados en una prosa sin ritmo y sin nervio, ayuna de pasión, pobre de afeites retóricos, hay algo que alienta vivo allí, como un corazón dentro de la encarnadura de un sér monstruoso. Los descontentadizos en literatura, que sólo miran y aprecian la belleza exterior de la obra de arte, me hacen el efecto de los amadores que á la mujer la ven á flor de epidermis, sin escrutarle el alma.

Yo no distingo entre prosa y verso. Los moldes en que cuaja un espíritu sus sueños y sus amores, ideas y pasiones, me son indiferentes. Lo que busco siempre, á través de las pompas literarias, rompiéndolas, desgarrán lolas en el análisis crítico, cual si fueran vestiduras de novia, es la huella, la vibración de ese espíritu. ¿Qué vale más? ¿Las gallardas frases ó los sentimientos hondos? Responda quien quiera.

Declaro que Medina no es prosista, pero también que me declaren quiero que es poeta. Sé que más brillante, ó por lo menos más artista en el verso, es además en su prosa un tanto desgarbada, poeta de empuje.

No deben ir por ese camino las censuras, y si las llevan, que se dejen á salvo ciertos honores. En *La canción de la muerte*, hay viveza de emoción y visiones originales que merecen loa. Si hay defectos, no seamos tan justicieros que nos neguemos al perdón.

¡Tantos yerros más grandes se han perdonado!

ANGEL GUERRA

TEATRALERÍAS, por *Felipe Pérez y González.*

En este libro desglósase el carácter literario de Felipe Pérez y González. Su personalidad se desintegra y se reconstituye de nuevo. Se nos muestra en dos fases completamente opuestas.

¿Poeta festivo? Si bajo ese aspecto le buscan los devotos de sus revistas cómicas, en los versos que encierra el libro se hallarán con un ingenio regocijado, que burla sin hacer daño, y con los donaires de su sátira amable, que rie sin acritud, pero con desenfado.

¿Prosador erudito? Los que leen á placer sus artículos jugosos, en que hay un sabor de arte retrospectivo, que resucita tiempos, evoca gentes y revive costumbres de antaño, desentrañando con sentido crítico el espíritu y el color de épocas idas, bien pueden buscar las páginas de *Teatralerías*, que quedarán cumplidos de las bondades con que el autor se ha adelantado á ofrecerles tamaña merced y regalo tan grato.

Para todos los gustos se ha compuesto ese libro. Derróchase el buen humor sin medida, á prueba de generosidad, y no se ha escatimado la erudición, sana, jugosa, contento de inteligentes, solaz de aficionados, recreación de cuantos sabemos leer, sin llevar dentro mucho lastre de ciencia y arte históricos.

Ese equilibrio de cualidades que se complementan en este escritor, verdaderamente original, y uno de los que más público tiene en España, da á sus artículos y versos una amenidad que soy el primero en celebrar, y que otros, con justicia, no han cesado de aplaudir.

Con agilidad de ingenio, de la burla maleante que rie desengañadamente las ridiculeces humanas, esos contrastes cómicos que ofrece el diario vivir, salta á evocar viejas costumbres, hechos pasados, que aplica con oportunismo á la actualidad palpitante.

En la sátira de Pérez y González, que estalla bondadosa en versos sin hiel, noto intención, pero no he encontrado rabiosa acometividad. No daña, no hace sangre. Burla á flor de piel. Por eso deja en los lectores regocijo interior, una impresión plácida ¿Para qué herir? Yo me atrevo á decir que es la sátira de la piedad. La del odio es rencorosa, fiera en el golpe, reptilesca en la mordedura, que envenena. Se regocija en el daño ajeno, se ensaña en el vencido, sin la generosidad del fuerte ni la grandeza del espíritu superior. La sátira en crudo, la que ahonda la llaga viva, es pequeña, y en muchas ocasiones hiere por sorpresa.

En cambio la sátira piadosa, la que se rie de un vicio social, de defectos observados en la vida, costumbres y hábitos de las multitudes, sin singularidades, no individualizando, antes por el contrario, generalizando esos defectos que censura y mantea, paréceme más eficaz y extremadamente saludable. Por lo menos se la estima más de corazón.

Pongo en esta última clase la sátira de Pérez y González. Es benévola, inofensiva. ¿Quién de ella puede quejarse? Cómicos malos, autorcillos á la

violeta, cantantes en pañales, la gente de teatros, con sus inveteradas ridiculeces, los presenta al público en su cómica intimidad. Puestos á molestarse estos señores, ¿quién arrojará la primera piedra?

Y ahora, volvamos la hoja. ¿Cómo sabe tanto Felipe Pérez y González? Oigo esta pregunta á cada instante, y yo, interiormente, me hago idéntica interrogación cuando leo esos artículos eruditos, con erudición bien saneada, que escribe al correr de la pluma sin alardes. Sabe, ante todo, sacudir el polvo viejo á los hechos que remoza. Ese sabor á rancio que trascienden los trabajos de ciertos eruditos profesionales, que nunca aciertan á desinfectar lo antiguo, y más bien por su herrumbre y moho sienten querencia, no se encuentra en los libros de Pérez y González. Pinto el caso, *Teatralerías.*

Y al tanto de lo dicho, demos otro golpe á la resobada frase de «vaciar el vino viejo en odres nuevos», que estará bien aplicada.

Confieso que hay erudición tan mal servida, que no la resisto ni á trozos.

Pesada, soporífera, cansa el ánimo. En cambio, lavada y bien peinada, entretiene é instruye. ¡Cuántas cosas he aprendido leyendo *Teatralerías!*

Ración de artículos que se empezarían á leer con curiosidad, nunca con displicencia, como libros de cuyos nombres no quiero acordarme, se continúan leyendo con interés y se termina la lectura con desconsuelo de que tan presto acabe.

A mi impresión personal me atengo, y gracias doy al autor que ese solaz me concediera. Y los que me lo envidien, lean.

ANGEL GUERRA

PAISAJES por *Antonio de Zayas.*

Han pasado, en buen hora, los días en que nuestra lírica, en predominio antes que viniera el arte novelesco á traer el aire de la calle á las páginas literarias, mostraba con todo desenfado, recogiendo aplausos, su vacuidad y garrulería fastidiosas.

Aun, al repasarlos, más por curiosidad de eruditos que con devoción de artistas, nos suenan esos versos á hueco, á hierro viejo ya oxidado.

Los cándidos lectores, con su bonachería á la espalda, sin lastre estético ninguno dentro, ayuno aun hasta del sentido de las intimidades espirituales, hondo subjetivismo que es el mayor encanto de la vida, visión interior, música en las almas, tragaban, sin escrúpulos, por rutina, por imposiciones de la educación literaria, como en la mesa ordinaria la clásica olla podrida, estrofas sin calor humano, sin verdadera emoción lírica, que sonaban únicamente bien por el ritmo machacón de los endecasílabos y la rima monótona de los cuartetos y décimas.

Por fortuna, vientos revolucionarios que han corrido para el arte, limpiándolo de la vieja herrumbre, han hecho traer á nuestras letras un más humano sentido de la vida, y unas exploraciones más ciertas de los espíritus.

La verdad humana es necesaria, caliente y viva, sufrida con los nervios, gozada ó padecida con el corazón, para que llegue á emocionar con interés entrañable á los lectores, sean quienes sean. El artificio suena á hueco; no encuentra resonancia en nadie.

En virtud de esta ley de renovación, respondiendo á ella forzadamente, la lírica de nuestros poetas, como la novela de nuestros prosistas, en la actualidad, ha evolucionado, y casi con la antigua no guarda parentesco. Ritmo y rima han cambiado; se han hecho más elásticos, más flexibles, y el subjetivismo, la intimidad espiritual, la vida interior, han encontrado exteriorización en los versos, ya sin aquel gemir del viento que «pasa gárrulo y sonante por las cañas».

Los nuevos, los poetas de ahora, nos interesan más por que son íntimos, personales, sinceros. Echan fuera lo que sienten, cantan lo que viven.

Y, ¿á quién no interesa el secreto de un alma, la huella que deja de su paso por la vida, señalada con risas, con lágrimas ó con sangre?

Zayas es un poeta de los de esta clase de innovadores, con verdadera originalidad. Hay algo en él, en su contextura espiritual y en su modalidad artística que, francamente, me encanta. Posee la nota descriptiva, bien escasa entre nuestros poetas, y la maneja con sobriedad de color y extremada exuberancia de emoción poética. Sabe pintar con las palabras. A más, en los paisajes, sabe ver la belleza externa y sentir la honda poesía de las cosas, que torna viva como entraña palpitante.

Es plástico, sin exageraciones en el dibujo, y sabe dar á sus visiones de la naturaleza, cierto tinte de idealidad, de una delicadeza imponderable.

En su libro *Retratos antiguos* hay admirables descripciones; dan la sensación de cosas que se ven y que se palpan. Indican el gesto y la actitud de las figuras con certera propiedad de frase, señalando el carácter de los mismos, princesas, infantes, hidalgos, bufones, santos, y las vestiduras y las armas parecen tan reales, con tanta exactitud descritas, que unos y otras se sienten crujir

Cambia totalmente la visión, y las sensaciones son distintas también en *Paisajes*. Ante nuestra vista se desarrolla un variadísimo panorama, con viñetas diferentes por la entonacion colorista y por el ambiente poético, *alma mater*.

Surge en las páginas de *Paisajes* toda la España pintoresca, más que fielmente pintada, hondamente sentida. ¡Qué riqueza de paisajes! Andalucía, con su alegría que ríe en el campo, donde los olivos maduran en las ramas sus frutos y los naranjos á orillas de los ríos de tumultuosas aguas que convierten en espuma el rodezno de los molinos, abren, bajo el cielo azul lleno de sol, sus azahares de novia; la llanura manchega, de color terroso, árida é interminable, cuya soledad apenas si la rompen las aspas de los molinos de viento volteando incansables, y por cuyos caminos que se pierden al parecer sin fin, ruedan las viejas galeras que arrastran las soñolientas mulas de la recua, con altos en la jornada de días, á las puertas de las clásicas ventas, en donde, siglos ha, descansara fatigas de alma más que de cuerpo, nuestro inmortal Cervantes, que en ellas soñó las aventuras de un hidalgo sin par; la

ciudad imperial, Toledo, con sus añosos edificios, sus calles silenciosas, la histórica ciudad muerta, paralizada su vida en una quietud de siglos, que descansa con el reposo de su ancianidad gloriosa, y en el culto de su grandeza ida, inmóvil á través del tiempo, como si las civilizaciones que se han sucedido pasaran lejos de ella, mirándola con respeto, envidiosas, tal vez, de su eterna hermosura; Galicia, con sus castaños seculares, bajo los cuales aun parece vagar la sombra de un antiguo pueblo, de una vieja raza, con sus *pazos* «de historias llenos»; con sus senderos por donde las carretas campesinas van lentamente andando al paso de los tardos bueyes que en sus ojos reflejan el verde de la campiña; con sus pinos, de eterna lozanía, y bajo cuyo ramaje, en el silencio de los maizales que no se mueven, entristecidos por las brumas que sobre ellos pasan, la gaita llora la tristeza ingénita de la tierra y la *saudade* irremediable de aquéllos seres con alma toda amor; El Pardo donde

el paisaje
viste de un orgulloso hidalgo el pobre traje,

y remoza recuerdos, y revive figuras de antaño, nuestros tipos nacionales, frailes con sus austeros hábitos, soldados que han corrido los azares de las guerras, corchetes, galeotes, escuderos, lazarillos, estudiantes, racionistas, los héroes de nuestra novela picaresca, y damas discretas y burladores galanes, hidalgos caballerescos, tórvos capitanes, dueñas, rodrigones, meninas, villanos, bufones, los seres que llenan con discreteos y donaires nuestro teatro clásico. Gran espacio todo eso, en verdad, que se abre, en tan distintos aspectos mostrados, á la visión de poeta, y que Zayas, desentrañando su carácter, sintiendo de distinto modo la poesía singular, especialísima de cada cual, evoca, con notoria exactitud, digna de loa y acreedora al aplauso.

De la mano de esta cualidad sobresaliente de ver y sentir el paisaje, Zayas trae en su último libro otra que se refiere al acierto con que revoluciona la métrica, descoyuntando el ritmo hasta hacerlo que se acerque, en lo posible, á la mayor plasticidad de la naturaleza que pinta y á que responda con más adecuada viveza á la sensación que quiere reproducir. No es completo el éxito, pero algo ha conseguido.

Zayas no es, en justicia hablo, un gran poeta; pero es indudable que, en nuestras letras, en medio de la turbamulta de los coplero os que encanallan la lírica, es un poeta nuevo. A lo menos, por tal le tengo y así le estimo.

ANGEL GUERRA

MOISES, novela, por *R. A. Urbano.*

Anda ahora muy en moda, sobre todo entre los escritores andaluces, lo que yo me atrevo á llamar la novela de la sangre.

Es un arte de pasión, con exaltaciones de delirio, y con un sedimento de romanticismo hiposo que llega al más extremo límite de exacerbación. Lleva

trazas el molde de consolidarse en nuestro arte de hacer novelas. La sed de sangre es el nervio dramático que entraña.

Pasión de matar, fuerza de hombres impulsivos, inquietud activa de seres forzadamente predestinados al crimen, á ese crimen de un vulgarismo plebeyo, que ha dado en designarse con el pomposo nombre de crimen pasional, que la *crónica negra* de nuestros periódicos relata todos los días y que nuestros escritores historian ahora, por moda, en la novela, malgastando recursos literarios dignos de más alto destino y más artístico empeño. No son ni uno ni dos los escritores españoles (algunos con verdadera personalidad literaria) los que se inclinan á legitimar esta especie de novela novelesca, sin atisbos de psicología honda que analice con sagaz sondaje el curso de una pasión, y sin detalles de patología humana que den la clave de esas perturbaciones morbosas que, especie de locura, llevan los seres fatalmente al crimen. Es esta novela de la sangre, hoy en boga, novela de acción exterior, que mira á la superficie de los hechos sin ahondarlos, que estudia á flor de alma, buscando en un interés de situaciones efectistas, violencias de los sentimientos íntimos y falseamiento de la inalterable realidad, lo que en la emoción intensamente dramática dentro, pero sin bruscas sacudidas de los nervios, sin escalofríos malsanos de la piel, no pueden encontrar porque no saben asomarse á los espíritus para ver y oir lo que pasa en un alma en medio del silencio de fuera y la regularidad insubstancial de la vida.

No niego que en esta novela de sangre hay como un reflejo del carácter nacional. Es indudable que en el fondo del alma de nuestro pueblo, raspando la costra de esta alegría superficial que, observando á la violeta, parece ser la nota característica suya, se encuentra también muy arraigada esa sed de la sangre, esa pasión de la muerte, levadura de un alma sádica y cruel que encuentra un placer enorme en saborear el dolor. Lo trágico no se comprende en España sino manchado con sangre. La infinita agonía de un espíritu, todo pena, que pasa por la vida con su dolor á solas, que ni gesticula ni grita, no se comprende ni se siente en toda su grandeza. Y es que nuestro pueblo, capacitado para comprender las brutalidades de los instintos en desorden, es rehacio á la comprensión de la lucha de almas. Apenas si tiene nervios.

Quizás esta pasión de la sangre sea en nosotros un sedimento atávico, resabio de la raza morisca, templado, en el curso de los siglos, con el aprendizaje histórico, el vivir constante en medio de las matanzas y asolamientos, tras el estandarte de los conquistadores en lueñes tierras, y robustecido en las contiendas interiores, guerras de invasión, luchas religiosas, dentro del solar nacional. Aun persiste en el carácter de nuestro pueblo ese sadismo recalcitrante, que lo lleva en la médula de los huesos. Leyendo las páginas de Veraheren, conjunto de admirables observaciones á través de la España negra, se robustece esta convicción que arraiga en cuantos estudian con algún detenimiento y acierto nuestra psicología nacional.

Arranca de ahí la iniciación de esta novela de pasión y de sangre, y en tan adecuado ambiente, con facilidad ha hallado estímulo para su desarrollo, lesivo, ciertamente para la espiritualidad del arte moderno, á que aspiran los maestros de la novela española contemporánea.

Por la exaltación ingénita en el carácter del pueblo español, devoto de lo extrordinario, que encuentra escape en los impulsos aventureros que en otros tiempos han constituído su vivir, amador de las pasiones en delirio, que son el mayor estímulo que lo empujan á lo trágico y á lo heroico, el romanticismo literario ha prendido fácilmente y con tan poderosa raigambre en sus curiosidades de lector, mal que pese á las nuevas corrientes artísticas que pretenden restablecer la realidad, con su viva exactitud, curando las locuras pasionales con la camisa de fuerza de un naturalismo que es vida que se vive, y que no se inventa ni se desnaturaliza.

Moisés, último libro de R. A. Urbano, escritor malagueño que así escribe poemas como novelas, entra de lleno en la «novela de sangre y muerte», que yo llamo, como á esas coplas que canta el pueblo, rebosantes de pena, cuando quiere alegrarse, han llamado otros.

Por ese camino ha ido ya con anterioridad Urbano al escribir *Fortaleza*. La lírica y la novela por allá abajo, en pleno sol de Andalucía, siguen igual ruta insensiblemente. ¿Serán así aquellas gentes?, me pregunto cuando leo los versos en que el alma de los poetas andaluces se derrama y reparo las páginas novelescas en que el vivir de hombres impulsivos y de hembras pasionales se pinta. Y ante la interrogación que interiormente me hago, contéstome negativamente. No pueden ser así, siendo seres de carne y hueso, aun con pasiones y con instintos en rebeldía..Cede la bestia humana, pero en casos anormales, á esa imperiosa necesidad de matar, de refrescar con sangre el calor de rencores, de buscar en el crimen la saciedad de un placer, por ira, por celos, por estímulos poderosos que llevan al extravío, que al fin es pasajero. Pero de eso á constituir esos casos de patología criminal en estados normales, en psicología regular, constante de un pueblo, hay una enorme distancia, que no va precisamente en crédito del arte, ni hace honor á la realidad. Se ha abusado del procedimiento; lo que una vez, por excepción como debe ser, se ha estimado como caso curioso, intensamente dramático, con verdadero sabor novelesco, á la postre se ha hecho repulsivo, repitiéndolo hasta lo infinito, al reproducirlo casi sin variante, estereotipando los tipos de impulsivos, dejando sin descomponer el cliché del medio ambiente, y haciendo un manual de ese psicologismo barato, y hasta metodizando en reglas los procedimientos artísticos de sorpresas, situaciones imposibles, momentos de un interés emocionante al tanto de irritar los nervios, exacerbándolos poco á poco con creciente violencia.

Declarado esto, que va en contra de esa clase de novelas, en términos generales, quiero confesar también que encuentro en Urbano envidiables cualidades de escritor, que necesitarían, para triunfar, si á tanto llegan, ejercitarse en obras de más humano y real empeño.

ANGEL GUERRA

LITERATURA HISPANO-AMERICANA

UN LIBRO NOTABLE SOBRE HISTORIA MEJICANA

El Sr. D. Francisco Bulnes, que es, según me informan, un personaje político, perteneciente al partido *científico*, allá en su patria, Méjico, donde goza fama de orador y cuenta con admiradores, ha publicado en una «Biblioteca de historia», un libro que se titula: *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras, por Francisco Bulnes. París. Mejico. 1904.*

Armándome de paciencia,—porque paciencia se necesita para ello, no siendo mejicano,—lo he leído todo entero, y no me pesa de ello. Y tengo delante el principio de la crítica de dicha obra, que bajo el título de «De Barradas á Budina» empieza á publicar en la *Revista positiva*—es decir, comtiana—de Méjico, D. Carlos Pereyra.

He dicho que necesita paciencia el lector no mejicano para leer el libro del Sr. Bulnes, y así es, porque este señor se mete en minuciosas y fatigosas indagaciones sobre hechos menudos de la historia de Méjico, labor de benedictino, que, por muy laudable que sea, atrae poco á los no profesionales, y que aun siendo muy útil para dilucidar la historia, es poco atractiva. Santo y bueno es el respeto al hecho, al hecho más menudo y al parecer insignificante, á un hechillo trasconejado en mamotretos de historia, porque un hecho bien comprobado derrumba todo un sistema de teorías y no hay sistema alguno de filosofía de la historia que pueda variar un solo hecho.

Pero la verdad es que á los que no somos ni profesionales de la historia ni mejicanos, debe importarnos poco cómo se rindió Garza á Barradas, jefe de la expedición española que fué en 1829 á intentar la reconquista de Méjico, ni nos importa si Santa Anna—¿por qué usaría este señor dos enes en su apellido?—fué ó no buen militar al volar al encuentro de Barradas, ni es fácil resistir aquella disertación de cómo debieron haberse colocado las fuerzas mejicanas en la campaña de Tejas, ni mucho menos el haz de páginas que el autor dedica á dilucidar cuántos fueron los cañones mejicanos y cuál su alcance en la rendición de San Juan de Ulúa á los franceses en 1838.

Mas no es en rigor este lujo de detalles lo más censurable en la crítica histórica del Sr. Bulnes, sino aquello de que debió de haberse obrado de tal ó cual otra manera que como se obró. Todo lo cual recuerda nuestro dicharacho de que la batalla de Lérida no debió perderse. Y me recuerda también lo que dice un amigo mío, de cuyo parecer no me alejo mucho, y es que disertar sobre lo que hubiera podido ocurrir en caso de no haber sido vencido Napoleón en Waterloo, es algo parecido á escribir una geometría, de lo que resultaría de no valer los tres ángulos de un triángulo dos rectos. Y por cierto, que se han escrito geometrías partiendo de bases parecidas.

A pesar de estos gravísimos defectos, el libro del Sr. Bulnes compensa de su lectura hasta á los que no somos ni profesionales de la historia ni mejica-

canos, pues por debajo de su excesivo pragmaticismo, de sus repeticiones, de su machaqueo y de sus consideraciones respecto á lo que debió hacerse, corre alma y hay un buen caudal de reflexiones notables.

El Sr. Bulnes no peca de blando ni con la historia de su patria, ni con sus paisanos; pero parece que es la suya una dureza algo rebuscada, dureza de político que quiere fraguarse ó corroborarse una posición con ella; diríase que el Sr. Bulnes ha adoptado la profesión de sincero y de deshacedor de mentiras en su historia patria. «A los niños—dice—como á todos los mejicanos, no se les debe enseñar á tener patriotismo con la historia; sino lo que es más noble, moral y conveniente: se les debe enseñar á hacer la historia con el patriotismo», y advierte que no deben leer su libro «las personas que por sus enfermedades, debilidades ó ilusiones voluptuosas, no gusten de emocionarse noblemente con la verdad». Y este amor por la verdad, á todo trance, aunque obedezca algo á moda, es siempre de alabar.

Antes de continuar, debo decir á los lectores españoles que el Sr. Bulnes no es con nosotros menos duro que con sus propios compatriotas, aunque no lo sea más que lo somos no pocos españoles. En esto de juzgarnos dura, y acaso injustamente, damos pauta á los demás que nos juzguen. El Sr. Bulnes nos cree ilusos á los españoles todos (pag. 11); llama erótico, no sé bien por qué ni en qué lo sea más que los de otros pueblos, al drama español, en que parece no ver sino espadachines (pág. 52); le parece difícil trasformar en pueblo libre una colonia española (pág. 98); considera una desgracia el que fuese educado en España D. Lucas Alamán, estadista mejicano, pues recibió aquí, y esto es de creer, una educación viciosa que «le acostumbró al trato con entidades metafísicas» (páginas 133 y 134), adquiriendo una instrucción, que aunque vasta, era española, y, «en consecuencia, deficiente y viciosa en materias sociológicas, y más que útil perniciosa» (pág. 157), porque en 1830 España y Portugal «permanecían de cabeza hundidas en un extenso muladar de supersticiones contra todos los ramos del saber humano», hasta tal punto, que el mismo Alamán, en el tomo I de su *Historia de Méjico*, cuenta que «cuando los diputados de Nueva España pidieron á las Cortes la libertad de comercio, les fué negada, entre otras razones, porque era contraria al mantenimiento de la religión católica» (páginas 239 y 240); dice que durante tres siglos se les había inyectado á los mejicanos el espíritu judaico, el odio al extranjero como hereje, por esta España que «á fuerza de depurativos obtuvo el coma que la confunde con el cadáver» (pág. 715); llama «enérgica y siniestra», sin gran acierto, á nuestra literatura (pág. 728), y hace respecto á nosotros otra porción de juicios amargos, muy justos los más de ellos, aunque en otros haya evidente equivocación y una idea fantástica de lo que España y los españoles son. Porque ni sé de dónde ha sacado el Sr. Bulnes que fué regla sin excepción de nuestro gobierno fusilar á todo voluntario que desembarcase en Cuba para sostener la revolución (pág. 513), ni sé de dónde saca que en nuestra guerra de la reconquista, — entre moros y godos, dice, aunque apenas hubiera tales *godos*, que es un motejo sin gran valor histórico, que han inventado allende los mares — «cada general, antes del combate, expedía una proclama, cuyo fondo era una especie de desahogo, etc.» (pág. 605). Ya que el Sr. Bulnes

ama la verdad sobre todo, bueno sería que estudiase la historia de España en fuentes menos turbias, y que al juzgarnos, con justicia de ordinario, no recargase tintas para acomodar nuestro retrato á uno de fantasía que corre por ahí.

Pero si es duro con nosotros los españoles el Sr. Bulnes, no somos nosotros menos duros con nosotros mismos, como ya he dicho, ni lo es él menos con sus compatriotas. Y aquí estriba el principal interés que para nosotros tiene la obra demoledora del Sr. Bulnes, y es que en cuanto dice del estado social y político de Méjico y de los vicios de la sociedad de aquella Nueva España, debemos ver un reflejo de nuestro estado y de nuestros vicios La obra del Sr. Bulnes es aplicable á España; los más de los pecados que denuncia en sus compatriotas, son herencia de pecados nuestros. Y él mismo lo hace notar. «El honor mejicano era enteramente el honor castellano; sostener la ofensa vertida, aun cuando hubiera sido involuntaria ó injusta», lo que me recuerda aquella notabilísima cuarteta de *Las Mocedades del Cid*, que he citado varias veces, y vuelvo á citar una más, la que dice:

Procure siempre acertarla
El honrado y principal,
Pero si la acierta mal,
Defenderla, y no enmendarla.

En otro pasaje (pág. 711) coteja las palabras del obispo de Puebla en 1834, pidiendo que se echara á todos los herejes, con las del arzobispo de Valencia después de la expulsión de los moriscos, y en la página 772 comenta el ridículo vicio, que de nosotros heredaron los mejicanos, de reputar, antes del combate, excelente todo lo español, para declararlo detestable después de la derrota.

Con todo esto, son notabilísimos en la obra del Sr. Bulnes sus juicios de pasada sobre las causas de la independencia mejicana, sobre la creencia de que Méjico es lo mejor del mundo, sobre lo que llama el odio judáico, y, ante todo, sus atinadísimas consideraciones sobre el pretorianismo y el principio de que no son los gobiernos militares los más fuertes y sus reflexiones sobre la dictadura.

Sobre la independencia mejicana.—Según el Sr. Bulnes, el problema político en Méjico desde su independencia hasta 1867, fué «un problema lúgubre económico, de hambre intensa en las clases pensadoras, instruídas, vanidosas, con grandes aspiraciones y miserables energías, combatidas por condiciones del medio, muy desfavorables». Méjico era un país pobre, dijera lo que dijese el barón de Humboldt, contra cuyos juicios se revuelve de vez en cuando el Sr. Bulnes, y «fué el hambre de las clases medias desvalidas del régimen industrial y del agrícola, lo que principalmente las lanzó contra el gobierno colonial, en busca del presupuesto, única presa posible para vivir fuera de los claustros». «Consumada la independencia, la situación económica se agravó en vez de mejorar; la insurrección destruyó capitales, y terminada la insurrección, los españoles continuaron dueños de la mayor parte de la riqueza social... y por consiguiente, si después de la independencia, el dinero

lo poseían los españoles residentes en Méjico, tenían que ser nuestros gobernantes naturales». En otro pasaje (pág. 97) dice que no iban á expulsar á los españoles, como á los judíos y moros en España, «para arrojar del país los únicos capitales existentes». En la página 338 resume sintéticamente el señor Bulnes su opinión de haber sido económica la guerra de la independencia mejicana, diciendo: «La guerra de la independencia fué una lucha de la clase media contra la clase rica privilegiada». Y lucha en que más de la mitad del pueblo mejicano (pág. 223) combatió contra la Independencia, habiendo sido siempre «más numeroso el ejército mejicano realista que el insurgente», y habiéndose consumado la independencia merced al *cuartelazo* de D. Agustín Iturbide, «secundado por la mayoría de los jefes realistas, siendo los más importantes de ellos españoles.» Lucharon, además, cuando el pueblo español estaba ya «viejo, decadente, pobre, maltratado, humillado, desalentado, entristecido bajo su rey Fernando VII» (pág. 902), al que el autor trata tan mal como se merece y no peor que tratamos nosotros al rey traidor á la patria. Mas no eran sólo causas económicas las que levantaron á Méjico contra la monarquía de Fernando VII, no; era lo imposible de que Méjico sufriese la dominación de una España «aterrada, envilecida, anonadada por la más tremenda y demente reacción absolutista» (pág. 72). Junto á los motivos económicos había, pues, otros.

Megalomanía patriotera.—Es también muy notable cuanto el autor dice respecto á la megalomanía patriotera que dominaba en Méjico hacia 1830, ó la creencia—de que se hizo eco Iturbide en su «Manifiesto á la nación»—de que era Méjico el país más rico del mundo, el primer suelo minero del mundo, el país de más porvenir, megalomanía excitada por el barón de Humboldt, megalomanía que trasformándose en bélica, les llevó á desastres de guerra. A tal respecto trascribe terribles juicios que sobre el estado social de Méjico publicaba por aquellos tiempos la *Revue des Deux Mondes*. Lamentables son, sin duda, las necedades patrioteras del estilo de las contenidas en el himno guerrero que en 1838 compuso Guillermo Prieto, y que empieza con

Mejicanos, tomad el acero,

(v. pág. 727); pero no es mejor la *micromanía* á que por reacción hemos dado aquí en España, ni sé que al conceptuar el Sr. Bulnes á su país como pobre, por no tener ni agua ni carbón (pág. 6), no peque por el extremo contrario al del pecado del barón de Humboldt. Parece ser, según el Sr. Pereyra, que ha sido el mismo Sr. Bulnes quien, en otras obras, ha sostenido lo contrario.

El odio judaico.—Llama así el autor al odio que á principios del pasado siglo sentían los mejicanos hacia todo extranjero, al que motejaban de judío, es decir, de hereje, por suponer que ninguno de ellos profesaba la religión católica—decía el Dr. Mora en 1836,—pero en el fondo, por la creencia de que iban á enriquecerse á costa de ellos. El capítulo que trata de esto, y que es el II de la tercera parte, es de los más interesantes que la obra contiene. Y junto á ese odio había el cantonalismo, la división de Estado á

Estado. Lo que me recuerda los deplorables excesos del catalanismo y del bizkaitarrismo en España, el odio que en Bilbao se alimenta, v. gr., contra el *maqueto*. En el fondo de algunos de los juicios del Sr. Bulnes, respecto á nosotros, los gachupines ó godos, ¿no habrá su poquito de herencia de ese odio que le haya quedado, á pesar de su cientificismo de economista ó tal vez merced á él?

Pretorianismo.—Cuantos pasajes dedica en su obra el Sr. Bulnes á tratar de este asunto, un poco machaconamente, son lo más sustancioso que ella tiene. La tesis del autor—tesis que debe recomendarse á muchos españoles—es que no es lo mismo gobierno militar que gobierno fuerte, sino que, por el contrario, no le hay más débil que el de la dictadura del sable. El ejército no es un instrumento de gobierno, sino de guerra, de ofensa y de defensa nacional, y al querer sacarlo de su quicio para convertirlo en instrumento de gobernación, se hace un gobierno débil, con daño y mengua del ejército mismo. El ejército aclamó jefes en Méjico á Iturbide, Victoria, Gómez Pedraza, Guerrero, Bustamante, Santa Anna, Herrera y Arista; asesinó á Iturbide y á Guerrero y humilló á Victoria, previa rebelión; desterró á Pedraza, dos veces á Bustamante, tres á Santa Anna, una á Herrera y otra á Arista. El ejército devora á los caudillos, á los que eleva al poder para que satisfagan los apetitos de lo que llama el Sr. Bulnes la *oficialesca*. El militarismo es dañoso, muy en especial para los verdaderos militares mismos. El autor se extiende en consideraciones de cómo Federico II, Luis XIV, Cromwell, Napoleón, aunque hubieran sido tres de ellos militares, ejercieron un despotismo civil. Y añade el autor al general D. Porfirio Díaz, el actual presidente napoleónico de Méjico, que parece ejerce cierto despotismo civil, pues «es evidente—dice—que en Méjico la voluntad del general Díaz hace ley, pero es una ley marcada de civilización». «El objeto del ejército—dice en otro pasaje—era sostener al gobierno contra la *ameritada clase militar*, compuesta de centenares de generales de división, de millares de brigadieres, de decenas de millar de coroneles, y de una verdadera é inmensa plebe de mayores, capitanes, tenientes y subtenientes. Esta masa famélica, viciosa y aspirante á la riqueza y al bienestar por medio de la galantería del presupuesto, tenía por función enteramente fisiológica poner en venta la silla presidencial promoviendo ó ejecutando *cuartelazos* (lo que nosotros llamábamos y llamaremos *pronunciamientos*). No, el autor rechaza la dictadura del sable por débil y anárquica, y prefiere lo que se ha llamado el despotismo ilustrado, á lo Carlos III, la dictadura *científica*, sospecho que de los economistas.

La dictadura.—Porque no cabe duda de que el Sr. Bulnes es partidario del despotismo liberal, de la imposición de la cultura, de cierto aristocratismo renaniano. Lo prueban numerosos pasajes de su obra. Empieza por asentar que en Méjico no cabía la democracia, pues «la gran mayoría de la nación, tímida, ignorante, sencilla, se entrega cariñosamente á los demagogos, que la educan para seducirla, al mismo tiempo que la engañan para explotarla y arruinarla» (pág. 17); el pueblo no existía políticamente (pág. 20) «sin los pa-

triotas eminentes, valerosos y heroicos que siempre hemos tenido y que á la fuerza, á culatazos, á cintarazos y préstamos forzosos, han obligado á sus compatriotas á llenar sus altos deberes nacionales, nos hubiera conquistado el que hubiera querido» (pág. 53); «el despotismo entre nosotros llega á ser el primer protector de los derechos nacionales, que sin él serían perdidos por la falta de vigor social» (pág. 54); cuando los gobernados no tienen civilización bastante para discutir sus impuestos, consentirlos y votarlos, no hay más remedio que apelar al despotismo y á la arbitrariedad para gobernar (pág. 234); «un gobierno que se convierte en leal tutor de una mayoría nacional incapaz de gobernarse, y la defiende por medio del despotismo contra una clase opresora... es siempre un gobierno fuerte» (pág. 263); «en Méjico, la mayor parte de nuestros progresos los debemos á la inteligente arbitrariedad del partido liberal» (pág. 274); «sin los patrióticos y humanitarios despotismos de la Federación, los Estados, después de haber desmembrado en nombre de su feroz provincialismo á la República, se hubieran exterminado los unos á los otros» (pág. 344), y, por último, «debió el pueblo haber luchado, no por la democracia, para lo que era incompetente, sino para hacer y sostener un gobierno fuerte» (pág. 720). ¡Jacobinismo! se dirá. No seré yo quien se lo reproche, pues me siento, á mi vez, cada vez más jacobino en España, cada vez más convencido de lo necesaria que es una *inteligente arbitrariedad* del elemento liberal, que imponga la cultura. Una especie animal, bravía, no cambia por adaptación y selección natural, sino en curso de siglos, si es que antes no perece, que suele ser lo ordinario, mientras que un hábil ganadero mejora en pocas generaciones una especie doméstica; la gallina no volará, entre otras razones, porque no siente la necesidad de hacerlo; pero podríamos producir gallinas voladoras, que luego de haber adquirido el vuelo lo aprovecharan, sino fuese porque al hombre no le conviene. Y al pueblo hay que tratarle como á especie doméstica, en provecho de él mismo.

La demagogia blanca, que parece va á ponerse en vigor en España, pretende gobernar con el voto del pueblo todo, con su opinión, con la *opinión* inarticulada de las ignaras masas de analfabetos de los campos, y eso es llevarlos al mal. ¿Que se les debe atender? Sin duda. El buen albeitar examina al paciente borrico, le registra, le toma el pulso, le ausculta, pero no espera á que rebuzne para recetarle, arrogándose la pericia de traductor de rebuznos. Y traductores de rebuznos pretenden ser los que dicen gobernar con la opinión del pueblo analfabeto.

Añádase el mal del cantonalismo. «En Méjico el sistema federativo, entendido por *sistema desmembrativo*, tenía dos grandes apoyos: el primero un provincialismo de sabor enteramente bárbaro, y que indicaba como extranjeros abominables á todos los mejicanos que no fueran de la provincia.» Allí ocurría lo que ocurría y aun ocurre aquí: Yucatán para los yucatecos; Zacatecas para los zacatecanos; Jalisco para los jaliscienses, etc. (pág. 438) ¿Y la masa indígena, el indio? «El indígena *mejicano*—dice el Sr. Bulnes - ni existía ni existe, es un sér mental, un individuo oficial imaginario, de oratoria, de fantasía comercial. Lo que existía y existe son los indígenas zapotecas, mixtecos, yaquis, mayos, acolhuas, tarascos, tahuromanos, etc. En Méjico existen na-

ciones de indígenas dentro de la nación mejicana; entre sí no se conocen ó son enemigas.» En tal estado y con una población en que los blancos puros son minoría muy menor, es evidente, el mejor sistema de gobierno es la imposición de la cultura por una dictadura civil. Los españoles parece no lo entendieron mal. «El Gobierno colonial, contra el que tanto hemos vociferado, en parte muy injustamente, era un gobierno estrictamente civil, admirable para el objeto con que fué creado: el bienestar de la clase conquistadora» (pág. 281), y esta clase conquistadora, lo confiesa el Sr. Bulnes, fué y es el nervio del país. «En Méjico los españoles son fabricantes de familias ricas mejicanas; sin ellos no habría más que dependientes, empleados y pordioseros»; (pág. 330).

En resumen; cree el Sr. Bulnes que «el aspecto histórico de Méjico de 1821 á 1867, no es más que la lucha de la sociedad civil contra el militarismo y el clericalismo» (pág. 362). De esta lucha parece ha salido aquella Nueva España, gracias á la *inteligente arbitrariedad del partido liberal*, ó digamos con otra palabra gracias, á un verdadero *Kulturkampf*. La dictadura civil que parece apetecer para su patria el Sr. Bulnes, es la dictadura *científica* de los economistas, acaso de los oradores de economía política. Que el Sr. Bulnes se pica de economista, no cabe duda leyendo ésta su obra, y aun sin conocer—como no conozco más que de referencia—sus demás trabajos. El capítulo II *La lucha por la existencia* de la segunda parte, en que se trata de la cuestión de Tejas, establece algo que se acerca mucho á la llamada concepción materialista de la historia —la de Marx, v. gr.,—si es que no se confunde con ella. La cuestión de Tejas fué una cuestión subordinada á la lucha de esclavistas y antiesclavistas, y ésta á su vez una lucha económica y no humanitaria. «El negro cazado ó comprado en Africa, era un hombre sin religión, un ateo sin filosofía, un animal inferior que causaba horror á pueblos severos y seriamente religiosos. Pero, según algunos teólogos, bautizar á un negro era emanciparlo; un cristiano no podía ser esclavo de otro cristiano. La codicia y la religión entraron en conflicto, y naturalmente, triunfó la codicia, resolviendo hasta por los puritanos que para no emancipar á los negros debían ser considerados sin religión. Pero semejante doctrina escandalizaba á las almas que tenían principios, precisamente porque no tenían negros.

«La Teología siempre ha sido una cortesana de los poderosos, y siéndolo los negreros, se resolvió con apoyo de innumerables textos que el bautismo era un acto puramente religioso que nada imponía á la vida civil».

No llega el autor, sin embargo, me parece, al fondo de la cuestión económica de la esclavitud, tal como ha llegado, entre otros, Loria, en su magnífico *Analisi della proprietá capitalista*. Dice el Sr. Bulnes que en 1830 «se sabía que la esclavitud era inmoral, injusta, inícua, y se ignoraba que también era antieconómica». Creo más bien, y conmigo creen muchos, que en 1830 no era la esclavitud antieconómica donde existía, pues junto á tierras libres, prácticamente disponibles para el trabajador no esclavo, no hay modo de sujetarle á éste con salario que deje al amo beneficio. Las cadenas de la esclavitud han caído cuando ha quedado acotada y defendida por la fuerza pública, al servicio de los terranientes, la tierra toda prácticamente utilizable; se le pro

clama libre al hombre sin tierra cuando adondequiera que vaya tenga que pisar tierra ajena y someterse al dueño de ella. Y en 1830 los esclavistas, los sudistas «poseían tierras para producir siete veces más cantidad de algodón que entonces producían» (pág. 137), y no pudiendo defenderlas, esclavizaban al negro, persiguiéndole si huía.

El Sr. Bulnes tiene una idea fantástica de la historia de la civilización europea, y otra, también fantástica, de la civilización norteamericana. En un pasaje habla de «conquista brutal, asiria, romana, europea», y con frecuencia da á entender su creencia de que los yanquis inauguran una nueva era de libertad y de justicia. ¡Ojalá sea así!, y ojalá no estén entrando, como creen muchos, en su era europea, en el peor sentido que dé el Sr. Bulnes á este dictado.

Para terminar diré que he modificado la ortografía del Sr. Bulnes, en lo que se refiere á la palabra Méjico, que él, como los más de sus compatriotas, escribe con x, México, excepto en nueve casos, anteriores á la página 24 todos, y lo mismo Tejas, que escribe Texas, excepto en diez casos diseminados por la obra toda.

En cambio escribe constantemente Bejar—San Antonio de Bejar, ciudad de Tejas—siendo así que los yanquis escriben Bexar. Porque no veo para escribir México y Texas más razón que el variar nuestra ortografía, aun quebrantando su principio supremo, que debe ser tender al fonetismo, para acomodarla á la de los extranjeros. Es lo mismo que si escribiéramos *Saragossa* al modo inglés. Ni sé por qué no escribe Guadalaxara, donde etimológicamente tiene la x tanta ó más razón que pueda tenerla en Méjico. ¿O es que vamos á respetar la pronunciación, ya perdida, de los aztecas y no vamos á respetar la de los moros? O tirar de la cuerda etimológica para uno ó no tirar para nadie. Y basta de esa ridiculez de la equis de México.

MIGUEL DE UNAMUNO

LIBROS RECIENTES

TEOLOGÍA

E. E. Day, Seeking the Kingdon.
H. F. Henderson, The Eye-Witnesses of Christ, and other Essays.
A. Franz, Das Rituale v. St. Florian aus dem 12 Jahrh.
M. J. Pohl, Thomas a Kempis, Opera.
Frances Awdry, Daylight for Japan.
C. Edwars, The Hammurabi Code and the Sinaitic Legislation.
W. C. E. Newbolt, Prayers, Psalms, and lections for the Household.
W. Stubbs, Visitation Charges.
A. Syed, The Spirit of Islam.
G. B. Austin, The Beauty of Goodness.
S. D. MaConnell, Christ
Sir R. Anderson, Pseudo-Criticism.
G. F. Holden, Lectures on the Revalatión of St. John the Divine.
M. J. F. McCarthy, Rome in Ireland.

ARTE

E. von Mach, Greek Sculpture, its Spirit and Principles.
E. Bahrfeldt, Die Münzen-u. Medaillen-Sammlung in der Marienburg.
G. Goudie, The Celtie and Scandinavian Antiquities of Shetland.
C. L. Hind, Adventures among Pictures.
W. Jackson, A Text-Book on Ceramic Calculations.
J. Reid, The «A. L.» Complete Clay-Modelling.
William Adans, an Old English Potter.
E. Almack, Bookplates.
Bryan's, Dictionary of Painters and Engravers.
C. S. Ricketts The prado and its Marterpieces.
L. Brunsch-vicg, Reproduction en Phototypie du Manuscrit des Pensées de Blaise Pascal.
H. Grothe, Beiträge zur Kenntnis des Orients.
J. de la Néziére, L'Extrême-Orient en Images.
A. Torp, Die vorgriechische Inschrift.

Novela.

Jean Bouvier, Nos bons Curés, leurs joyeusetés, leurs pechés.
Lieutenant Charly, Une petite garnison française.
Adrien Delpch, Román Brésilien.
Eduard Delpit, Joseline.
Maurice des Ombiaux, Mihien d'Avesne.
Henry Févre, La traversée de l'enfer.
C. A. S. de Gleichen, L'Homme aimé.
Aimé Giron et Albert Tozza, Antinoüs.
Edmond Jaloux, Les sangsues.
Paul Junka, Un vicaire parisien.
Pierre Le Rohu, Intégre.
Jean Lombard, Loïs Majourés.
Claude Lorris, La pente.
Marcel Luquet, Le berceau.
Paul et Victor Margueritte, La Commune.
Péladan, Pérégrine et Pérégrin.
Emile Pouvillon, Jep.
Henry Rabusson, L'Invisible Lien.
Robert Scheffer, Le Péché mutuel.
Henry Sienkiewicz, ¿Quo Vadis?
Albert Emile Sorel, Pour l'Enfant.
Comte Leon Tolstoy, Guerre et Paix.
Pierre Valdagne, Mon fils, sa femme et mon amie.
Ernest von Wolzogen, Le troisième sexe.
Graham Hope, The Gage of Red and Wite.
Max Pemberton, Red Morn.
Edward McNulty, Maureen.
Geraldine Bonner, To-morrow's Tangle.
Mary Stuart Boyd, The Man in the Wood.
Florence Warden, What Ought She to Do?
Theo Douglas, Miss Caroline.
Charles Stuart Welles, The Ellwoods.
J. L. Ford, The Brazen Calf.
George Calderon, Dwala.
W. H. Hudson, Green Mansions.
Grace Rhys, The Prince of Lisnover.
G. Colmore, A. Ladder of Tears.
Percy White, The Triumph of Mrs. St. George.
Sirrah, The Lion of Gersau.
Emily Pearson Finnemore, Tally.
Violet Hunt, The Celebrity at Home.
Mrs. Everard Cotes, The Imperialist.
Dolf Wyllarde, Uriah the Hittite.
Alice and Claude Askew, The Shulamite.
Walter J. de la Mare, Henry Brochen.
Margery Williams, Spendthrift Summer.
Arthur H. Adams, Tus sock Land.

LITERATURA

MAURICE BARRES, Huit jours chez M. Renán.—Les lézardes sur la maison.
LOUIS CARAMIAN, Le Roman social en Angleterre.
JEAN DORNIS, Le Théâtre italien contemporain.
J. ERNEST-CHARLES, Les samedis littéraires.
COMTE D'HAUSONVILLE, Varia.
PAUL LÉAUTAND, Henri de Regnier
PAUL MORILLOT, La Bruyère.
EDOUARD QUET, Alfred Capus.
EDUARD SCHURE, Precurseurs et Révoltés.
GUSTAVE SIMON, L'Enfance de Victor-Hugo.
HIPPOLYTE TAINE, I. Sa vie et sa correspondance: II. Le crítique et le Philosophe 1853-1870.

FILOSOFÍA

SPENLÉ, Novalis.
VAXCHIDE Y BUSCHAN, Index philosophique.
DR. PASCAL, Les lois de la Destinèc.
BONNIER, Le Sens des Attitudes.
DELVOLVÉ Raisons de vivre.
BOSSE, Pilosophie et philosophes.
WOODBRIGE, The philosophy of Hobles.
WETASEK, Grundzüge der allgemeine Æsthetik.
WEININGER, Ueber die letzten Dingen.
MACK, Das specifische Menschliche und sein Verhältniss zur ubrigen Natur.
GUTTLER, Wisseu und Glaubeu.
NAZZARI, Questioni preleminari ad une psicologie del genio.
ALIMENE, Imputabilitá et Causalitá.
SŒURIAU, Le Beauté rationnelle.
DUGAS, L'Absolu.

SOCIOLOGÍA

GIDDINGS, Sociological Questions.—The Economie Significace of Cullure. — The American People.
GIESKE, La función social di derecho privado.—La Naturaleza de las asociaciones humanas.
NICEFORO, Guie para el estudio y le enzeñanze de la Criminologie.
WELLS, Anticipations.
LEVASSEUR, Le salariat.
MACQUART, Les revendicetions ouvrieres et le justice.
RIVIERE, Le terre et l'atelier.
BAUFRETOU, L'Union familiale.
HEINS, Le notion d'Etat.
FONSEGRIVE, Mariage et Union libre.
FOURNIERE, Les Theories socialistes au XIX siècle, de Babezeuf á Proudhou.
MAZARELLA, Studi di etnologie guiridica.

REVISTA DE REVISTAS

ESPAÑOLAS É HISPANO-AMERICANAS

POR J. M. GONZÁLEZ

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.—31 de Marzo.

La Paidología: su historia y estado actual, por Martín Navarro.—Si se atiende únicamente al significado etimológico de la palabra Paidología, vemos que no quiere decir más que conocimiento respecto del niño; historia de la Paidología significará, por tanto, el proceso que ha tenido en el tiempo este conocimiento. Pero es necesario saber si es todo esto la Paidología, puesto que mientras unos afirman que comprende ciertas nociones respecto del alma y del cuerpo del niño é incluyen en su esfera á la higiene, los datos antropométricos, las condiciones fisiológicas, alguna de las enfermedades más comunes en esta edad, y además su historia, su literatura, etc., otros muchos psicólogos y paidólogos propiamente dichos, sostienen que la Paidología es una mera auxiliar de la Psicología, tomada en sentido amplio, y su contenido el de uno de sus capítulos.

La cuestión, tal como está planteada, no parece tener una solución intermedia, pues esta oposición transciende al método que se ha de emplear en su estudio. Y así, mientras que casi todos los pedagogos (pertenecientes en su mayoría á la última de las dos corrientes indicadas), como también muchos psicólogos, afirman que es imprescindible el conocimiento del alma del adulto para interpretar la del niño, sostienen otros que es absolutamente falsa la teoría de que se puede ser un buen educador, conociendo únicamente la psicología de aquél, y que no se debe partir del estudio de la psiquis adulta para conocer el alma del niño, sino todo lo contrario; el estudio de ésta es el que puede aclararnos los fenómenos de aquélla. Lo que es la cúspide para unos, es la base para otros.

En cambio, en una cosa parecen estar de acuerdo todos los científicos; acuerdo que permite señalar cuándo empieza la historia de la Paidología, á saber: que la ciencia es una serie de conocimientos conexionados y relacionades entre sí; y, aunque con dificultad, podemos historiar esas conexiones y relaciones que elevan á científico cualquiera clase de conocimientos.

No puede decirse el momento en que el hombre comenzó á estudiar al niño; pero no se puede sacar de aquí la consecuencia de que es imposible saber cuándo empieza la Paidología

«como ciencia, para cuyo objeto será antes preciso tener en cuenta sus antecedentes».

Dos ciencias habían estudiado fundamentalmente el alma del niño antes de que llegara á constituir esta investigación una ciencia independiente: la Psicología y la Pedagogía. Es preciso estudiar el estado en que se hallaban en aquella época, en cuanto que son los trabajos de los psicólogos y pedagogos los que han abierto el camino que ha seguido después la Paidología.

El Sr. Navarro toma como punto de partida para su investigación la época que puede servir como inmediato antecedente de la aparición del que se ha llamado propiamente «estudio del niño». Esta época empieza (con la inexactitud propia de estas limitaciones) hacia la mitad del siglo XVIII, con el nombre de Rousseau, al cual siguen en el XIX, los de Pestalozzi, Froebel y tal vez Horacio Mann (para citar sólo los más importantes de los pedagogos), y con los de Teteus, Hume, Priestley, los dos Mill, los fundadores de la psicofísica (Müller, Weber, Fechuev) Helmholtz y Wundt y Herbant por su doble carácter de psicólogo y pedagogo, puede aparecer entre éstos y entre aquéllos.

Veamos qué aportan estos estudios á la formación de la Paidología.

Dos cosas pueden distinguirse en la esfera de la Pedagogía, aunque estén en íntima conexión su ideal y su procedimiento; ó en otros términos, el fin que se propone y el medio de realizarlo. Todo lo referente al ideal de la Pedagogía queda fuera de nuestra consideración. Pero otra cosa bien diferente ocurre con lo que pudiéramos llamar la «técnica de la educación», ó sean los medios que se han empleado para realizar el ideal propuesto.

Examina el articulista lo aportado por la Pedagogía á partir de Rousseau, y dice que una de las notas más características del Emilio y que mayor influjo ha podido ejercer en la Paidología es la del estudio que hace Rousseau de la evolución del alma del niño desde su nacimiento. Ni Montaigne, ni Fenelón, ni Locke, ni aun el mismo Comenio, pueden discutir á Rousseau la gloria de esa iniciativa. Muchos habían dicho antes que este pensador, que la educación del niño comienza desde la cuna; pero ninguno había empezado en realidad el estudio de su alma desde este mismo momento. Y este servicio prestado por Rousseau á la Paidología, iniciando el procedimiento que más la caracteriza, se une al que ha prestado á la Psicología haciendo notar la importancia transcendental que tiene en la vida psíquica el sentimiento.

Señala el Sr. Navarro los elementos que en conjunto ha aportado la pedagogía al conocimiento del alma infantil, y habla á este propósito de Pestalozzi, que pone de relieve el papel insustituible que desempeña en la enseñanza la intuición directa de las cosas y el amor de los maestros á sus discípulos; y de Froebel, que enseña á los paidólogos que los movimientos espontáneos de los niños son los que de manera más clara ponen de manifiesto su alma; y por consiguiente, no sólo que el juego es un factor insustituible para su educación, que esto importaría únicamente al maestro, sino que es una fuente inapreciable para la interpretación y conocimiento del desarrollo y desenvolvi-

miento de la Psicología de la infancia. Tanto y tan valioso es el caudal de conocimientos que de la psiquis del niño había atesorado la Pedagogía, antes de la aparición de la Paidología, y al mismo tiempo que ella, que surge al articulista la cuestión de si en vez de ser esta última ciencia un capítulo ampliado de la psicología del adulto, fuera más bien un desarrollo del conocimiento que del alma del niño ha de tener un buen pedagogo para cumplir su obra. A juicio del Sr. Navarro, entre muchas de las afirmaciones de estas dos ciencias, aunque en su apariencia no encontremos diferencia alguna, existe y grande en el valor científico que tienen, á consecuencia de los distintos métodos que han empleado en sus investigaciones paidólogos y pedagogos.

Entrando ya á examinar la conexión que media entre la Psicología propiamente dicha y la ciencia del alma del niño; ó mejor todavía, los servicios prestados por la psicología moderna á su estudio, dice el Sr. Navarro que de todas las corrientes psicológicas que aparecen desde el Renacimiento hasta los fines del siglo XVIII, y aun bien entrado el siglo XIX, puede decirse que la inglesa es la que guarda una conexión más íntima con el movimiento capital y característico de la psicología contemporánea. Los asociacionistas ingleses son precursos de tal importancia en el moderno desenvolvimiento, que sin ellos no podría hacerse su historia. El asociacionismo inglés había tratado de separar la Psicología de toda concepción metafísica, considerándola como una ciencia natural, y esta misma tendencia es una de las características capitales de la investigación psicológica actual. Esa escuela concentró todos sus esfuerzos en el estudio empírico de observación de los fenómenos mentales. Su deseo permanente y casi exclusivo de averiguar la génesis de estos fenómenos, no pudo menos de dar la norma por una parte á toda la Psicología posterior, principalmente á la alemana, y de excitar al pedagogo, y no hay que decir que al paidólogo, á atender cada vez más al espíritu del niño para sorprender la producción y el mecanismo de sus representaciones, emociones, etc.

Termina el Sr. Navarro la primera parte de su interesante artículo insistiendo en la influencia de la Psicología, en la formación de la Paidología.

RAZÓN Y FE.—Abril.

Un feminismo aceptable, por el P. Alarcón.—Comienza su artículo burlándose del problema feminista, y dice que á España, afortunadamente, no ha llegado ese movimiento que se siente en el resto de Europa, cosa que es de estimar, pues así nos podremos prevenir contra tal movimiento. A pesar de es[illegible] «también hemos empezado á hac[illegible] pinitos para ponernos en este asun[illegible] á la altura (si puede llamarse altur[illegible]) de otros países. Pero tanto los bien intencionados como los mal intencionados, pues de todo hay, solamente han hecho hasta ahora, con ligeras excepciones, ligeros ensayos que se prestan, más que al estudio, al ridículo». Trata inmediatamente después de la «Asociación para la Enseñanza de la mujer» y de la «Institución libre de Enseñanza». De la primera dice que tanto en el texto como en la letra

de sus Estatutos nada hay de las osadías igualitarias que se permiten á las estudiantas en las Universidades de los Estados Unidos y de Inglaterra, á pesar de que en materia de enseñanza quizá lo más avanzado en ideas y procedimientos, ya por su origen, ya por sus fomentadores es en España la Asociación para la Enseñanza de la mujer.

«También la Institución libre de Enseñanza en Madrid alardea de paladín defensor de la instrucción y emancipación femenina, y para eso, sin duda, educa á sus niños y niñas pareados y figuran en su cuadro de profesores las profesoras. Mas como esta Institución, según su programa, es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político, no hay que buscar en ella ni política, ni filosofía, ni religión, y, consiguientemente, ni resultado alguno prácticamente aceptable.»

Da cuenta de algunos intentos hechos en Congresos pedagógicos en pro de estas aspiraciones feministas y también de las conferencias que se celebran en el círculo de los luises de Madrid, y entrando de lleno en el tema de su artículo, dice que se puede hallar una personificación real de la mujer española, que puede guiar al ideal de las legítimas aspiraciones femeninas, en Concepción Arenal. «Mujer verdaderamente extraordinaria, bajo muchos conceptos, y en alguna época de su vida extraordinariamente audaz en defensa de su sexo, jamás fué partidaria del radicalismo feminista tal y como hoy se extiende y se pone ya en práctica en algunas partes, como en Rusia y en los Estados Unidos. Su gran talento, que se adelantó á su época, vió ya apuntar en el horizonte con nueva luz la cuestión femenina como parte integrante de la cuestión social; lo que quizás no presintió la ilustre penalista fué la rapidísima difusión de esa nueva luz de reflejos apacibles á veces, y otras siniestros, ni el cúmulode errores y de utopias que han inundado con este motivo el campo de las ciencias sociales.»

Expone el articulista su teoría sobre el feminismo, cuyo ideal es «la mujer formada según el concepto de la vida que tiene el cristianismo, y perfeccionada cada vez más física, intelectual y moralmente, ha de ser tal, que si se mira al espejo y después á su conciencia, no pueda menos de complacerse á sí misma ingénua y constantemente, dando gracias á Dios, autor de todos sus bienes; esa mujer ha de ser tal, que al contemplarla los hombres, y hasta los ángeles, no puedan menos de exclamar: ¡Bendita seas y bendito sea el Dios que te crió!»

Volviendo otra vez á doña Concepción Arenal, dice que esta señora, con el ejemplo de su vida, enseña que no aspira á dejar de ser mujer, antes al contrario, parece que se gloría de serlo, y bajo las más hermosas páginas de sus obras, aun las más varoniles, se siente palpitar un corazón femenino, más aún, un corazón de madre cristiana y española.

«Verdad es que muchas veces hace por comprimirlo y ocultarlo para que en sus discursos campee la sola razón; pero no lo logra, y el sentimiento se desborda y, á veces, lágrimas de ternura maternal caen sobre las palpitantes cuartillas. Verdad también que esa frialdad afectada delata en ella cierto extranjerismo, que en más de una ocasión pone en su plu—

ma frases depresivas para España y encomiadoras de países que no conoció nunca sino de oídas y por referencias más ó menos auténticas. Ya se ve: sufría algunas veces las influencias de Olózaga, que con otros de aquella época estaban enamorados de lo transpirináico, en especial de la protestante Inglaterra. Mas no habiendo salido la señora Arenal de España, rodeada siempre de españoles, y por lo general de la clase media, cercada de pobres y desgraciados á quienes con más predilección amaba y en quienes más honda suele arraigar la fe y la bondad genuína de nuestra raza, su corazón se mantuvo fiel á su sexo, á su patria y á su Dios.»

Para confirmar estos asertos y comprobar con ejemplos cuán aceptable sería en la vida práctica un feminismo como el de Concepción Arenal, el P. Alarcón recuerda algunas escenas de la vida de tan superior mujer y con ello termina este artículo.

FRANCESAS, POR JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ

REVUE POLITIQUE ET PARLAMENTAIRE.—10 Abril.

La vida política y parlamentaria en el extranjero—España, por ***.—Después de exponer la sensación que ha producido en España las noticias de la prensa extranjera acerca del próximo arreglo franco-inglés, y de mencionar los discursos pronunciados acerca de esta cuestión en el Senado por los Sres. Montero Ríos y Labra, trata del sentimiento que anima á España acerca del Imperio marroquí.

«Siempre que se trata de los derechos de España en Marruecos, jamás oiréis hablar de realidades tangibles». Se aducen, y con cierta jactancia, los títulos que da la posesión de los presidios de Ceuta y de Melilla, y aun de las Islas Chafarinas; pero cuando se trata de la situación ya adquirida por la actividad española, parece que no existe el menor interés en realizarla. Cierto es que, aun no careciendo de valor, no responde en ningún modo á la proximidad de ambos países, ni, sobre todo, á la facultad emigratoria del Sur de España.

Los españoles residentes en los puertos marroquíes no exceden de 10.000 almas, á pesar de lo cual es, con mucho, la más numerosa de las colonias europeas, si bien es verdad que es la que representa menos intereses. La mayor parte de las casas de comercio son francesas, inglesas ó alemanas. En el año 1901 España no importó en Marruecos más que 625.000 francos en un total de 44 millones, y exportó cerca de 9 millones en un total de 33.

La colonia española en Marruecos se compone, en su mayor parte, de artesanos que viven en Tánger, y de otras personas que se dedican á la cría de cabras y de cerdos en pequeños lotes de tierra. La mayoría, de ideas católicas, se agrupan en torno á la misión franciscana española, que sostiene escuelas y un hospital, y que, á falta de asociaciones de beneficencia, ha instaurado entre ellos la Orden Tercera de San Francisco, como sociedad de socorros mutuos. Hace cua-

tro años, los socialistas de la colonia fundaron, gracias al concurso de los obreros de Gibraltar, un Centro Obrero internacional, combatido ardientemente por los franciscanos, y que es un foco de agitación obrera en contra de los patronos extranjeros. Fuera de estos obreros, hay algunos médicos y comerciantes españoles, además de los individuos que componen una misión militar, cuya utilidad no parece ser muy grande.

El principal negocio es el establecimiento de la Compañía Transatlántica, que por un servicio regular asegura las comunicaciones de Tánger con Cádiz, Gibraltar y Algeciras, y compra en Marruecos la mayor parte de las provisiones necesarias para el servicio de sus grandes buques. A esto puede añadirse el Banco y el Bazar fundados en Tánger por el Marqués de Comillas, la Cámara de Comercio española, que publica periódicamente un *Boletín*, y la red telefónica de Tánger, montada por un capitalista de Madrid.

Los franciscanos españoles tienen en Tánger, junto á la iglesia, una escuela de niños con 200 alumnos, una de niñas con doble número y otras cuatro escuelas en los arrabales. El hospital de los franciscanos tiene 30 camas. Además, estos mismos frailes poseen una imprenta, un taller de encuadernación y una cocina económica frecuentada por los pobres.

En junto, hay en Tánger 24 frailes y 18 monjas; pero en los demás puertos marroquíes abiertos al comercio, hay igualmente establecimientos franciscanos, aunque menos importantes, con escuelas españolas junto á las iglesias. Estos frailes son los porta-estandartes del ideal español en Marruecos. A juicio de uno de ellos, el P. Castellanos, si una potencia europea se apoderase de Marruecos, acabaría por dominar en toda la Península ibérica.

Esta es también la idea que inspiró el artículo del Sr. Montero Ríos en la *National Review*. Si con Argelia y Túnez en Marruecos se rehiciese el imperio de Genserico, el Mediterráneo occidental sería un lago francés y España se vería aprisionada totalmente por Francia.

Este peligro sólo es temido por los políticos y publicistas españoles, la opinión pública sólo ve en Marruecos una cuestión de sentimiento, resultado de ocho siglos de guerra contra los moros, al través de los cuales se ha constituído la unidad española.

Esta cruzada contra los infieles ha dado al catolicismo español su aspecto sombrío y militante, ha templado el carácter nacional, haciéndole bravo y caballeresco, astuto é imprevisor, ha moldeado las instituciones tradicionales y hasta ha hecho nacer las corridas de toros en los juegos de los caballeros españoles por las grandes llanuras arrasadas por la guerra.

Así como el idioma español está plagado de palabras árabes, el dialecto árabe del Mogreb ha tomado muchos vocablos españoles, y de estos recuerdos y contactos ha nacido el sentimiento español en lo que á Marruecos se refiere, porque la cuestión marroquí forma parte del conjunto de ideas, hábitos, sueños, esperanzas y lamentaciones que constituye el españolismo; no es una concepción política sino para unos cuantos; es un sentimiento vivaz que dormita en el fondo del alma española, y que á veces se despierta bajo formas tan extrañas como aquel movimiento de opinión pública que amparó al general Fuen-

tes cuando cometió el acto punible de abofetear al embajador de Marruecos.

Este sentimiento público, tenaz, inconsciente é ignorante de las realidades, es lo que hace difícil el arreglo del problema de Marruecos en lo que á España se refiere. El alma española no percibe las necesidades políticas, y si los hombres de Estado conocedores de los verdaderos intereses de España parecen dispuestos á prudente resignación, el pueblo sólo quiere ver las tendencias hereditarias del españolismo. Para retrasar lo más posible el conflicto inevitable entre la realidad y el sueño, la diplomacia española ha tratado siempre de mantener el *statu quo* en Marruecos, de evitar todo arreglo definitivo aunque fuera excelente, y de esquivar la cuestión con las potencias.

«Si nuestro corazón y nuestra sangre, dice el Sr. Montero Ríos, nos inclinan hacia Francia, nuestra razón y nuestros intereses nos dirigen hacia Inglaterra.

El día en que el problema marroquí se plantee en Madrid, será bueno manejarlo con prudencia y evitar los choques demasiado bruscos, susceptibles de emocionar una opinión recelosa, herida en sus íntimos sentimientos. Recordar que los estadistas españoles han tenido que consentir, en tres años de luchas contra la insurrección cubana y en una guerra con los Estados Unidos, cosas cuya inutilidad conocían por adelantado, con el solo objeto de acostumbrar á su país á la idea de perder sus últimas colonias».

La obra americana en Filipinas, por M. Hauser.

En un artículo anterior escribía el mismo autor de cómo los norteamericanos habían procedido para transformar á Filipinas en un país de agricultura intensiva y para aumentar extraordinariamente la producción de azúcar de caña.

Ahora trata de otros problemas que han resuelto los americanos para el mayor engrandecimiento del archipiélago filipino, y comienza diciendo que el tratado de París puso en posesión de los yanquis un grupo de más de 1.400 islas, comprendidas todas ellas, á pesar de su extensión, en la zona tórrida. En estas islas, cuyas carreteras por lo general son meras sendas, vive una población, según unos, de seis, y según otros de 12 millones de almas, pertenecientes á razas diferentes (negros, indios, maleses y chinos). La población indígena hay que reconocer que había sido tratada con gran desprecio por el Gobierno y por los frailes españoles. El que no haya leído la conmovedora y verídica novela de Rizal. *En el país de los frailes*, no puede darse cuenta de lo que era esa teocracia opresiva y denigrante para el pueblo tagalo. Y para que pueda darse á esta pintura de la tiranía clerical (tiranía política, judicial, económica, intelectual) toda la importancia que merece, no conviene olvidar que vuelto Rizal á su país natal, pagó el valeroso filipino con muerte ignominiosa el crimen enexplicable de haber dicho en España la verdad De este modo el libro sobre el despotismo monacal quedó consagrado con lo que con su autor hicieron.

Antes de la insurrección, la instrucción era deficiente, incluso en las ciudades. Los españoles colocaban la enseñanza religiosa, con frecuencia aprendida en idioma local, mucho antes que la enseñanza de su propio lenguaje, que hubiera sido para los

indígenas un instrumento de civilización. Tanto es así, que había frailes que eran inspectores de escuela en algunas localidades, que no solamente prohibían que se hablase el español, sino que tomaban especiales medidas para que no se infringiese esta prohibición. Resultado de esta admirable política fué que en tan islas que dominaba España desde hacía más de tres siglos, no llegaba á una *décimâ* parte de la población la que hablaba el idioma de la Nación soberana.

La misma incuria existía desde el punto de vista económico. Había cuatro líneas de vapores que ponían en relación las distintas islas del archipiélago; pero en el interior eran muy pocas las carreteras que existían y éstas completamente descuidadas, y lo mismo sucedía con los ferrocarriles.

Y sin embargo, las riquezas naturales de Filipinas son inmensas. Muy rica en minerales, incluso el oro; con un cultivo enorme de arroz, con abaca y algodón muy abundantes; con azúcar y tabaco, que sólo puede competir con el cubano, y con magníficos bosques, ricos en esencias preciosas, ¡y sin haber sido nada de ello ser aprovechado por España gracias á su incuria adminstrativa! Baste decir que hay aun enormes bosques vírgenes.

Los yanquis han transformado las islas Filipinas en una colonia de explotación, y al principio por medios tan brutales como impropios de una nación civilizada. Afortunadamente la administración actual ha puesto fin á estas prácticas; pero aun no ha conseguido aplacar la cólera del pueblo irritado, y, aunque prosiga con mucha menos fuerza, no puede decirse que la guerra haya terminado.

Pero justo es reconocer, en cambio, el valor y la atención sostenida con que los funcionarios americanos han estudiado el problema filipino. Pocas empresas coloniales han sido llevadas con un parecido deseo de acertar como la obra admirable emprendida desde 1899 por la «Comisión Civil». Comprendió que todos los problemas que se presentaban eran nuevos y que no podía resolver ninguno sin antes recibir informes y proceder á interrogatorios. Sobre todas las cuestiones filipinas se hi cieron comparecer á informar á individuos de edades, clases sociales, colores y religiones diferentes; se sostuvieron toda clase de opiniones, con absoluta libertad, y se tomaron nota de ellas. Aun en los días más tristes de la insurreccion, esta Comisión continuó en su obra de paz por el Archipiélago.

Resultado de ello fué un informe en que se decía que el solo medio de enseñar á los filipinos los métodos de instituciones libres y del *self government*, era constituir un gobierno semiamericano y semi filipino reservándose durante algún tiempo á los americanos la inspección última. Créese que una ó quizás dos generaciones serán necesarias para acabar esta evolución. Mientras tanto, se organizará un cuerpo de funcionarios americanos, poco numerosos, elegidos con cuidado y que no pertenezcan á partidos políticos: hombres honrados, hábiles, con tacto y con paciencia, conocedores del país y que hablen el español y uno ó dos dialectos locales. En este cuerpo irán entrando poco á poco los filipinos, teniendo cuidado de reservar provisionalmente á los americanos las funciones de dirección. Jamás ninguna

nación colonizadora ha implantado y organizado con tan buen deseo un gobierno para la educación de los indígenas. No se trata de la asimilación brutal, imposible con elementos inasimilables; se trata realmente de una marcha consciente, lenta, pero regular, hacia la autonomía con la unión.

De acuerdo con este criterio ha sido confiado el poder ejecutivo á un gobernador civil, presidente de la Co misión. A la Comisión, investida con la autoridad legislativa, han sido agregados tres miembros filipinos.

Se ha organizado un verdadero gobierno que comprende los ministerios del Interior, Comercio y policía, Hacienda y Justicia, Instrucción pública, más un secretario y una especie de intendente de subsistencias.

Si la obra legislativa de la Comisión ha sido bien loable, no le ha ido en zaga la económica. Asombra y apena leer las cifras que el articulista copia de la producción del archipiélago filipino. Bien es verdad que para este objeto se han instalado laboratorios de minas, las comunicaciones se han mejorado con el aumento del número de vapores y la multiplicidad de caminos y ferrocarriles; que el puerto de Manila será el año que viene, en que se terminarán los trabajos que se están haciendo, uno de los mejores y mayores puertos del Extremo Oriente, y que compañías americanas han llevado toda clase de maquinarias para la refinación del azúcar y la fabricación del tabaco.

Del extenso y notable artículo de M. Hauser se deduce que los norteamericanos están en vías de hacer de Filipinas una de su más hermosas y productivas colonias.

REVUE BLEU.—9 de Abril.

Los últimos amores de Goëthe, por A. Bossert.—Se conserva en los Archivos de Goëthe y Shiller, en Weimar, un cuaderno formado por nueve hojas de papel, en las cuales escribió Goëthe una elegía en recuerdo de su última pasión amorosa por Ulrica de Lavetzow.

El profesor Augusto Sanew acaba de publicar un libro sobre el gran poeta, en donde copia lo que Ulrica mismo ha referido de la historia de sus relaciones con Goëthe, echando abajo, con esto, las leyendas que han corrido sobre tales amores.

En el año 1821, en los baños Marienbad, fué en donde se conocieron Ulrica y Goëthe. Tenía ella entonces diez y siete años y acababa de salir de un colegio francés de Strasburgo, en donde había leído con frecuencia á Voltaire. «Un día, refiere, mi abuela me llamó y la doncella me dijo que un señor viejo deseaba verme, cosa que me molestó, pues estaba yo en aquel momento trabajando. Cuando entré y me hubieron presentado á Goëthe, me cogió por la mano y me preguntó con entonación amable si me divertía en Marienbad. Como yo no sabía quién era, é ignoraba por tanto que tenía ante mí á un hombre célebre, respondí con la mayor desenvoltura».

Esta ingenuidad, sin duda, fué la que encantó á Goëthe, que á partir de este día paseaba todas las mañanas con Ulrica, y cuando no podía acompañarle, la llevaba flores. Por la noche permanecía largas horas sentado con ella en un banco que había delante de la casa, hablándole de botánica, mineralogía y literatura. «Cuando yo me dí cuenta de su gran espíritu, le co-

nocía demasiado para intimidarme ante él; pero ni mi madre ni nadie veía en nuestras relaciones otra cosa que el agrado de un hombre de edad, que podía ser mi abuelo, en hablar con una muchacha que deseaba instruirse».

Goëthe era viudo desde hacía siete años y contaba setenta y cuatro de edad cuando pensó seriamente en casarse con Ulrica y encargó al Duque Carlos-Augusto de Saxe-Weimar hacer la petición. «Creímos al principio que bromeaba, refiere Ulrica; pero él insistió repetidas veces en su proposición, tratando de demostrarme las ventajas de tal unión, que sería la primera dama de Weimar, que quedaría asegurado mi porvenir, etcétera, etc.»

«Mi madre, que tenía por principio dejar á sus hijas en absoluta libertad para casarse, me preguntó si yo estaba dispuesta á aceptar la proposición que se me hacía, á lo que yo contesté que si ella lo deseaba.—No, respondió, tú eres demasiado joven; pero la proposición es de tal modo honrosa, que no he querido desecharla sin antes consultarte; reflexiona.—Está todo resuelto, dije. Yo amo á Goëthe como se ama á un padre, y si creyese serle necesario, quizá me casase con él; pero tiene un hijo que está casado, y yo no debo suplantarle: no necesita de mí».

«Esto fué todo. Goëthe no volvió á hablar de su proyecto ni á mi madre ni á mí, y continuó llamándome su pequeña favorita ó su querida hija».

El 18 de Agosto la familia Lavetzow se trasladó á Carlsbad, y Goëthe permaneció con ellos doce días, al cabo de los cuales regresó á Weimar, y durante su viaje fué cuando hizo la elegía, escribiendo al llegar á las estaciones lo que iba meditando cuando andaba el tren. El reconocía que tenía esta Elegía un carácter distinto de sus otras poesías. La manera de escribir era muy diferente. Esperaba que su primera impresión estuviese bien fija y reposada, y después la daba lo que llamaba una forma objetiva; en cambio, la Elegía de Marienbad fué escrita al correr de la improvisación, y por esto carece de la belleza plástica de otras poesías de Goëthe.

Guardó siempre con gran cuidado este manuscrito, colocándolo junto á sus recuerdos y al lado de un vaso en el que estaban grabados los nombres de las tres hijas de madame Lavetzow y que éstas le habían regalado el día de su santo. Después de su muerte el manuscrito fué remitido á madame Lavetzow, quien lo donó al Museo de Weimar.

Goëthe y Ulrica no volvieron á verse desde que se separaron en Carlsbad. Ulrica añadía posdatas en las cartas que su madre escribía á Goëthe. En una de ellas de madame Lavetzow, decía en 1826: «Ulrica continúa como siempre fué: buena, dulce, nacendosa y con su alegría tranquila y su humor igual. Se ocupa de los niños de su hermana Amalia. Sus maneras sencillas y simpáticas hacen que se capte la amistad de todos los que la conocen. No piensa en casarse». Un amigo de la familia, que la vió en extrema vejez, la describe en esta forma: «Poseía una tal fuerza de voluntad que le hacía triunfar de su debilidad física. A pesar de sus noventa y seis años, su cara apenas tenía arrugas, y en su boca siempre se dibujaba una graciosa sonrisa. Andaba firme y derecha por su casa, y sólo cuando creía que nadie la veía, iba

apoyándose con las manos en los muebles. Cuando su doncella corría á sostenerla, no se lo consentía, diciendo:—Es menester que el cuerpo obedezca á lo que manda el espíritu.»

Ulrica Laretzow murió el 13 de Noviembre de 1899, y con ella dejó de existir la última superviviente de las mujeres que fueron amadas por Goëthe y que le han dado cortejo en su inmortalidad.

INGLESAS Y NORTE-AMERICANAS

POR J. UÑA Y SARTHOU

THE FORTNIGHTLY REVIEW.—Abril.

España: Ayer y hoy, por L. Higgin.—No hay para qué reproducir la parte de este artículo relativa al *Ayer*, porque se limita á hacer una exposición breve de la historia de nuestra patria desde el reinado de Isabel II hasta la Regencia. Si no resultamos y no resultan de ella muy bien parados nuestros gobernantes, sirve, en cambio, al autor de término de comparación con el *Hoy*; comparación que nos es bastante favorable, y de la que se desprenden optimismos y halagüeñas esperanzas para nuestra patria, de cuyos progresos juzga, quizás con sobrada benevolencia, el articulista.

Hace éste notar, con cierto asombro humorístico, el fracaso de la aplicación de la lógica á nuestro país, donde dos y dos no hacen cuatro, como en todas partes, sino tres ó cinco, no pudiéndose nunca prever el resultado de una causa ó las consecuencias de una acción, porque aquí siempre ocurre lo imprevisto.

Así es que las perturbaciones, los disturbios políticos, el desgobierno, las guerras civiles y las guerras coloniales y la desastrosa contienda con América, que hubieran acabado con cualquier otro país, han corrido en el nuestro parejas con el progreso mercantil é industrial, produciendo asombro para el presente y esperanza para el porvenir.

Es debido esto, sin duda, en gran parte, á las muchas y diversas nacionalidades de que se compone nuestra Patria, aglomeración de pueblos muy varios, más bien que un pueblo y una raza unificados, habiendo sido prueba de su fuerza lo que parecía causa de su debilidad, y le ha dado el poder que la llevará al lugar que debe ocupar entre las naciones europeas, ahora que se ha abierto para ella una nueva era y está unida en un reino y bajo una ley.

La consideración de las fluctuaciones de la población y el comercio español ofrece un triste testimonio de la devastación de España por la guerra carlista y por la perpetua sangría de Cuba, á pesar de lo cual ambos han progresado, creciendo la primera desde 1860 á 1877 en la proporción de 56 por 100, y de 1877 á 1897 en la de 67 por 100, pudiéndose esperar que el próximo censo acuse un aumento considerable. En cuanto al comercio, en 1882 el valor de las mercancías exportadas fué de 30.615.043 libras esterlinas, y el de las importadas de

32.666.676; y en 1899, 34.574.715, y 41.815.679, respectivamente.

La poblacion en las grandes ciudades ha aumentado enormemente, y de 17.500.000 habitantes, saben leer y escribir 30 por 100, mientras que en 1868 sólo sabían un 20.

Excesiva nos parece la benevolencia del autor de este artículo cuando dice que nuestro sistema de educación es satisfactorio, y que puede proveer á todas nuestras necesidades sin necesitar el auxilio de ninguna otra nación.

Nota nuestros adelantos materiales en telégrafos, ferrocarriles, luz eléctrica y puertos; el progreso y embellecimiento de Barcelona y Bilbao, y de su comercio y su industria; la actividad de nuestros hombres de negocios para aumentar la cantidad y mejorar la calidad de la produccion y buscar mercados, y el hecho de que España ha llegado, no sólo á producir para su consumo, sino para exportar á otros países.

Dice que Madrid se ha engrandecido considerablemente, y que es una ciudad cosmopolita en sus hábitos, y que su sociedad es muy parecida á la de cualquier otra capital de Europa, y censura á esos *touristas* de Cook que pasan tres semanas en España, ven las llanuras de Castilla y unas cuantas ciudades viejas, como Toledo ó Segovia, y, juzgando á la ligera, se lanzan á escribir un libro sobre España, sosteniendo que ésta no cambia nunca.

No hay pueblo en la tierra, afirma, tan democrático ni tan monárquico como España. Su proverbio popular «Bajo el Rey ninguno», expresa muy exactamente la actitud de la nación en cuanto á su gobierno. No se inquietan por la opinión de los extraños; aunque sea razonable, se encogen de espaldas, se toman tiempo, y al parecer no hacen nada... y cuando menos se espera han hecho todo lo que necesitaban. Se han desembarado del absolutismo, han afirmado su Gobierno constitucional; libertad perfecta en lo referente á la religión y á la educación, y han llevado adelante un programa de reforma y progreso en el comercio y la industria que se poco menos que maravilloso.

La prosperidad de España dependerá mucho de lo que haga su Gobierno para el fomento de la agricultura, y, sobre todo, para el riego de las tierras. Se ha hecho mucho, pero es positivo que se pierde en el mar mucha agua que vale millones. En Murcia y Valencia hay tierras que han elevado su valor de 7 y 20 libras á 150 y 400 al hacerse de regadío.

España, con riegos y cultivo inteligente, sería uno de los países que produciría más trigo; y por no seguir este camino, no tiene bastante para su consumo é importa del extranjero.

Aunque ha sido grande el paso dado desde un despotismo corrompido á la libertad constitucional, queda mucho por hacer, porque aun cuando existe el sufragio universal, el país tiene poca ó ninguna parte en la elección de sus representantes en Cortes. Las elecciones se hacen aún desde Madrid, y por un extraño *convenio* político, los dos partidos, liberal y conservador, ó más bien sus jefes, en los últimos tiempos Sagasta y Silvela, se han sucedido en el poder con mecánica regularidad. Y parece que hasta ahora la muerte no ha introducido gran diferencia en esto.

Se ha dicho de España que el país adelanta «á pesar del Gobierno». El caciquismo y la empleomanía son los

factores que contribuyen á la mala situación política del país, aunque se ha modificado en estos últimos años, habiéndose hecho algo para llevar hombres capaces á la administración pública, nombrándose algunos empleados previa oposición y siendo más permanentes y seguros los empleos. Al antiguo vicioso sistema de cambiar los empleados de poca categoría á cada modificación ministerial, y al hecho de mirar más los que ocupaban el Gobierno y los que estaban fuera de él por sus propios intereses que por el bien del país, debe achacarse la corrupción burocrática y la absurda administracción de las colonias que hizo posible su apropiación por América, y en realidad muchos de los males que ha sufrido España.

Es aun muy pronto para juzgar del efecto de la pérdida de las colonias, pero por lo que ya puede verse, España se ha librado de una carga y ha podido dedicarse á ordenar su vida interior.

América, poniendo en práctica la fábula del lobo y el cordero, se ha quedado con las colonias españolas: el tiempo dirá á quién beneficia más el suceso.

Muchas son las causas que determinaron la caída de España desde su antigua posición. Entre ellas es quizás una de las más poderosas el haberse fundado su grandeza en el descubrimiento del Nuevo Mundo, no estando suficientemente adelantada para afrontar los problemas económicos que, de repente, se presentaban ante ella, cometiendo el error, explicable, de creer que la posesión de riqueza significa prosperidad nacional. Es otra la de tener gobernantes extraños que gastaban su sangre en favor de intereses ajenos; y es otra, no menos importante, la expulsión de moriscos y judíos, que lo fué de la ciencia y del progreso de todo género.

Desde el momento en que España se entregó al oscurantismo, empezó su retroceso: en el Nuevo Mundo destruyó la espléndida civilización de los Incas, y en el interior estableció la Inquisición.

Sólo dos pasiones la dominaban: el ansia de oro y la sed de sangre de hereje. En lugar de los riegos y de trabajo inteligente, se enseñó al labrador que los ángeles le hacían la labor á San Isidro y que la Virgen les proporcionaría el agua para sus campos, si la necesitaban.

Desde la restauración de los Borbones, las órdenes religiosas han vuelto silenciosamente á España. Jesuítas, Dominicos, Agustinos y otros tienen hoy grandes propiedades. aunque nunca puestas á su nombre. El impopular matrimonio de la Princesa de Asturias ha vuelto á sacar á luz la cuestión clerical; pero la prensa de todas opiniones, excepto la clerical, y el país, á quien representa, han obrado con firmeza y moderación. No se tolerarán maquinaciones contra la educación libre, ni influencias contra la enseñanza de Universidades y escuelas, pero en su propia esfera los ministros de la religión serán tratados con respeto y consideración.

Puede confiarse en que los españoles dirigirán sus propios asuntos con dignidad y con talento, y que no perderán, con ligereza, lo que han ganado á tanta costa, habiendo demostrado claramente que la libertad religiosa y la ciencia marcharán de la mano en el progreso futuro de España.

Sigue á este artículo una nota en la que el autor, inspirado seguramente en ciertas exageraciones de nues-

tra prensa, flaquea en sus predicciones optimistas respecto al porvenir de España, creyendo que «el Gobierno del Sr. Maura es un intento de vuelta al absolutismo, y que los derechos y hasta la libertad personal de los que no entonan himnos de alabanza en honor del Sr. Maura son hollados, estando llenas las cárceles de actores, músicos y oradores, y habiendo subido los cambios».

Debería esto ser una enseñanza muy digna de tenerse en cuenta para medir y pesar críticas y juicios que nos perjudican notoriamente en la opinión favorable de los extraños, que tanto esfuerzo nos cuesta reconquistar, y que no están basadas en la justicia ni la verdad, sino en notoria pasión política, que sacrifica nuestra propia reputación.

THE STUDIO.—15 Abril.

Joaquín Sorolla y la pintura española actual, por Leonard Williams.—La historia de la pintura española moderna está por escribir, y la tarea es atractiva y difícil, porque apenas existe otra nación que, en los últimos cien años, haya emprendido cambio artístico más radical en todos sentidos.

Es repetir una vulgaridad el afirmar que el arte de un país se crea porque el país reclama su creación. El pintor, hasta cuando cree que está obedeciendo á su propio y exclusivo impulso, está dominado, si su obra tiene algún valor duradero, por otro impulso más sutil que procede de lo más recóndito de su alma. Es el servidor de su país, como lo son el soldado, el cura ó el maestro, porque si en apariencia realiza su obra para sí mismo, para su fama ó para su lucro, en realidad la ejecuta para la gran comunidad de que es miembro.

Otra vulgaridad, siempre pertinente, afirma que la clase de arte exigido á sus hijos por todo país culto ha de estar en absoluto de acuerdo con las necesidades y características de la vida nacional.

Sin embargo, la demanda que un país hace de arte no es continua, sino alternativa, y las necesidades y energías nacionales, como los volcanes, tienen sus períodos y crisis de tranquilidad y de ebullición. Matthew Arnold ha dicho que para producir un gran escritor han de concurrir dos poderes, el del hombre y el del momento, no siendo bastante el del primero sin el del segundo. Puede, pues, decirse que todo *momento* que tiene para ello potencia, produce necesariamente al artista que también la tiene. Tales momentos, por regla general, operan en un solo país, pero ahora y luego son casi universales. El mismo aliento que transfiguró á Francia inspiró á los poetas y pintores de la mayor parte de Europa. En aquel gran ejemplo, el admirable sentimiento de compañerismo estimulado por los sufrimientos de un solo pueblo, voló frontera tras frontera y encontró en muchos países á un tiempo el momento y el hombre.

No siendo, pues, el pintor la causa, sino el efecto, su más noble privilegio es retratar á las gentes y las cosas. No puede ser especulativo, ni puede anticiparse. Puede en verdad mirar al pasado, pero siempre con el espíritu del anticuario; no obstante, su misión propia es mirar á su alrededor.

El privilegio del dramaturgo es exactamente el mismo, pudiéndose

establecer de hecho un parecido singular entre la pintura y el drama.

Ambos apelan principalmente al sentido de la vista; ambos, en sus más preciosas manifestaciones, retratan á la humanidad como es, no como fué, como debe ser, ó como será.

El drama histórico, por tratar de una sociedad muerta, es la clase de drama menos instructivo, y por la misma razón no lo es la pintura histórica. Podrá objetarse que los mejores dramas de Shakespeare son históricos, pero lo son sólo de nombre, solo externamente; en realidad, los más históricos son los que han tenido menos aceptación.

En Hamlet, el Rey Lear y Macbeth contemplamos nuestros retratos sublimemente trazados.

Los *momentos* de la pintura española son seis. El primero, coetáneo de las luchas de una raza siempre en guerra, es el fanático, desenvuelto, una vez expulsado el Arabe, en el rigoroso y fecundo realismo cuyo campeón de campeones es Velázquez. Sin embargo, esto debe perecer.

La ceremoniosa dinastía de Hapsburgo, peculiarmente castellana en sus costumbres y tradiciones, es sustituída por un extranjero, y España, agotada por un prolongado desgobierno, acepta sin resistencia el eclecticismo de Versalles. Por un siglo se contenta con remedar á sus vecinos, y el realismo, que es el atributo dominante de su pintura, se muestra en Goya, que, aunque grande, es en aquel tiempo su único representante. Reaparece más tarde su influencia; pero á su muerte, sus paisanos, comprometidos en guerras civiles, están demasiado distraídos para atender al arte.

En cuanto las cosas se calmaron, el impulso noble, aunque extravagante, engendrado en parte por la Revolución francesa y en parte por la guerra de la Independencia, produce el pintor de historia: Casado, Rosales, Pradilla. Sucumbe á su vez este momento ante otro muy poderoso y vital, el realismo de hoy, cuyo jefe mejor dotado y triunfante es Joaquín Sorolla.

Hijo de padres humildes, nacido en Valencia en 1862, Sorolla, huérfano desde su infancia, fué adoptado por su tío D. José Piqueres, un herrero que, conociendo su vocación, le llevó á las escuelas de dibujo y á la Academia de Bellas Artes de Valencia. En la Exposición local de 1883 el joven artista presentó un estudio de cabeza y dos del desnudo, precoces esfuerzos que atrajeron la atención general.

Un año después envió á la Exposición Nacional de Madrid su primera pintura importante, «El dos de Mayo». Obedeciendo á las exigencias del momento histórico del arte español, esta pintura persigue simplemente la reproducción de un incidente disipado, y no es en este respecto ni mejor ni peor que muchas de las pinturas históricas de una descripción bélica. Ninguna pintura de este tipo convence á nadie, porque, como Dickens ha sostenido en un pasaje elocuente, los efectos de la lucha son, como sus causas, transitorios.

Así es que este temprano esfuerzo no es real en un sentido elevado. Contiene además sinnúmero de esas faltas técnicas que el tiempo y la práctica bien dirigida rara vez dejan de corregir. Las posturas, dignas de los sentimientos ficticios á que quieren hacer creer que dan cuerpo, son violentas y forzadas, mientras que el estrecho parecido de las caras de los

principales personajes hace ver con una sola mirada que todos fueron tomados de un mismo modelo. El colorido es menos imperfecto.

Fué, sin embargo, patente que Sorolla poseía una capacidad nada común, y la Diputación Provincial de Valencia no perdió momento para pensionarlo en Roma. Allí estudió poco tiempo, marchándose á París; y volviendo á los pocos meses á Italia, fijó su residencia en Asís. La obra de su estancia en el extranjero («El Boulevard» y «El entierro», pintados en París y Roma), es generalmente tímida y banal, y hasta 1892, cuando ya hacía tiempo que había vuelto á España, no empezamos á encontrar la verdadadera personalidad artística de Sorolla, desembarazándose del conjunto agonizante de los prejuicios romanos. En ese año mandó á Chicago *Otra Margarita*, animándole el aplauso, que mereció de todos, á entregarse en el porvenir á sus más íntimas convicciones.

Desde entonces su obra se basa siempre en la vida que ve y siente á su alrededor, y, preferentemente, en la vida de las clases trabajadoras, por ser más nueva, más espontánea y estar más en armonia con las exigencias de esta época afanosa que vive sólo por el esfuerzo. Y así Sorolla tiene pocos rivales en su modo de reproducir la luz del sol y la exuberancia del colorido caliente, no habiendo descubierto en parte alguna una fuente de inspiración más prolífica y conforme á su genio que en las fecundas orillas del mar del Sur, que tan bien conoce y tanto ama, entre los pescadores, sus mujeres y sus chicos, sus bueyes y sus barcas, y, aunque sobresale en el retrato y en el paisaje, el origen de su obra más grandiosa está siempre en las playas de Valencia, rojizas y *apasionadas* hasta lo infinito.

Debemos, sin embargo, reconocer la influencia ejercida sobre Sorolla por otros pintores aunque teniendo siempre presente, que en personalidad tan saliente como la suya debe darse de lado á la más leve idea de imitación; porque ésta, aplicada á la pintura, no tiene más que un sentido, y ese es un sentido bajo. El imitador del arte de otro se repudia á sí mismo, es un *hombre* sin el *momento* correspondiente y, por tanto, de ningún valor. Ni su país ni su época le necesitan; ni le han escogido ni le han llamado siquiera. Pero el *imitador*, que copia por entusiasmo y cuyo privilegio y destino está en exportar un mensaje precioso lleno de significado inmediato y valioso, reclama otro dictado más noble, y ninguno me parece más exacto y oportuno que el de simpatizador.

En este sentido, Sorolla ha *copiado* mucho Un jefe tan preeminente del *momento* realista como Bastien Lepage, tenía por fuerza que impresionarle profundamente, así como otros pintores cuyo espíritu se observa en la mayor parte de sus obras, como Velázquez, Goya y Jiménez Aranda.

Aparte de esto, vuélvese siempre á la naturaleza como modelo. Hasta para el imperfecto y en algún sentido convencional *Dos de Mayo*, improvisó su estudio en la plaza de toros de su ciudad natal. *Otra Margarita* fué pintada en el Grao, y el estudio fué precisamente el coche de tercera que representa. El dice «que un estudio propio es, salvo en cierta clase de retratos, un artificio, una mentira: odio tener que trabajar en él». Durante el invierno, que pasa en Madrid,

ansía estar de vuelta en Javea ó Valencia. Me ha contado, con satisfacción casi infantil, cuán natural fué la génesis de *Triste herencia* que le valió el *Grand prix* y la Legión de honor.

«Un día, decía, estaba yo trabajando de lleno en uno de mis estudios de la pesca valenciana, cuando descubrí lejos unos cuantos muchachos desnudos dentro, y á la orilla del mar y vigilándolos la vigorosa figura de un fraile. Parece ser que eran los acogidos del hospital de San Juan de Dios, el más triste desecho de la sociedad: ciegos, locos, tullidos y leprosos. No puedo explicarle á usted cuánto me impresionaron, tanto que no perdí tiempo para obtener un permiso para trabajar sobre el terreno, y allí mismo, al lado de la orilla del agua, hice mi pintura.»

Considérese por un momento la melancolía intensa pero espontánea y no estudiada de esta terrible obra maestra. El mar de acerado azul, cruelmente duro en color y consistencia, aparece ostentando, en esta abandonada parte de la costa de Malvarrosa, un aspecto solitario y maldito. Tal es la firmeza con que están pintados estos seres deformes que están reflejando el desprecio de la sociedad de que son víctimas. Véase el hábito sombrío y majestuosamente triste del fraile, y ese imperioso gesto de protección, solamente comparable con el brazo del *Sembrador* de Millet en gracia y grandor divino. Y más que otra cosa considérense esas pequeñas figuras lastimosas tan delicadas, tan dolientes y tan débiles. Ved un pequeñuelo ciego amparado por el *Padre*; dos lisiados llevan á otro á esa especie de torre de refugio, y un niño decrépito contempla la arena despiadada. Dejémoslos. *El resto es silencio.*

En cuanto á su técnica, el vigor de la mano de obra de Sorolla puede llevar á los no iniciados á pensar que pinta con brocha atrevida y arrebatada. Sus toques, sin embargo, aunque de firmeza inconcebible, son más bien hermosos y frecuentes. Su paleta es sencilla, consistiendo sólo en media docena de colores. Su sentido de la luz y de la sombra es maravillosamente vivo, y, sin embargo, lo que es curioso, usa raramente el negro ó el blanco en alto grado de pureza. La luminosidad latente de las sombras pide, según Sorolla, el uso del color que es caliente y obscuro; la opacidad latente de la luz el del color que es tan caliente como luminoso. Esta doctrina es, sin duda, un manantial de fuerza. Un día le dije que en el cuadro *Cosiendo la vela* no podía descubrir traza de un blanco puro, y que la vela, que parece deslumbrar el ojo del observador, es completamente un fuerte amarillo. Me contestó con una pregunta rápida: «¿Pero usted ha visto nunca en la naturaleza un blanco puro?» Me atreví á indicar el de una pared recién blanqueada. «Ni con mucho, dijo; esa pared contiene mil colores.»

Naturalmente su obra sobrepuja á sus argumentos en la fuerza de convicción. Es, no obstante, un crítico de sensibilidad, y defiende sus principios con mucho talento y firmeza. Otra de sus creencias incontrastables es la del poder de los objetos inanimados. En esto es el realista entre los realistas. Nunca he conocido pasión tan aguda por lo que podemos llamar vitalidad de las cosas. No hace mucho, el crítico español Francisco Giner, mirando uno de los paisajes de Sorolla, estuvo pronto en notar

que las cosas y la gente presentan un valor igual. Esta máxima la había anticipado prácticamente Sorolla mismo muchos años antes.

Sorolla se niega á pintar esas que los franceses llaman *escenas españolas* para dar gusto á la crítica y al mercado de aquéllos: «¿qué quieren, dice amargamente, voy á pintar un señor español con sombrero ancho y polainas, ó una duquesa colgada del cuello de un torero? Yo aseguro que no hago más que pintar mi país como es y á mis paisanos como son».

El tiempo le tratará con más justicia, puede esperar; Sorolla tiene poco más de cuarenta años y parece saludable y fuerte. Además de sus grandes facultades artistícas, tiene un ideal elevado, incansable actividad y energía inflexible. Ve bien las necesidades de España. «Colgad el fusil y coged la hoz ó la azada»: esa es la máxima que aconseja á sus hijos y que repercute en la obra de Sorolla. Ved cómo avalora la luz y el color; no como masas muertas, sino como simbolizadoras de la vida, de la vida suprema, actual, inevitable; la vida que palpita bajo esa tierra, infinitamente coloreada, surcada por innumerables trabajadores; la vida que penetra lo mismo las aguas de zafiro del Sur, que el oleaje esmeralda ó gris verde de la triste costa del Cantábrico; los valles de Asturias ó las huertas valencianas, un bermellón natural viviente que palpita con terrible intensidad frente al brillante follaje: la vida que penetra todas las cosas y á todo el mundo.

Los sombreros amarillos de los pescadores, las velas, los pañuelos y faldas flotantes de las mujeres, los bueyes que arrastran los botes con sencilla majestad, la piel lustrosa de los niños que juguetean en la espuma de los olas.

Tal es la revelación que este pintor español oye y que, con toda veracidad, transmite en su obra.

THE NORTH AMERICAN REVIEW.—Abril.

La Guerra en el Extremo Oriente, por Sir Charles W. Dilke, miembro del Parlamento Británico.—Un escritor inglés afirmaba hace pocos días que la guerra actual no terminará sin un intento de intervención alemana, calculada para conducir á la formación de una alianza entre Alemania, Rusia y Francia, en perjuicio del Imperio Británico, y aseguraba que es un error de parte de éste pensar que, después de los éxitos japoneses, podamos contar con el sentimiento amistoso de los Estados Unidos para una política capaz de ser presentada como favorable al Japón.

Se ha afirmado, fundándose sobre alta autoridad francesa, que la alianza de Alemania, Rusia y Francia, que tuvo éxito para arrojar al Japón de Mandchuria después de la guerra China, ha sido sugerida en otras dos ocasiones por Alemania á Francia, con la idea de una política anti-Británica, para seguirla aun á riesgo de la guerra. Se asegura, con autoridad competente en París, que cuando el incidente de Fashoda, y otra vez cuando los asuntos del Transvaal, Alemania propuso y Francia se excusó de formar parte de esta alianza. Es una alianza en la que impidieron á Francia entrar sus actuales sentimientos pacíficos, y la creencia de que el peso de la guerra caería prin-

cipalmente sobre ella; pero que sería más tentadora si fuera acompañada del ofrecimiento de la devolución de las provincias perdidas, arguyéndose que ningún gobierno francés podría abstenerse de dar los pasos que puedan ser necesarios para recuperar Alsacia. De otra parte, el actual Emperador de Alemania está profunda y personalmente comprometido á la absoluta conservación de Alsacia en el Imperio alemán.

Existe, naturalmente, bastante riesgo para Inglaterra de una alianza contra ella por parte de las tres potencias que poseen la costa del Norte de Europa, á excepción de los Países Bajos, para hacerlo objeto de su preocupación, aunque no se hable de ello. La idea de que la escuadra inglesa debía valer por la de dos potencias, no ha respondido nunca á una necesidad real.

Nunca ha habido la más ligera probabilidad de una alianza de Francia y Rusia en las que tuviéramos que pensar tan sólo, pudiendo prescindir de la flota alemana, que tan rápidamente aumentaba.

Desde los últimos años las relaciones de Francia é Inglaterra han mejorado mucho; ha desaparecido toda señal de sentimiento anti-anglófilo en el pueblo francés. y ha crecido, al mismo tiempo, en Francia un sentimiento pacificador. Así es que, prescindiendo de ejemplos mezquinos, se inclina uno á creer que el peligro de una coalición contra Inglaterra ha aminorado mucho.

Sin embargo, puede darse el caso de que Alemania intentara llevar á término la coalición, en momento oportuno para ella, de un modo automático y sin ningún acto de voluntad actual de Francia. Si Alemania fuera á declarar la guerra al Japón, lá Gran Bretaña, obligada por los compromisos adquiridos en tratados, tendría que declarársela á Rusia y Alemania, y Francia entonces á Inglaterra y Japón. El resultado seria, sin duda, el transporte de los esfuerzos del Japón de Mandchuria á Tonquín, y la guerra tendría lugar fuera de Europa entre la escuadra inglesa, de un lado, y Alemania y Francia, de otro. Lo que se ha visto ya acerca del estado de la escuadra rusa parece ahuyentar todo peligro de ese lado por algún tiempo; pero, cuando se entra en alianzas condicionales, debe recordarse la forma que estas alianzas pueden tomar en un momento inesperado. Es como cuando se sale fiador de un amigo: siempre hay que pagar el dinero en un día menos conveniente para uno que el día que se comprometió.

Los pasos dados por el ministro japonés en San Petersburgo constituyen una declaración de guerra todo lo noble y completa que ahora se usa. El tratadista alemán Von der Goltz va mucho más allá que los japoneses han ido en la práctica, porque afirma que en el momento en que un gobierno ha decidido que la guerra es necesaria para su política, debe, desde luego, acometer sin esperar á otras consideraciones.

Todos los escritores de guerras navales, y son muchos, que han discutido guerras imaginarias entre Inglaterra y Francia, han supuesto un ataque muy parecido al que los japoneses hicieron sobre Port Arthur, y en un plazo también análogo.

Entra el articulista á considerar el valor de las fuerzas beligerantes, suponiendo que no está equivocado al pensar que la flota rusa está ence-

rrada, destruída en parte y completamente paralizada.

Los observadores extranjeros que vieron á los japoneses durante las operaciones de la liberación de Pekín, han dicho todos lo mismo. Algunos, quizás solamente los ingleses, eran francamente partidarios del Japón; pero aun los más antijaponeses, como los oficiales alemanes, han juzgado, en honor de su imparcialidad científica, exactamente los mismos hechos y de la misma manera. En el ataque de Tientsin, los japoneses jugaron la parte más difícil, y bajo un fuego mortal avanzaron sin la menor vacilación. Todos los demás dudaron, y los ingleses y los americanos, después de dudar también retrocedieron. Nadie parece que lo hizo bien en aquella ocasión. Otra vez en Tientsin, cuando los rusos defendían la estación del ferrocarril, separados por el río de las provisiones y refuerzos que pedían, destacamentos de tropas de varias potencias trataron de cruzar el puente para socorrerlos. La artillería china lo dominaba con su fuego, y cuando los demás habían fracasado por completo, un destacamento japonés llegó con dos vagones de mulas llenos de municiones. Las mulas fueron muertas ó heridas en cuanto entraron en el puente, y los soldados japoneses tiraron por sí mismos de los carros pasándolos al otro lado. Los que conocen los batallones de Goorkha, de la India, que son las mejores tropas mercenarias del mundo, colocan á los japoneses á su altura por el hecho de que nunca han huído. Los americanos son notables por su valor; pero, aunque en raras ocasiones, se sabe que han corrido. Los ingleses lo han hecho muchas veces. Los japoneses, tan valerosos como los goorkhas, tienen sobre estos la ventaja de que están mandados por oficiales de su propia raza y de su país, y de que soldados y oficiales están animados, no por el mero amor á la lucha, sino por un patriotismo común. Rusos y japoneses ahora en guerra, son, sin duda alguna, las dos naciones más verdaderamente patrióticas del viejo mundo.

¿Qué es probable que hagan los japoneses con tales elementos? Hace muchos años, Sir Charles Dilke sostuvo que el único lugar en que Rusia era vulnerable para las armas inglesas era la costa del pacífico: Vladivostock Sólo allí podía ser herida como en los tiempos en que no tenía ferrocarriles por el Sur. Inglaterra los había herido en Crimea. Contra esa opinión se argumentaba que, aun pudiendo los ingleses tener éxito en el Pacífico, el golpe no sería suficiente para que Rusia se diese por vencida en otras partes, sabiendo que lograría al fin una paz por la que podría esperar reconquistar las provincias y la influencia que hubiese perdido temporalmente.

Su ferrocarril á Port Arthur no la ha hecho menos, sino más vulnerable para las potencias que dominan el mar, y la alarma que llevó á un Gabinete sobrecogido á tomar la posición inútil de Wei-haiwei, ha dado lugar al profundo convencimiento de que el ferrocarril ruso á Port-Arthur está muy expuesto á ser atacado por la mayor extensión de su parte Sur. Los japoneses esperarán, naturalmente, ser capaces de cortar el ferrocarril cerca de Port-Arthur, é interponerse ocupando una posición á la vez fuerte y fácilmente asequible desde el mar.

Un segundo Torres Vedras se encontrará naturalmente en la parte Norte de Corea, donde el ejército defensor estará también sobre el flanco de cualquier ejército de ataque que pueda tratar de libertar á Port-Arthur. Por otra parte, la captura de Port-Arthur sería un golpe terrible para el prestigio de Rusia en todo el Oriente.

ALEMANAS, POR J. ONTAÑÓN

JAHRBÜCHER FÜR NATIONALÖKONOMIE UND STATISTIK.—Abril.

Una historia nueva del mundo antiguo, por Th. Sommerlad.—Sin perseguir y esclarecer la trama que forman en la historia universal los diversos pueblos, por lejanos que en tiempo y lugar nos aparezcan, difícil será abarcar en su conjunto el cuadro de la vida humana; tanto más cuanto que, hasta hoy, casi no han hecho los historiógrafos otra cosa que tomar aspectos parciales de cada raza ó nación, el político y el militar principalmente. Dar unidad á la historia antigua, y dejar camino abierto para comprender los períodos sucesivos, en su enlace total con los anteriores, es lo que realiza Meyer en su reciente obra, de interés inmediato, además, para nuestra economía política actual, porque hace ver que se ha seguido en el desarrollo económico de la edad antigua, si bien en distinta escala, igual serie de grados que en los tiempos medios y en los modernos, y que el estudio de aquélla es un supuesto necesario de ésta.

Otro de los vínculos preteridos casi por completo en los escritores de la antigüedad, es el de la familia, cuya distinción del concepto de raza es desconocida, considerándola erróneamente como dependiente del sexo, cuando éste ningún papel desempeñaba en el más remoto derecho de los griegos, apareciendo el *fratriado* como relación superior al más próximo parentesco. Si colocan igualmente ahora en su punto verdadero de vista, respecto del pueblo fenicio, sus viajes de descubrimientos y su colonización, aquéllos pueden compararse con los que realizaron los navegantes del siglo XVI; y en cuanto á su actividad comercial, sólo ha tenido quizá parecido en las ciudades asiáticas. Se deshace la leyenda de las ciudades micenas; y su cultura se coloca, como la de las germánicas, bajo el influjo de la cultura romana; en las argivas se prueba que existió una rica industria, cuyo desarrollo les permitía considerable exportación. Tocante á la creencia generalizada de que el estado de cosas en la antigüedad era más primitivo que el de los tiempos homéricos, viene á sustituirse por el hecho de que en Egipto siguió á la centralización unitaria del primitivo imperio el feudalismo, como en nuestra Edad Media precedió el imperio de Carlomagno á la disgregación feudal, sin perjuicio de haber reinado durante aquél menos unidad económica que en la época de la caballería.

En las costas del Asia menor ha podido leerse la historia del pueblo griego como una no interrumpida navegación marítima, que tuvo su pun-

to álgido al cerrársele por Alejandro Magno las puertas del Oriente; es nueva asimismo la versión de que aquellas colonias griegas duraron largo tiempo y se establecieron lentamente, quizá desde 1300 hasta 1000 antes de J. C., contra la opinión corriente de que fueron consecuencia de los grandes movimientos de pueblos en la metrópoli europea; y como importante resultado de conjunto aparece el hecho de que el contacto de las razas griegas con la cultura oriental influye en el desarrollo de la vida política; aunque desapareciendo la hegemonía fenicia en el mar Egeo, después ya griego, y produciendo la caída del poder oriental el resultado de disminuir la relación de la cultura helénica con él y de permitir un desarrollo interno de ésta.

Las circunstancias del dominio y la posesión se describen con toda claridad; las parcelas entregadas á cada campesino espartano, cuando cesó la propiedad individual, largo tiempo dominante en toda Grecia, eran casi iguales de cabida á las que cultivaba el antiguo germano (de 30 á 40 obradas). Una vez desaparecido el régimen de territorio comunal, aumenta la desigualdad económica, social y política del pueblo y se favorece la formación de la nobleza; el proceso por el cual, llegada la Edad Media, gran parte de la población campesina queda, como en Alemania, sin derechos políticos y sin libertad; el ser propietario ó militar, se hereda, como el privilegio de la nobleza. Al exponer el desenvolvimiento histórico de ésta, se impugna con toda resolución la usual creencia, tan fatal en los fastos de la antigua vida germánica, de que es anterior la raza á la familia, prejuicio explicable por lo que acaba de decirse.

Secuela del domicilio estable fué la división de trabajo; tras la agricultura se desarrollaron los oficios, el comercio marítimo y la colonización, fuente ésta de emigraciones sucesivas. Casi lo mismo pasa en la cultura de Italia antigua; siendo, por cierto, equivocado el juicio respecto de su propiedad territorial, al afirmarse modernamente que iba la cuestión agraria envuelta en las luchas entre patricios y plebeyos; lo que se disputaban era el territorio adquirido en conquista desde el siglo IV; y en cuanto al «ager publicus» se cultivaba comunalmente, no por familias; apareciendo que la herodad de dos obradas concedida por Rómulo á cada ciudadano, según Plinio y Varrón, no se refiere al lote del campesino, sino á un verdadero jardín «potager» para pequeños agricultores y obreros. Tampoco la aldea fué sino una entidad posterior, no conocida en la antigua Roma; constituía entonces el «vicus» un grupo de casas dentro de la misma ciudad; fuera de ésta no había sino moradas aisladas.

Después que la industria y la fabricación regular reemplazaron al trabajo doméstico, tanto en Italia como en Grecia, y los esclavos al pequeño artífice, fué menester echar mano, para las necesidades del tráfico, de los metales preciosos, que ya en Oriente se empleaban desde siglos, como valores móviles de cambio; de allí datan las medidas de Solón para la extinción de las deudas, combinada con la reducción del valor monetario y la reforma de pesas y medidas que dispuso aquel legislador. Por lo que se refiere á la cultura etrusca, controvierte la opinión de Mommsen y Niebuhr, afirmando que fueron los etruscos dominadores de

Roma y que tienen más relieve histórico que los cartagineses; y así lo prueban sus progresos en metalurgia, arquitectura y fundación de ciudades.

La época de Darío merece lugar aparte, por la valoración del oro y el régimen de impuestos que inauguró; su imperio llegó á tener 50 millones de habitantes que pagaban al soberano un marco próximamente por cabeza; se caracteriza también por los descubrimientos, por el canal del Nilo hasta el mar Rojo para convertir el Océano índico en una gran vía comercial que hiciese de las Indias un extenso campo de tráfico, poniendo á toda el Africa en contacto con aquel imperio asiático. Si fracasó el canal de Suez, usado todavía en tiempos de Herodoto, fué porque los Faraones no tuvieron interés en conservarle. Rectifica también la idea de atribuir la campaña de los escitas á fines de conquista. De igual modo que Rusia en nuestros días ha sometido el país de los estepas hasta los confines del Irán, con objeto de recabar fronteras protegidas, se esforzó Darío por incorporar al imperio todo el territorio circundante al Caspio y al Negro.

Describe la guerra de los persas como uno de los factores en que aparecen obrando Estado é individuo, idea conservadora y progresiva, en lucha siempre y en todas partes, no siendo suficiente para explicarlos el antagonismo de la situación económica; aun en Atenas, á pesar de la democracia y del florecimiento de la actividad industrial mercantil, todavía constituye la propiedad territorial la base del Estado, hasta que el desarrollo del poder marítimo va lentamente operando su desviación.

Llégase con esto á la transformación económica y el nacimiento de los nuevos partidos. En Atica, la población obrera que al crearse la flota empezó á participar en las cargas públicas, adquirió por lo mismo el carácter de ciudadanía, llegando á 60.000 el número de los que le tenían á mediados del siglo v; en aquella época se ofrecen allí los síntomas del capitalismo, de igual suerte que en Alemania é Inglaterra durante los dos siglos últimos; y Meyer intenta explicar cómo fué posible la formación de un partido único progresivo, con programa democrático radical, y la reunión de elementos heterogéneos en lo económico. Termina las consideraciones políticas de aquel período con el juicio sobre la hegemonía de Pericles; observando que la importancia histórica de las personalidades se funda muchas veces en la oportunidad que les dan los sucesos para su actividad.

Curioso paralelismo político ofrece la reacción de Sócrates, que cae del lado de los sofistas á quienes había combatido, con la democracia social moderna y el anarquismo, del que es, no obstante, enemiga.

Sigue un examen crítico de la hacienda durante la época de Dionisio, de la situación interior de Roma, de la emancipación del campesino y la codificación del derecho nacional realizada por dos colegios de decenviros que aprovecharon diversos principios jurídicos de Grecia. Y volviendo á ésta para terminar aquí su obra, estudia su cultura en los tiempos de la reacción, las luchas políticas, las luchas entre Esparta y Atenas, cuya restauración parecía inspirada en el mismo espíritu moderno que la que ha seguido en Francia á la revolución y al imperialismo napoleónico, con igua-

les consecuencias extremas para el cosmopolitismo, el apartamiento del individuo del Estado, el desarrollo del lujo y hábitos refinados, cuyos efectos todavía estamos presenciando.

Meyer ha demostrado el camino que ha de seguir todo historiógrafo que pretenda dar unidad de conjunto á su trabajo; solamente así será como pueda escribirse una «historia universal de la antigüedad».

NORD UND SÜD.—Abril.

El neodarwinismo de Weismann, por E. von Hartmann.—Muerto Darwin, su discutida teoría acerca de la selección natural y sexual como causa primera del origen de las especies, ha ido perdiendo adeptos; la mayoría de los naturalistas reproducen, modificadas, las doctrinas de Lamarck, según las cuales son debidos los cambios en el organismo vivo al hecho de usarse, ó no, los respectivos órganos y al influjo exterior; al paso que controvierten este principio ó impugnan la herencia de los caracteres adquiridos en la vida individual, afirmando que la selección personal no responde más que á una previa selección de partículas del gérmen; hipótesis con que se pretende llenar las lagunas que ofrece el sistema del investigador inglés. Con ella explican así las pequeñas variantes fisiológicas del individuo, como los rápidos cambios que á veces se presentan de improviso, pero que suponen una previa labor lenta ó insensible, en el plasma germinal. Esta segunda dirección es la que ha tomado en la cieneia el nombre de neodarwinismo, cuyo principal empeño ha sido el de sostener contra Lamarck y sus sucesores que nada prueba la adaptación de los órganos por el uso; además, que no se heredan las cualidades adquiridas, como tampoco cualquier modificación pasiva operada en un organismo maduro, v. gr., una lesión; y que los agentes exteriores no influyen sobre el germen, sobre todo de los seres superiores. Alega como argumento la dificultad de comprobar exactamente el hecho de la herencia; cosa, sin embargo, que ocurre en casi todos los fenómenos de la biología, donde hay que contentarse á menudo con obtener una conexión causal mediata, en vez de prueba directa. Representa esta dirección A. Weismann con su reciente libro, *Estudios sobre la teoría de la descendencia,* en que extiende la selección de Darwin á todos los grados de unidades vivas, á los gérmenes y tejidos de la escala animal y vegetal, con la divisibilidad microscópica de sus núcleos y su aumento y multiplicación sucesivos, que aplica sin más á los individuos, dando excesivo valor á la hipótesis del diferente crecimiento de las partículas germinales, debido á la desigualdad con que se nutren.

Para estudiar el complicado problema, ha de tenerse también en cuenta que en los organismos de una sola célula hay que admitir estructura especial para cada parte típica de ella, mientras que los de muchas células necesitan además gérmenes de cada uno de los grupos de los que son des, iguales, y de la composición de todas ellas; pues cada parte de éstas puede variar, por herencia, independientemente de las otras, por orden sucesivo desde las más bajas á las superiores. Estos gérmenes no siempre están activos; unos permanecen latentes du-

rante varias generaciones; los hay que sólo se desarrollan en ciertas épocas de la vida, v. gr., durante la pubertad; otros son destinados á restablecer partes perdidas, y aun existen gérmenes especiales divergentes del tipo normal (como los que reproducen las manos ó pies de seis dedos); siendo una de las más singulares consecuencias el que cuanto más homogeneidad tenga el germen, mayor dificultad haya para explicar cómo nacen de él partes de órganos distintos. Para obviarla, los neodarwinistas han caído en el error de afirmar, resucitando la teoría de Roux, de que cada especial disposición del germen corresponde á una distinta partícula material; y que todas éstas se hallan ordenadas al modo de las piedrecitas en un mosaico; explicación tan materialista como la de los bióforos de Darwin, á que opuso Häckel su teoría dinámica, en virtud de la cual pueden producirse clases diversas de movimientos por un mismo factor material, siempre que sea tal la disposición de sus componentes, que reobre de distinta suerte según el género de excitación que reciba.

Sigue el autor exponiendo los términos de la teoría materialista y de la dinámica, quizá con mayor aparato científico del que conviene á un trabajo de vulgarización, para llegar al resultado de que tanto una como otra dejan algo sin explicar, á saber: el elemento ordenador de las partes en el organismo independiente de ellas, y cuyo modo de funcionar nos es totalmente desconocido, que preside á la diferenciación de las células, dirige su crecimiento, y desempeña en todos los grados de la vida individual, desde el submicroscópico bióforo hasta la más elevada unidad orgánica, el papel de fuerza superior de orden y enlace. A esto llama Weismann las «afinidades vitales», haciendo cuestión de meras palabras, por no admitir el principio del vitalismo; y prefiere dejar la resolución del enigma para lo futuro. Más razón tiene al rechazar el principio de la adaptación (tomado de Lamarck); pero la hipótesis artificial con que pretende sustituirle, no explica lo que debería explicar; pues la selección germinal, sin fuerzas vitales ordenadoras y directoras, es insuficiente; con ellas, resulta innecesaria.

Viene, por tanto, á resolverse la cuestión entre el neolamarkismo y el neodarwinismo en un sentido que pudiera llamarse neovitalismo, donde aparecen armonizados los mejores elementos de cada tendencia. No es preciso hacer distinción tan radical entre metafísica y naturaleza, sino reconocer más bien que en ambas se trata un mismo asunto desde puntos de vista diversos; que la finalidad y la causalidad en la naturaleza no son términos antitéticos, como tampoco se excluyen en la obra de creación el plan divino con las fuerzas naturales, libres y activas.

UNIVERSUM.—7 Abril.

Nueva política americana respecto de las inmigraciones, por Paul Dehn.—Se calcula en 20 millones de personas las emigradas á los Estados Unidos desde 1821 á 1900; la cuarta parte, de alemanes; la quinta, de irlandeses, unos dos millones de eslavos del (imperio austro-húngaro y de Rusia), y otros tantos escandinavos é italianos, casi por igual. Sólo en la década de

1881-1890 pasaron de cinco millones; y con este aumento coinciden las primeras leyes para disminuir la inmigración, que prohibían entrar á los trabajadores chinos, después á los criminales, lisiados y faltos de recursos. En 1884 se extendió el veto á todo género de operarios contratados, y desde entonces se han ido sucediendo las medidas restrictivas para impedir el excesivo aumento de trabajadores extranjeros, generalmente incultos y sin dinero, favoreciendo en cambio el de alemanes, agricultores en su mayoría, que se habían retraído mucho, singularmente durante la década siguiente á la citada.

Por la nueva ley de 3 de Marzo de 1903 se eleva al doble el impuesto personal de un dollar que pagaba cada emigrante, y se aumentan las atribuciones de las autoridades encargadas de permitir ó no el desembarco; desde luego se incluyen en la prohibición los que padecen enfermedades contagiosas y mentales, los epilépticos y los anarquistas; se obliga á las compañías de navegación á repatriar todos los emigrantes rechazados; en 1902-1903 fueron cerca de 7.000 los que se reembarcaron.

Todas estas medidas no han pasado de ser paliativos, incapaces de poner eficaz dique á la invasión inmigradora; Autoridades y Corporaciones, las Cámaras de Comercio en particular, reclaman una ley severa contra eso que llaman elemento perturbador de las clases obreras, reclutado entre lo peor del mundo, sin cultura ni moralidad, que ofrece el peligro de una regresión en la vida de las masas, principalmente en las ciudades de Levante, ya demasiado pobladas de suyo, á las cuales se dirigen con preferencia los emigrantes. En realidad, se componen éstos, durante los años últimos, de elementos muy distintos de los anteriores, desde 1890, en vez de la población irlandesa ó alemana, predomina considerablemente la italiana y eslava, que en gran parte no hace sino aumentar el proletariado industrial del Oriente, en vez de fomentar las tareas y la riqueza agrícola, como hacían aquellos otros elementos de inmigración, hoy en descenso, á la vez que se aferran tenazmente á conservar su peculiar carácter nacional y á vivir en barrios aparte, muy lejos de fundirse con el grueso de la población indígena.

Ante la convicción de que para nada serviría extremar el rigor de las disposiciones vigentes, como medio de contener el acumulo de razas extranjeras sobre el suelo americano, propone la Cámara de Comercio de New York privar á los funcionarios locales de las facultades que tienen tocante á la admisión de emigrantes, y pedir al poder legislativo federal que regule de un modo definitivo las prescripciones sobre naturalización; no en sentido de rechazar sin más á los emigrantes italianos y eslavos por pobres, ó elementos inútiles en la vida nacional, sino porque pudiera ser peligroso conceder derechos de ciudadano y elector á gente advenediza y de poca cultura; opina dicha Corporación que en adelante no debieran aquéllos otorgarse sino después de cierto tiempo de residencia, de una completa posesión del idioma inglés, y del conocimiento de las instituciones políticas del país en que están viviendo.

Se ve, pues, que la tendencia á excluir determinadas clases de emigrantes nace de miras más bien políticas y también de índole social;

de un lado, se quiere que los futuros ciudadanos americanos alcancen este puesto mediante pruebas de su capacidad; de otro se previene el conflicto que una excesiva inmigración puede traer, sobre todo en épocas de retroceso económico y de disminución de trabajo. Pero al mismo tiempo se desea no cegar los conductos á que debe aquella república la cifra de su población, siempre creciente, merced al contingente extranjero, ni ver repetido el hecho de que las defunciones superen á los nacimientos. Por esto se explica la excitación del presidente Roosevelt á los padres de familia, en el sentido de que cuiden de afirmar y nacionalizar ésta cada vez más.

Desde luego, no será bien vista de los empresarios norteamericanos la política de impedir el acceso del obrero inmigrante, sino que preferirá un aumento del ejército industrial, á modo de reserva, para hacer frente al terrorismo organizado de los trabajadores, y disminuir á la vez el coste de producción por la rebaja de jornales, único medio de ensanchar los mercados y la consiguiente salida al exceso de productos fabricados.

DIE WOCHE.—16 Abril.

Cómo se gana dinero, por A. Oskar Klaussmann.—Suele decirse que el dinero está tirado por los suelos y que lo único que hace falta es saber recogerlo. Buena prueba de ello son los siguientes ejemplos:

En Berlín existe una Sociedad para la limpieza de las ventanas, que tiene empleados varios centenares de obreros. Hasta hace uno diez años, á nadie se le había ocurrido que la limpieza de las ventanas pudiese constituir un negocio; pues lo es y muy lucrativo. Un joven provinciano, que por aquella época fué á Berlín y no podía encontrar trabajo en ninguna parte, tuvo la idea de ofrecerse en una casa comercial para limpiar diariamente los vidrios de las ventanas por una módica retribución Su oferta fué aceptada, y el provinciano extendió sus servicios á otros establecimientos y casas particulares, en tales proporciones, que tuvo que procurarse ayudantes, y hoy día está al frente de la Sociedad que hemos citado.

En las cercanías de unas minas inglesas vive un viejo matrimonio. Como en las minas está prohibido fumar, cuando los mineros salen del trabajo experimentan un gran placer en fumarse una buena pipa. Pero el tabaco que fuman los mineros ingleses es tabaco en hoja y exige, por tanto, cierto tiempo para picarlo, quitar los trocitos de tallo que suele tener y, en una palabra, prepararlo para que se pueda fumar en la pipa. Pues bien: el matrimonio que hemos mencionado, guarda las pipas de los mineros, y mientras éstos se encuentran en el trabajo, pican el tabaco y cargan las pipas; de modo que cuando aquellos salen pueden inmediatamente comenzar á fumar. Cada uno de ellos recompensa este servicio con una cantidad insignificante; pero como son cientos y cientos, resulta un trabajo sumamente productivo.

En Londres hay señoras que van una vez á la semana á castigar corporalmente á los niños que se han portado mal y á cuyos padres repugna administrar el correctivo por su propia mano.

En los Estados Unidos se ven en las zapaterías muchas obreras cuya única ocupación consiste en probarse

los zapatos á petición de las compradoras, ó en servir de modelos para la confección del calzado.

En la fábrica de tabacos de Nueva York está prohibido hablar á los obreros; hay, en cambio, un individuo, pagado por la Sociedad de trabajadores, que se sienta en un sitio desde donde pueda oírsele bien y está leyendo todo el tiempo que dura el trabajo, ganando, además de su sueldo, que no es despreciable, las propinas y regalos con que le obsequian los obreros.

Como América es el país de las fortunas rápidamente adquiridas, hay mucha gente que, de simples obreros han pasado á grandes capitalistas y no poseen las buenas maneras necesarias para el trato con las personas de su posición. Para suplir esta deficiencia hay una porción de profesores de ambos sexos, que se dedican á enseñar tan importante materia. También hay, para la gente de posición más modesta, escuelas de buenas maneras.

En los grandes almacenes de Londres hay plazas de «catadores de te» muy bien pagadas, en las que pueden hacer dinero las gentes de paladar fino. Eso sí, tienen que observar una abstención absoluta de comidas y bebidas picantes.

Hay en América la profesión que se titula de «médico de negocios». Como su nombre lo indica, el «médico de negocios» se ocupa en enderezar, mediante un estipendio que varía con las circunstancias, los asuntos que no van por buen camino. En la misma nación tiene un gran desarrollo la caza de alimañas, bien para la extinción de éstas, bien para utilizar su piel. A este propósito recuerda el autor que en el Estado de Minnesota había tal cantidad de lobos hace algunos años, que el Gobierno decidió extinguirlos á toda costa, pagando cinco dollars por cada lobo que se matase. Como en vez de disminuir el número de los lobos crecía, se hizo una investigación y se encontró que... ¡en el Norte del Estado había grandes establecimientos donde se ocupaban exclusivamente en la cría de lobos!

La cría de animales es también un buen medio de hacer dinero. En París una señora criaba ratones, que luego vendía á los institutos científicos para los experimentos; no es cosa nueva la cría de arañas para las bodegas, con objeto de fingir antigüedad en los vinos; en la Colombia inglesa se crían á millares los gatos para utilizar sus pieles; en el Brasil se hace lo mismo con algunas serpientes que sirven para la destrucción de los ratones; en Inglaterra un individuo cría cerdos *únicamente* para la explotación de las cerdas; tiene á los animales muy limpios y bien cuidados y los afeita frecuentemente hasta que las cerdas adquieren consistencia, y entonces los esquila nada más anualmente.

Por último, también ganan bonitas sumas los nadadores que se dedican á intentar el paso del Estrecho, pues si bien no hay ningún premio establecido para esta *performance*, y en cambio tiene muchos gastos en preparativos, pago de vapores, que acompañan al nadador, etc., etc.; éste tiene una porción de ingresos porque, por ejemplo, si se alimenta durante el ejercicio con carne condensada de tal ó cual fábrica, esta fábrica le paga un tanto por la propaganda que hace de sus productos; el hotel donde se hospeda, no sólo le aloja gratis, sino

que además le da dinero, por la misma razón; puede también alquilar asientos en los barcos que le acompañan, y así, no sólo se resarce de los gastos que ha tenido que hacer, sino que además gana dinero.

ITALIANAS, POR LUIS DE TERÁN

RIVISTA INTERNAZIONALE.—Abril.

Feminismo.—La crónica del mes pasado señala muchas victorias del llamado feminismo, y no siempre del rectamente entendido. Hemos de señalar tres hechos, el primero en la isla de Tasmania, el segundo en Noruega y el tercero en Italia. Las cámaras de la citada isla han concedido á la mujer el derecho del voto, aunque no el de ser elegible. La Tasmania es ya el cuarto estado australiano que ha concedido á la mujer el electorado, y debe de haber llegado á tal reforma por la prueba no mala realizada en los otros estados.

La Australia del Sur fué el primero en poner en práctica la innovación desde 1895; siguiendo la Australia del Oeste en 1900, y después Nueva Gales del Sur en 1902. Ultimamente ha venido la Trasmania, en donde los intereses de las mujeres han sido defendidos con gran elocuencia por el primer ministro, J. Propsting, el cual ha hecho que las dos ramas del parlamento voten la reforma.

Algo más radical se prepara en Noruega. En estos días el gobierno de Cristianía ha preparado un proyecto de ley que presentará en breve al Sthorting, por el cual se autoriza á las mujeres á concurrir indistintamente á todos los cargos públicos, con tal que tengan los mismos requisitos legales que se requieren en los hombres y sufran los mismos exámenes. Se exceptúan solamente los empleos concernientes al culto, á la policía, á los consulados y al ejército. Todo esto, sin embargo, les parece todavía poco á los paladines del feminismo.

La escritora Herminia Berger, declara en un periódico de Cristianía que se maravilla de la exclusión de las mujeres de los servicios de policía, porque precisamente en ellos dan grandes pruebas de sagacidad. Y en apoyo de su afirmación cita dos casos en los cuales una mujer descubrió el rastro de un delito de sangre, cuyos autores no habían podido descubrir la policía. Podrán ser ciertos los casos, porque no es extraño que la Providencia se valga de medios inesperados para que los culpables sean también castigados en la tierra; pero no se comprende que la escritora noruega no se percate de lo que padecería el pudor de la mujer al ponerse en inmediato contacto con los lodazales de la criminalidad social.

También en Italia se ha pretendido estos días introducir una reforma en pro del feminismo. La cámara de diputados, aunque por escasa mayoría ha aprobado un proyecto de ley de iniciativa parlamentaria, encaminado á permitir que las mujeres ejerzan la abogacía. Alguien ha intentado extender á las mismas la facultad de ser procuradoras *ad lites*, pero el gobierno se ha mostrado hostil á la idea. De suerte que los caballerescos

reformadores se han tenido que contentar con una media victoria, que tampoco puede considerarse como definitiva, porque la escasa mayoría de votos de la cámara popular no es de buen auspicio por lo que respecta al voto de la cámara alta, en la que predominan tendencias más conservadoras.

Si se promulga la ley, no podrán, por ahora, disfrutar de ella sino seis mujeres, que no más son las que hasta aquí han obtenido la licenciatura en derecho en nuestro país.

LA CIVILTA CATTÓLICA.—Abril.

Los derechos de los animales.—¿Puede afirmarse que el hombre tenga alguna obligación moral de proteger á los animales? Y en caso afirmativo, ¿debe también entenderse que los brutos tengan algún derecho á semejante protección? Nosotros opinamos que el hombre, como animal racional, debe mostrarse tal aun en su trato con los brutos, no pudiendo cometer lícitamente ningún acto voluntario contra los preceptos de la razón. Pero de esto á la protección de los animales, que algunos consideran como un deber de conciencia, hay una gran distancia; puesto que el animal es incapaz de ningún derecho y las criaturas irracionales están al exclusivo servicio del hombre. Sin embargo, tal servicio debe consistir en usar de ellos, pero no en el abuso, y abuso hay cuando se les destruye ó se les martiriza por puro capricho. Creemos que es un deber del hombre tratar humanamente á las bestias y no ser cruel con ellas, no por respeto á un derecho de que carecen, pero sí por respeto al derecho que todo hombre tiene de no asistir á escenas salvajes de barbarie, que ofenden sus sentimientos, y para que el pueblo no se habitue, maltratando á los animales, á maltratar á sus semejantes. En este sentido pueden ser alabadas las sociedades protectoras de animales.

GIORNALE DEGLI ECONOMISTI.—Madrid.

De algunas erróneas interpretaciones del orden económico, por E. Cossa.—El orden económico está dotado de extraordinarias complicaciones, de una grandísima variabilidad y movilidad; no hay en él un hecho, por pequeño que sea, que no esté determinado por un enorme conjunto de causas, y no tenga además de aquellos que se manifiestan inmediatamente, una pluralidad de efectos más ó menos visibles ó remotos, y sea por lo tanto susceptible de las más diversas y á veces también erróneas interpretaciones. Una de ellas es la que pretende reconocer una inferioridad de las leyes económicas en relación con las del orden físico, ó sea que los fenómenos económicos están sujetos, sí, á leyes verdaderas y propias, pero que estas no alcanzan jamás el rigor de las leyes de la naturaleza; semejante interpretación es errónea, porque se funda sobre un falso juicio, tanto de los hechos físicos como económicos, y sobre una falsa apreciación que se hace de éstos y de las leyes que de ellos se derivan. Otra errónea interpretación es la que concierne al concepto de la libre concurrencia; esto es, que la causa de las cuales que afligen á las clases obreras provienen del sistema de la libre concurrencia por sí mismo,

por cuanto los economistas que de este modo razonan, tienen un concepto exacto de la concurrencia, que es un orden de cosas que está muy lejos de existir aun plenamente entre nosotros, y es muy distinto de la ciega rivalidad y del desorden en que se agitan actualmente las relaciones económicas. Otras interpretaciones de los hechos del orden económico, cuyos errores son ostensibles, se refieren á un pretendido exterminio de la pequeña industria por parte de la grande, como consiguiente al progresivo crecimiento de capitales, y una pretendida oposición al sistema de la libre concurrencia procedente del desarrollo cada vez mayor de las asociaciones libres en las industrias y en el comercio; el peligro imaginario que algunos ven en el aumento de esas libres asociaciones entre las clases capitalistas y obreras, en las que descubren unos una fuerza perturbadora del ordenamiento económico sobre la base de la libre concurrencia, y otros un nuevo sistema de lucha industrial; y por último, la interpretación de los principios acerca de la intervención del estado en los intereses industriales de los particulares, intervención que no se querría en modo alguno ó se querría reducida á los menores términos, interpretación errónea esta también, porque considera la intervención del Estado solamente en sus consecuencias funestas, y no en su verdadero y propio significado económico, y poniéndose solamente del lado de los resultados hipotéticos del sistema ideal de la libre concurrencia, muy diverso del real, no tienen en cuenta los hechos concretos, las aplicaciones reales, por los cuales la intervención del Estado se hace legítima y necesaria.

La Rassegna Nazionale.—Abril.

Escolástica, humanismo y reforma, por Franco Maggioni.—Creen algunos que la escolástica y el cristianismo forman un todo, ó que por lo menos son como dos hermanas inseparables, que siempre van cogidas de la mano. No es cierto; antes bien, varias veces la escolástica trató de destruir el cristianismo, y la reforma y el humanismo fueron sus dos mayores tentativas con tal objeto. La cuestión de los universales ocupó toda la filosofía de la Edad Media, y dió harto que hacer á muchos concilios de aquel tiempo. Entonces siguieron algunos el averroismo, que en seguida se convirtió en humanismo, y otros el misticismo panteísta, que después fué reforma. Uno y otra, aunque diversos en apariencia, llevaban al mismo abismo, al abismo de la irreligión y de la corrupción. Eran dos corrientes opuestas, que, salidas de la misma fuente, llegaban á encontrarse para arrastrar á la sociedad. El uno para engrandecer al hombre, destruía á Dios; la otra para exaltar á Dios, aniquilaba al hombre. Ahora bien, estos dos términos, Dios y yo, no deben confundirse nunca, si no se quiere que se desquicie el mundo. En la Edad Media se produjo tal confusión; el desquiciamiento fué espantoso, y la sociedad marchó á su ruina.

PORTUGUESAS, POR LUIS DE TERÁN

O INSTITUTO.—Abril.

Lenguas clásicas y modernas, por S. Silva.—Cuestión es esta que viene agitando en estos últimos tiempos á los pedagogos de todos los países.

Pretenden unos que la enseñanza en los Institutos y en las Universidades de las llamadas *lenguas muertas* es absolutamente inútil y hasta perjudicial, si se las dedica todo el tiempo que requieren, robándoselo á otras enseñanzas de carácter práctico y que están más en armonía con el espíritu de los tiempos modernos. Opinan los tales que es preferible que los alumnos de la segunda enseñanza adquieran determinados conocimientos de sociología, por ejemplo, y aprendan dos ó tres idiomas modernos de los más generalizados, á recitar en griego unos cuantos trozos de la *Iliada* ó á componer en latín temas de ninguna eficacia para la vida actual.

Dicen otros, por el contrario, que el que desconozca los idiomas en que escribieran Sófocles y Virgilio, y sea ajeno á lo que se entiende por *humanidades*, no puede ser considerado como hombre culto. Añaden algunos de los que así piensan que, no solamente no se puede prescindir del estudio del latín y el griego, si se quiere tener un espíritu cultivado, sino que convendría que se atendiera, más de lo que se hace, al conocimiento del sanscrito y del árabe, principalmente del primero.

Difícil es poner de acuerdo las dos tendencias extremas, no atendiendo más que á las inclinaciones respectivas de quienes las sustentan, y sin más fundamentos que los razonamientos, no todos desapasionados, ni puramente científicos que aducen.

Sin embargo, no creo que fuera tan imposible llegar á una avenencia, si las dos partes prescindieran, para formar un plan de enseñanza, de sus aficiones ó dotes particulares, y pensaran que en la ciencia ocurre lo mismo que en el arte, á saber: que puede haber un temperamento músico de primer orden, refractario en absoluto á la pintura, y que puede darse el caso de que un excelente escultor apenas sepa apreciar las bellezas de una composición poética. Y, sin embargo, todas las artes son igualmente bellas; lo que hay que cuidar es de que cada artista siga su verdadera vocación.

Del mismo modo, al que siente el amor de la literatura, de las bellas letras, no se le puede privar de que estudie á los clásicos, de que recurra á las verdaderas fuentes de la belleza literaria; y para esto, justo es que conozca los idiomas clásicos. En cambio, el que se dedica á estudios de otro género, para los que necesite el conocimiento de aquellos idiomas, hará bien en no perder en estudiarlos un tiempo que le será preciso para dominar, en lo que le sea posible, la ciencia que cultive.

La división del bachillerato, que hay en algunas naciones, en letras y ciencias, obedece á la necesidad que dejamos apuntada; pero esa división ofrece también más de un inconveniente, por la poca edad que suele

tener el alumno al hacer su elección. Tal vez sería más conveniente la institución de algo así como *noviciados de vocaciones*, en los que pedagogos competentes estudiaran el carácter y las inclinaciones de los alumnos.

Lo que no se puede hacer de ninguna manera por quien tenga un recto juicio pedagógico y hasta altruísta, si así puedo expresarme, es suprimir la enseñanza del latín, porque el alemán es hoy una gran lengua comercial, ó proscribir el inglés de los institutos para estudiar el griego. Sobre que las diferentes ramas del saber no se repelen, hay siempre que tener en cuenta que tan útil es para la compleja vida de la civilización el literato como el físico, y que tanta gloria da á su país Lombroso, por ejemplo, con sus estudios sobre antropología criminal, como la diera al suyo Champollion al descifrar los jeroglíficos egipcios.

ESCANDINAVAS, POR JULIÁN JUDERÍAS

VARIA (Stockholmo).

Federico Krupp & C.ª— Las fábricas y los talleres que el rey de los cañones posee en Essen y en otras varias ciudades alemanas, pueden considerarse como muestras evidentes del apogeo de la industria moderna.

Los establecimientos industriales de Krupp, fundados en los primeros años del pasado siglo, no cesaron un momento de progresar y de acrecentar su importancia, convirtiéndose de negocio privado é insignificante que eran en la fábrica mayor del mundo, en la que mayor interés ofrece, lo mismo desde el punto de vista de su organización, de su producción y de su perfeccionamiento, que desde el punto de vista militar y hasta político.

Krupp y Essen son dos nombres que siempre deben ir juntos, y que al punto nos traen á la imaginación el enorme resultado de la voluntad de un hombre. A la fábrica de Krupp acuden todas los gobiernos con pedidos formidables, que dejan muy atrás los que reciben Armstrong y Schneider, de Creuzot, y esta fábrica colosal es una demostración del increíble desarrollo que ha adquirido la industria alemana durante la segunda mitad del siglo XIX, de ese desarrollo con el que no puede competir Inglaterra, no obstante sus minas de carbón y que solamente los Estados pueden contrarrestar hasta cierto punto.

La casa Krupp, que mediante la incorporación de otros establecimientos industriales consta hoy día de gran número de fábricas en diferentes poblaciones, tiene negocios de tal magnitud que sus ingresos anuales son mucho mayores que los del Estado sueco. La casa constituye hoy un motivo de orgullo para los alemanes, y la familia Imperial dispensa á sus propietarios una amistad sincera.

La fabricación del acero y la producción y preparación de éste en cantidades enormes, es la que ha dado origen á la grandeza de los establecimientos de Krupp. Antes la fabricación del acero resultaba deficiente, á pesar de todas las experiencias hechas para mejorarla.

El que descubrió el mejor procedimiento para fundirlo dándole homogeneidad y consistencia, fué un obrero alemán, Pedro Federico Krupp, nacido en 1787 y establecido en Essen, donde ejercía la profesión de herrero. No se sabe á ciencia cierta cuál fué la experiencia hecha por el primer Krupp, porque trabajaba á la usanza de los antiguos alquimistas; pero el resultado fué que creó una fundición de acero y que inició una industria notable y reproductiva. A pesar de la importancia del descubrimiento, pasó, sin embargo, casi desapercibido, y Krupp compartió el destino de muchos otros ingenios, muriendo pobre en 1826. Su hijo mayor, Alfredo Krupp, heredó la fundición y siguió trabajando como su padre con no más nueve obreros á sus órdenes, hasta que ideó introducir el acero en la fabricación de armas.

En 1843 fabricó un fusil de acero; algo después un cañón de la misma materia, y la experiencia demostró que prestaban excelentes servicios, mucho mejores de lo que se creía. Krupp se apresuró á dar á conocer su invento, y en 1851 presentó en la primera exposición universal celebrada en Londres unos cuantos cañones de acero que despertaron gran interés, obteniendo un premio extraordinario. Transcurrieron algunos años. En la Exposición de París de 1855 sus cañones despertaron mayor interés todavía que en Londres; recibió encargos de Túnez y Egipto, países á quienes corresponde el honor de haber sido los primeros clientes del célebre fabricante alemán. De allí á poco el Gobierno prusiano le encargó unos cuantos cientos de cañones, que se emplearon por vez primera en la guerra con Dinamarca, y no es posible dudar de la participación que tuvo Krupp en la victoria lograda por su patria.

El excelente resultado que se obtuvo con aquellas piezas de artillería, hizo que Bismarck y sus compañeros de Gobierno ampliasen sus pedidos, resultando todavía más perfecta la construcción de los nuevos cañones por haber descubierto Krupp un mecanismo especial que les daba mayor seguridad. Merced á estos progresos técnicos é industriales, pudo Alemania reorganizar su artillería y prepararse á la guerra de 1870. Desde entonces no volvió á emplearse el bronce en la fabricación de cañones, y se operó una revolución radical en el arte de la guerra debida en gran parte al ingenio de Krupp.

De todos los establecimientos industriales que poseía éste, el que mayor interés ofrece es el de Essen.

El viajero que atraviesa la Westfalia en ferrocarril, no puede menos que asombrarse ante el espectáculo que ofrece aquella región fabril. En el horizonte se apiñan inmensas nubes de humo que se ciernen sobre las innumerables chimeneas de las fábricas que se alzan muy cerca unas de otras. Aquella región industrial se enorgullece contando con ciudades como Krefeld y Colingen, Bockum y Duisburg, Mühlheim y Elberfeld. Allí no hay sitio para el agricultor; todo lo ha ocupado el industrial. Unas veces se contemplan á lo largo de la vía férrea las casas de obreros, todas iguales, y otras las fábricas con sus techos de tejas coloradas, y hacinadas alrededor de ellas cajas, barras de hierro, vagonetas, etc., sobre un suelo cubierto de hollín y de trozos de carbón. De noche el viajero contempla los encendidos hornos donde se

funde el hierro y el resplandor de los regueros que forma el fundido metal. El espectáculo que se admira al cruzar esta región, es tanto más notable cuanto más próximo se está del valle del Rhin, cerca del cual se alza la ciudad, que no otro nombre puede dársele á la fábrica Krupp. Cercada por un muro que la aisla del resto del mundo, la ciudad del Rey de los cañones ocupa una extensión equivalente á la de medio Stockolmo. En la puerta hay constantemente centinelas y nadie penetra en el interior sin un permiso especial. Se teme que los espías extranjeros roben los secretos militares que se ocultan detrás de aquella especie de muralla de China. El extranjero que penetra en casa de Krupp se admira, primero de su magnitud, y después del orden, de la exactitud y del primor con que todo se ejecuta y se prevee. Por doquiera reina una disciplina genuinamente militar, porque sin ella y sin el complicado organismo administrativo allí existente, no podría en modo alguno dirigirse la enorme fábrica, sobre todo, en este tiempo de cuestiones obreras.

Hay en Essen hasta 25.000 operarios que trabajan en la fundición de acero que tanto renombre ha dado á Krupp. Los fundadores de esta razón social fueron los primeros que emplearon el acero fundido, procedimiento que permite preparar bloques de calidad excelente y de hasta kilogramos 85.000 de peso. A propósito de esto será interesante saber cómo adquirió Krupp su renombre en esta clase de trabajos.

En la Exposición universal de Londres de 1851 había un bloque de acero fundido que pesaba cinco centners, y que fué expuesto por un industrial inglés con un rótulo que decía: *Monster block*. Krupp al verlo se sonrió, concibiendo el propósito de exponer un bloque mucho mayor. En efecto, marchó á Essen é hizo fundir uno que pesaba 100 centners y que despertó increíble sorpresa lo mismo en el público que en los técnicos.

Sin duda alguna, las obras más perfectas que han salido de sus talleres, se expusieron durante el verano de 1902 en la *Kunst und Gewerbe Austellung* (Exposición de Arte é industrias) de Düsseldorf. Las instalaciones de Krupp resultaron admirables. Además de numerosos modelos de toda clase de cañones y proyectiles, veíanse obras real y verdaderamente asombrosas, y entre ellas el propulsor de la hélice del *Kaiser Wilhelm II*, vapor que se construía para el Lloyd Norte alemán. Formado por seis trozos de acero fundido, pesaba 226.000 kilogramos y tenía una longitud de 70 metros. Al lado de este colosal propulsor, había un eje de 45 metros de largo que pesaba 52.000 kilogramos, de acero nikelado, con la particularidad de ser de una sola pieza. Estos dos productos de la fundición Krupp revelaban hasta qué punto se habían mo lificado sus procedimientos y cuán perfecta resultaba la mano de obra. Desde que Krupp fundió los primeros cañones de acero en Essen hasta la hora presente, el número de los fabricados para diferentes naciones asciende á 40.000, y no se crea que es este el único producto de aquellas fábricas, puesto que allí se construyen máquinas y armas de otras muchas clases. Federico Krupp cumplió poco á poco su esfera de actividad, comprando otras fábricas como la de Gruson, en Magdeburgo, donde se preparan las planchas de acero

para los acorazados y las torres blindadas de las fortificaciones.

Esta fábrica, la de Gruson, ocupa una extensión de 30 hectáreas, y comprende 50 talleres diferentes, con más de 3.000 obreros. No se limitó á esto el rey de los cañones, y quiso completar su producción construyendo buques de guerra. En el arsenal de Kiel hay 7.000 obreros ocupados en este género de construcciones; y cuantos materiales se emplean, desde los que sirven para formar la armadura del buque hasta las corazas, torres y cañones, todo sale de los talleres de Krupp, de esos admirables establecimientos, donde con tanta fuerza se revela la energía del hombre aplicada á la industria, donde se funden cantidades inverosímiles de hierro, mezclado con otros metales, que le dan mayor resistencia, empleándose para trabajarlo prensas hidráulicas de cinco millones de kilogramos de presión y otros aparatos de no menor potencia.

Aparte de su monstruoso desarrollo industrial, las fábricas de Krupp ofrecen un aspecto social no menos interesante y digno de imitarse. En el desarrollo de tan enorme empresa se pueden distinguir varias épocas, todas ellas muy notables y determinadas, por el estado del mercado universal.

Cuando, en 1873, celebró Alfredo Krupp su XXV jubileo, pronunció un discurso recordando lo hecho por sus antecesores. «Durante cincuenta años, dijo, fué esta casa insignificante (se refería á la habitada por sus padres desde 1787), el único refugio de mis padres. Plegue al cielo que ninguno de mis obreros tenga jamás preocupaciones semejantes á las que nos atormentaban al fundar esta fábrica. Por más de veinte y cinco años permaneció el porvenir incierto, antes que se decidiese la suerte á otorgarnos de tan maravillosa manera el premio á nuestros constantes esfuerzos, á nuestra energía y á nuestra fuerza de voluntad en los días de prueba. Que este ejemplo sirva á los demás para que respeten las pequeñas empresas y compadezcan las preocupaciones de los que las dirigen. El trabajo es el mejor de los bienes; pero es necesario que lo verifiquemos sin olvidar un instante la felicidad doméstica; y mi mayor deseo es que todos la asienten sobre bases sólidas». Con estas palabras formulaba Krupp el principio sobre el cual reposa su empresa.

El gran industrial ha querido siempre demostrar que profesa el mayor respeto hacia sus antecesores, y su despacho está situado en la pequeña casa en donde estuvo en otro tiempo la primitiva fundición, en la casa solariega, podríamos decir, de aquella familia de industriales. El último Krupp, Federico Alfredo, á quien debe la fábrica su actual apogeo, fué un defensor entusiasta de los *trusts*, y en general de todas las ideas progresistas. En sus fábricas imperaba el principio autocrático en toda su extensión, y desde el último obrero hasta los individuos del Consejo de Administración, todos le estaban incondicionalmente sometidos. La casa Krupp se convirtió en un pequeño Estado, con su administración propropia; en una especie de asociación socialista, donde prosperaban las ideas y las reformas modernas de un modo muy distinto al que defienden los demagogos y los socialistas de la cátedra.

Por demasiado extensa no resulta-

ría interesante la estadística demostrativa de los progresos realizados por la casa Krupp; pero aduciremos algunos datos que revelen la magnitud de sus operaciones y la admirable organización que la caracteriza.

Para que la fábrica de Essen marche durante un año, se necesita un millón de toneladas de carbón y 500 mil de cok; para el consumo de la fábrica se producen diariamente 124 mil kilogramos de ladrillos y 2.000 hornos de tierra refractaria. En la fábrica, así como en las colonias obreras agregadas á la misma, se emplea una cantidad de agua equivalente al doble de la que se consume en Stokolmo. Ultimamente se ha construído un depósito que puede elevar diariamente 11.000 metros cúbicos de agua. La tubería en Essen tiene una longitud de 33 millas. La fábrica de gas, que no es, sin embargo, la primera, sino la octava de Alemania, produjo en 1901 no menos de 19 millones de metros cúbicos de gas para el alumbrado, que se distribuyó entre las 47.000 lámparas de los talleres, cuya tubería tiene 30 millas de longitud. Federico Krupp dispone dentro de sus establecimientos de un ferrocarril de 12 millas, destinado al transporte de materiales de unos talleres á otros con 44 locomotoras y 2.000 vagones. Además de esto, le pertenecen tres estaciones situadas en sus fábricas, cuyo movimiento asciende á 50 trenes diarios. El telégrafo y el teléfono se emplean allí á profusión, existiendo no menos de 31 estaciones telegráficas en comunicación directa con las del Imperio. El teléfono cuenta con 380 abonados.

Cuando Krupp murió, en Noviembre de 1902, tenía á su servicio 43.000 obreros, cuyas familias formaban la respetable cifra de 147.000 almas, es decir, la población entera de muchas ciudades europeas. En Essen se llevan cuidadosamente los registros, donde figuran estos obreros con indicación de sus oficios y de sus salarios, y en el pago de estos últimos emplea la casa Krupp todos los viernes un millón de marcos.

La renta líquida que obtenía Krupp era de 12 millones de marcos al año. Era el hombre más rico de Alemania y una de las primeras personalidades del Imperio.

No es solamente el adelanto industrial y el empleo de los procedimientos más perfeccionados de la técnica moderna lo que más sorprende en los establecimientos de Krupp, sino el cuidado con que han tratado de evitarse las consecuencias de la áspera lucha entre el trabajo y el capital, mejorando la situación del obrero y haciéndola objeto de envidia para los de otras fábricas. Krupp no consideró nunca á sus obreros como autómatas, como meras fuentes de fuerza y de trabajo, sino como hombres con aspiraciones y necesidades anímicas. El número de los trabajadores empleados en los talleres de todas clases de que era propietario y director Krupp, aumentó de tal modo que muy pronto no encontraron alojamiento en Essen. La prosperidad de esta ciudad, antes poco conocida, se debió única y exclusivamente á estos obreros, como lo demuestran las siguientes cifras:

Año.	Habitantes.	Obreros.
1843	7.000	99
1855	12.000	693
1864	56.000	6.690
1873	56.000	11 700
1885	65.000	10.000
1897	106.000	21.000
1900	120.000	25.000

Encontrar alojamiento resultaba empresa casi imposible para los obreros, y los dueños de las casas realizaban pingües beneficios.

En cincuenta años se duplicó el número de casas en Essen; pero Alfredo Krupp comprendió que á él correspondía asunto de tanto interés para sus numerosos operarios, y lo encauzó en forma excelente, hasta entonces no empleada, iniciando la construcción de viviendas obreras. No era ciertamente la primera vez que se realizaba un pensamiento de este índole; muchos se habían ocupado antes de construir casas destinadas especialmente á los obreros, pero ninguno lo hizo en la forma que Krupp.

Las colonias obreras existentes en Essen no se edificaron conforme á un mismo sistema, sino conforme á varios, en parte para cerciorarse de las ventajas de cada uno, en parte porque se vaciló antes de escoger el definitivo. Las primeras viviendas que se construyeron en 1861 se parecen á las existentes en el West End de Londres. Las segundas fueron más sencillas y su número ascendió á unas 2.000, y las últimas, construídas hacia 1890 en el apogeo de la industria, formaron tres poblaciones obreras denominadas Alfredshof, Friedrichshof y Altenhof, esta última habitada únicamente por los obreros retirados y pensionados. Existen dentro de la fábrica dos iglesias, la una católica y la otra protestante. y dos sanatorios para obreros.

Los últimos grupos de casas construídas por el rey de los cañones, resultan verdaderos modelos en su género y no carecen de ninguna de las comodidades requeridas por la higiene. Rodeadas de alamedas y formadas por casas de estilos diferentes cada una con su jardín, producen el más favorable efecto. Al construir las casas se ha tenido siempre presente el sistema de *cottages*, separados de suerte que cada familia dispone, no solamente de una vivienda cómoda, higiénica é independiente de las demás, sino de un jardín donde puede plantar lo que más guste.

La mayor de las ciudades obreras de Krupp es Kronenberg, habitada por unas 8.000 almas y con administración propia. El principio del *Eigenes Heim* ó casa propia se aplica allí en grande escala. A lo largo de inmensas alamedas se alzan las casas, formando cada una un todo independiente, donde habitan las familias á muy poco precio conforme á una tarifa única para todos los obreros de Krupp. Los alquileres anuales son los siguientes:

Barracas, 54 á 80 marcos; una habitación y cocina, 80 á 100; 2 ídem, ídem, 100 á 200; 3 ídem, ídem, 150 á 250; 4 ídem, ídem, 250 á 360.

Además de las colonias obreras, que en realidad resultan ciudades, existen otros géneros de viviendas para los trabajadores de Krupp: hay *Rowton Houses*, y hay casas enormes donde viven hasta mil obreros, los cuales disponen de grandes comedores, de salas de lectura y de salas donde se sirve cerveza. El total de las viviendas obreras existentes en la fábrica de Krupp asciende á 6.000, y en ellas viven alrededor de 27.000 almas.

Las empresas cooperativas han adquirido gran desarrollo en Essen. En 1860 fundó Alfredo Krupp una asociación para el suministro de artículos de primera necesidad á precios reducidos. Abiertos los almacenes

primeramente á todos los que en ellos querían surtirse, las quejas de los demás comerciantes hicieron que Krupp inaugurase un sistema de descuentos del que sólo podían aprovechar sus obreros, con lo cual los demás habitantes de Essen volvieron á sus antiguos proveedores, y solamente los operarios siguieron comprando en los almacenes de la Asociación. Estos últimos ascienden á 75 con 23 fábricas para la preparación de los artículos. En 1901 se mataron 2.800 vacas, 2.246 terneras, 11.700 cerdos y 1 000 carneros; vendiéndose, además, 1.000 toneladas de patatas, 2.000 de harina de centeno, 2 000 de pan negro, 2.000 de pan de centeno, 8.000 de pan de trigo, 4.000 de carbón de piedra y 820 de petróleo. Los precios de estos artículos, fijados de antemano, lo mismo que los alquileres, no están sometidos á las fluctuaciones del mercado y se pagan al contado, evitándose así las consecuencias harto desagradables del crédito á largo plazo.

Las pensiones y las cajas de ahorros y anticipos, tienen en las fábricas de Krupp un desarrollo fabuloso. Además del seguro obligatorio para obreros establecido por la ley prusiana, existen allí varias cajas obreras de diferentes sistemas con un capital de 25 millones, procedente en su mayor parte de donaciones de Krupp, fundador de todas ellas. La casa entrega anualmente con este objeto millón y medio de marcos, sin contar otro tanto que se satisface en concepto de indemnizaciones por accidentes del trabajo. La caja de pensiones para obreros tiene un fondo de reserva de 11 millones, y la de los empleados de otros órdenes cuenta con 5 millones.

Muchas páginas se emplearían en la descripción minuciosa de todas las instituciones filantrópicas creadas por Krupp; cajas de ahorro, premios, bibliotecas, escuelas, sanatorios, hospitales, salas de concierto, etc., que demuestran la admirable organización de la casa y el interés con que cuidan sus dueños del bienestar de los obreros.

NORDISK TIDSKRIFT FÖR VETENSKAP, KONST OCH INDUSTRI.

La pequeña industria en Francia y en el Norte de Europa, por Erik Giskov.— Pocos factores han causado mayor efecto en la vida social que el producido por la introducción de las máquinas en las fábricas. La producción aumentó, sí; pero los obreros, que hasta entonces habían vivido en el campo y obtenido allí la mayor parte de lo que necesitaban, lo mismo en productos agrícolas que en productos industriales, se vieron en la necesidad de acudir á las grandes ciudades en demanda de trabajo. Esto no produjo solamente efecto en la agricultura, que se vió privada de brazos; no ejerció solamente pernicioso influjo en el hombre del campo, que abandonó una atmósfera sana y un trabajo que le robustecía para vegetar en un ambiente malsano y convertirse en un mero autómata, sino que hizo que las naciones perdieran su independencia económica. Inglaterra dependió de Dinamarca desde el punto de vista de los artículos de primera necesidad, y Dinamarca se convirtió en feudo de Inglaterra desde el punto de vista industrial.

La concentración de la industria en

las ciudades tenía también otros peligros. La vida en el campo se hizo triste, pobre y aislada. Los que en él trabajaban carecían de toda ocasión de enriquecerse, y al mismo tiempo el obrero de la ciudad tampoco podía salir de su esfera.

El resultado de ambos fenómenos, empobrecimiento del campesino y miseria del obrero, es la emigración, y toda emigración equivale á una pérdida para el país que se abandona. En los Estados del Norte de Europa, la emigración, que resta brazos á la Agricultura, es, quizás, más sensible que en ningún otro país, y es preciso estudiar los medios que mejor y más rápidamente conduzcan á convertir nuevamente al obrero en propietario rural, en campesino, devolviéndolo á su verdadera esfera. Uno de los medios más prácticos es el desarrollo de la pequeña industria, que iniciará una nueva época á la vez para la agricultura y para la industria. El hombre que posea un par de hectáreas de tierra, se verá obligado á explotarla mediante un cultivo intensivo, y al mismo tiempo podrá emplear las horas libres en la pequeña industria, obteniendo un beneficio cierto. El empleo del vapor para poner las máquinas en movimiento, exigió la concentración de la industria en las grandes ciudades; pero el empleo de la electricidad, de esa fuerza que puede llevarse hasta las aldeas más apartadas, suprime aquella necesidad. El perfeccionamiento del crédito pone á la disposición del obrero más humilde los medios de adquirir y de vender, que antes eran privativos de los grandes capitalistas. Habrá, sin duda, industrias imposibles de practicar por individuos aislados; pero las demás, las que sólo requieren el empleo del talento y de la energía, estarán perfectamente al alcance de todos, y entonces, cuando esta idea se realice, las naciones del Norte y todas las demás, sin excepción, verán cómo florece nuevamente su agricultura y cómo desaparece la mayor parte de ese proletariado que hoy llena las ciudades industriales. No es esto, ciertamente, un ideal irrealizable; pertenece por completo á la esfera de lo posible.

En China, el país más poblado y rico del mundo, la pequeña industria es la base á la vez del bienestar y del aumento constante de la población. Sin salir de nuestra civilización, sin ir más lejos que hasta Francia, allí encontramos una masa numerosísima de pequeños campesinos que obtienen pingües beneficios de la tierra utilizando el tiempo libre en la pequeña industria. En muchos casos vemos que el estado de esta última es tristísimo, por no emplearse los recursos de la técnica moderna; pero allí donde han podido procurarse un motor eléctrico ó de vapor, ó donde pueden gozar de crédito, su situación resulta favorabilísima. En Francia el número de los consagrados á la pequeña industria es enorme. Cerca de Lyón, en las proximidades de Saint-Etienne, y de Amiens, de Cambrai y de Saint-Quentín, en Normandía, en los alrededores de Besangon, y en otras muchas partes, viven cientos de miles de campesinos que se ocupan en tejer, en hacer encajes, en fundir y preparar el hierro, en fabricar relojes, en trabajar la madera de una infinidad de modos; en una palabra, que obtienen notable provecho practicando la pequeña industria en todas sus manifestaciones.

¿Porqué no hemos hecho lo propio

en Suecia?—pregunta el autor del artículo.

¿Por qué se retiran del campo nuestras mejores fuerzas para buscar en el ambiente malsano de las ciudades una ganancia casi siempre dudosa ó para emigrar, privando á la patria de valiosos elementos? No hay razones que justifiquen el abandono de la tierra ó la emigración. El suelo no es improductivo, y bien aprovechado reportaría beneficios muy grandes. El clima puede modificarse llevando á cabo grandes plantaciones. No, no son las condiciones climatológicas, ni la calidad de los terrenos les que impiden en los países de la Europa Septentrional la realización de las ideas expuestas. Lo que á ello se opone es que el obrero no tiene acceso á la tierra, porque una vez que lo tenga, una vez que posea su casa, su hogar en el campo, y éste le reporte beneficio, ya tratara de redondear su ganancia dedicándose á la industria como hace el campesino francés.—Para esto último es preciso que tengamos escuelas de artes y oficios que desarrollen la afición á la pequeña industria y que eduquen á nuestros campesinos en la forma que lo están los franceses, por más que éstos deban su amor á la pequeña industria á muchos siglos de incesante trabajo. ¿No podrían aplicarse á España, preguntamos nosotros, muchas de las apreciaciones del Sr. Erik Givskov?

ARABES, POR DOLORES ALVAREZ DE TERÁN

MACHRIG.—N. 19.

Akhir al aquâl li mashâhîr arrigal. (Las últimas palabras de hombres ilustres).—Las últimas palabras pronunciadas por los grandes hombres en el momento extremo de su existencia, resumen los caracteres de aquellos, y son por esto de grande importancia histórica.

Refieren los escritores árabes, que el califa Omar, hijo de Aldelaziz, dijo á punto de morir (720): «Dios mío, he aquí que Tú me mandaste y yo fuí incapaz de obedecerte; me prohibiste y he sido desobediente; usaste conmigo de clemencia y de generosidad. Ahora si me perdonas, es por gracia tuya, y si me castigas, no eres injusto.» Histiam, hijo de Abdemelik, cuando se sintió morir (743) volvió los ojos á sus deudos que lloraban y dijo: «Histiam fué generoso con vosotros en esta vida, y vosotros sois liberales de llanto; él os dejó lo que recogiera, y vosotros le dejáis lo que aportó. ¡Qué gran asombro para Histiam si Dios no le perdona!» El gran Harún Rascid, al que le sorprendió la muerte en Tus, mientras guerreaba, cerró los ojos exclamando: «Todo sér viviente es mortal, y todo sér nuevo envejece y se consume.

Os dejo en testamento tres cosas: la fidelidad á vuestra religión, el sincero acatamiento á vuestros Imân, la lealtad de vuestra palabra.» Manún dijo, al morir en Tasso (833) mientras peleaba contra los bizantinos: «¡Oh, Tú, cuyo reino no concluye jamás, ten piedad de uno cuyo reino acaba; ten piedad de quien muere, Tú que no mueres nunca.» Del califa Mutadid

se refieren los siguientes versos, recitados á punto de morir (892):

«No te fíes del mundo, que de él yo me fié; y no me ha dado amigo, ni me proporcionó ningún bien.

»Cuando había llegado á las estrellas por esplendor y poder, se inclinaban ante mí, para servirme, los hombres todos.

»Me abandonó el destino, y mi luz se extinguió, y heme aquí precipitado en mi fosa».

Recuérdanse otros versos recitados al final de la vida por otros poetas, Osûrrúmma (736) dijo:

«Oh tú que sacas el espíritu de mi cuerpo á punto de morir; oh tú que disipas la angustia, líbrame del fuego eterno».

Y Abu Nunâs (814 :

»Véome morir miembro á miembro

»Mi alma gime por las noches y por los días que paséé solazándome;

»Cometí faltas de toda clase, oh Señor, perdonámelas».

Abul Atâhia (827):

«No me castigues, Dios mío, que confieso cuanto cometí;

»Muy culpable he sido; pero tú eres generoso y clemente.»

Sanâh as-sagâdât fî bilad'Akkarwa Izmîr. (El arte de tejer tapices en Akar y Esmirna. — El arte de tejer tapices es completamente de origen oriental. Los cristianos lo aprendieron de los turcomanos, y hasta nuestros días ha venido siendo una industria especial del Oriente. Le ha proporcionado mucha fama y muchas ganancias y ha dado trabajo á muchísima gente, especialmente en los mercados de Trípoli, Enesa y Dair Margirgis. Akar y Esmirna continúan comerciando bastante en esta clase do tejidos.

LIBROS RECIBIDOS

La Ortografía Rrazional, Karlos Kabezón, editor.—Killota, 1902.

Literatura Arkaika, Estudios críticos, por Eduardo de la Barra.—K. Newman, editor.—Valparaíso, casilla 153.—Chile.

Aprendizaje, por José M. Matheu.—Establecimiento tipográfico de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32, duplicado.—Madrid, 1904.

Valentina, por Laura García de Giner.—Antonio López, editor.—Barcelona.

Frases y refranes en acción, por varios autores.—Dos tomos de la «Colección Cuesta».—Bailly-Bailliere é Hijos, editores.—Madrid.

Negociaciones Internacionales, por José Blanco.—Imprenta y Casa editora de Coni Hermanos.—Perú, 684; Buenos Aires, 1904.

Invocación, Poesía, por Luis Reyna Almandos.—La Plata (República Argentina), 1903.

Mors in Vita, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Imprenta de Idamor Moreno.—Blasco de Garay, 9 duplicado.—Madrid.

El juicio pericial y su procedimiento, por Joaquín Costa.—Librería general de Victoriano Suárez.—Preciados, 48.—Madrid, 1904.

El Anticristo (dos tomos), por Ernesto Renán.—F. Sampere y Compañía, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Los problemas de la Naturaleza, por Augusto Langel.—F. Sampere y Compañía, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

La Monarquía Jesuíta, por Melchor Inchofer (Jesuíta).—F. Sampere y Compañía, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Los Cachivaches de Antaño, por Roberto Robert.—F. Sampere y Compañía, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Vanka, por Anton Tchekhov.—F. Sampere y Compañía, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Memorandum sobre los empréstitos de Honduras, Tipografía Nacional.—Tercera avenida E, núm. 42.—Tegucigalpa, 1904.

El Drama «Felipe II» de Lorenzo D'Ayot, Estudio Crítico, por D. José Garzón y Rodríguez.—Biblioteca Española «La Reforma Literaria».—Luchana, 37, pral. izquierda.—Madrid, 1904.

La confianca en sí mateix. L'amistat, por R. W. Emerson.—Biblioteca popular de «L'Avenç».—Ronda de l'Universitat, 20.—Barcelona.

La República de Honduras. Breve reseña para la exposición de San Luis, Missouri (Estados Unidos de América). Publicación especial de la Dirección de Estadística.—Tipografía Nacional.—Tercera Avenida E, núm. 42.—Tegucigalpa, 1904.

El Crédito Agrícola. Cajas rurales de préstamos (dos tomos), por Rafael Ramos, con una carta prólogo del Excm. Sr. D. Francisco Rivas Moreno.—Segunda edición. - Tipografía «El Porvenir», San Francisco, 7. —Cartagena, 1903.

Anuario-Guía de Guadalajara y su provincia, Año III, 1904, por el abogado Bravo y Lecea.—Administración, Mayor Alta, 40. - Guadalajara.

Prosa y Pensamientos de Leopardi, vertidos por primera vez al castellano por Ciro Bayo.—Casa editorial de la Viuda de Rodríguez Serra —Salud, 19.—Madrid.

Las mujeres de Zola, por E. Gómez Carrillo.—Viuda de Rodríguez Serra.—Salud, 19.—Madrid.

• • SE PUBLICA • •
EL DIA 15 DE CADA ME

LA·LECTVRA

REVISTA·DE CIENCIAS·Y DE·ARTES·

Harvard College Library
De . 24, 1904
Transferr from
Harvard Law Library.

Director: Francisco Acebal
Administrador propietario: C. de Velasco

SUMARIO

La Quimera ..... Emilia Pardo Bazán.
La cuestión de Marruecos ..... Antonio Blázquez.
Escritor ..... Juan Maragall.
Los establecimientos oficiales de Instrucción pública en Francia. J. Gascón Marín.
La Exposición de Bellas Artes. Leonardo Labiada.
Feminismo ..... Alice Pestana.
Sociología ..... Adolfo Posada.
Crónica internacional ..... Joaquín F. Pridá.
De Norte á Sur ..... Francisco Acebal.

Libros:

Il materialismo storico e la sociologia generale ..... P. Dorado.
Los pueblos hispanoamericanos en el siglo XX ..... A. Blázquez.
Roja y pinta.—Avila des Saints. Pedro González-Blanco.
El juicio pericial.—La civilización occidental ..... C. Bernaldo de Quirós.
Instituciones de cultura social.—Il Regno di Napoli al tempo di Carlo di Borbone ..... Rafael Altamira.
Literatura Hispano-americana: Un libro chileno sobre Chile .. Miguel de Unamuno.
Libros recientes.

Revista de Revistas:

Españolas é hispano-americanas ....
Francesas ..... J. M. González.
Inglesas y norteamericanas ..... J. Ulle y Sarthou.
Italianas .....
Portuguesas ..... Luis de Torán.
Alemanas ..... J. Ontañón.
Rusas ..... Julián Juderías.
Libros recibidos.

Año IV. JUNIO—1904 Núm. 42.

Imprenta de A. Pérez y C.ª, Pizarro 16

LA LECTURA

LA QUIMERA, POR EMILIA PARDO BAZÁN.

Los primeros días que siguieron á la grave confidencia fueron de tregua; de esos períodos en que el destino parece detener su paso y dejar que nuestro existir corra indiferente. Ni Clara ni Mariano Luz volvieron á referirse á lo hablado: lo evitaban como se evita tocar á dolorosa llaga. Extremaban en cambio, recíprocamente, las consideraciones afectuosas, llegando á la exageración, síntoma peculiar de ciertas situaciones difíciles; y se diría que en archisensible balanza pesaban las palabras y hasta los gestos, por no provocar conflictos. Había dejo de tristeza y honda preocupación en dichos y hechos, pero disimulado con atenciones, por parte de Luz, más amantes que nunca; y por parte de Clara, con respeto y dulzura significativa.

Corrida una quincena, Mariano empezó á vislumbrar una chispa de esperanza, por el favorable cambio que creyó observar en las costumbres de la convertida. Clara, á la verdad, tampoco antes no había hecho extremos de devoción, ni exhibido en severidades de traje y de aspecto el sentido reciente; pero ahora parecía haber vuelto por completo á la normalidad social. El Doctor, al espiarla, como espía, hasta sin querer, la ansiedad del cariño, notó que se dejaba llevar á reuniones, teatros y paseos por la alborotapueblos de Micaélita y su fastuosa y divertida mamá, la de Mendoza; y la ilusión de felicidad, tan agradecida al riego, pues no desea otra cosa sino lozanear, lozaneaba. «He temido —pensaba Luz— cosas peores, si cabe, que la eterna separación en vida; he temido el suicidio... y me equivoqué. Puede ser que tampoco sea esto, otro..., á pesar de habérmelo notificado. La vida se remedia á sí misma de un modo insensible; se lame las cuchilladas y se las cura». ¡La vida! El médico tenía en

ella fe inagotable. A pesar de rudos embates, no había podido perderla. Vencido tantas veces por el no sér—el sér, sus reacciones, sus energías, su potencia oculta ó triunfante, era el númen del Doctor.—Otra razón le impulsaba á confiar en que se disiparía la tempestad. A pesar del amplia facultad de comprensión que se desarrolla en los sabios observadores, Luz no comprendía la resolución de su hija, y al no comprenderla, no creía que se realizase. «Es el sexo—repetía—es la ley fisiológica... Es la curva de la calentura del desengaño... Eso tiene su ciclo, su desarrollo fatal. ¡Monja! ¿Acaso persiste en tal idea una mujer como Clara? ¿Acaso se renuncia así á todo? ¿Suceden ahora, en nuestra época, cosas sólo vistas en libros devotos, en tallas de retablo?» Experimentaba la incredulidad del hombre en plenitud de vida ante la idea de que la gente se muere, y él tambien se ha de morir.

Le cegaba además la influencia, que en su juicio ejercía la profesión. Inteligentísimo y naturalmente bueno como era, no podía alcanzar, sin embargo, más allá de lo que permitía la índole de sus serios, útiles y circunscritos estudios. Era el límite forzoso, inevitable. El sentimiento, en Luz, no alcanzaba la refinada complejidad que revestía en su hija. Tocaba, manejaba males y miserias del cuerpo; el dolor de lo infinito no sabía estudiarlo ni tratarlo.

Siempre que se encontraba en presencia de ese dolor raro y sublime, lo maldecía. ¡La madre de Clara—á quien había adorado con tal vehemencia y exclusivismo—sentía ese dolor en forma de remordimiento y pesar de cada hora, un reconcomio que fué minando su salud y contribuyó no poco á acelerar su prematura muerte! Recordaba el Doctor sus infructuosos esfuerzos para sosegar la pobre alma aterrada, la pobre conciencia estremecida, con un género de terror y de estremecimiento que no se originaban de haber ofendido y engañado á ningún hombre, de haber quebrantado ninguna ley humana, sino de haber olvidado lo infinito, encenagándose en felicidades de arcilla. Ni entonces ni ahora, cuando con tan patente atavismo reaparecía en la hija el espíritu de la madre, dejaba Luz de atribuir el fenómeno á la materia, tan menospreciada por las dos idealistas; á las leyes orgánicas que la rigen y regulan. ¡El sexo! ¡La fisiología, fuerzas vitales, actividades desconocidas de células! De este concepto de los fenómenos afectivos que sufre la mujer, dimanaba el curioso criterio pedagógico que había presidido á la educación de Clara. Al contrario de lo que se hace con la mayoría de las muchachas, á quienes se inculca esmeradamente el recato y la grave responsabilidad en que incurren al perderlo, á quienes se enseña una religiosidad que los varones no practican, á Clara, como si la preservase de un contagio, la había aislado el Doctor de tales influencias, y prevenídola contra ellas. A ser posible, el Doctor practicaría á Clara la extirpación

de la conciencia religiosa y moral, para evitarle la tortura del escrúpulo, la protesta del ideal, el terror de la falta, la amargura espiritualista. Se vive mejor en las regiones bajas, mullidas de vegetación, del puro instinto satisfecho, que no clava su aguijón en la memoria. «Instinto es lo que da guerra á Clara—pensaba él;—pero instinto transformado, complicado. Cuando se producen estas reacciones de religiosidad en la mujer, es que quiere olvidar amor falleciente, ó combatir amor naciente. Pero si vuelve al mundo, como está volviendo ella, es casi infalible que encuentre derivativos y vaya á la normalidad».

No era fácil que Luz se diese cuenta de su error. Las dos almas de mujer, (lo que él más había adorado en el mundo), lejos de equivocarse confundiendo la conciencia y la pasión, se equivocaron al entrar en los infiernos pasionales, donde encontraron la maldita llama y los sabores de ceniza de las manzanas del Mar Muerto. Sin fruto, el Doctor, en el transporte egoísta de su cariño, había pretendido cerrar á Clara el camino de la gran verdad. No necesita esta verdad, que es la esencia misma de ciertos espíritus, que se la inculquen ni que se la prediquen. Se aparece, se abre paso á despecho de todo, y un día campea entre las espinas y las rosas, más alto que ellas, el tallo recto de azucena blanca. Sentimiento tan profundo y misterioso como el que hace germinar el bulbo de esta flor pura, no puede calmarlo, debe exasperarlo el escandecimiento de la pasión. De esta clase de afecciones, Luz nada sabía: había procedido con Clara, por ternura y celo, como procedería su mayor enemigo. Más allá de la ciencia, el arcano de un alma superior, su exigencia insaciable, insatisfecha, se le escapaba al sabio en la doctrina de curar y preservar el organismo. Pastor torpe, por esconder á la querida cabritilla la montaña y sus alturas, la había conducido entre matorrales pinchones y desgarradores, y ahora la veía, sangrienta y jadeante, írsele de las manos. Invocando, sin saberlo, el auxilio de los enemigos del alma, de las fuerzas secretas del pecado, que actúan sobre la decaída humanidad, el Doctor fiaba en aquel *mundo* donde veía agitarse á Clara otra vez, y en el cual los anhelos íntimos se extinguen, las aspiraciones profundas se calman, el sentimiento es objeto de ironía, y la vanidad, infladora de globos, lo llena todo con su aire cálido.

. . . . . .

No sin gran satisfacción supo que aquel diablillo de Micaelita y el torbellino de su madre, en quien el prurito de agitación crecía con los años, se habían apoderado de Clara y la zarandeaban más que nunca. Volvían de pasar en Sevilla las ferias, y Adolfina se dedicaba á pilotear en Madrid á varias extranjeras que había conocido allí, amigas también de la Duquesa de Flandes. Eran inglesas, elegantes y excéntricas, curiosas, ilustradas y fútiles á la vez. Invitadas á una comida de aparato en la

Embajada Británica, se contó con Adolfina, y para el *aprés dîner*, con Clara, que se presentó, por cierto, bien prendida y más guapa, que de costumbre, luciendo un traje primoroso de crespón de China azul, golpeado y franjeado de violetas de gasa, envío reciente de un maestro en costura. En aquel sarao, las extranjeras, entre las cuales se contaba la renombrada Lady Mortimer, contrajeron de esas superficiales relaciones mundanas, basadas en gustos de *sport* y en comezones de galanteo. Dos ó tres muchachos de la alta, que empezaban á olfatear el automovilismo, entonces muy exótico en Madrid, se ofrecieron para acompañar á las inglesitas en sus excursiones al Escorial, Aranjuez, Avila, Toledo, Segovia amén de castillos y cazaderos donde las invitarían y agasajarían. Se preparaba un fin de Mayo y un principio de Junio de diversión aristocrática, entre un grupo escogido y contado.

—Figúrate—decía Clara al Doctor, que embelesado la escuchaba,—cómo estará de hueca Adolfina: pierde por estas combinaciones y hasta la fecha, no había conseguido ligar enteramente con ciertos cotarros. Las inglesas le han echado un cable. Ver á Micaelita entre Manolo Lanzafuerte, Julio Ambas Castillas, Lope Donado y ese lindo atlético de Werlock, el secretario de la Embajada, un Antinoo que las trae revueltas á todas! Te digo que Adolfina no cabe en su pellejo. Van á correrla por ahí. Para la primer correría ¿no sabes? estoy invitada.

Decíalo con un brillo de ojos y una expansión de sonrisa irradiadora, que Luz tradujo por alegría orgullosa, placer de vanidad social satisfecha.

—¿Adónde iréis?

—No está resuelto aún—contestó Clara.—Lo decidirán mañana: Adolfina ha invitado á los expedicionarios á un almuerzo en Lhardy.

En el lujoso restaurant se trazó, en efecto, entre sorbo y sorbo de *brut*, y bocado y bocado de *espuma* de hígado graso, el programa de la primer excursión, á la cual concurrirían, además de automóvil de lady Mortimer, un magnífico Panard, de Manolo Lanzafuerte y el Mors, de Lope Donado, que se prestó solícito al enterarse de que se contaba con Clara Ayamonte. Donado, cuya fortuna tenía varios desportillos, rondaba á Clara desde hacía tiempo, atraído por el caudal sano y jugoso y también por la mujer, que se le había mostrado formal, quieta, reservada, en grado humillante para sus pretensiones. La conquista de Clara, por lo legal ó lo ilegal, era ya empeño, no sólo de interés, de amor propio. Contaba con la libertad, el roce y las ocasiones del viaje.

La víspera de la expedición, Clara estuvo con el Doctor derretida en cariño, como si quisiese compensar los cortos días de ausencia anunciados.

Esto á lo menos discurrió el padre, que con tal avidez recogía, desde

la conversación decisiva, los indicios del sentimiento que Clara podía profesarle. Bebió, lo mismo que se bebe el cordial que ha de devolvernos fuerzas y con ellas la vida, aquellos halagos dulces, aquella humildad tierna y sumisa con que Clara le dirigía la palabra; aquel afán pueril de no separarse un minuto de su lado, de apoyarse en su hombro, de mirarse en sus ojos, de mimarle. Luz pagaba estas demostraciones extremosamente. En su deseo de identificarse con Clara, quiso que le enseñasen el traje de camino, de masculina forma, el amplio abrigo-saco color polvo, el sombrero de fieltro, donde gallardeaba un pichón con las alas extendidas.

—¿A qué pueblo, por fin?—preguntó.

—Creo que la Mortimer quiere empezar por Avila—declaró ella con velada voz.—Padrino, mucho sentiría tener que ponerte un telegrama llamándote para componerme alguna fractura. Porque me enchiqueran en el automóvil de Donado...

—¿Tu adorador?—preguntó Luz alegremente.

—Sí... El mismo.

—Te cuidará...

—Al contrario... Querrá lucirse como *chauffeur*, y nos estrellaremos—murmuró Clara siguiendo la corriente de la broma.—Yo tampoco soy muy prudente; me gusta llegar pronto, ¡mejor cuanto más pronto!, y seguramente le gritaré todo el tiempo á Donado: «aprisa, aprisa»...

Tal es la sugestión del acento amado, que las restantes preocupaciones de Luz se borraron ante la que Clara acababa de suscitar; y lo único que oprimía su corazón al despedirse, á la mañana siguiente,—al recibir un abrazo extraño, violento, nervioso, al sentir bajo el velo tupido, alzado un instante, humedad y calor de labios que se imprimían fuertemente en sus barbadas mejillas,—era la amenaza del peligro físico, la idea aterradora de un vehículo hecho astillas, gravitando sobre un montón de carne magullada y rotos huesos.

«¡Cuidado!»—suplicó.—Y Clara, silenciosamente, se desprendió temblorosa de sus brazos, bajó la escalera balanceando el saquillo de cuero en que había metido aprisa algunos billetes de Banco y una carta de letra grande, muy española, de ancho timbre, basto, arcaico.

. . . . . .

En el coche que lleva á la Ayamonte va también Micaelita, ebria de alegría, de velocidad, de travesura y riesgo. Impelido por la presencia de Clara, Donado aprieta, aprieta; propónese dejar muy zagueros á los otros dos autos, y sorprenderles con tener ya preparados, cuando llegasen, alojamiento y refacción en Avila. Julio Ambas Castillas, fijándose por primera vez en que la chica de Mendoza es muy salada, bromea con ella sin cesar; supone lances terribles, accidentes fantásticos, un perro aplas-

tado, un salto mortal, un choque con un toro de puntas. Clara, lejos de asustarse, ríe, anima al *chauffeur*.

—¡Más velocidad! ¡Toda la que se pueda! ¡Toda!

—¡Qué barbiana está!—piensa Donado.—¡Debe de ser tremenda! ¡Fíese usted! Verdad que en estos viajes es cuando se descubre á las personas. Es, de seguro, una grande, insaciable y valerosa enamorada.

Volaban sin el menor tropiezo, yendo el recorrido lo propio que una seda. Los carreteros y trajineros miraban atónitos al artilugio trepidante, que respiraba con resuello de monstruo y que ni tiempo les daba á enterarse de su hechura. Volaban; los grises poblados, las casuchas aisladas que, como arenas de sal granean los desiertos de Castilla, las áridas llanuras, los chaparrales y robledos de polvoriento verdor, los trigales frondosos salpicados de gotas de sangre viva por las amapolas, desaparecían apenas entrevistos, mientras el aire torrencial se metía en los pulmones, sofocaba á fuerza de impetuosidad. Ya el paisaje cambia de carácter; la crestería azul de la sierra se dibuja en dentelladuras más agudas, y sobre la inmensa, ilimitada aridez del resquebrajado terruño, ruedan sueltos los gigantescos cantos, recordando desparramados proyectiles de una batalla de titanes. Micaelita, un momento, se asusta de aquel ceñudo y sombrío fondo.

—¡Parece una lámina del infierno de Gustavo Doré!

Ya están al pie de las murallas de Avila. Seguros de haberse adelantado, moderan el paso para entrar en la ciudad melancólica, adormecida. Su llegada la alborota: la gente sale á las puertas para ver el artilugio, vivo contraste con cuanto la ciudad representa. Delante de la fonda se junta una piña de curiosos, de admiradores, de mendigos, de viejas que columpian la cabeza, se santiguan, desaprueban y rezongan maldiciendo de inventos y novedades. Es el primer automóvil que ha llegado á Avila de los Caballeros, á Avila de los ascetas y los santos, á Avila del éxtasis, y Donado, haciéndolo notar entre chanzas, habla de banderas como las que los alpinistas suizos clavan en ventisqueros inexplorados.

Cuando después se comentaron las mínimas particularidades de la expedición que, según lady Mortimer, había de ser para ella inolvidable y digna de referirse en Inglaterra por su carácter eminentemente pintoresco y emocional, español neto,—fijáronse en la circunstancia de que Clara, después de recluirse en su habitación una media hora, para quitarse el polvo y arreglar traje y peinado, descendió al comedor de la fonda, que está en la planta baja, y allí, pacientemente, esperó la llegada de los demás expedicionarios. El automóvil de Lanzafuerte quedaba atrás, no se sabe con qué avería. Pero Clara vió bajarse del de la Mortimer á Adolfina, que venía hecha una breva y transida de miedo y la dijo en tono natural:

—Ahí arriba tienes á tu hija. Está aseándose. Te la he guardado bien.

Y, cambiadas algunas frases de cortesía y bienllegada con las extranjeras, subió otra vez á su cuarto. Minutos después bajaba atusada, de abrigo, de sombrero, arrollado al cuello el boa de plumas. Los compañeros de viaje, ó se embellecían recogidos en sus aposentos, ó daban instrucciones á los mecánicos. Clara, en la primer calleja, tomó de guía á un pilluelo á quien cargó con su saco.

—¡Al convento de Carmelitas descalzas!

La presentación de la carta del Obispo á la Abadesa hizo que la tornera franquease de par en par el portón, rechinante de vejez y herrumbre.

—Nuestra Madre está en el coro—dijo solícita.—Pase, en seguida acabar.—Y las hojas de la puerta volvieron á cerrarse, la llave á asegurarlas, archivando el arcano de Clara, celando entre sus valvas tristes y ásperas de ostra criadora, la perla sentimental.

—«¡Clara, esposa mía! No te detengas, ya declina la tarde...»

(Se continuará.)

LA CUESTION DE MARRUECOS, POR ANTONIO BLÁZQUEZ

El convenio anglo-francés de 8 de Abril último, plantea para España un problema internacional de tanta importancia que bien puede asegurarse que no hay otro alguno que le iguale.

Perfectamente limitada de Francia por los montes Pirineos, en perfecta armonía con el pueblo portugués, de quien sólo la separa una línea imaginaria que borran con sus sentimientos de fraternidad los gobiernos y los ciudadanos de ambos países, que ni encierran en sus corazones resentimientos olvidados ya de su memoria, ni en su cerebro proyectos ambiciosos para lo porvenir: en España sólo conmueven el espíritu nacional dos tendencias igualmente nobles y generosas: la unión con los países Hispanoamericanos y la civilización de Marruecos, y en estas dos empresas tiene puesto su pensamiento y su deseo, sin que existan divergencias de criterio en puntos esenciales y sin que pueda decirse que en el fondo exista una nota discordante.

La aproximación de España y los Estados Hispanoamericanos, acentuada con motivo de recientes Congresos, es notoria y activa; de día en día se acrecientan los actos que han de dar por feliz resultado acuerdos que todos deseamos y que á todos conviene, sin que tal aproximación y tal inteligencia deban ni puedan encontrar resistencias en el exterior, pues no buscan como finalidad un enlace de fuerzas militares para la guerra, sino una inteligencia para la paz, para la cultura, para el progreso del mundo y para el bien universal. En cuanto á Marruecos, la situación varía, porque Inglaterra, Francia, Alemania é Italia, han tenido aspiraciones más ó menos amplias, y porque por la situación geográfica del imperio Marroquí, avanzando entre el Atlántico y el Mediterráneo hasta formar el estrecho de Gibraltar, le da una importancia estratégica considerable, uniéndose á esto la circunstancia de que cerrado durante siglos á la comunicación y trato con las naciones civilizadas, al par que era un baldón para Europa tener á su vista un país cerrado al derecho, y entregado á la violencia, era un peligro la desmembración de su parte N., porque la nación que se apoderase de ella ocuparía un lugar de gran influencia en las contiendas marítimas que se desarrollaran en el Mediterráneo:

De todas las naciones de Europa, ninguna como España puede alegar tantos títulos y tan variados para ejercer su influencia y atraer á la vida moderna el caduco imperio, porque aun dejando á un lado la época bri-

llante de nuestra historia, en la cual purgamos de piratas el Mediterráneo, teniendo que conquistar á fuerza de combates navales y de asaltos los puntos que hemos conservado en las costas africanas, siendo los desinteresados defensores de Europa durante cuatro siglos, servicio que por sí sólo, por muy espléndidamente que se recompensara, siempre lo sería de un modo mezquino, dada la sangre y el oro perdido por sostenerlas, y respecto de los cuales no cabe alegar la prescripción, porque jamás, en ningún tiempo y con ningún motivo, dejamos de actuar y ejercer nuestra influencia en tal sentido, hay títulos bien recientes y de un valor extraordinario que no es posible desconocer ni rechazar, porque la guerra de 1860, prescindiendo de sus resultados positivos, que para España fueron nulos, ó poco menos, ejerció una influencia inmensa y fué un acto de gran transcendencia para el problema internacional de Marruecos, porque mediante ella, el vecino imperio quedó abierto á la comunicación y al trato, y por ella pudieron lograr las demás potencias, y sobre todo Francia é Inglaterra, salida ventajosa para sus productos, inteligencias internacionales con el sultán, y que el derecho penetrara hasta el Atlas, y se difundiera lentamente en los espíritus de los árabes y bereberes, como penetran los efluvios del Atlántico, y cubriendo de nubes los valles y colinas del territorio marroquí, y condensándose en blanca capa de nieve en el Ayasha y el Itsdrare, y descendiendo en menuda lluvia por montes y cerros, se infiltra en las tierras; y de igual modo que merced á esta lluvia las tierras humedecidas y regadas originan aquella hermosa vegetación en que el trigo, el olivo y el naranjo alimentan y sostienen la población, así las ideas civilizadoras que mediante España llegaron á Marruecos, van dando, y darán, su fruto. Para ello sólo falta la acción del tiempo, porque así como la vegetación necesita meses para desarrollarse, el derecho y la cultura exigen años, y no es posible en la vida del espíritu, en el desarrollo de la civilización, esperar que un pueblo se transforme en una generación, por impulso extraño, cuando su religión y sus leyes son opuestas y sus habitantes resisten con la energía y el tesón del rifeño á toda ingerencia extraña.

Este título, el de haber abierto las puertas de Marruecos á la Europa, nadie puede disputárnosle; y aunque hay otros que pueden alegar algunas naciones, España puede alegarlos juntamente con ellas y con igual valor, tales son las de proximidad que presenta Francia. Francia confina con Marruecos, ¿pero acaso no confinan con este imperio nuestras posesiones? Aparte de esto, nosotros confinamos con Marruecos por el Mediterráneo, que es aquí estrecha banda azulada, de donde pueden venir tantos peligros para nuestra seguridad como á los franceses para la de Argelia, y para que se vea hasta qué punto podemos alegar este título, en comparación con Francia, he de hacer algunas consideraciones, que no serán

perdidas, dado que un examen superficial no las descubre, y de él pudiera deducirse el mayor interés de la República vecina. Estas consideraciones son dos:

Es la primera, que aunque en general parece más fácil el ataque, y la guerra cuando separa á dos estados una línea de tierra que una superficie marítima, esto tiene muchas excepciones, y el caso presente es uno de los que deben ser exceptuados. Basta para ello considerar que los territorios inmediatos á la frontera de Marruecos con Argelia, están constituídos en grandes extensiones por desiertos arenosos, donde las operaciones militares son difíciles, si no imposibles, de suerte que esa frontera para los efectos militares tiene un valor insignificante, salvo muy contadas partes, y al propio tiempo debe tenerse en cuenta que la naturaleza del Mediterráneo y la proximidad de las costas de España y Marruecos es tal, que existen grandes facilidades para una acción militar entre ellas, pudiendo afirmarse que en una guerra, unas cuantas horas bastarían para trasladar de España á Marruecos, ó viceversa, millares de hombres, y serían precisos largos preparativos, varios días de marcha y muchas penalidades para atravesar esos desiertos. De suerte que el peligro de la acción de Marruecos sobre Argelia es muy problemático, y el de Marruecos sobre España claro y evidente, y si se acude á la Historia, gran maestra de los hombres, ella nos enseñará que en todo tiempo han tenido vida independiente Argelia y Marruecos; y separadas estuvieron en los tiempos primitivos, en los de los romanos y de los árabes, y separadas han continuado en el siglo XIX. En cambio España y el Mogreb formaron una sola provincia en los tiempos de los emperadores romanos y de los reyes visigodos; en tiempos de los califas de Damasco, España fué una dependencia de Africa, y en el de los califas del Occidente, el Mogreb y el Andralus tuvieron por capital á Córdoba, Marruecos y Fez, sucesivamente (siglos X, XI y XII).

Pero la segunda razón que puede alegarse es de una trascendencia considerable, y es preciso fijar en ella la atención, porque tiene un alcance y significación extraordinaria, y consiste en que, mientras el ataque á Argelia desde Marruecos no pondría nunca en peligro la integridad de la nación francesa, en lo que la caracteriza y distingue de las demás nacionalidades, la guerra traída á España desde Marruecos afectaría esencialmente á la nacionalidad española y la heriría en el corazón. Si á esto se añade que en el caso presente es Francia (con quien confinamos por el N.) la que va á colocarse hoy, con el pretexto de un protectorado, en las fronteras del S., el peligro se agiganta para el porvenir y la situación se hace más difícil, más crítica y más insostenible.

Respecto al comercio, en efecto, Inglaterra y Francia nos superan mucho; pero, ¿es que el interés del comercio necesita esa tutela sobre el

país? Bien claro lo niegan Inglaterra y Alemania. Por razón del comercio, la primera de dichas naciones iguala, si no excede, á Francia en este punto; pero Inglaterra entiende asegurado su comercio, como se asegura en estos casos, con el trato de nación favorecida, y Francia podía defenderle de igual modo; el convenio está explícito en este punto: los intereses comerciales no determinan la influencia política y general, ni deben determinarlo.

Resulta, pues, que en cuanto á verdaderos títulos para la acción sobre Marruecos, Francia sólo alega uno, el de la seguridad de una colonia, mientras nosotros presentamos el de nuestra propia independencia; que en cuanto á sacrificios en pro de la civilización y de la tranquilidad de Europa, Francia nada puede alegar, y nosotros podemos presentar el cuantioso sostenimiento de nuestras posesiones y la sangre de millares de soldados; y, por último, que aun en el caso de estimar el valor de las relaciones comerciales, precisamente los franceses nos serían deudores, como todos los pueblos europeos, de esos beneficios, y aunque no pudiéramos presentar más títulos; aunque ni antes ni después hubiéramos hecho nada; aunque no peligrara nuestra nacionalidad, habría de ser compensado el servicio hecho, por el cual Francia ha podido comunicar con Marruecos mercantilmente y llegar á ese estado de desarrollo.

Voy á entrar en una segunda parte, y, lo confieso con franqueza, lo hago obligado por apreciaciones que, en realidad, son una ofensa para el pueblo y el Gobierno español.

En estos últimos años alegan los franceses, quizás por lo mismo, que no pueden presentar mejores argumentos, que la influencia en Marruecos de una nación de espíritu religioso intransigente sería una amenaza para la conservación de su colonia argelina, y claro es que, en vista del juicio que de España tienen formado, se nos alude aquí directamente. Dicen que, dado el espíritu religioso de los mahometanos, al grito de guerra en defensa de la religión, se unirían todos y se verían envueltas en la guerra sus colonias del N. de Africa.

Si estudio este asunto desde el punto de vista de la colonia argelina, casi estoy por convencerme de que su dominación está, como se dice, como prendida con alfileres, que esa decantada civilización de su colonia es falsa, y que viven sin comunicación con los indígenas; porque á poco trato que exista con ellos, ¿cómo van á arremeter contra quien no les ofende ni les mortifica? Lo natural y lo lógico es que, en caso de guerra con los cristianos de Marruecos, los ardientes defensores de la fe mahometana establecidos en Argelia se trasladaran á aquel país para defender la para ellos causa santa, y esto no origina ningún peligro; pero es que ni aun ésto puede alegarse, porque en la misma guerra de 1860, á la que no puede negarse cierto carácter religioso, tribus del mismo Ma-

rruecos se ofrecieron á ayudar á los españoles, y en esa misma lucha Argelia no padeció trastornos por la cuestión religiosa. He aquí cómo párrafos y conceptos falsos desaparecen en cuanto se examinan con algún detenimiento.

Pero conviene, además, hacer notar lo falso del concepto primordial, esto es, del fanatismo religioso de los españoles. ¿Dónde existe? Cierto que hay católicos exaltados; pero éstos no llegan, sin embargo, á resistir el cumplimiento de las leyes, como muchos católicos franceses. Además, todo el país está convencido de que no se debe imponer la religión ni contrariar las creencias; y si los que tales cosas dicen quieren convencerse de ello, pueden observar que hombres de todos los partidos y de todas las creencias, en el Parlamento, en el *meeting* y en la prensa sostienen el respeto á la religión de los marroquíes, sin protesta de nadie. Hace más de veinte años se publicaron folletos, manifiestos y exposiciones, con aceptación general, y en todos ellos, con igual sinceridad y convicción que puedan haber tenido los franceses, se afirmaba esa conducta. Cuarenta y cuatro años han transcurrido desde la guerra de Africa, y á pesar de que las agresiones de los moros y de que las dificultades que su Gobierno oponía al cumplimiento de los tratados podían justificar una acción agresiva, en situaciones de violencia, como la de 1893 en Melilla, España dió pruebas de una templanza que, como ejemplo digno de imitación, pudieran seguir los franceses.

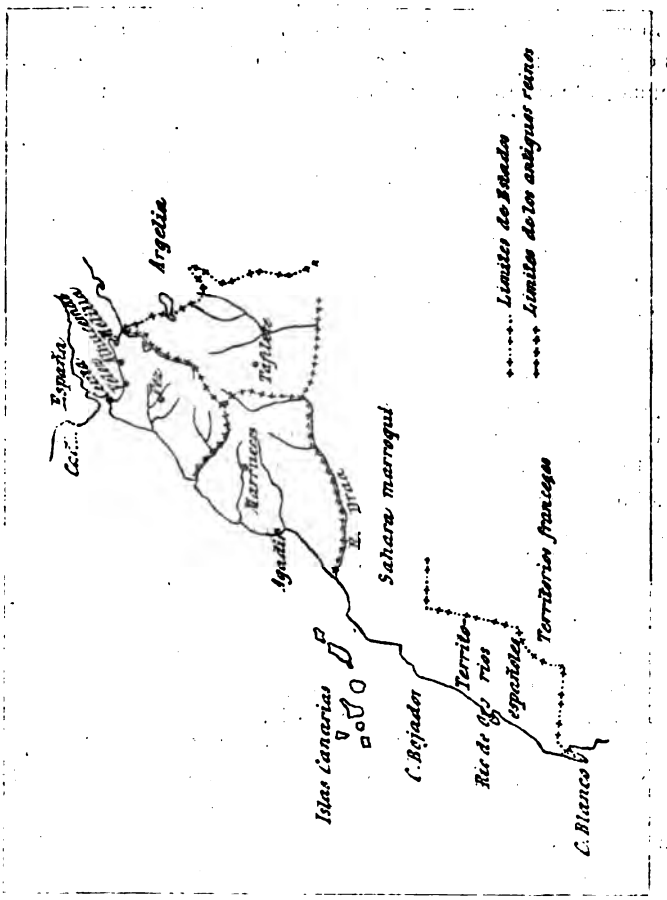
Nada, pues, más inexacto que estas especies, aplicables precisamente á Francia, que incesantemente lleva en su vanguardia civilizadora los fusiles y los cañones, que suenan con estrépito para vengar ofensas imaginarias á su pabellón y que en el interior del país y en las colonias exacerba las luchas religiosas entre católicos, protestantes y judíos, demostrando una intransigencia y un encono tal, que ya puede decirse que se ha borrado de hecho la palabra fraternidad de sus emblemas nacionales.

Desvanecidos estos errores, queda aún por determinar cuáles son las aspiraciones legítimas que, fundadas en sus antiguos y preeminentes derechos, corresponden á España con respecto al imperio marroquí, asunto que puede tratarse desde diversos puntos de vista.

Es el primero el de la posición ó situación geográfica, respecto del cual he hecho anteriores consideraciones que ahora corresponde ampliar, porque entre otros puntos, merecen atención grande la posición de las islas Canarias y la de nuestros territorios del Sahara, colocados bajo la soberanía de España y ratificados en esta posesión por el tratado de París de 1900.

Resulta de la inspección del croquis que se acompaña, que la costa occidental de Africa, á partir del estrecho de Gibraltar, forma tres partes distintas, que son: la correspondiente á Marruecos, que se extiende por

CROQUIS DEL IMPERIO DE MARRUECOS



el S. hasta el río Draa, considerado indiscutiblemente como el límite de los territorios del sultán, siendo de advertir que en ella está enclavado el territorio de Agadir ó Santa Cruz de Mar Pequeña, correspondiente á España y no entregado aún por las dilaciones del gobierno marroquí.

Desde el Draa hasta el cabo Bojador, la costa, sin estar reconocida oficialmente como posesión española, lo es de hecho, porque desde tiempo inmemorial los pescadores canarios son los únicos que la visitan en sus expediciones, y desde el cabo Bojador al cabo Blanco, es genuina y propiamente española, por virtud de nuestros derechos consuetudinarios reconocidos por el mencionado tratado de París.

Esa costa independiente es, además, la más inmediata á las islas del archipiélago español; su territorio es independiente; en sus playas hay lugares de abrigo y refugio, que los pescadores no encuentran entre el cabo Bojador y Río de Oro, y por todo esto constituyen su ocupación y su dominio una necesidad imprescindible, en razón á lo cual estimo que, separada ó conjuntamente con las negociaciones que se entablen con Francia, debe á todo trance asegurar la soberanía de España en ellas, que Francia no podrá menos de aceptar por no poder oponer más legítimos intereses, ya porque en 1900 no intentó hacer valer derecho alguno en este punto, ya también porque las necesidades de su comercio con el Sahara la obligan á dirigirle hacia el S., en dirección al Senegal, y, por último, porque de admitir que Marruecos va á entrar en la vía del progreso pudieran utilizar la desembocadura del río Draa y el curso de este río, así como los caminos del SO. de Marruecos.

Respecto á Santa Cruz de Mar Pequeña ó Agadir, es un punto del que no hay que hacer mención, porque, lo mismo admitiendo el convenio anglo-francés, que en caso de que no tenga virtualidad efectiva, como puesto al amparo de un tratado, hay que exigir su cumplimiento por parte de Marruecos, esté ó no en tutela.

La múltiple cordillera de los montes del Atlas, partiendo, puede decirse del cabo Nun, se dirige con uniformidad al NE. hasta el río Muluya, que desagua en el Mediterráneo. En la parte meridional y oriental de estos montes, el Sahara marroquí y el reino de Tafilete ocupan numerosos territorios que hay que convertir á la civilización; este es el campo propio de acción de la cultura y civilización francesa, y por él se encaminan ó deben encaminarse sus principales esfuerzos, y digo esto, porque desde Argelia al Senegal, ambas colonias francesas, no hay Estado culto que pueda ejercer directamente su acción, pues España, desde sus posesiones del Sahara occidental, no puede extenderse hacia el Oriente. En esas inmensas extensiones, manchadas por los desiertos pero embellecidas por los oasis, pueden abarcar el comercio general que se dirige del S. al N., del Niger á Marruecos y Argelia, y así lo ha comprendido Francia, tra-

zando nuevas vías de comunicación que, dotadas de los modernos adelantos, han de reportar ventajas inmensas al tráfico interior del Africa, y han de fomentar el cultivo de los abandonados campos, y de la ganadería, fuente de exportación; porque el desierto no es, como la opinión vulgar estima, una llanura inmensa donde la vida y la riqueza es imposible, sino una serie alternada, en la que en cierto modo puede compensarse la extensión de los arenales con la fecundidad de aquellos oasis, preciosas joyas en las cuales la producción es muy activa y muy intensa. Además, el reino de Tafilete es de un gran valor por sus producciones, y bien puede estimarse que por su proximidad á Argelia y por su incomunicación con Marruecos; es adquisición de gran estima, en la que Francia podría ejercer, con exclusión de toda otra ingerencia, la acción civilizadora, que si es útil para el pueblo sujeto á la tutela, no es menos conveniente y reproductiva para el pueblo que se encarga de su dirección industrial y económica, de ponerle en contacto con las ideas y con los adelantos, y le hace cultivar los campos y aprovechar sus minerales y fomentar su industria, y le proporciona las comodidades de la civilización.

Quedan ahora por estudiar otros dos reinos, que son los de Fez y de Marruecos.

El primero, ya lo hemos dicho, forma á modo de una prolongación de España. Su flora, su fauna, su cielo y su tierra, pregonan por boca de todos los hombres de ciencia, incluso los franceses, que son las mismas, y aunque el mundo se empeñara en lo contrario, la naturaleza resistiría tal atropello con todas sus fuerzas, poderosas aunque escondidas, pues hoy y siempre habrá más diferencia entre Argelia y Marruecos que entre el valle del Sebú y los hermosos valles de nuestra Andalucía. Todas las consideraciones expuestas al principio con relación al total imperio de Marruecos, tienen aquí más importancia, más fuerza y más desarrollo. Fez es una parte de España por el suelo, por la raza, por la proximidad y por la política española, claramente manifiesta y acentuada, lo mismo cuando tronaba el cañón en Tetuán que cuando en la conferencia de Madrid defendíamos la independencia de Marruecos, con igual calor que hubiéramos defendido nuestra propia independencia; y por esto, á título de hermanos, provocaron los españoles aquel concierto internacional, y por esa misma hermandad nos confiaban las naciones europeas el primer puesto para toda acción civilizadora al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

En cuanto al reino de Marruecos, cae más lejos de nosotros, conservamos el parentesco, pero no conservamos la comunicación y el trato. Aun así, es cien veces más legítima nuestra aspiración que la de Francia, porque Argelia está de Marruecos más lejos que nuestras costas, y porque, para llegar allí, tienen que atravesar las montañas del Ayisch, y sería preciso que hollaran las blancas cabelleras del Atlas, de ese monte mito-

lógico sostenedor del mundo. El camino de Marruecos está trazado durante siglos á través de las colinas y los valles que bordean el Océano, y no ha venido jamás la civilización directamente por Figuig y Tafilete.

Estos son los datos reales de la cuestión en el orden de la naturaleza, del derecho y de la historia; pero, ¿y en el de la diplomacia?

En este punto, para muchos espíritus de la nación vecina, el tratado anglo-francés ya lo ha solucionado; mas está tan lejos de la realidad, como ya lo ha indicado con gran acierto el Sr. Fernández Prida en un notable artículo publicado en el número anterior de esta Revista, que bien puede decirse que las negociaciones entre Francia y España son las que han de fijar definitivamente este asunto, para el cual España puede contar seguramente con el apoyo de Alemania y de Inglaterra, que se reserva la aceptación de las conclusiones que han de formularse.

Puede España en dichas negociones insistir en su política del *statu quo* político, militar, administrativo y comercial, negándose á que en Marruecos se ejerza la tutela por nación alguna, y estos son los deseos de la opinión en España; mas desde el momento en que dos naciones interesadas admiten la posibilidad y la conveniencia de acabar con la anarquía, con el desorden y con la falta de administración, España puede verse obligada, en cierto modo, é inspirándose en los mismos móviles de humanidad y civilización, á aceptar en principio la conveniencia de aquélla, sobre la base ya establecida por el reciente acuerdo, de que á España y Francia corresponde su ejercicio, que bien puede efectuarse por una acción paralela y combinada de estas dos naciones, ó por acciones separadas é independientes.

Cualquiera de las dos formas puede aceptarse; y para ambas da base firme el convenio de 8 de Abril, puesto que si en el art. 2.° reconoce el Gobierno británico que *pertenece á Francia, por ser potencia limítrofe de Marruecos, vigilar ó cuidar por la tranquilidad de este país, prestarle su ayuda para todas las reformas administrativas, económicas, financieras y militares*, Inglaterra y Francia reconocen en el art. 8.° que *España tiene también, por su posición geográfica y por sus posesiones territoriales sobre la costa marroquí, intereses análogos*, que llevan desde luego á admitir, y este es indudablemente el criterio del Gobierno inglés, la cooparticipación en esa ayuda para todas las reformas administrativas, económicas, financieras y militares, tanto más cuanto que la regularización del servicio de correos, la de las aduanas, el estudio militar hecho con notable acierto por la Comisión de Estado Mayor que nuestro país sostiene, y son obras españolas, y los empréstitos últimamente contratados por el Sultán, han afectado á España directamente y en gran cantidad.

Mas este modo de obrar, esta acción común, puede dar lugar á rozamientos y á dificultades que tanto á Francia como á España conviene

evitar, y que pueden presentarse, por la competencia para las empresas constructoras de vías comerciales; por la diversidad de idiomas y de procedimientos administrativos para la recaudación de tributos, etc., etc., entendiendo por esto preferible la acción separada é independiente.

La acción civilizadora corresponde á España en el reino de Fez y en el Sahara oceánico, y á Francia en el de Tafilete y Sahara interior; el reino de Marruecos, más alejado de una y otra potencia, puede ser el único territorio á discutir como zona de influencia, y en él llevamos la ventaja de tener admitido por derecho internacional un punto de la costa (Santa Cruz), y por la naturaleza un camino y una comunicación natural de que carecerán los franceses aun después de haber fomentado la cultura en Tafilete y el Sahara interior. Si con el tiempo una de las dos naciones, por sus grandes alientos y empresas, por el resultado positivo y práctico de su acción, por las simpatías que hubieran logrado despertar en el Gobierno y en el pueblo marroquí, tuviera más facilidades de éxito, á ella podría encomendarse esta tarea, dejando así aplazada esa parte del problema; pero si por la influencia de las dos naciones en Fez y Tafilete se lograra que el pueblo marroquí, abandonando su persistente rutina, quisiera extender, sin ayuda extraña, los beneficios establecidos en aquellos reinos al de Marruecos, España y Francia nada tendrán que hacer sino felicitarse de sus iniciativas y recabar del mundo culto la estimación y el agradecimiento á que eran acreedores.

He aquí lo que España tiene derecho á pedir y lo que seguramente quiere; esto es lo que, no ahora, sino hace mucho tiempo, viene constituyendo sus aspiraciones, consignadas en multitud de escritos y discursos; esta es la opinión general y constante, y tan unánime cual lo puede ser la opinión francesa, aunque en uno y otro país existan temperamentos más ó menos radicales, careciendo de base la afirmación que hacen algunos de los escritores del Norte del Pirineo de que no hemos formado opinión acerca del asunto, para sacar la consecuencia de que por este estado de incertidumbre en que estamos debemos asentir á sus proyectos de ensanche colonial.

No; España tiene opinión concreta más desinteresada y más perfectamente definida que la francesa, que no sabe ó no quiere poner límites á su extensión territorial, y que aspira á ir avanzando poco á poco, por cualquier parte, siempre que no encuentre resistencia, aquí ó allá, eso le es indiferente, con tal de sumar kilómetros cuadrados y hacer francés todo el Africa Occidental.

Nosotros queremos el respeto absoluto de Marruecos, con quien nos unen los vínculos del territorio, de la raza y de la historia; pero si hay que civilizar Marruecos, si hay que hacerle próspero y feliz, nuestro puesto debe ser el primero, dejando, cuando más, que por la proximidad, no

mayor ni más importante que la nuestra, se sumen los esfuerzos de otro, pero no que se nos arrebate aquello que más genuina y propiamente está reservado á España, y por cuyo sostenimiento y conservación ha contenido sus impulsos, ha hecho sacrificios, ha permanecido inactiva, y ha buscado la aquiescencia de las demás naciones interesadas, evitando, quizás, desmembraciones y defendiendo derechos cuya renuncia equivaldría á renegar de nuestra historia y á consentir una situación peligrosa para nuestra propia nacionalidad.

10 de Mayo de 1904.

ESCRITOR, POR JUAN MARAGALL.

Muchos somos, innumerables, los que nos dejamos llamar así: escritor, y aun nos complacemos en ello, y hasta para tantos es esta una suprema ambición y, conseguida, un título de gloria, esto es, vanidad.

Porque no nos fijamos bien en lo que tal denominación significa. Escritor quiere decir uno que escribe por profesión: es hacer profesión del escribir; y como escribir no otra cosa es que hablar por signos gráficos, resulta que profesión de escribir es profesión de hablar: escritor, hablador! Avergoncémonos.

¿Cómo podemos tolerar, cómo complacernos en tal sacrilegio? Hablar es cosa sagrada; hay en ello todo el divino misterio de la humanidad: es expresarse, dar el alma á nuestros hermanos, cuando el alma necesita darse y es esperada. ¡Y de esto hacemos una profesión!, ¡y comemos de ella!, ¡y comemos de ella con orgullo!; ¡farsantes!, ¡sacrílegos!

Ese dón de la palabra nos ha sido dado para satisfacer nuestra naturaleza social y para enaltecerla. El hombre puro habla cuando necesita hablar para su relación social, ó bien cuando un fuerte impulso interior le dicta palabras que siente bienhechoras, casi diré necesarias, para sus hermanos. Lo que nunca hará el hombre puro, será ponerse á hablar sin necesidad y sin impulso. Si ha de ganarse un pedazo de pan para sustentar su cuerpo y su familia, buscará un trabajo útil y de él vivirá como pueda; y si no es apto para trabajos útiles, buscará el favor, mendigará. Lo que nunca se le ocurrirá al hombre puro, así haya de morir de hambre, será llamar á las gentes á corro y, poniéndose en medio y en alto, estimularse á dar la vaciedad de su alma en humo de palabras, y una vez hinchada el alma de sus hermanos de aquella vaciedad, pasar el plato. ¡Maldito arte que sabe dar la vaciedad por substancia! Arte peor que el de los charlatanes en las ferias, porque el charlatán se vale de su palabrería para hacerse pagar un específico, pero no incurre en la monstruosidad de hacerse pagar las palabras. Y es lo que hace el escritor: hacerse pagar las palabras!

No hay por qué condenar al hombre de ciencia, que se vale de la palabra (hablada ó escrita) para comunicar el resultado de sus investigaciones; ni al abogado, que la usa noblemente para exponer en justicia los hechos; ni al gacetillero, que informa al público de lo que pasa, ni á tantos otros para quienes la palabra forma parte de un trabajo útil! Venere-

mos á aquellos otros que, teniendo el dón de ver en el fondo de la vida y de expresar su visión, hablan palpitantes aun de ella á sus hermanos, en bien de todos, desinteresadamente. Lo intolerable, el gran sacrilegio, es imponerse, por dinero ó por vanidad, la tarea de hablar á plazo fijo á los hombres, téngase ó no se tenga algo que decir, apelando á los recursos de una malhadada inventiva y de una peor habilidad en alinear palabras huecas, aguzada en el vicio mismo de inventarlas. Lo sacrílego, lo calamitoso para el propio espíritu y el ajeno, es ser escritor; no el ser filósofo, ó político, ó poeta, ó gacetillero, ó apóstol, sino el ser simplemente esa monstruosidad: escritor, esto es, hablador de oficio.

Podrá decírseme que el escritor es, generalmente, algo de lo que acabo de mencionar; pero yo preguntaré: ¿Puede ningún científico contar con algo substancioso que decir de su ciencia cada mes? ¿Se comprometerá el poeta á palpitar con la realidad una vez cada semana? ¿Tiene realmente el político un impulso sincero cada día? No; para ninguno de ellos es el caso. Ninguno de ellos puede, pues, en conciencia ligar su actividad sincera ni fundar el régimen de su vida en hablar de sus aficiones á plazo fijo. Y el escritor, propiamente dicho, es aquel que se compromete á escribir. No á decir algo de substancia (que esto no está en su mano), sino simplemente á escribir.—Yo para vivir (ó para hacer honor á mi firma, esto es, á mi vanidad) necesito escribir una novela, un drama cada año.—Yo vivo de mi carrera, pero me ayudo con mi colaboración mensual á tal revista.—Mis cinco duros diarios son mi artículo semanal en siete periódicos.

Este es el escritor; y su sentido moral, atrofiado por el vicio público de hablar, le permite decir eso con cierta dignidad, con orgullo.—¡Soy un obrero de la inteligencia!—exclamará con hipócrita humildad, porque en su fondo se cree inmensamente superior á todos los obreros. Y, sin embargo, ¡cuánta mayor dignidad no hay en el que machaca piedra ó guía un carro! Porque éste usa de la fuerza ó de la maña que le han sido dadas según la propia naturaleza de ellas, mientras el escritor vive de la palabra, no según el fin de ella, que es la necesidad social ó el impulso espontáneo del espíritu, sino contrariando su fin, esto es, fabricándola aun vacía de sentido, llenándola con vaciedad.

—Vé á machacar piedra, amigo escritor, si habilidad no tienes para otro trabajo en que ganes tu vida; y si ni aun aquella habilidad tienes, mendiga: que más noble es vivir mendigando, que vivir engañando. Si eres filósofo, poeta ó apóstol... mendiga, y cuando la plenitud de tu espíritu desborde en palabras llenas de sentido, sólo entonces habla: que más vida habrá en tal ocasión en una palabra tuya, que en todas las limosnas que hayas recibido; mientras que el dinero que ahora cobras por esas vaciedades sonoras que hilvanas, sudando quizás sangre y agua, es dinero ro-

bado á la pública inconsciencia que con ellas acrecientas, sumiéndote á ti mismo y á tus hermanos en espíritu de tinieblas!

Así hablaría yo al escritor. Y si el escritor me oyera, ¡cuán aligerada no quedaría nuestra literatura, y todas las literaturas!, ¡cuán serenado el espíritu humano!, ¡qué repentino avance en el camino de luz por donde la humanidad es divinamente atraída!

Quedarían aún, ciertamente, aquellos que, engañados por su propia vanidad, creen sinceramente tener siempre algo que decir, y se dan gratis, y aun ponen dinero encima. Pero á éstos el público les hace más pronto justicia: pocos les leen, y sonriendo, y esa sonrisa es redentora de mucha vaciedad. Los temibles son los que tienen suficiente talento para vivir de él, para morir de él su alma y la ajena. Estos son los terribles profesionales de la palabra.

Y para acabar de librarme de ellos, voy á ver si hundo al falso ídolo, á Pœnia, á la Necesidad, musa famosa. Es dicho corriente y admitido, que la necesidad estimula el ingenio; que muchas grandes obras del espíritu humano no hubieran existido á no haber intervenido ella en su creación, y que, desde luego, muchísimos hombres de talento no darían ni la mitad de lo que dan de su inteligencia, si no les fuera menester escribir pasa satisfacer su necesidad ó su lujo. A todo eso contesto: que los grandes genios de la humanidad hablan, en cuanto son tales, por divina inspiración, independientemente de causa exterior que les obligue, y que la pureza y la alteza de sus creaciones está en relación directa con la independencia en que han sido producidas. Aunque se me probara que Cervantes compuso el *Quijote*, y Shakespeare sus dramas, en la esperanza de sacar un provecho material de ellos, no me rendiría; porque nadie es capaz de probarme que sin aquella esperanza de lucro no hubiera hecho Cervantes su *Quijote* más perfecto, más intenso, menos cargado de digresiones y episodios que lo deforman, ni que Shakespeare, aun escribiendo sólo la décima parte de lo que escribió, no nos hubiera dado en esta décima parte toda su portentosa intuición de las pasiones humanas. Sin la musa Economía, se escribiera mucho menos, ¿quién lo duda? Pero esto ¿sería un bien ó un mal? Yo no creo que el espíritu humano dejara de decir nada de lo que ha de decir, con la ventaja de librarse de tanto sofisma ó impureza como el que le tiene continuamente luchando en confusión.

En la obra del escritor que vive de serlo, hay siempre como un sello de esclavitud: sirve al público, sirve á una empresa, y esta servidumbre proyecta en su obra una sombra, que muchos no ven porque, por culpa de la frecuencia de ella, están olvidados de la luz pura del espíritu, y sufren de su ausencia sin saberlo.

Sin la necesidad de vivir de ello, los hombres de talento escribirían

menos; pero, ¿y esto qué? No todos los días habría artículo de fondo en cada periódico; no todas las revistas saldrían puntualmente el primer día de cada mes; no funcionarían tantos teatros, ni se daría en ellos un estreno cada semana; Zola no hubiera escrito tantas novelas, y los estantes de las bibliotecas gemirían más dulcemente. Pero, ¡qué artículo de fondo el que saliera cada mes!, ¡qué revista la que apareciera cuando hubiese de qué!, ¡qué teatros los que no fueran un bajo comercio con el público!, ¡qué cuatro novelas habría hecho Zola, y qué rectos y luminosos los estantes de las bibliotecas!

Oh!, hagamos la prueba!, mudemos de oficio! Tal de nosotros puede resultar un excelente agricultor, tal un afortunado comerciante, tal un honrado obrero y tal un intrépido marino. Y el que se sienta tan... contemplativo que no pueda resolverse á trabajar, cuide de su hacienda si la tiene, ó acomódese con la ajena. Y cuando en el descanso de la labor del campo, ó en la lícita huelga del comercio ó industria, ó en los largos ocios del mar, ó en el éxtasis de un parasitismo satisfecho, el espíritu nos hable libremente forzándonos á rebosar en palabras inspiradas, dejémoslas entonces brotar palpitantes aun de la plenitud del espíritu, serenas, sin la enturbiadora preocupación de lo que puedan valernos. Y si tan mal le va al mundo con la falta de nuestra asalariada algarabía, si tan mal se encuentra con la rara palabra resonando llena de sentido en medio del fecundo silencio, el mundo nos lo dirá; y siempre estaremos demasiado á tiempo para volverle al caos.

LOS ESTABLECIMIENTOS OFICIALES DE INSTRUCCION PÚBLICA EN FRANCIA, [1]

POR J. GASCON MARÍN.

Califícase ya de lugar común, traer á colación en discursos ó escritos la importancia de la instrucción, la trascendencia de la educación en la vida social; pero de tal lugar común no podemos apartarnos los españoles, bien necesitados de que todos, y especialmente los gobernantes, traduzcan en hechos la firme convicción de creer en la virtualidad de la enseñanza y de los auxilios que á la misma se concedan. Y si no puede negarse la conveniencia de que se acometa en serio el problema de la reorganización de nuestros centros docentes y de su adecuada dotación en el presupuesto, es bien cierto que, entre nosotros, no es por todos reconocido el papel que en esa obra redentora de la cultura de un pueblo y de su progreso corresponde á la Universidad. Menos Universidades, se dice, y más escuelas técnicas; menos doctores y más industriales, se exclama por muchos, en vez de clamar todos por la abundancia de Universidades que merezcan tal nombre por el número de sus enseñanzas, que merezcan el calificativo de centros superiores por la índole de sus tareas, base firme y necesaria de las tareas todas de instrucción y educación.

«Es á la Universidad—dice Simyan—á la que debe Francia contribuir tan brillantemente á la obra común de la humanidad pensadora, que investiga para conocer el hombre, su lugar y su papel en la naturaleza, sus remotos orígenes, su pasado, su espíritu, sus artes, su poesía y sus costumbres en épocas diferentes y en las diversas comarcas, no sólo por satisfacer noble curiosidad, sino anotando las etapas del progreso, para esclarecer el presente y preparar el porvenir. En el vasto campo de la filosofía, de las ciencias, de la erudición, de la historia y de la crítica, no existe apenas parte en la que los maestros de la Universidad no hayan trazado su surco.» «Sólo la Universidad, acelerando su marcha en la dirección invariable en que la vemos dirigirse hace tiempo, posee tradiciones que aseguren una enseñanza á la vez liberal y moderna, formando hombres cultos y aptos para un fecundo trabajo.»

Gratísimo tiene que ser para cuantos dedican sus esfuerzos en el ve-

(1) Artículo redactado con ocasión del examen del *Rapport portant fixation du budget général de l'exercice 1904, service de l'instruction publique*, por M. Simyan, Diputado.

cino Estado á la obra universitaria, el que se proclame en el Parlamento el éxito de su labor, y más grato ha de serles todavía el que, comentando estas manifestaciones hechas ante la representación nacional, se manifieste el deseo de que diputados y senadores, consejeros generales y municipales relean y mediten las páginas del informe de Simyan, para que vean que «los recursos votados han sido bien aprovechados y comprendan que los gastos que ellos autorizaron son esencialmente productivos» (1).

¡Cuán útil para muchos de nosotros la lectura de las páginas primeras de la ponencia; en las que, bajo el epígrafe *L'œuvre de l'Université*, el diputado por Saona et Loire hace la defensa de la Universidad francesa, resumiendo sus obras y citando los nombres de los maestros insignes! Cuán útil, digo, para que se viera cómo cuando la ciencia no se aprisiona burocráticamente, cómo cuando la autonomía llega á la Universidad y ésta tiene estímulos, cómo cuando al profesor se le dan medios para el trabajo y se asegura su independencia económica, la investigación científica camina siempre avanzando, y el Estado puede sentirse orgulloso de su tutela para la enseñanza. Y qué triste impresión deja en el ánimo de los que, sin medios materiales para luchar, sin recursos sobrados para la lucha por la vida, en la lucha por la cultura ven chocar su decidida voluntad con la falta de útiles para la investigación y para la difusión de los conocimientos adquiridos; para los que viendo entre los maestros de las aulas universitarias aquellos á quienes el mundo científico les reputa como tales, recuerdan á costa de qué tiempo y esfuerzos lograron medios en que desenvolverse; para los que dedicados á la enseñanza, las necesidades de la vida, en más de una ocasión, les han cerrado el paso en la realización de laudables propósitos en bien de la instrucción patria y de la tarea que á ellos les encomendó el Estado.

La parte del trabajo dedicada á la enseñanza superior, es una confirmación de lo anteriormente expuesto.

El movimiento literario y científico aumentado en las Universidades, constituídas en verdaderas corporaciones autónomas, compensa, según el autor, los inconvenientes de que tal sistema orgánico pudiera adolecer.

Y prueba de ese movimiento son los trabajos realizados por las distintas Facultades.

La de Ciencias patentiza «que la riqueza económica de una nación depende estrechamente de su cultura científica». Al lado del interés puramente especulativo está el interés práctico, por las múltiples aplicaciones de los conocimientos científicos. La Universidad francesa, al poseer

(1) *Revue Internationale de l'enseignement:* París, Diciembre, 1903 —*Le budget de l'instruction publique pour l'exercice 1904.*

su autonomía económica, se ha orientado en el sentido real, y la química y física industriales, la mecánica, botánica y química agrícolas han tenido lugar junto á los cursos teóricos.

El ejemplo de Alemania, en donde casi son las Universidades las encargadas de la enseñanza superior agrícola, no ha sido desatendido. La Universidad de París, con la instalación definitiva del Laboratorio de química aplicada y el de mecánica física y experimental; la de Lyon, con sus cursos de sericultura, química, botánica, zoología y geología agrícolas; Lille, con los de electricidad y química aplicada; Nancy, con Instituto químico y su *Ecole de brasserie;* Burdeos, con sus cursos sobre resinas, vinificación y destilerías; Dijon, con su *Instituto enológico;* Caen, con su estación agronómica; Besançon, con su Laboratorio de fermentaciones; Grenoble, con sus estudios prácticos de electricidad, y Marsella, con los de productos é higiene colonial, inducen á Simyan á creer que, aunque de reciente creación, ayudarán poderosamente la industria, el comercio y la agricultura. No está—dice—la obra completa; especialmente en los dominios de la zoología hay numerosas aplicaciones á que atender; pero se ve un esfuerzo constante, un trabajo fecundo, y prueban las Facultades que han comprendido su papel de «focos de alta cultura intelectual y centros de estudios útiles y aprovechables para la gran masa de ciudadanos».

Respecto á las Facultades de Derecho, señala cómo sin dejar de ser establecimientos que preparen para la práctica judicial, se han convertido en Facultades de ciencias políticas y económicas, habiendo instituído para los que buscan un complemento de cultura para ejercer una carrera mercantil, industrial ó agrícola, el estudio del derecho marítimo, de la legislación comercial comparada, del derecho internacional público, de la legislación industrial, de la financiera y colonial. Refiriéndose á la duplicidad de doctorado, el jurídico y el político-económico, pregúntase si no sería conveniente crear varios tipos de licenciatura en la Facultad, solución que él cree se impone, si se considera que gran número de estudiantes se dedican al comercio, á la industria ó á la agricultura, y que para ellos la creación de una licenciatura en ciencias económicas sería utilísima.

No son tan lisonjeros los párrafos que dedica á las Facultades de Medicina, de cuya altura investigadora no se muestra satisfecho, y al estudiar las causas de tal estado, apunta la relativa á las condiciones en que se verifica la agregación y la insuficiencia de los progresos realizados en cuanto á los medios prácticos para enseñar.

En cuanto á los grandes centros de cultura, ocupa, en primer lugar, su atención el Colegio francés, que en 1902-903 ha dado 1.725 lecciones, en las que la materia ha sido nueva respecto á las de cursos prece-

dentes, estudiando ya recientes descubrimientos, ya hechos actuales en las cátedras, investigando en los laboratorios, entre los que merece especial mención el de Fonética experimental, en que Rousselot ha obtenido resultados interesantes. Siguen á él, el Observatorio de París y el Museo, para cuya labor científica tiene aplausos, considerando este último como establecimiento científico sin igual, cuyo papel no debe ser rotular y exponer los ejemplares en las galerías, sino hacer su estudio científico y darlo á conocer del público.

No pasa para Simyan desapercibida la cuestión suscitada acerca de la reorganización de la Escuela Normal Superior, recientemente acometida, y la unión de los *maîtres de conferences* de la Escuela al cuadro de profesores de la Universidad de París; y en la parte relativa á las grandes escuelas, refiriéndose á la Nacional de Cartas, sostiene que es su reforma cada día más imperiosa, en interés del mejor funcionamiento de archivos y bibliotecas, debiendo ser la Escuela profesional de archiveros y bibliotecarios, si bien, á pesar de las fundadas y severas críticas de que puede ser objeto en este punto de vista, cree justo reconocer que científicamente ocupa uno de los primeros lugares entre los establecimientos de enseñanza superior.

Tras el resumen que hace de los trabajos realizados por las escuelas francesas de Atenas y Roma y el Instituto Arqueológico del Cairo, pasa á examinar los archivos y bibliotecas, comenzando, al referirse á la Nacional, por afirmar que su funcionamiento reclama una reforma radical, teniendo en cuenta los cargos dirigidos por los sabios más competentes. En primer lugar debe acometerse la reforma del personal, hoy mal retribuído, reclutándolo entre los profesionales que justificasen sus aptitudes y conocimientos administrativos y técnicos necesarios, así como exigir, para ser nombrado administrador general de la Biblioteca Nacional, ciertas condiciones de orden profesional. Respecto á los Archivos, muéstrase partidario de que el archivero sea un funcionario del Estado, nombrado por el Ministerio de Instrucción pública.

«Si la enseñanza superior parece hoy día organizada en Francia de un modo definitivo, la segunda enseñanza no ha salido todavía de la crisis en que la opinión pública se agita desde hace años». Hace una veintena que se originó el conflicto entre los dos principios contrarios tan difíciles de conciliar. Y respecto de esta enseñanza, dos son las cuestiones que actualmente merecen ocupar la atención particular de la Cámara: 1.ª, la experiencia hecha en algunos Liceos del régimen de autonomía y la aplicación á todos ellos del nuevo plan de estudios; y 2.ª, la situación del personal docente en los Liceos y Colegios. En 17 Liceos que han gozado autonomía, dos han sido las reformas esenciales ensayadas: la creación de vigilantes para descargar de tal servicio á los repetidores, el empleo de

éstos como profesores adjuntos y sin que el ensayo pueda darse por realizado en absoluto, siendo prematuro tanto cantar victoria como condenar la reforma, se hace notar por los provisores que si bien los repetidores preparan con sumo cuidado las clases y trabajan con ardor, se ha puesto de manifiesto su inexperiencia, por lo que estima Simyan que para asociarlos estrechamente á la enseñanza habría que hacerlo de manera más conforme á sus aptitudes, encargándoles suplencias y ciertos trabajos, especialmente el encargarse de los alumnos incapaces de seguir á sus camaradas en la clase.

Temerario considera juzgar los resultados del nuevo plan de estudios, mas por el momento «hay que limitarse á hacer constar que el griego es abandonado progresivamente y no tardará en desaparecer de las clases». La mayor parte de las familias prefieren para sus hijos á la división griego-latín, las de latín-ciencias ó latín-lenguas vivas. Señala el inconveniente de que por la dualidad de profesores de letras se caiga en el vicio pedagógico que más ha contribuido al poco éxito de la enseñanza moderna: la falta de unidad en la dirección intelectual y moral de los alumnos; muéstrase contrario á la reducción á una hora del tiempo de clase, que si puede bastar en algunas asignaturas es insuficiente en otras.

La situación del personal docente es de malestar, debido á que el servicio que de él se exige es frecuentemente muy pesado, y el avance en la carrera se ha convertido en una lentitud desesperante. Lo primero, es sacrificar por una débil economía la alta cultura de los maestros; lo segundo, remédiase, en parte, con el proyecto del Ministro que exige votar 270.000 francos; mas con ello no cesaría la crisis que atraviesa dicho personal, motivada por causas que pueden reducirse—dice—á una sola: «el abuso de las economías».

También cree que las condiciones en que se recluta y en que se ve colocado el personal de la primera enseñanza superior contribuye á que sus progresos no hayan sido todavía más rápidos (cuenta hoy con más de 300 establecimientos, frecuentados por más de 30.000 alumnos), y muéstrase partidario de la creación en las Facultades de numerosas bolsas de profesorado de escuelas normales y primarias superiores.

Dada la actual lucha entre la enseñanza primaria laica y la religiosa, dada la crisis por que Francia atraviesa en este punto, en un trabajo de la índole del que se trata, no podía desatenderse problema de tanto interés, y en la ponencia, tras de considerar al personal como superior al de otras naciones y sostener hay que extender los beneficios de la enseñanza laica se afirma, «hay que adoptar resoluciones enérgicas y no rehusar necesarios sacrificios», y de conformidad con la opinión de Buisson, admítese que la primer medida debe ser asegurar un buen reclutamiento de maestros, y que el cuerpo docente se forme con unidad de miras, conciencia

del fin que se persigue, firmeza de dirección moral que le dé pleno sentimiento de su poder y de su responsabilidad.

Complemento de la obra de la escuela son los cursos para adultos, son las conferencias populares, las obras de educación social que acusan progreso en la nación vecina. Simyan examina en la ponencia el informe de Edouar Petit, citando sus palabras: «La ignorancia no tiene ya como excusa la miseria, la imposibilidad de aprender», y cree que hay que acudir en ayuda de tales empresas para evitar el riesgo de que sucumban las que carezcan de recursos pecuniarios. Los cursos de adultos, la escuela de la tarde, debe convertirse en escuela oficial funcionando con regularidad.

La lectura de la obra de Simyan ofrece á nuestra consideración el examen de los problemas más importantes relativos á la instrucción pública de un país. La misión de la Universidad como centro de estudios superiores, encaminada su obra á encauzar y dirigir la actividad industrial, á estudiar los problemas sociales; el aspecto educativo que la enseñanza debe tener para responder á sus verdaderos fines; la conveniencia para asegurar la prosperidad de los centros docentes de concederles personalidad civil, la necesidad de dotar debidamente los varios capítulos del presupuesto teniendo personal suficientemente remunerado para que el empleo principal de su actividad sea la investigación científica y las tareas docentes y concediéndole el material preciso al fin que debe perseguir; los resultados que en la práctica ofrece la nueva organización de la segunda enseñanza; la urgencia de proporcionar al maestro retribución decorosa y de que el Estado cuente con el número de ellos que la cultura nacional requiere; la utilidad de las obras sociales post-escolares, todo ello tienen lugar adecuado en la ponencia que salvo las pinceladas políticas que contiene, como no podía menos de suceder, dado que la enseñanza tiene también su aspecto político, que no cabe relegar á término secundario, y que cada cual, según su filiación, admitirá ó no, por todos merece ser elogiada ya que es la entusiasta defensa de la enseñanza pública, que supone decidido apoyo al profesorado, que rompe una vez más lanzas en favor de los aumentos en el presupuesto de instrucción, calificando ciertas economías de abuso de ellas y llama la atención acerca de gastos reproductivos para el país.

Esta enumeración nos recuerda cómo entre nosotros existen establecimientos docentes que con exiguas consignaciones dejan ingresos en las arcas del Tesoro; cómo la reorganización universitaria acometida por los dos partidos turnantes con la ley de autonomía, hoy abandonada á pesar de que una representación del profesorado la reclamó en la última Asamblea de Valencia, merece salir del abandono en que se halla; cómo cuando se habla del gran número de abogados, cabe pensar en orientar las Fa-

cultades de Derecho en el sentido de que real y verdaderamente lo sean de Derecho y de Ciencias sociales; cómo los apresuramientos para discutir el presupuesto están en abierta oposición con la importancia que otros Parlamentos le conceden; cómo el hablar de que en presupuestos de nivelación no cabe aumentar dotaciones, aunque con tal proceder la enseñanza siga sin poder ser lo que el país reclama que sea, es aparentar desconocimiento de la materia; cómo en lugar de hablar de abusos del profesorado que, como en todo organismo, cabe que existan, y de si sus tareas científicas alcanzan ó no la intensidad debida, en otras Cámaras buscan los orígenes del mal y proclaman que para que el maestro investigue necesita el estímulo de la recompensa y el no tener que investigar cómo ha de cubrir el *déficit* que le deja el sueldo que el Estado le satisface, insuficiente á cubrir las necesidades de la vida, y cómo, sobre todo ello, se busca en la cultura, se busca en la enseñanza el despertar de energías, la iniciación en el empleo de ciertas actividades fecundas, y para lograrlo, allí donde para material de Universidades se propone un crédito de 2.586.705 francos, todavía preocupa la dotación de laboratorios y gabinetes y se piensa en la participación que la sociedad debe tener en proporcionar recursos, recordando la petición de un millón de libras esterlinas hecha por la Universidad de Londres para instalar laboratorios de experimentación é investigación, y los 150.000 marcos de dotación particular para el laboratorio de estudios del Hospital de la Caridad de Berlín.

La discusión del presupuesto en la Cámara fué confirmación de las opiniones antes referidas, mereciendo por su importancia no dar por terminadas estas líneas, sin hacer mención de haber propuesto M. Pierre Poisson la gratuidad de la segunda enseñanza, proposición enviada á estudio de la respectiva comisión.

Mientras discutamos unas pesetas—que en otros capítulos se conceden sin discusión—para la enseñanza y no procuremos que aumentando el gasto sea mejor y más accesible á los que más la necesitan, seguiremos, como hace ya tanto tiempo caminamos, sin orientación segura en cuestión tan vital.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, POR LEONARDO LABIADA.

I

LA PINTURA

Los peligros del alma son tres, y los peligros de nuestros pintores en los corrientes días otros tres: Sorolla, Zuluaga y Rusiñol. El sorollismo, el zuluaguismo y el rusiñolismo hicieron irrupción en nuestros talleres y dan carácter muy pintoresco á la Exposición bienal. De estos tres peligros, el que presenta mayor acometividad es el primero: el sorollismo. Es natural: Sorolla es, hoy por hoy, el artista que puede emparejar con las más pujantes firmas europeas. Y hacemos esta afirmación sin faltar en nada á la prudentísima regla, que hoy nos impone hablar con gran mesura, de las cosas buenas que da de sí nuestro solar patrio, para no incurrir en el feo vicio, en la reprensible exageración de ardiente *meridionalismo*. Lo cual me parece á mí que requiere, ó no hay justicia en la tierra, que exijamos de los hombres del Norte un poco más de viveza y fogosidad, para que, á su vez, no incurran en el feo vicio, en la reprensible exageración de un letífero *septentrionalismo*.

Digo que de Sorolla podemos hablar sin ser muy *meridionales*, en tan rotundos términos, porque ya un Jurado internacional nos dió permiso para pregonarlo así. Sorolla es la primera fuerza impulsora de la pintura contemporánea en la tierra de Velázquez; fuerza que arrastra, que impele; pero al que no ande ¡ay! con mucho tiento, lo arroya. Son muchos los arroyados por incautos ó por holgazanes; más por lo segundo que por lo primero.

La holgazanería: nota primera, nota capital de la Exposición. Se imita, no por seguir á un maestro que enseña y educa, sino por ahorrar labor, pretendiendo, estéril pretensión, coger de golpe, como por sorpresa, un modo de hacer. Así, por ejemplo, en el caso del sorollismo, el maestro, después de faenas árduas, llega al manejo magistral del *pleno sol:* pero viene detrás el sorollista y acomete la misma dificultad: el *pleno sol.* ¿Cómo? ¿Pintando el sol que nos alumbra á todos? ¿Estudiando la luz del *astro-rey?* No; en vez de empaparse en sol del cielo, se empapa en sol de Sorolla, y en vez del discípulo sincero, surge el tedioso imitador.

El imitador; porque al hablar de los discípulos, á quienes menos aludo

es á los discípulos directos, á los que reciben la enseñanza en la fuente pura del mismo taller. Estos ven de cerca la labor personal, la tenaz germinación, y están curados de la insensata manía de improvisar estilos. Yo advierto este peligro, que ya amagó en la Exposición del año 1; en el trienio transcurrido se extendió el contagio á talleres que estaban indemnes.

Deben ser repetidas hoy estas líneas que Acebal trazó al hablar de la anterior Exposición oficial: «En torno de Sorolla se apiña un pelotón de discípulos laboriosos, encariñados con el arte y con el maestro.»

Algunas obras son dignas de especial mención, aunque en todas fuera bueno ser más acusada la personalidad del discípulo. Es achaque muy frecuente la *marca de fábrica*, el sello del taller; pero éste que podríamos llamar *peligro*, se acentúa más en los adeptos del sorollismo por razones fáciles de comprender, por lo mismo que la personalidad de Sorolla es de un relieve muy acentuado, de una brillantez externa, fascinadora y fácil á la atracción, al remedo. Es visible en la Exposición actual, y ya el fenómeno empezó á iniciarse en otras, como algunos artistas de formación ya vieja y gastada intentan con candorosa inconsciencia una evolución. Señalamos el escollo porque el señuelo es tentador, y como no bastan las grandes masas de colorido brillante; los alardes de luz meridiana, los contrastes rudos, violentos, de luz y de sombra; como no basta lo externo (que suele ser lo quebradizo), es fácil dar antes en la manera que en el estilo, en lo chabacano y no en lo sinceramente artístico. Aún disculpa al discípulo la devoción al maestro; las primeras obras de Rafael son fáciles de confundir con las últimas de Perugino. Y Rafaeles no abundan. Pero lo que en discípulos se disculpa, en los *imitadores* no obtiene la gracia del perdón; de cundir el mal ejemplo, nuestra pintura, en vez de remediar su impresionismo, su acritud, su falta de reposo, de vigor intelectual, su exceso de retina y su falta de cerebro, la veríamos degenerar y caer en mayor ramplonería y trivialidad.

El peligro es tan patente, tan perceptible, que en vano se intenta ocultarle, y los mismos secuaces de hoy corren riesgo mañana, cuando el pintor levantino, en su marcha progresiva, incesante, tuerza el rumbo, como ya barrunta torcerlo el cuadro interior, íntimo, *apagado*, de *La familia*. Ténganlo presente muchos artistas, rebuscadores de *maneras de hacer*, que pueden verse de la noche á la mañana solos y descarriados en un desierto de mucha luz y de mucho color, pero de terreno movedizo y de horizontes engañosos.

Pero Sorolla, al fin, es caudillo de mucha cuenta; en su obra pueden empaparse con ventaja los que buscan aquí una orientación castiza, una renovación de la pintura española; en sus lienzos hay ese brío, esa pujanza que arrastra y á la vez la firmeza que enseña, el aplomo, la segu-

ridad de un recto camino. Será peligroso seguirle como le siguen tantos: jadeando; y sin embargo, nadie puede negar que siguen un glorioso guión. Lo que no puede tolerarse sin vigorosa protesta de la crítica, por bondadosa y dulzona que sea—y entre nosotros suele ser pura miel,—es la facilidad con que artistas de valía se enrolan en las filas del primer innovador que pasa por delante de la puerta del taller. No es ya la crítica, es el público sincero, esa porción de consecuentes visitantes de Exposiciones, la que sintió honda amargura al contemplar la inesperada desviación de algunos artistas que marchaban por senderos castizos, abandonándolos, para seguir los rumbos corruptores de algún mistificador vulgar que antes busca el acceso de los mercados que el de los Museos.

Otra *tendencia* de la bienal de este año es la *rusiñolesca*. No me parece á mí que ésta merezca muy dura flagelación; por sí misma morirá. El arte de Rusiñol es de un *personalismo* tan acentuado, que sus mismos imitadores han de caer en la cuenta de que siguen una sombra, una fantasma, algo que por mucho que jadeen no han de coger con sus pecadoras manos. Pecadoras dije; y sin embargo, justo será reconocer que entre los adeptos de Rusiñol asoman paisajistas que si contemplasen la Naturaleza con los ojos que Dios les dió y no por medio de los ajenos, podrían interpretarla con verdad y con poesía, con más poesía y con más verdad que lo hacen hoy. Paleta no les falta; sinceridad sí.

Esta Exposición de los secuaces es también la Exposición del desdibujo. Avezados están nuestros ojos á la inconsistencia de las formas, á la fragilidad de las líneas, á la vacilación de los contornos, á los cuadros que parecen construídos con masas de algodón, y sin embargo el actual certamen artístico se caracteriza y distingue de los anteriores por una carencia de dibujo tal, que nuestros pintores, como si les hubiese faltado tiempo, desde el año 1 al año 4, para pintar sus lienzos parece que enviaron los bocetos, los apuntes, los primeros borrones de los cuadros que se proponen pintar. Como bocetos los hay dignos de estimación, y una vez desarrollados en la obra definitiva, podrían ser cosa de mucho lucimiento en la *bienal* del año 6. Háganlo así, seguros de que lienzos postergados hoy por el Jurado, alcanzarán entonces merecidas recompensas.

Verdad que en estos apuntes de ahora apunta ya la pobreza de pensamiento, no obstante la frecuente hinchazón filosófica y social que ha acometido á los artistas. No parece sino que cada cuadro debe ser una síntesis sociológica; los bellos asuntos de la vida plácida y serena no tientan á nuestros hoscos y entristecidos pintores. Todas las grandes injusticias de la vida moderna se estampan terribles en el palacio del Hipódromo; es una sombría epopeya del trabajo en los días que corremos: los trabajadores del mar, los del campo, los del taller; desde el labriego que encorva penosamente el cuerpo sobre la tierra árida, yerma, páramo gris, hasta

la prostituta metida en el repugnante lupanar; desde los que se envenenan sumidos en atmósfera infecta de rojo mineral, hasta los que combaten con las crespas olas embravecidas. Los trabajos de este mundo sólo tienen comparación con los trabajos dantescos, y después de estremecernos ante faenas tan rudas, la formidable faena de aquellos avaros pintados por Benedito en el cuarto foso del Infierno, el trabajo de aquellos condenados

... d'una parte e d'altra, con grand'urli
Voltando pesi per forza di poppa,

nos parece recreo infantil. Sin duda alguna en este mundo hay grandes trabajos, todos trabajamos mucho, y los pintores lo interpretan así; pero ellos son los primeros que debieran tomar ejemplo y trabajar un poco más. Sobre todo con el lápiz ó el carbón.

Y ya que menté á Benedito, quiero asir la ocasión para dedicar dos líneas á los pensionados de Roma que vuelven á la patria. Los tres: Chicharro, Bendito y Sotomayor han sido nota simpática en este certamen; sus cuadros han atraído las miradas, levantaron esa polvareda de la simpatía popular; tuvieron aureola, tuvieron medalla... Mucha parte de todo esto pónganla á cuenta de su juventud; sobre todo á cuenta de su juventud trabajadora. Demuestran con sus obras que no ambularon por Europa en estéril paseata y que traen en la mente ideas modernas. Yo me atrevo ¡no he de atreverme! á recordarles una fugaz fogarada de la Exposición anterior. Y con recordarla basta; á ellos toca lo demás.

También atrajo las simpatías de muchos y la atención de todos la sala de paisaje, uno de los rincones en que reposaba y se recreaba el espíritu. La escuela de paisajistas que fundó Haes, es una de las corrientes artísticas que nos ha dado más sazonados y abundantes frutos. Caracterízase por la solidez, por la firmeza, por la perseverancia, precisamente por las cualidades que menos avaloran nuestra pintura moderna. Hablo de la Exposición en conjunto y no quiero citar al menudeo; tratándose de los discípulos de Haes, sus nombres acuden con prontitud á los labios y á la pluma. Son veteranos.

El paisaje, la hermosa naturaleza, fué en este bienal un plácido rincón, otro rincón plácido y sereno fué la sala de Sorolla. Aun sin proponernos citar nombres, este surge brioso, por el enérgico impulso de su labor. La medalla de oro de la Internacional le sirvió para dar un nuevo avance que apreciamos en nuestra Exposición última; la medalla de honor en árdua lid ganada, sirvió para que diese otro avance, tal vez el más firme, el más poderoso de su interesante y fecunda carrera. La sala de Sorolla merece por sí sola un estudio especial; es una Exposición dentro de otra Exposición, y muy pocas veces se ha ofrecido la unanimidad del juicio en nuestro público inconstante y tornadizo, como ahora se ofrece ante los seis

retratos, ante el *Sol de la mañana* y *Después del baño*, y ante el grupo de *Mis hijos*, ante aquellos nueve cuadros que después de fatigosa andanza á través de las destartaladas salas, se ofrecen para descanso y sereno solaz del visitante en el más apartado esconce de la Exposición.

Allí está todo Sorolla: desde el *pleno sol* hasta el retrato trazado en un interior levemente esclarecido. Es una síntesis de su obra, escogida con mucha discreción y habilidad. Y sin embargo, nuestro público ignora que este artista—tan semejante á Velázquez en el tenaz avance—tiene ya un *más allá:* el cuadro expuesto en Berlín, que la crítica alemana mira como una revelación.

FEMINISMO

ORGANIZACIÓN.—CONGRESOS

El Feminismo, como todo movimiento social que proviene de un derecho común, ha sacado su gran fuerza expansiva y fecunda de la asociación.

Decir asociación es casi decir organización. Lo demuestra el movimiento feminista. La prueba más convincente está en sus Congresos y en los informes de los mismos, algunos de los cuales constituyen hoy ejemplares preciosos de literatura feminista.

Es muy interesante estudiar la obra intensa, siempre progresiva, manifestada en estas grandes asambleas internacionales, á las que la mujer ha sabido llevar la afirmación cabal de sus derechos, patentizando su integral competencia como persona.

Tendremos que dejar á un lado varios Congresos de mucho interés—como el del Derecho de las mujeres, organizado en 1878 en París por Leon Richer y Maria Deraismes; el no menos interesante, organizado por los mismos en París, 1889; otros dos, también de París, el de 1892, en el que aparece por primera vez la palabra *feminista*, y el de 1896, organizado por Mme. Potonié—Pierre, y el notabilísimo Congreso Internacional de la condición y de los derechos de las mujeres, París, 1900,—para fijarnos más detenidamente en aquellos otros que, más que asambleas para la documentación y discusión de derechos y de teorías, han sido como una minuciosa revisión de todo el trabajo social femenino, y como las grandes etapas de la noble y valiente marcha del ejército feminista hacia la afirmación completa de su existencia, organizada y ya oficialmente reconocida.

Estos Congresos, por su orden cronológico, son:

Consejo internacional de Mujeres (Washington).....	1888
Congreso Internacional de las Obras é Instituciones femeninas (París).....	1889
Congreso Internacional de Mujeres (Chicago).....	1893
Congreso Internacional de Mujeres (Londres).....	1899
Congreso Internacional de las Obras é Instituciones femeninas (París).....	1900

A esta serie vendrá pronto á juntarse el *Congreso Feminista Internacional* que debe reunirse en el próximo mes de Junio en Berlín.

El Congreso de Washington realizóse en Marzo de 1888 bajo el nom-

bre de *Consejo Internacional de Mujeres.* Convocólo la *Asociación Nacional del sufragio de las mujeres,* de los Estados Unidos, al celebrar su cuadragésimo aniversario. Tuvieron representación en él 58 asociaciones de los Estados Unidos y muchas otras de Inglaterra, Escocia, Francia, Noruega, Dinamarca, Finlandia, India y Canadá. Hubo quince sesiones en las que se habló un poco de todo: filantropía, industria, profesiones, educación, religión, templanza, moral, derechos políticos, etc.

Las consecuencias inmediatas más importantes de esta asamblea fueron la formación de un Consejo Permanente de Mujeres Americanas, y los prolegómenos de un Consejo Permanente Internacional de Mujeres.—*International Council of women.*—Primer gran paso dado hacia la inteligencia mutua, y hacia una cierta uniformización del movimiento general feminista. La idea nació espontánea y naturalmente en los Estados Unidos.

En el Congreso de 1889, Mrs. May Wright-Sewall, refiriéndose al gran poder de reunión y de organización de sus compatriotas, explicábalo en estos términos: «En un país nuevo, y en una sociedad cuyo principio fundamental es la igualdad, el individuo se reconoce impotente ante las grandes empresas. Esta incapacidad no encuentra remedio más que en la Asociación, y resulta tan verdadero esto para las mujeres como para los hombres». Mrs. May Wright Sewall es una de las figuras más distinguidas del Femin ismo militante. Su trabajo revela siempre una gran rectitud en las ideas, un gran entusiasmo en las convicciones, y una fuerte é inquebrantable energía en la voluntad. Ha asistido á los Congresos feministas, ya como individuo del Consejo Internacional Permanente, ya como representante del Consejo Nacional de los Estados Unidos.

Este último formóse, como queda dicho, en Washington en 1888. Su objeto era poner en relaciones directas á todas las sociedades americanas que trabajaban por la dignificación de la mujer.

En el informe presentado por Mrs. Wright Sewall al Congreso de París, de 1889, se ve que ya por entonces formaban parte del Consejo Nacional de los Estados Unidos once sociedades de carácter muy diferente, como La Unión nacional de las mujeres cristianas para la templanza; Sociedad de la Cruz Roja; Asociación de Antiguas Alumnas de las Universidades, etc., etc. El Consejo debía reunirse cada tres años en Washington, para dar á conocer, en provecho general, los fines y procedimientos de cada grupo. Por el mismo tiempo, y extendiendo el afán de progreso efectivo y de organización sistematizada hacia el feminismo internacional, concibióse la idea de un Consejo Internacional de Mujeres, compuesto de Consejos nacionales que se procuraría formar en todos los países en los cuales tuviese el ideal feminista raíces é historia. Acordóse que las conferencias de este Consejo se realizarían cada cinco años

en la capital de alguno de los países asociados. Los Consejos nacionales serían completamente libres en sus actos y procedimientos.

El Congreso de 1893, en Chicago, fué la primera reunión quinquenal del Consejo Internacional de Mujeres. En este Congreso figuraron 32 nacionalidades diferentes, algunas con representación de sus respectivos gobiernos; pero los Consejos nacionales de Europa no aparecen todavía formados.

En el Congreso de Londres, de 1899, es donde aparece ya en pleno vigor el Consejo Internacional, teniendo como presidenta á la distinguidísima Condesa de Aberdeen, quien prestó un grande servicio á la causa del feminismo con la impresión hecha por su cuenta de los siete hermosos volúmenes que componen el Informe del Congreso.

Diez Consejos Nacionales de diferentes países aparecen dignamente representados allí, sin contar la representación de diez y siete naciones aun desprovistas de esos organismos.

Los Consejos Nacionales que concurrieron al Congreso de Londres, pertenecían á los siguientes Estados ó Colonias: Estados Unidos de América, Canadá, Alemania, Suecia, Gran Bretaña é Irlanda, Nueva Gales del Sur, Dinamarca, Holanda, Nueva Zelanda, Tasmania. Aunque todavía no tenían formados sus Consejos Nacionales, preparaban comisiones para trabajar en unión del Consejo Internacional, y enviaron sus representantes al Congreso: Italia, Austria, Rusia, Suiza, Noruega, Colonia del Cabo y Victoria. Asistían también al Congreso Vicepresidentas extranjeras encargadas de promover la formación de Consejos Nacionales en sus respectivos países: Francia, Bélgica, China, Persia, India, República Argentina, Islandia, Palestina. El Consejo Nacional de Francia fundóse un año después, á raíz del Congreso de París, de 1900.

En el de Londres quedó perfectamente expuesta y definida, con fuerte apoyo en hechos ya realizados, la idea apenas esbozada en el Congreso de Washington. El Consejo Internacional compónese de los diferentes Consejos Nacionales, los cuales, á su vez, comprenden todas las Sociedades y agrupaciones locales, deseosas de unirse para fortalecer sus ideales y su propaganda, y asegurar su éxito efectivo.

La intención del Consejo Internacional definióla Lady Aberdeen en su discurso de apertura en el Congreso de Londres: «La idea del *Consejo* es facilitar un centro común á las mujeres trabajadoras de todas las razas, de todas las creencias, de todas las clases y de todos los partidos, que deseen asociarse, unidas por el afán de dejar el mundo algo mejor y más bello de lo que le han encontrado».

Mrs. Wright—Sewall dijo en el Congreso de París de 1900 que el objetivo concreto y esencial del Consejo Internacional era: «Extender por todas partes el sentimiento de la humanidad común; fomentar los

sentimientos de fraternidad entre las naciones». Ya dicen también algo de esto el símbolo del Consejo Internacional: dos manos estrechándose fuertemente; y su divisa—su *Regla de oro*:—«Haz á los demás lo que quieras que hagan contigo».

Entre los diferentes Consejos nacionales, el de los Estados Unidos, es naturalmente el más organizado, del que ya fluye una actividad práctica, consecuente con la idea inicial. Constitúyenlo 18 *sociedades nacionales* y gran número de *sociedades y asociaciones locales*. En 1899 comprendía 1.250.000 individuos, 125.000 de los cuales eran hombres.

Dos objetos llaman igualmente la atención del Consejo Internacional: la fraternización de las naciones, y la fraternización de los sexos.

Lo mismo en 1899 en Londres, que en 1900 en París, expusiéronse las más discretas ideas respecto á la situación de cada sexo. Para llegar al franco reconocimiento de sus derechos, para abrirse camino en los dominios atrincherados del saber, para llegar á conquistar su propia dignidad personal, las mujeres tuvieron que reunirse en colectividades especialmente consagradas á los intereses de su sexo. Pero el verdadero sentido de esta aparente hostilidad encuéntrase definido sintéticamente en estas palabras de Lady Aberdeen: «El agruparnos nosotras, apartadas de los hombres, para varios objetos, debe considerarse, en la mayor parte de los casos, un simple expediente transitorio correspondiente á una necesidad también transitoria; y no podrá nunca permitirse que semejante estado cristalice como elemento permanente en la vida social».

El antagonismo no está en el espíritu de las mujeres sino en la atmósfera misma, en la cual éstas encontraron imposible su situación apenas descubrieron que el libre arbitrio y el trabajo libre eran condiciones imprescindibles de una existencia digna.

Y el afán y la energía actuales de la mujer no tienen límites en la actualidad, por lo mucho que ha tardado en llegar á la perfecta conciencia de su personalidad, debido á las mil trabas que por todas partes la agobiaron. ¡Pero cuánto tardó en llegar! ¡Y por qué apartados caminos ha venido acercándose, inconscientemente, á la luz! No hay sentimentalismo amanerado en afirmar que su gran corazón fué el cirineo en esa vía dolorosa, algo más dramática de lo que piensan en general las personas que suelen hablar de estas cosas sin haberlas estudiado á fondo.

Llevada por el impulso filantrópico, la mujer ha avanzado por los senderos sociales, hasta llegar á reconocer que había vivido engañada como un niño, custodiada como una demente, encarcelada como una presunta criminal, sin haber cometido delito alguno. Entró en la intelectualidad guiada por el corazón. El sentimiento era lo único que en ella estaba

preparado para un rápido desarrollo. La luz fecundante que se esparcía por todas partes en el ambiente, excitó primero su instintiva facultad de amar, de consagrarse, de dulcificar las penas de la vida. Y hubo de reconocer que ni siquiera esto le era permitido. Imponíasele la tarea de ser *buena* hija, *buena* esposa y *buena* madre; pero á condición de no fijarse en ninguna de las atrocidades sociales que hacían imposibles la dicha y la existencia digna á las hijas, á las esposas y á las madres.

En su afán de hacer el bien, de aliviar la suerte de los que sufren, la mujer huyó de la cárcel, desertó del hogar. Buscando la desgracia donde la presentía mayor, encontróse, sin esperarlo, frente á frente con los más tremendos problemas de la vida moral. Buscando remedio á la miseria ajena, deparósele su propia miseria, su condición vergonzosa, que llegaba á impedirle ejercer una caridad, no ya automática y sin alcance, sino redentora, racional, purificadora del ambiente, apestado de sofismas rancios é hipócritas.

Si el feminismo, tal como hoy prospera, busca naturalmente el pleno ejercicio de los derechos de cada mujer por ella misma, el primitivo feminismo, apasionado, sentimental é ingénuo, abalanzóse á la lucha impulsado nada más que por la vibración altruísta.

El análisis comparativo de la obra gradual, ascendiente, traída á esos Congresos de los que nos hemos ocupado, pone de relieve lo exacto de esta afirmación.

En el primer Congreso de las Obras é Instituciones femeninas—París, 1889,—debido principalmente al esfuerzo de una venerable mujer, ya muerta, Mme. Emilie de Morsier, ¿qué es lo que se ve, lo que aparece hecho, lo que se discute, lo que se pretende realizar ó completar? Tan sólo una delicadísima red de obras de filantrópicas: *crèches* y orfanatos; refugios para muchachas abandonadas; protección á los niños cuyas madres están en el hospital ó en la cárcel; propaganda para la crianza materna; visitas á los hospitales y á las prisiones; protección á las parturientas; talleres escolares; sociedades de protección á los animales; enseñanza doméstica; regeneración; albergues para las obreras; oficinas para colocación de muchachas; asilos temporales; *homes* para muchachas; sociedades de templanza; *homes* y *restaurants* para señoras; protección á las mujeres emigrantes; protección á las empleadas de comercio; clubs para obreras; ligas pacíficas; cocinas populares; sociedades de enfermeras á domicilio; educación de sordo-mudos; asistencia á las institutrices; escuelas de cocina; cajas de ahorros; protección á los ciegos; colonias de vacaciones...

Y queda incompleta la lista. Pero de sobra se comprende la índole de este hermosísimo Congreso en el cual figuran nombres tan venerables como los de Mme. Bogelot, Mme. Maria Martín, Mme. Emilie de Mor-

sier, Julio Simon, Legouvé, Federico Passy, Carlos Richet, y otros de no inferior prestigio.

El Informe de este Congreso apareció en un volumen de 539 páginas—*Actes du Congris International des Oeuvres et Institutions Feminines.* París, 1890.—Resalta allí sobre todo el sentimiento altruista de las mujeres y su admirable capacidad para el trabajo enérgico y persistente.

Diez años más tarde llama nuestra atención una obra verdaderamente monumental: el Informe del Congreso Internacional de Londres. (*The International Congress of women, 1899. Report of Council Transactions. Edited by the Countess of Aberdeen, President.*—London, 1900).

Creo que estos siete volúmenes constituyen la obra más hermosa y completa publicada hasta ahora sobre el movimiento feminista y sobre el adelanto de la mujer en la esfera individual y social. Es una obra verdaderamente preciosa.

El primer volumen contiene el resumen de las cuatro sesiones plenas del Congreso, la narración completa de la organización del mismo, la descripción de las fiestas celebradas en honor de las congresistas y una interesante serie de retratos de distinguidas feministas, como Lady Aberdeen, de Inglaterra; Mrs. May Wright-Sewall, de los Estados Unidos; Baronesa Alexandra Gripenberg, de Finlandia; Mme. Maria Martín, de Francia; miss Teresa Wilson, de Inglaterra; Mme. Isabel Bogelot, de Francia; Frau Marie Stritt, de Alemania (presidenta del próximo Congreso, de Berlín); Mlle. Marie Popelin, de Bélgica, etc.

Los otros volúmenes están dedicados á los siguientes asuntos, tratados en las respectivas secciones:

Las mujeres en la educación. II.

Las mujeres en las profesiones. III y IV.

Las mujeres en la política. V.

Las mujeres en la vida industrial. VI.

Las mujeres en la vida social. VII.

Recorriendo la obra, modelo de método y de claridad, nótase en seguida una circunstancia: son contadísimos los discursos que exceden de dos ó tres páginas. Obsérvase ausencia absoluta de retórica. Ya no hace falta convencer á la gente, apoyándose en lo maravilloso de una dialéctica complicada y sutil. Apremia el tiempo. No hay siquiera lo indispensable para presentar el trabajo hecho y plantear sencillamente las cuestiones que naturalmente van sobreponiéndose á las conquistas realizadas.

De todos estos volúmenes resalta, como efecto sintético, la perfecta capacidad de las mujeres para el trabajo sistemáticamente organizado, y el beneficioso reflejo de sus esfuerzos en la legislación de todos países civilizados, reflejo cuyo tinte invariable es la templanza en las costumbres y una repartición más equitativa de la justicia entre los sexos.

Cosa análoga cabe afirmar del *II Congrès International des Oeuvres et Institutions Féminines*, París, 1900, el cual, como el de 1889, tuvo la sanción oficial del Gobierno de la República Francesa. El presidente honorario fué M. León Bourgeois, actuando de presidenta efectiva Mlle. Sarah Monod, uno de los más valientes defensores del Feminismo.

El Informe del Congreso de 1900 debe considerarse, al igual del de Londres, una obra monumental; «*II Congrès International des Oeuvres et Institutions Féminines tenu au Palais des Congrès de l'Exposition Universelle de 1900. Compte rendu des Travaux par Mme. Pégard, sécretaire génerale du Congrès, París, 1902.* 4 grandes volúmenes en 8.º

Cuantos quieran estudiar serialmente la evolución ascendente de la dignidad femenina, leerán de cierto con fruto lo mucho y bueno que estos volúmenes contienen. Es un trabajo que honra sobremanera á la Secretaría del Congreso, quien asumió por completo la responsabilidad de tamaña empresa.

El primer volumen presenta la síntesis del Congreso. Contiene: los documentos oficiales, el relato de la sesión inaugural y de las sesiones generales, la nomenclatura de los votos adoptados, los informes de carácter general, extraños al programa, respecto á la situación de la mujer en los distintos países—son 275 informes—y las listas de las congresistas y de los congresistas—en total 1.200—por orden alfabético, por nacionalidades, y por asociaciones representadas.

Los volúmenes segundo, tercero y cuarto comprenden los trabajos de las secciones. Al final de cada volumen encuéntranse tres listas: lista analítica, lista de oradores, lista de materias. El cuarto volumen contiene, además, un índice general de toda la obra.

Este Congreso de 1900 es la demostración más cabal de las facultades organizadoras de la mujer. Ella tomó una gran parte en algunos de los 127 Congresos oficiales que en esa fecha se realizaron en París. Pero fué en éste donde con más independencia quedó significada su acción, por ser exclusivamente femeninos el Comité de iniciativa, el de organización y la Oficina central del Congreso.

El programa comprendía cinco secciones: 1.ª, «Filantropía y economía social»; 2.ª, «Legislación y moral»; 3.ª, «Educación individual. Educación social. Pedagogía»; 4.ª, «Trabajo»; 5.ª, «Artes. Letras. Ciencias».

Todo el trabajo del Congreso, tanto en las secciones como en las sesiones generales, tiene un tinte general de dignidad, de fuerza convencida, de noble sinceridad, que alienta el ánimo y atrae simpatía y respeto. No es ya el altruismo instintivo, ciego é inexperimentado de antaño. Lo que sobresale, lo que descuella aquí es la lucha personal contra leyes inicuas y costumbres pervertidas que hacen de cada mujer inerte é indiferente la cómplice de un estado social ignominioso é intolerable.

Fuertes por la instrucción que la rectitud y pureza de sus sentimientos ponen al servicio de los más elevados ideales, las mujeres que hoy llevan la bandera del Feminismo cuentan en el activo de sus labores una obra social importantísima. Para demostrarlo, basta coger uno sólo de los asuntos tratados en los últimos Congresos, y seguir gradualmente su desarrollo en las fases especulativa, práctica y legislativa. Pero no cabe ya en este articulo investigación tan interesante.

Insistiremos con preferencia en el gran poder expansivo y fortificante que la unión de muchas voluntades ha traído á la idea feminista, sistematizando las teorías y organizando los planes de campaña.

Todos conocemos en España personas, de uno y otro sexo, que, en su concepción del Feminismo, llegan hasta el radicalismo en los principios y en las formas. Y á pesar de ello, no ha habido hasta hoy movimiento feminista en España. ¿Por qué? Solamente porque no ha habido unión.

A la mujer española no falta ni sentimentalidad desbordante ni consagración extremada. Atestíguanlo las instituciones de beneficencia que crea y sostiene por su iniciativa y sus cuidados. Vale, pues, la pena recordarle que por ese camino altruísta es por el que otras mujeres, más dichosas ó más fuertes, han llegado al goce de casi todos sus derechos como personas.

La americana ofrece, mejor que ninguna otra, un ejemplo digno de estudiarse. Porque la americana intelectual y moderna dista tanto de la que describe Bourget en su fantástico libro *Outre-Mer*, como la francesa, trabajadora, ilustrada é incansable propagandista del bien, de la criatura inconsciente y frívola que el teatro de su país nos representa siempre enredada en un repulsivo drama de adulterio.

La línea ascendente se nos aparece en los Estados Unidos con una claridad perfecta.

La primera Sociedad Nacional de mujeres de aquel país, fué la Sociedad antiesclavista—*Anti-Slavery Society*—la cual estaba ya en todo su vigor en 1836. Su misión era propagar la doctrina de la libertad humana, infiltrándola en el espíritu público, y, de otra parte, facilitar todo género de auxilios á los fugitivos.

Después de ésta, organizáronse las sociedades de templanza y las de misiones.

Las dificultades que, de todos lados, encontraron entonces las mujeres americanas para lograr sus deseos, por las limitaciones de su saber y de su situación social, impulsáronlas á estudiar, á trabajar en serio, varonilmente, luchando por la libertad de pensamiento, para llegar á la de acción. La renombrada *Convention at Seneca Falls*, en 1848, marca la fecha en la cual las mujeres americanas se lanzaron á trabajar con voluntad firme y resuelta.

Con la guerra civil verificóse ya una prueba decisiva. Mientras los hombres combatían, las mujeres desempeñaban cargos y profesio nes para los cuales las creían hasta entonces incapaces. Desde ese momento la evolución no paró en su curso ascendente. En 1848 las mujeres americanas sólo trabajaban en siete industrias no domésticas; en 1885, al efectuarse la Exposición Internacional de Nueva Orleans—*International Cotton Exposition*—comprobóse que la actividad de la mujer americana se ejercitaba en cuatrocientas ocupaciones, no domésticas.

El gobernador del Estado de Indiana encargó á Mrs. Wright-Sewall de escribir una monografía sobre la situación industrial de la mujer en aquella región, cuya población es de 2 1|2 millones. En 1885 no había ya en el Estado de Indiana ninguna profesión que no fuera desempeñada por mujeres (desde abogadas á herradoras).

La guerra terminó en 1866. En 1867 aparecen los primeros clubs femeninos. Son éstos verdaderas academias donde el nivel intelectual de la mujer americana sube pronto á gran altura. Multiplicáronse por todas partes, realizando en los años sucesivos una obra de sólido fortalecimiento que se extendió beneficiosa á las mujeres de todas clases sociales. Hasta que en 1888 la *National American Women's Suffrage Soriety* convocó el Congreso Internacional, de donde salió la hermosa idea de un *Consejo Nacional, Permanente,* que reuna todos los esfuerzos de las agrupaciones americanas hacia la dignificación de la mujer, y la más hermosa aun del *Consejo Internacional,* que establece relaciones amistosas entre todos los que creen que una intervención directa de la mujer en la vida social puede traer á la comunidad una organización moral y económicamente superior.

Todo esto se hizo al principio con separación de sexos. La mujer no tenía autoridad para levantar su voz, libre, franca y enérgica, en una asamblea que no fuera exclusivamente femenina. Pero las ideas evolucionaron y las costumbres van siendo otras. Muchas de las sociedades que hoy constituyen el Consejo Nacional de los Estados Unidos están formadas por individuos de ambos sexos. Algunos de los clubs más interesantes fundados por mujeres son también frecuentados por hombres, como el *Nineteenth Century,* de New York; el *Twentieth Century,* de Chicago, y el *Contemporary,* de Filadelfia é Indianópolis.

¡Qué lejos se encuentra España de todo esto! Aunque no tanto quizás como á los más pesimistas pueda antojárseles. Los adelantos de fuera tienen que reflejarse aquí también. El camino recorrido ya por americanas, inglesas, francesas, alemanas, finlandesas, suizas...—habría que ir mentando todas las gentes de la civilización—facilitará considerablemente la marcha á las mujeres españolas... el día en que por fin se determinen á *marchar.*

¡Ojalá fuera el primer paso una digna representación de España en el próximo Congreso de Berlín! ¡Ojalá las viéramos unidas puesta la mira en el gran ideal humano, en el cual no caben pequeñas preocupaciones personales, tendiendo pronto las manos hacia ese *Consejo Internacional* que es ya un espléndido foco de luz y de amor universal!

ALICE PESTANA

Mayo de 1904.

SOCIOLOGIA

VARIOS TRABAJOS.—SOCIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA.—UNA EXPLICACIÓN DE LA «CÉLULA» SOCIAL

En los últimos números de la *Revue Internationale de Sociologie*, de M. Worms, figuran varios trabajos de mucho interés. En el de Marzo, por ejemplo, además de unas breves notas de M. Pournin, en que éste extracta las conferencias de los profesores Seignobos y Bouglé, acerca de las relaciones de la sociología con la historia (continuación de los resúmenes á que me he referido en mi crónica de Abril último), hay un artículo de M. Follin sobre *La filosofía económica ante la sociología* (título tentador). Pero es todavía más interesante el sumario del número de Abril: en primer término, tenemos el extracto de las conferencias de M. Saleilles, sobre un tema tan importante (y tan poco estudiado, en serio, y por los juristas sobre todo), como el de las relaciones entre el derecho y la sociología. A continuación se lee un trabajo, muy útil, de M. Hervé Blondel, acerca de *Roberty y la Sociologie*. M. Blondel, se refiere á la última obra del sociólogo ruso: *Nouveau Programme de Sociologie* (1), que es un resumen admirablemente hecho, de toda la labor que Roberty ha venido realizando en una serie de libros del mayor interés; resumen, en verdad, necesario ya, de una parte, á causa de lo obscuro que á veces resultan las primeras investigaciones del autor, y de lo complejo de éstas, y de otra para determinar, de una manera precisa, la posición del pensamiento de Roberty, que ha evolucionado bastante desde sus primeros trabajos sociológicos hasta hoy.

«Cuando se trata de una ciencia tan joven y tan difícil como la sociología abstracta, dice con razón M. Blondel, conviene que los pensadores que se han dedicado á su estudio, nos presenten de vez en cuando, sin perjuicio de continuar el curso de sus especulaciones, el balance de su particular aportación, de su pensamiento personal. Eso es lo que ha querido hacer M. de Roberty en un libro reciente titulado: *Nouveau Programme de Sociologie*, bosquejo de una introducción al estudio de las ciencias del mundo superorgánico.

»En una labor de más de un cuarto de siglo, el autor, que partiera del positivismo de Comte y de Littré, ha acentuado gradualmente su originalidad, su manera, haciendo avanzar la ciencia naciente hasta el punto de que deba, con justo título, ser considerado como uno de sus fundadores».

(1) Un estudio del libro de Roberty, puede verse en mi resumen del *Movimiento sociológico*, de la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* (Febrero último).

Después del trabajo de M. Blondel, se contiene en la *Revue* citada el primer artículo de un estudio de M. D. Draghicesco, titulado: *La conciencia se deriva de las relaciones interindividuales organizadas en Sociedad*, que es el que más me ha llamado la atención, entre todos los comprendidos en los últimos números de la revista de M. Worms, y el que me ha sugerido el asunto capital de esta crónica.

M. Draghicesco se propone un gran problema: la explicación de la conciencia, y ante la realidad de ésta en la vida social, es de los que se inclinan á buscar á la conciencia una explicación sociológica: se orienta en el sentido que indica ya Roberty, para quien lo superorgánico precede á lo rigurosamente psicológico, y no al contrario.

«Todos los hombres de ciencia, escribe M. D., con una excepción quizá (Roberty, *Sociologie*), se imaginan que la Sociología se deriva de la Psicología, que debe precederle necesariamente. Los mismos que quieren una Sociología independiente de la Psicología (V. Espinas, *Être ou ne pas être ou du Postulat de la Sociologie*, *Rev. Phil.* I. 1901, 456), lo que, por otra parte, es absurdo, no por eso dejan de esperar que el progreso de la Psicología les permita realizar la ciencia social. En una palabra, todos, implícita ó explícitamente reconocerán que la Sociología descansa en la Psicología. Pero, con esto, no viene sino á decirse que es preciso atenerse á la fórmula de Montesquieu, según la cual, las relaciones de los individuos se derivan de su naturaleza psíquica. Por lo tanto, si se quiere *hacer* ciencia económica, moral, jurídica, sociológica, etcétera, etc., habrá que perder toda esperanza, mientras la Psicología que estudia la naturaleza íntima del hombre no haya dicho su última palabra...» Pero, «¿y cómo proceden los psicólogos? En general de una manera opuesta á la de las ciencias positivas. Comienzan por el individuo mismo, se confían á él casi exclusivamente. Es decir, que comienzan por la naturaleza de las cosas para derivar de ellas luego sus relaciones... Ahora bien, si es verdad que la naturaleza de las cosas se deriva de las relaciones de éstas, ¡no lo será también que lo psíquico, la conciencia, la naturaleza íntima del individuo se derivan de las relaciones interindividuales!»

Sin entrar en el fondo del asunto, que no sería propio de esta crónica, conviene llamar la atención respecto de este punto de vista de la dependencia sociológica de la individualidad, que completara, ó puede completar, por una rectificación parcial, el punto de vista contrario de la anterioridad ó procedencia de lo psíquico respecto de lo social, para provocar quizá una concepción armónica ó sintética, de la cual resulte cada vez más clara la fundamental interdependencia del individuo psicológico y de la sociedad, como resumen orgánico de la vida intermental, con propia sustantividad. Y cuenta que, aun fuera de la sociología puramente científica (y dentro de ella también) hay ya indicaciones de esta

manera de armonizar las tendencias opuestas, en cuantos aspiran á una rectificación del individualismo por el socialismo y viceversa.

Mas dejando esto, según M. Draghicesco, es indispensable y urgente abandonar el camino seguido hasta ahora, y «realizar aquí la reforma, desde hace tiempo ya realizada en las demás ciencias. Será preciso salir del individuo y dirigir nuestras investigaciones á las relaciones interindividuales, único procedimiento sensato, susceptible de llevarnos hasta las leyes del espíritu, á las leyes sociales y hasta el mismo conocimiento de lo psíquico, de la naturaleza individual. Ese procedimiento, por otra parte, deberá constituir el objeto entero de la Sociología. La Sociología, pues, es la que se indica como la verdadera ciencia fundamental del espíritu, ó, cuando menos, la Sociología adquiere la significación del único método científico susceptible de llegar, en las investigaciones hechas, al terreno de la ciencia del espíritu».

No podemos—ni me lo había yo propuesto—seguir al autor en su interesante razonamiento para defender su punto de vista respecto de la consideración de la Sociología, como la ciencia fundamental del espíritu y sobre si la conciencia es el producto de las relaciones sociales, al propio tiempo que el carácter distintivo de los hechos sociales. Prescindiendo de una porción de indicaciones y desarrollos, voy á fijarme en una doctrina del autor, que tiene cierto interés y hasta cierta novedad, acerca de la *realidad social*, irreductible, algo así como la célula social.

M. D. afirma la sustantividad y el carácter fundamental de la sociología, á partir del supuesto (de tradición comtiana) de que ésta tenga un reino propio, «un reino nuevo, por encima del reino de la vida y de los cuerpos brutos».

Las tres ciencias fundamentales anteriores reconocidas: la Física, la Química y la Biología, tienen su base en una distinción cualitativa de la realidad; en cada una de esas tres ciencias fundamentales aparecen estos elementos: «1.º, la unidad ó soporte elemental: la molécula, el átomo, la célula; 2.º, una cualidad irreductible, la *quimicidad*, la *vida;* 3.º, el acomodamiento de las unidades, su *morfología*».

Ahora bien; la ciencia fundamental del espíritu debe presentar el equivalente de esos tres elementos, y, según el autor, aparecen los tales en la Sociología. Pero, (y esta es la doctrina á que quiero referirme) ¿cuál es en la Sociología el equivalente de las células, el elemento irreductible, la célula social, que decía Schäffle? «Es preciso preguntar cuáles son los equivalentes de esos tres caracteres esenciales que no deben faltar en una realidad distinta, esencialmente distinta, hasta el punto de ser susceptible de una ciencia original, fundamental...» Para que «la So-

ciología sea esa ciencia pura, fundamental, del espíritu, es preciso, en efecto, que la sociedad constituya un reino nuevo, y que el paso directo de la Biología á la Sociología se señale con las mismas distinciones características que el de la Química á la Biología, etc.»

Veamos, pues, cuál es aquí el sucedáneo de la vida manifiesta de las células, y, ante todo, el equivalente de la célula misma en la realidad social.

«Parece que la cuestión debe ser de las más sencillas, toda vez que la primer idea que se ocurre es la de los individuos humanos».

Pero la cuestión no es tan fácil; y en la respuesta que el autor da está el lado curioso de la doctrina. Para determinar la idea de la «célula» social, del elemento social irreductible, es preciso hacer varias distinciones. «Es necesario distinguir aquí, entre la sociedad natural, primordial, limitada, estrecha y rudimentaria, y las sociedades civilizadas, nacionales ó internacionales, al modo como se distingue en Biología entre los animales rudimentarios, monocelulares y metozoarios inorganizados, y los policelulares, complejos y organizados. Y cuando se hace esta distinción, la respuesta adecuada á la cuestión de cuál es en la sociedad el equivalente de la célula, es la siguiente: ó *el clan*, *la tribu*, ó *el individuo humano racional*, según las fases sociales ó biológicas de que se trate. Si nos fijamos en la vida orgánica superior, entonces los individuos humanos serán, en una sociedad civilizada, los verdaderos representantes de las células; si, por el contrario, nos referimos á la forma monocelular de la vida, entonces las tribus, las hordas serán las verdaderas células. El individuo de la sociedad civilizada es el equivalente de la tribu, del clan».

¿Por qué? ¿Cuál es el fundamento objetivo, real, de esta distinción?

«En su fase inicial, y, por tanto, natural, la sociedad es, en cierto modo, una materia amorfa, como el plastidio—forma inicial de la vida. Con respecto á esta sociedad, los individuos son los átomos de la célula viviente. Es decir, que no se cuentan, porque la sociedad es su síntesis y no su suma. Consiguientemente, en este caso, las propiedades, y, sobre todo, los intereses de la sociedad no son los de los individuos, porque en toda síntesis los caracteres de la misma son distintos de los de los factores componentes. Añadiremos que en ese estado la sociedad es siempre una realidad superior, independiente de los individuos cuyos intereses y fines traspasa; porque esta realidad superior no ha descendido á los individuos para modelarles á su imagen, para transformarlos hasta el punto de que estos no sean sino su imagen resumida».

En las sociedades civilizadas las cosas pasan muy de otra manera: el trabajo de la evolución transforma radicalmente la realidad social; «en las sociedades civilizadas, lejanas del estado de naturaleza y convertidas progresivamente en obras reflexivas, *artificiales*, se verá que los individuos

participan de ellas, y son más ó menos modelados por ellas». Y hasta donde esto se verifique, en la misma medida, se convierte el individuo en el equivalente de la célula viva «al lado y con el mismo título que la sociedad misma». «Lo que las células son para las formas superiores de la vida organizada, lo son aquí los individuos, con la diferencia de que los individuos son en la sociedad la imagen misma, la reproducción en resúmen del conjunto, lo que no ocurre evidentemente con las células vivas de un cuerpo animal. No hay para que decir que esta sociedad independiente, superior á los individuos, se ha desvanecido, en la misma medida en que el individuo se ha apropiado su substancia. Se ha desvanecido porque ha sido asimilada, digerida por los individuos que la componen y que han sacado de ella su raza, su alma».

Realmente, «al pasar el individuo de la sociedad primitiva, natural—la horda, la tribu—á la sociedad civilizada, el individuo ha experimentado una modificación esencial. Se ha apropiado la substancia de ésta, y, por consiguiente, su papel; se ha convertido en célula de mero átomo que era; ha llegado á ser una parte de la realidad social, de mero factor que era. El individuo humano, pues, se ha transfigurado por completo; bajo la apariencia exterior, que sigue siendo la misma, ha adquirido una vida interior, para él antes desconocida...» Hay, sin duda, «una distinción fundamental, que el buen sentido popular y la filosofía idealista, movida por la intuición genial de los pueblos, no ha dejado de hacer. Es preciso distinguir entre el individuo biológico y el individuo social (V. Roberty, *Le Psychisme social)*, entre lo que el hombre ha sido por su naturaleza, y lo que ha llegado á ser bajo el influjo de la vida colectiva, entre la materia orgánica que constituye su armazón corporal y su alma, su espíritu, que no se derivan de ahí...»

ADOLFO POSADA.

CRONICA INTERNACIONAL, POR JOAQUIN F. PRIDA.

FRANCIA Y EL VATICANO

La cuestión romana, viva y palpitante hoy como hace treinta años; el viaje de M. Loubet á Roma en pago de la visita de Víctor Manuel III á Francia; y la política, francamente antirreligiosa, de radicales y socialistas franceses que, después de disolver ó expulsar á las congregaciones y de desterrar los crucifijos de los Tribunales de justicia, quieren la denuncia del Concordato y la separación entre el Estado y la Iglesia, son los elementos del conflicto que tanto apasiona los ánimos á la hora presente y que parece preparar una ruptura de relaciones entre la Corte pontificia y el Gobierno presidido por M. Combes.

Basta enumerar los elementos referidos, para que se comprenda que las raíces del problema están muy hondas: tan hondas, como que se extienden, de una parte, al origen de los odios que suscita el catolicismo en las sociedades modernas, y, de otra, á la situación determinada por los acontecimientos de 1870, cuando, retirada de Roma la guarnición francesa que protegía los últimos restos del poder temporal de los Papas, penetraron los soldados de Italia por la brecha de Puerta Pía y obligaron á Pío IX á encerrarse en el Vaticano, de donde no salió después ninguno de los Romanos Pontífices.

Desde entonces fué línea de conducta inflexible, tanto para Pío IX como para León XIII y Pío X, así como también para el Colegio de Cardenales en los días en que estuvo vacante la Sede Apostólica, la de protestar contra la incorporación de Roma al Reino de Italia, reivindicando en toda ocasión y momento oportunos una soberanía que servía de condición, si no absolutamente necesaria, por lo menos muy favorable, para la independencia espiritual del Jefe del catolicismo.

Ni la ley de garantías, con que el Gobierno italiano quiso disipar los recelos de las potencias católicas, ni el transcurso del tiempo, que suaviza tantas asperezas y suscita tal número de intereses nuevos, ni el diverso temperamento político, si cabe hablar así, de que tres distintos Papas han dado testimonio, bastaron, hasta hoy, para adelantar un solo paso en el camino de la aproximación entre el Pontificado é Italia. Pudo León XIII, con espíritu ampliamente conciliador, atraerse las simpatías

del Emperador de Alemania, entrar en relaciones de cordialidad con la Corte de San Petersburgo, adquirir en Inglaterra nuevos prestigios é impulsar á los católicos franceses á que sinceramente se alistaran en las filas republicanas; pero no pudo transigir con la dinastía de Saboya, suscribir la renuncia del poder temporal y resignarse ante los hechos consumados.

En esta actitud, idéntica á la actitud de Pío IX y á la que hoy mantiene Pío X, hay algo más que el espíritu estrecho, el egoísmo refinado ó la intratable intolerancia de que suelen hablar los que hoy dirigen, en unas ú otras naciones europeas, la política que se disfraza con el nombre de anticlerical, por miedo á ser reconocida como política antirreligiosa: hay la convicción profunda y constante por parte de aquellos que, encargados de la suprema dirección de la Iglesia, están en situación mejor para conocer y juzgar los intereses del catolicismo, la convicción, repito, de que una renuncia inmediata á la soberanía temporal sería el olvido ó la infracción de deberes ineludibles que pesan sobre el Pontificado.

Hombres como Bismarck, como Thiers y como Cavour mismo, no muy clericales ciertamente, hicieron justicia, en esta delicada materia, á la necesidad de la independencia del Papa, y tuvieron sus vacilaciones acerca de la futura compatibilidad de esta última con la completa pérdida de un señorío diez veces secular. Toda la diferencia entre el criterio de esos estadistas y el de los últimos pontífices, está en que lo que aparece con cierta indecisión y como peligro posible á los ojos de los primeros, lo estiman los segundos como daño que actual y positivamente sufren su situación é intereses; diferencia harto escasa para que no inspire respeto á quien serenamente juzgue de hechos y personas, el *non possumus* en que se han encerrado los Papas, desde 1870, cuando se les ha propuesto ó aconsejado la reconciliación con Italia.

De este modo de ver, en que se inspira hace treinta y tres años la política del Vaticano, emana la regla de conducta en virtud de la cual procura el Papa que los jefes de Estados católicos no sancionen indirecta é innecesariamente, por su presencia en Roma como huéspedes del Quirinal, el estado de cosas que origina la incesante protesta de la Iglesia. No significa esto, claro está, que las potencias católicas se coloquen, respecto á las que no lo son, en situación de inferioridad para tratar con la Monarquía italiana, sostener con ella relaciones de todo género, celebrar tratados, establecer estrechos vínculos de alianza, y aun acordar regias entrevistas en cualquiera lugar de Italia, fuera de la ciudad de Roma. La única consideración que el Papa pide es que allí, ante su vista, no hagan ostentación los que se llaman hijos de la Iglesia de su amistad con la dinastía enseñoreada de la capital del mundo católico, y que no pongan á la Santa Sede en el duro trance de elegir entre una protesta, ocasionada

á complicaciones peligrosas, y una resignación ó un silencio que pudieran ser entendidos como aquiescencia al hecho consumado.

Hasta ahora, nadie se había atrevido á negar al Papa ese testimonio de afecto y de respeto, requerido por tantos títulos: los mismos soberanos que viven fuera del gremio de la Iglesia habían consentido en hacer su visita oficial al Vaticano, partiendo de los respectivos hoteles de sus representantes diplomáticos, y no del palacio del Quirinal en que les daba albergue el rey de Italia; los jefes de Estados católicos se abstenían de visitar á Roma; y el Gobierno italiano aceptaba esa especie de *modus vivendi*, que iba arraigando de día en día en las costumbres é impedía que el conflicto existente adquiriese mayores proporciones.

Nada de esto, sin embargo, detuvo á M. Loubet y á su Gobierno cuando se trató de que el primero realizase su viaje á Roma. Ni los precedentes establecidos, ni las advertencias previsoras de la diplomacia pontificia, ni la índole del problema que habría de plantearse, bastaron para que el Presidente de la República francesa desistiera de sus propósitos: lo que no habían osado hacer soberanos unidos por lazos de alianza y parentesco á la dinastía de Saboya, lo hizo, sin vacilar, el jefe de un Estado menos comprometido que aquéllos á visitar en el Quirinal al Rey de Italia; y al fin y al cabo, M. Loubet, atraído por unos é impulsado por otros, fué á ostentar en las calles de Roma su representación de primer magistrado de una gran potencia católica y á escuchar, destacándose en las ovaciones de las multitudes, el grito, harto expresivo, de *viva la Francia laica.*

Dados tales antecedentes, no es de extrañar que la Corte pontificia se considerase ofendida por la conducta de M. Loubet y que no fueran suficientes á desvanecer esa queja meras declaraciones de M. Delcassé en la tribuna de ambas Cámaras, protestando de que el viaje del Presidente de la República no expresaba la intención de molestar á la Santa Sede. El hecho y no el propósito; el hecho, con su significación irremediable y sus naturales efectos, era lo que el Vaticano deploraba; así que, realizado el hecho, fué inevitable la protesta del Papa, protesta que no sorprendió á nadie, que todo el mundo había previsto, y que, por lo pronto, no debió de causar extrañeza ninguna, ni siquiera la menor molestia, en el ánimo del Gobierno francés.

Transcurrieron, en efecto, bastantes días después de recibirse en París la nota del Cardenal-Secretario de Estado en que se formulaba la esperada protesta pontificia, sin que el Gobierno de M. Combes manifestara más intento que el de rechazar en el fondo y en la forma aquel documento diplomático, y el de comunicar esta resolución, por medio del Embajador francés, al Secretario de Estado del Papa. El asunto, pues, parecía terminado, sin necesidad de apelar á medidas extremas; el Go-

bierno de la República había cumplido su voluntad; el Papa había dejado á salvo sus intereses y derechos, y todo lo que quedaba entre uno y otro era un recuerdo desagradable, una queja ó un agravio que podían enfriar, pero nunca comprometer, las relaciones mutuas.

Mas en aquel momento revivió y adquirió mayores proporciones el conflicto, por la inexperada publicación en el periódico socialista *L'Humanité*, órgano de M. Jaurès, de la nota dirigida á las potencias católicas con ocasión del viaje de M. Loubet á Roma. Los comentarios que á M. Jaurès sugirió la nota pontificia fueron para el Gobierno de M. Combes una advertencia, ó mejor dicho, una intimación, ante la cual hubo de inclinarse, salir del silencio y cambiar de conducta. Reunióse inmediatamente el Consejo de Ministros; acordó cerciorarse de la autenticidad del texto que *L'Humanité* había publicado, como si ese texto difiriera en algo substancial del comunicado oficialmente á M. Delcassé quince días antes; y acordó, además, para el caso en que la autenticidad del texto se probara, retirar al Embajador acreditado por la República cerca de la Corte pontificia.

Todas estas complacencias gubernamentales con la política socialista de M. Jaurès, deseosa de acabar con la embajada del Vaticano, con el Concordato y con el presupuesto de cultos, colocan al Gabinete presidido por M. Combes en la situación menos airosa que puede imaginarse. Extraña, ante todo, que la diplomacia francesa no haya tenido medio alguno para penetrar un secreto que M. Jaurès logró arrancar tan fácilmente de una Cancillería extranjera; cuesta mucho trabajo creer que los subordinados de M. Delcassé no hayan podido competir, en esa labor, con los agentes del diputado socialista; y surge la duda de si el Gobierno de la República francesa se sorprendió realmente ó quiso aparentar sorpresa ante el documento publicado por el periódico parisién. En el primer caso, maltrechos quedan la vigilancia, el celo y el valer de la representación oficial que la vecina República mantiene cerca de las demás potencias; y en el segundo no resultan mejor paradas la firmeza é independencia de juicio de un Gobierno que así se deja impresionar por opiniones particulares, y que á ellas se somete hasta el punto de ver ofensas y retos que no pueden quedar sin respuesta, en palabras hasta entonces juzgadas de muy otra manera.

Pero tanto en uno como en otro supuesto, no es nada de lo dicho, todavía, lo que causa mayor asombro; lo verdaderamente inusitado é inverosímil es que el Gobierno de M. Combes se queje de algunas palabras en que el Secretario de Estado del Papa advierte á uno ó á varios soberanos católicos que, si llegan á realizar un viaje á Roma, no se tendrán con ellos las consideraciones que la Santa Sede ha tenido con la República francesa, dando á entender que en respuesta á esa eventual

visita á la corte del Quirinal, podrá retirarse el Nuncio pontificio, que ahora, sin embargo, continúa en París, «por muy graves motivos de orden y naturaleza totalmente especiales».

Que estas palabras pudieran molestar más ó menos á los soberanos á quienes iban dirigidas, podría explicarse; pero que el hecho de suprimirlas en la nota enviada á Francia constituya para esta última una grave ofensa, es un verdadero contrasentido que nadie ha sabido explicar. Por eso dice el *Journal des Debats* que el motivo invocado para romper con Roma «no es más que un pretexto, y que ningún hombre de buena fe podrá negarlo»; y por eso un periódico como *Le Matín*, que llama «pobre diablo» al Papa, llega á decir, pocas líneas antes de semejante epíteto, que «hay que tener el alma muy negra» para quejarse de lo que el Gobierno francés se ha quejado.

El *Osservatore Romano*, órgano oficioso de la Corte pontificia, explicó en seguida y con toda claridad la razón de que las palabras confidencialmente dirigidas á algún soberano católico no figurasen en la nota destinada al Gobierno francés; insertarlas en esta última habría sido darles valor distinto del que fuera de ella tenían; de advertencia útil se habrían transformado en explicación inoportuna; y en vez de la deferencia que implicaba el hecho de suprimirlas, se habría dado prueba, por parte del representante del Papa, de un cierto propósito de molestar al Gobierno de la República y de comprometer inútilmente las futuras relaciones entre Francia y la Iglesia.

Por lo demás, nadie ha discutido seriamente la conducta del Secretario de Estado de la Santa Sede al dirigir la referida advertencia á determinados soberanos. Previsiones elementales demostraban su oportunidad; precedentes conocidos de todos, la hacían necesaria; y era mucho pedir que en lo sucesivo cambiara la actitud del Papa respecto á la presencia en Roma de los Jefes de Estados católicos, simplemente porque M. Loubet y su Gobierno no hubiesen respetado una tradición que la diplomacia pontificia, con perfectísimo derecho, pone el mayor empeño en conservar.

Claro es que ninguna consideración análoga á las precedentes había de impedir que M. Combes, aguijoneado por los elementos políticos que á la vez le empujan y sostienen, emprendiese el camino que monsieur Jaurès le trazaba. No por razones de dignidad nacional, ni por reales motivos de queja, sino por combinaciones de mera política interior, como ha reconocido M. Clemenceau, fué preciso entablar una reclamación diplomática cerca de la Santa Sede; reclamación extraordinaria, fundada en lo que no decía una nota y en lo que otra ú otras de carácter secreto contenían; reclamación que no consintió el Gobierno francés en que se formulase por escrito; reclamación, en fin, para cuya respuesta no

quiso conceder aquél el plazo de *¡una hora!* que Monseñor Merry del Val solicitaba.

Y es que en los planes de M. Combes entraba ya la retirada del embajador francés cerca del Papa para acallar el griterío de radicales y socialistas, y para asegurar un pasajero triunfo parlamentario. A trueque de lograr ese fin no se reparó en lo irregular del procedimiento empleado, ni acaso se dió tiempo á pensar que quien pudiera creerse ofendido iba á ser un anciano débil y no un Emperador poderoso.

Tal es la última fase del conflicto; en la cual, si no quedan enteramente rotas, aparecen muy amenazadas las relaciones de amistad entre Francia y el Vaticano, con innegable sentimiento de cuantos dentro de la nación vecina rinden culto á la religión y á la patria, y con no disimulado regocijo de socialistas y radicales, y, cosa muy digna de notarse, de todos aquellos Estados que miran con prevención ó con recelo á la República francesa.

Madrid 31 de Mayo de 1904.

DE NORTE A SUR

LA PAZ Y LA GUERRA. La guerra es el estímulo más enérgico para hablar de la paz. Hace poco decíamos así: «Entre los bienes de la guerra hemos de contar, en justicia, el incitamiento con que aguijonea á los *pacifistas;* la paz espolea al militarista; la guerra espolea al *pacifista.* Es el eterno vaivén de todas las cosas humanas».

El ilustre, el venerable Passy, acaba de expresar esta misma idea en el Congreso nacional de los *pacifistas* celebrado en Nimes, y del cual fué presidente honorario. Entre las noticias de la guerra suenan con tanta dulzura los ecos de la paz, que vamos á transcribir estas palabras de Passy:

«Porque haya una guerra al otro lado del mundo, ¿hemos de dejar nosotros de hablar de la paz? Cuando el fuego arrasa ó la epidemia devasta, ¿no son más necesarios el médico y el bombero? ¡Ah! Ya sabemos nosotros que ni mañana, ni pasado mañana se asentará el reinado de la paz sobre la tierra; pero, ¿se puede negar que las guerras disminuyen y que los esfuerzos de los *pacifistas* obtienen resultados ricos en promesas? ¿No se ve una prueba de la nueva mentalidad en la misma emoción que causan las noticias de la guerra ruso-japonesa?»

Es verdad; Federico Passy tiene razón: la humanitaria propaganda penetra en las conciencias y las conquista, afiliando reclutas en el ejército de la paz; verdad también que esta es labor de tenaces, de tozudos, porque el triunfo no se obtendrá mañana, ni pasado mañana, como dice el presidente de Nimes, y porque corremos tiempos en los cuales, las ideas humanitarias andan como de capa caída, dándonos todos á pensar que el *anti-humanitarismo* es fuerza, es vigor, y el *humanitarismo* flaqueza, debilidad.

La equivocación salta á los ojos; pero como tantas equivocaciones levanta revuelo y fascina con rebrilleos de pedrería falsa. No ha bastado toda la obra spenceriana para poner cada cosa en su lugar. El siglo XX no proclamará (creo yo) la bancarrota del *humanitarismo,* sino que lo encauzará en hondo lecho, para que su corriente ni se marche, ni se mezcle con las corrrientes turbias de la falsa y enfermiza piedad. Lo que al *humanitarismo* le conviene es sanidad, no destrucción; había llegado al siglo XIX decaído y enclenque, porque le chupaba la savia el parásito de la *sensiblería* letífera, especie que se lozanea en las sociedades debilitadas. El siglo pasado, que removió tantas cosas, no había de dejar arrinconadas, pudriéndose de roña, las ideas, algo confundidas, de *humanidad, piedad* y *caridad.* Urgía desenmohecerlas, y me parece que los *pacifistas,*

que van siendo (no en España) legión, realizan una labor de *humanitarismo* sano, fuerte y vigoroso.

Hasta hace poco se pensaba en llegar al reino de la paz por el camino del *desarme europeo*. Hoy del desarme, ¿quién habla ya? Cundió la idea de que á los pueblos no se les desarma quitándoles de entre las manos cañones y escopetas, sino que ellos mismos han de soltarlas cuando se les extirpen los espíritus bélicos en la conciencia. Se procedía, como se procede muchas veces, á la inversa de lo lógico: arrebatando las herramientas de la guerra y dejando en los espíritus el hervor guerrero, en vez de apagar los atavismos bélicos para hacer inútiles, inofensivas, las herramientas.

Hoy las grandes potencias defienden sus formidables armamentos, diciéndonos que con ellos defienden la paz. Ahora mismo, hace pocos días, en Dantzig, ante el emperador Guillermo, la marina de guerra alemana lanzó al agua un nuevo acorazado. La condesa Zeppelin bautizó el navío: *Lorena*. El *statthalter* de Alsacia-Lorena pronunció una alocución, según la cual, el nuevo acorazado, el *Lorena*, como su hermano el *Alsacia*, votado en 1903, serán en los mares, «bajo el pabellón alemán, una garantía de que han de conservarse en lo porvenir las bienandanzas de la paz, porque sólo para la paz y la prosperidad del imperio alemán se sostienen en mar y tierra tan poderosos armamentos.»

Que las palabras del *statthalter* de Alsacia-Lorena, príncipe de Hohenlohe-Langenbourg, son hipócritas, lo sabemos todos, pero esta hipocresía, ¿no revela un estado de espíritu? Hace veinte años no se hablaba así. Los *pacifistas* pueden envanecerse de este modo de hablar, en el solemne bautizo de un acorazado alemán.

Y en España, ¿penetra el espíritu *pacifista* á la moderna?, ¿se organizan aquí sociedades de la Paz?, ¿se hace propaganda?, ¿se remueve esta obra civilizadora? Tal vez se piense que por hoy, con los huesos aun dolientes, no hace falta que nos hablen de la paz. Creo, sin embargo, que para ganar aquí adeptos es propicia la ocasión. No nos engañemos: unos cuantos, pocos años, bastarán para curarnos la tundidura, y el indómito, el fiero espíritu guerrero resurgirá. ¡Ay!, resurgirá inconsciente y bravío. Unas cuantas sociedades pacifistas, ¡nos harían tanto bien!

FRANCISCO ACEBAL

LIBROS

IL MATERIALISMO STORICO E LA SOCIOLOGIA GENERALE, per *A. Asturaro.*—Génova, 1904.—308 páginas, 2,50 liras.

No deja de ser adecuado el título de este libro, y, sin embargo, sólo hasta cierto punto responde el contenido de él á lo que ese título promete á primera vista.

En el fondo, lo que el profesor Asturaro hace en la presente obra—prolusión á su curso de Sociología general en la Universidad de Génova para el año escolástico 1902-1903—viene á ser un examen crítico de la doctrina sociológica denominada del materialismo histórico ó determinismo económico.

Pero esa crítica nos la presenta de un modo que es poco corriente. En vez de discutir, según es uso, la importancia de los distintos fenómenos que simultáneamente se producen en una sociedad determinada, ó quizá fuera mejor decir, de los varios elementos que dentro del seno de la misma obran contemporáneamente, influyendo los unos sobre los otros, lo que hace es establecer la sucesión serial de tales fenómenos ó elementos, esto es, el orden con que, á juicio del autor, han tenido que ir apareciendo en el proceso de la evolución social. Es, por lo tanto, el libro último del profesor genovés (bien conocido de los amantes de la Sociología) algo así como una reconstrucción ideal y abreviada de las etapas por que ha de haber ido pasando, á través del tiempo, la historia humana, especialmente la primitiva, antes de llegar al grado de complejidad con que actualmente se ofrece á nuestra vista en los pueblos que se dicen civilizados.

Por otro lado, la obra entera puede muy bien considerarse como una disertación en torno al siguiente problema, bastante discutido por los especialistas: *De la clasificación de los fenómenos sociales y de la subordinación jerárquica de los unos á los otros.* Si Asturaro hubiese titulado de esta última manera su trabajo, quizás le hubiera dado un título más concreto y menos equívoco que el que ahora lleva, el cual desorienta un tanto al lector.

De todos modos, el escrito es una contribución muy estimable para dilucidar la cuestión relativa al objeto de la Sociología y á la naturaleza y engranaje de las distintas clases de hechos sociales, desde los más rudimentarios, los más arraigados, hondos, y, si es permitido decirlo así, los más groseros, hasta los más superficiales, complicados y delicados; desde los que ocupan la base de la vida humana social, hasta aquéllos que se encuentran en su cúspide.

Para Asturaro, el materialismo histórico significa un progreso con relación á las anteriores doctrinas que han intentado dar explicación de los fenómenos sociales, y son á saber: «una teología social, como la de los antiguos libros sagrados y, más tarde, la de Bossuet; una metafísica social, como la de

J. B. Vico y la de Hegel; y, por fin, una filosofía social, como la de A. Comte, la de H. Spencer y la de A. Schäffle. Más reciente y más perfecto representante de la filosofía sociológica, aun cuando se limita á la historia, es el materialismo histórico».

Pero el materialismo histórico es, en opinión del autor, una concepción sociológica, si fundamentalmente aceptable, demasiado estrecha; y por eso quiere él formular otra más general y comprensiva. «El materialismo histórico tendía á explicar ó interpretar la historia; y la historia comprende casi enteramente sociedades capitalistas. El principio de la lucha de clases (económicas) se refiere justamente á sociedades capitalistas. Pero *antes* de las sociedades capitalistas ha existido un número inmenso de grupos sociales que no conocieron ni el capitalismo ni la lucha de clases. *Fuera* de las sociedades históricas, en los confines extremos de la civilización y de las conquistas, han existido siempre sociedades comunistas, ó colectivistas, ó simplemente igualitarias. Y *después* de la actual sociedad existirá, ¡quiéralo Dios!, como nosotros deseamos, esperamos y prevemos, una sociedad más perfecta, que no estará fundada en la apropiación privada de los medios de producción, ni en la explotación del trabajo ajeno».

Por estos motivos cree Asturaro que el materialismo histórico, aunque es una verdadera filosofía de la historia, más científica que todas las precedentes á ella, es harto particular y limitada, no pudiendo aplicarse sino á un solo tipo social, y no abrazando, por consiguiente, en el círculo de sus explicaciones, más que una pequeña parte del inmenso camino de la humanidad.

Probablemente, Asturaro se equivoca en estos juicios. Es muy posible, ó al menos á mí me lo parece, y cuanto más me fijo en el asunto con mayor claridad lo veo; es, digo, muy posible que el problema de la vida social, cualquiera que ella sea, aun la de los grupos prehistóricos, aun la de las futuras sociedades donde haya desaparecido totalmente ó se haya atenuado muchísimo la actual lucha de clases, no pueda explicarse de otro modo sino con el criterio del materialismo histórico, al cual, según yo lo concibo, no le es, ni con mucho, esencial, como Asturaro parece creerlo, la lucha de clases. Probablemente, pues, la doctrina filosófica del materialismo histórico no adolece del defecto de limitación que hemos visto que el profesor de Génova le achaca. Pero como no es cuestión de ponerse ahora á discutir tal asunto, contentémonos, por el momento, con la indicación hecha y sigamos adelante.

Para el autor, cada una de las actividades del hombre social, y por lo tanto cada uno de los fenómenos sociales, se halla ligado con los demás por alguna ó por varias de las siguientes relaciones: *a)* relación causal de *condicionante* á *condicionado*; *b)* relación causal de *fin* á *medio*; *c)* relación de más á menos *urgente; d)* relación de más á menos *complejo; e)* relación de más á menos *general*. Teniendo esto en cuenta, la serie de los dichos fenómenos, por el orden de su aparición y de su interdependencia, según Asturaro, es el siguiente: economía; familia y parentela; derecho; guerra; política; moral; religión; arte; ciencia. «A todas estas categorías de fenómenos—afirma el autor—se podía aplicar el determinismo económico; en cada una de ellas se podía indagar el influjo causal de la estructura y de la actividad económica. Pero—añade—en

el caso de que esto se lograra completamente (lo cual no era posible, conforme veremos), quedaba siempre un problema que el determinismo económico no se proponía ni podía proponerse, á saber: ¿qué relaciones, causales y no causales, mantienen entre sí las sobreestructuras y los epifenómenos sociales?»

Ahora, lo que Asturaro se ha propuesto ha sido justamente colmar este vacío con el libro que nos ocupa.

Con el materialismo histórico, reconoce que el fenómeno económico es el primitivo, el fundamental é irreducible, el que no depende de ningún otro. A este sigue, en su opinión, el hecho genético, el de las relaciones sexuales, familiares y de parentesco, el cual, si depende del fenómeno económico, cambiándose y modificándose dichas relaciones conforme cambian las de la alimentación, la independencia económica de los individuos, v. gr., la de la mujer, y la producción y acumulo de riqueza, no está sujeto á ningún otro. Por el contrario, á él y al económico están sometidos los demás, empezando por el derecho y siguiendo por los otros ya enumerados.

La demostración de estas aserciones forma, según ya queda indicado, el contenido y sustancia de todo el libro. El cual, si no convence plenamente, está, en cambio, lleno de puntos de vista muy sugestivos y de abundante doctrina. Además, es un trabajo, sobre claro, muy ceñido, sin digresiones ni enredijos, cosa que á veces representa pobreza, sequedad y simplicidad de concepciones, y entonces no es de alabar; pero otras veces deben ser consideradas esas cualidades como muy apreciables. Sucede igual que en tantas otras cosas: según quién, cómo y en qué circunstancias se haga uso de ellas.

P. Dorado

LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS EN EL SIGLO XX, por *Ricardo Beltrán y Rózpide.*—Madrid, 1904.

Esta obra, debida á docto Académico y esclarecido geógrafo, es notable por más de un concepto, pues si en el fondo resulta un estudio profundo de los jóvenes Estados de la América, en la forma aparece tal cual debe ser la literatura contemporánea en estos trabajos; castiza y clara, pero sin aquellos arranques de literatura trasnochada, que son como follaje frondoso y rico en colores, que no deja percibir el maduro y sazonado fruto del estudio.

Para conocer los pueblos hace falta huir del lirismo; es preciso acudir á fuentes de información que nos muestren las necesidades, el modo de ser y la vida de sus instituciones, y para esto muchas veces valen más unos cuantos números que los discursos más elocuentes.

El estudio de la población y de la riqueza, el de las tendencias políticas y comerciales, los actos de su política interior y de su política internacional, y el desarrollo de su actividad y de su industria, aparecen tratados con maes-

tría, siendo todos los capítulos dignos de elogio é interesantes; pero sobre todo el último capítulo merece excepcional atención.

Bien conocida es la pretensión de los yanquis de ejercer la exclusiva en los asuntos de América, y, sin embargo, como demuestra el Sr. Beltrán, tienen en la América latina menos intereses que otras naciones europeas. Hay, pues, que rechazar esa creencia y hacer ver que no pueden pretender esa intervención á título de intereses comerciales, ni á título de raza.

He aquí algunos párrafos de la obra en que se demuestra cumplidamente este aserto:

En la mayor parte de las Repúblicas de la América del Sur y del Centro, la colonia extranjera de origen yanqui es insignificante. Citaremos algunos datos. En Venezuela hay 14.000 españoles, 6.000 ingleses, 4.000 holandeses, 3.000 italianos, 2.500 franceses y 1.000 alemanes: los yanquis son 230. En la Argentina, en el Uruguay, en el Paraguay y en otros Estados, ni siquiera dan los censos el número de individuos de origen norteamericano; son tan pocos, que figuran englobados en «nacionalidades varias». Sólo en Méjico aparecen en segunda línea, después de los españoles; son éstos 12.200, aquéllos 10.200.

Ni tampoco desde los puntos de vista económicos han conseguido los mercaderes, los industriales y los capitalistas yanquis imponerse á los europeos en América. Méjico aparte, donde la inmediata vecindad de la Unión de Washington y otras causas dan el primer lugar al comercio con la República anglo-americana, exceptuando también algunas Repúblicas del Centro, en los demás países del Nuevo Mundo predomina el comercio europeo.

En la misma América Central, en Nicaragua, el comercio inglés (434.450 libras esterlinas) (1) supera al de los yanquis (311.900), y Alemania (277.000) se acerca al de éstos. En El Salvador, Inglaterra, Francia y Alemania juntas (9.136.000 dollars) representan casi el doble de los Estados Unidos (5.100.000). En el comercio argentino éstos figuran después de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Bélgica, cuyo comercio total suma 213 millones de pesos; es decir, unas 17 ó 18 veces más que el tráfico yanqui-argentino (2). En Chile, el comercio inglés está representado por 155 millones de pesos; el alemán, por 51 millones, y el de los yanquis, por 15, igual al de Francia. En el Perú, el valor del comercio inglés es triple que el del yanqui (22.400.000 y 7.300.000 pesos respectivamente), y éste casi igual al alemán (6.800.000). En el Uruguay, Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania aparecen sobre los Estados Unidos del Norte: á 2.900.000 pesos oro asciende el comercio de éstos; el de aquellas naciones es en total de 29.700.000; Italia y España, con 2.860.000 y 2.213.000 igualan casi á los Estados Unidos.

Sobre todo, en el comercio de importación, la inferioridad de los Estados Unidos con relación á Europa es tal, que sólo le corresponde la octava parte de las importaciones que se hacen á las Repúblicas de la América del Sur.

(1) Datos de 1901.

(2) En los nueve primeros meses de 1903 el comercio de los Estados Unidos con la Argentina fué el 6 por 100 del comercio total de esta República. Al comercio con Inglaterra correspondió el 23 por 100; al francés, el 12,50 por 100; al alemán, el 12 por 100, y al belga, el 7 por 100.

De los 327.000.000 de dollars que aquéllas suman, 105.000.000 son la parte de Inglaterra; 44.000.000 de Alemania, y 42.000.000 de los Estados Unidos (1).

Y en las grandes empresas financieras é industriales, laboreo de minas, explotaciones agrícolas, vías de comunicación y otras obras de interés público, no van á la zaga de los capitales yanquis los capitales europeos. Basta recordar que los estudios, proyectos y primeros trabajos para llevar á cabo la obra magna de América, el canal interoceánico, en Europa se iniciaron, y Europa fué la que aportó la mayor parte de los recursos y elementos necesarios para acometer la empresa. La acción de los Estados Unidos se redujo á entorpecer y dificultar; cooperaron en el fracaso de Panamá, y si no hay aún comunicación entre los mares Atlántico y Pacífico por el centro de América, culpa es de los gobiernos de Washington.

Las contiendas políticas y la guerra en las Repúblicas hispanoamericanas ocasionan mayor perjuicio á los intereses de nacionalidades europeas que al capital y al tráfico de los norteamericanos. Hasta en la América central, considerada en conjunto, es muy secundaria la intervención económica y financiera de los yanquis. Concretándose á Francia, sostenía M. Meulemans, Director de la *Revue Diplomatique*, de París, que la influencia francesa en América del Centro puede estimarse como preponderante. Más de 800 millones de francos están comprometidos en empréstitos, ferrocarriles y grandes empresas agrícolas, sin contar los 1.500 millones que representa el canal de Panamá.

También Alemania acrece su influencia en esta región americana, sobre todo en Guatemala, donde, según el Cónsul general de los Estados Unidos en esa República, es el capital norteamericano el primero con relación á los ferrocarriles, pero en cuanto al comercio, los alemanes figuran en primera línea.

Según datos recogidos por el Vicecónsul de los Estados Unidos en Francfort, el capital alemán empleado en la explotación de varios negocios en Centro América asciende á 60 millones de pesos, 740.000 acres de terreno son plantaciones alemanas, y el tráfico y las comunicaciones entre Alemania y la América central están en poder de compañías marítimas germánicas.

En Bolivia, el comercio con Alemania adquiere de día en día mayor desarrollo. Casi la mitad de la total importación en la República es de productos alemanes, gracias al servicio regular que hacen entre Hamburgo y el Pacífico importantes compañías de navegación, y al perseverante trabajo y hábil propaganda de casas alemanas establecidas en el país, cuyos representantes forman parte de las Cámaras ó instituciones de comercio bolivianas.

A la vez, aumentan las colonias de alemanes en varias Repúblicas Sudamericanas, sobre todo en los Estados del Sur del Brasil, donde los germanos tienden á constituir la población dominante, y como conservan sus costumbres, un gran afecto á su patria de origen y el propio idioma, esos Estados

(1) *Commerce of Latin America. A brief statistical Review prepared and published by the Philadelphia Commercial Museum:* 1903, 20 páginas.

se van poco á poco desnacionalizando. En Santa Catarina casi el 80 por 100 de sus habitantes son alemanes ó de origen alemán, y no hablan portugués. La inmigración ahora no es mucha, pero se reproducen de modo extraordinario. Hay numerosos matrimonios que tienen de 10 á 15 hijos. La colonia Blumenau viene doblando su población cada diez años.

Recientemente, un Sindicato de colonización alemana ha adquirido en Río Grande del Sur, á lo largo del río Taquary, 6.500 kilómetros cuadrados de tierras, y se propone construir ferrocarriles para enlazar esta nueva colonia con las demás alemanas ya establecidas en el mismo Estado. Aspira el Sindicato á derivar hacia estas comarcas del Brasil la corriente de emigración alemana que ahora va á los Estados Unidos del Norte.

Las iniciativas y perseverantes trabajos de Alemania para ganar influencia en América, molestan sobremanera á los yanquis, cuya prensa, especialmente los periódicos que defienden la política imperialista y de dominación económica en el Nuevo Mundo, se revuelve airada contra los alemanes y aprovecha toda ocasión de zaherir á su Gobierno y á su Emperador. Y á tal extremo lleva su agresivo lenguaje, que el Embajador alemán en Washington tuvo que llamar la atención del Ministro de Relaciones exteriores de la República sobre los inconvenientes que la actitud de esa prensa ofrecía para el mantenimiento de la buena amistad entre ambos Estados.

En cambio, á los brasileños no parece que les preocupa la situación preponderante que van tomando en la República los colonos alemanes. Sus periódicos hablan de vez en cuando del «peligro alemán»; pero los gobernantes y el país, en general, no lo temen, porque comprenden los inmensos beneficios que reportan la inmigración y colonización como medios de progreso material y moral. A medida que aumenta la población y se fomentan cultivos é industrias, y se desarrollan el trabajo y la riqueza, y se crean, en suma, intereses económicos, el orden se impone en la vida social, y son menos frecuentes los disturbios políticos y movimientos revolucionarios. Por ley natural, el orden y la paz interior favorecen y estimulan el más rápido progreso de aquellos intereses.

La fórmula de «América para los americanos», en el sentido que hoy le dan las gentes del Norte de ese continente, las que se han apropiado el nombre de *americanos*, ni significa una realidad, ni puede expresar un ideal. Esas Américas del Centro y del Sur prosperan y se engrandecen, principalmente gracias á sus relaciones con Europa, que poco á poco las va ayudando á poblar y explotar sus vastos y fértiles territorios, y que mantiene con ellas tráfico importantísimo, reforzándose así los lazos de afecto y de intereses que unen al Nuevo Mundo con el Antiguo.

Si alguien ha de intervenir en los conflictos que surjan entre los Estados hispanoamericanos, sobre todo para procurar avenencia y restablecer la paz, son las naciones europeas las que mejor derecho tienen, y no deben tolerar que se interpongan los Estados Unidos, como no sea en el lugar secundario que les corresponde.

A. Blázquez

ROJA Y PINTA (Novela), por *José Acebal y González.* — Madrid, 1904.

«La hiedra, como el arte de los tristes, es compañera de las ruinas: engalana los árboles secos, adorna los muros vencidos, vive en la muerte (1).»

Esta profesión de fe, estampada al frente de la obra que abre la serie de los *Estudios de arte* de mi amigo Acebal, es un noble estandarte literario en que comulga casi toda la nueva generación, aunque con diversas variedades. Así en Juan R. Jiménez este arte triste es nostalgia sentimental y fulgor de una; es en Antonio Machado visión de los rincones humildes y de los dolores sencillos; es en Pío Baroja tristeza del vivir y *spleen* malsano; es en Martínez Ruíz filosofía amarga y escéptica.

En Acebal es paisaje tristón de Asturias, dolor de la existencia humilde, episodios sencillos de una vida aldeana, claridad irónica de una mañana de primavera en que se incuban desengaños y traiciones.

Hay en el capítulo X un paisaje que está *visto* con una penetración inusitada. Es un paisaje de pradera con vacas y esquila, en un atardecer. Y dice Acebal de esta manera: «Se agitaba en la brisa una música vaga de melancolía serena; el balido de una oveja perdida, los tañidos de una campana, y el canto tristón de un carretero. Era ese momento en que las almas, vistiéndose la blanca túnica de un rayo de luna, se enamoran de la tristeza, esa dulzura enferma de los místicos ideales».

Tiene Acebal espíritu de místico; y yo creo que si fuera poeta, escribiría *lieds* breves y lamentosos en el tono de los que allá por su primera juventud pergeñó Maeterlinck, el mágico de *Le Tresor des Humbles.*

Apacentó su intuición artística en aquellos maravillosos ríos asturianos, claros y sonantes, en aquellas montañas por donde trepan las viviendas modestas de las aldeas, en aquellos caseríos llenos de músicas y de frutos maduros, en aquellas iglesias con su espadaña alzada hacia el cielo gris, como un brazo implorante. Estos cuadros en que alternan las luces y las sombras con una sobriedad portentosa, como en los lienzos de los grandes maestros, sugiérenle retazos de comprensión visual como este: «Es tarde de libertad de pájaros, tarde de infinita belleza. Hace tiempo que en los zarzales elevados no alargan los faisanes el pescuezo para escuchar la trápala de la tempestad y ver las fulguraciones del rayo que deja senderos de incendio en el cielo. Estación de la paz, estación de las ideales fatigas; tú floreces en todos los sueños; te han visto descansar los amantes á la sombra de los manzanos bíblicos. Eres la tentación y la maternidad».

En el esfuerzo que la literatura moderna hace por dar á la prosa una tal fluidez, tal elegancia, tal flexibilidad que se consiga el ritmo, ya que no la rima indispensable en la poesía; frases como la última del párrafo citado, dan sensación robusta de algo rítmico. *Tú eres la tentación y la maternidad.* ¿No parece—si no es una alucinación auditiva—que esta frase rotunda, como

(1) Epígrafe de la novela.

un período tacitiano, repercute en los oídos con un retintín poético y brillante? He aquí en lo que se demuestra la fuerza innovadora de los audaces.

Y así en estilo limpio, manante y cristalino como de un suave arroyo, en estilo que pudiéramos llamar de aldea, si la palabra no pareciese despectiva á los infatuados cortesanos,—en estilo sobrio y simple—cortado á veces por estas brusquedades magníficas, está escrita toda la novela de Acebal, que yo no puedo alabar tan efusivamente como se merece por razones de amistad íntima.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

AVILA DES SAINTS, por *Alfredo Poizat.* — Lemerre, editor. París, 1904.

Procedente de un viejo Seminario é inundado en su primera infancia con las aguas lustrales de la disciplina eclesiástica, este escritor de decadencia, que ahora forja novelas perversas en el gusto de los poemas baudelerianos, ha conservado siempre esa huella malsana, y á la vez sublime, que deja en el alma un largo internado en un establecimiento eclesiástico de una vieja ciudad de provincia.

Vasta diferencia media entre las psicologías refinadas de *La Dame aux Levriers* y su obra *Avila de Saints*, de que ahora nos ocupamos. Mas lo mismo en una que en otra, está palpable esa estela sentimental del carácter levítico. He notado que todo ex-seminarista, al dejar las ropas talares y entrar en el bullicio del mundo, ó guarda cariñosamente esa muda melancolía que duerme en el fondo de su espíritu, ó, deponiendo todo rastro de la educación de sus primeros años, se hace más mundano que el que formó su espíritu en el mundo.

A veces se da otro caso. En los años que siguen á su deserción del ejército clerical (es claro que aquí no usamos la palabra en su estúpida acepción canalejista, sino como algo opuesto á lo laico), continúa siendo eclesiástico hasta la ridiculez; mas con el embate de la marea profana, pierde fuerzas y se echa en brazos del maligno oleaje, quedando, no obstante, sometido á esa especie de tiranía espiritual tan nociva como grata.

Así ocurrió con Renán. El mismo confiesa en alguna parte que siempre fué un *prêtre*; y aunque los actos de sus últimos años desdijeron esta afirmación espontánea, es indudable que en vano se abdica de todo dogmatismo cuando se lleva sobre sí el peso de un largo internado en un Seminario.

Poizat ha sido seminarista; en sus primeras obras estudiaba la influencia del misticismo, de la educación católica, de la *levadura* clerical en almas de jóvenes. Con ardor de apóstol, infatigablemente defendía sus ideales. Proclamaba que «cuando se yerguen contra nuestro Ideal obras de una belleza temeraria, es bueno que el arte afirme su vitalidad católica». Esta vitalidad comprobábala Poizat vigorosa y fuerte en las antiguas ciudades españolas, llenas de conventos y pobladas por hombres que viven con el terror de la muerte

siempre presente á su memoria. Por eso este clérigo *manqué*, henchido de una vehemencia sombría, pone el argumento de una de sus obras en Avila, ciudad donde los monasterios de todo género extienden sus alas negras sobre las calles, dándolas esa sombra perpétua que es como el remedo y símbolo material de esa otra sombra espiritual, á la vez terrible y suave...

En esta obra, que cualquier señorito del Ateneo—imbécil, y muy demócrata, por supuesto—(de esos que creen que el mundo es un pedestal que los sustenta á ellos expresamente sólo porque han leído á Waldeck-Rousseau), llamaría *oscurantista*—sin duda porque en ella no se trata de cosas horrendas, como la división del trabajo, la jornada de ocho horas, la ley sobre las congregaciones *et passim*,—exáltase y glorifícase á las órdenes religiosas, esas flores de santidad, que ostentan en el huerto del Señor sus varios y brillantes colores, y deplórase el hundimiento de ese ideal grandioso en la banalidad de las cosas modernas. «La gloria indiscutible de esa España, relegada al extremo de Europa como una chalupa vieja, es habernos hecho conocer en pleno período moderno, en pleno Renacimiento, el esfuerzo más caballeresco que el hombre ha intentado jamás para desprenderse de su humanidad y acercarse á los ángeles; y eso conservando hasta el fin no sé qué seducción suprema, no sé qué talante que les da á todos, por su delicadeza y su profundidad, los rasgos de las figuras de Velázquez».

Este libro, dietario de un alma dolorosa é ingénua, atormentada por la sed de lo infinito y por la realización de sueños indefinibles, pero gigantescos, está dedicado á un antiguo maestro, el canónigo Penín, de la diócesis de Grenoble, antiguo profesor de Retórica y director del Seminario de la Côte Saint-André. Yo no creo que ese canónigo pase á la inmortalidad por haber logrado la dicha de tener un discípulo genial y aficionado á plumear; mas sí aseguro que es bueno, cuando uno abandona cosas mejores, volver los ojos á ellas para resarcirse de la vulgaridad ambiente. Y es conmovedora esa dedicatoria en que el joven ex-alumno, todavía no corrompido por esos refinamientos mundanos, y fiel aún á sus antiguos maestros, insiste en el deseo de que «vuestros numerosos discípulos, mis camaradas», encuentren en ese pequeño y humilde libro «un buen libro».

Poizat ha hecho también novelas que casi se pudieran llamar malas, moralmente, cuando se las compara con aquellos primitivos y fervientes himnos al ideal católico y eclesiástico; novelas de decadencia en que «se agitan más que se mueven personajes casi extraordinarios», y en que anuncia un nuevo credo, pareciéndole bien estudiar «nuestra vida contemporánea, tan curiosa, tan movible, tan juguetona y tan estéril en suma...» Sí; tan estéril, tan llena de ceniza y de amargura... Por eso provoca casi á lástima, á lástima sincera, ver que se han disipado tan nobles sueños, dejando lugar á tan vanos análisis y pensar que hay quien pueda abandonar la *Guía de pecadores*, el *Camino de perfección* y la *Summa Theologica*, por *Les fleurs du mal* y *Claudine s'en va...*

Así, pues, yo aconsejaría, á despecho de todos los reproches que algunos jóvenes me dirijan, yo aconsejaría al ex-seminarista Poizat que, pisoteando mórbidos psicologismos de alcoba, nos diese siempre obras tan fuertes y tan

vehementes como *Avila des Saints*, ó bien que nos hiciese la psicología—si á psicología es aficionado—de los buenos y apacibles canónigos, que, como su maestro Penín, pasean sus tristezas devotas por las arcadas de la Plaza Mayor y por la plazoleta de la catedral en las viejas capitales de provincia. Porque—créame el joven y amable escritor—entre oir perorar á señores obesos y estúpidos en los cafés, y escuchar una salve en un convento de dominicos ó suaves motetes en monasterio de Clarisas, entre ahogarse en la atmósfera enervante de los *boudoirs* parisienses ó embriagarse de ajenjo con las suripantas del *boulevard*, y pasar dulces tardes de lluvia oyendo cantar maitines en una catedral gótica, todo espíritu noble y artista optará por lo segundo, positivamente.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

EL JUICIO PERICIAL (DE PERITOS, PRÁCTICOS, LIQUIDADORES, PARTIDORES, TERCEROS, ETC.), Y SU PROCEDIMIENTO: UNA INSTITUCIÓN PROCESAL CONSUETUDINARIA, por *Joaquín Costa*.—Madrid, V. Suarez, 1904.

El autor—de admirable labor por todos conocida publica, para utilidad de la práctica del Foro, esta monografía jurídica:

«Apuntes recogidos al azar con motivo de un caso práctico, singularmente instructivo, que se sustanció en 1902 en el Juzgado de primera instancia de Manzanares».

Quien conozca el sentido profundamente biológico que Costa tiene formado del Derecho, comprenderá, sin más, la orgánica elaboración á que ha sometido el asunto, presentándole, según es ahora, como una institución procesal consuetudinaria; por donde este libro nuevo se refiere á la serie—tan valiosa—de estudios de derecho consuetudinario por el publicados, dirigidos ó influídos; asunto, en fin, en el cual su mano ha de dejar profunda huella.

C. BERNALDO DE QUIRÓS

LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL, por *Benjamín Kidd*, traducción de *S. García del Mazo*.—Madrid, V. Suárez, 1904.

El autor de *La evolución social*, que Azcárate nos dió á conocer en sus lecciones de Sociología del Ateneo, escribe, con el título que figura arriba, un volúmen abultado, discurriendo de los problemas que trabajan á la civilización nuestra.

La idea madre, directora del libro, que preside hasta su propia estructura, es la de mostrar que «el centro rector del proceso evolutivo en nuestra historia social, se encuentra, no en lo pasado, sino en lo porvenir»; de suerte que «los pueblos vencedores que recogen hoy la herencia del mundo, son aquellos

en cuyo pasado obraron principios que en cada momento trascendían de los intereses de los miembros existentes de la sociedad».

La idea seduce luego de enunciada, y tal vez ella rija á nuestro mundo. Pero en el estado actual, la humildísima Sociología pocas veces puede darnos certidumbre. Ciertamente, cuando ha leído uno algún memorable estudio sociológico, v. gr., el de nuestro Giner, acerca de la formación social de la Ciencia, el espíritu, mientras lee, se encuentra firmemente poseído de que las cosas pasan así, como si se presentaran en el campo del microscopio Nada tiene esta investigación que envidiar á una investigación biológica. ¡Cuán raros estos hallazgos! Casi siempre la pobre Sociología contemporánea recuerda á la Metafísica, contra la que quiso protestar, sin poseer el vuelo magnífico de ésta! La penuria de su observación á la hora actual, la imperfección, sobre todo de sus métodos, tiénenla así, como en los días en que se trataba la Fisiología sin ser lícitas las anatomías ó disecciones de cadáveres, ó en que con microscopios torpes, primitivos, se abordaba la fina morfología de los tejidos.

De esto hay necesariamente en el libro de Benjamín Kidd. El cual —¿será preciso decirlo?, —con todo ello, honra el trabajo de un pensador, y vale ser leído con despacio.

C. Bernaldo de Quirós

INSTITUCIONS DE CULTURA SOCIAL.—Conferencies donades al «Institut obrer catalá», por *Cebriá Montoliú*.—Barcelona, «L'Avenç», 1903. VIII-196 en 8.°

En 1893, el *Boletín de la Institución libre de enseñanza* tradujo las conferencias del profesor belga, M. León Leclère, sobre *Las universidades populares en los países anglo-sajones*. Aunque no era esta la primera vez que se hablaba en España de la Extensión universitaria y de las instituciones análogas á ella, pues ya en el Congreso Pedagógico de 1902, el catedrático Sr. Sela había presentado una proposición (aprobada) referente á estas cuestiones, constituía aquella traducción el primer texto en lengua castellana que daba amplias noticias de lo que entre nosotros constituía entonces una gran novedad. Meses después, el mismo *Boletín* publicó un extracto del libro *Oxford and Oxford life*, cuyo capítulo IV está enteramente dedicado á la Extensión Universitaria (número de 31 de Agosto), su historia, métodos, resultados, aspiraciones y necesidades. Desde entonces, hasta Octubre de 1897, nada se volvió á escribir en España acerca de la obra post-escolar y de educación popular, tan extendida en casi todas las naciones de Europa y tan rica ya en derivaciones originales, no sospechadas por sus iniciadores. De esa fecha es el Discurso inaugural de la Universidad de Oviedo, que sirvió de base á la primera obra positiva de Extensión universitaria. Poco después, el editor Sr. Lázaro publicaba la traducción del libro de Buisson, *La educación popular de los adultos en Inglaterra*, que ampliaba considerablemente para nuestro público el conocimiento de lo que ya comenzaba á ser una realidad

entre nosotros. Luego han menudeado en diarios y revistas, artículos sobre Universidades populares y Extensión Universitaria; pero hacíase sentir la necesidad de una obra de conjunto que reuniese los datos más recientes y condensase, sobre todo, la variedad, un poco desconcertante, de las múltiples instituciones que, partiendo de un tronco común, representan hoy el movimiento de educación popular. Ese trabajo lo ha hecho admirablemente, en especial por lo que toca á Francia, el Sr. Palacios, en la Memoria escrita á consecuencia de sus estudios de pensionado de la Universidad de Oviedo en París. Igual carácter tienen las interesantísimas conferencias del señor Cebriá Montoliú á que se refiere la presente nota.

El autor, muy al tanto de la bibliografía del asunto, que ha reforzado con informes particulares pedidos á los distintos centros de que habla, limita su exposición á lo hecho en Inglaterra y Francia, aunque dando preferencia (136 páginas) al movimiento inglés en sus distintas manifestaciones (Extensión Universitaria, Settlements, Ruskin Halls, etc.) En este punto es de lo más completo que se ha publicado. Pero no es sólo el pormenor historial lo interesante en el libro del Sr. Montoliú. Merecen notarse las observaciones que le sugieren los problemas actualmente planteados—y muy discutidos—acerca de la orientación de algunas de las instituciones comprendidas en aquel formidable movimiento educativo, como, v. gr., las llamadas Universidades Populares, de cuya *crisis* en cierto respecto, habló hace poco Friedel en la *Revue internationale de l'enseignement* (dic. 1903); y muy particularmente deben meditarse sus reflexiones acerca de la utilidad que todo esto ofrece para el obrero y de sus relaciones con el conjunto de la cuestión social. En este sentido, el capítulo último (*Conclusiones*) del libro es de una lectura edificante y animadora y convendría difundirlo entre los trabajadores manuales.

Un defecto hallo en las conferencias del Sr. Montoliú, y es su silencio acerca de los ensayos de cultura social hechos en España. Por modestos que sean—así lo reconocemos todos,—tienen una condición importante, y es la de ser una realidad, una experiencia práctica en el país que quizá más que ningún otro necesita de tales instituciones. Posible es también (algunos especialistas extranjeros así lo creen) que, ó por imposiciones del medio, ó por orientación especial de sus creadores, ofrezcan esos ensayos modalidades singulares que los diferencien de aquello mismo que quisieron imitar; y tal vez cupiese hallar, en tales singularidades, apuntes de una dirección, no la única sin duda, pero *una*, para resolver el problema de la utilización práctica por los obreros, de esta obra de cultura, y de su enlace íntimo con los problemas sociales que interesan principalmente al público buscado por la Extensión Universitaria y la Universidad Popular.

RAFAEL ALTAMIRA

IL REGNO DI NAPOLI AL TEMPO DI CARLO DI BORBONE, per *Michelangelo Schipa.*—Napoli, Pierro, 1904, 4.°, XXXV-815, 10 liras.

No obstante lo mucho que se ha escrito acerca del reinado de Carlos III, quedan aún no pocas cosas por averiguar, y, lo que es peor, quedan muchas leyendas que desvanecer. Sin ir más lejos, la expulsión de los jesuítas no es, en manera alguna, un hecho perfectamente conocido en todas sus causas y consecuencias. El libro de D. Manuel Danvila, aunque lato en este punto, no ha desvanecido todas las dudas que sobre el particular tenían los historiadores que se preocupan por saber la verdad de lo acaecido antes que por juzgarlo y expresar sus opiniones particulares; y un novísimo investigador de esta cuestión, M. F. Rousseau, ha podido todavía cosechar no pocos datos nuevos, como se ve en su artículo *Expulsion des jésuites en Espagne (Rev. des questions historiques*, Enero, 1904) y se verá, más aún, en futuros trabajos.

El libro del Sr. Schipa—premiado por la Real Academia de Ciencias morales y políticas de Nápoles, con el premio quinquenal de 4.000 liras,—es de los que vienen á prestar servicios positivos en la gran obra de reconstruccion de la verdad histórica. Su conclusión general es rectificar la leyenda formada en punto al reinado en Nápoles del que fué Carlos III de España, tanto en lo que se refiere á la intervención personal del monarca, como al efecto útil y á la extensión de las reformas intentadas en su tiempo.

Según se ve en la abundante bibliografía que figura en la Introducción, el Sr. Schipa no sólo ha tenido en cuenta todo lo publicado acerca de D. Carlos, sino que ha estudiado numerosos manuscritos ó documentos hasta ahora desatendidos. Con gran complacencia nótase que entre las fuentes figuran no pocos libros de viaje, insustituíbles para ciertas noticias de costumbres y ciertos datos biográficos.

De su copiosa labor, el Sr. Schipa ha cosechado considerable número de pormenores que nutren su libro y le dan una consistencia positiva sumamente estimable. El autor tiene, sin embargo, que eso resulte fastidioso para los lectores. Para lectores frívolos, quizá; para los capaces de interesarse, aunque sólo sea con el aspecto dramático de la Historia, seguramente no. Estos han de agradecerle que haya querido «asegurar el triunfo de la verdad concediendo amplia entrada, entre las ruinas del error, á los testimonios genuinos de hombres y cosas».

La parte primera de su obra, dedícala el Sr. Schipa á exponer el Gobierno austriaco anterior al borbónico de D. Carlos. Es un precedente, no sólo interesante, sino de indudable necesidad para darse cuenta de las condiciones en que halló el reino el nuevo monarca, y comparar ambas situaciones. Merece particular consideración en esta parte, para nosotros, lo referente á la protección concedida (á costa del Tesoro napolitano) por D. Carlos de Austria —al emperador Carlos VI, —á los muchos españoles que, después de apoyar aquí sus pretensiones á la corona, en competencia con Felipe V, emigraron con él y formaron una pequeña corte exótica en Viena. El emperador se mos-

tró siempre muy favorecedor – hasta el exceso – de aquellos recalcitrantes partidarios suyos, entre los que figura el célebre Vilana (Villana, escribe Schipa, pero los documentos publicados por Carreras y Bulbena en su *Carlos d'Austria y Elisabeth de Brunswich*, son decisivos), que de escribano pasó á secretario de Estado del Pretendiente y á marqués de Rialp.

Nápoles empieza á tener historia propia con Carlos de Borbón. El autor reconstruye el retrato físico del monarca, mediante una minuciosa ensambladura de noticias suministradas por los contemporáneos (págs. 73-74) y utilizadas con crítica. Rectifica así la leyenda de la «belleza y gracia» que Colletta, Botta y otros escritores levantaron en punto al monarca; como también la «de la castidad» de D. Carlos (77, nota (1), que á algunos autores ha servido de chacota.

La corte del nuevo rey fué tan dispendiosa como la del emperador (271-273) y causaba vivo contraste con la de Turín (274). Durante los primeros años de su reinado, D. Carlos no tuvo voluntad propia: fué un instrumento en manos de su madre, á quien en Nápoles representaba el primer ministro Santostefano; sin que la caída de éste hiciera otra cosa que sustituir su omnipotencia por la de Montealegre. En general, el rey fué un elemento pasivo en el Gobierno, dejándose guiar por sus ministros y por la reina (257-8, 332, 520, etc.), aunque algo de voluntad manifestó en las modificaciones gubernativas que se hicieron con posterioridad á la salida de Fogliani (1755). Contra lo que se ha dicho en multitud de libros, Tanucci no fué el único, ni el principal director de D. Carlos, ni pertenecen á él muchas de las reformas que se le han atribuído (332, 336, 339, 521-522). Hasta 1734, Tanucci no figura como ministro ó secretario, y entonces, sólo lo es de Justicia. En 1755 sube á secretario de Negocios extranjeros por iniciativa del rey, y este nombramiento causa general sorpresa. Pero aunque entonces «toma origen la importancia de Tanucci», ni fué ministro único (ni primero), ni su acción preponderante «se afirmó hasta después de la marcha de Carlos» (521), al ser nombrado éste rey de España. En la última reforma del ministerio que hizo el monarca, Tanucci vió acrecido su poder, conservando la dirección de la Casa Real y de los Negocios extranjeros y recibiendo el nombramiento de Consejero de Estado (547).

La segunda parte del libro—más interesante, si cabe, que la primera—se titula *La Sociedad*, y trata de la organización social, económica, vida intelectual, etc., y de las reformas hechas en todos estos órdenes por los Gobiernos de D. Carlos. La conclusión general es que las reformas tuvieron muy escasa importancia, pues aun los límites fijados en la jurisdicción feudal se revocaron poco tiempo después (600 y 616-18). El poder feudal era enorme. Concentrada la propiedad en pocas manos, faltaba casi en absoluto esa masa de pequeños cultivadores propietarios que tan necesaria es para el progreso agrícola. La población feudal era mucho más numerosa que la realenga. En 1730, de 369.019 *fuegos*, sólo 71.961 eran del rey; 294.057, de los barones. El célebre *Código Carolino*, obra del jovenzuelo Cirillo, fué completamente inútil (695).

El juicio histórico con que Schipa resume, al final de su libro, el resul-

tado de sus investigaciones, es decisivo (780 82). Traduciré uno de sus párrafos, para terminar esta nota, encaminada, más que al análisis de la obra de Schipa, á llamar la atención de los eruditos acerca de ella, haciéndoles ver lo mucho que pueden espigar en sus páginas.

«Cuando Carlos dejó el Mediodía de Italia, la conformación social que hallara al venir, continuó siendo lo que había sido, con los mismos vicios y engaños en lo alto, la misma miseria y abyección y brutalidad en lo bajo, más gravada que antes de tributos, más encadenada en todo género de libertad. Veinticinco años son, ordinariamente, muy poca cosa en la vida de un pueblo, y el pueblo del Mediodía de Italia progresó bien poco bajo el reinado del primer Borbón. Mas luego que él marchó, cuando se perdió para siempre el rey por tantos siglos suspirado y concedido, finalmente, por la suerte, la poesía del pasado y de lo perdido recogió y sancionó las adulaciones repetidas durante aquel tiempo de servilismo miserable.»

RAFAEL ALTAMIRA

LITERATURA HISPANO-AMERICANA

UN LIBRO CHILENO SOBRE CHILE

Me ha interesado siempre mucho la república de Chile por ser aquella sobre la cual he oído más contradictorias apreciaciones, por llevar una vida más cerrada en sí, comunicándose con nosotros menos aún—y es todo lo que puede decirse—que las demás repúblicas americanas de lengua española, por parecerme la de más carácter propio, y sobre todo por haber oído asegurar repetidas veces que es Chile la nación hispanoamericana en que más predomina el elemento de origen vasco y en que más se ha dejado sentir su influencia. Preocupado, como es natural, con la psicología de mi propio pueblo—del vasco,—á cuyo estudio he dedicado no poco tiempo y enderezado no pocas observaciones, atraíame un país en que aquel pudo desarrollarse libremente y dar libre juego, en la vida pública, á sus cualidades buenas y malas. Presentábaseme aquí un curioso experimento histórico. Y hasta recuerdo haber reproducido en alguno de mis escritos aquello que decía un paisano mío: «¿Preguntas qué es lo que hemos hecho los vascos? Pues por lo menos dos cosas de valor universal, bueno ó malo: por ministerio de Iñigo de Loyola, la Compañía de Jesús, y con nuestra emigración, la República de Chile.»

Tenía aún en la memoria el recuerdo de los juicios que mereció la vida chilena al benemérito Groussac, y que éste estampó en su notabilísima obra *Del Plata al Niágara*, juicios teñidos de color argentino, ya que es la Argentina la verdadera patria hoy de Groussac, francés de nacimiento y educación. Sospechaba que un francés que reside hace años en la cosmopolita Buenos Aires, donde se ha fraguado prestigio y posición envidiables, si era el más

apto para ver ciertas ventajas y ciertos inconvenientes del carácter chileno, no era ciertamente el que mejor pudiera simpatizar con lo que estiman los chilenos como más propio de ellos y lo más valedero á la vez. Deseaba otras fuentes de información. Y vino á mis manos el libro de D. B. Vicuña Subercaseaux, *Un país nuevo (Cartas sobre Chile)*, publicado en París el año pasado de 1903.

El libro del Sr. Vicuña Subercaseaux es una calurosísima apología de Chile, hecha por un chileno; es un libro no ya de intenso patriotismo, sino á las veces de desenfrenada patriotería; es un himno *chauviniste* en prosa. Dios me libre de reprochárselo. Como obra moral para los chilenos, acaso sea mejor que lo nuestro, cual es lo de rebajarnos y hasta calumniarnos á todas horas y repetir en todos los tonos y á todas voces que estamos dejados de la mano de Dios, no habiendo para nosotros remedio alguno. Esa intensa confianza en sí mismo puede ser una gran fuerza de adelanto para un pueblo. Pero á los demás nos hace sonreir, aunque tratemos de refrenarlo primero y de ocultarlo después.

El Sr. Vicuña Subercaseaux no se queda corto en las ponderaciones respecto al valor del pueblo de que forma parte. Chile es un país superior, «la única nación de América del Sur que ha conseguido progresar conservando su personalidad», «el único punto de la América Española donde la civilización no ha degenerado» (pág. 31), el «mejor de los países» que encontró el autor del libro en su peregrinación fuera de Europa (pág. 156)—finge el señor Vicuña que las cartas, que forman el libro, las escribe un francés—; «para los europeos no hai en el Nuevo Mundo una existencia más agradable que la de Chile» (pág. 271); es una única nación que «ha sabido conservar, muy lejos de Europa, las cualidades que hacen honor en la humanidad» (pág. 277), y por último llega á decir este exaltado chileno que cree que «Chile no sólo es el país que marcha á la cabeza de la América Española, sino también el país que llegará primero á realizar la ideal aspiración de las repúblicas: el Estado naciendo del pueblo, en vez del pueblo naciendo del Estado» (páginas 277 y 278).

«Chile es, en América, un país aparte» (pág. 7), al que no debe confundirse con el resto de los de la América Latina (pág. 8), pues las demás naciones de la América Española se parecen todas un poco; «sólo Chile es distinto y ofrece caracteres netos» (pág. 28) Las pretensiones de personalidad, de diferenciación, de ser un pueblo escogido —para bien ó para mal —de originalidad colectiva, se ven bien claras; son pretensiones que conozco perfectamente y respirándolas me he criado.

El clima de Chile es, ante todo, el más á propósito para hacer un gran pueblo, pues las bruscas variaciones de él endurecen el físico y han hecho un pueblo más activo y robusto que los otros sud-americanos (pág. 13). El autor concede, sin embargo—y no es pequeña concesión, —que «no tienen la *culpa* (los chilenos) de que en esa región del globo exista un clima propicio al vigor humano» (pág. 15), á pesar de lo cual está convencido de que «en Chile todo se debe á los chilenos» (pág. 28).

Lo mismo ocurre en mi país; nadie dirá que se debe á los vascos el clima

de la Vasconia ó que ellos pusieron allí saltos de agua, montes de hierro y puertos; pero sí os darán á entender que otros no hubieran sabido aprovecharlos, olvidándose de que los hombres mismos son hijos de la tierra. A ese favorable clima de Chile, se añade que éste recibió lo mejor de la emigración española, no los aventureros que iban á enriquecerse con pillaje, sino «la gente de bien que deseaba sustraerse á la peligrosa bacanal de los otros países», los que ambicionaban gloria, los que querían trabajar (pág. 50). Y así se formó un pueblo ordenado, respetuoso (pág. 26), tan disciplinado que «el *roto* chileno pasa—según afirma el autor ¡claro está! —por el mejor soldado del mundo» (pág. 105), y en cuanto á cultura «Chile es el país de la América del Sur más adelantado en cuanto á instrucción primaria y secundaria» (pág. 82), aunque acabo de leer en la revista mensual de Valparaíso *Chile Moderno*, número de Noviembre del año pasado, y en un artículo titulado «Algunas consideraciones sobre la decadencia chilena», que firma D. José A. Alfonso, que Chile «ocupa, en materia de instrucción, uno de los lugares más inferiores en la escala de las naciones civilizadas», y que su vecina, la Rupública Argentina, les lleva á este respecto «una enorme delantera», añadiendo que sólo el 6,48 por 100 del presupuesto se dedica á instrucción pública (pág. 356, tomo I, núm. 5 de la revista). Pónganse de acuerdo ambos chilenos, aunque bueno será añadir que con dificultad se encuentra en el libro apologético del Sr. Vicuña Subercaseaux una afirmación bien documentada, ni una comparación basada en estadísticas. La fe patriótica, como cualquier fe, se pasa sin pruebas.

No me detengo en más detalles, algunos reveladores de lo candoroso del entusiasmo patriótico del autor, sino que ocurre preguntar: ¿Y cómo no se sabía todo esto en Europa? Es porque Chile, que necesita de Europa menos que las demás repúblicas sudamericanas; si es que necesita de ellas, y no más bien le daña lo que de aquí vaya allá, visto que «todo lo que hay de malo en el Nuevo Mundo es de origen europeo» (pág. 5)—incluyendo, creo, al autor —es que Chile, decimos, no ha hecho propaganda de sus excelencias (principio de la carta XII, pág. 139 y siguientes), por lo menos hasta que el Sr. Vicuña Subercaseaux escribió sus cartas y las publicó en París, dedicándoselas al Excmo. Sr. D. Germán Riesco, Presidente de la República. «A la Argentina le conviene darse á conocer en las masas populares de Europa», porque «necesita pueblo y más pueblo para sus inmensos y feraces territorios», y en aquel país, en que se dijo que gobernar es poblar, las razas indígenas y criollas, «vagas y débiles, no ofrecen inconvenientes á la adaptación del europeo» (pág. 140); pero á Chile nunca irá pueblo europeo, porque allí el trabajo es duro, é insostenible la competencia del pueblo chileno, «compacto, uraño, admirablemente sufrido y laborioso» (pág. 141). A Chile le conviene, en cambio, una fuerte emigración de capitalistas, siendo, pues, inútil, que trate de darse á conocer en las masas. Le basta con que lo conozcan en las Bolsas y en las casas bancarias» (pág. 141), á las que vaya acaso enderezado el libro del Sr. Vicuña Subercaseaux.

Porque si este significa que se rectifica lo de la abstención de propaganda, no cabe duda de que ésta se inaugura con ahinco y osadía. Hay que desengañarse, en nuestros tiempos no resulta cierto lo de que el buen paño en el

arca se vende, y, además, por mucho que menospreciemos el orden puramente moral y afectivo, algo significa el que un país sea conocido y apreciado y sepa despertar simpatías en los demás, aunque tales simpatías no se traduzcan ni en inmigración de braceros ni en aporte de capitales.

Leyendo estos y otros ditirambos en la misma cuerda, me decía: pero á este país le conozco; me parece que me llevan á una vieja tierra conocida; todo esto lo he oído mil veces; toda esta satisfacción de sí mismos me suena á cantinela familiar. Y, en efecto, en el libro mismo y en su página 88 hallé la explicación en estas palabras: «Los españoles que formaron la aristocracia chilena fueron de todas partes de la Península. Pero el elemento criollo se formó casi exclusivamente con emigrantes de las provincias vascongadas», siendo «para muchos los vascongados los mejores hombres de España». Sobre todo para nosotros, los vascongados mismos, como para el Sr. Vicuña Subercaseaux son los chilenos, sus paisanos, los mejores hombres de Sud-América. Al leer eso exclamé con Arquímedes: *¡heúreca, heúreca!* Aquí está mi pueblo—me dije—que al encontrarse como en su cuna, con mar y con montañas, pues los chilenos son como nosotros los vascos, «hijos del mar en su imponente unión con la cordillera» (pág. 265), ha desarrollado sus cualidades, y entre ellas el mal velado orgullo, la fe en sí mismo, la creencia en su propia superioridad. «En los otros países de América todo lo importante pertenecía á los extranjeros ó nacía de ellos»; pero en Chile «el elemento nacional imperaba con cierta obstinación» (pág. 27). No habla de otro modo un *bizkaitarra* en mi tierra. Lo bueno, de dentro; lo malo, de fuera. En Chile se debe todo á los chilenos, como en mi Vizcaya se debe todo á los vizcaínos.

Y defectos, debilidades, flaquezas, ¿no los tienen los chilenos? Cuando es en alguna facultad ó aptitud más pobre que otro pueblo americano, la tal facultad ó la aptitud esa son de puro relumbrón y sin valor sólido. Vengamos á la literatura y veamos en ella á este pueblo que, según nos le pinta su hijo el Sr. Vicuña Subercaseaux, cuyo patriotismo no aparece menos fanático que el del *roto* (pág. 99), tiene más de espartano que de ateniense. Leyendo con atención y cuidado la carta XIV del libro *Un país nuevo*, se ve que su autor no halla modo de establecer la superioridad literaria de Chile sobre los demás países sud-americanos, sin duda, porque siendo la literatura género de exportación, y pudiéndola conocer nosotros más directamente que el clima, la moral, la energía física, etc., no cabía jugar tan desembarazadamente con el entusiasmo patriótico. Y también al leer esta carta XIV me acordaba de lo que en mi país se dice para explicar, justificar y enaltecer la pobreza de imaginación de que hasta hace poco adolecían los escritores vascos y la endeblez de su labor literaria.

Empieza la carta XIV hablando de las corrientes generales de la literatura hispano-americana, de la *Amalia* del argentino Mármol, la *María* del colombiano Isaacs, de la influencia de la tiranía sobre la literatura, y, por último, del decadentismo y de Ruben Darío, que «construyó con sus versos finos y pueriles una *barca azul* y navegó por toda América propagando sus ideas elegantemente corrompidas y vendiendo sus nostalgias» (pág. 179). Aquí el autor vierte juicios muy atinados, como el de que la América, «que debía es-

tar llena de Virgilios, poetas de la selva y del vigor, está llena de poetas muelles al estilo de Anacreonte y Catulle Mendes» (pág. 180), á lo que sólo hay que oponer que Virgilio no fué poeta de la selva ni del vigor y sí muelle. Añade, también con acierto, que en América, «donde casi todos los poetas son decadentes, son muy escasos los de verdadero talento», llevando sus obras un sello de artificialidad, lo que hace que muchas de sus obras no pasen sino por imitación grotesca de lo que se escribe en Europa (pág. 180). En Francia, querrá decir, y ni aun esto, sino en los bulevares de París. Bueno fuera que el autor, que se finge francés al escribir su libro, rebuscara las causas de ello.

Sigue hablando de literatura americana, de Olmedo, de Bello, á quien llama «el mejor imitador de Víctor Hugo»—esto es ya demasiado fuerte,—de Acuña, de Guido Spano, para venir á decir que ahora, en el Nuevo Mundo, todos son poetas menores.

A tales influencias del decadentismo ha sabido resistir Chile; el «carácter práctico y sobrio de la raza chilena repudia esa literatura liviana y oropelesca». «El sol de Chile no produce imaginaciones desbordantes... produce pensadores tranquilos y profundos». (Aquí convendría saber que entiende por profundidad el autor); «la imaginación nacional es escasa y la inteligencia es cristalina», lo que hace que en Chile haya «muy poca poesía escrita» (página 182).

Más adelante dice que Chile es país de «literatura sobria y paciente». Roba vitalidad á la novela y á la literatura artística de Chile, el que «los hombres de talento literario tienen que dedicarse á tareas más imperiosas en el orden de las necesidades públicas», pues «todos los literatos chilenos tienen que ser profesores, abogados, historiadores, diaristas, ministros, tienen que llenar mil tareas más útiles que la novela» (pág. 188). Fíjese el lector y lea con cuidado debajo de esto de que en Chile no se producen imaginaciones desbordantes, siendo la que hay escasa, y que su literatura es sobria, paciente, tranquila y... profunda.

El Sr. Groussac en su ya citado libro *Del Plata al Niágaara* (Buenos Aires, 1897), hablaba de la conciencia juiciosa y la paciente laboriosidad que han llevado los chilenos á las especulaciones más altas y desinteresadas, añadiendo: «Sin duda hánle faltado, no sólo el genio, la llama sagrada, la originalidad soberana—como á los otros pueblos americanos,—sino la gracia elegante y el mismo gusto artístico; el númen de Bello, descolorido y frío como el agua, ha presidido á sus inspiraciones». «Pero en las ciencias aplicadas—añade Groussac,—en la historia y en el derecho, ha seguido con paso mesurado y seguro las huellas de los maestros». *Paso mesurado*; esto es típico. Se ve un país de demasiado sentido común.

El Sr. Vicuña Subercaseaux añade, que en la literatura chilena la afición á la historia lo vence todo; «está por encima de Anacreonte y de Safo, que son los dioses de la literatura centro-americana». Y después de añadir que los chilenos han hecho de su historia un jardín de Armida, recuerda unas palabras de Menéndez y Pelayo, que son: «los chilenos viven enamorados de su historia». Lo mismo, lo mismito, que en mi país vasco, aunque apenas ten-

gamos los vascos historia propiamente tal. Pero una cosa es vivir enamorado de la poca ó mucha historia que se tenga, y otra muy distinta saber entenderla, sentirla y contarla. El autor nos dice que en Chile se han escrito pocas novelas, pocos libros de costumbres y de psicología, pero no por falta de talento literario de los hijos del país, pues «la prueba de que esa disposición de cerebro existe y germina en los chilenos es la cantidad de admirables libros históricos que se han escrito y se escriben; lo mismo que la sabiduría y belleza de los estudios jurídicos y doctrinales que atraen preferentemente la imaginación nacional» (pág. 188). Y aquí, aunque me cueste comprender qué admirabilidad puede ser la de los libros de historia de un país donde no florecen ni la novela ni el estudio de costumbres ó de psicología, he de confesar que como no conozco libros chilenos de historia me abstengo de juzgar. Sólo he de decir aquí, que también en mi país vasco se habla del espíritu sobrio, tranquilo, paciente y seguro de mi raza, y hasta se pretende que tenemos aptitudes para el género histórico. Pero, francamente, á nadie se le ocurriría presentar como modelos del género los indigestos trabajos de Gorozabel, Novia de Salcedo, Labayru, etc., etc. De Chile sólo he oído hablar de los trabajos históricos del Sr. Barros Arana, y no con elogios por cierto. Y no sé por qué, sospecho que toda la literatura histórica chilena no tendrá nada que pueda parangonarse con aquel magnífico y robusto *Facundo*, del argentino Sarmiento, con ese admirable libro de historia, que atrae como una novela y es á la vez estudio de costumbres y de psicología. Dios me perdone si juzgo de ligero, pero no sé bien por qué he creído ver tras las líneas del libro del Sr. Vicuña Subercaseaux que la literatura histórica chilena ha de ser obra de paciencia, de compulsa de datos, de prolijidad de noticias, rociado todo con retórica patriotera. En país de imaginación escasa no puede florecer el arte de la historia, la historia que interesa y que vale, la única que deleita y enseña, y que sin imaginación no se hace, la historia á lo Michelet, á lo Green, á lo Carlyle, á lo Macaulay, á lo Ranke, á lo Thierry, á lo Taine, la historia digna de este nombre, en fin.

«En Chile, antes que nada, se honra y se comprende la ciencia», dice el autor en la pág. 183, y al leer eso de ciencia torcí el gesto, porque sé á qué suele llamarse así. Me imaginé un país en que se rinde culto á la ingeniería, en que el positivismo ha hecho estragos y en que la filosofía se encierra en la biblioteca Alcan. ¿Ciencia sin imaginación?—pensé—¡valiente peste! Y recordé al punto una agudísima observación del perspicaz escritor portugés Bruno (José Pereira de Sampaio) en su libro *O Brazil mental*, donde dice que el positivismo influyó mucho en el Brasil, añadiendo: «su agnoticismo, acariciando la pereza cerebral portuguesa brasileña fué la condición primordial del fulminante éxito». Y ví á un pueblo sobrio, paciente, laborioso, de imaginación escasa, encarnizado en la lucha por la vida, pero sumido en pereza espiritual, dedicado á la mal disfrazada holgazanería de la erudición histórica, y pasando de la ortodoxia católica á la ortodoxia del cientificismo, más ó menos positivista. De esto hablaré más adelante.

En Chile se rinde culto al arte, según el autor, «en Santiago hay exposiciones todos los años como en ningún otro país de América del Sur», y «todo

lo que se refiere al arte despierta verdadero entusiasmo en la sociedad chilena» (pág. 187). Y luego nos habla de pintores y escultores chilenos. Lo mismo que en Bilbao, en mi país vasco, donde se compran cuadros y hay afición á ellos y á la música mucho más que á la literatura.

Y es natural, pues la pintura, la escultura y la música, vacías de contenido conceptual, aquietan el espíritu, le distraen y aun le adormecen; rara vez despiertan, como la literatura fuerte, las profundas inquietudes del espíritu, esas inquietudes que no conocen las almas holgazanas que matan el tiempo en trabajos de paciente erudición. En las artes apenas cabe lucha de ideas; una pieza de música no puede ser ortodoxa ó herética.

Y hemos llegado al punto supremo, y es éste: y de la religión y el sentimiento religioso en Chile, ¿qué? Muy poco se saca de lo que dice el autor. Sin embargo, afirma que «en América no se conoce esa caótica agonía de Teodoro Jouffroy, ese sufrimiento de la conciencia que vacila entre las creencias seculares y las imposiciones de la ciencia» (pág. 79). Vamos, sí, que de un catolicismo más ó menos fanático, ó más ó menos rutinario, se pasa á un positivismo ó á un indiferentismo tan rutinario como aquél. «Las mujeres son creyentes, los hombres ateos y se vive sin hacerse objeciones» (pág. 81), lo cual arguye sencillamente, si es verdad, un estado social detestable.

Esta composición de ideas le parece al autor «encantadora» y la compara con las fórmulas del criterio filosófico del siglo XVIII. Y así me lo explico todo. Se ve un pueblo educado en la modorra de la ortodoxia católica, un pueblo que, al perder la fe, es para sumirse en el indiferentismo, se ve algo muy triste.

Ofrecen las naciones hispano-americanas un curioso fenómeno, que no deja de inquietarnos á los que seguimos con atención y simpatía sus progresos y creemos en la necesidad del elemento religioso—pero de religión viva, —para una sana y duradera civilización. El fenómeno es la poca ó ninguna atención que allí se presta á las cuestiones religiosas. Apenas conozco más que el uruguayo Sr. Nin y Frias que, aunque de pasada, muestre que le interesan. Muévense sus escritores en un verdadero y efectivo agnosticismo, y no son los menos agnósticos en el fondo—y aún mejor que agnósticos, indiferentes—los que hacen profesión de católicos. El catolicismo de éstos es de índole político-social, no de índole estrictamente religiosa. Los problemas más íntimos de la conciencia cristiana parece que no agitan allí los corazones Y la falta de esas hondas inquietudes mana del mismo manadero, de donde también mana la literatura «liviana y oropelesca» de que nos habla el señor Vicuña Subercaseaux. Con decir que hay en alguna de esas naciones—en Chile y en Méjico por lo menos—quienes toman en serio la religión comtiana y adoptan su calendario, está dicho todo.

Según el Sr. Vicuña Subercaseaux, «cábele el honor á la literatura chilena de haber desterrado del laberinto histórico... la conciencia que lucha entre el saber y la fe» (pág. 191). ¡Triste honor! Y líneas más abajo, en la misma página 191, nos dice que «Santiago de Chile es una ciudad eminentemente intelectual». *¿Intelectual?* Es que la intelectualidad no basta para la cultura, ni menos para la dicha.

Y, en efecto, no es el pueblo chileno, según el autor de quien ahora trato, un pueblo exclusivamente intelectualizado. Rinde culto á los deportes y al atletismo, de que nos habla bastante el autor. Y á éste propósito nos cuenta lo que allí significa el cuerpo de bomberos, añadiendo que «si los argentinos, á su tiempo, hubiesen establecido una institución semejante, tal vez no tuviesen que lamentar hoy día el cosmopolitismo que afecta de un modo incurable á su nacionalidad» (pág. 201). Puede ser que los argentinos no opinen lo mismo, porque nada más humano que discrepar *ex toto diametro* en juicios referentes á un mismo argumento. Así, v. gr., el autor cree que el cerro de Santa Lucía, en Santiago, es «el monte de ensueño que ha dado fama universal á la capital de Chile, por lo que la envidian las más viejas y altivas ciudades» (pág. 25), y el Sr. Groussac, en su precitada obra, á ese cerro «frenéticamente adornado, tallado, acicalado, compuesto y descompuesto por el ilustre intendente Vicuña Mackena», le llama «jiba municipal», y le sorprende que «tal adefesio haya sido consagrado como una reliquia nacional, hasta el punto de no poder criticarlo sin cometer un sacrilegio y ser declarado enemigo público», y añade: «Hemos visto, y veremos, que tienen los chilenos muchas virtudes de perseverancia y energía impulsiva; pero la elegancia no es una virtud, ni el gusto una dependencia de la voluntad».

Muchas otras curiosas observaciones contiene el libro de que trato, y es interesante cuanto en él se refiere á la colonización alemana é inglesa, á las consecuencias de la guerra contra el Perú, á las salitreras de Antofagasta y los efectos del rápido enriquecimiento del país, merced á ellas y á la manera bárbara como las explotan los ingleses. Muy interesante también cuanto nos cuenta de la triste condición del extranjero en América (páginas 274 á 275), y de la hospitalidad chilena. Pero no puedo detenerme en todo sin correr el riesgo de alargar desmesuradamente esta ya larga nota. El interés del asunto, más aún que la manera de tratarlo el autor, me ha hecho hacerla tal. Y si pareciese traslucirse en ella alguna hostilidad, debo declarar que no abrigo la menor prevención contra el pueblo chileno, sino que, por el contrario, cuanto de él sé me hace tenerlo por un pueblo noble, sufrido y vigoroso, sino que es la manera desenfrenada y desatinada que en elogiarlo tiene el Sr. Vicuña Subercaseaux la que ha de hacer que se ponga en guardia y aun se prevenga en contra todo lector desprevenido. *Ne quid nimis.* Si todos los chilenos fuesen como el autor del libro *Un país nuevo*, no podría éste decir que el pueblo chileno «carece de orgullo» (pág. 98), y del orgullo más barato, que es el colectivo. Bien es verdad que en la misma pág. 98 se le escapa la confesión de que «el pueblo es ignorante y vicioso»; de donde se deduce que todas las virtudes que se dedica á ensalzar como propias de los chilenos, en el resto del libro lo son de la parte dirigente, y que es Chile una oligarquía donde unas cuantas familias adornadas de todas las preeminencias que les atribuye el autor, manejan á un pueblo ignorante y vicioso, pero sumiso y fanatizado.

Si cotejamos con los juicios del Sr. Vicuña Subercaseaux los de otro chileno, D. José A. Alfonso, en el artículo del *Chile Moderno*, que he citado, la contradicción salta á los ojos. Según el Sr. Alfonso, falta allí espíritu público

é iniciativa, y es deficiente la capacidad moral, reinando inescrupulosidad política y privada. A consecuencia de la guerra de 1879 contra el Perú y Bolivia, se apoderó, *manu militari*, de las Salitreras, y, merced á ellas, «de país pobre, pasó sin transición, á poseer una riqueza desproporcionada, como se ha visto después, á su capacidad de administrarla y, podríamos justamente agregar, á su capacidad moral». Y añade el Sr. Alfonso: «La riqueza en países jóvenes, sin la suficiente preparación ó educación, es, pues, un peligro», haciendo notar que «la riqueza de Tarapaca ha descubierto y traído á la superficie muchos elementos perturbadores y corrompidos, que dormían en el subsuelo social y político de Chile, faltos de un incentivo suficiente para despertarlos». Lo mismo, exactamente lo mismo que en Bilbao.

Esto del rápido enriquecimiento de Chile á consecuencia de la guerra, la crisis moral á que dió lugar la tragedia de Balmaceda, es una de las más interesantes páginas de la Historia humana. El que acertare á escribirla con penetración y espíritu—con imaginación—haría un libro de eterna enseñanza.

Acaso desee ahora el lector de esta nota que le diga cuál es la opinión que acerca del pueblo chileno se saca de la lectura del libro de que trato. Prefiero darle la opinión sintética de D. Pablo Groussac no sé por qué este señor, cultísimo y muy docto escritor en nuestro idioma, al publicar artículos y libros en castellano, los firma Paul Groussac y no Pablo Groussac, pues por mi parte, si fuese capaz de escribir en francés, firmaría siempre Michel y no Miguel, y así he hecho pongan mi firma en cierta traducción de un artículo—que en la página 21 de su citado libro *Del Plata al Niágara*, dice:

«Políticamente: un pueblo centralizado, con un poder ejecutivo predominante, una clase dirigente emanada de la aristocracia de raza y fortuna territorial. Socialmente: un pueblo amigo del orden y sometido á la autoridad legal, con fuerte estructura orgánica y todas las cualidades y defectos de un patriotismo exagerado, casi español»; (el patriotismo español, aunque no lo crea así el Sr. Groussac, es mucho menos exagerado que el francés)—«práctico por el espíritu y la conducta, probo y severo en su administración; con horizontes intelectuales proporcionados á los materiales, concienzudo, laborioso, perseverante; económico, primero, por necesidad, luego por hábito. En suma, una nación más intrínsecamente completa que sus hermanas del continente,—es decir, que ya ha pasado por ella el período de mayor crecimiento;—predestinada por su organización y fibra viril á ser vencedora de su vecina del Pacífico, cuya riqueza, al alcance de la mano, era una tentación, tanto más irritante cuanto más segura era la presa. Un pueblo de tanta sensatez relativa, sin embargo, que contempla él mismo y confiesa ya la influencia perniciosa de la conquista, y que, prudente en los límites del honor nacional, parece sincera y verdaderamente curado de nuevas veleidades invasoras».

Quiera Dios que esté curado de ellas, y que su prosperidad no le lleve á ensoberbecerse.

MIGUEL DE UNAMUNO

LIBROS RECIENTES

TEOLOGÍA

H. D. Brown, God's Witness to his Word.
A. C. A. Hall, The Christian Doctrine of Prayer.
H. A. A. Kennedy, St. Paul's Conceptions of the Lart Things.
H. G. Morse, A Chart of Ceremonial for Solemn Celebrations of the Holy Eucharist.
H G. Rosedale, St. Francis of Assisi, according to Thomas of Celano.
A. Braudillart, L'Eglise Catholique, la Renaissance, le Protestantisme.
A. B. Davidson, The Theology of the Old Testament.
H. W. Clark, The Christ from Withont and Within.
J. S. Kennard, Psychic Power inc Preaching.
G. C. Lorimer, The Modern crisis in Religion.
G. H. Pember, The Lord's Command.
J. Welhausen, Das Evangelium Mattael übersetzt u erklart.
C. E. Jefferson, Things Fundamental.
J. S. Stanyon, The Eternal Will.

HISTORIA

A. Pirala, España y la regencia. Anales de diez y seis años (1885-1902.) Tomo I.
Altamira, Cuestiones modernas de Historia.
Blázquez, El Itinerario de D. Fernando Colón y las Relaciones topográficas.
Canella, Historia de la Universidad de Oviedo.
Bruno, O Encoberto (Historia de Portugal).
J. Brassine, La population de Liège en 1650
J. Delaville Le Roulx, Les Hospitaliers en Terre Sainte et à Chypre.
J Lecharire L'Eglise au XVIe siècle.
S. H. Lucuet, Aristote et l'Université de Paris pendant le XIIIe siècle.
A. Sorel, L'Europe et la Revolution francaise Septième partie
E. Reich, Foundations of Modern Europe.
Sir S. Walpole, The History of Twenty-five Jears, 2 vols.
H. Paul, A. History of Modern England.
B. Croce, Veduta della città di Napoli nel 1479.
G. Des Marez, L'organisation du travail á Bruxelles au XVe siècle.
A. Mathiez, La théophilantropie et le culte décadaise (1796-1801).
A. Aulard, Le culte de la raison et le culte de l'Etre suprême (1793-1794). 2.e edic.
J. H. Mariéjol, La réforme et la ligue. L'edit de Nantes (1559-1598).
J. E. Spingarn, Origins of the modern criticisme.
P. D. Chantepie, Manuel d'histoire des religions.
V. Bérard, Les Pheniciens et l'Odyssée. Tome II.
A. Cauchie et R. Maere, Les Instructions générales aux nonces des Pays-Bas espagnols (1596-1634).
E. M. Fordham, The Evolution of Local and Imperial Government.
J. Garstang, Tombs of the Third Egyptian Dinasty.
P. Ballesteros, Origen de la firma de Derecho ante el Justicia de Aragón.

GEOGRAFÍA

A Berget, Phisique du globe et météórologie. (Paris, 1904).
L. Aspe-Fleurimont, De l'intervention de l'Etat dans l'outillage economique de la colonisation. (Paris 1903).
A. de Lapparent, Le science et le Paysage. (París, 1903).
Leo Frobenius, Geographische Kultur Kunde. (Leipzig 1904).
G. R. Williams, Hill Towns of Haly. (London 1904).
A Pavie, Mission Pavie en Indo-Chine. (París 1904).
G. H Rittner, Impressions of Japan. (London 1904).
Dr. Sven Hedin (traducción de Ch. Rabot) L'Asie inconne. Vers le ville interdite. París.
Sydney Peel, The Binding of the Nile and the New Sudan. (London, 1904).

ARTE

E. Bertaux, Rome antique.
S. Hartmann, Japanese Art.
P. Desjardins, Poussin.
A. Lefebure, Dentelle et Guipure.
W. M. Müller, Neue Dartellungen «mykenischer» Geraneter u. phönizischer Schiffe in altägyptischen Wandgemälder.
C. Saunier, David.
H. Lemaire, L'Industrie Dentellière.
W Dewhurst, Impressionist Painting: its Genesis and Development.
J. Capart, Les Débuts de l'art en Egypte.
W. Burton, English Earthenware and Stoneware to the Beginning of the Nineteenth Century.
J. H. Evans, Ornamental Turning.
W. Wilberforce and A. R. Gilbert, Velásquez.

Novela.

PAUEL ANDRE, Lettres d'hommes.
RENE BAZIN, Le Cuide de l'Empereur.
ALBERT BOISSIERE, La tragique aventure du mime Properce.
BRADA, Isolée.
NONCE CASANOVA, La mort des sexes.
JUDITH CLADEL, Confessions d'une amante.
J.-A. COULANGHEON, Le Beguin de Go.
ANATOLE FRANCE, Crainquebille, Putois, Riquet et plusieurs autres histoires profitables.
GAHISTO, L'Or du silence.
JUDITH GAUTIER, Le paravent de soie y d'or.
GYP, Les froussards.
MARIUS-ARY LEBLOND, La Sarabande.
CLAUDE LEMAUTRE, Le «Cant».
JEAN LORRAIN, Propos d'ames simples.
VICONTE DE MIRAMON-FARGUES, Terre maternelle.
MAURICE MONTÉOUT, L'Usurier.
RAPHAEL, PETRUCCI, La porte de l'amour et de la mort.
P.-J. TOULET, Les tendres ménages.
GILBERT DE VOISINS, Pour l'amour du lau ier.
ERNEST ZAHN, Albin.
NELLIE K. BLISSETT, The Bindweed.
KATHARINE TYNAN, The french Wife.
PAULINE BRADFORD, The Washingtonians. People of the Whirlpool.
MEARTEN MEARTENS, Dorothea: á Story of the pure in Heart.
H. A. HINKSON, The Wine of Love.
CAPT. OLIVIERE SANGIACOMO, The Colonel: a Military Romance.
EUGENE THWING, The Red-Keggers.
LESLIE KEITH, Not even a Tragedy.
M. H LOCKE, Helen in Morocco.
WILLIAM PATRICK KELLY, The Stonecutter of Menphis.
HELEN. M. BOULTON, Bats at Twilight.
WARWICK DEEPING, Love among the Ruins.
JAMES BLYTH, Celibate Sarah.
RICHARD BAGOT, Love's Proxy.
PERCEVAL GIBBON, Souls in Bondage.
MABEL DEARMER, The Orangery: a Comedy of Tears.
AGNES AND EGERTON CASTLE, Incomparable Bellairs.
MICHAEL BARRINGTON, The King's Fool.
CHARLES KENNETT BURROW, The Yeomar.
HOWARD OVERING STURGIS, Belchamber.
FRANKFORT MOORE, The Original Woman.
SAMUEL MERWIN, The Merry Anne.
WALTER FRITH, The Tutor's Love Story.
MARIE ANNE DE BOVET, Autour de l'Etendard.

VARIOS

VICOMTE DE BROC, Pays rustiques et litteraires.
R. CANAT, Du Sentiment et la solitude morale chez les romantiques et les parnassiens.
FRANCOIS GAETA, L'Italie litteraire d'aujourd'hui.
VICTOR HENRY, Les litteraires de l'Inde.
ALBERT LEWY, Stirner et Nietzsche.
JULES CLARETIE, La vie á Paris.
G. SALMON, Un precurseur d'Omar Khayyan; Le poete aveugle.
GABRIEL COMPAYRÉ, Felix Pecant et l'educación de la Conscience.
HERBERT SPENCER, An Autobiography.
RIGHT HON. SIR MOUNTSTUART E. GRANT DUFF, Notes frona a Diary 1892-1895.
JOHN D. LONG, The New American Navy.
ALFRED LOISY, The Gospel and the Church.
E. W. CLEMENT, A. Handbook of Modern Japan.
AUGUSTA M. C. DAVIDSON, Present-Day Japan.
ERNEST F. G HATCH M. P., Far Eastern Impressions: Japan. Korea, China.
THOMAS WRIGHT, The Correspondence of William Cowper.
E. H. FEARLE, The Sons of the Clergy.
EMILE BOUTMY, The English People: á Study of their Political Psychology.
The Works of Lord Biron.
SIR SPENCER WALPOLE, The History of Twenty-five Years.
J. FRANCK BRIGHT, D. D., A. History of England.
A. J. DAWSON, Things Seen in Morocco.
CHARLES G. HARPER, The Newmarket Bury Thetford and Cromer Road.

REVISTA DE REVISTAS

ESPAÑOLAS É HISPANO-AMERICANAS

POR J. M. GONZÁLEZ

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.—30 de Abril.

La Paidología.—Su historia y estado actual, por el profesor D. Martín Navarro. — En este segundo y último artículo reseña el estado actual de los estudios paidológicos, no haciendo un examen detenido del movimiento actual, puesto que la lista sólo de las obras y revistas que aparecen en un año llenaría muchas páginas; pero sí indicando los libros que pasan por fundamentales en esta ciencia y la dirección que parece seguir este movimiento.

En el orden cronológico encontramos, primero, á Tiedemann, que en 1787 publicó un libro con las observaciones que hizo con su hijo cuando tenía dos años. La obra no llamó la atención, ni aun á los mismos alemanes, hasta que Michelan, primero en 1863, y Bernal Pérez en 1881 la tradujeron al francés, haciendo notar, principalmente el último, su gran importancia.

La obra de Tiedemann fué considerada en su tiempo como una curiosidad original, y así se explica que pasaran setenta y cuatro años antes de que viera la luz pública otra obra dedicada únicamente al estudio del alma del niño, la del austriaco F. E. Löbisch.

Poco tiempo después, en 1856, aparece uno de los libros más importantes en la historia de la Paidología, tanto por lo que en sí vale, como por el movimiento de investigación que ha sugerido: *Kind und welt*. B. Sigismund. En efecto, las observaciones hechas por este autor en su hijo no coincidían con las que hacía en su profesión de médico en otros niños, y tratando de explicar tales contradicciones, recomendaba á todos los que se interesasen en esta clase de estudios, y especialmente á las madres, anotaran cuanto hallasen digno de mención en los niños, para ver si se podía inducir de todos los datos reunidos las leyes de la evolución mental.

No fué inútil su recomendación, y ya veremos cómo se han formado sociedades numerosas que se cuidan de reunir ese material que Sigismund consideraba necesario.

En Alemania, y no tratando más que de las obras principales, nos encontramos con una que es tal vez la más importante que se ha escrito hasta el presente sobre esta materia: *Die Secle des Kindes* (1882), y que ha servido de guía á todos los trabajos poste-

riores. Además de la riqueza y exactitud de sus observaciones, hechas sobre su propio hijo hasta que tuvo tres años, Preyer, su autor, aporta á la investigación un método hasta entonces no aplicado: el de la experimentación.

Hablando de los investigadores del alma en Inglaterra, menciona en primer término á Darwin, que en 1873 publicó la obra *Expresión of the emotions*, y en 1877 la más importante para nuestro asunto, titulada *Biographical Sketch of an Infant*, en la que recoge observaciones hechas en su propio hijo en 1840, si hemos de dar crédito á la afirmación de Taine.

Cita también á Romanes, y por último á Sully, cuyo *Studies of Childhood* pasa por la mejor obra de conjunto que se ha escrito sobre esta materia en lengua inglesa. Termina su reseña de Inglaterra ocupándose de las asociaciones que en este país, directa ó indirectamente, favorecen los estudios paidológicos.

En Francia puede decirse que comienza el movimiento del estudio del niño con la publicación de la obra de Tiedemann, en 1863, en el *Journal général de l'instruction publique*. Después sigue en orden cronológico el escritor tal vez más importante de los franceses, Taine; y más tarde Bernard Pérez, Compayré y Binet.

En Italia también hay un movimiento importante, aunque en realidad no iguala á los alemanes, ingleses y norteamericanos.

Pero en donde la importancia que se da á los estudios del niño es mayor que en parte alguna del mundo, es en los Estados Unidos. El inmenso número de libros, artículos, trabajos de laboratorio, de estadísticas sobre miles y miles de niños, de noticias, en suma, de todas clases, han hecho, con justa razón, se llame á ese país la tierra clásica del estudio del alma infantil. Tan grande es el movimiento, que algunos escritores han afirmado que la filosofía que en el porvenir ha de sustituir al neohegelianismo (tal vez allá dominante en la actualidad) será una filosofía fundada en los resultados de la paidología. Un dato bastará para comprobar lo que decimos. Según los artículos publicados en el *Pedagogical Seminary* de Octubre de 1895, y del mismo, año de 1896, por la notable paidóloga miss Sara E. Wiltse, se hicieron trabajos especiales y se dieron enseñanzas de este asunto, en esos años, en 18 y en 20 Universidades respectivamente.

El número de obras publicadas y asociaciones que existían ya en ese tiempo para el estudio del niño, es extraordinario. Ocúpase el articulista, con algún detenimiento, de los investigadores que sobresalen en este género de trabajo (G. Stanley Hall, Baldwin, Tracy y Chrisman).

En España sólo conoce el articulista dos trabajos muy cortos, pero que, por su importancia, los ha señalado en su bibliografía Tracy; son dos artículos de Sanz del Río, publicados en este mismo *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y titulados *La psicología del niño*, y el interesantísimo trabajo, anotado también por Chrisman, del malogrado Machado y Alvarez, *Titín*, publicado también en el *Boletín de la Institución* y traducido al inglés.

Concluye el Sr. Navarro su artículo dando idea de los procedimientos que emplean los investigadores en sus trabajos, y los resultados positivos que han aportado á la ciencia, y toma como ejemplo los libros de Preyer y de Tra-

cy. Había empezado la Paidología con Tiedemann, como es sabido, por una especie de diario del desenvolvimiento mental de su hijo; después viene Sigismund, que sigue al principio un procedimiento semejante, pero más tarde acude á la observación variada, y tan múltiple como fuera posible, para inducir, una vez reunidos los datos, las leyes del desarrollo del alma infantil.

No bastaba, sin embargo, la mera observación, por atenta que fuera, de los fenómenos psíquicos que espontáneamente ofrece el niño, sino que era preciso provocarlos en determinadas circunstancias, para lograr su comprobación; y en esto consiste, aparte de otros grandes méritos, la importancia de la obra de Preyer.

Este investigador, en efecto, pone á su hijo en condiciones adecuadas para que se presenten en él los fenómenos que trata de estudiar; lo mueve, le da sabores de todas clases, le produce ciertas sensaciones dolorosas, etc., con el fin siempre de sorprender las reacciones del niño, ante cada clase especial de excitaciones. Y no siendo tampoco suficiente hacer estos experimentos con un solo niño, como él hizo antes de 1882, fecha de la aparición de su obra, lo repitió en otros, y los resultados de estos trabajos de comparación son los que constituyen la característica capital de la edición de 1894.

Las investigaciones de Preyer, que tratan de determinar las épocas de aparición, principalmente de los fenómenos de la visión, de la audición, del tacto y los demás sentidos, de las diferentes clases de emociones, del desarrollo y complexión de todos los movimientos, de la formación del lenguaje, y, por último, del proceso de la idea del *yo* en el niño, no tienen, sin embargo, la pretensión de constituir una ciencia del alma infantil. Es todavía su obra una especie de biografía consagrada á varios niños, no una ciencia de su psiquis.

Para formar esa ciencia, es preciso, dicen algunos paidólogos modernos, reunir y comparar todavía una infinidad de datos, porque su base no puede encontrarse más que en una abundante y cuidadosa estadística. De ahí esas admirables estadísticas de miles y miles de niños. Otros, por el contrario, consideran que ya hay materiales bastantes para determinar algunas leyes del proceso mental de esa edad. Así vemos que Tracy, por ejemplo, á la par que observa y experimenta de un modo análogo al de Preyer, trata de echar los cimientos de su ciencia sentando principios generales.

Se puede, pues, decir que somos testigos de la formación, ó cuando menos de las aspiraciones para formar la ciencia de la génesis de la psiquis infantil, y mejor pudiéramos decir humana.

RAZÓN Y FE.—Mayo.

La música religiosa, M. Baixauli.—A propósito de la Pastoral dada por Su Santidad indicando los caracteres que deben ser propios á la música religiosa, á saber: *santidad, bondad de formas* y *universalidad*, é indicando el rumbo que para la reforma debe seguirse inspirándose en el canto gregoriano y la polifonía clásica del siglo XVI, trata el articulista de la música religiosa, comenzando por hacer historia del canto religioso que en los primeros siglos de la Iglesia se tomó de los restos del

sistema musical de los griegos, único entonces en boga.

San Ambrosio, para mejor acomodarlo al santo fin, expurgóle de todos los rasgos de profanidad, hasta del ritmo fijo, privando á las notas de todo valor determinado y no dándoles otro que el que exigía la prosodia del texto sagrado; adoptó solos cuatro tonos ó modos de los muchos que contenía el sistema griego, llamados Dórico, Frigis, Lidio, Misolidio, y son los que hoy llamamos auténticos ó maestros. En el siglo VII tuvo que sufrir una corrección el canto eclesiástico, pues con el uso de tres siglos se hallaba completamente adulterado con adornos y reminiscencias de canciones profanas que repugnaban á la severidad y santidad de la liturgia. San Gregorio, además de expurgar el canto llano, enriquecióle con los cuatro tonos llamados *plagales* ó *discípulos*; compuso además su Antifonario, é instituyó en Roma, bajo su propia dirección, la *Schola Cantorum*, escuela de la cual salieron varios maestros que llevaron á distintas naciones el canto gregoriano (que desde entonces así se llamó el canto llano) y la manera de cantarle.

A esta Escuela y al Antifonario de San Gregorio acudió Carlo Magno cuando trató de reformar el canto gregoriano, ya en su siglo otra vez adulterado; y de ella, como del más puro manantial, según su expresión, hizo venir á Francia cantores hábiles que enseñaran á cantar, tal como se hacía en Roma, el canto gregoriano, el cual pasó á ser el único admitido en toda la universal Iglesia.

Pero merced á los adelantos de la música es, á saber: á la introducción, después del órgano, de la *diaphonia* ó *discantus*, introdújose el valor fijo de las notas y del ritmo determinado á que se sujetaba el canto gregoriano para combinarle con las melodías de las restantes voces. Nuevamente se corrompió el canto gregoriano en el siglo XVI, y el Papa Gregorio XIII encomendó á Luis de Palestrina y Aníbal Zoilo corrigiesen los libros de coro llenos de barbarismos.

Enteróse de ello Felipe II, gran entusiasta del canto Gregoriano, é influyó tan poderosamente con el Papa para que quedase en toda su integridad dicho canto, que suspendió Palestrina sus correcciones y guardó, sin publicarlos, sus manuscritos. A pesar de lo cual, en 1614 aparecía la edición *Medicia* con las novedades de la reforma; eliminados los neumas, suprimidas también muchas notas de la melodía gregoriana y con tres clases de valores tan sólo: *cuadradas*, *longas* y *semibreves*.

Nuevamente en el pasado siglo se vió la necesidad de acudir al *manantial*, por las muchas adulteraciones del canto *fermo* (el gregoriano ya casi había desaparecido), y la impropiedad con que se ejecutaban y se ejecuta machacando con insufrible martilleo cada una de las notas. Los trabajos de los PP. Benedictinos han dado por resultado la completa restauración de las melodías gregorianas.

Pasando á dar idea del progreso de música religiosa á varios números de voces, comienza por exponer las dudas que existen respecto á si los griegos hicieron ó no uso de la armonía, y pasa á decir que la primera vez que se menciona la música á intervalos simultáneos es en el siglo VI por San Isidoro de Sevilla, por lo que no es aventurado el suponer que ya hacía tiempo que se conocía esta clase de música á la cual San Isidoro

llamó armónica. Tales fueron los comienzos conocidos de la música polifónica, la cual, para distinguirla de la otra, fué llamada por distintos nombres: *Armonía, symphonia, diaphonia, organum* y *discantus*; y últimamente contrapunto ó armonía, según el movimiento empleado en las distintas voces.

El Sr. Baixauli refiere en lo que consistía esa música, que no era otra cosa que concertar las voces á intervalos de 4.ª, 5.ª y 8.ª, de tal manera, que el tenor llevaba el canto llano, mientras que el bajo tomaba la 5.ª baja, el alto la 8.ª del bajo y la tiple la 8.ª del tenor. Indudablemente esta organización debía tener lugar en cantos llanos, reposados y de poco movimiento en los intervalos, pues de lo contrario se haría sumamente difícil para las voces.

No adelantó gran cosa la música armónica en el siglo x, puesto que al llegar al xi vemos que Guido de Arezzo, en punto á la armonización, no da ninguna nueva regla. En los manuscritos pertenecientes al siglo xii, se ven ya empleadas las terceras mayor y menor. Más tarde, cerca del siglo xiii, aparecen los retardos, notas de paso, flores y hasta elisiones. Al aparecer el contrapunto fué preciso dar á las notas valor fijo y determinado, en vez del puramente prosódico que el canto llano tenía.

Siguióse á esto la adopción del ritmo, hasta entonces únicamente usado en la música profana, y solamente admitido en la religiosa para los signos por razón del metro de éstas, y desde entonces comenzó á confundirse la música religiosa con la profana.

También en el siglo xiii el dominico Morovia da reglas para el uso de las disonancias, y en el xiv, el contrapunto se ve enriquecido, si bien en estado rudimentario, con todos los elementos que le son propios, y en el xv, con la práctica y el buen gusto, fueron poniéndose en orden los elementos que poseía el arte musical, en cuyo siglo, y el siguiente, debió estar muy floreciente la escuela española de música, puesto que en el xvi pasaron á Roma á ejercer el magisterio Morales y Victoria, anterior el primero y contemporáneo el segundo de Palestrina.

En esta época la música religiosa llegó al *desideratum* en corrección y pureza de estilo, de tal manera, que al igual de lo que sucede en el canto llano, siempre y cuando se trata de reforma en la música polifónica, hay que volver los ojos á los clásicos de aquel siglo, así como en el canto llano hay que volverlos al Antifonario de San Gregorio.

Desde entonces la música religiosa va decayendo. Monteverde, introduciendo las disonancias dobles sin preparación sobre la dominante, da un rudo golpe, trayendo como consecuencia el fraccionamiento de la frase musical, y este fraccionamiento junto con el recitado, que comenzó también á emplearse en la música profana para imitar á la tragedia griega, llevó poco á poco á la pura melodía italiana, que dando interés á una sola voz, lo quitó á las demás, destruyendo así el contrapunto, tan propio de la música religiosa, como creado por ella y para ella.

Llegó el siglo xviii y comenzaron los cantores á lucir las habilidades de su privilegiada garganta, introduciendo en la Iglesia melodías escritas *ad hoc*, que iban perdiendo también hasta el interés armónico; siguió la introducción de la orquesta y con ella

el corte de las piezas, propio de la música teatral, hasta que por fin todo ese conjunto de cosas vino á echar por el suelo todo el clasicismo y pureza de estilo de los siglos anteriores.

El autor termina su artículo haciendo breve reseña histórica del desarrollo de la música religiosa en España á partir del siglo XV, é indicando las condiciones que debe tener la música que se escribe para el culto divino, glosando lo que respecto de este asunto ha dicho el Sumo Pontífice.

LA MISCELÁNEA. — Medellín (Colombia).—Marzo.

Gaspar Núñez de Arce, por M. A. Rotero.—Es un artículo en honor de Núñez de Arce, de quien dice que alcanzó el sumun de la perfección que en materia de poesía es dable al hombre, pues fabricó versos antiguos con pensamientos nuevos. No fué poeta, sino la poesía misma. Sentimiento hondo y delicado, lenguaje castizo, estilo galano, imaginación fresca y robusta entonación; tales son los títulos que abren el templo de la inmortalidad al célebre vate...»

Madrid: Periódicos y Revistas, por Eduardo Zuleta.—Da cuenta primeramente de los principales periódicos diarios de Madrid. En general, dice, los periódicos políticos interesan por el estilo. Editoriales todavía largos, pomposos, á veces exagerados y líricos y desprovistos con frecuencia de la concisión y serenidad inglesas. Personalizan demasiado los asuntos políticos, y dan gran importancia á los detalles y á las palabras. La parte literaria interesa siempre.

Los periódicos de España tienen, como los de Francia, muchas noticias, pero casi siempre son *second hand*, porque las empresas periodísticas no alcanzan todavía á tener, como el *Herald*, un cable propio, ni pueden comunicar todo un libro por cable, y para una edición del domingo, como hizo el *World* con las «Notas de Max Orreil sobre Norte América». En cuanto á anuncios, pocos y mal ordenados. Al lado de los *clichés* sobre especialidades para la tos ó el estómago, una esquela de defunción de algún excelentísimo señor. La variedad y el número de anuncios es, sin duda, un dato precioso para juzgar del comercio, de la industria, de la ciencia y de la riqueza de los pueblos.

Las treinta páginas de anuncios del *World* explican los edificios monstruosos de Nueva York, y dejan ver las garras del robusto cachorro sajón que arrebata hoy la propiedad de los débiles y románticos y que matará mañana nuestros ideales de libertad y de grandeza, si Dios no lo remedia.

Pasando á hablar de las Revistas, escribe extensamente de *España Moderna* y de LA LECTURA á quienes encuentra semejanzas, á la primera con la *Revue des Deux Mondes*, y á la segunda con *La Revue de Paris*. De las dos revistas madrileñas hace grandes elogios.

Termina su artículo el Sr. Zuleta citando los semanarios más importantes en Madrid, tales como *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*.

FRANCESAS, POR JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ

REVUE POLITIQUE ET PARLAMENTAIRE.—10 Mayo.

La guerra y la paz, por René Millet.—Los amigos de la paz no se dan por vencidos. En vano se les recuerda que jamás el mundo ha sufrido tantas perturbaciones, y por motivos tan injustos y futiles, como desde las conferencias del Haya.

Durante veinte años, desde el tratado de Berlín á 1898, apenas hubo guerras; pero no bien el Emperador de Rusia invitó al mundo á la paz, cuando las guerras renacen como por encanto: guerra en el Transvaal, tan innecesaria como costosa y sangrienta; guerra en Cuba y Filipinas, no por la implantación en terreno americano de una gran democracia, como han querido hacer creer, sino por el deseo de conquistar empleando la fuerza bruta; guerra en China, en donde las naciones civilizadas se ligan contra una insurrección que en otros países, por ejemplo España, hubiese sido celebrada como explosión de patriotismo. En fin, por una suprema ironía del azar, el Emperador de todas las Rusias, el promovedor de la Conferencia del Haya, provoca una gran guerra que según se asegura durará muchos años. De este modo, en menos de cinco años, no ha habido continente libre de guerra.

Sin embargo, los amantes de la paz no se perturban, ni flaquea su fe. De ellos puede decirse, como del hombre fuerte de Horacio: «*impavidum ferient ruinæ*».

¿Predecirán lo porvenir? ¿Encarnarán el antiguo sueño cristiano de la unidad del mundo por la fe? Hay que creerlo al oirles hablar de la gran comunidad europea, en la que Francia quedará «englobada» como un convento dentro de otro convento. Es el ideal de la Edad Media: nada hay nuevo bajo el sol, y menos que nada el sueño cosmopolita. Los Padres de la Iglesia lo predicaron ya bajo el imperio romano, sosteniendo el principio, tan querido de Tolstoi, de la *no-resistencia*, con el cual abrieron á los bárbaros las grandes barreras del Imperio.

Más tarde, cuando la Iglesia se esforzó por reconstruir la sociedad, fué resueltamente internacional, combatiendo el particularismo de las lenguas y de las almas; y, en efecto, en Europa se gozó del régimen internacional durante los cinco ó seis siglos que dominó la Iglesia.

Por encima de los Estados particulares reinaba el Papa, cuyas sentencias tenían más fuerza que las del tribunal del Haya. El resultado de esta tentativa es conocido: cinco siglos de anarquía, de guerras privadas de castillo contra castillo, de ciudad contra ciudad; el derecho de la fuerza reinando sobre el de las leyes, en fin, el caos bárbaro, del cual nos sacó el Estado moderno por el empleo metódico y prudente de la fuerza. Las almas cándidas que al ruído del cañón nos predicen los Estados Unidos de Europa, recuerdan á esos obstinados predicadores de la Cruzada, que, trescientos años después de la muerte de San Luis, soñaban aún en unir la cristiandad contra los infieles y recuperar los Santos Lugares, mientras

eran impotentes para impedir la toma de Constantinopla y para evitar el sitio de Viena por los turcos. Durante trescientos años todos los príncipes juraron, al subir al trono, restablecer en Oriente la paz cristiana, lo cual no obsta para que, una vez reinando, no volviesen á acordarse del gran Turco más que, en todo caso, para buscar su alianza contra los hermanos en Jesucristo que les perturbaban ó querían dominarles.

Los reyes hablaban constantemente del interés de la cristiandad, y sólo se preocupaban en realidad de sí mismos. Algo parecido ocurre con nuestros jefes de Estado, que no hablan nunca tanto de la paz como en vísperas de una gran guerra.

¿Qué sucedería, si por acaso se realizase en el mundo el ideal internacional? Segun Kropotkine, basta suprimir los poderes para abolir la guerra y el sufrimiento. Caerán los hombres, los unos en los brazos de los otros. La sociedad, libre de trabas, se organizará por sí misma, y el obrero y el aldeano, desembarazados del infame capital y de la odiosa administración, cambiarán en paz los productos de su trabajo. Será la edad de oro. El mundo no caerá en desórdenes revolucionarios, ni en el caos de la Edad Media, porque el progreso, la sabiduría y el mayor perfeccionamiento de los hombres lo impedirán.

¿Pero quién puede asegurar este perfeccionamiento? Suprimid la religión suprema de la patria, que une á los hijos de una nación, y ¿cómo será posible hacer reinar la concordia entre individuos aislados á los cuales se han excitado sus apetitos? ¿Por qué palabras dominaréis sus ambiciones, sus pasiones ó legítimo deseo de engrandecerse y de fundar alguna cosa? ¡Esta pacificación de almas que el viejo ideal cristiano no ha podido realizar, se espera alcanzar por medio de una doctrina esencialmente egoísta, en la que el individuo encuentra en sí mismo su única razón de ser, su centro, su culto, su fin supremo! Vendrá la guerra de todos contra todos; y mucho más terrible que en la Edad Media, porque entonces, gracias á las creencias religiosas, una paz relativa reinaba en el seno del limitado grupo feudal y el siervo trabajaba mientras el señor batallaba; pero las federaciones de trabajadores no contenidas ni por leyes fijas, ni por limitaciones nacionales, se hallarán en lucha perpétua entre ellas mismas y contra sus vecinos, y se destrozarán sin cesar por la inconstancia ó la revolución de sus miembros. Se habrá suprimido la existencia nacional, causa de guerras exteriores, después de todo poco frecuentes y que sufren por igual todos los ciudadanos, y se instaurará la guerra universal, estado natural del hombre, visible aun á las tribus salvajes á las cuales no hemos impuesto la paz europea.

Otra de las ideas echadas á volar por los amantes de la paz y que embaucan á tantos incautos, es que la guerra es por sí misma un resto de barbarie llamado á desaparecer; algo inícuo y odioso. Cierto que con frecuencia las guerras son abominables y salvajes, como la de los cien años de los franceses, y la de los treinta de los alemanes; ¿pero qué sería de Francia si sus reyes se hubiesen limitado á gozar solamente de las delicias del hogar? Un pequeño principado, menor seguramente que Bélgica.

Continúa el articulista defendiendo sus ideas en contra de las ideas de los amigos de la paz y contestando á sus

argumentos con otros, para él, de mayor fuerza; y á este propósito dice que si la guerra produce enormes gastos, no es menos cierto que reporta cuantiosas ganancias, y termina diciendo que la guerra durará mientras exista el hombre.

REVUE DES DEUX MONDES.—1.º de Mayo.

La guerra ruso-japonesa y la opinión europea, por René Pinon.—La paz reinaba en el mundo, siendo el tema obligado de los discursos de todos los jefes de Estado; y he aquí que de pronto, en medio de esta atmósfera de tranquilidad, estalla el conflicto ruso-japonés, produciendo en el mundo sensación enorme.

En presencia de la guerra, los gobiernos, celosos de los intereses puestos en sus manos, pónense en guardia y tratan de adivinar, antes de dejar traslucir sus simpatías, cuál de los contendientes será el vencedor; en cambio el pueblo, sincero y espontáneo, se deja llevar más por sus instintos y pasiones que por la razón lógica, y por esto, un mismo hecho, al ser contado por la prensa de distintos países ó de diversos partidos, sufre tal cambio y modificaciones que no parece el mismo.

Si se juzgase de las cosas por meras apariencias ó con lógica superficial, es indudable que nadie dudaría en pensar qué los amigos de la paz se hallarían indignados contra el Japón por haber sido el que rompió el fuego y perturbó la tranquilidad, y que en cambio sus simpatías estarían por el Czar, iniciador del Congreso del Haya, y soberano que ambiciona llevar á la historia el sobrenombre de «Czar de la paz».

Pero, en la esfera política, los razonamientos lógicos no son siempre los más exactos, puesto que la realidad no puede encerrarse en silogismos.

La propaganda de la paz ha sido, sobre todo en estos últimos años, obra de los partidos socialistas, y la idea «pacificadora» ha ido siempre unida á otras tales como el socialismo colectivista y revolucionario, el internacionalismo y el odio á toda religión. No es que sea necesario ser socialista para ser internacionalista y antirreligioso; pero el hecho es que en los partidos socialistas estas ideas, aunque diferentes, no se dan separadas. Si los partidos socialistas fuesen lo que quieren hacer creer que son á los pueblos, su simpatía estaría, en el conflicto actual, por Rusia, ó por lo menos permanecerían neutrales. El imperio de los Czares es una nación de aldeanos, de pequeños cultivadores; la gran industria es de reciente creación y no ocupa más que una parte relativamente pequeña de la población: los obreros en las fábricas rusas son quizá menos explotados que en Alemania, Francia é Inglaterra. En fin, jamás ha podido llamarse á un acto de un monarca socialista con mayor razón que al célebre ukase de Alejandro II emancipando á los siervos y seguido de medidas que han logrado hacerles terratenientes libres y pequeños propietarios.

Por el contrario, en parte alguna del mundo como en el Japón, según testimonio de viajeros imparciales, el régimen del patronato es más duro, y el trabajo más extenuante y menos remunerado, y en ninguna parte las

mujeres y los niños son más explotados. El régimen del salario constituye una verdadera esclavitud.

Los salarios, aunque aumentaron en estos últimos años, están aún muy bajos; raro es el mecánico que gana de un yen á un yen siete sen por día (1). Su salario medio es de 1,50 á 3 francos. Los patronos prefieren á las mujeres y á los niños por su mayor economía, y cuenta á este propósito el articulista la explotación que sufre esta gente obrera por parte de los patronos que los pagan mal y los tratan peor. Si tales cosas sucediesen en Rusia ¡qué no se diría de la barbarie del imperio moscovita!

Si los socialistas de Europa no se preocupan de la suerte de los trabajadores rusos, es muy posible que en el caso de triunfar el Japón sobre Rusia, repercuta esta victoria desfavorablemente en los obreros europeos. Describe el peligro que se correría en Europa si el Japón, vencedor de Rusia y dueño del Celeste Imperio, organizase el trabajo y aclimatase en China la civilización industrial y el régimen del salario. Es muy posible que entonces los mercados del Extremo Oriente produjesen lo mismo que los europeos, y que por las condiciones especiales de baratura de la mano obrera, invadiesen el mundo de mercancías, á las cuales no podría hacer competencia el Occidente.

Los hombres que conducen ó inspiran «los partidos socialistas» no ignoran estos peligros, pero sus preocupaciones dominantes no son la de los obreros. La crisis actual revela sus verdederas tendencias: antes que partidos obreros son partidos filosóficos, ó mejor dicho, religiosos. Pretenden sustituir un *credo* por otro *credo*; quieren imponer al mundo un conjunto de doctrinas en donde no se ven ni Verdad ni Justicia. Las cuestiones sociales y obreras no forman más que parte accesoria de su programa; la mejora de las clases bajas no debe ser más que consecuencia de la reconstrucción completa de la sociedad sobre las ruinas de las antiguas religiones, de las viejas patrias y de las instituciones muertas. En esta obra de rápida y total transformación, en esta gigantesca empresa de palingenesia social, el imperio del Sol Naciente aparece á los socialistas como un precursor y aliado.

Ellos ven una sociedad que por acto de la voluntad de sus gobernantes, inspirándose en principios superiores de civilización occidental, se ha transformado en algunos años en un Estado moderno. Pero sobre todo, los nipones tienen para los socialistas la condición de no ser cristianos, de hallarse desligados de toda creencia religiosa, de no tener que luchar contra prejuicios atávicos de viejas religiones y de poder construir una sociedad nueva con principios de la «civilización moderna» y «leyes de la ciencia». En la lucha entre Rusia y el Japón, sus ardientes simpatías van con este último como representante que es de la civilización; su triunfo, del cual no dudan, será el triunfo de la razón proclamada por la ciencia contra el obscurantismo; el triunfo de la civilización moderna sobre la Edad Media, de la libertad de los pueblos contra el absolutismo de los reyes, de la revolución contra la reacción.

Los partidos socialistas en su campaña contra el czarismo, han encontrado unos inestimables aliados en los judíos. El régimen de excepción

(1) El yen vale 2 fr. 55 y el sen o fr. 0255.

á que éstos fueron sometidos en Rusia, su expulsión de aquel Imperio, los disturbios recientes en Kichiner, que tanta resonancia tuvieron en el mundo, han ligado á los judíos de todos los países contra la potencia moscovita. Aquella fuerza semita se ha aliado por circunstancias varias al socialismo internacional.

La Iglesia católica, en este conflicto que no interesa á ninguna potencia católica, ha permanecido callada. Las simpatías de las naciones europeas, á primera vista, parece natural que se pronunciasen en favor del europeo blanco y cristiano, contra el asiático amarillo y no cristiano; pero no ha sido así, sino que, por el contrario, la mayor diversidad de opiniones y sentimientos se ha revelado en los distintos grandes Estados del mundo culto.

Las simpatías de los eslavos por los rusos, se han manifestado sobre todo en los dominados por el enemigo y en los aislados en medio de poblaciones germánicas. En Polonia, si bien no es querida Rusia, es mucho más odiada Alemania, y por esta razón en el conflicto actual hállanse los polacos vacilentes y divididos.

En Alemania, donde la unidad nacional se hizo por la potencia de la dinastía y la fuerza del poder central, la opinión pública es docil á las leyes, y acata, naturalmente, todo lo que emana del Estado; por esto es difícil siempre saber las verdaderas tendencias y las íntimas preferencias del pueblo, y en el conflicto actual esta dificultad es mayor, puesto que entre rusos y japoneses, los alemanes siempre han de dudar en sus preferencias. Un instinto de raza, nacido del recuerdo de largos años de lucha, ha hecho á Rusia, campeón del eslavismo, adversario de Alemania y del germanismo. Además, la expansión rusa es para el alemán un peligro nacional, y mucho más desde que las ambiciones del Oriente moscovita se hallan unidas por tratados de alianza con las reivindicaciones del Occidente francés. Por instinto del pueblo, y por predicación socialista, hácese en Alemania gran propaganda en favor del Japón. Pero al mismo tiempo que idealista y revolucionaria es esta nación comerciante é industrial, y por tanto se preocupa de la cifra de sus exportaciones de artículos nacionales. Sus negocios en Extremo Oriente han aumentado considerablemente en estos últimos años, hasta el punto que están por encima de Inglaterra y al nivel de los Estados Unidos. En el conflicto actual se hallan, pues, en actitud expectante; sus intereses se encuentran comprometidos y teme que la concurrencia del Japón no sea beneficiosa para el desenvolvimiento de sus negocios. Por esto los periódicos conservadores y los de los grandes centros industriales hánse declarado abiertamente anti-japoneses.

En Italia el primer movimiento de la prensa y la opinión pública ha sido favorable á los japoneses, quizá por que haya visto en este pueblo inteligente, artista y asimilador, ciertas semejanzas con la nación italiana, y también porque Italia, por sus largas luchas contra la casa de Austria, conserva desconfianzas instintivas contra la autocracia, de la que ve en Rusia el tipo más acabado y odioso. Pero el país de Maquiavelo y Cavour se halla en demasía acostumbrado á aprovechar las fluctuaciones ventajosas que pueden ofrecerles los cambios de política para no plegarse

oportunamente á las circunstancias; y á medida que se ha ido pensando seriamente en las probabilidades de éxito de rusos ó japoneses, y sobre todo conforme el poder central ha dejado traslucir en la prensa su influencia y pensamientos, un cambio de opinión se ha producido en los periódicos y en la nación. De sus simpatías rusófilas pueden sacar algún provecho que no alcanzarían seguramente si se manifestasen á favor del Japón.

En los países neutros, como Suiza y Bélgica, menos directamente interesados en el conflicto, la opinión, influída por corrientes internacionales y socialistas, muestra simpatías hacia el Japón; pero la prensa en cambio adopta actitud expectante.

Los dos pueblos que se han mostrado decididos campeones del Japón, aunque por móviles y sentimientos distintos, son Inglaterra y los Estados Unidos.

En Inglaterra, la prensa y el público sin excepción, han manifestado aversión profunda y espontánea por Rusia. Para el burgués y el obrero, el Japón es un aliado, un amigo y un discípulo. La mayor parte de los buques de guerra y los cañones del almirante Togo salen de fábricas británicas, y el inglés sigue con avidez la acción y los métodos del almirante. Hasta en el ataque brusco, sin declaración de guerra, del Japón, el imperialismo de las grandes ciudades ha reconocido procedimientos no reprobables y energía que les seduce. El sentido práctico de la gente inglesa ve en el *little Jap* el campeón intrépido de los intereses británicos que no se atrevería Inglaterra á comprometer en una lucha contra el imperio moscovita.

Las preferencias manifiestas de la opinión pública británica, son un apoyo y á la vez una preocupación para el gobierno. Al aliarse con el Mikado, pretendió limitar la expansión rusa, amenazando á este imperio con el ejército y la armada japonesa. El ideal de la Gran Bretaña era permanecer siempre en esta situación amenazadora frente á frente á Rusia; se esforzó en evitar un conflicto en el que, ni por su situación política ni por el estado de su Hacienda, podía intervenir. El fracaso de los rusos ó el de los japoneses le será igualmente funesto. Victorioso el Japón, dominará á China y los mares del Extremo Oriente, eliminando, por donde pase, toda influencia inglesa. Alejada Rusia del Pacífico la llevarán sus ambiciones hacia Persia y los Balcanes, cosa que á todo trance quería evitar Inglaterra. Por otra parte, la derrota del Japón supondrá para Inglaterra, su aliada, un fracaso moral; aumentará el prestigio del más temible de sus enemigos, quedará Rusia dueña del Asia oriental, dominará á Pekín y tratará de anular la influencia y hasta de excluir el comercio británico. A esto se debe el cambio de dirección operado en las regiones oficiales de Londres, y el que el Rey y el gobierno traten de imponerse á la opinión; pero la multitud inglesa y la prensa, son menos dóciles de lo que se cree á las sugestiones del poder, y el odio que profesan á Rusia no decae por un momento.

Los Estados Unidos hállanse más directamente interesados que los ingleses en los asuntos de la Extrema Asia. Pretenden llegar á ser los dominadores del Pacífico y hacer penetrar sus mercancías en todos los países ribereños de su gigantesco domi-

nio. El americano, hombre de negocios, ante todo, no se preocupa más que de lo inmediato y le tiene sin cuidado el porvenir. No pretende averiguar si la victoria de los japoneses y el establecimiento de su hegemonía en el Norte de China será seguida de la expulsión de la raza blanca en el continente amarillo, y si la producción industrial del Japón y de una *China japonizada* no supondrá una concurrencia desastrosa para el comercio de los Estados Unidos. Basta con que se consiga la limitación de la actividad actual de la potencia rusa para que se inclinen á favor de los japoneses.

El secreto de estas simpatías se halla en el carácter de los americanos. El sentimiento crítico raramente va unido al de empresa. Aman al Japón por lo audaces de sus empresas, por la rapidez del aumento de su tesoro económico, por su pasión por lo nuevo, por su nacionalismo exclusivo y hasta por la brutalidad de los procedimientos de su política exterior. Orgulloso de ser el pueblo más libre de todos, acoge y da asilo á las víctimas de todas las tiranías, y el yanqui tiene horror á la autocracia rusa. Para él el Japón representa en el actual conflicto el elemento civilizado, el principio liberal y moderno de desenvolvimiento nacional; la promesa del progreso *pacífico*. Rusia encarna el anacronismo de una organización fundada en el fanatismo y en la fuerza, en el desconocimiento de la libertad y en el avasallamiento del pueblo.

Bien es verdad que los *americanos recientes* son los que se precian de ser los más «americanos». Los recién inmigrantes, ébrios de espacio y libertad, son los que, por regla general, exageran hasta el ridículo las cualidades y defectos de los yanquis. Los más ardientes partidarios en los Estados Unidos, del Japón, pertenecen á nacionalidad polaca, armenia ó judía. El número de estos individuos aumenta en número, influencia y fortuna de modo tal, que su engrandecimiento preocupa ya hasta á los mismos yanquis. A ellos hay que añadir numerosos refugiados rusos, anarquistas, etc. Por el contrario, otros inmigrantes, los irlandeses, muy numerosos en los Estados Unidos, han manifestado calurosamente sus simpatías por Rusia.

El gobierno, y sobre todo el presidente Roosevelt, procura por todos los medios imponer á la opinión el mayor respeto á la neutralidad proclamada.

Estudia el articulista en otro capítulo el estado de opinión en Francia, favorable á los rusos, con la sola excepción de una exigua minoría socialista en la que ni siquiera entra todo el partido socialista, puesto que muchos de los adeptos de estas doctrinas han declarado que la victoria del Japón podría acarrear consecuencias funestas para la civilización. En cambio M. Jaures y sus amigos proclaman el error de la República, que sigue una política imprudente y antidemocrática apoyando al Czar, con lo que es de temer una lucha con Inglaterra, provocada por defender derechos que no son los de Francia.

M. Pinon muéstrase ardiente partidario de Rusia y de la alianza franco-rusa, de la que cree ha de salir muy beneficiada Francia, sobre todo si el Japón es derrotado en la actual guerra.

INGLESAS Y NORTE-AMERICANAS

POR J. UÑA Y SARTHOU

THE FORTNIGHTLY REVIEW.—Mayo.

La política del trabajo, por Benjamín Taylor.—El antiguo lema de los reformadores sociales: «mejora de la condición de las clases trabajadoras», ha pasado de moda, siendo sustituído por la aspiración al encumbramiento político que les permita dictarse sus propias leyes.

Se abusa de las declamaciones en pro del trabajo y de la absurda adoración á la *mano callosa*; pero hay algo más absurdo, que es el favorecer un movimiento político activo cuyo objeto es acaparar el mecanismo todo del gobierno municipal y del Estado en interés de una sola clase. Y esto es, en substancia, lo que significa la política del trabajo.

Aunque muchos han deseado mantener al trabajo apartado de los partidos políticos y de las ferocidades de la facción, hoy existe el convencimiento de que el trabajo, para llegar á ser una fuerza política, tiene que aliarse con uno de los grandes partidos políticos. Con cuál de ellos, es cosa que no importa desde el punto de vista del trabajo. El «Independent Labour Party» y los que trabajan por el «Army of Labour» estarán independientes y desligados solamente hasta el momento en que cualquiera de los grandes organismos políticos hagan algo en su ayuda; así que la entrada del *Trade-Unionismo* en los partidos políticos es idea á la que debemos hacernos, viendo cómo prepara su mecanismo el Consejo de la Representación del Trabajo.

La cosa no será enteramente nueva, puesto que durante el gran movimiento reformista, y aun desde 1884, el voto de las *Trade Unions* fué invariablemente para los liberales, y casi todo jefe del *Trade-Unionismo* era un activo radical. Pero el *Trade-Unionismo* no era entonces la gran fuerza económica y social que luego ha llegado á ser, y desde que se completó la reforma electoral, la separación entre el *Trade-Unionismo* y el liberalismo se ha acentuado más y más.

Las peticiones del *Trade-Unionismo* de sufragio universal, pago de los representantes y de los gastos de elección y otras, no fueron recibidas con entusiasmo por los jefes liberales, y fueron los conservadores, y no los liberales, los que les dieron la *Compensation Act.*

Si ha sido cierto, como sostenía Sidney Webb, que no había nada en las aspiraciones legislativas de las *Trade-Unions* que pudiera unirlas á ningún partido político, hoy no lo es, y son claras las señales de que los jefes del *Trade-Unionismo* desean dirigir sus huestes hacia cualquier campo en el que se enarbole su bandera, tendencia que no contrariará la indudable ingerencia actual del socialismo, muy perceptible hoy día en los círculos trade unionistas.

Por el contrario, no sólo no la contraría sino que la robustece, pues la

política del socialismo consiste ahora en avanzar hacia la política de partido. El Congreso democrático social de Hannover acordó que era legítimo auxiliar á todo partido que contribuyera á lograr cualquier *aspiración* de las clases trabajadoras, para adquirir poder político.

Los socialistas y el partido del trabajo *(Labourists)* marchan ahora combinados. El Consejo de la Representación del Trabajo se compone de delegados de las *Trade-Unions*, de la Federación Social Democrática, del Partido Independiente del Trabajo y de la Fabian Society. Y este Consejo es el cuerpo que escogió ó recomendó los llamados candidatos del trabajo en las últimas elecciones generales, por haber sido nombrado para formar en el Parlamento un grupo del trabajo que tenga sus miembros propios, los cuales deben aprovechar toda ocasión para cooperar á la obra de cualquier partido que se comprometa á promover la legislación en favor del trabajo, ó aliarse al que combate medidas que le sean contrarias.

En Escocia hay un Comité de Representantes de los Trabajadores Escoceses, cuerpo compuesto de trade-unionistas, socialistas, partido independiente del Trabajo, Cooperativistas, todos ellos más ó menos tachados de socialismo, y todos persuadidos de que «el momento era oportuno para arrollar esas fuerzas que han arrebatado á los trabajadores el fruto de su trabajo y conservan la posesión injusta de la tierra del pueblo».

La elección de Mr. Crooks como diputado por Woolwich ha tenido diversas interpretaciones. Los Congresos trade-unionistas la recibieron con agrado, diciendo uno de los oradores que «era un triunfo para »el trabajo y que auxiliaría al tra»bajo organizado asegurándole otros »lugares en el Parlamento».

Mr. Crooks ha afirmado siempre que luchaba por el trabajo y con el trabajo, y declaró que la elección de Woolwich significaba un mensaje de esperanza para el trabajo en todo el mundo. Hay diferentes clases de *Labourists*: los que desean y ansían unirse con los liberales y los que quieren seguir el ejemplo de los nacionalistas irlandeses agrupándose en un partido completamente independiente. Mr. Crooks no rechazó la ayuda de los liberales, pero ha expresado su opinión rotunda de que el liberalismo tendrá que venir en lo futuro al trabajo y no ir el trabajo al liberalismo.

En Abril de 1903 el Partido independiente del trabajo celebró en Cardiff la Conferencia que, por el número de los delegados, se considera como más importante de su historia. El presidente, Mr. Snowden, dijo que esta Conferencia representaba su partido, que era el ejemplo más notable de la historia política inglesa, y que era el primer éxito por parte de las clases obreras para formar su partido político propio, que quedaba fundado como partido político activo y de gobierno.

Los laboristas independientes *(Independent Labourists)* aprobaron varios acuerdos sobre el sufragio de la mujer, salario vitalicio, deberes del Estado con los *sin trabajo*, y otros; pero lo principal fué la demostración de su gran fe, su propio poder como agentes políticos. Mister Snowden afirmó orgullosamente que el partido no podía ser considerado en adelante como un *niño político*, y

sostuvo que él y sus colegas han creado una opinión con respecto á las cuestiones sociales y han hecho una revolución en el pensamiento político. Quizá en el porvenir seamos todos socialistas, pero aún no ha llegado el momento.

No deja de ser justa la afirmación de Mr. Snowden de que algunas de las recientes elecciones han demostrado el crecimiento del partido del Trabajo *(Labourism)*, aunque sus deducciones no sean agradables para los políticos liberales que tratan de realizar una alianza con el *Laborismo*. Mr. Snowden no quiere alianzas embarazosas y no está inclinado á servir á las oposiciones para que suban al poder. Duda más de la buena fe política de los liberales que de la de los ministeriales, y el partido independiente del trabajo quiere luchar contra la política de Chamberlain, no como liberal ó libre cambista, sino como socialista avanzado. Pero la posición ocupada por Mr. Snowden, respecto al liberalismo, es puramente táctica. Si el partido del trabajo es, como él sostiene, el partido mayor del país, y el único que está aumentando, es lo más prudente esperar á que los liberales vengan á él. Si el socialismo ha de ser el credo del porvenir, el liberalismo ha de socializarse.

Hace algunos años que el autor de la «Evolución Social» llamó la atención sobre el cambio de aspecto de la vida política en este país, desde otro punto de vista. El cambio en el gran grupo político que solía dirigir la marcha progresiva, ha sido casi revolucionario. Y el carácter más notable de este cambio, no es que tenga toda la apariencia de ser un proceso de desintegración, sino más bien que los acontecimientos parece que han aumentado la antigua fe, y lenta y casi imperceptiblemente ha brotado el sentimiento de que los antiguos lemas han perdido su significación y de que el partido se encuentra frente á frente con problemas que las ya bien probadas fórmulas del pasado no tienen poder para resolver.

Desde que Mr. Kidd escribió estas palabras, un gobierno conservador ha promulgado el Acta más socialista de los tiempos modernos, y en un proyecto sobre pensiones para la vejez puede contemplarse la medida más socialista, intentada por un Estado moderno.

La competencia no está ahora, como se ha dicho, entre un partido de progreso impetuoso y otro de procedimientos cautelosos, sino entre dos partidos que luchan por sobrepujarse en espíritu progresivo. Mr. Kidd dice, con razón, que el desenvolvimiento de la vida pública inglesa, durante el siglo XIX, ha realizado la emancipación del individuo y el establecimiento de la igualdad política en toda la organización social entera. Pero, concedido esto, ¿qué hemos logrado con libertar á casi toda la población adulta? Hemos creado nuevas fuerzas que en cambio nos han proporcionado una serie de problemas. Puede ser exacto que por la política progresiva de medio siglo, la fabricación y el comercio se hayan emancipado de la tutela de las clases privilegiadas, pero cuando cesamos de proteger al capital en el comercio, empezamos á proteger el trabajo en la industria.

Se han cortado y abolido los privilegios de clase de los ricos, pero, en su lugar, hemos aumentado y

robustecido los privilegios de clase de los pobres. Los asalariados, los pequeños cultivadores de Inglaterra y Escocia y los colonos de Irlanda son las clases más privilegiadas de la nación. Hemos amenguado el poder electoral de las clases propietarias y hemos aumentado el de las clases obreras. Y al asegurar derechos políticos iguales para todos hemos abandonado el fin tradicional definido por Mill de «restringir á »los más estrechos límites la inter»vención de la autoridad pública »en los asuntos de la comunidad».

Si algo queda de la gran doctrina política inglesa del *laissez faire*, sir Charles Dilke y el liberalismo del trabajo acabarán con ello.

¡Pensar que mientras el individuo decae, el mundo se ha de hacer cada vez más y más una máquina dirigida por autómatas! Pero hasta que lleguemos á esa espantosa época en la que todo hombre que tenga la impudencia de nacer con mayores aspiraciones, espíritu más amplio ó facultades más poderosas que sus semejantes, haya de reducirse mecánicamente al molde de la medianía. ¿qué sucederá?

Es evidente la existencia, no sólo de un movimiento que tiende al abandono total de la doctrina de la no intervención del Estado en cuestiones sociales, sino también la de una tendencia más significada que parece asociarse con ella: «la tendencia á robustecer á expensas de la generalidad á las clases más bajas y más débiles contra las más altas y más ricas de la comunidad». La frase de Mr. Kidd *á costa de la generalidad* es la esencia del proteccionismo. Somos un país librecambista en cuanto al comercio, pero nos hemos convertido en la nación más protectora bajo el sol en cuanto al trabajo. Y esto es lo que el partido del progreso ha hecho sin saberlo: transferir los privilegios de unas clases á otras; y lo que el partido conservador está haciendo, también sin saberlo, es continuar y aumentar estos privilegios hasta que los intereses más protegidos sean los de los asalariados ó, más bien, los de los trabajadores manuales asociados.

La evolución política más extraña de nuestro tiempo, es el abandono del *individuo* por ambos partidos políticos, y es también la más significativa, porque precisamente la misma evolución tiene lugar en el *Trade-Unionismo*, que en teoría puede ser considerado casi como la antítesis del socialismo. En la práctica, el *Trade-Unionismo* se desarrolla según planes socialistas, no tanto, quizá porque los trabajadores se están haciendo socialistas en gran número, sino porque los socialistas, siguiendo un plan de campaña estratégico, se han introducido en los círculos y en los consejos ejecutivos de las *Trade-Unions*. El objeto primitivo de estos organismos del trabajo era su propia protección, la protección de cada miembro individual de su propio oficio y de su familia por medio de ciertos beneficios. Pero su objeto principal actualmente, es asegurar la protección del Estado. Los obreros que otras veces evitaban cualquier clase de intervención y que se unían para resistir toda intromisión, piden ahora constantemente la intervención y la vigilancia del Estado y se ponen de acuerdo para obtenerla. Este cambio en la política del trabajo, no es menos notable que el cambio de los partidos políticos.

Todo esto no significa sino que le

socialismo de los trade-unionistas es sencillamente el *Trade-Unionismo* triunfante. No es el amor, sino el trabajo lo que debe regir en la utopia del trabajo mismo En la vida social del porvenir no habrá más que una ley para la industria y el comercio, y el *Trade Unionismo* será su profeta.

¿Qué se va á realizar por la politicalización del trabajo, por la fusión del partido del trabajo con uno ú otro de los partidos políticos?

El impuesto de las tierras, reformas políticas, especialmente el abaratamiento de la vida parlamentaria y la adopción de una única franquicia, municipalización sin límites; la inserción de condiciones favorables al trabajo en todas las leyes de monopolio presentadas al Parlamento; la jornada de ocho horas para los mineros y en los contratos municipales y del Estado, así como en los monopolios y empresas privilegiadas, legislación más amplia en favor de los empleados de ferrocarriles, el Shops Bill de sir Charles Dilke, la ley sobre las minas y otras.

Tomemos una de ellas para examinarla detenidamente: la *Fair wages Resolution* (salarios) de la House of Commons, aprobada en 13 de Febrero de 1891, que dice: «En opinión de esta casa es deber del gobierno en todos sus contratos proveer contra los males recientemente expuestos ante el Sweating Committee, insertando condiciones que puedan prevenir el abuso que nace del subarriendo y realizando todo esfuerzo que asegure el pago de los salarios generalmente aceptados como corrientes, en cada industria, para los obreros capaces». El Comité nombrado seis años después para estudiar los efectos de esta Resolución, decía en su informe de 22 de Julio de 1897, que «ni se había propuesto, ni era de desear que el Estado hubiera, en ningún sentido, de fijar el tipo de los salarios, sino que debe reconocer y sostener el tipo mínimo corriente de los mismos que pueda prevalecer en diferentes industrias ó diferentes distritos».

Sería difícil que el Estado, una corporación ó un individuo pagaran por algún trabajo menos que el mínimum del salario corriente en la localidad. El trabajo es una mercancía cotizable, cuyo precio fluctúa, no pudiéndolo fijar nadie más que el comprador y el vendedor. Pero es también una mercancía cuyo precio se adapta automáticamente á las grandes comunidades y los amplios territorios. No se necesita una Resolución de la Cámara de los Comunes para declarar que todos los obreros empleados por el Estado tienen que pagar por su pan el precio mínimo corriente en su distrito. Por otra parte, hay que hacer notar, que si en todos los contratos del Gobierno se exige el pago de los salarios de las *Trade-Unions*, se violará el significado verdadero de la Resolución, según la interpretación del Comité investigador. Exigir el pago de los salarios fijados por las *Trade-Unions*, es fijar el tipo de los salarios que se ha de pagar, y eso es lo que el Parlamento no ha propuesto ni deseado. Así, pues, el Comité parlamentario encontró que las nuevas obligaciones impuestas á los centros públicos con motivo de la Resolución no eran fáciles de cumplir La última parte de ella se interpretó por esos centros entendiendo que los salarios que debían pagarse eran los del tipo corriente en cada industria para los

obreros capaces *en el distrito en que se hacía el trabajo.*

Y esta, según el Comité, parece ser la interpretación natural, porque en ninguna industria hay un precio corriente general de salarios para todo el país, sino que en casi todas ellas hay un tipo para cada distrito, así es, que si existe un precio de distrito, no existe un precio por razón del oficio.

La cuestión está, pues, en si el Estado ha de amparar el *Trade-Unionismo* ó ha de permitir el libre cambio en el trabajo en condiciones iguales para todos. Indudablemente fué uno de los principales deseos de la Cámara de los Comunes al adoptar esa Resolución, que el Estado use de su influencia para mejorar las condiciones del trabajo. Y es sabido que en la Comisión del trabajo se opinó unánimemente que se debían reconocer y favorecer, en cuanto fuera posible, todos los acuerdos que tendieran á regular el tipo de los salarios ó las condiciones de la relación entre patronos y obreros. Pero la función del Estado no es ser un modelo de moral ni de filantropía, y los convenios mutuos entre patronos y obreros tienen una base completamente distinta, para su regulación, que las disposiciones arbitrarias de las *Trade-Unions*. Es completamente libre para las *Trade-Unions* acordar no permitir á sus miembros llevar á cabo tal ó cual trabajo por tales ó cuales salarios. pero tal declaración no lleva consigo ninguna obligación por parte de los patronos de pagar esos salarios. El precio es cuestión á decidir entre comprador y vendedor. Un «tipo corriente de salario», que en el sentido de la *Resolution* es un «justo salario», no es, ni puede ser, el que las *Trade-Unions* determinen que deben ganar sus miembros, pero que los patronos no han de pagar, bien porque obtengan trabajo más barato, bien porque no les permita obtener ganancias. Un salario justo debe ser, como un precio justo, aquél que de común acuerdo fijan un comprador y un vendedor libres. Esto es lo que, en efecto, reconoció el Comité parlamentario, pero no lo que las *Trade-Unions* admiten. Como tampoco les gustó la recomendación del mismo de que se añadieran á la cláusula del «justo salario» en los contratos del gobierno, algunas frases, al efecto de que «el contratante no ha de tener preferencia al buscar trabajadores entre unionistas y no unionistas». Dice Mr. Webb que entre las reglas de las *Trade-Unions* hay una que sobresale por ser prácticamente universal: el pago según un tipo definido, *uniforme en su aplicación.* Este tipo definido, dice, es un mínimum, no un máximum, y da por resultado la aproximación á la igualdad de precios de salarios y es un requisito indispensable de la contratación colectiva. ¿Es esto así?

Creemos que la esencia de la contratación colectiva es, que los salarios se ajusten á un tipo de equidad, y no siempre es esto lo que las *Trade-Unions* tienen en cuenta. Míster Webb diferencia el precio tipo del salario mínimo, y la diferencia, naturalmente, es clara cuando se trata del trabajo á destajo.

Pero si es verdad que un precio tipo por obra hecha puede coexistir con los salarios semanales más distintos de los diferentes obreros, también es verdad que el pago de un buen trabajador, que puede ganar á la semana el

doble que uno mediano, dado el mismo tipo por obra hecha, puede convenir mucho más al patrono que el pago del precio tipo.

La libertad para recompensar el trabajo según la capacidad, es lo que desean todos los patronos inteligentes y lo que la mayor parte de las *Trade-Unions* resisten porque va contra el tipo señalado para el trabajador vulgar, que está en mayoría. Así, pues, las *Trade-Unions*, por regla general, van contra el destajo, y Mr. Webb se ve obligado á admitir que un tipo de salario por tiempo es algo como la igualdad de salarios, y dice, cosa que dudamos, que las clases asalariadas «tienen la arraigada convicción, de que el mecánico concienzudo, trabajador y lento no debe equitativamente recibir pago menor que su vecino más rápido, pero igualmente meritorio». ¿Pero quién ha de juzgar de la igualdad de mérito? Obsérvese que se trata de que sea el que recibe, no el que da la recompensa.

Las cláusulas del trabajo en los contratos públicos no sólo son refutables por parciales, y por tanto injustas, sino porque hieren el principio que los patronos inteligentes han vindicado con éxito: que los obreros deben ser remunerados según su habilidad y diligencia. Aquellas cláusulas harán que todos los trabajadores, por perezosos y torpes que sean, hayan de ser pagados según el mismo tipo de salario que los hábiles y trabajadores. Establecerían, no el justo salario, sino el salario arbitrario fijado tan sólo por las *Trade-Unions*. Y el resultado natural é inevitable de todo eso sería colocar la dirección de las industrias del país entero en manos de las *Trade-Unions*. A los que han seguido el curso de recientes cuestiones relacionadas con los contratos públicos en varias partes del país, les parecerá esto la simple consignación de una verdad evidente, nada exagerada.

Mucha gente ridiculiza los estatutos de la Edad Media en que se regulaba el comercio y la industria; pero es dudoso que ninguno fuera más absurdo que esa ley que ha dado lugar, autorizando al Condado de Londres para dictar reglamentos, á que un hombre sea condenado por usar mortero distinto, aunque superior, al prescrito por ese Consejo de Condado. Si esto es ridículo en cuanto se refiere á la calidad del mortero, ¿qué no será en cuanto á la calidad del trabajo? Y, sin embargo, el Consejo de Condado de Londres, lo aplica á ambas cosas.

Algunos ejemplos cita el articulista refiriéndose á obras municipales de Londres, Manchester y Sheffield, para poner de manifiesto cómo se aplican las cláusulas legales del «justo jornal», no en interés del público, sino en provecho del *Trade-Unionismo*.

El autor no es opuesto á las *Trade-Unions* ni á su derecho á formular las condiciones en que deben trabajar sus miembros. A lo que se opone y contra lo que protesta, por considerarlo un mal grave y un peligro nacional, es al intento de hacer que la voz de la *Trade Unions* sea la voz dominante y decisiva en los asuntos industriales.

Puede citarse como ejemplo de la confusión de pensamiento con que se trata la cuestión del trabajo, un artículo de *The Quaterley Review*, sobre Morris, en el que se decía que éste era un socialista porque se rebelaba contra el sistema capitalista: que im-

pone la uniformidad en la mano de obra y que trata al obrero como un número, y contra la competencia: que sacrifica la belleza á la baratura, la solidez á la apariencia seductora y el arte á lo mecánico. No cabe error más profundo, porque precisamente la razón por qué los capitalistas se han unido contra el *Trade-Unionismo* está en que no quieren la uniformidad de la mano de obra y quieren que el trabajo se aprecie por su mérito y según su mérito. El trade-unionista y no el capitalista es el que trata de imponer un sistema de uniformidad de trabajo adaptado á la capacidad del menos hábil, y el que quiere tratar á cada miembro de la Unión como una mera unidad del organismo industrial. El escritor antes citado parece olvidar que el efecto de la competencia, cualquiera que pueda ser, no se limita al precio. La competencia más inteligente entre los productores industriales se establece con respecto á la calidad: para producir el artículo mejor que sea posible al precio más barato posible.

El socialismo, como decía Benjamín Kidd, ha dejado de ser meramente un sentimiento filantrópico. Se ha convertido en llamada directa á los instintos egoístas de una porción considerable de la comunidad que aspira al poder político. El advenimiento del Demos, es el resultado natural de una larga serie de concesiones que han empezado en Inglaterra con la aprobación de las Factory Acts y que llevan gradualmente á la legislación socialista, para la que parece que ha llegado el tiempo oportuno. Pero ¿realizará el hombre vulgar lo que debe ser la obra?

No estamos conformes con Kidd en que la intervención progresiva del Estado á costa de la riqueza y del privilegio, sea inevitable. No es el Estado lo que se ha transformado por la liberación política del pueblo, sino la relación de los partidos políticos con respecto al Estado. Las funciones de éste siguen siendo las mismas, y no comprenden ni pueden nunca comprender el derecho á hundir al individuo. Así, pues, la doctrina del *laissez faire* no ha llegado á cumplir su fin, aunque quizás sea necesaria una lucha larga y penosa para sostenerla. El hombre es hombre, y dueño de su destino. Los que quieran sustituir el antiguo proverbio: *chacun pour soi, chacun chez soi* con la máxima *chacun pour tous, tous pour chacun*, tienen, como Bastiat decía, una idea muy falsa, muy triste y muy incompleta de la sociedad. Cada uno *para sí*, no significa cada uno *por sí:* todo hombre trabajando para sí mismo trabaja para todos. Así es que en el orden natural de la sociedad, el principio de *cada uno para todos*, basado en el principio de *cada uno para sí mismo* es más completo, más absoluto y más personal que lo puede ser bajo el punto de vista socialista ó comunista.

Los socialistas que quieren extinguir al individuo en la masa, se proponen, de hecho, inventar un orden social nuevo sin respeto al corazón humano, y luego tendrán que inventar un corazón humano que sirva á su nuevo orden social. Hay, en verdad, una profunda diferencia entre una organización social fundada en las leyes generales de la naturaleza humana y una organización artificial inventada, que no tiene en cuenta esas leyes, las rechaza ó las desprecia.

Estudiad las leyes providenciales

dice Bastiat, admiradlas y dejadlas obrar.

Si los intereses de los hombres están acordes, todo lo que se necesita es: *Eclairez et laissez faire.*

Y más adelante llegamos á la conclusión de que la dominación por el trabajo es imposible, y encontramos una contradicción en sus términos, al ver que «toda superioridad que se manifiesta en un pueblo significa baratura y conduce tan sólo á comunicar fuerza á todas las demás naciones».

Es imposible para todos los que han estudiado los caprichos de los Cuerpos legislativos, mirar la entrada del trabajo en la política sin recelo, por no decir sin alarma .No es exagerado el decir que siempre que los legisladores intentan regular la humanidad, cometen graves injusticias por algún respecto. Los hombres que rigen el Municipio y el Estado, parece que pierden el freno que en la vida privada les impide injuriarse unos á otros. En política no tiene cabida el concepto común de la justicia, basado en el sentido común, que es suficiente para los demás hombres La legislación de clase referente á las industrias y al trabajo, demuestra que lo que los políticos desean no es realmente la igualdad, sino su popularidad ante la multitud. A esa legislación pertenece la ley de responsabilidad de los patronos que, sacrificando los intereses de éstos á los de los asalariados, atenta á la libertad de ambos no permitiéndoles que hagan sus propias contrataciones.

Todo ataque á la libertad lleva á la querella. Se dice que más cuestiones surgen con motivo de las tarifas de carruajes, arbitrariamente fijadas, que con ninguna otra clase de contrataciones; pero es lo cierto que más huelgas y *lockouts*, y más graves, han sido causados por las *Trade-Unions* al tratar de limitar la libertad de sus patronos sobre bases artificiosas, que por ninguna otra causa. En la vida privada seguimos, de un modo natural, la línea de la resistencia menor, que es la línea de la libertad y la justicia; pero en asuntos políticos tratamos de coartar á los demás, no por malicia, sino generalmente por mal entendida benevolencia. La finalidad, quizá inconsciente, del político no es el mayor bien para el mayor número, sino la mayor cantidad de aplauso del mayor número de electores.

Sea cualquiera el fin del político, el de la política del trabajo es promover la legislación de clases y la concesión de monopolios y privilegios de clase. Y se acerca rápido el tiempo en que uno ú otro partido político ha de decidir si se une al trabajo procurando la confirmación y extensión de monopolios y privilegios arrancados á la propiedad. La liberación del pueblo no nos ha aproximado á la época ideal en que nadie estará á favor del *Partido* y en la que todos estarán á favor del Estado.

ITALIANAS, POR LUIS DE TERÁN

RIVISTA NUOVA.—Mayo.—Núm. I.

La novela entre los antiguos, por Luigi Napoli.—El origen de la novela hay que buscarle en la Naturaleza misma. Está el hombre constituído de tal manera, que gusta de salir de sí, de abandonarse, por decirlo así, para ligarse á otros objetos. Las realidades de la vida le pesan á menudo; hay en él una facultad, la más exigente de todas tal vez, á la que aquéllas no satisfacen, en modo alguno, la imaginación. A esta hay que proporcionarle un alimento, abrirle horizontes infinitos por los que se complace en vagar; es ávida de ficciones, de lo maravilloso; quiere ir á recoger en los campos de la fantasía flores de una belleza y de un perfume desconocidos. Así es que en el muelle Oriente, en la patria del ensueño, es donde nacen las primeras novelas. Todos los orientales se parecen, más ó menos, á aquel Sultán de las «Mil y una noches», á quien la pobre Sherezarada ha de entretener bajo pena de muerte. Las largas narraciones se encadenan con trama ligera, pero continua; el espíritu se encuentra como mecido y acariciado; después el reposo, el olvido, descienden lentamente sobre el alma adormecida.

En Occidente, por el contrario, el hombre es más activo, más serio, está más atento á su destino, del que se cree artífice; la quimera le seduce menos; exige de la ficción que tenga alguna relación con la realidad, que encierre una enseñanza moral. Así la novela es, en todas las épocas, ó una pintura idealizada de la sociedad, ó una sátira, ó una imagen de exacta semejanza. Tal es el realismo de nuestros días, forma inferior del arte; pero que tiene una relación estrecha con las tendencias generales de una época dominada por las cuestiones económicas y sociales.

Sin embargo, nótase desde hace muy poco tiempo una revolución, por decirlo así, del idealismo, una como decidida protesta contra las llamadas obras realistas de la literatura, y se empieza á efectuar un marcado deslinde entre el novelista y el sociólogo, recabando el primero los amplios fueros del Arte para crear y concebir, sin necesidad de amoldarse á las realidades del momento, ni siquiera á ninguna realidad, si así le place; y mucho más todavía á prescindir de toda mira que no sea la pura y desinteresada glorificación de la Belleza.

Pregúntase uno algunas veces cómo pudo ser que los griegos, aquellos artistas tan completos, no produjeran nada que merezca mencionarse en la manifestación artística que nos ocupa. La respuesta es bien fácil: produjeron su religión y su historia tradicional. No hay una divinidad del Olimpo, cuya vida no sea un tejido de aventuras maravillosas, imaginadas, multiplicadas de generación en generación, desarrollándose á la vez en una diversidad infinita en todos los puntos ocupados por la raza helénica. No hay provincia, por insignificante que sea, isla tan pequeña, perdida en el vasto seno de los mares, que no tenga su héroe y sus leyendas. ¿Qué

son los viajes de Simbad el marino al lado de la famosa expedición de los argonautas, en la que todo es maravilloso? ¿Qué son las proezas de Roldán y de los pares, al lado de aquel sitio de Troya que duró diez años, é hizo que tomaran parte en la contienda el Oriente y el Occidente, los hijos de los dioses, los dioses mismos? No poseemos más que uno sólo de los numerosos poemas en los que se referían, con el título de *Regresos*, las aventuras de los principales vencedores de Troya: ¡pero qué gran novela es la *Odisea*! Jamás la imaginación de un pueblo ha producido tipos más salientes que los que se impusieron á todas las literaturas, á todas las artes de los pueblos modernos, Helena, Penélope, Clytemnestra, Andrómaca, Aquiles, Ayax, Ulises, Nestor, Priamo, y ese enjambre de divinidades de un encanto incomparable, que la imaginación de los helenos lanzó como jugando al seno de la naturaleza inmensa para vivificarla y embellecerla.

Los romanos son absolutamente pobres en este género; fué un pueblo de acción y no de ensueños. Sus dioses son inmóviles é infalibles; su religión es grave y formalista. Trata, sí, bajo la influencia de los griegos, de crearse una historia legendaria; pero el lado serio domina siempre en ella; necesita que el pasado sea una preparación y como una imagen del presente. Las leyendas tienen un fin; dan un valor religioso á las instituciones del Estado y acrecientan su majestad. Pero no se encuentra en ellas ninguna invención, ninguna gracia.

Las imaginaciones de la Edad Media están mejor dotadas que la de los romanos en este concepto. Los poetas y los novelistas de los siglos XII, XIII y XIV son por punto general muy ignorantes. ¡Tanto mejor!, su imaginación se encontrará más desembarazada, no les contendrá ningún escrúpulo de fidelidad histórica. Darán á los personajes y á los acontecimientos de las épocas lejanas los colores que agraden á la suya; amontonarán los anacronismos más extraños, las ficciones más inverosímiles, pero cautivarán al público á que se dirigen; cautivarán sobre todo á la mujer, á la mujer que ocupa entonces, aunque tenida aún en tutela, un puesto importante en la sociedad.

En las más antiguas canciones de Gesta apenas si ella aparece. La bella Auda, prometida de Roldán, no se muestra sino para caer á los pies de Carlomagno; pero en el siglo XIII reina en todas las cortes, en todos los torneos, en todas las novelas en verso ó en prosa. He aquí á la bella castellana en su mansión feudal, sola y desocupada. El marido guerrea lejos contra los sarracenos ó contra el rey; ella carece de distracciones; el misal que ha hojeado cien veces, permanece abierto sin que tenga valor para fijar la vista en él. De repente, llega el trovador ó el juglar; le hacen pasar al punto, y comienza una larga narración. Todo lo que refiere es novela, es la ficción acomodada al medio político y religioso, de manera que lo ideal se confunda con lo real, que se pueda soñar y reflexionar. Todas las clases de la sociedad, desde el rey y sus grandes vasallos, hasta el fraile y los plebeyos se encuentran representadas en aquellas composiciones interminables, novelas en verso, novelas en prosa, novelas alegóricas, novelas satíricas.

Hoy no se leen ya como entreteni-

miento, y suya es la culpa, digan lo que quieran algunos entusiastas cuyas convicciones hay que respetar. Es porque presentan cuadros de un mundo absolutamente diferente del nuestro, y porque su mérito literario es casi nulo.

En cambio, aunque no se les dé el apelativo de novelas, se leerán siempre con agrado las ficciones históricas y religiosas de la inmortal Grecia.

RIVISTA POPOLARE.—Mayo.

Hacia la paz (signos de los tiempos), por Noi.—Los partidarios de la guerra y del militarismo se han regocijado un tanto por el hecho de estallar la guerra entre el Japón y Rusia, y se creen con derecho á burlarse de la propaganda para la paz, cuyo fracaso cantan en todos los tonos.

Si los partidarios de la paz hubiesen tratado alguna vez de afirmar que la guerra se había hecho ya imposible para siempre, estaría justificado el regocijo de los guerreros. Pero los primeros se han limitado á hacer constar que la *tendencia*—hay que saber el significado de la palabra *tendencia*—se inclina hacia la paz, y á lo que aspiran es á consolidar esa tendencia.

¿Se va logrando esto? Seguramente. Sin pretender—y sería ridículo que lo pretendieran—que ocurra esto en virtud de su propaganda, lo cierto es que entre los Estados más civilizados de Europa la paz se mantiene de año en año, y se ha mantenido, no obstante haberse presentado graves motivos y ocasiones de guerra entre Francia é Inglaterra (*Fashioda*), entre Alemania y Francia é Inglaterra, entre Rusia, Austria y todo el resto de Europa (*complicaciones balcánicas.*) Todo esto hay que apuntarlo como ganancias positivas.

Repetimos que no creemos que el hecho se deba de un modo directo á la propaganda de la paz, pero sí que ésta ha contribuído poderosamente á modificar la opinión pública, la cual, como es sabido, determina por vías múltiples y misteriosas los acontecimientos, que en apariencia le son extraños. La opinión pública es la que ha dado un significado y una importancia excepcionales á los cambios de visitas entre Eduardo VII, Loubet y Víctor Manuel III; cambio de visitas entre jefes del Estado, que ha sido precedido y seguido del de los representantes de los Parlamentos, de las clases comerciales, de representaciones municipales inglesas, francesas, italianas, etc. Todo este movimiento ha conducido á resultados concretísimos con los recientes tratados entre Francia é Inglaterra, entre Italia y Francia, que desde hace tiempo se miraban de reojo y parecían esperar la ocasión propicia para llegar á las manos. La reconciliación más difícil por ahora parece la de Alemania y Francia. Sin embargo, el camino que se ha recorrido en este mismo sentido es ya muy grande.

PORTUGUESAS, POR LUIS DE TERÁN

O INSTITUTO.—Mayo.

El plan de instrucción general en la Roma antigua, por E. A. Coelho —Los griegos dieron á los romanos mucha parte de su cultura, y la misma constitución de Servio Tullio se funda en legislaciones helénicas. Antes del siglo VI se seguía en Roma un sistema de educación muy sencillo, que se adaptaba mejor á las necesidades de la época. La historia de la educación romana puede dividirse en dos períodos distintos: en el primero comienza á hacerse general la eficacia del sistema educativo de los griegos; en el segundo la del paganismo; pero hacia fines de éste hay añadir un subperíodo, que comprende el tiempo en que el cristianismo se convierte en religión del Estado. El sistema de educación grego romano se difunde por todos los vastos territorios que constituían el imperio de Occidente, en donde los preceptores y los educadores instruían todos de un mismo modo á sus jovenes alumnos. Enseñaban metafísica, moral y ciencias prácticas, además de las disciplinas literarias. Las antiguas formas de literatura fueron relegadas por la cultura griega. Cicerón dividía todas las ocupaciones que tienen un objeto práctico en *artes leviores mediocres, studia leviora, minora*, y con arreglo á estas se daba la instrucción.

A TERRA.—Mayo.

¡Sursum corda!, por J. Soarez.—Sí, elevemos los corazones, regocijémonos cuantos nos enorgullecemos de pertenecer á la raza latina, á la gran familia latina, si les place más el nombre á ciertos sabios modernos que discuten la palabra *raza*. Alegrémonos de la resurrección que, desde hace algún tiempo á esta parte, se viene observando en el genio latino, en ese genio que iluminó un día al mundo entero y que pareció en un tiempo mortecino ante los vivos destellos que rasgaran las nieblas del brumoso Norte, del país de los *bárbaros*.

En Francia, en Italia, en España, en Portugal, en la América latina retoñan con nueva pujanza los gérmenes que produjeron los grandes artistas, los clarividentes filósofos, los afamados sabios, los divinos poetas. El nacimiento de un pueblo nuevo es un arcano; nada se puede aventurar sobre su porvenir y poderío. La resurrección de un pueblo de secular grandeza, es una esperanza cierta de nuevas glorias. Puede un tal pueblo permanecer aletargado durante largo tiempo por desdichas pasajeras, por circunstancias extrañas á su esencia, por necesidad de reposo tras rudo trabajo; pero cuando despierta, es para proseguir su labor gloriosa con nuevos alientos y nuevas energías. Y entonces vuelve á reinar como soberano sin temor á los rivales; entonces vuelve á resplandecer con su luz propia sin necesidad de recibirla de otros astros. Y esto es lo que aparece actualmente en el pueblo latino.

No queremos decir con ello que no sean dignas de la mayor estima las grandes manifestaciones de la inte-

lectualidad *bárbara*, sobre todo en estos últimos tiempos; pero séanos permitido experimentar hondo contento al señalar la resurrección de que tratamos.

Y no solamente hay *resucitados* en esta resurrección, sino también *nuevos nacidos*. No solamente hay quien evoca á los grandes hombres de otros tiempos, sino quien se pone á la cabeza de los nuevos; por que si hay un D'Annunzio que, en nuestra hermana Italia, *resucita* con el poderoso númen de inmortales poetas, hay un Cajal, en nuestra hermana España, que *nace* para dar lecciones á la ciencia moderna. Y no queremos citar más nombres ni ofrecer otros ejemplos—muchos de los cuales honran á compatriotas nuestros. ¿Para qué? Bien ostensible y poderosa es la indicada resurrección, y tal vez seamos nosotros mismos—los latinos—los que menos hablamos de ella.

¡Sursum corda!

ALEMANAS, POR J. ONTAÑÓN

JAHRBÜCHER FÜR NATIONALÖKONOMIE UND STATISTIK.—Mayo.

El primer Congreso de protección á las industrias domésticas, por W. Lexis.—Se ha celebrado en Berlín, desde el 7 al 9 de Marzo último, con asistencia de los delegados de los gremios y de muchísimas personas interesadas en la reforma social. Según la resolución allí adoptada por acuerdo unánime, es la industria doméstica una forma de trabajo que por el escaso jornal y excesiva jornada que á obreros y obreras se asigna, ocasiona una serie de graves consecuencias, económicas y de carácter sanitario á la vez, y permite á los patronos eludir el cumplimiento de las leyes relativas á la protección y el seguro de los operarios. Los talleres insalubres se convierten en foco de enfermedades infecciosas, tanto para los productores como para el consumidor, y son con ello un peligro para todas las clases de la sociedad. Es por lo mismo un deber de la legislación prohibir el ejercicio de industrias nocivas en el hogar doméstico, adoptar especiales medidas para mejorar la situación de las personas en ellas empleadas, preservándolas, como al público en general, de los efectos perjudiciales de esta forma de trabajo, hasta reducirla ó suprimirla totalmente. Reclama, pues, de los poderes del Estado la preparación inmediata de una ley que proteja los intereses del operario casero, fundada sobre las siguientes bases:

A petición de los obreros ó de sus organismos, fijará en cada localidad el tribunal industrial, actuando de árbitro, tipos precisos de jornales para el gremio respectivo y á regir durarante un plazo de tiempo determinado; donde no exista aquel tribunal se crearán comisiones especiales, compuestas, por mitad, del elemento obrero y del de patronos, presididos por un representante de la inspección de las industrias. Aquellos tipos no serán inferiores á los que se pagan en fábricas y talleres, y obligarán en derecho, una vez publicados.

La instalación y condiciones de los obradores domésticos quedarán sujetos á rigorosas prescripciones, sobre todo excluyendo todo local que no sea claro, seco, de fácil calefacción y ventilación, con 15 metros cúbicos de aire, por lo menos, para cada persona de las que allí trabajan; que no se utilice para dormir ni para guisar, ni se consientan al efecto guardillas ó sótanos.

Debe anunciarse á la autoridad municipal el propósito de establecer toda industria doméstica, é indicar el local elegido; aquélla certificará dentro de tres días, en documento gratuíto, que se cumplen las disposiciones legales en el nuevo taller, consignando su cubicación y el número de operarios que han de trabajar. No podrán ser admitidas personas que sufran enfermedades contagiosas, y de ser atacada alguna de ellas, es obligatoria una completa desinfección; y caso necesario, la destrucción de los materiales y productos que allí hubiera, á costa del patrono por cuya cuenta se trabajaba en contravención á la ley.

Todo taller doméstico queda sujeto á la inspección oficial que se ejercerá especialmente por funcionarios competentes, tanto masculinos como femeninos, pertenecientes, en primer lugar, á las clases obreras ya organizadas en número bastante.

También está obligado el patrono, ó encargado, á llevar un registro exacto de todas las personas ocupadas en la industria que ejerce en su casa, con las señas del respectivo domicilio, y presentarlo al funcionario de la inspección industrial, siempre que éste lo reclame; á tener marcados los géneros de su producción en forma clara y perceptible, hasta tanto que lleguen á manos del comprador. Lo está igualmente á reconocer que su industria se halla comprendida en aquellas para las cuales existe legislación protectora de enfermedad, vejez, invalidez ó de accidentes, así como en las disposiciones del reglamento industrial respecto de la duración de la jornada, del trabajo nocturno, descanso dominical, precauciones para la obrera en cinta, trabajo de los niños, además de los preceptos especiales de la industria doméstica. Igualmente quedarán sujetos obreros y empresarios á las decisiones del tribunal industrial en lo relativo á las diferencias que entre ellos surjan, producidas por circunstancias pertinentes al trabajo mismo.

Deberán llevarse registros en que conste el tipo del jornal, y la cuantía y clase de trabajo á que corresponde. Consta la prohibición de entregar trabajos para su casa, tanto á los obreros como á las obreras del taller.

Ni la administración imperial, ni los Estados, ni los Municipios encargarán obra alguna sino á los patronos que las ejecuten en sus propios talleres, no valiéndose de intermediarios al efecto, y siempre que aquéllos cumplan debidamente las condiciones establecidas, así en cuanto al salario como para el trabajo en general, por el tribunal mencionado al principio. Los patronos que procedan contra ellas deben quedar excluídos de todo encargo oficial, quedando además sujetos á las penas señaladas para los que faltan á las disposiciones de cuyo cumplimiento es responsable todo patrono ó encargado.

El Congreso propuso dirigirse al Gobierno alemán, llamando su atención respecto del peligro que ofrece el ejercicio de la industria domésti-

ca, tal como hoy se halla, con el fin de que se digne tomar la iniciativa cerca de los demás países civilizados, como principio de una serie de acuerdos internacionales sobre este vital asunto. De tal modo demostraron los congresistas cómo puede mejorarse eficazmente la situación de las clases obreras, sin tener que apelar á situaciones extremas de una ni de otra parte.

UNIVERSUM.—12 Mayo.

De política europea, por L. R.—Basta para conservar recuerdo perfecto del mes pasado, un acontecimiento que ha de dar mucho que hacer á la pluma y tal vez á las manos. Nos referimos al reciente convenio franco-inglés, que acaba de adquirir mayor fijeza y resonancia con la visita de M. Loubet á la capital de Italia, por más que su alcance se ha pretendido que no ha de exceder de los intereses de ambas naciones contratantes.

Mucho distamos de la opinión divulgada en general, y formada según el criterio moderno, cuyos patrocinadores, al juzgar un acto diplomático de este género, suelen calificarlo de una nueva garantía para la paz universal. No consiste la importancia efectiva de este tratado en los acuerdos convenidos sobre Marruecos, Egipto, Siam, etc., sino en la aproximación de los dos pueblos que más han influído en el progreso moderno, separados durante centurias, ya por ideas ambiciosas de soberanos ó gobiernos, ya por intereses del capitalismo; hoy se puede afirmar que es sincero el sentimiento con que olvidan sus añejas rencillas, y se tienden cordialmente las manos, entre las que apresúrase á poner la suya Italia, entusiasmada por la parte—bien irreflexiva por cierto—que Francia toma en la lucha contra la Iglesia, mientras que Alemania estrecha sus distancias con el Vaticano, viendo que contra sí propia va también enderezado el ataque.

Lo extraño del caso es que Inglaterra nada sale ganando con este apoyo de su vecina, que para nada necesita, pues ningún peligro interior le ofrecen los defectos del parlamentarismo, ni las tendencias socialistas ó anarquistas, ni los excesos de soberanía de un monarca; como tampoco siente debilidad alguna debida á las consecuencias de la guerra boer, hasta el punto de haber despreciado las ventajas del servicio obligatorio, que le encarecen muchos convencidos de su mismo país, con tal de no atentar á sus sagradas libertades. En cambio, todos los beneficios mercantiles recaen en su nueva aliada; con una sobriedad antes desconocida, le satisfacen ahora unas modestas piltrafas, mientras la favorecida engulle ricos manjares. ¿Quién creyera posible, dos años hace, que renunciase Inglaterra á Marruecos?

No á otra cosa puede atribuirse la gran alegría que semejante convenio ha producido en ella, bien extraña tratándose del «práctico» inglés, que á la convicción de que el golpe va dirigido contra Rusia y Alemania, ésta en primer término. Esta nerviosidad insana en nación de ordinario tan dueña de su calma, ¿se debe á nuestros esfuerzos por la expansión colonial, á la concurrencia de los productos industriales alemanes en el mercado universal, ó á otras causas relativas también á intereses materiales? El motivo principal reside, á nuestro

juicio, en la divergencia surgida durante la guerra con los boers, y el temor de que el Gobierno alemán se incline á favorecer la política rusa, según propagan los más exagerados rumores. Pero de esta sospecha está bien libre Austria-Hungría en todos sentidos, y sin embargo vuelve á emplear la prensa inglesa, últimamente, los tonos más calientes cuando habla de aquella potencia. Quizá tampoco sea casual del todo el hecho de que á la visita del rey Eduardo á Viena haya seguido muy en breve la de su heredero; pero todo el mundo piensa en la demacrada figura de «la tríplice». Unido á todo ello el júbilo despertado en Francia, donde ya sólo los círculos bolsistas y unos cuantos pequeños grupos antirrepublicanos muestran algún calor por la alianza con Rusia, mientras que de los otros lados se agita contra ella la opinión apasionadamente, venimos á concluir que la situación general que parece prepararse no ha de ser muy lisonjera para los intereses alemanes. Así y todo, tiempo es todavía de intervenir, y esperamos que nuestros estadistas sepan remediar oportunamente los posibles peligros, que no siempre consisten en complicaciones de carácter guerrero.

La huelga de los empleados de ferrocarriles en Hungría, no muy importante de suyo, ha ofrecido, sin embargo, rasgos característicos que merecen toda atención, por el precedente que dejan sentado en la manera de solucionarse. El conde Tisza, jefe del gobierno, supo conservar firme su cabeza en los momentos críticos, y apreció desde luego el alcance del conflicto, que dejaba ver por primera vez cuán profundamente habían penetrado en las clases medias los principios democrático-socialistas, hasta hacer abandonar su puesto á muchos millares de personas encargadas de servicios delicados, difíciles de reemplazar, y algunas de las cuales, un guarda agujas, por ejemplo, pueden causar grandes catástrofes sin más responsabilidad que la propia de una actitud pasiva. Pero los enormes daños originados en todo el organismo social por un paro de esta especie, hacen que inmediatamente se ponga la opinión pública al lado del gobierno y le auxilie á sofocar toda rebelión, cosa que de seguro no habría sucedido á surgir la huelga entre los recaudadores de contribuciones ó empleados de consumos, cuya función, por lo general, es de pocas simpatías entre la gente. Provisto el Estado de la autoridad que le daba, además, la circunstancia de ser patrono; al mismo tiempo, como dueño de las redes ferroviarias, acudió á un medio, que no deja de tener su lado peligroso: como el 70 por 100 de los empleados pertenece al servicio militar, expidió un decreto llamándolos con toda urgencia á los cuarteles, con la conminación de las severas penas que recaen sobre el reservista prófugo, y disponiendo su inmediato destino á los ferrocarriles nacionales; una comisión militar de jefes se presentó en el campamento de Budapest, organizado por los huelguistas, y les hizo entrega formal de la cédula de citación. Muy pocos días después, todo se hallaba otra vez en orden, sin más novedad que una porción de empleados nuevos y el haber parado en la cárcel algunos de los rebeldes. Pero, á juicio de muchos, es inconveniente echar mano de estos procedimientos radicales, mezclando

la entidad ejército en los litigios del trabajo, con lo cual se hace al militar de peor condición que al paisano; en lo sucesivo sabrá el soldado en reserva que carece ya de libertad para contratar, y ha de tener siempre la fuerza de la ordenanza como impuesta en todos sus pasos, situación que puede traer consigo muchas complicaciones. El triunfo del conde Tisza, al curar rápidamente una dolencia, está expuesto á provocar otra nueva, por lo menos á debilitar el cuerpo mismo, y desde luego, para el problema general de las huelgas, dista mucho de ser una solución aceptable la que acaba de ofrecernos Hungría.

La reforma de la ley Stengel por el Parlamento alemán, ha demostrado grandes diferencias en el modo de apreciar los partidos la conveniencia y alcance del nuevo sistema financiero, sobre todo en las relaciones de los gobiernos confederados con el imperio, desde el punto de vista de la hacienda. El art. 3.° de la citada ley, ahora suprimido por el Reichstag, disponía que la suma total por que contribuyen los Estados al gasto común no excediese del promedio consignado á éstos por el imperio durante el quinquenio último. En lo sucesivo, de los 130 millones á que ascendía dicha consignación, hay que restar el importe de las rentas de aduanas y tabacos, que se adjudica al imperio, quedando sólo para aquellos la del timbre, más la tributación del maíz y del aguardiente. Los argumentos del gobierno, fundados en la esperanza de que éste fuese un paso adelante en las mejoras del futuro presupuesto, no han logrado convencer á las fracciones de oposición de la Cámara; se ha aprobado la ley contra los votos de liberales y socialistas demócratas, manifestando los primeros que el Reichstag se proponía no prescindir de la responsabilidad de los Estados confederados, ni de su contribución á los gastos del imperio, para evitar nuevos impuestos á la nación.

En cambio, estimaba el partido imperialista que eran éstos necesarios, si ha de seguir Alemania ocupando la posición que tiene conquistada en la historia universal; que no debía tenerse al imperio como un «pensionista gravoso» para la confederación, y que era preferible votar nuevos sacrificios. El centro declaró terminantemente que sus amigos políticos no hubiesen aceptado la ley, de mantenerse el citado artículo 3.°; y es de notar que se opusieron al proyecto de ley los demócratas y los del partido popular, porque veían en aquél una restricción de los derechos del Parlamento. Ya con ocasión de la segunda lectura, en 7 de Mayo, había insistido Eugenio Richter en que eran los momentos actuales nada á propósito para modificar el sistema de hacienda, cuya situación, por virtud de las nuevas tarifas aduaneras y los próximos tratados de comercio, era más incierta que hasta aquí.

En la misma sesión en que fué votada esta reforma de hacienda, pronunció el socialista Bebel un gran discurso sobre política extranjera y colonial; expuso el aislamiento de Alemania, el creciente odio con que es mirada por las demás naciones, producido menos por la competencia económica que por sus aprestos militares, motivo á su vez de igual conducta en aquéllas. Dijo que era la más reaccionaria de las potencias,

que sus simpatías oficiales por Rusia no van de acuerdo con el pueblo alemán, y censuró el telegrama del Kaiser en Siracusa, manifestando al Czar que el duelo de Rusia (por la pérdida del Petropauloski) lo era también de Alemania. El canciller, conde de Bülow, le contestó diciendo que había interpretado mal el sentido de aquel telegrama, pues se trataba sólo de expresar un sentimiento humanitario por la muerte de tantos valientes, del cual participa seguramente la mayoría del país.

Era en cambio censurable aquella parte de la prensa que tomaba pie de esa catástrofe para estampar artículos y grabados en son de burla; más abiertamente contraria al mantenimiento de una sincera neutralidad (lo menos que debemos ofrecer á una nación amiga en guerra), le parecía la conducta de Bebel y los suyos, atacando sin piedad á Rusia, que la del emperador lamentando el accidente del acorazado.

Termina criticando las fantasías de la prensa francesa, singularmente del «Matin», que ante la falta de noticias, no sólo inventa á diario las más estupendas, sino hasta los planes capitales de cada ejército, sin perjuicio de tener que rectificar poco después unas y otros. Cree perjudicial para todos—excepto quizá para las cajas del periódico—esa forma sensacional de información.

NEUE BAHNEN.—Mayo.

Qué debemos aprender del Japón, por Gallenkamp.—Del trabajo publicado con este título en «Die Umschau», surgen interesantes consideraciones tocante al puesto que ocupan los japoneses en una esfera bien distinta de aquella en que hoy son objeto de admiración general. Convencidos de que siempre hay algo que aprender en los pueblos de civilización más adelantada, envían sus estudiantes é industriales á poblar talleres y universidades alemanas, se penetran de la vida é instituciones de este país, cuyas reformas en cultura y de índole social aspiran á implantar en el suyo según el modelo alemán, como lo han realizado en muchas cosas aun con mayor perfección.

Con todo esto, es más conocido el Japón en Alemania, de tiempo atrás, por los objetos de arte que á ella exporta en gran cantidad, y no sólo en el orden meramente artístico, sino en la especialidad que constituyen sus objetos de uso en la vida diaria, todos los cuales, hasta los más insignificantes, á pesar de no haber merecido por esta razón que las gentes se fijen bastante en ellos, llevan cierto sello genial que denuncia en quien lo posee una característica en vano buscada por Alemania durante muchos años para sus productos, á saber: saturar de arte su industria.

Porque no cabe negar que en este terreno estamos todavía muy atrasados, por más que sea nuestra convicción de ello un estímulo constante para tratar de remediarlo; pero se necesita, si ha de conseguirse, aprender de pueblos que alcancen mayor progreso artístico, como es indudable que sucede al Japón, cuyo arte maravilloso ha invadido todas las minuciosidades de la realidad.

Lo importante en la cuestión es que gran parte del trabajo empleado en Alemania para la fabricación de objetos, se hace por medio de máqui-

nas, mientras que los japoneses los construyen á mano, llevando de este modo á su obra el elemento personal, insustituible, que la caracteriza. Así lo han comprendido también muchos grandes industriales de Inglaterra, donde hoy reemplaza ya en gran parte el trabajo manual á la maquinaria, distando de ser esto un retroceso, pues no ha pasado en balde para el hombre el tiempo desde que empezaron á introducirse las máquinas. Además, han sabido los japoneses tomar de la naturaleza misma sus motivos artísticos, sin falsearla; antes bien, precediendo á la realización de cualquier trabajo un concienzudo estudio de ella; sólo así, observadores fieles de ese modelo estético constante, han podido llegar á una altura que es de envidiar hasta por quienes no ven de pueblo tan adelantado más que el color de su piel.

RUSAS, POR JULIÁN JUDERÍAS

NOWOI WIESTNIK INOSTRANNOI LITERATURI, ISKUSTWA I NAUKI.

El Imperio del Bogdokan y la política universal, por el Dr. P. Badmaief.—El autor del interesante artículo que á continuación extractamos, es una de las personas más capacitadas para hablar y formular juicios acerca de las cuestiones del Extremo Oriente, porque no sólo es perito en la materia por sus estudios y sus conocimientos, sino que su origen y el lugar mismo de su nacimiento en el Asia Central, revisten sus palabras de grande autoridad. El Dr. Badmaief es buriato, pertenece á una raza unida por estrechos vínculos á las demás de Asia, y muy especialmente á la mongola, y nació en la región del Transbaikal. Por esta circunstancia sus apreciaciones resultan mucho más interesantes que las de un sabio ó las de un político de gabinete.

China, dice el Sr. Badmaief, ha desempeñado un papel importantísimo en la política universal cuantas veces la han regido hombres enérgicos. Bajo la dinastía mongólica, los bogdokanes ó emperadores ejercían influencia en los asuntos del Japón, de la India y de Europa; bajo la dinastía mandchú la China se antojaba tan poderosa que los representantes de las potencias europeas hablaban al bogdokan puestos de rodillas. Por muy enérgicos y muy hábiles que hubiesen sido los mongoles y los manchues, el universo los hubiera ignorado por completo, de no ser dueños del Estado chino con 400 millones de almas. De igual suerte los chinos se ven en la imposibilidad de actuar libre é independientemente en la política del mundo por falta de hombres enérgicos que los acaudillen.

Es indudable que el siglo XX inaugurará una nueva era en la política universal. La dinastía mandchú, que actualmente reina en el Celeste Imperio, se extinguirá á la muerte de Tai-hu, emperatriz madre, y la consecuencia inevitable de este suceso será una lucha terrible entre los individuos de la familia imperial. Los unos acudirán al Japón, los otros á Inglaterra, los demás buscarán el apoyo

de los Estados Unidos, de Alemania, ó de Rusia.

La dirección suprema de la política universal estará en manos del Estado que estudie atentamente los asuntos interiores del Celeste Imperio.

La prensa europea y tras ella la rusa, no cesan de ocuparse del peligro amarillo, del peligro que entraña para Europa el panmongolismo. La historia demuestra, sin embargo, que este peligro no existe, que este peligro es una ilusión y nada más. Los europeos creen que los pueblos de Asia forman un todo compacto, y entienden que habiendo habido invasiones de hunos, de mongoles y de osmanlis, también puede haberla de chinos. Es preciso desconocer la historia para confundir á los chinos, tan civilizados y tan cultos, con los pueblos salvajes que acabamos de enumerar.

El peligro amarillo es absolutamente imposible como factor importante de la política universal y el panmongolismo es también un error; el Japón está demasiado aislado para que le sea fácil desempeñar en Asia el papel que se le atribuye. El Oriente budista, compuesto de mongoles, de tibetanos y de buriatos, mira al Japón con inferencia, y no lo comprenderá sino en el caso de que venza á Rusia, y de que, una vez vencida esta potencia, sepa adaptarse al modo de ser de estas tres razas, defendiendo con lealtad sus intereses, cualesquiera que sean.

Europa no tiene, por lo tanto, nada que temer de un peligro amarillo eventual ó del panmongolismo; la única potencia cuyos intereses pueden sufrir percances es Rusia, y eso, siempre y cuando tolere que se ejerza por un país extranjero, cualquiera que sea, una influencia activa é inmediata sobre el Imperio chino.

Es evidente que, hoy por hoy, Rusia es invencible en el Extremo Oriente, y que la temeridad del Japón al atacarla rebasa los límites de la prudencia más elemental. Son muy contados los que se dan exacta cuenta del verdadero estado de cosas en el Oriente mongol, tibetano y chino, y muy pocos también los que conocen los verdaderos motivos que impulsaron al Japón á declarar la guerra á Rusia. En 1895, cuandor se verificó la expedición japonesa á China, el Imperio del Sol Naciente era aún demasiado débil para atreverse con Rusia, por más que ésta fuese entonces cien veces menos fuerte que hoy en aquella parte del mundo, y el Japón ocupase, no solamente la península entera de Liaotung, sino la Mandchuría hasta Muckden. Durante estos últimos años ha progresado el Japón de un modo extraordinario, y, lenta, pero seguramente, ha sabido captarse las simpatías de los enemigos de Rusia en Europa, en Asia y en América. Ha organizado su Hacienda; ha desarrollado su comercio; ha inundado con sus productos nuestros territorios de Oriente; ha aumentado su flota y su ejército, y ha enviado como representantes suyos, cerca de las naciones de Europa y América, á hombres de reconocido talento y de probada energía, los cuales adivinaron al punto la importancia que el Celeste Imperio tiene y tendrá en la política universal, y no cesaron de aconsejar que se ejerciera sobre él la mayor influencia posible, y que se procurase por todos los medios imaginables debilitar á Rusia y disminuir su prestigio. La guerra con China la iniciaron los japoneses tan luego

como se persuadieron de que el Gobierno ruso quería construir un ferrocarril que pusiera á Vladivostok en comunicación directa con la metrópoli.

Es indudable que el objetivo de los japoneses no es Corea, sino China, y que la guerra actual no es más que el primer acto de una tragedia cuyas escenas acaecerán en el Asia Oriental desde Puerto Arturo al Pamir. El segundo acto será la ocupación del Tibet por los ingleses, lo cual acaecerá fatal é irremediablemente, dado el conocimiento que tienen de la región y la facilidad de la empresa. Dícese por algunos que los ingleses retrocederán en su política agresiva contra Rusia, ante el temor de perder la India como resultado final de aquélla; dícese también que los pueblos indígenas de esta región asiática acogerían con entusiasmo la llegada de las tropas rusas. Ambos conceptos son falsos, y provienen del completo desconocimiento de la política inglesa, cuyos elementos se dividen en dos campos opuestos, enérgico y audaz el uno, amigo de censurar y de indicar imaginables peligros el otro, sobre todo los que pueden proceder de la conducta de Rusia en las regiones próximas á la India En primer término, es necesario hacer constar que los ingleses han hecho inaccesible la India por el lado del Afganistan, y en segundo término, que, aun en el caso de que el ejército ruso lograse penetrar en el Penjab, forzando los pasos de las montañas fortificadas por los ingleses conforme á las reglas más perfectas del arte militar, no conseguirían jamás apoderarse de la región más rica de la India, cuyos puntos estratégicos están ocupados por las tropas británicas y defendidos por ellas con igual vigilancia que el mismo Gibraltar.

El doctor Badmaief cree que los ingleses demuestran en su política asiática una decisión que no revela el temor que puedan experimentar en lo referente á la India, y aconseja á los rusos que tengan cuidado con el desarrollo ulterior de esa política agresiva.

Los ingleses, dueños ya del Cachemir, donde penetraron por Occidente, tratan ahora de acaparar el Tibet, penetrando por el Este. El Tibet es la llave de Asia por el lado de la India, y desde allí se dominan las mejores posesiones inglesas del Indostán. Si logran dominar el Tibet, se apoderarán, *ipso facto*, de Ku-ku-noor y de Sichuang, una de las provincias más ricas de China, cuya posesión desean desde hace mucho tiempo. El Ku-ku-noor daría á los ingleses una autoridad muy grande en el mundo budista, desde el momento que allí están situados los lugares santos del culto de Buda, y el Sichuang les permitiría ejercer gran influencia en toda la China, por ser esta provincia el granero del Celeste Imperio y estar poblada por 80 millones de almas. Los ingleses tienen, por lo tanto, una idea muy cabal y muy completa de la influencia que ejercerían en el Ku-ku-noor, en Alla chang, en Mongolia, en Transbaikalía, en el Turquestán y en la Mandchuria, desde el punto y hora que dominasen el Tibet, y se esfuerzan en afianzar sus posiciones y en soliviantar el mundo budista contra Rusia.

El sueño de los ingleses se realizaría una vez que poseyeran las mencionadas regiones de Ku-ku-noor y de Sichuang, puesto que, considerando como suyo el valle del río Amari-

llo, no tardarían en unir, por un ferrocarril, Shanghai con Darjeling por Cheun-defu, capital de Sichuang, y Kham, en la parte oriental del Tibet. De esta suerte los 200 millones de habitantes del Indostán se unirían, bajo la protección de los ingleses, á los 200 millones de almas que pueblan el valle del rio Amarillo.

El doctor Badmaief es algo pesimista, pero al mismo tiempo no duda de que Rusia dispone de medios suficientes para afrontar las circunstancias, por difíciles que sean, con tal que acuda á tiempo y no se deje sorprender por el avance de los amarillos, dirigido secretamente por sus enemigos de Europa.

JOURNAL DLA WSIEJ.

Corea, por B. Simsky. – El inmenso continente asiático, que ocupa la vigésima parte del hemisferio septentrional, se halla dotado de una vida misteriosa. El calor del verano y el frío del invierno, ambos extremados, y las especialísimas condiciones del territorio, determinan allí movimientos atmosféricos de verdadera aspiración y respiración. La Corea, por más que esté rodeada por el mar, excepto por el Norte, se halla sometida á la influencia climatológica de Asia. Durante el verano reinan allí vientos templados por la proximidad del mar, los cuales acarrean frecuentes lluvias; durante el invierno sufre el influjo de los vientos helados de Siberia, resultando, en general, que su clima es frío, con grandes oscilaciones. Seul se encuentra á la misma latitud que Sicilia, y su temperatura media estival viene á ser la de Constantinopla, la de Italia Septentrional y la del Mediodía de Francia. En invierno, sin embargo, la temperatura media equivale á la del Sur de Rusia y á la de Berlín. El período de lluvias estivales es el más característico y el que más eficazmente puede interrumpir las operaciones militares. La lluvia suele ser tan fuerte, que arranca los puentes é interrumpe las comunicaciones aun en las cercanías de insignificantes riachuelos. El crecimiento de las aguas en el Yalú suele ser de 10 metros sobre el nivel ordinario. A esto hay que añadir las nieblas, muy frecuentes en los meses de Marzo á Julio, sobre todo en Chemulpo, y eficaces á dificultar grandemente la navegación.

El Continente asiático, no solamente es la causa determinante del clima coreano, sino que á él debe Corea su configuración vertical, como que está formada por dos sistemas de montañas perpendiculares, el primero que va de NE. á SO., y el segundo que va de NO. al SE. La base de todas estas cordilleras es la de Cham bo-Chan, situada en la Mandchuria meridional, cuyos montes alcanzan hasta 8.000 pies de altura, y constituyen una defensa natural contra las invasiones procedentes del Norte. El Chan-bo-Chan es un factor estratégico de primer orden, puesto que divide el teatro de la guerra actual en dos partes, independientes en absoluto una de otra. Lo mismo el avance de los japoneses hacia la Mandchuria como el nuestro hacia Corea, puede realizarse únicamente á proximidad del litoral, lo cual acrecienta la importancia de las flotas beligerantes.

Del Pek-Tu-Sang salen tres ríos importantes: hacia el N., el Sungari; hacia el NE., el Tumyn-Ula, que

orma el límite entre la Corea y la Mandchuria y entre ésta y Rusia; y, finalmente, el Yalú, que también separa á Corea de la Mandchuria.

La Corea es, por punto general, un país montañoso; sus paisajes son tan variados como pintorescos. Unas veces contempla el viajero montañas que destacan sus crestas sobre el cielo ó colinas cubiertas de vegetación; otras, amenos valles por cuyo fondo se desliza culebreando un arroyo de la montaña; otras, inmensas llanuras formadas por campos cuidadosamente cultivados. Aquí y acullá vénse pequeñas aldeas, constituídas por casas de barro rodeadas de huertas. Por doquiera se echa de ver la presencia del hombre, puesto que no hay campo sin arar ni tierra que no esté destinada á algún fin reproductivo, incluso en las montañas, allí donde parece imposible que pueda trabajar el labriego.

La situación geográfica de Corea parecía destinarla á convertirse en un país en sumo grado culto y poderoso; pero las condiciones históricas en que se verificó su desarrollo no fueron favorables. Su territorio fué teatro de luchas enconadas desde los tiempos más antiguos; sus mismos pobladores resultaron de la fusión de distintas razas, de la malaya y de la turca principalmente. De suerte que hubo de sucumbir, renunciando á la idea de independencia, reconociendo en el siglo XVII la soberanía de los emperadores manchues, que se habían apoderado de China, y sumiéndose en un sueño que ha durado tres siglos, gracias á las severas medidas adoptadas por sus gobiernos contra los comerciantes extranjeros y contra su propia marina mercante y de guerra, que fueron destruídas al mismo tiempo que se asolaban los territorios limítrofes de la Mandchuria.

Corea se hallaba, por lo tanto, con respecto á las demás potencias, en la misma situación que las princesas encantadas de que nos hablan los cuentistas, y lo mismo que ellas, hubo de asombrarse, al despertar, de cuanto la rodeaba y de sus mismos hábitos y costumbres. ¿Hay acaso país en el mundo donde se den casos tan extraordinarios como en Corea? ¿Donde los hombres lleven sombreros de un metro de diámetro, que no sólo no les ponen á cubierto de las inclemencias del cielo, sino que, por el contrario, han menester de protección contra ellas; donde los vestidos no se cosen con aguja é hilo, sino se pegan, y donde por doquiera se alzan monumentos proclamando las virtudes y excelencias de los más modestos é insignificantes ciudadanos? Costumbres son éstas que demuestran lo profundamente conservadores y rutinarios que son los coreanos y lo difícil que resulta despertarlos y despabilarlos. Todavía no se han hecho á los cristales de las ventanas, y cuando los usan los forran de papel; cosa frecuente es ver á los oficiales coreanos vestidos á la europea, pasearse jinetes en sendos corceles, cuya dirección entregan á un criado. La influencia de largos años de postración y de absoluta indiferencia, hacen que un pueblo naturalmente listo permanezca todavía en una somnolencia intelectual y económica.

Desde el punto de vista europeo, resulta casi incomprensible la manera que tuvieron los gobernantes de Corea de extinguir por completo las fuerzas económicas de su patria y todas las manifestaciones de la vida y del progreso. La flota comercial se

destruyó, se prohibió terminantemente la concentración de la riqueza en manos de individuos aislados, y para impedir todavía más el desarrollo natural y lógico del comercio interior, se dió á la moneda una dimensión y un peso tal, que hacían imposible las compras.

La paz y la ventura reinaban en Corea. Los campesinos, sin temores ni emociones de ninguna clase, cultivaban sus pequeños lotes de tierra sin máquinas, sin instrumentos, con las manos. El lazo de unión entre ellos y el gobierno lo constituían los funcionarios que tenían funciones administrativas, judiciales, religiosas y pedagógicas, y lo mismo cobraban los impuestos en especie que administraban justicia, abusando y castigando cruelmente, sin despertar por eso protestas en una población que consideraba aquellos hechos muy normales, comunes y corrientes.

En medio de aquel desorden, la actividad popular se reveló única y exclusivamente en la formación de poderosas asociaciones, cuyo fin era proteger una rama determinada de la industria, y de las cuales la más importante fué y sigue siendo la de los demandaderos, la más conservadora, la más reaccionaria, puesto que su importancia no tiene más base que el atraso material de Corea y la falta de medios rápidos de comunicación.

El sueño profundo del *país de la tranquilidad matutina* (nombre que dan los coreanos á su patria), se debía únicamente al estancamiento económico y debía terminar cuando éste cesase. El Japón representó entonces el papel que en los cuentos de encantadas princesas corresponde á los príncipes y á los caballeros andantes. A fines del siglo XVI ya se había establecido en Fusán, como único resultado de su proyectada conquista de Corea; pero en tales condiciones que no logró entablar relaciones comerciales, y hubieron de pasar tres siglos antes de obtener la apertura de Tusan, Gensan y Chemulpo (este último en 1883). Y cuando el Imperio del Sol Naciente, deseoso de proseguir su conquista pacífica, preguntó á China qué relaciones mantenía con Corea, los chinos contestaron, como tantas otras veces, evasivamente y sin afirmar de un modo ó de otro su soberanía sobre aquel reino.

Los Estados Unidos y las demás potencias europeas celebraron Tratados con Corea después del Japón; pero la influencia de éste fué más activa y más enérgica que la de ninguno, y merced á ella comenzaron los coreanos á persuadirse de la necesidad de una reforma radical de su patria. Se formaron partidos defensores del progreso y de la alianza con el Japón y partidos reaccionarios que defendían la alianza con China. De esta suerte se inició en Corea la lucha entre chinos y japoneses. El rey de Corea, cediendo á los ruegos de su enérgica esposa, la reina Min, se inclinó hacia los partidarios de las reformas, y acto seguido, el padre del rey, Te-Uen-Gunem, se alzó á la cabeza de los conservadores y obtuvo el poder; pero de allí á poco los mismos chinos lo hicieron prisionero, con objeto de atraerse la voluntad de la reina Min, como así fué. En 1884 los liberales trataron de alzarse también en beneficio de los japoneses, pero los soldados chinos derrotaron al destacamento de esta nacionalidad y castigaron cruelmente la intentona. El conflicto que estalló á consecuencia de esto

entre China y Japón se resolvió mediante el convenio de Tient-Sin (1885), en el cual se decía que ambas partes contratantes alejarían de Corea sus tropas, no enviarían allí instructores militares y se avisarían mutuamente en el caso de que la situación del reino hiciesen preciso el envío de soldados.

La paz que reinó durante los diez años que siguieron al de la firma de este Convenio, se turbó á consecuencia de un alzamiento campesino producido por los abusos de los funcionarios. El Gobierno coreano rogó á China que le ayudase á sofocar la insurreción mediante el envío de tropas, y el Japón las mandó también para conservar el equilibrio. Comenzó entonces una larga negociación entre los tres Estados, en la cual los japoneses insistieron en el reconocimiento de la independencia coreana y en la introducción de reformas. El 23 de Julio de 1894, los japoneses invadieron el palacio del rey de Corea, se apoderaron de la persona de éste y la obligaron á firmar un convenio de alianza entre Corea y el Japón, con el fin de expulsar completamente á los chinos del antes pacífico reino.

La guerra, que terminó con el tratado de Simonoseky, fué, como todos saben, una serie de victorias para el Japón, y los chinos hubieron de renunciar definitivamente á Corea; pero los japoneses no contaban con que sucesos posteriores, y entre ellos la ocupación de la Mandchuria por los rusos, iban á sustituir la influencia moscovita á la china en los parajes que tanto codiciaban.

Después de haber adquirido una influencia preponderante en Corea, el Japón no se detuvo en el camino de las reformas, por más que el éxito no coronase siempre sus esfuerzos, gracias á la mala disposición del país. Aun en la actualidad, los coreanos miran con profunda desconfianza á los reformadores, á los comerciantes y á los industriales, sobre todo cuando dan al traste con antiguas costumbres y pretenden alterar el modo de ser del campesino, razón por la cual aun contando los japoneses con el decidido apoyo de la población ciudadana, la población rural les odia, y esto constituye en la guerra actual un factor importante.

El 7 de Enero de 1895, el rey de Corea juró solemnemente introducir reformas en sus Estados, y estas reformas comprendían los siguientes extremos: absoluta independencia de Corea; establecimiento de un orden de sucesión á la corona; organización de los poderes á la moda europea; cobro de los impuestos aprobados previamente conforme á las leyes; envío de jóvenes al extranjero; selección de empleados, y separación de los poderes judicial y administrativo.

El 8 de Octubre de 1895 moría asesinada la reina Min, enemiga de las reformas, y su muerte hay que atribuirla forzosamente á los japoneses. A este acontecimiento siguió una reacción, y el rey, temeroso de unos y de otros, se refugió, el 11 de Febrero de 1896, en la Embajada rusa, permaneciendo en ella hasta el 20 de Febrero de 1897. Rusia y el Japón se pusieron entre tanto de acuerdo, y el 9 Junio de 1896 firmaron un convenio en Moscú, en cuya virtud ambos se comprometían á auxiliar á Corea, remediando sus necesidades financieras y encargándose de la creación de líneas telegráficas en aquel reino.

Llegó la época de la preponderan-

cia rusa. Los oficiales móscovitas se encargaron de instruir al ejército, y un consejero financiero de reformar la Hacienda; pero aquella situación no duró mucho tiempo, y muy pronto el club liberal independiente de Seul, sometido á la influencia japonesa, comenzó á difundir la idea de que los coreanos no necesitaban de ningún apoyo extranjero, al mismo tiempo que Rusia, después de ocupar á Puerto Arturo, y queriendo, sin duda, otorgar una compensación á los japoneses, retiraba á sus instructores y convenía con el Imperio del Sol Naciente en que no intervendrían en los sucesos de Corea, en que no enviarían instructores de ningún género á aquel país, sino después de un recíproco acuerdo. Rusia prometía, además, no impedir el desarrollo de las relaciones comerciales entre el Japón y su vecina la Corea. Desde aquel momento la influencia japonesa se hizo preponderante, por más que no reinase la paz ni la tranquilidad en los dominios coreanos. La guerra ruso-japonesa ha interrumpido este período, y uno de los primeros actos del Gobierno japonés ha sido firmar un tratado de alianza con Corea, en cuya virtud la dirección de la política, así interior como exterior del reino, queda en sus manos.

Pero ésta no es más que una mera relación de los incidentes diplomáticos ocurridos en Corea; la realidad es mucho más pintoresca, mucho más interesante; en la realidad aparecen intrigas de mujeres, influencias de eunucos y cortesanos, sobornos de funcionarios, conjuras y asesinatos. De todos estos hechos pueden deducirse dos cosas: la primera, que la política japonesa en Corea, con respecto á Rusia, fué en un todo parecida á la que observó con China hasta la guerra de 1895.

Corea, en sus relaciones exteriores, aparece á nuestros ojos como un país menor de edad necesitado de tutela, y ni el Japón ni las demás potencias se condujeron con arreglo al derecho internacional. Ni siquiera el Imperio Chino anduvo con ceremonias al ocuparse de Corea, cuya insignificancia como nación independiente es tan grande, que Rusia no ha creído necesario declararle la guerra en las actuales circunstancias. La tendencia constante del Japón fué la de que se reconociese á Corea como reino independiente para poder dominarla políticamente, lo mismo que ya lo hacía económicamente, merced á la emigración constante de japoneses, á la creación de Bancos y á la construcción de ferrocarriles y telégrafos. La situación de los coreanos resulta, por lo tanto, harto desagradable; ante ellos se alza el pavoroso problema de una revolución completa, radical, llevada á cabo por los japoneses, actuando de ejecutores del destino.

Las relaciones entre Rusia y Corea son insignificantes, casi nulas. El comercio ruso en aquel reino carece de importancia; el número de rusos allí residentes es escasísimo. Corea tiene para Rusia una importancia exclusivamente política; es una amenaza para el Japón. Por otra parte, la influencia japonesa ha hecho muy escasa mella en la vida coreana, porque es imposible cambiar el modo de ser de un país en quince ó veinte años. Corea carece de recursos y, por lo tanto, no puede desarrollarse ni civilizarse, como no sea contando con el dinero japonés, es decir, como no sea sometiéndose á su voluntad y resignándose á ser absorbida por él.

LIBROS RECIBIDOS

Cuentos malévolos, por Clemente Palma; prólogo de D. Miguel Unamuno.—Imp. Salvat y C.ª, S. en C.—Barcelona, MCMIV.

Rusia contemporánea, por Julián Juderías, ex agregado al Consulado de España en Odessa (Rusia).—Librería de Fernando Fé.—Carrera de San Jerónimo, 2.—Madrid, 1904.

La malinconia del Petrarca, por A. Farinelli.—Tip. dell'Unione Cooperativa Editrice.—Via di Porta Salaria, 23.—A.—Roma.

Les disperses, por Juan Maragall.—Publicació Joventut. — Plassa del Teatre, 6, entressol. — Barcelona, 1904.

Suplemento primero al Catálogo general de las obras de lance antiguas y modernas que se hallan de venta en la librería de Eugenio García Rico.—Horno de la Mata, 18.—Madrid, 1904.

Visiones de España, por Manuel Ugarte.—F. Sempere y C.ª, editores.—Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Física del amor, por Remy de Gourmont: versión castellana de Luis Ruiz Contreras.—Ediciones literarias y artísticas.—Madrid, 1904.

Socialismo individualista, por Felipe Trigo.—Librería de Fernando Fé.—Carrera de San Jerónimo, 2.—Madrid, 1904.

Madrid hace cincuenta años á los ojos de un diplomático extranjero; obra alemana anónima, escrita y publicada hacia el año 1854, traducida al inglés en 1856 con el título de *The attaché in Madrid* por otro anónimo, y de este último idioma al castellano por Don Ramiro, con un prólogo, notas y comentarios del mismo.—Librería editorial de Bailly-Baillière é Hijos. — Plaza de Santa Ana, 10.—Madrid.

Iglesias primitivas de Asturias, por Inocencio Redondo.—Est. Tip. de Angel A. Morán.—Toreno, 15.—Oviedo, 1904.

Recuerdos de mi vida diplomática: Misión ante la Santa Sede (1892), por Vicente G. Quesada.—Imp. de Jesús Menéndez.—Cuyo, 825.—Buenos Aires, 1904.

L'Italie littéraire d'aujourd'hui, por Francois Gaeta.—E. Sansot et C.ie, editeurs. — Rue Saint-André des-Arts, 53.—París, 1904.

Un romancier Flamand, Cyriel Buysse, por Víctor de Meyere.—E. Sansot et C.ie, editeurs.—Rue Saint-André des-Arts, 53.—París, 1904.

El libro de las tierras vírgenes, por Rudyard Kipling, traducido por Ramón D. Perés, con ilustraciones de José Triado.—Gustavo Gili, editor.—Consejo de Ciento, 285.—Barcelona.

Palavras sas, por João de Barros.—II.—Dentro da vida.—Coimbra, 1904.

La moneda castellana: Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. Antonio Vives, el día 7 de Julio de 1901.—Est. Tip. de la Viuda é Hijos de M. Tello.—Carrera de San Francisco, 4.—1901.

Trece composiciones á beneficio del hospital de Manizales (Colombia), por varios autores.—Guingue Salazar & Molina, editores.—1904.

• • SE PUBLICA • •
EL DIA 15 DE CADA ME

LA·LECTVRA

REVISTA·DE CIENCIAS·Y DE·ARTES·

Harvard College Library
Dec. 14, 1904
Transferred from
Harvard Law Library

Director: FRANCISCO ACEBAL
Administrador propietario: C. DE VELASCO

SUMARIO

La Quimera..... Emilia Pardo Bazán.
Notas de viaje: El Connecticut..... L. Cubillo.
Franz von Lenbach..... A. de Beruete y Moret.
El Teatro popular..... Enrique Gómez Carrillo.
La Exposición de Bellas Artes..... Leonardo Labiada.
Crónica internacional: Francia y Marruecos..... Joaquín F. Prida.
De Norte á Sur..... Francisco Acebal.
Arte..... L. L.

Libros:

Revue des cours et conférences..... Rafael Altamira.
Alrededor del delito y la pena, por C. Bernaldo de Quirós.—Doveri sociali dell' età presente.—Letture educative popolari, per Giovanni Vidari..... P. Dorado.
Las mujeres de Zola, por E. Gómez Carrillo.—El campesino gallego, por Prudencio Rovira.—El pulso de España, por Luis Morote..... Angel Guerra.
Rusia contemporánea, por J. Juderías..... C. Bernaldo de Quirós.
Los judíos españoles, por D. Angel Pulido..... Pascual Santacruz.
Madrid hace cincuenta años..... E. Gómez de Baquero.
Apuntes de una psicología científica, por José Verdes Montenegro..... Edmundo González-Blanco.

Libros recientes.

Revista de Revistas:

Españolas é hispano-americanas..... J. M. González.
Francesas.....
Inglesas y norteamericanas..... J. Uña y Sarthou.
Alemanas..... J. Ontañón.
Italianas.....
Portuguesas..... Luis de Terán.
Rusas..... Julián Juderías.

Libros recibidos.

AÑO IV. JULIO—1904 NÚM. 43.

Imprenta de A. Péros y C.ª, Pizarro 16

LA LECTURA

LA QUIMERA, POR EMILIA PARDO BAZÁN

HOJAS DEL LIBRO DE MEMORIAS DE SILVIO LAGO

Junio.—¡...Merece consignarse! La Ayamonte ha entrado en un convento.

Y ha sido de un modo original. Formaba parte de la expedición de automóviles—creo que la primera organizada aquí,—en obsequio á lady Mortimer, inglesa muy *smart*, á quien voy á retratar por recomendación de la Flandes, que empieza á lanzarme para mi futura campaña de Londres.—Dicen que Clara iba animadísima, con traje de *auto*, velo enorme y antiparras abultadas. Hasta aseguran que flirteaba con Donado, en cuyo vehículo hizo el viaje.

Donado batió el record; Lanzafuerte se quedó detenido en una venta, con averías, gracias que no en los huesos. Al llegar á Avila, término de la expedición, Clara subió á arreglarse; apenas llegaron los otros expedicionarios, salió sola y se fué disparada al convento de las Carmelitas. Parece que á prevención llevaba una carta del Obispo para la Superiora, y desde dentro escribió otras dos: una á su cuñada, expedicionaria también, para que no extrañase; otra á su padrino, despidiéndose. Por cierto que cuentan que está como loco el padrino. Ahí había algo más que padrinazgo.

A mí no me ha escrito la romántica novicia.

Encuentro de buen gusto no hacer aspavientos antes de realizar una determinación como esa; y me es simpático que Clara huya de las Ordenes modernas, no quiera ser de las monjas correnderas, que pisan con zapatos gordos, á las cuales nos encontramos en el tranvía y en el ferrocarril, y sabemos que cuidan á los viejos catarrosos ó se dedican á mora-

lizar á las criadas de servir, lo cual será muy santo, pero es pedestre. No: la pálida Ayamonte necesita el ambiente contemplativo, el misterio de las monjas reclusas, de huerto y coro. Su poesía lírica reclama este fondo, en que tanto hay de arte. He de ir á Avila sólo para mirar las tapias y las rejas del convento, donde probablemente por mi causa vive dichosa una mujer.

Sí señor; dichosa. ¿No tejemos la felicidad con el hilo de nuestros sueños? ¿No es el mundo quien rompe y mancha el tejido? Clara, ahora, libremente, extiende y goza la rica tela, que debe de parecerse á los bordados góticos de las casullas de Toledo (¡los he visto anteayer! ¡Vaya unos bordaditos!)

Envidio á Clara. *Se ha realizado.*—Por ahí no se habla de otra cosa. La gente anda desorientada. Sospecha, olfatea; pero en su egoísmo superficial, no ahonda.

Sentiría, la verdad, encontrarme con el Doctor Luz.

De todos modos, ¿qué reproche, qué acusación podría dirigirme?

He procedido bien; he rehusado una fortuna que tentaría á muchos; y sin embargo, no estoy tranquilo.

Fuerte lazo nos une á aquellos que padecen por nosotros. Líbreme Dios de tratar de ver al Doctor; acaso no vuelva á tropezarme con él en la vida; y sin embargo, él y Clara existirán para mí, con existencia más real que la de personas á quienes todos los días hablaré. Un hilo invisible, una corriente secreta va de mí á esos dos seres, en cuyo destino he influído tan activamente. Por eso me empeño en creer que Clara es feliz... en su convento, soñando.

Esto no es drama, sino pasillo de risa.

Estoy en el pináculo de la moda. El ahogado run-run relativo á Clara; el probable encargo de Palacio; el retrato de la Flandes—son causa de que se disputen la vez para posar las bellas. Las enemigas que tengo—la Camargo y la Calatrava,—en honor de la verdad, no se han ensañado, quizás porque el odio es una energía incompatible con las vanidades y futilezas. Me llueven encargos; tengo que engañar, como las modistas.

Con exigencia inmediata se me presentó la condesa de Imperiales, y el aplazamiento exaltó su antojo. Su amor propio entró en juego. Porfió, rogó, casi lloró, y yo, no sé explicar la causa, me aferré en no darla turno hasta dentro de dos meses.

—Si no puede usted retratarme en seguida—dijo ella entonces,—*por lo menos* véngase usted á almorzar conmigo mañana, en confianza enteramente.

Como voy siendo (lo noto y no lo puedo remediar) algo fátuo, se me figuró... Se hinchó más mi fatuidad, cuando ví que habíamos de almorzar en *tête á tête*. La Imperiales estaba alterada, nerviosa (eso lo nota siempre quien no es lerdo); apenas comía, hablaba salteado, sufría distracciones, y me devoraba con los ojos, á hurtadillas. Es mujer todavía guapa, morena, de tez limpia de artificios de tocador. Sobre su labio, un dedo de bozo la hace vulgar. Sospecho que el bozo este, que amenaza subirse á mayores con los años, ha tenido la culpa de que yo no la quisiese retratar pronto.—Estaba vestida con alta coquetería, con ciencia de lo que conviene á su tez; funda azul pálido muy incrustada de encajes rojizos rebordados de perlitas, entre las cuales flojeaban hilos de amortiguado oro. Dos pesados borlones bizantinos, de perlas verdaderas, colgaban de los remates de su estola.

Confirmó mis suposiciones el estudio de este traje. ¿Qué fué cuando, bebido el último sorbo de café, dada la última chupada al cigarro turco, se levantó, me hizo seña de que la siguiese, y atravesando salones suntuosos, me condujo á un gabinete en figura de rotonda, con cierre de cristales, que es una diminuta estufa llena de plantas raras? ¿Cuando vi que cerraba la puerta y daba dos vueltas, firmemente, á la llave? Por fortuna no cometí la ligereza de corresponder á tan extraña acción con hechos ni dichos, á mi parecer, adecuados. ¡Si lo hago, me luzco!—Apenas encerrados, la dama se volvió hacia mí, y con ademán expresivo señaló á una mesa. Miré, y distinguí hacinados un caballete, una caja de colores, tableros, rollos de papel, los chismes del oficio, nuevos, flamantes, muy buenos (me pertenecen ya, me los ha enviado al taller). En voz emocionada—voz que salía de muy hondo,—ordenó la señora:

—A sentarse, á retratarme ahora mismo, la luz es buena... ¡Sin objeción! ¡No la admito!

Mal repuesto de la sorpresa, empecé á presentar dificultades; absolutamente no podía; me esperaban en mi taller á las tres y media; me comprometía á volver pronto; daría á la Condesa, sin dilaciones, hora en mi casa, pues tal era su empeño... Pero ella, colocándose delante de la puerta en la actitud de la Valentina de *Hugonotes*, abriendo los brazos, echando lumbre por unos ojos españoles todavía muy flecheros, exclamó:

—¡De aquí no sale usted, así sean las cinco de la madrugada, mientras no me haya retratado! ¡Que no sale, he dicho! A menos que emplee la fuerza... A menos que me pegue...

La situación no era para tomarla por lo trágico. Mejor reir. Ella también reía, con enervante risa, que la obligó á sentarse, á secarse los húmedos ojos. No aproveché el momento para hacer girar la llave y zafarme del compromiso. Decidido, me instalé ante el caballete, busqué la mejor luz, preparé los trastos. En la vida hice retrato con más facilidad, ni en-

cajé tan seguramente, desde las primeras dedadas de color, la figura. La Imperiales, encantada, extasiada, repetía:

—No se preocupe porque hayan ido al taller y no le hayan encontrado. Mejor. Volverán más entusiasmadas al día siguiente. Las mujeres somos así. Yo, si usted me concede el retrato cuando fuí á pedirlo, ¡pchs!, ni me da frío ni calor... Desde que me lo aplazó hasta sabe Dios cuándo, le aseguro que me entró una especie de manía, un afán tan desmedido, que si no lo consigo creo que caigo enferma. No he sentido nunca, en los días de la vida, en *ningún caso,* emoción como al prepararle esta encerrona... Fíjese: los peluqueros y los modistos más insolentes, son los que más partido tienen y más caro cobran. ¡Hágase desear! ¡Remóntese...! Sea inaccesible... ahora que yo logré mi retrato!

— — — —

Tenía razón la antojadiza. Cuanto más impertinencia, mayor prestigio. Lo malo es mi pícara condición, mi incapacidad de ahorrar, por lo cual tengo que admitir trabajos que no me dan tono. No puedo, como ciertos modistos, escoger la parroquia. Ayer retraté (detestablemente) á una chamarilera, á quien debo aún mi Madona estofada y dorada. El retrato irá por la antigualla, y en paz. En la escalera se habrán cruzado la anticuaria, que bajaba los peldaños, y una cliente excepcional, embutida en el ascensor. Me la había anunciado la Flandes, que la trata mucho, y en casas remontadas he oído anunciar su próxima venida á Madrid. Es del número de las aves de paso, de primavera. Ahora procede de Sevilla; á Sevilla se vino desde París, donde reside.

Tiene aquí amigos de los más encumbrados esta María de la Espina Porcel.—Espinita, así la llaman.—Es andaluza por parte de padre, mejicana por parte de madre, parisiense por residencia habitual y gustos; yo la llamaría «la cosmopolita». Me anuncia su presencia un ruge-ruge de sedería, de volantes, picados y escarolados, un taconeo atrevido y menudo, un golpeteo de contera de sombrilla larga sobre el entarimado del pasillo,—y comparo esta entrada bulliciosa con la majestuosa de la Flandes, y la bocanada de jaquecoso perfume, compuesto de varias esencias, que penetra al mismo tiempo que Espina, al olor discreto de violetas, apenas perceptible, que la rica hembra exhalaba á cada movimiento de su señorial persona. No puede ser más vivo el contraste entre estos dos recuerdos.

Espina, desde el mismo punto en que se me aparece, es una revelación.

Se diferencia de cuantas señoras he retratado en América y en España; es la mujer de una civilización avanzada, refinada y disuelta ¿ó des-

compuesta? en la decadencia artística. Sobre un plantío de garbanzos, Espina surge como una de las más raras orquídeas que se cultivan en las estufas calientes. Y es que muchas veces me he dicho en mis soliloquios: —«¿Cuándo me veré lejos del garbanzal?»

El garbanzal es Madrid. La estufa, es París. París, simbolizado por Espina, acaba de metérseme en el estudio.—De fijo las madamas que antes he retratado visten en París igualmente: sus corsés, sus zapatos, su ropa interior, sus postizos, de París procederán: sin embargo, no son así, no son como Espinita... Al cambiar con ella las primeras frases de acogida y saludo, me ocurre que si mis pasteles pudiesen hacerse carne viva, carne sin músculos, sin venas, sin hueso, con nervios solamente,—una carne artificial—encarnarían en esta mujer. Percibo en ella, bajo su estilo ultramodernista y decadente, elementos de la mentira estética de otras edades. Sonríe como un Boucher y pliega como un Vatteau.

El efecto que me produce no se le escapa. Descifra mi contemplación y la interpreta como suele interpretar la vanidad del sexo. Crece su aplomo.

—¿Vengo á mala hora? ¿Espera usted modelo? ¿Tiene dada sesión?

¡Sí que la tengo dada! En mi *carnet* apunté para hoy los chicos de Jadraque, la señora del Ministro de Estado, ¡la propia Lina Moros! Y contesto apresuradamente:

—No importa. Ya lo arreglaremos.

No me dá las gracias. Sin duda halla natural que por ella quede mal con todo el mundo.

—Haremos—la propongo—un ensayo, un boceto, y me lo guardaré yo para mí; luego otro, destinado á usted, y si no queda satisfecha, cuantos desee.

¡Si lo sabe la baronesa de Dumbría, que me echa una filípica siempre que retrato gratis á alguna de estas «estrellas con rabo»!

Espina indica mohines, reverencias—entre burla y gratitud.

—Amabilísimo... ¿Empezamos?

Se instala frente á mí, en un sillón Luis XVI, forrado con tela de desvahidos tonos, amarillo y violeta. Emprende la operación de descalzarse los guantes. Son de esos guantes largos y flexibles que no tienen botones, que guantean dejando á la mano y al brazo soltura, acusando hasta las uñitas. La contemplo. Me acuerdo de Lina, y comparo. Esta no es un tipo de belleza; sus líneas no evocan reminiscencias clásicas. Hasta diré que no tiene líneas. La línea, en ella, es algo tan flexible y muelle como ese guante de tonos neutros, de corte facticiamente elegante, distinto del de la verdadera mano.

Mientras preparo los chirimbolos, Espina, con sazonada y picante menestra de frases, con indiscreciones y reticencias divertidas, va esta-

bleciendo entre nosotros comunicación fácil. Listo como soy para entender á media insinuación, la calo desde luego—y reconozco en ella á la criatura amasada de vanidad y capricho, pero infalible en estética femenil. La veo anestesiada para el sentimiento, y con histérica sensibilidad para el refinamiento del lujo delicado, del arte de vivir exaltadamente, agotando el goce. Sus ojos de color de aventurina, de contraída pupila, no sabrán llorar, pero ¡mejor! Me detallan implacables; me miran como la fierecilla á la presa. ¡Mejor, mejor! Desmenuzan mi taller y en él lo encuentran todo tan feo, tan menesteroso, tan ordinario... ¡Mejor! Así me afinaré yo también. Miradme, ojos perpetuamente exigentes y descontentos.

No es un traje, unos guantes, una armonía de exterioridades, lo que se me impone en mi nueva parroquiana. Es el espíritu de desencanto, de inquietud, de desprecio, de insaciabilidad,—es el ideal maldito que supongo en ella. Trajes, galas... Se las planta cualquiera; la superioridad no está en vestir como se viste en las decadencias, á lo bizantino y á lo arcángel; está en tener el alma ávida y exhausta á la vez que las decadencias forman.—Con Espina no sentiré los accesos del mal del retratista—el aburrimiento de la sesión.—Cada palabra, cada ademán, me irrita, me conmueve, me produce un sentimiento nuevo, no previsto.

Vuelve al día siguiente. Es cosa convenida que se despedirá á todo el mundo, con una sola excepción: el marqués de Solar de Fierro, á quien la propia Espina ha citado aquí.

Este señor, versadísimo en antigüedades, ha venido ya á mi taller dos ó tres veces cuando retraté á su nietecillo, prodigio de belleza. Pero ha de saberse que el abuelo es casi más guapo que el chiquillo. Con su cutis marfileño y rosado, de vitela ligeramente tocada de miniatura; con su plateada trova, enrollada alrededor de un rostro oval, sereno, esclarecido por ojos azules, limpios como los de los niños; con sus facciones de una precisión gótica, exquisita, de San José de retablo, es el marqués de Solar de Fierro otro objeto de arte, al cual el paso del tiempo ha comunicado esa gracia de distinción que nunca lo contemporáneo tiene. Viste el marqués con románticos dejos, del romanticismo extranjerizado, atildado, culto, intelectual, estilo Madrazo. Posee colecciones importantes y afamadas, y en las casas de anticuarios se le encuentra uno siempre; son las únicas *matinées* á que concurre; se sienta en las pacíficas trastiendas, en sillones de cuero sobado, y allí, tertuliando con los demás, tocados de igual manía, charla de recientes adquisiciones, de falsificaciones, de descubrimientos inauditos en algún poblachón, de groseros chas-

cos á los inteligentes,—las solas historias que le interesan. Todo entre el brasero y el gato, en calles solitarias del viejo Madrid. No conozco nada más garbancero que las reuniones de casas de anticuarios.

La amistad del marqués con Espina, de este arcaizante con esta modernista, nadie sabe de cuándo procede, y sobre su origen hay varias versiones. Unos dicen que el marqués, antaño muy Tenorio por lo fino, se entendió con la madre de Espina; otros, que Porcel, padre de Espina, sacó al marqués de graves apuros económicos. Lo cierto es que apenas llega Espina á Madrid, el marqués prescinde de sus tertulias de gato y brasero, se lanza al mundo, acepta invitaciones, se olvida del reuma y demás alifafes, y sale hecho un cadete. Verdad que las apariciones de Espina coinciden con la primavera.

Solos todavía la cosmopolita y yo, trabajo en adelantar el estudio de la cabeza. Es el primer retrato, el que proyecté boceto y está saliendo con todos los requisitos. Espina viste traje de calle, sencillo, gris: no consiento que deje de sombrear el dorado pelo la enorme ala del sombrero, de negro tul rizado. Guiñando los párpados, recogiéndome, la examino bien, me impregno de su forma y de su color. ¿En qué consiste su encanto?

¡Su cara, su cuerpo, pch! Sus ojos avellana, de estrecha pupila, ni son grandes ni muy luminosos. Su nariz respinga, delatando algún plebeyo atavismo. Su boca ya sonríe juguetona, ya señala un pliegue de tedio desdeñoso. Su pelo dorado no lo debe á la naturaleza, sino al peluquero, á botecitos de aguas y mudas. Afeite debe de ser también lo que presta á sus mejillas, hundidas imperceptiblemente, ese toque tan puro, esa idealidad de lo florido sobre lo nacarado, y á sus labios pequeños, carnosos, sinuosos y húmedos, ese tono de coral marino entre agua amarga —demasiado vivo, insolente.

Su ropa sólo se diferencia de la que gastan las demás señoras que me visitan, en que parece inseparable de su cuerpo. Se enrosca y ciñe con tal esbeltez á él, que en cualquier postura que adopte, los pliegues hacen olvidar la tela. Lleva las faldas muy largas; pero ni tropieza ni se atasca en ellas; las maneja con soberana maestría. Son tan blandos los tejidos y van tan fundidos en la tela los adornos, tan difumadas las degradaciones del color, que el gentil bulto parece terminar en una bruma, en la molicie de un jirón de niebla pronto á borrarse.

Las damas de Madrid llaman vestir bien á encargarse ropa cara y enfundarse en ella. Desde que he visto á Espina, se me descubre la mujer moderna, la Eva inspiradora de infinitas direcciones artísticas, agudamente contemporáneas.

En un descanso que ella misma reclama, saca de su escarcela de piel ceniza, toda cuaja de capitolinos de rubí claro y diamantes menudos,

una petaca y una fosforera de oro verde, decoradas con lirios de esmalte, primoroso modelo acuático. Pido las joyas para admirarlas y apreciar de cerca el lujo intensivo y exasperado que suponen. Hasta los cigarros son especiales: según me dice, se los fabrican en Egipto expresamente. Enciende uno y me lo presenta. Fumamos, risueños, libres por un instante del trabajo y de la *pose*.

La cachorra danesa, que dormía en un rebujo de tela antigua, sobre un almohadón desventrado, despierta en aquel punto, y se acerca, entre desperzos de á cuarta y ladridillos de queja mimosa, esos lamentos histriónicos de los animales privados cuando no se les hace caso á ellos exclusivamente. Echa la boca á la niebla que envuelve los pies de Espina, y empieza, á mordiscos y tirones, á destrozarla. Me precipito, cojo en brazos al animal, le doy un coscorrón.

—¿Qué haces, bobita?—exclamo.

—¿Es hembra?

—Por desgracia.

—¿Cómo se llama?

—No está bautizada aún.

Espina brincó del asiento.

—Ahora mismo la vamos á bautizar.

Y batiendo palmas de alegría, llamó á mi criado, le dió órdenes reservadas; yo, naturalmente, las adiviné. No me sorprendió ni pizca ver entrar un cuarto de hora después al muchacho, portador de una botella con cápsula dorada, y de dos copas anchas, sobre tallo fragilísimo de cristal.

No fué fácil la tarea del descorchado; faltaba corta-alambres y tirabuzón; nos divertimos con las dificultades, como chiquillos. Al fin el corcho saltó, hecho un rehilete, y fué á pegar en la misma nariz del retrato de Lina Moros—el famoso retrato vestido de terciopelo *miroir* amarillo.—Las carcajadas de Espina redoblaron, incoercibles.

—¡Estropeada la obra maestra!—gritó triunfante.—¡La gran obra maestra! ¿Y si la bautizásemos también?

Fué obra de un segundo. Según lo dijo, así lo hizo. Tomó la copa de Champagne, colmada, y en pleno la arrojó á la faz morena, al escote mórbido, á los ojos negros de la beldad. Me sentí trepidar de rabia; pero una mezcla de encontrados movimientos del alma me paralizó. Mi impulsión era tan brutal—como que se reducía á pegarle una bofetada á la señora,—que su misma violencia sirvió para contenerme. La noción relampagueante de las consecuencias de un acto tremendo, nos impide realizarlo. Muchos crímenes morirán así en capullo.—Casi instantáneamente, la reacción fué encontrar «chic» la enormidad descortés ¿Qué, después de todo? Rivalidades de mujeres; envidias... ¿quién sabe si algo más?...

—Es un experimento que hice—dijo acercándose á mí y presentán-

dome la copa llena de nuevo.—Se corre que está usted enamorado de Lina. Si fuese cierto, me hubiese usted matado.

Y, sirviéndose en la otra copa, mojó en ella los labios ligeramente, hizo un gesto donoso para indicar que la marca era detestable, y tomando en brazos á la cachorra, derramó por su cabeza y sus sedosas orejitas un chorro ambarino. El animal, al llegarle el vino espumoso y dulce al hocico, se estremeció primero y se relamió después.

—¿Y el nombre?—pregunté, subyugado.

—Bobita. Así la llamó usted antes... Bobita *for ever*.

Había terminado la ceremonia cuando entró el marqués de Solar de Fierro. La vista del retrato de Lina, churreteado, perdido, le hizo exclamar:

—¡Válgame Dios! ¡Buena me han puesto á la reina de las hermosas!

—¿Quién la conoce por ese apodo?—interrogó sardónicamente Espina.

—Mucha gente. Y nuestro joven artista ha consagrado su fama, retratándola seis ú ocho veces, por el gusto de estudiar á un modelo así.

—No han sido sino cuatro veces—protesté—y otras tantas he retratado á Minia Dumbría, que no es ninguna belleza.

—Y á mí, ¿cuántas me va usted á retratar?—preguntó Espina.

Rendido, murmuré:

—Las que usted quiera.

—¡Bah! Puede usted comprometerse. No tengo yo tanta paciencia para la sesión como la reina de las hermosas. ¿Cuatro pastelitos? ¡Eso, al repostero! ¡Estúdieme usted primero, ya que se le antoja, luego retráteme en serio una vez, si puede, y luego... frrrtttt! Aquí, por lo visto, á la gente la sobra el tiempo. En París vivimos más aprisa.

Sin duda con objeto de poner paces, el marqués nos propuso que fuésemos á almorzar á su casa. Vive solo; tiene buena cocinera, criado antiguo, ama de llaves, una grave dueña que pisa tácito. Aceptamos. El coche de Espina aguardaba á la puerta; nos llevó.

Teníamos un apetito aguijoneado por la novedad del convite. Fué escogida, discreta, la minuta. El servidor es viejo, rasurado, de facha sacristanesca, y la dueña tiene una cara de luna, tranquila, monástica. El comedor luce dos grandes lienzos de cacería de jabalíes, atribuídos á Pablo de Vos, con alanos despanzurrados y fondos intensos, jugosos, de troncos y verdura. Pocos platos colgados, pero esos pocos, según me explica Solar, se cuentan entre los rarísimos, hispano-árabes auténticos, por los cuales se pagan miles de pesetas. Uno sobre todo, el *Triunfo del Ave María*, me enamora con su reflejo desdorado y moribundo, de poniente, y la graci-

lidad de su lema gótico. Espina señala con la conterita de la sombrilla al magnífico ejemplar.

—¡Dicen que eso vale tanto! A mí me gustan más los cacharros que fabrican ahora en Dinamarca y Suecia. ¡Son unas porcelanas lindísimas con cambiantes como de nácar, y un diseño! Algo de original, algo de poético ¿eh? El plato antiguo español recuerda la escudilla. Basto, basto.

¡La que se armó! Creí que excomulgaba Solar de Fierro á la modernista. Se enzarzaron. Espina no se achicó; sostuvo su criterio con intrepidez. Todo es ahora, según ella, doble de bonito que en los tiempos de la nana. Lo antiguo tiene mérito... sólo por que se les antoja dárselo á cuatro señores. Por ejemplo... ¡vaya una decoración para comedor, esos perros destripados y esas fuentes de barro tosco! ¡Diéranle á ella plata cincelada inglesa, porcelana delicadísima de Sévres ó de Wegdwood, *terra cottas* de las que se ven en los escaparates de París, estatuillas de alabastro y jade incrustadas de pedrería, ninfas de *pâte tendre* danzando en rueda sobre el blanco mantel, muebles de una sencillez refinada, de unas hechuras cómodas, y retratos al pastel, elegantes, deliciosos!—El marqués, por último, apeló á mí.

—Yo, ni con usted, ni con usted—respondí señalando á derecha é izquierda.—Yo..., lo real... y nada más que lo real.

—¿Y qué es para usted lo real?—preguntó el arcaizante.—¿Llama usted real sólo á lo material? ¿No es real el sentimiento que preside á la labor, por ejemplo, de un misalista ó de un mosaista? ¿Considera usted real únicamente lo popular y lo záfio? ¿Es usted un realista de la carne, como Rubens; un realista del dibujo y del color, como Velázquez; un realista de la luz, como Ribera; un realista de la caricatura y del color local, como Goya? Porque hay cien realismos.

No supe qué contestar al pronto, y Espina saltó:

—¡Cien realismos, y todos horribles! Lo hermoso no está en lo real; si estuviese, viviríamos rodeados *naturalmente* de hermosura, ¡y sucede lo contrario! Lo más hermoso, lo artístico, es lo que se diferencia de eso que nos rodea cuando no nos metemos á arreglarlo. ¡Vaya con lo real! Si las mujeres anduviésemos como la Naturaleza nos ha hecho, seríamos hembras de monos. ¡Bah! De esto entendemos más que los hombres.

Quise romper una lanza por mi estética. Al hacerlo, pensaba:

—Hay flagrante contradicción entre lo que hago y lo que defiendo, y esta objeción tan fácil no se le escapará á Espinita.

En efecto, poco tardó en argüirme:

—¿Y sus retratos de usted? ¿Y esa Lina Moros tan ideal que nos presenta, con veinticinco años y la mitad de cintura? ¿No sabe usted la edad de Lina? ¿Cree usted en su pelo negro como el ala del cuervo? ¡Vamos, señor artista!

¡Qué hondamente mujer es esta mujer! La teoría no la conmueve: lo único que provoca su apasionamiento, es el hecho concreto, es la rival; y no la rival en el terreno del sentimiento, sino en el de la vanidad, campo de extensión infinita, más amplio que el corazón.

Bebido á sorbos el mejor café que he probado en Madrid, Solar quiere enseñarnos sus colecciones. Primero—estratagema—lo menos importante; dos retratos desglosados de la colección Carderera: Lope de Vega y Antonio de Solís, fronteros á dos copias de las clásicas getas de Quevedo y Calderón. En un recuadro, una especie de trofeo de la guerra de la Independencia española; litografías de heroínas aragonesas, caricaturas de Pepe Botellas y el ogro de Córcega. A mí esto me parece recoger... por recoger. No veo valor artístico.

Lo único de algún mérito es la reproducción de la estatua de Fernando VII, que fué derrocada en Barcelona, allá por los años 35. Alzábase la estatua—explica el marqués—en el centro de un jardín, y por esa actitud mandona del brazo y la violencia con que la derecha señala al suelo, dijeron los catalanes, en excusa de haberla derribado, que el tirano les ordenaba «comer hierba».

—Hicieron bien en derrocarle. A quien nos manda pacer...

—Sin embargo—objetó Espina con el airecito cándido que adopta á ratos,—el que puede pagarse el gusto de hacer comer hierba á los demás, no dude usted que... ¡Oh!

Indicó el gesto ponderativo que ya he sorprendido dos ó tres veces, y me avasalló, como siempre, su franqueza sin velos, su menosprecio de la humanidad.

Siguió el buen marqués graduando efectos y mostrando retratos, á mi parecer, todavía mediocres. San Francisco de Borja y San Ignacio de Loyola; mucho betún, mucho ascetismo, mucho españolismo... Por detrás de la cabeza romántica del coleccionista, Espinita me hace un impagable gesto de horror.

Luego, una madona dulzarrona, atribuída á Sassoferrato; una placa de bronce, esmaltada de oro, la puerta del Sagrario de las monjas Teresas. Esta empieza á interesarme. El marqués, con el acento misterioso de los maniáticos, secretea:

—Van á ver la cajita que rondé diez y seis años antes de llegar á obtener su posesión...

Con dedos respetuosos la saca de dentro de un estuchito y nos la presenta.

—Desde que nadie tiene el vicio asqueroso de tomar rapé, hay coleccionistas de tabaqueras... Desde que se acabó el heroísmo nacional, se coleccionan sus recuerdos...

En la tapa vénse incrustados en oro tres pedacitos de madera, y gra-

bada la siguiente inscripción: «Testimonio de hispánico valor. Carlos III. De la Estacada de Gibraltar, 30 de Setiembre de 1780.»

¡Diez y seis años! Reconozco en esta tenacidad el sello de las garras de la Quimera, la locura del coleccionista.—He oído hablar mucho del carácter y modo de ser del marqués. A veces atisba años enteros, rondándola con visita diaria, pretextada diestramente, una obra de arte para su colección. Se cuenta—no sé si en serio—que hizo creer á una solterona incasable que la pretendía con honestos fines, cuando sólo preparaba la adquisición de cierta magnífica medalla única de Jácome Trezo, conservada inmemorialmente en la familia, y que al fin cayó en poder de Solar. A esta tenacidad de cazador, á estos ardides de indio bravo, el marqués reune una memoria que es un cilindro fonográfico; memoria de persona de entendimiento limitado y recortado, de voluntad perseverante, reducida al deseo de cosas concretas y accesibles, semifáciles, de esas que ceden al esfuerzo paciente y diario.

Nos enseña después un retrato de Isabel II, en mármol, obra de escultor hábil y amanerado. Esta sí que es la «Inocente Isabel», tan querida de sus vasallos, la reinecita en la frescura de su juventud y su morbidez; y Solar, con sonrisa maliciosa de indiscreto triunfante, advierte:

—Recuerdo histórico de este retrato... Es dádiva especial de la Señora á D. Francisco Serrano Domínguez, el que había de arrebatarla el trono...

Retratos, más retratos, miniaturas, medallas, óleos, camafeos, de eminencias, de testas coronadas, de la dinastía borbónica (asusta pensar lo que la han retratado en este mundo); y á renglón seguido, una colección de relojes, desde Adán hasta nuestros días... Coleccionar relojes ha sido la manía más terca del marqués, la que le hizo desarrollar más diplomacia y arte. Reloj hay de éstos que lo ha cortejado, como á la cajita, años y años; era propiedad de un amigo; el amigo falleció. Con las primeras luces del alba, adelantándose á los prenderos, entraba Solar en la almoneda del difunto.

—En vez de corazón tienes esta saboneta—dice Espina señalando á una de forma cordial, toda incrustada de sergones, y cuyo tic-tac imita el latido.

El marqués sonríe y nos presenta, satisfecho, relojes libertinos, que ocultan, bajo un esmalte de asunto cándidamente pastoril, segunda tapa con escenas de sátiros y ninfas, desnudeces obscenas. Espina, sin asustarse, se encoge de hombros:

—¡Pch! ¡Desnudos! Hay desnudos infinitamente más correctos que el vestido. El desnudo no inquieta, ¿verdad?

La miro y compruebo la exactitud de su observación. Los maestros de las decadencias y las afeminaciones voluptuosas del arte consiguen sus

efectos con ropajes y paños. Ahí están los artistas del siglo XVIII, que no me dejarán mentir. El desnudo estorba para la picardía.

¿Acaso en los silencios expresivos, saturados de tedio, que guarda Espina cuando me da sesión, no he notado que el atractivo peculiar de esta mujer está en la ropa, en su habilidad para adaptarla al cuerpo, enroscar, ceñir y plegar la tela, incorporada, identificada á su persona? Revuelve y ondula tan bien las faldas, son tan cómplices los tejidos que la envuelven, que no se la figura uno, en las osadas figuraciones, sino vestida.

Bajo el ropaje de Lina Moros, su forma se exterioriza. En Espina no sé distinguir la forma de la vestidura. En esto debe de consistir el arte supremo.

El marqués, alzando una cortina de terciopelo bordada de seda y oro, nos hace pasar al último salón—el ojo del boticario. Aquí se guarda la espuma del Museo. Plata repujada realmente magnífica; jarras españolas (nunca las había visto) sobredoradas, cinceladas. Me deslumbran; parecen los vasos sagrados de los pintores venecianos en las Cenas y en las Bodas de Caná. Hay objetos con que nos ha familiarizado el arte, y que parecen irreales en la realidad. También me encantan las veneras de la Inquisición, de pedrería, cristal de roca y esmalte, y los grandes bandejones de plata del XVI, regiamente relevados á martillo. El dorado de tan bellos objetos es muriente,—una caricia para la vista,—y la labor un portento. En el tesoro de Toledo existe algo semejante. ¡Cómo se trabajaba entonces! ¡Qué fuerza, qué prolijidad, qué ciencia, qué técnica! Mis ojos se encandilaban y dentro de mí se producía esa dilatación del sér que acompaña á una modificación profunda de la sensibilidad. No me explico bien por qué la soberbia plata antigua de Solar me impresionó como no me había impresionado el Museo, á pesar de aplastarme de asombro. Tal vez el Museo, por su mismo caudal y por las diversas edades que abarca, es una cosa genérica, que no cifra determinado momento estético, mientras esta plata, en su esplendor, me echa encima del alma todo el siglo del Renacimiento, nuestro XVI, período heroico de nuestra nacionalidad, con las corrientes artísticas italianas. Nace en mí una nueva visión de arte; comprendo lo que no comprendía.

El marqués no cabe en sí de gozo porque me ve estático, y lo atribuye al mérito particular de *sus* bandejas y jarras, no á la idea general que me suscitan.

Espina, sin transigir, acentúa la expresión fría, inerte, de sus ojos color Suecia.

—Todo esto de plata—dice,—para las iglesias, muy bueno.

—De iglesias procede—declara el coleccionista.—Estas bandejas son de postular en las catedrales. Y aquí tiene usted—abrió misteriosamente un armario—algo que todavía huele más á iglesia.

Del armario (una antigua alhacena de sacristía) salió un piadoso y enervante aroma de incienso: dentro, en dos estantes toscamente pintados de azul, vislumbré tesoros.

Solar fué sacando un incensario maravilloso, guarnecido en derredor de un círculo de arcángeles con las alas plegadas y las manos unidas, una naveta, menos fina, una caja de óleos, un porta-paz que, según su dueño, figura en los grabados del catálogo Spitzer, y, por último, el ojo del ojo,—una medalla, como de una cuarta de alto, que encierra la efigie de Santa Catalina con su rueda.

—Es única—me dijo—no sólo por la perfección, sino por la conservación. Si yo no la hubiese encontrado donde la encontré (secreteo, balbuceo), temería una de esas sofisticaciones que se hacen en el extranjero con tal maña. Pero esta medalla tiene más probada su ascendencia que muchas casas que se precian de ilustres. Es tan singular, que yo le he formado un expediente, una probanza en toda regla. ¡Mírela usted! ¡Mírela usted bien!

La Santa me sonrió, fascinadora. Las elegancias de actualidad me parecieron viles ante la artística, suprema elegancia de la mujer engalanada por el orfebre, joyero y esmaltista del siglo XV.

Con ademán á la vez púdico y majestuoso, la Santa se recoge el manto verde oliva, franjeado por una orla de delicioso dibujo, en que alternan diamantes menudísimos y perlas imperceptibles, tostadas por los años. La túnica es azul, de unos azules tornasolados y cambiantes de acuática transparencia, que la visten como del agua dormida de solitaria fuente. La cabeza de la Santa ostenta ese tipo andrógino peculiar del Renacimiento: el pelo crespo y rizo acentúa la expresión altiva, heroica, del blanco rostro: á la garganta lleva una cadena de oro, rematada en pendentivo de perlas y esmeralditas. Las manos son un prodigio de dibujo y de modelado: su elegancia patricia al hundirse en los pliegues, la separación de los torneados dedos, su forma de huso—todo divino.—Sobre la frente algo bombeada, la ferroniera (adorno muy anterior á la época que se le atribuye, explica Solar), y bajo los reducidos pechos, un cinturón que es una filigrana. La palma, la rueda de desgarradoras puntas, milagros de ejecución. Tal intensidad de arte me deja aturdido. ¡Ahora que todo lo hacemos á toques, á brochazos! El marqués ve mi impresión y se baba del gusto de poseer tal preciosidad; sobre todo, «la envidia de Valencia de D. Juan» y otros aficionados que se pirran por la joya, le viene al paladar en onda de dulzura. Se relame, literalmente, y con señita confidencial me cita ante otro tallado armario. Abierto, veo dentro un casco de torneo milanés, una coraza nielada, repujada, cincelada, con mascarones, bichas, monstruos, dioses, diosas, héroes, esclavos que se retuercen bajo la cadena, mujeres de perfecto torso desnudo que terminan en caballos

marinos, centauros de pujantes riñones,—el cántico de la fuerza y del triunfo. Solar me dice:

—Desde que los asuntos que trata son pacíficos, el arte se afemina.

Espina fuma sin dignarse mirar al armario. ¡Lo ha visto tantas veces! ¡La tienen tan sin cuidado las antiguallas!

—¿No sabes—pregunta de pronto dirigiéndose al marqués—que llega esta noche Valdivia?

El interpelado, confuso, sonríe.

—Sí, ríete... Quisiera ponerte en mi lugar, á ver si te divertías mucho...

Nuevo guiño del marqués—ya inequívoco,—pues señala hacia mí, como diciendo: «¡Esta muchacha está loca! ¡Delante de un extraño!»

Ella hace un gesto de indiferencia fatigada—y murmura:

—Lago lo sabe, de seguro, por algún mala lengua... Y lo cree: á las malas lenguas se las cree siempre, porque siempre dicen verdad. ¿Niéguelo usted?

Yo, realmente, *no lo sabía.* Esta murmuración mundana no había llegado hasta mí. En la sociedad no se maldice tanto como cuentan, y además suele evitarse hablar de ciertas cosas delante de los advenedizos. Por otra parte, Espina, ave de paso, no suscita aquí las encarnizadas enemistades que inspiran las campañas de descrédito. Se la obsequia, se celebran sus adornos y su gracia exótica, y nadie tiene el mal gusto de colgarla moralejas. Esto me decía el coleccionista cuando Espina, malhumorada, acababa de despedirse, con rumbo á una partida de polo que en el Hipódromo se jugaba.

—Si yo no sé lo que pasa con esta chiquilla: tiene bula... Si otra hiciese las niñerías que ella hace... La pobre... Yo la defiendo á capa y espada, eso sí. Su marido es el sér más egoísta que usted conocerá: siempre paseándose por Bélgica, por Inglaterra, por Mónaco, á verlas venir, sin darla un céntimo para su ropa, cuando Espina al casarse era poderosa, opulenta, y ese tahur casi le ha disipado la fortuna. Para fin de fiesta, el majadero de Valdivia; un brasileño hijo de español, que tendrá el oro y el moro, conformes; pero que está gastado y hecho una plasta, y para ostentar su protección no vacila en ponerla en berlina, y para espiarla la sigue á todas partes... No: á ese, cuanto le suceda le estará bien empleado. ¿A qué se mete en aventuras?

Comprendo como si leyese en el pensamiento del coleccionista. Este no es padre clandestino; es un galán contemplativo por fuerza. Está furioso con Valdivia, de esos extraños celos que pueden existir sin amor, al menos sin lo que por amor se entiende. Yo tampoco estoy, ni estaré, enamorado de Espina, y sin embargo el amigo machucho que va á aparecerse me impacienta: daría algo bueno porque no hubiese tenido la ocurrencia de descolgarse en Madrid ahora.

Salgo de casa de Solar al caer la tarde. Paseo á la ventura por las calles inundadas de gentío. Como en Fornos, sin ganas. Sudo. pues hace bochorno, y al mismo tiempo experimento la sensación desesperante de incurable frialdad en el estómago. Plomo es en él la comida. Allá dentro debo de tener un glaciar suizo.

Y, sin saber por qué, tal vez por la mala disposición gástrica, me siento mortalmente triste. Lo vano de la vida, lo inútil del esfuerzo, lo deleznable de todo, hasta de las Quimeras sujetas por el ala, me cae encima, como losa. Salgo del popular café, salto á una manuela y digo al cochero:

—¡Vaya usted por ahí... por donde se le antoje! Hacia la Florida, hacia los Viveros. Donde no haga calor.

Las vías céntricas son un horno. La Puerta del Sol está envuelta en una especie de vapor rosado y ardiente, que parece el hálito de una boca juvenil. La concurrencia hormiguea. Voces, murmullos, jipíos que salen de los cafés, violines de ciegos, gritos de chicos pregonando los periódicos de la tarde, rodar de coches que cruzan apresuradamente, llevándose á las señoras retrasadas en el paseo y que regresan á sus casas con el apremio de vestirse para el Circo ó para la comida... La melancolía de las multitudes, entre las cuales se siente uno más abandonado, me asalta. Quisiera estar en las Mariñas de Marineda, á esta misma hora, cuando la campana de la parroquia de Monegro llama á la oración, y por los caminos se encuentra á los labriegos que vuelven del trabajo y saludan con un «santas y buenas noches»...

Se espesa la telaraña de hipocondría, según bajamos por la calle del Arenal, caemos en la plaza de Oriente, donde dan solemne guardia á la mole del edificio regio las barrocas estatuas de granito, y bordeando el costado de Palacio, bordeando á la verja de los jardines del Campo del Moro, descendemos hacia la ermita de San Antonio de la Florida, cuyos frescos acuden á mi memoria en este instante, como si los estuviese viendo á toda luz, según los ví. Al pasar ante la iglesuela, una luna resplandeciente y tibia, de verano, inunda la fachada y se derrama en olas de fluída blancura por todo el paisaje. Bajo esa luz siempre fantasmagórica, al paso, por orden mía muy lento, del desvencijado alquilón, los ángeles goyescos asoman, flotan, como formados de neblina y de claridad lunar, en vapores de plata, del blanco plata de los pintores. De toda la obra de Goya, en que la luz realiza juegos tan caprichosos y á veces tan finos como en el tapiz de la *Gallina ciega* y en el de la *Vendimia*, lo único esencialmente lunar—prescindiendo de sus terroríficas aguafuertes, que son nocturnas—me parecen éstas ángelas.

Las veo, con encarnaduras casi inmateriales á fuerza de delicadeza, vestidas de ropajes que, al igual de los de Espina, se ciñen con molicie

alrededor de formas gráciles, mucho más sugestivas que ningún desnudo; veo esa mezcla singularísima de realidad y de ensueño deliquescente que las ángelas ofrecen; veo que trepan al cielo, cándidas, leves, cuando son el pecado mismo, la suprema idealización del pecado, la mayor irreverencia que cometió jamás un artista; y veo sus cortos talles, en contraste con sus larguísimas, flotantes, abandonadas faldamentas, que las visten como de esas nubecillas azulinas ó violetas que tienden pabellón al disco de la luna. Al sentirme cercado de estos fantasmas de belleza enteramente actual, con la nota del sentimiento presente, empiezan á hervir en mí las impresiones del día, y noto una sorda angustia, una zozobra inexplicable, un tormento que se parece al mareo de mar.

Lo que se me marea es el espíritu. Mi enfermedad es la duda. Dudo de lo que siempre creí. Reniego, á pesar mío, de mi ideal estético.

Las ángelas desaparecen. Estoy en una calle muy amplia, de un pueblo antiguo, que no conozco. Se desarrolla á mi alrededor una procesión, precedida de música estruendosa. Desfilan pajes y heraldos, que llevan en almohadones una armadura de torneo, nielada, repujada, incrustada de oro, damasquinada, deslumbrante. Destacándose sobre el gentío, una gallarda figura altiva, de paladín, se eleva mirándome con calma orgullosa. Carlos de Gante, desviando con su mano prolongada y aristocrática la vuelta de su gabán aforrado en martas cebellinas, avanzando la mandíbula prognata, con el tusón de oro al cuello, ladeado el birrete cuyo airón prende rico joyel, pasa esperando que yo me incline y le salude hasta la tierra. El César va de pie sobre el carro triunfal, revestido de paños de seda, del cual tiran ocho mujeres en la flor de la edad, vestidas sólo de su hermosura y juventud. La escena no la ilumina la luna, sino el sol, un sol de victoria, que juega en las ópimas, trigales, destrenzadas cabelleras de las vírgenes que arrastran el carro de maderas preciosas, guarnecido de dorados bronces. Los balcones, llenos de gente, ostentan tapices. En pos del César se atropellan viejos vestidos de terciopelo; matronas enfundadas en brocado de plata, preso el cabello en red de perlas; niños rubios, de cabeza ensortijada, en cueros las carnes lácteas, una gorrita de terciopelo negro sobre los bucles; mancebos cuyos trajes acusan musculaturas viriles; panzudos burgomaestres de ondulosa barba y almenada toca; un obispo llevando en alto una cruz procesional de oro, esmaltes, gemas, capitolinos, de un trabajo de hadas —y detrás, monagos frescos y bellos, con el pelo en tirabuzones, sosteniendo bandejas de postulación de labor magnífica, en que fuertes romanos se apoderan de las Sabinas ó Faunos nervudos aprietan á las Driadas forestales. Y cuando se ha alejado el

cortejo, se ha callado la música, se ha quedado desierta la calle, un hombre muy hermoso, calvo, de serena frente ebúrnea, envuelto en túnica de lana armoniosamente plegada, se encara conmigo y me dice:

—Soy Platón. ¿No me conoces? La estética, soy yo.

¡Y acabo de ver pasar en hirviente oleada, en imperial muestra, el Renacimiento! Eso, eso, sólo eso—era el arte. No haremos nada que á eso se parezca. ¡Miserables de nosotros! Dibujo de atletas; modelado de escultores; colorido que es la sangre y la carne transportadas al lienzo; en el más sencillo objeto de uso, la vencedora hermosura, y por cima de todo, la expansión victoriosa, el himno... Una voz mofadora me susurra: «¿Cuándo has podido pensar que cabía belleza en una labriega de pies descalzos, maculados de negruzca tierra? ¿En el tiznado minero? ¿En la muchacha tísica, moribunda en el hospital?

«Dame ropajes de terciopelo y brocatel, cadenas refulgentes, nucas pujantes, formas estatuarias.

»Dame el cortejo de Baco, su carroza de tigres.

»¿Qué es la Naturaleza? ¡Un concepto abstracto! ¿Y tu ensueño de interpretarla fielmente? ¡Una vanidad! ¿La has de interpretar según es en sí? ¿Y cómo es en sí? ¿La has de interpretar según la ves? ¡Entonces ya la interpretas en ti!

»Y si la interpretas según la ven los maestros, lo que haces buenamente es pisar la hierba pisada.

»Ríete de esa naturaleza pura.

»Mira este glorioso irradiar de helénica alegría que el Renacimiento derramó en el mundo.

»Ten sangre, ten músculos, sé insensible al dolor, sé estoico.

»Sólo hay un objeto digno de la vida: la victoria.

»Sólo hay una fe digna del que no nació con alma de siervo: la sabiduría antigua, la más alta.

»No seas de estos cobardes vacilantes de la presente generación, impregnada de la mujer, de su piedad, de sus lágrimas, de su histeria.

»Sé varón. Te lo ordena el Renacimiento.»

Entretanto, el coche, rodando despacito, me conduce á los Viveros, y echo pié á tierra, y me pierdo entre las frondas en flor, envuelto en el aroma penetrante, embriagante, de las acacias.

Una mujer viene á mi encuentro ¡Espina, Espina! Arrastra un traje

de gasa, de incierto matiz, de esos matices afeminados que la moda ha bautizado con el nombre de *colores pastel*, tales son de tenues, como suavizados por un dedo de artista. El traje, sin embargo, es lo más atrevido que he visto nunca. Porque, bajo la gasa, Espina lleva un viso nacarado, de transparencias misteriosas. Sobre su rubio y fosco pelo, una original capelina de la misma gasa, orlada é incrustada con idénticos encajes, vaporosos y caídos, como ablandados por la negligencia, por la languidez.

»¿Qué tal?—pregunta la deliciosa aparición.—¿Le gustan á usted mucho los señorones vestidos de reyes de baraja? ¿Las mozallonas indecorosas de calcañales recios? ¿La carne? ¿La sangre? ¿La mitología? ¿Todavía no está usted enterado de lo que es bonito, hombre? ¡Es usted un pedazo de estuco! Debía de estar ya desasnado; creí que tenía usted temperamento artístico verdadero, no como el del pobrecillo marqués, que confunde lo hermoso con lo rancio. Hoy se hacen cosas más encantadoras que nunca. ¡Afínese usted, afínese; aprenda á mirar. Lo natural es un mote con que se tapa lo grosero ¿De dónde saca usted que lo natural, por ser natural, ya es bello? Al contrario, tonto, al contrario. Lo bello es... lo artificial.

»¿No soy bella yo?

»Pues en mí lo natural no existe.

»Soy una civilización entera, que ha infundido á lo raro, á lo facticio, la vibración del arte.

»Mi pelo es tintura, mi húmeda boca es pintura, mi atractivo no es la exhibición de mi cuerpo, sino el saber recatarlo como se recatan los misterios de los santuarios.»

Angustiado creyente á quien se le derrumba el ara de su fe, exclamé lanzándome hacia la cosmopolita:

—¿Dónde está la verdad?

Ella respondió:

«—En ninguna parte. Todo es apariencia, ilusión, desfile de sombras chinescas sobre las paredes iluminadas ó lóbregas de nuestra alma.

»Todo cambia, nada persiste, y lo que ya profanó la admiración del populacho, no merece ni la mirada del artista.

»Las opiniones, los sentimientos de la multitud, ignórelos usted. Las sensaciones sencillas y francas... á los mozos de cuerda. La sensación hay que pasarla por alquitara, destilarla y oscilar entre ella—pero exquisita y sobreaguda—y el negro tedio que nos encamina á la realidad antiestética de la muerte...»

- - - - - -

Un sudor de fatiga corre por mi sien; se me figura que me llaman apresuradamente, desde muy lejos, en tono del que avisa un peligro...

—¡Señorito! ¡Señorito! ¡Anda, se ha dormido como una piedra! ¿Se baja aquí, señorito, ó vamos á seguir?

Despierto sobresaltadísimo, me froto los ojos, no entiendo ni respondo en un minuto.

Estamos ante la puerta de los Viveros. La luna me baña en pleno la faz.

—No, no me bajo...

Y doy las señas de mi estudio.

(Se continuará).

NOTAS DE VIAJE: EL CONNECTICUT, POR L. CUBILLO.

El Connecticut, uno de los Estados más industriales de la Unión Americana, formaba, con los actuales de Massachussets, Rhode Island, Vermont, New Hampshire y Maine, el territorio entre el Canadá y New York, que se conocía con el nombre de Nueva Inglaterra. Fué uno de los trece que, en un principio, constituyeron los Estados Unidos de América, luego que por la declaración de independencia y al redactar la Constitución, las antiguas colonias se convirtieron en Estados autónomos, ligados por lazos tan flojos y con derechos tan soberanos, que más bien parecían independientes.

Le da nombre el Connecticut, que en lengua de los indios significa río largo, y es, en efecto, el más importante de la Nueva Inglaterra. Con su origen en los montes que separan el New Hampshire del Canadá, á unos 500 metros sobre el nivel del mar, va á verter sus aguas al Atlántico en el brazo de mar llamado «Long Island Sound», después de recorrer más de 140 leguas, recibiendo las aguas de numerosos afluentes, haciéndole tan respetable que á unas 20 leguas de su desembocadura tiene un ancho de más de 300 metros y una profundidad que permite subir los vapores de tres metros de calado. Sus periódicas inundaciones primaverales fertilizan el valle, que produce afamado tabaco. De escaso relieve son las cordilleras del Connecticut, que forman bien definidos sistemas; no hay en ellas picos cuya altitud exceda de 300 metros. Devastados sus bosques sin compasión, una mejor inteligencia de la selvicultura hace que en la actualidad se ponga más cuidado en la explotación, y que la repoblación se verifique acomodando las plantaciones á la naturaleza del suelo y condiciones climatológicas.

El Connecticut representa, á nuestro juicio, el tipo medio de los Estados de Nueva Inglaterra; ni tan poblado y rico como el Massachussets, ni con tan escasos habitantes como los de Vermont y New Hampshire, con una industria tan florecientísima, con instituciones escolares muy bien organizadas, con su Universidad de Yale que, si no es tan renombrada como la Harvard, lo debe no á que sea inferior á ésta en métodos de enseñanza y fama de los profesores, sino á su carácter más democrático, opuesto al marcadamente aristocrático de la primera, con un siste-

ma de prisiones modelo, sin ciudades de extraordinaria población, parece muy á propósito para el estudio de ciertos aspectos de la vida americana, si bien con la impresión ligera que da una corta visita, al pasar.

Conocidísima de todos es la expedición del «May Flower», inmortalizada en libros y cuadros; partida primero del Delft, en Holanda, y arribaba á las costas inglesas, salieron de Plymouth los peregrinos el 6 de Setiembre de 1620, en número de 101 personas, de todos sexos y edades, y avistaban á las costas americanas en 9 de Noviembre siguiente. Eran los llegados hombres en quienes el sentimiento religioso estaba arraigadísimo; hombres que habían preferido abandonar las comodidades de su patria, por no someterse á las leyes religiosas de Isabel y Jacobo I. Bien acogidos de los holandeses, no creyeron que, á la larga, les había de ser beneficiosa la estancia en los Países Bajos; veían con dolor que un pueblo, luchando aún por su religión é independencia, se había relajado en el ejercicio de aquélla, y decidieron fundar en las vírgenes tierras de América una sociedad en la que pudieran satisfacer sus anhelos religiosos, libres de toda traba, exentos de toda autoridad. No es ahora ocasión de seguir paso á paso el crecimiento de aquella exigua colonia, de su unión más tarde con los establecimientos de Massachussets Bay, fundados por la Sociedad de este nombre; pero sí importa el hacer resaltar cómo aquellos hombres que tanto abominaran de la tiranía religiosa de Isabel y Jacobo I, que con tanto empeño habían reclamado el derecho de tributar culto á Dios, según los dictados de su conciencia, al redactar su primer código constitutivo, el contrato que antes de desembarcar firmaron, y más tarde, en el desenvolvimiento de este contrato, llevan al estrechisímo espíritu de intolerancia, más acentuado, más implacable que el de los soberanos ingleses, investidos de la suprema autoridad religiosa. En 1631 promulgan una ley, en cuya virtud nadie podrá ser miembro de aquel cuerpo político si no pertenece á alguna de sus iglesias, y más adelante, extremando estas ideas, se resuelve que sólo los miembros de las iglesias podrán tomar parte en la administración del gobierno civil ó tener voto en cualquiera elección.

Aseguraron definitivamente con semejantes medidas la ascendencia del clero, pues nadie sería propuesto para miembro de la Iglesia si el ministro ó pastor no daba su consentimiento. En todas las materias de alguna importancia eran éstos consultados, y logrado que hubieron la completa uniformidad de las iglesias, dieron el paso que era lógico, la persecución de cuantos no se acomodaban á aquellas prácticas religiosas. Los fundadores del Connecticut gozaron fama de ser los más fanáticos puritanos

de la Nueva Inglaterra. Corrió por la Metrópoli, á fines del siglo XVIII, un libro escrito por un clérigo de la Iglesia Episcopal inglesa, titulado «The Blue Laws of the Connecticut», que fué aceptado como la expresión fiel de la legislación de aquella Colonia. Entre los preceptos, son notables los que regulan la observancia del domingo: en este día, el paso para dirigirse al templo ó volver de él, será solemne y acompasado; en igual forma se paseará por el jardín; las madres no podrán besar á sus hijos, ni se hará la cama, ni arreglarán las pelucas, ni por supuesto se emprenderán viajes. Una crítica imparcial ha puesto en claro que el tal libro, venganza del clérigo Peters, estaba escrito con notoria exageración. Los puritanos sajones, huyendo de la tiranía religiosa de sus naturales soberanos, al fundar las nuevas sociedades americanas no intentaron siquiera desprenderse del espíritu fanático é intolerante que animaba á los hombres todos del siglo XVII: creyéndose en posesión de la verdad, y, por tanto, con arreglo á las ideas de la época, obligados á hacerla prevalecer por todos los medios á su disposición, rechazaron de entre ellos, juzgaron indigno de tomar parte en los negocios de la comunidad á quien no era miembro de su misma iglesia. Manera de ser común á todos los hombres de aquella época, lo mismo católicos que protestantes, y doctrina profesada con tanto más entusiasmo, cuanto mayor era el sentimiento religioso.

Así, aun cuando en el libro de Peters se ve la exageración burda, no es menos cierto y positivo que en el Connecticut, la falta de asistencia al templo en el día de precepto tenía una sanción penal, consistente en multa de no escasa importancia para la época. Y esta ley no fué abolida hasta 1770, cuando ya la tolerancia religiosa había tomado carta de naturaleza en las Colonias. Contraste singular formaba la de Rhode Island, Estado hoy del mismo nombre. Huyendo de la tiranía religiosa del Massachussets, de las disputas originadas por el antinomianismo, los fundadores, en número de diez y ocho, desterrados por la Asamblea general, adquirieron, aconsejados por Mr. Roger Williams, tierras de los Indios, y establecieron una verdadera sociedad democrática, confirmada por la Carta ó Fuero Real que les fué otorgado en 1643.

Con razón sobrada reclama Mr. Williams la gloria de ser el primer legislador que estableció en aquel siglo, completa, absoluta libertad de conciencia. Adoptó esta Colonia, como principio fundamental de su legislación, el siguiente: todo hombre, sometido pacíficamente á la autoridad civil, tiene derecho á tributar culto á Dios, según su conciencia, sin que pueda ser en lo más mínimo molestado. Fiel á este principio, cuando Rhode Island fué invitado por las otras colonias á concurrir en las medidas contra los cuákeros é impedir la propagación de sus doctrinas estimadas como perniciosas, respondióles la Asamblea general que Rhode

Island no se apartaba, por nada, del principio fundamental de su constitución, que garantizaba la libertad religiosa.

Los colonos de Nueva Inglaterra, con excepción de los de Rhode Island, animados de aquel estrecho espíritu protestante, veían en la Biblia, y especialmente en el Antiguo Testamento, el libro por excelencia, fuente perenne de inspiración, no sólo en materia religiosa, sino en todo cuanto se refería á la organización de la sociedad civil. Así los fundadores de New Haven, en su convenio fundamental de 4 de Junio de 1639, declaran que las sagradas escrituras ofrecen reglas perfectas para el gobierno de las sociedades, y se comprometen, en consecuencia, á aceptar la legislación basada en los Libros Sagrados. Los hombres de la Reforma en los siglos XVI y XVII, los que habían adoptado sus principios por inspiración de su conciencia, no guiados, como los soberanos de Inglaterra ó de Alemania, por motivos políticos ó de otro orden, consideraban á la sociedad civil de origen tan divino como la religiosa. Creían que la revelación divina, como se contenía en la Biblia, abrazaba los principios por que debían regirse ambas instituciones.

Un pueblo, en nuestros días, que ha merecido las simpatías de todo el mundo por el tesón admirable con que ha defendido su independencia frente á la poderosa Inglaterra, profesaba, en su inmensa mayoría, las mismas ideas que los puritanos ingleses del siglo XVII. Para ellos también la Sociedad civil y la religiosa tenían el mismo origen divino, y para ellos también la Biblia era el libro que lo mismo ofrecía satisfacción á su espíritu religioso, que argumentos en apoyo ó en contra de determinadas medidas de gobierno. Es muy posible que en los puritanos ingleses se hubiera conservado semejante espíritu sectario, si hubieran vivido como los boers, tan apartados de toda comunicación con los países civilizados, y con tan escasa cultura. Pero los puritanos de la Nueva Inglaterra cedieron, lentamente eso sí, pero al fin cedieron de sus intransigencias y tiranía religiosa, y ya en 1691 se concede libertad de conciencia á todos, excepto á los católicos. Los últimos restos de la intolerancia desaparecen al fin con la guerra de la Independencia, y la promulgación de las Constituciones, y la libertad religiosa más amplia y completa se incorpora al derecho público Americano, y desde entonces impera, no sólo en las leyes, sino en las costumbres y las conciencias, un espíritu de tolerancia para todas las opiniones, que ya le quisieran para sí los pueblos latinos. Hoy día, de los seis Estados de la Nueva Inglaterra, en cinco el número de los católicos excede al de cualquiera de las sectas protestantes: congregacionistas, como son ahora llamados los miembros de las antiguas iglesias puritanas, los episcopales, baptistas, metodistas, cuákeros, etc., etc. Y bien orgullosos que se muestran de ser los primeros y de celebrar en sus iglesias esplendorosos cultos, y sus escuelas confesiona-

les son un modelo en aquel país, donde la instrucción está tan adelantada. Nadie como Nathaniel Hawthorne ha dado una idea tan acabada de lo que fueron los puritanos, fundadores de la Nueva Inglaterra. Descendiente de uno de los primeros llegados á las costas americanas, y de uno que era como el representante más genuino y completo de su espíritu sectario é intolerante transmitido en el mismo grado á su hijo, perseguidor encarnizado de cuákeros y otros disidentes, parecía el más indicado para pintarlos tan admirablemente como los pintó en aquella obra magistral de su genio «The Scarlet Letter». En sus páginas de fluído elegante, incomparable estilo, digno de los grandes maestros de la prosa inglesa, Addison, Lam Maccaulay, y en el que transciende el dominio de las lenguas clásicas muertas, nos ha dejado retratados á los rígidos y sectarios puritanos, de espíritu estrecho, castigando con tortura moral la falta de una mujer joven y hermosa.

El análisis de los sufrimientos de esta desgraciada mujer y de su amante, un joven, elocuente y respetado Ministro de aquella congregación, constituye profundo estudio psicológico de altísimo valer.

Hartford, población de unos 80.000 habitantes, es la capital del Connecticut. Asentada en la orilla occidental de este río, y fundada en 1635; arriban hasta ella los vapores de mediano calado, aunque dista 90 kilómetros del mar. Ciudad comercial y de gran industria, sus banqueros y hombres de negocios se han dedicado con preferencia á la formación de Compañías de Seguros. Monopolizando el negocio del tabaco, que en el valle del Connecticut se produce, la mayor parte, si no todas las fábricas de este valle, tienen sus oficinas centrales en la ciudad. En extremo culta, cuenta con numerosas instituciones de enseñanza y no pocas bibliotecas. Su antigua escuela de gramática, fundada por los primitivos colonos de Hartford, ocupa hoy edificio de noble arquitectura. No menos bellos son los seminarios de la Iglesia Episcopal reformada y de los Congregacionistas. Y no son sólo los edificios destinados á la enseñanza los que se destacan por su belleza; sobresale, desde luego, el Capitolio, de fecha reciente, una de las pocas construcciones públicas en que los modernos arquitectos americanos han ensayado el género gótico. En el medio de la ciudad, asentado sobre una ligera elevación, de estilo gótico moderno, de mármol blanco, profusamente decorado en su interior y exterior, levanta su linterna central, híbrido compuesto de campanario y media naranja que destruye el artístico conjunto del edificio. De otros públicos también se ufana Hartford: la casa de la ciudad, antiguo palacio de Estado, de estilo dórico, el hospital municipal, el asilo de huérfanos, la biblioteca del Es-

tado: el palacio Federal, en el que radican las oficinas de Correos, las del tribunal, etc., etc.; de gran mérito son también varios edificios privados. Ciudad, en general, admirablemente edificada, tiene, como sus similares de la Unión Americana, una parte central consagrada á los negocios, donde se hallan establecidas los bancos, las oficinas públicas y privadas, los comercios, los periódicos; el Parque de Bushnell, con el Capitolio y el indispensable Monumento á los soldados y marinos muertos durante la guerra civil; las fábricas. Luego, á continuación, fuera de todo esto, se extienden largas, interminables calles, que mejor pudiéramos llamar paseos, formadas por hoteles de más ó menos gusto, pero, en general, no desprovistos de alguna belleza, cada uno vivienda de una familia, precedidos y rodeados de jardín, pero sin vallas de separación entre unos y otros, atestiguando así el respeto que en general hay en los Estados Unidos á la propiedad.

En una de estas hermosas avenidas, admirablemente cuidadas, se alza la Catedral católica, flanqueada por dos edificios: la residencia del obispo y las escuelas.

A ciento noventa kilómetros asciende el desarrollo de sus calles, y á unos setenta el de las líneas de sus tranvías eléctricos, cuyos carruajes de invierno son, sin disputa, de lo más perfecto, con calefacción también eléctrica y doble vestíbulo en cada testero, que aislan por completo el interior del exterior. No puede ser más frecuente el servicio en las tres secciones principales; en dos de ellas, parten de la central 29 carruajes por hora; en la tercera, 37.

Admirablemente hecho está el servicio de la policía, aunque son contadísimos los agentes que se ven por las calles; de tan buena presencia como lo son, en general, los de las ciudades inglesas y americanas, su educación y su uniforme son irreprochables. Bien pagados, cada individuo disfruta un sueldo de 1.000 dollars anuales, un poco inferior al que gozan por término medio los maestros de escuela del mismo Estado de Connecticut. Los agentes, que reciben una instrucción completa de su cometido y deben conocer los rudimentos de las leyes, tienen, para ejercitar su vigor físico, un gimnasio de primer orden; en su cuartel, centro á la vez de todos los servicios policíacos, cárcel para los detenidos preventivamente y Tribunal donde se ven todos aquellos asuntos criminales cometidos en el término municipal de Hartford, y cuyo castigo no exceda de seis meses de prisión ó 200 dollars de multa. El Tribunal de policía, que está compuesto de un juez con 1.800 dollars, un fiscal con 1.600 y un escribano con 1.100, se constituye todos los días á las nueve de la mañana y no se retira hasta haber despachado todos los asuntos del día. De sus decisiones se puede apelar ante el Tribunal Superior del distrito de Hartford. El Magistrado de policía es nombrado por la Legislatura del Estado, el

fiscal por el Ayuntamiento de la ciudad; fiel en esto como en todo el pueblo americano á su principio de constante renovación en los titulares de las funciones públicas, el Magistrado y el fiscal desempeñan su puesto por término de dos años.

Como todo cuanto se relaciona con el gobierno del pueblo, lo mismo los servicios federales que los de Estado, los de distrito ó municipales, está influído por la política; el Cuerpo de policía, muy bien organizado, se divide por igual entre los dos partidos políticos más importantes; así la mitad de los agentes son demócratas y la otra mitad republicanos, y es que la Junta inspectora de policía lleva un turno riguroso en la provisión de las vacantes.

El Gobierno municipal de Hartford obedece á los mismos principios que el federal y el de Estado: poder ejecutivo á cargo del Alcalde, y dos cuerpos deliberantes que forman el legislativo. Los dos reunidos reciben el nombre de Asamblea municipal; el menos numeroso, constituyendo una especie de Senado, se llama Comisión de Aldermen; el otro se denomina Consejo municipal. El primero, compuesto de veinte miembros, es elegido por dos años, á razón de dos por cada parroquia ó distrito municipal; el segundo, en número de cuarenta, lo es anualmente; los Aldermen se renuevan por mitad cada año. Ambas ramas de la Asamblea municipal se reunen el tercer lunes de Abril, ó sea á los quince días de la elección, bajo la presidencia del Alcalde que lee su mensaje anual, y, luego de escuchada su lectura y nombrado el *recorder* de la ciudad, ambas ramas pasan á deliberar separadamente en sus propios locales, completando su organización anual. El Alcalde es el presidente nato de los Aldermen, que eligen un vicepresidente. En el Consejo municipal se votan un presidente, un vicepresidente, individuos del Consejo, y un secretario pagado. Ambas ramas nombran por un año un fiel contraste.

Tanto los Aldermen como los individuos del Consejo municipal, celebran sus sesiones en las tardes del segundo y cuarto lunes de cada mes.

Todos los actos, votos, resoluciones y ordenanzas, excepto la confirmación de ciertos nombramientos para los cargos de la ciudad, deben ser discutidos y aprobados por las dos Cámaras. El Alcalde tiene facultad para interponer su veto á cualquier medida acordada; pero el Consejo, por mayoría de cada Cámara, puede hacer que prevalezca y se ejecute la resolución desaprobada por el primer Magistrado. Vota el Consejo todos los créditos necesarios para el servicio municipal; mas no está facultado para emprender obras públicas ó mejoras cuyo coste exceda de 10.000 dollars; para esto es indispensable el consentimiento de la Asamblea general del pueblo, ó sea *Referendum*. Dicta el Consejo, con aprobación del Alcalde, cuantas medidas sean necesarias para la mejor administración de la Hacienda y propiedad municipales, apertura, entretenimiento

y mejora de calles y aceras, rasantes y alineaciones, para la protección de la salud pública, paz y moralidad; impuestos municipales, policía y servicios de incendios; cubrir las vacantes de los cargos; proveer á todo lo referente á la inspección de edificios y concesión de licencias para ciertos comercios é industrias. Todas las leyes y ordenanzas municipales deben ser publicadas, al menos dos veces, en los periódicos diarios antes de obligar, y no se ponen en vigor hasta diez días después de esta publicación. Tiene también atribuciones el Consejo para emitir obligaciones y contratar empréstitos, establecer parques, alterar el curso de los ríos, quitar ó variar las presas si lo requiere la salud pública; fundar bibliotecas públicas y salones de lectura, y aprobar las tarifas y reglamentos de la Junta de agua. Como ocurre con toda clase de Asambleas, los asuntos, antes de ser presentados á la deliberación de los Consejos, se estudian por comisiones permanentes, que en Hartford se denominan de este modo: de diversiones públicas, de cuentas, de cementerios, de beneficencia, de edificios municipales, de centrales, de reclamaciones, de instrucción, de incendios, de presupuestos, de destinos, de ordenanzas, de policía, de imprenta, de baños públicos, de ferrocarriles, de agua. En general, las Comisiones se componen de tres individuos: un Aldermen y dos consejeros municipales, excepto la de ordenanzas, que la forman el alcalde, un Aldermen y tres consejeros; la importancia de esta Comisión es grande, y redacta, no sólo las ordenanzas y reglamentos para determinados objetos, sino también todas las de carácter general.

Quizá lo más digno de visitarse en las inmediaciones de Hartford, es la prisión del Estado del Connecticut, ó el presidio, como diríamos en España. Cada Estado autónomo de la Unión Americana cuenta con uno, por lo menos; los de gran población, como los de Nueva York y Pensilvania, tienen varios. No hay prisión dependiente del Gobierno Federal, excepto la militar, situada en Fort Leavenworth, en el Estado de Kansas. Los reos de delitos contra el Gobierno extinguen sus condenas en los presidios de alguno de los Estados autónomos. Más de una vez el Gobierno Federal ha pedido al Congreso los créditos para edificar una prisión nacional; pero en todas ocasiones se han negado los representantes del país. El presidio del Connecticut se halla situado en medio de pintoresco paisaje, no lejos del río de este nombre. Ancha faja de terreno, sembrado de verde hierba, cuidadosamente segada, le separa de la avenida que conduce á la ciudad. Una calle de árboles lleva hasta la puerta de la fachada principal, no precedida de muro almenado y flanqueado de torres en los ángulos, como la prisión del Este en Filadelfia. Ninguna

fuerza armada asegura el orden del presidio. Uno de los dependientes hace veces de portero y guía á los visitantes á la oficina del Director. Situada en el piso interior, y en un ángulo de la fachada, es una amplia habitación de trabajo. Desde hace algunos años desempeña las funciones Mr. Albert Garvin, persona en extremo agradable, cuya conversación denota desde luego la experiencia consumada del hombre versado en la moderna ciencia penal. La competencia y los servicios de Mr. Garvin deben ser muy estimados, cuando se le ha conservado por tantos años al frente de la prisión, en un país donde la estabilidad en los funcionarios públicos es cosa tan poco frecuente.

Guiados por el mismo Mr. Garvin pudimos visitar las dependencias todas de la prisión. Abandonado ya en los Estados de la Unión Americana el sistema de aislamiento absoluto del penado y reemplazado por el de trabajo en común, las celdas quedan únicamente como lugar de descanso para la noche. Es notable la disposición que se les ha dado. En el centro de cada crujía, que son altas y anchurosas, se eleva un block, formado exclusivamente de acero y cemento, que contiene 96 celdas, distribuídas en cuatro pisos de 24 celdas cada uno, en un frente de doce y una anchura ó profundidad de dos. Claro es que hay en los pisos segundo, tercero y cuarto, corredores y escaleras para el servicio y vigilancia. Queda alrededor del block amplio espacio para ejercer aquélla, y para que haya suficiente aire, por más que se ha instalado completo sistema de ventilación. Otro tanto se ha hecho con la calefacción, que es de vapor. Las celdas son reducidísimas: en cuanto contiene una cama estrecha, una mesa pequeña y la jofaina. Revela una extremada limpieza el aspecto de las celdas; la ropa de cama parece de inmaculada blancura; sobre las mesas se ven algunos libros: las paredes están adornadas con litografías, cromos y grabados. Las puertas de la celda, que son enrejados de barras de acero, á fin de que penetre la luz durante el día y pueda ejercerse la vigilancia por la noche, y son susceptibles de cerrarse las doce de cada frente de los pisos á la vez. Es obligación de los reclusos, cuando vienen de los talleres á la comida del medio día ó á recogerse de noche, después de cerrar, permanecer de pie junto á las puertas, con la mano derecha apoyada en ella y en alto. Esto mientras se verifica el recuento. Un toque de campana anuncia que ha sido exacto y entonces se retiran. El block destinado á las mujeres es enteramente igual al de los hombres: las celdas, sin embargo, se diferencian bastante, no en su maguitud, sino en la extremadísima limpieza, en el gusto con que están adornadas; no parecen celdas de criminales, semejan más bien cuartos de señoritas bien educadas y de buen gusto. Si este orden, si tan extremada limpieza reina en las celdas y personas de los reclusos, fácil es de presumir cuál será la de los tránsitos y dependencias generales de la prisión. En lugar retirado

están los calabozos de los condenados á muerte, y una habitación á espaldas de ellos es la destinada á las ejecuciones capitales. La horca está siempre dispuesta, y naturalmente, tratándose de un pueblo como el americano, este horrible instrumento no es el clásico de los pasados tiempos, en que el verdugo lanzaba al espacio el cuerpo del ajusticiado por medio de un fuerte empellón; aquí procedimiento tan rudimentario está reemplazado por un mecanismo que se pone en juego á una simple presión del pie.

Sin duda para que los visitantes se percaten bien del funcionamiento, hay siempre un muñeco ó pelele con el dogal al cuello en la misma disposición que los destinados á sufrir la última pena.

El departamento de los locos, separado del de los demás presos, se distingue por la amplitud de las celdas, bien aireadas é iluminadas las camas especiales fijas al suelo; el patio y jardín de recreo, los departamentos hidroterápicos, y todos los conducentes al tratamiento de las enfermedades nerviosas, muestran los últimos grados del progreso.

Cocinas, despensas, lavaderos y cuartos de plancha están dotados de aquellos medios mecánicos, que tienden á reducir el costo de los servicios sin perjudicar su bondad. Es preciso ver el depósito frigorífico para conservación de carnes y otras substancias susceptibles de descomponerse por la acción del calor. Como es natural, están encargadas las reclusas de estos servicios. En la hora de nuestra visita, las trece presas, vestidas como las doncellas de servir, se ocupaban activa y silenciosamente en la plancha, al cuidado de una vigilante, hermosa matrona por cierto.

Se ufanan los americanos con haber sido los primeros que fundaron una sociedad para la reforma de los Códigos penales y del régimen de las prisiones. Pocos años, en efecto, después de la publicación de la obra de Beccaria *Dei Delitti é delle Pene*, en 1764, y los trabajos del nunca bien celebrado filántropo inglés Howard, se creó en Filadelfia la primera Sociedad para la reforma de las cárceles.

Con razón sobrada atribuyen americanos é ingleses el cambio radical en sus prisiones á Howard. Desde que este insigne hombre, por razón de su ministerio, se dió cuenta de lo que eran las cárceles inglesas y emprendió la obra grande de su completa reforma visitando todas las de Inglaterra y realizando á su costa numerosos viajes por Europa para hacer lo mismo con las de los países continentales, puede decirse que comienza en América é Inglaterra la nueva era en el sistema carcelario, La vida de Howard, en su segunda mitad, consagrada, así como su fortuna, á la consecución de fin tan noble, es realmente la de un apóstol y

de un mártir. Hombre á quien no gustaba hablar de las cosas sino por experiencia propia, se embarcaba de intento en los buques contaminados para estudiar la peste y más tarde el régimen de los lazaretos. Y así murió lejos de su país, en la Crimea, víctima de tan terrible enfermedad, contraída en la asistencia de los atacados. Y aun cuando su modestia, más grande todavía que su amor por los que padecían, ordenó que se le enterrase obscuramente allí donde iba á morir, su patria, concediéndole honras, escasas ciertamente, si se atiende á la magnitud de sus trabajos, le consagró hermosa estatua en la catedral de San Pablo. Howard había tenido precursores: el benedictino Mabillon, en la segunda mitad del siglo XVII, consagró en sus obras páginas elocuentes á la defensa de la *reforma carcelaria,* proponiendo algunas ideas adoptadas en tiempos posteriores, como la reclusión de los presos en celdas dotadas de pequeñas huertas, á semejanza de las que habitaban los monjes cartujos. Poco después, en los principios del siglo XVIII, el papa Clemente XI erigía en Roma la primera cárcel para jóvenes delincuentes, prisión que tenía todo el carácter de un correccional. Más tarde aún, el vizconde Vilain XIV, alcalde de Gante, construyó una cárcel en esta ciudad, estableciendo reglas para su gobierno y reconociendo que el agente principal en la reforma de los criminales es el trabajo, estableció talleres de distintos oficios, y atento á no perjudicar á los artesanos de la población, escogió aquellos que menos competencia pudieran hacerles. Prisión tan notable mereció que Howard la calificase de «noble fundación». La labor de la Asociación de Filadelfia fué rápida en sus efectos y fecundísima: por sus esfuerzos, extendidos á la reforma del Código penal, quedó limitada la pena capital á los delitos de homicidio, y se corrigieron multitud de abusos carcelarios, consiguiendo que se mejorara el vestido y la alimentación de los presos; que se les proveyera de lo más necesario para no verse todos obligados á dormir sobre el suelo en la sala común; que se estableciera la debida separación entre las diferentes clases de presos; que se apartase á los padres de sus hijos y á los jóvenes delincuentes de los empedernidos criminales, y, por último, que se hiciera trabajar á los reclusos. Pero el más importante fruto de labor tan continuada, fué la fundación de la prisión celular de Filadelfia, inaugurada en 1829 y considerada como el mayor de los adelantos logrados en el sistema penitenciario. Construída para aplicar en todo su rigor el principio del aislamiento absoluto de los presos, y que recibió el nombre de «sistema de Filadelfia», ya hoy día no goza del favor con que fué acogido, y á la separación absoluta sucedió el régimen más benigno planteado en la prisión de Auburn, Estado de Nueva York, del trabajo en común durante el día y el aislamiento por la noche, sistema que fué adoptado en los nuevos presidios erigidos en los Estados Unidos después del de Filadelfia.

Más tarde la prisión correccional de Elmira, del mismo Estado de Nueva York, para jóvenes delincuentes menores de treinta años, marca el último progreso, introduciendo la división de los reclusos en tres grados, según su conducta, y la indeterminación del tiempo de condena.

La prisión del Connecticut, lejos de permanecer estacionaria, ha adoptado todos los métodos y se rige por el sistema de la de Elmira: no es en realidad lugar de castigo, es principalmente escuela de reforma y corrección del criminal, siguiendo, como todos los reformadores de las prisiones, la hermosa máxima estampada por Clemente XIV en la prisión de San Miguel: «poco importa castigar á los criminales si no se les reforma y corrige por la educación». En el presidio del Connecticut los criminales están divididos en tres grados ó clases: primero, segundo y tercero. El primero, es el más alto; el segundo, el intermedio, y el tercero, el más bajo, distinguiéndose por los trajes, azul para el primero, gris para el segundo y á rayas horizontales blancas y negras para el tercero. Suponiéndoles al llegar á la prisión con deseos de corregirse, se les coloca en el segundo grado, desde el que pueden elevarse al primero ó descender al tercero, según su conducta. Cincuenta y cuatro puntos en su haber son necesarios para subir de grado, puntos que se conceden por su conducta, trabajo y progreso mental. Si en seis meses seguidos el penado gana 50 puntos, es ascendido al grado superior; si, por el contrario, en un mes cualquiera pierde más de dos puntos, desciende al inferior. Pierden también su categoría, cuando por faltas cometidas es preciso castigarlos con el encierro por mala conducta en general, por holgazanería, por falta de limpieza. Como es natural, á medida que un preso sube de grado, disfruta de más ventajas. A los del primero, se les permite escribir una carta á la semana, ser visitados cada quince días, recibir las cartas, periódicos y revistas que el director aprueba, y además todos los favores que éste juzgue dignos de ser concedidos, según la conducta.

Los del segundo reciben visitas y periódicos una vez al mes, previa la aprobación del Director, y escriben una carta en este mismo período.

Los del tercero, ni pueden admitir regalos, ni comprar ningún objeto, ni recibir visitas, ni periódicos, ni tabaco, ni cartas, á no ser de la mayor importancia, por especial permiso; tampoco se les concede más de un libro por semana de la biblioteca. Los presos del tercer grado que hubieren observado buena conducta durante un mes, pasan al segundo.

La pérdida de un punto obliga á esperar otro mes. El Director tiene atribuciones, por méritos especiales, para ascender á un preso de segundo ó tercer grado, sin tener en cuenta su conducta anterior. Somete también

el mismo funcionario, en la reunión mensual que celebra la Junta de prisión, un informe escrito, con los cambios de grado efectuados durante el mes anterior, con los nombres de los presos y fechas en que fueron ascendidos ó degradados, y cuantos informes y datos sean necesarios para que la Junta forme perfecto juicio de la disciplina y gobierno del presidio. De los 448 penados existentes en Marzo de 1903, había 310 en el primer grado, 129 en el segundo y sólo 9 en el tercero. Estas cifras son elocuentísimas, y muestran los excelentes resultados que se obtienen en la prisión de Connecticut.

Una Junta de caridad, reconocida por el Estado, debe visitar una vez cada tres meses la prisión. Si no se efectúa la visita en pleno, la Junta debe delegar en dos de sus individuos, quienes desempeñan su cometido sin previo aviso al Director. En estas visitas los presos tienen derecho á hablar privadamente con los miembros de la Junta, así como en todo tiempo pueden dirigirse á ellos por escrito, sin que por el Director ó cualquiera otro empleado se les ponga obstáculo; de este derecho se les da cuenta á los penados al ingresar en la prisión. Además de esta institución, en cierto modo vigilante é interventora, la «Connecticut Prison Association», visita una vez al mes y habla con los presos cuya condena termina en el siguiente.

Su objeto es ayudar y asistir al penado, buscándole trabajo, dándole herramientas, llevándole á otra ciudad y haciendo cuanto crean necesario, para el mejor servicio del penado, y al buscarle trabajo no deben decir que se trata de un preso cumplido..

El principio de la sentencia por tiempo indeterminado ha sido llevado al Código penal del Connecticut en 1901. Consiste en no fijar tiempo de condena para todos aquellos criminales cuyas sentencias no sean de por vida, y sí señalar un tiempo de duración mínimo y otro máximo.

El máximo, como es natural, debe ser el que la ley marca al delito cometido, y el mínimo no menor de un año. A toda persona así sentenciada, se la puede indultar cuando haya transcurrido el tiempo mínimo, á discreción de la mayoría de votos del Consejo y del Director, si á su juicio creen capaz al penado de llevar una vida ordenada, una vez puesto en libertad. No sólo confiere la ley este derecho, sino el de volver á la prisión al indultado, por cualquiera razón que el Consejo y el Director estimen suficiente; á este fin, todas las autoridades, lo mismo que los jefes ó empleados, están obligados á prestar auxilio para reintegrar al indultado en la cárcel, y en este caso, será retenido por un período igual al tiempo que le faltase por extinguir. Cuando la conducta del preso en

libertad provisional parezca al Consejo ser promesa eficaz de una vida honrada, tiene atribuciones éste último para conceder la libertad definitiva, por unanimidad de los vocales presentes en una de sus reuniones ordinarias. La Junta de cárceles y el Consejo tienen la obligación de hacer cuanto de ellos dependa, para asegurar trabajo á los indultados provisional ó definitivamente. En la concesión de la libertad provisional se atiene el Consejo á las siguientes reglas: la primera es que el preso haya extinguido el término mínimo de su condena; que lleve seis meses en el primer grado; tener en cuenta su conducta, historia, carrera y carácter, pero no dejarse dominar por otras influencias; las propuestas de indulto que se hagan en una reunión, no deben despacharse hasta la siguiente. Ningún preso, en disposición de trabajar, será indultado hasta obtener empleo á propósito garantizado por respetables personas. Los indultados deben presentar el día primero de cada mes un informe ajustado al formulario que por el Director se le entregue. Se consideran como violación de su indulto el cambio no autorizado de empleo, no conducirse hónrada y legalmente, la frecuentación de malas compañías, el uso de bebidas alcohólicas, qne son motivo suficiente para su reingreso en la prisión.

Severísimas son las reglas á cuya estricta observancia están sometidos los penados: la primera y principal es la absoluta obediencia á las órdenes del vigilante, bajo cuyas órdenes se le ponga. Ha de guardar silencio en todos los departamentos de la prisión; no hablará con las personas que le visiten, ni recibirá de las mismas óbjeto alguno, á no ser con especial permiso del Director

Les está prohibido asimismo hacer señas á los visitantes. Se confía en que ha de ejecutar fiel y diligentemente el trabajo á que se les destine, y que luego de un aprendizaje razonable, producirán tanta obra como si estuviere en un taller privado. Cuando se dé la señal de formar, tomará prontamente su puesto en la fila, marchará con paso militar, atento siempre á las órdenes del vigilante. Mantendrá su persona limpia y los vestidos bien entretenidos, no permitiéndose introducir en ellos variaciones ni cortar los zapatos.

Si no están á su medida ó necesitan compostura, lo pondrá en conocimiento del vigilante. Para hablar con éstos, debe preceder el saludo, y la conversación se ceñirá estrictamente á fines del servicio; no se tolera la insolencia con vigilantes, maestros ó compañeros de cárcel. La asistencia á los servicios religiosos no es obligatoria, pero se le ruega que lo haga, estimando que el apoyo moral de la instrucción religiosa es necesario para todos. Debe bañarse el recluso una vez á la semana, á menos

que el médico ó director dispongan otra cosa. No se permite recibir á los presos periódicos diarios ó publicaciones de las que los americanos llaman «sensacionales». Para escribir cartas de especial interés se necesita licencia del Director, quien examinará todas las escritas ó recibidas por los reclusos, antes de ser enviadas al correo ó entregadas al penado.

Además de las faltas que dejamos enumeradas, se castigan en la prisión las siguientes: no hacer la cama con arreglo á lo mandado; tener la celda y los muebles sucios y descuidados; reñir; llevar las manos á la cara sucias; el pelo sin peinar; tener objetos no permitidos en la celda; permanecer en la cama después del toque; no presentarse á la puerta para ser contado; no salir prontamente de la celda cuando se abre; no acostarse tan luego como se apagan las luces; estar fuera de su puesto en la formación ó en el taller; negarse al trabajo; escupir en el suelo; hablar de celda á celda ó en los corredores, en la capilla, en el taller ó en las filas; usar lenguaje vil; desperdiciar los alimentos.

La prisión del Connecticut cuenta con una biblioteca más que medianamente provista; porque en un país, donde tan gran desarrollo alcanza la cultura, natural era que se facilitase á los penados medios de leer, como un lenitivo de su desgracia, y quizá como eficaz ayuda de su corrección. Comprende 3.890 volúmenes el catálogo de la biblioteca, y se clasifican en las secciones de Biografía, con 261; de Educación, con 47; de Literatura Inglesa y Ensayos, con 103; Novelas, 1.363; Historia, 382; Filosofía, 14; Poesía y Drama, 125; Libros de referencia, Enciclopedias, 43; Religiosos Protestantes, 180; Católicos, 116; Ciencia-Mecánica y Arte, 104; Ciencia Social, 65; Viajes y aventuras, 333; Revistas, 588; Libros Extranjeros y Alemanes, 50; Italianos, 43; Suecos y Dinamarqueses, 4. Se entrega á todo penado al llegar á la prisión un catálogo de la biblioteca y una pizarra, en la que escribe sus peticiones de libros, que no deben limitarse á uno sólo, sino escribir una lista de los 10 ó 15 cuya lectura prefiera: es responsable de ellos, lo mismo que del catálogo, y se le cargan en cuenta hasta que los devuelve en buen estado. No se tolera cambio de libros entre los presos, concediéndoseles toda libertad en la elección de obras; pero se tiene en cuenta para su futuro indulto la clase de libros leídos. Los capellanes y el Director están siempre prontos á ayudar con sus consejos á los reclusos en la elección de obras, que se dan dos veces á la semana y no se pueden tener más de quince días. Hemos de decir que sólo dos libros españoles figuran en el Catálogo, *El Quijote* y *El sombrero de tres picos*, de Alarcón; de los autores franceses: Daudet, La Condesa de Segur, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Pierre Loti, Jorge Ohnet, Sardou, Julio Verne.

Las escuelas nocturnas de la cárcel, organizadas bajo el mismo régimen que las de la ciudad, son como la prisión, un modelo. No están dotadas de tan gran número de maestros como las del Municipio, pero en los locales, en el menaje, en el material, nada dejan que desear: la asistencia es numerosa, por más que sean escasos los presos que no han recibido por lo menos la instrucción elemental. Dos capellanes cuenta el presidio: uno católico y otro protestante, y todos los domingos se celebran servicios religiosos de los dos cultos. Al entrar en la capilla, los presos deben marchar militarmente, al son de la música, con las manos al costado, ocupar su asiento y no levantarse ni volver á sentarse, sino á la señal del Sub-director. Deben consagrar estricta atención á los servicios con la cara vuelta al sacerdote; escupir, rozar los pies contra el suelo ó causar cualquier otro ruido, se prohibe en absoluto.

Como en varios presidios americanos, en el del Connecticut se publica un periódico con el título de «The Monthly Record», fundado en 1897. Escrito é impreso por los penados, su fin, según declara, es favorecer su mejoramiento moral é intelectual y combatir el prejuicio del público contra la posibilidad de la redención del hombre caído, despeñado en el crimen. Hay de todo en el periódico: poesías, historietas, artículos cortos de fondo, y aun alguno de polémica con otra revista semejante. Una de las poesías, ya que no otros méritos, expresa sentimientos delicados: da gracias á algunas lindas muchachas que visitaron la prisión y á quienes compara á las rosas de Junio: les dice luego que si los reclusos hubieran recorrido el camino de la vida guiados por musas tan puras y bellas, otra hubiera sido su suerte, y termina anhelando cumplir su condena y retirarse á una comarca saludable, y ganar dinero bastante para fundar un hermoso salón de lectura donde poder recibir y saludar á aquellas lindas muchachas como se saluda á las rosas de Junio. De los artículos cortos de fondo hay uno muy substancioso. Analiza la diferencia entre los detenidos y presos en las cárceles de partido con leves penas, la mayor parte reincidentes una y muchas veces, y el recluso del presidio sujeto á estricta disciplina, y merced á ella y al trabajo redimiéndose de su culpa; indultado más tarde, llega á ser un miembro útil de la sociedad, mientras los primeros son, hasta la muerte, esclavos de su vicio. La ligera crítica es exacta: las cárceles de partido en América, si se exceptúan las de algunos pocos Estados, dejan mucho que desear; no están á la misma altura que los presidios, las casas de corrección y otras instituciones análogas; en ellas siguen predominando muchas de las corruptelas que hace un siglo tan mal parecían en los presidios.

En una crónica de la cárcel se da cuenta de una fiesta organizada por un grupo de personas para solaz de los reclusos. La fiesta fué un concierto, y el articulista da gracias en términos calurosos á la organizadora y principal cantante y á todos sus compañeros, por la inolvidable tarde que les han hecho pasar. Especialmente menciona tres recitados por una adolescente, con la gracia de una artista y la sencillez y dulzura de una niña. Los dos ó tres cuentos cortos son bastante regulares: tiene una sección con noticias del extranjero y del país; la primera es de Roma y se refiere á la salud del Papa. Merecen citarse dos ó tres pensamientos de la crónica. «Si en vez de pasar el tiempo criticando la estrechez de nuestras celdas, lo empleáramos en mejorar nuestra parte espiritual, no habría cuidado de que volviéramos á ocuparlas de nuevo»; «el hombre sin ideal en la vida, está mejor seis pies bajo tierra; de esta manera puede ser de alguna utilidad, porque la enriquece; vivo, sólo sirve de estorbo»; cuanto hemos dicho del periódico se refiere al número de Marzo de 1903.

Los penados trabajan en dos talleres: uno de camisería basta y otro de zapatería. Amplios y ventilados locales, agradablemente caldeados en invierno, son los destinados á talleres. Claro es que tratándose de americanos, y de americanos tan adelantados en las artes industriales como los del Estado del Connecticut, la organización de aquéllos es tan perfecta como puede serlo los de las fábricas de más renombre, consagradas á estos ramos de la industria.

Hay que ver en el taller de camisas, como extendidas á lo largo de una gran mesa, número crecidísimo de telas, perfecta é igualmente estiradas, y en coincidencia también perfecta, trazados luego sobre la superior los patrones, una poderosa tijera eléctrica corta á la vez todas las telas contorneando los dibujos. Después, la división deltrabajo está llevada hasta un límite extremo, y el resultado de todo ello es que el taller de camisería produce de 160 á 200 docenas de camisas al día. De modo análogo, y obedeciendo á los mismos principios, está organizado el taller de zapatería.

La misma rígida disciplina que gobierna toda la vida de la prisión, impera, como es natural, durante las horas de trabajo. El penado, al entrar en su taller, debe ocupar inmediatamente su puesto, quitarse la chaqueta y ponerse el mandil de trabajo. Se prohibe toda comunicación entre los penados, y sólo en caso de necesidad, previa licencia del vigilante. No podrán hablar con el maestro sino de asuntos relacionados con la obra del taller, en modo alguno de asuntos particulares ó del exterior. Debe

consagrar toda la atención al trabajo, sin distraerse mirando ó haciendo señas á las personas que visiten la prisión ó á los otros reclusos.

Escuchará atentamente al maestro y seguirá estrictamente sus órdenes, poniendo en su conocimiento cualquier defecto que hubiere ocurrido en la obra. Si necesita emplear un lápiz, debe pedirlo al vigilante, quien se lo facilitará, debiendo devolverlo inmediatamente que se le exija, sin permitirle que corte ningún trozo. A los penados se les permite salir al retrete dos veces cada medio día.

El trabajo de los reclusos es ausnto que sigue preocupando en América á cuantos tratan de cuestiones sociales. En el libro reciente de Mr. Carroll D. Wright, jefe del Instituto del Trabajo en los Estados Unidos, y que se titula «Some Ethical Phases of the Labor Question», se dedica el último, y no el de menos importancia de los capítulos, al examen de materia tan interesante. Poco más ó menos ha pasado y pasa en aquel país por las mismas etapas que en Europa: después de haberse reconocido por tratadistas de derecho penal, magistrados, hombres de Estado, que uno de los medios más eficaces de la reforma de los criminales era el tenerlos ocupados en la ejecución de útiles trabajos, y desde el momento que el resultado de este trabajo era un producto llevado al mercado, surgió inmediata la protesta, la oposición de los obreros libres, sujetos á una concurrencia de tan favorables condiciones para los talleres de las cárceles. En América, los jefes socialistas que han atacado el trabajo de los presos, no dejaban de reconocer que si los reclusos no trabajaban era preciso votar fondos para sostenimiento de los presidios; pero con la facilidad con que resuelven las cuestiones los oradores de mitins ó los redactores de programas políticos, se pedía que los penados trabajasen en forma tal, que no hiciesen concurrencia al trabajo libre. Que es lo mismo que se exige en nuestro Congreso por los diputados de oposición: que se dé gran desarrollo á la instrucción, á las obras públicas, que no se descuide nuestro poder militar y naval, que se aumenten los mezquinos sueldos de todos los funcionarios, y después de todo esto que se rebajen los impuestos.

En la Unión Americana, por efecto de la completa autonomía de los Estados, rigen varios sistemas actualmente en la organizaciún del trabajo de los penados. Mr. Víctor Olmsted comprende aquellos sistemas en dos grupos principales: el primero, el en que los beneficios del trabajo se reparten entre el Estado, individuos particulares, ó establecimientos industriales ó Corporaciones. Abraza tres divisiones, á saber: sistema de contrato, simple, á destajo y de alquiler. El segundo grupo, aquel en que los

beneficios son exclusivamente para el Estado, ó sus divisiones políticas ó instituciones públicas y abraza otros tres sistemas, á saber: trabajo de los penados en talleres de los presidios, llevando al mercado los productos en beneficio exclusivo del Estado; trabajo de los reclusos, con utilización de los productos elaborados en los mismos establecimientos penales ó en otras instituciones del Estado, y tercero, empleo de aquéllos en las obras públicas del Estado. En veintiocho Estados de la Unión rige el sistema de contratos; en seis el de destajo; en veinticinco el de alquiler de los penados; en cuarenta y siete Estados y territorios, incluyendo el distrito de Columbia, trabajan los reclusos para el mercado, con beneficio exclusivo del Tesoro; en veinticuatro para ellos mismos y las instituciones públicas, y en seis se les emplea en el de obras de carácter general. Predomina el sistema de alquiler ó arriendo de los penados en los Estados del Sur; en ellos, y especialmente á raíz de la guerra civil, las Cámaras legislativas creyeron que el modo mejor de sostener los penados negros era el de concentrarles en campamentos donde pudieran ocuparse en trabajos para determinados contratistas; comprendieron los legisladores que los hombres de color, sometidos al régimen celular del Norte, perecerían en su mayor parte. El Connecticut se rige por el primer sistema del segundo grupo, sistema que, como hemos visto en la enumeración anterior, es el más extendido, el que más favor goza entre los Estados de la Unión. Entre los del segundo grupo, parece ser el menos complicado; si los talleres están bien organizados, si las máquinas son perfectas, si los maestros son prácticos é inteligentes, claro es que el Estado ha de obtener grandes beneficios. Muy distinto sería el resultado si, como algunos desean, los talleres de los presidios sólo tuvieran herramientas de mano, y no máquinas automáticas perfeccionadas que economizan trabajo y lo realizan en condiciones favorables de bondad.

De esta suerte los productos resultarían caros y la competencia con el trabajo libre no sería tan desfavorable para éste. Si bien se mira, ¿qué puede significar el trabajo de 350 penados en un Estado como el Connecticut, cuya población se acerca á un millón de almas? Cierto que algo afecta á las industrias de camisería y zapatería bastas; mas, como ya hemos dicho, si el penado ha de trabajar útilmente, que sea para un contratista, que sea para beneficio del Tesoro del Estado, en una ú otra forma, siempre el trabajo libre ha de sentir la concurrencia en la medida pequeña que le puede afectar, dada la población penal y el número de obreros libres.

Hacer trabajar á los reclusos en la fabricación de efectos destinados al uso de ellos mismos y de los asilados en los Establecimientos públicos, es sistema que parece reunir los sufragios de quienes, á todo trance y con mejor buen deseo que acierto, desean tener ocupados á los presos, sin

molestar al trabajo libre. No dejan de reconocerle sus mismos partidarios algunos inconvenientes, entre ellos los dos más importantes son: el de no procurar ocupación á todos los presos, y obtenerse poco satisfactorios resultados económicos. Ya por algunos se propone para contrarrestar el primero, emplear á los penados en las grandes obras públicas: saneamiento de marismas, repoblación de montes, construcción de caminos y canales y preparación á mano de multitud de materiales que los Estados necesiten. Buscando trabajo para los reclusos, en el de Nueva York se pensó en la fabricación de paños para los uniformes de la milicia del Estado; mas el fiscal fué de parecer que aquella no era institución de carácter público. Más que este informe, se opusieron al tejido y confección de los uniformes en las prisiones, los prejuicios de oficiales y soldados, manifestados en América de manera tan extensible, como lo fueron en Alemania en análogas circunstancias.

Y si á eso se hubiera llegado, ya los fabricantes hubieran salido á la defensa de sus intereses. ¿Qué no ocurriría en España si en los presidios se fabricasen los paños para los uniformes del ejército?

En suma, es cuestión de resolver acertadamente; sea cualquiera la solución, siempre se chocará de un modo ó de otro, con el trabajo libre.

Retrato de Lenbach, por él mismo.

FRANZ VON LENBACH, por A. DE BERUETE Y MORET

Los grandes hombres alemanes de la segunda mitad del siglo XIX, que tan admirados han de ser por la posteridad, serán conocidos por ésta, y sus efigies tendrán vida siempre por los retratos que de ellos ha hecho Lenbach. Wagner, Schopenhauer, Bismarck, Moltke, Mommsen, Guillermo I y tantos otros gigantes del pensamiento, la ciencia, el arte, la guerra y la política, pertenecientes á aquella generación que fundó el país hoy más formidable de Europa, tuvieron en Franz von

Lenbach, cuya muerte, acaecida en el pasado Mayo, deja un vacío difícil de llenar, un retratista digno de ellos.

Nació este pintor en Schrobenhausen (Baviera) el año de 1836. Aprendió el dibujo en Landshut, y allá por el año de 1855 se trasladó á Munich, donde á la sazón estaba en su apogeo la denominada Pintura de Historia, brillantemente cultivada en aquella ciudad por Carl Piloty, Hans Makart y Gabriel Max, quienes habían popularizado su arte, algo alejado años antes de los gustos del público, por aquella escuela sabia pero un tanto inexpresiva y pálida, que había definido é impulsado otro alemán, Federico Overbeck.

Lenbach fué en Munich discípulo de Piloty, y luego marchó con él á Roma, deseoso de estudiar las obras de los grandes maestros del Renacimiento italiano. En Italia primero y luego en España pasó algún tiempo, que aprovechó, ya pintando cuadros originales, ya haciendo copias de las maravillas pictóricas que ambos países guardan en sus Museos. Varios de estos cuadros y copias que hizo Lenbach, se conservan en la Galería Schack, de Munich, en compañía de otras semejantes, obras de artistas famosos tales como Schwind, Feuerbach, Rottman, Piloty, Preller, Wolf, Boecklin, etc. Recordamos como de especial interés para nosotros, entre los lienzos de Lenbach que atesoran esta Galería, varios paisajes de Granada y numerosas copias de obras maestras del Museo de Madrid, entre las que sobresale, por la importancia del original y la maestría y fiel conservación en la copia, de las cualidades del cuadro modelo, el retrato ecuestre de Carlos V, original de Tiziano. De España regresó á Alemania, y allí, instalado primero en Weimar y luego en Munich, ha trabajado incesantemente hasta su muerte.

Entre sus muchos cuadros, citaremos, por la popularidad que han alcanzado: *Familia de aldeanos* y *El Foro Romano*; pero su gran especialidad y las obras que le han colocado entre los artistas más importantes de su época, son los retratos. Al cultivo de este género de pintura, consagró singularmente su actividad y su talento. Poseía las altas cualidades artísticas necesarias para compenetrarse con el modelo y observar en la mirada, en el gesto, en el movimiento, aquellos rasgos que, transportados al lienzo, dan á conocer luego al retratado, no solamente en su forma, sino con su expresión y espíritu propios, sorprendidos por el artista. Como dice Bürger-Thoré: *Bien comprendre son homme, est la première qualité du portraitiste.*

Se adivina fácilmente al contemplar sus retratos, cuán hondamente le interesaban las cabezas expresivas y de carácter. La multitud de veces que realizó el retrato de Bismarck lo prueba; gran amigo suyo, convivió con él algunas temporadas y supo *comprender bien á su hombre,* pues en los muchos retratos que de él hizo, y que hoy se conservan en los Museos,

Galerías, etc., de Alemania, se aprecia lo bien reproducido de la intensa expresión y la mirada profunda y penetrante del Canciller.

Bastaba que Lenbach viera una de estas figuras extraordinarias para que no la olvidara jamás. Cuando Wagner quiso colocar en sitio de honor en su casa Wahnfried de Bayreuth el retrato de Schopenhauer, filósofo por el que tanta admiración sentía, se lo encomendó á Lenbach. Éste no había conocido á Schopenhauer, pero al ver la fotografía de que había de valerse, exclamó: ¡Este es el hombre de Franckfort! En efecto; bastantes años antes, cuando Lenbach era joven, había visto en dicha ciudad un anciano de poca estatura, cráneo y frontal desarrolladísimos, boca sumida y vivísima mirada, el cual le había llamado tanto la atención que le siguió largo rato observándole. Al ver la fotografía que Wagner le ofreció, reconoció por ella, no obstante el tiempo transcurrido, aquel sér extraordinario. Era el solitario pesimista de Franckfort, Arturo Schopenhauer.

Alternaba con esta clase de retratos, otros de distinto género, el retrato de mujer, al que sabía dar la belleza y elegancia que requieren; puede citarse como tipo de éstos el de la Condesa María Schleitnitz.

Lo que no era Lenbach es un pintor de su tiempo, un pintor moderno. Entusiasta de los grandes maestros, sobre todo de los holandeses y especialmente de Rembrandt, había estudiado su técnica y luego la ser guía con exceso, y exageraba el uso del asfalto y de los colores dorados con el objeto de conseguir efectos semejantes á los del gran pintor holandés. Pintaba mucho de noche, iluminando el modelo con focos para producir efectos potentes de claro obscuro, destacando con preferencia un trozo de la cabeza del retratado y dejando el resto y el fondo; en penumbra y á veces en obscuridad completa. Ha hecho muchos retratos sobre cartón gris, dibujados con pocas líneas, ligeramente coloreados y dejando sin llenar el fondo del cartón.

Su fama, como hemos dicho, era muy grande y general; en Alemania tan sólo el decano de los pintores, Adolfo Menzel, más dibujante y artista más genial que Lenbach, le ha superado en renombre y consideraciones.

EL TEATRO POPULAR, POR ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

Estamos en la era de las representaciones populares. Los teatros oficiales franceses ofrecen cada año al pueblo espectáculos gratuítos. Y frente á las masas vibrantes é ingénuas que penetran cual un torrente en las salas de la Comedia ó del Odeón, los críticos se preguntan con sincera inquietud si en el fondo el pueblo no es más capaz que la burguesía de comprender las ideas y de sentir la belleza. Adolphe Brisson, que acaba de ser nombrado crítico de *Le Temps*—un puesto que tiene la importancia de un arzobispado ó de una cartera,—confiesa que en París, por lo menos, los obreros y las obreras que asisten á los espectáculos, se muestran tan inteligentes como los antiguos cortesanos para quienes las obras clásicas fueron escritas. Oid:

Et tous riaient aux mêmes endroits, et ces endroits étaient, n'en doutez pas, exactement ceux où l'on riait jadis, quand la pièce se donnait devant le roi.

Ya antes de que el heredero de Sarcey se decidiera á conceder al pueblo la virtud de la comprensión, un gran escritor, que es al propio tiempo una gran alma, se había propuesto probar que entre la burguesía y el populacho, este último no es el menos digno de que los poetas le consagren todos sus esfuerzos. «El pueblo—dice Anatole France á quien quiere oirle—es el único público perfecto, y desde luego vale más que la *élite* social, es decir, que las clases ricas, porque oye atento, porque dispone de reservas infinitas de emoción y de ingenuidad, porque no lleva al espectáculo ningún pensamiento que lo distraiga. Nosotros, por ejemplo, ¿en qué pensamos cuando nos encontramos en la Comedia? Vemos aparecer actores. ¿Son los personajes de una pieza? No, desde luego. Primero son los Le Bargy y las Bartet; y todo lo que sabemos de ellos, bueno ó malo, acude á nuestra memoria, poniendo entre la obra dramática y nosotros una cortina espesa. El pueblo no sufre de estas distracciones, pues desde el principio se identifica con el personaje. Voy muy á menudo á las universidades populares, donde siempre me admiro de la rapidez y de la justicia de las apreciaciones del público.» Ya lo véis. No se puede ser más categórico. El pueblo tiene derecho á alimentos estéticos tan finos como la burguesía, y si le apuramos mucho, el franco Anatole France nos dirá que tiene derecho á algo mejor. Un día, en efecto, durante la representación de *Ifigenia* en un teatro popular, el maestro notó con sorpresa

que el relato final de Ulises, aquel relato que fastidia á los abonados del Français, interesaba muchísimo á los obreros. Y su primer impulso fué pensar que el pueblo tiene mejor gusto que la burguesía. «Sí—exclama—tiene mejor gusto. ¿Por qué? ¿Porque es más inteligente? ¡No! Porque escucha con atención.» Estas ideas, más revolucionarias de lo que á primera vista parecen, resuelven un gran problema, á saber: que el teatro del pueblo—ese célebre teatro del cual se habla en toda Europa desde hace veinte años—no es irrealizable por falta de autores dramáticos apropiados, como antaño se creía, sino por culpa de los poderes públicos que prefieren subvencionar con millones las Óperas suntuosas, las Comedias aristocráticas, los Odeones burgueses, á gastar algunos millares en fabricar coliseos plebeyos. El argumento de los enemigos del teatro para la masa era el siguiente: «El pueblo no gusta sino de las obras malas. Si se le da una sala de espectáculo, será necesario hacer que en ella se representen obras que estén á la altura de su inteligencia. Ahora bien, los gobiernos deben, si no mejorar, por lo menos, tampoco empeorar al sentido estético de las masas.»

Y han pesado tanto estas ideas falsas, que fué necesario en Francia que la prensa hablara de las tentativas de arte dramático popular realizadas en el extranjero para decidir al Estado á no ver con completo desdén el asunto.

***

Uno de los inspectores franceses de bellas artes que con más ardor estudian la cuestión del teatro popular, M. Andrieu Bernheim, se decidió á realizar, hace tiempo, un viaje con objeto de ver lo que en otros países se ha hecho en favor de la educación estética del pueblo. El informe que escribió á su regreso llena más de un volumen, pero puede, en rigor, compendiarse en breves líneas.

Donde ha visto las experiencias más significativas ha sido en los alrededores de Viena y de Berlín. No lejos del primer punto, á legua y media de camino de hierro, en plena región industrial, en Berndorf, un gran fabricante, M. Arthur Krupp, ha hecho construir un teatro para sus obreros.

El 27 de Setiembre de 1899 fué inaugurado por el emperador, que le concedió como gracia especial que pudiera llevar su nombre; el «Eranz Joseph Theater». Contiene 516 putacas y costó á M. Krupp la fuerte suma de 600.000 francos. La sala está decorada con lujo, la maquinaria y el alumbrado están instalados con arreglo á los más modernos progresos. Se dan representaciones todos los viernes; los precios de entrada son sumamente módicos y el fraternal auditorio de obreros, contramaestres y

jefes asiste con placer á los espectáculos. Se representan dramas populares y obras del género cómico, pero no groseras ni de mal gusto.

En Berlín, el «Schiller Theater» cuenta ya siete años de existencia y su prosperidad aumenta cada día. Es verdaderamente democrático, hasta en su organización administrativa. Los accionistas reciben solamente un 5 por 100 de interés; el sobrante de estos beneficios no lo cobran ni los accionistas ni los directores; se distribuye como gratificación entre los empleados y los actores. El repertorio de este teatro comprende las obras más notables del mundo. ¡Ah!... Oid los nombres de Calderón, Ibsen, Schiller, Sardou, Goldoni, Goëthe, Shakespeare, Molière, Augier, Rostand y Pailleron. ¿Os basta?

Una vez enterado de todo esto, el gobierno francés se decidió, no sin hacerse rogar, á adoptar, *en principio*, la idea de la creación de un teatro para el pueblo. Se formó una comisión mixta en la cual figuraban unos seis personajes ministeriales y otros tantos escritores de fama. Naturalmente, cada uno de los doce apóstoles tenía sus ideas personalísimas. Los proyectos sometidos no fueron, pues, dos, ni tres, sino una docena. Y el ministro, no pudiendo leerlos todos, los hizo archivar juntos.

*
* *

Más adelante, una revista parisiense abrió un concurso para premiar tres proyectos. Los dramaturgos más eminentes acudieron al llamamiento y expusieron sus ideas. Los premiados no fueron ni Octave Mirbeau, ni Catulle Mendés, ni Anatole France, como se hubiera creído, sino los señores Morel, Allá y Pottecher. Si os dijera que he leído los proyectos de dichos caballeros, os engañaría. Lo único que he leído—y ya es algo—es el largo estudio que sobre ellos escribió Bourdon. Este estudio es el que voy á analizar para que podáis formaros una idea de lo que el porvenir reserva al pueblo de París en materia de espectáculos. Según Pottecher, el Teatro del Pueblo debe reunir en una emoción común todos los elementos de que se compone un pueblo, pues no tiene ni razón de ser, ni esperanzas de prosperar sino en tanto que logra unir con fraternal lazo á todas las clases sociales, haciéndolas vivir, por lo menos durante algunas horas, una misma vida estética de sensaciones hondas y de nobles pensamientos. El simple espectáculo no puede ser educador. De lo que se trata es de establecer verdaderos festivales modernos, análagos á los que Grecia ofreció á sus ciudadanos. Por lo mismo el coliseo nuevo no debe abrir sus puertas todas las noches, sino sólo en épocas determinadas, al principio de las estaciones, en los días memorables, en casos de regocijo nacional. Para construir el edificio, los fondos debe darlos el Tesoro. ¿Para qué pensar en arreglos financieros? ¿Para qué preparar

planes de sociedades anónimas? Se trata de un servicio público, tan útil cual el correo y los caminos—¡el servicio de la belleza! ¡Que pague, pues, el Estado! En cuanto al edificio, que sea como quieran los arquitectos. Poco importa. Pottecher no es un organizador timorato. Un palacio le parece lo mismo que una tienda de campaña. De lo que se trata es de hacer comulgar á la ciudad entera en la misma fe artística; de unir las clases sociales en un estrecho abrazo; de realizar, en fin, por medio de las bellas imágenes, lo que las grandes campañas democráticas no han conseguido. Cien mil obreros no son el pueblo, no; ni cien mil obreros ni cien mil sabios, ni cien mil poetas. El pueblo es la mezcla de todo. «Y así—dice Pottecher—un auditorio reducido, en el cual figuran las diferentes clases sociales, son el pueblo, aunque haya en él más duques que carpinteros». Del repertorio sólo nos indica lo siguiente: «Obras sencillas, fundadas en sentimientos sencillos, generosos y eternos; obras capaces de conmover al mayor número de hombres de diferentes épocas y de diversos países; obras que hoy son raras, pero que antaño fueron populares; obras que traigan de nuevo á las tablas á los héroes desterrados por las mujeres adúlteras y los gomosos; obras bellas, en fin». Tal dice el autor del primer proyecto premiado.

Eugenio Morel es menos poeta que Pottecher. (Serlo más, resultaría difícil). Lo que desea es que el pueblo se divierta: que al salir de la oficina ó del taller pueda gozar unas cuantas horas, reir unas cuantas horas. La teoría de los tres ochos es defectuosa en su aplicación, pues nos dice: trabajad ocho horas; descansad ocho horas; gozad ocho horas, y sólo nos da medios de trabajar y de descansar. El teatro para el pueblo, debe ser la diversión para el pueblo. Si además se logra que las comedias sean fuentes de enseñanza, mejor que mejor. Pero no hay que pedir tanto. Con pedir un poco de goce, un poco de alegría, un poco de ideal—un poquito de ensueño para olvidar la vida,—ya es bastante. Allá cree lo mismo. Por lo demás, los proyectos Morel y Allá, no sólo en esto, sino en todo, se completan. Ambos laureados quieren que el Estado no dé ningún dinero, ni para la construcción del edificio, ni para el sostenimiento de la empresa, con objeto de que las ideas de los que mandan no influyan en los espectáculos populares. Además, un teatro «para el pueblo», debe ser un teatro «del pueblo». ¡Que los concurrentes sean propietarios de su coliseo! Con subvenciones, no se harían sino parodias del Français ó del Odeón. Lo único que aceptarían es el terreno. El municipio dará el espacio necesario; muy bien. Pero nada más. Una sociedad en comandita, ó de otro modo, hará el resto. Allá habla de «bonos á lotes», pagaderos en entradas; y Morel imagina acciones de veinticinco francos, reembolsables poco á poco, y cuyo interés será una butaca por cada franco. En en este punto, Bourdón, más práctico que los demás, dice, con gran

juicio á mi ver, que si bien es posible esperar que la empresa llegue con el tiempo á bastarse á sí misma, su establecimiento y sus primeros años de desarrollo necesitan del apoyo directo del erario público.

En un punto en que Allá y Morel no están de acuerdo es en la forma del Edificio. El primero, inspirándose, sin duda, en la idea de que hoy los templos son las estaciones de ferrocarril, las escuelas y los teatros, desea construir una nave como las de ciertas catedrales; mientras el segundo, dominado por principios socialistas, quiere una simple sala trapezoidal, parecida á la de la Maisón du Peuple, de Bruselas.

Cuanto al escenario, oid: «Tendrá unos quince metros y estará arreglado de modo que pueda reducirse fácilmente para las obras que no hayan menester de tanto espacio. Las decoraciones serán sobrias y bellas. La parte de máquinas, en cambio, será lo más complicado que existe, aunque cueste trescientos ó cuatrocientos mil francos más de lo que en un principio se marque. Es indispensable, en efecto, que sea cual sea la obra que se trate de representar, toda la tramoya se preste á ello. El único progreso que el arte dramático ha hecho de Esquilo á nuestros días, está en las maquinarias». En punto á repertorio, todo parece bueno á Morel y á Allá». ¡Que se represente, dicen ambos, lo antiguo y lo moderno!» Luego terminan patrocinando las conferencias y los intermedios ó acompañamientos musicales. La conferencia, dice Morel, con tal de no ser ni pueril ni pedante, constituye una enseñanza vivaz y amable; siempre que sea una conversación familiar, un artículo charlado, un prólogo ligero, logrará, instruyendo al pueblo, divertirlo. Y como todo el mundo adora la música, Allá pide una orquesta que, en los entreactos, ejecute las obras más nuevas y más bellas.

Esto es todo.

Los tres proyectos establecen, como precio, 50 céntimos ó un franco, según los sitios.

*
* *

Y con la mejor buena fe me pregunto por qué fueron estos tres los proyectos premiados y no otros tres cualesquiera.

Los concursos son loterías sin juicio. De lo contrario, quizás Mirbeau, Catulle Mendés y Anatole France hubieran tenido más suerte que Morel, Allá y Pottecher. Oid exponer á Mirbeau sus ideas sobre el asunto:

—Preciso es que el teatro del pueblo se haga, y que se haga grande y bello. Grande, para que reciba á todo el mundo; bello, porque el pueblo tiene necesidad de belleza, porque la belleza es una fuerza educadora, civilizadora; belleza y libertad son las únicas razones que tenemos para amar la vida. Se buscarán arquitectos que realicen, en cuanto sea posi-

ble, las concepciones de los artistas, y se les pedirá un teatro grande y confortable, según los modelos de los teatros antiguos, si así lo queréis, y con localidades de un precio uniforme. Al Estado no le pediremos nada... Ni tampoco á ningún poder constituído. La participación del Estado es la rutina; el funcionarismo, la muerte; la intervención oficial en la administración, en el repertorio y en todo, serían Leygues y todos los leygues dueños de la casa del pueblo; sería un odeón sucursal del Odeón de que ya sufrimos... No, no; el teatro del pueblo debe ser cosa del pueblo y no puede ser más que creación de iniciativas personales; preferiría cualquier cosa, hasta una comandita privada, antes que una subvención oficial. Los accionistas serían menos peligrosos que un ministro...—¿Qué se representará?... Se representará todo, á condición de que no sea político, para que ningún partido pueda entronizarse allí. Al pueblo le daremos lo que más le hace falta: obras de arte; y le enseñaremos á amar la humanidad, la libertad, la verdad, todo lo que eleva al hombre, todo lo que le redime, todo lo que le da conciencia de su dignidad personal y moral. Las leyes y la religión no son más que instrumentos utilizables en manos de los fuertes. Por el constreñimiento físico y por la explotación de lo desconocido, tiene siempre al hombre bajo su tutela; debe enseñarse que las religiones son una poesía, y que sólo el pueblo es el dueño de la ley; sí; ahí tenéis lo que el teatro debe enseñar por medio de obras vivientes, sencillas, que expresen ideas generales con una forma dramática.

»Las obras no faltarán. Vendrán por sí solas hasta el pueblo. Para comenzar, buscaremos en el pasado. Todos los clásicos, todos los grandes trágicos griegos, y Racine, y Shakespeare, y Schiller, y Molière, ayudarán á conmover, á transportar al pueblo. Hago una sola excepción: Corneille; su estilo obscuro y su arte almidonado no tienen verdad ni humanidad. En el repertorio de las comedias españolas y en el francés del siglo XVIII, encontraremos obras maravillosas, como el «Filósofo sin saberlo», que la Comedia Francesa no representa jamás. Más cerca de nuestros tiempos tenemos á Ibsen y también algunas obras póstumas de Víctor Hugo, como «¿Mangeront-ils?»... Hay tanto bueno que no tendremos más que el trabajo de elegir...

Para mí, este es el mas bello, el más noble proyecto. Y no es el único que me parece preferible á los de Pottecher, Allá y Morel.

*
* *

No, no es el único. Otros hay que valen tanto como él.

Anatole France está seguro de que el pueblo es capaz de comprender á los poetas mejor que la burguesía; pero teme que los poetas compren-

dan mejor á la burguesía que al pueblo.» Hoy, dice, no tenemos sino un teatro de casta. Cuando se funde un teatro popular, tendremos un teatro «para todos». ¿Qué se representará allí?, preguntan muchos. Es fácil contestarles: se representarán obras humanas y «actuales», como las de Sófocles y de Racine, quienes ocultando á sus personajes detrás de nombres históricos ó legendarios, les daban los sentimientos de las épocas en que ellos mismos vivían.

Las ideas serán allí generales, elementales y universales, pues si se cae en las tesis es fácil equivocarse, exaltando cosas malas y denigrando cosas buenas. Es preciso, en fin, que el coliseo de la masa no sea ni particularista ni pedante. ¡Cuidado con parecer querer sermonear! La obra es de emancipación y, por lo mismo, hay que guardarse de aquellas ideas que, con aspecto respetable, no son matemáticamente buenas. Muy bien. Sólo que hasta ahora estas comedias, estos dramas, no han sido aun escritos. Pero ¡qué importa! Los grandes escépticos que dudan de todo lo que existe, suelen tener una fe ciega en lo que aún no ha nacido. Así Anatole France cree que el porvenir reserva al mundo entero una admirable cosecha de obras maestras para el pueblo, de obras fuertes y exquisitas, sencillas y completas. «¡Sí!—exclama abandonando su sonrisa habitual.—¡Sí! ¡Veremos nuevas obras y veremos nuevos actores, de acento digno de llegar al alma de la masa! Del teatro popular depende el porvenir. Fundadlo en cualquier lugar de la tierra, y veréis un florecimiento milagroso de belleza simple y augusta».

Una frase, entre las anteriores, llamará la atención de los que han leído el estudio de Berheim, sobre los coliseos del pueblo en Alemania y en Austria, y es la que reza: «fundadlo en cualquier lugar de la tierra». Pero considerándolas desde un punto de vista rigorista, esas pocas palabras injustas, contienen la más severa de las verdades. Porque si bien es cierto que en Berlín, en Viena, en Bruselas, en París mismo, existen ya salas de espectáculo destinadas á los pobres, á los obreros, á los desheredados, no lo es menos que ninguna de ellas realiza *por completo* el ideal de los que aman el arte por encima de todas las cosas y al pueblo como á sí mismo. Anatole France, en este punto, es intransigente. Si se hace algo, quiere que sea una cosa perfecta. De lo contrario, la solución del problema sería muy fácil. «Con aumentar las barracas de las ferias bastaría», murmura riendo, sin saber, de seguro, que su compañero y amigo Catulle Mendés se contentaría en efecto con esto.

*
* *

En efecto, para el autor de *L'Art au Théâtre*, el mejor medio de crear una dramaturgia verdaderamente popular consistiría en inspirar-

se en las antiguas novelas picarescas y crear una formidable compañía de comediantes de la legua que, llevando de barrio en barrio su tienda de campaña, fuese representando por todos los rincones del mundo las obras maestras de la universal literatura. ¡Oh, Glatigny, de seguro fué por ser agradable á tus manes, por lo que el maestro inventó este sistema pintoresco! Yo me imagino ya la nueva *troupe* democrática en una escena parecida á aquella muy célebre y muy antigua de la estampa de Peter. La dama joven, con su abanico, va en la carreta de los equipajes. Los demás cómicos, llevando escopetas, violines, cetros, coronas, caminan á pie. Y las gentes en las aldeas, en las granjas, salen á las ventanas para verlos pasar, sonriendo con un poco de piedad y un mucho de extrañeza.

Sin duda los empedernidos entusiastas del capricho pintoresco considerarán benévolamente este proyecto. Pero los hombres prácticos no querrán ni aun tomarlo en consideración. Porque dar así al pueblo un espectáculo de feria es casi inferir un insulto á la democracia. ¿Acaso los obreros no tienen el mismo derecho á la belleza estable que los aristócratas y los burgueses? ¿Acaso, reuniendo sus fondos destinados á divertirse, no pueden diez mil proletarios pagar tanto como mil capitalistas? De lo que se trata en el fondo es de establecer una cooperativa poética, de conseguir el arte magnífico, uniéndose muchos. Y en este caso el sistema de Mendés, según el cual los actores trabajarían en el teatro transportable casi por caridad estética, resulta inútil.

¡Oh, los poetas! ¿Cuán poco prácticos son!

*
* *

Si Catulle Mendés procede como poeta por medio de soñaciones, Camille de Sainte Croix, especialista en asuntos de arte democrático, prefiere proceder de un modo práctico y preciso. Su proyecto parece un catecismo. «Pregunto, escritor: ¿cómo quieres que sea el teatro?—Respondo: público, el teatro debe ser...»

—¿Debe el teatro ideal del pueblo pedir una subvención al Estado y al Municipio?—dice.

Y contesta:

—Debe pedirla á la Cámara de diputados, para que la influencia ministerial sea lo menos pesada que se pueda. Que una comisión estudie los proyectos y designe el mejor, indique á la aprobación parlamentaria la elección de un administrador que reuna las mayores condiciones y cualidades posibles, y que el ministro, por pura forma, ponga dócilmente su firma al pie de un decreto. Lo que impide que la Opera Cómica y el Odeón puedan ser teatros populares, es que se encuentran entre las ma-

nos de los ministros que influyen imperiosamente en los contratos de los artistas y en la elección de las obras, según sus caprichos, sus inclinaciones ó sus intereses personales.

—¿Y habrá música?

—Quisiera que los entreactos fuesen intermedios de música sinfónica, y que se pudieran ofrecer una ó dos veces por mes, sin decorado ni trajes, audiciones de obras líricas con conferencias analíticas y comentarios críticos.

—¿Qué obras se representarían?

—Se representarían obras del repertorio francés, escogidas entre aquellas que tienen un gran valor de estética y de moralidad social: Corneille, Molière, Marivaux, Beaumarchais, Regnard, Lesage, Balzac, Henry Monier, Hugo, Nerval, Vigny, Musset, Banville, Villiers-de-l'Isle-Adam, Leconte de Lisle, Becque, etc.; y traducciones del repertorio internacional: Aristófanes, Esquilo, Calderón, Schiller, Shakespeare, Shelley; y los contemporáneos dados á conocer en París por el Teatro Libre y l'Œuvre.

Quisiera también Sainte Croix que por medio de conferencias semanales, y en caso necesario con recitaciones, se pusiese al corriente al pueblo de aquello que se representa y se canta en los teatros burgueses.

***

Paul Escudier, ex presidente del Concejo municipal de París y representante de los derechos estéticos en la asamblea de la ciudad, es también partidario del teatro popular; pero cree, como Pottecher, que sería útil dar á la palabra «pueblo» el significado de «populus» y no de «plebs». La empresa, según él, no tendrá éxito sino estableciendo la más generosa igualdad entre los espectadores. «Porque—pregunta—¿en dónde principia la burguesía, en dónde acaba el pueblo?» Y como cree que nadie logrará contestarle, nos dice: «Deseo, pues, que el teatro sea para todos y que en él encuentren placer y enseñanzas lo mismo el obrero que el estudiante, lo mismo el empleado que el artista». ¡Bello ideal, sin duda, pero ideal al fin, y lo que es peor, ideal político! Ya en las teatros actuales, hechos todos para una misma categoría, se establecen con rapidez divisiones profundas; ¿cómo, pues, impedir que el teatro para el pueblo, que lleva en su mismo nombre un sello de especialidad, se haga cada día más peculiar, más cerrado para los que constituyen las clases superiores de la sociedad? Siguiendo los consejos de Anatole France y de Octave Mirbeau, los nuevos coliseos no se diferenciarían, es cierto, de los ya existentes, sino por el precio de la entrada. Serían «Comedias Francesas» baratas y «Vaudevilles» económicos. Pero esto sólo bastaría á darles una parroquia, si no «estrecha» al menos «especial». Así, á mi entender,

debemos resignarnos á no ver en el teatro popular un terreno de reconciliación de los elementos diversos que componen las democracias semiaristocráticas de nuestra época, sino, más sencillamente, un lugar de recreo para los proletarios. El mismo Escudier lo reconoce cuando exclama: «¡No se trata de aumentar el número de salas donde se dicen chistes inmorales! ¡Tampoco se trata de fundar un púlpito laico! ¡El pueblo necesita belleza y verdad, y esto es lo que se le debe dar!» Muy bien. Y por lo mismo es indispensable no soñar en el «populus», sino en la «plebs», en la noble plebe moderna que es la fuerza de las naciones.

Un punto importantísimo es el de las subvenciones. ¿Debe un teatro popular solicitar apoyos directos del Estado ó de los Municipios? Las respuestas son tan variadas como abundantes. Escudier dice: «Nada de subvenciones, nada de tutelas, nada de tiranías. Es indispensable comprender al fin que las únicas iniciativas poderosas son las iniciativas privadas. El sistema más práctico sería emitir acciones de valor módico, con lotes, y que se reembolsaran parte en metálico y parte en billetes de teatro».

M. Morel piensa lo mismo.

Escudier termina, como Pottecher, asegurando que, para que el teatro popular sea duradero, debe inspirarse en los ejemplos griegos.

***

Ya véis, pues, que no faltan partidarios ardientes de la fundación de un coliseo para la masa. Desde Anatole France hasta Camille de Sainte Croix, todos, ó casi todos los escritores dicen: «¡Dad belleza á la multitud! ¡Fundad salas de espectáculos!»

Pero estos escritores son diletantes en la materia. El único profesional es M. Couyba, diputado, especialista en asuntos artístico-administrativos y encargado de elaborar, no un proyecto, sino una ley sobre el arte popular. Analicemos, pues, con atención sus doctas memorias y tratemos de condensar en el menor número de líneas posible sus mejores argumentos y sus más nobles ideas.

Comienza M. Couyba recordándonos que ya Michelet había asignado á la democracia el deber de constituirse un teatro. Y en seguida nos dice que antes de discutir es necesario definir, por lo cual precisa que no se ignore que «teatro del pueblo» y «teatro popular» son dos cosas que no tienen de común más que la apariencia. No se trata, según él, de procurar al pueblo ni diversiones económicas ni espectáculos violentos ó groseros, en los que, con la ingenuidad de su emoción, encuentra fácil pretexto de dudas.

Este trabajo está ya terminado. En París los teatros llamados populares, y en provincias innumerables representaciones cotidianas pro-

porcionan al pueblo la pitanza que le destinan sus proveedores de belleza económica.

«Pero la mercancía de que hoy disponen—agrega—no es la que hemos soñado para el pueblo: son generalmente sangrientos melodramas y operetas grotescas, en las que se mezclan las más arbitrarias invenciones románticas á todas las falsedades de un arte inferior».

Lo que Couyba desea para el pueblo es algo más noble y más hondo. Desea que el placer y la enseñanza vayan unidos. ¡Pero cuidado con la pedantería! Los promotores de la educación estética de la masa aborrecen lo que parece rancio; y cuando hablan de enseñar desean que sus palabras sean tomadas en un sentido moderno y libre. «El teatro nuestro—dicen—no será utilitario, porque, en tal caso, dejaría en el acto de ser un templo de arte; pero tendrá, eso sí, su utilidad social y aun su misión humana como todo el arte. Será la distracción, será el recreo de la multitud poco adinerada. No se propondrá dar consejos, ni reformar errores, ni impedir abusos, ni hacer, en suma, más de lo que hacen en favor de la cultura pública las divinas Venus de los museos. Pero ¿acaso no es esto bastante?» Sí, sí lo es. Y no hay duda de que en un país en donde los organizadores oficiales de espectáculos hablan así, es un pueblo de artistas. Para dar mejor á comprender su pensamiento, el diputado poeta concluye diciendo: «No se temerá, sin embargo, el familiarizar al pueblo con los grandes problemas sociales, morales y religiosos, puesto que todo esto es materia artística. Pero se prohibirá lo doctrinario. El día en que el teatro del pueblo se hiciera el órgano de un partido, por grande y noble que fuere, ó el paladín de una doctrina, se arruinaría.» Se trata, pues, de despertar á la Inteligencia del pueblo, y no de trazarla caminos. Lo que más importa es poner á la masa en posesión de su plena conciencia; darle el sentimiento y el respeto de su propia dignidad, el amor á la libertad, haciéndola partícipe de las alegrías más desinteresadas de la vida. El teatro no cumplirá toda esa misión, pero puede ayudar á que se cumpla.

***

Después de oir á todos estos apóstoles de la popularización de la dramática, lo primero que se nos ocurre es preguntar:

¿Cómo no hay aún empresarios que se decidan á fundar un teatro tan necesario?

Sí los hay. Son pocos. Son obscuros. Pero existen. De los de Alemania y de los de Austria ya tenéis una idea vaga por el informe de M. Bernheim, inspector de Bellas Artes. De lo que en Francia se ha hecho, nos habla en un artículo, por desgracia demasiado breve, M. Georges Bourdon. La primera tentativa data de 1892. Se trataba, según parece, de fes-

tejar el centenario de la república en una ciudad de tercer orden que se llama Bussang. El Sr. Pottecher tuvo la idea de una representación para el pueblo en un jardín público. Sólo que los únicos actores disponibles no conocían sino algunas obras de Molière y Molière es un clásico... Pottecher, irrespetuoso como todos los poetas, modernizó una de esas obras, transportando la acción á nuestra época é introduciendo en el diálogo los modismos del pueblo de la Mosela. El éxito fué inmenso. El público, entusiasmado, exigió al empresario «malgré lui» que diera cada año algunas representaciones. Así nació el teatro en Bussang. «Ese teatro—dice Bourdon—es el verdadero teatro del pueblo: pone en escena las costumbres populares; se compone de aficionados, que son campesinos, obreros y estudiantes; se dirige á las muchedumbres reunidas, á todas las clases sociales, confundidas en una fraternal emoción, á todo el pueblo hirviente, que ríe y llora, como reía y lloraba el pueblo de Atenas, cuando la gran musa heroica cubría con el ruido de sus versos los lejanos latidos del mar Egeo. Realiza é ilustra los votos de Michelet, y alimenta al pueblo con el alma del pueblo». Otro teatro popular de Francia, el de Gerardmer, en los Vosgos, nació de un modo análogo, con una representación clásica organizada por M. Gehin. En vez de estar establecido en un jardín, como el de Bussang, se halla enclavado en una roca, cual los primitivos coliseos griegos. En cuanto á los teatros de Nancy y de Lille, son creaciones estudiantiles, no populares.

De los teatros de Poitou y de Bretaña, nos dice M. Bourdon: «La casualidad de una fiesta organizada en honor de un poeta en los bordes del Sèvre, en las ruinas de Salbart, proporcionó á M. Pierre Corneille, descendiente de su ilustre homónimo, la ocasión de escribir una corta pastoral, que fué representada por gente del pueblo. Esto ocurrió en 1897. El éxito fué tan inmenso, que M. Pierre Corneille concibió la idea de dar una segunda representación un día cualquiera. Entonces escribió «La leyenda de Cambrille», cuento poético sacado de una historieta local, y la hizo interpretar por primera vez una noche en el parque de la villa de Saint-Maixent, en Puy d'Enfer, delante de cuatro mil espectadores apiñados en los flancos de la colina. Con el éxito creció la justa ambición de M. Corneille, y en 1898 dió en La Mothe una tragedia, de corte clásico, «Erinna, Prêtesse d'Hessus», repetida al año siguiente en Fontenay y en Vendée. Desde entonces el dichoso émulo de M. Pottecher continúa cada año la campaña tan bien comenzada, trabajando por constituir un teatro popular. Tiene como colaboradores á los actores de una compañía de ardientes aficionados, y por público á una multitud atenta. Ha hecho también aplaudir «Par la Clemence», «Au temps de Charles VII» y «Richelieu». He visto fotografías del escenario de M. Corneille é ingeniosísimas decoraciones en pleno campo de La Mothe, quedando verdaderamente

sorprendido de los resultados que la buena voluntad, el talento y la fe de los iniciadores han obtenido».

En Bretaña el amor al teatro es tan antiguo como la raza misma. Primero con el apoyo del clero; más tarde, á pesar del clero, se representaron largos y abundantes misterios. Estas representaciones duraban tres días. Las ilustres «jornadas» de Treguier ó de Goëlo fueron célebres en la Armórica. Pasada la Edad Media, compañías andariegas de aficionados circulaban por todas partes, dirigidas por empresarios improvisados que suspendían para aquellas rápidas expediciones su trabajo habitual. M. Le Grofñe nos dice, sin embargo, que la mayor parte de estas compañías se han dispersado en estos últimos años, y que es necesario ir á buscar la musa del teatro bretón en las trastiendas de las tabernas y en las granjas y en las bodegas.

* * *

Uno de los problemas que se trata de resolver antes de realizar el teatro del pueblo, es el de saber si el drama debe ser un espectáculo ó una escuela.

—¿Qué influencia tiene ó debe tener el arte dramático en el pueblo, en las costumbres, en las ideas?—pregunta la crítica.

Y contestan unos autores dramáticos:

—El único teatro digno de respeto, de admiración, de apoyo, es aquel en que la belleza y la enseñanza se confunden íntimamente hasta el punto de ser inseparables. No olvidéis que una madre «encanta» y «alimenta» á su hijo. Así el arte que es lección y sonrisa, llama y espejo. La *Antigona* de Sófocles suavizó las doctrinas bárbaras de los atenienses sobre la ciudad; el *Mariage de Figaro*, de Beaumachais, encendió la divina chispa de la revolución que libertó al universo; el *Enemigo del Pueblo*, de Ibsen, es la vanguardia de las ideas nuevas. Todo lo que es grande en la escena es porque moraliza. No hay púlpito tan noble como el de las tablas. Recordad nombres ilustres y veréis que sólo os emocionan aquellos que representan virtudes enseñadas ó ideas generalizadas.

Y en seguida responden otros:

—¡Qué cosas se os ocurren, por Dios santo! ¿Ideas? ¿Doctrinas? ¿Virtudes? La única virtud es la belleza, como lo indicó el dulce Renan. En lo que á la moral atañe, todo es moral, hasta las rosas y los besos. Pero os digo que nos pondríais en gran apuro si fuese indispensable decidir si el arte dramático moraliza. Lo que sí declaramos es que nadie le obliga á ello. Busquemos, en efecto, las virtudes enseñadas por Racine, Corneille, Molière, Beaumarchais, y las ideas generalizadas por Hugo, Musset, Augier ó Dumas... Después de buscar, tendremos que declarar que el arte

no es sencillamente sino un arte, sencillamente y magníficamente. En cuanto á nosotros, ni al preparar ni al escribir una pieza hemos experimentado el más mínimo deseo de fundar una religión ó de defender un principio. Sin duda hemos hecho mal como ciudadanos. Pero hemos cumplido nuestro deber como poeta.

Estas dos opiniones son toda la opinión.

Vais á exclamar que en dos breves discursos no puede caber una vasta consulta transcendental, y que tanto lo que aseguran aquéllos como lo que insinúan éstos son cosas muy antiguas.

Os oigo murmurar:

«Un estudio de esta naturaleza llenaría muchos volúmenes».

La historia de los hombres también llenaría infinitos tomos, y, sin embargo, cabe en la frase célebre del rey que decía: «nacieron, sufrieron, murieron». En las palabras citadas está en esencia todo lo que hasta hoy se ha escrito sobre el objeto del teatro.

***

Nuestos contemporáneos se empeñan en saber si el teatro puede ser moralizador.

Nuestros abuelos lo único que deseaban era que el teatro no fuera una escuela de corrupción.

«¿Qué madre cristiana—exclama Bossuet—no preferiría ver á su hija en la tumba que en el teatro?» Y con una crueldad ardiente nos hace considerar el arte dramático cual un arte diabólico. Según las *Máximas y Reflexiones*, el teatro enseña el amor que «no es sino la odiosa concupiscencia de la carne». El mismísimo *Cid*, de Corneille, es impuro, pues enseña á amar á Jimena. Las comedias de Molière son infames, pues hablan sin escándalo del adulterio. Basándose en textos antiguos, el águila, de Meaux, maldice de las tablas, sitio de inútiles gracias de pro digiosa disipación, de malos ejemplos, de fuertes pasiones, de vanidades y de lujo. Por último, recordando que Santo Tomás autoriza el teatro honesto, exclama que «esto es lo mismo que prohibirlo siempre, pues no puede haber teatro honesto».

Otro gran enemigo del teatro es Juan Jacobo, quien, sin pensar en doctrinas religiosas, cree que los hombres acaban por adquirir gran desprecio de lo real, deleitándose en espectáculos ideales. Según él, lo malo del drama no es que inspire pasiones criminales, sino que predisponga el alma á sentimientos por demás tiernos, sentimientos que luego es indispensable satisfacer á despecho de los más estrictos deberes. Las dulces emociones que se experimentan en una sala de espectáculo no son en sí mismas pecaminosas; pero lo son, y mucho, en sus consecuencias. No

dan amor como cree Bousset. Lo que hacen es prepararnos para sentirlo, ó, mejor dicho, para compartirlo.

Estas opiniones de antaño y otras menos añosas, pero no menos violentas, sirven á algunos para asegurar que cuando el teatro del pueblo se realice, será ante todo necesario dar mayor prestigio y más amplia autoridad á la censura previa. Y es en vano protestar en nombre de la libertad.

—En todos los países de Europa—nos dice M. Marcel Fouquier—existe la censura y debe existir.

—¡Alto ahí!—le contesto;—la censura por lo pronto no existe en España. En Portugal es facultativa, de modo que un director ó un autor «pueden acudir» á ella para estar seguros de que la obra que estrenan no será luego suprimida por la autoridad; pero no «tienen el deber» de someter sus manuscritos, cual en Francia, antes de darlos á estudiar á los cómicos. En Bélgica no hay tampoco censura. La policía de los teatros es comunal ó municipal y depende de funcionarios que no están obligados á sostener prejuicios de casta ó ideas dinásticas. Así, lo único que en Bruselas temen los dramaturgos es la sanción del público, del público que es soberano, que puede silbar, que puede gritar, que puede suspender un espectáculo. La autoridad no se mete en el arte. Ved, sino, con cuánta frecuencia obras que en París prohibe la policía se representan en país flamenco. El último ejemplo es de ayer: *Les Avariés*, de Brieux.

Pero no hay duda de que en el fondo la aseveración de Fouquier resulta exacta, y que Europa, la Europa libre, la Europa que se proclama respetuosa de todas las opiniones, conserva aún en las esferas legisladoras y gubernativas el sentimiento autoritario de que la censura previa es indispensable para el teatro. En Francia, por más que se lucha contra ella, su supresión es un mito. Los ministros necesitan, según parece, tal freno, y así lo proclaman en plena Cámara, haciendo ver que no se trata de una institución para defender la moral pública, sino de una égida contra los ataques políticos. Diríase que el recuerdo del *Fígaro*, de Beaumarchais, inquieta sin cesar á los que mandan.

Los franceses, no obstante, se consuelan pensando que en Inglaterra no sólo hay censura, sino que aun subsiste la legislación antigua, según la cual un teatro es un privilegio que la autoridad puede retirar con la misma ligereza con que en Rusia se suprime un periódico. En estos últimos años, en efecto, varios coliseos londinenses han sufrido multas por haberse permitido ciertas libertades artísticas, y uno de ellos, ayer, estuvo á punto de ser cerrado sólo por haber puesto en ensayo una obra prohibida que se titula nada menos que *Monna Vanna*, y cuyo autor se llama Maurice Maeterlinck, como quien no dice nada...

Y si los franceses se consuelan contemplando á los ingleses, los ingleses pueden consolarse fijándose en los yanquis. Porque en verdad os digo

no hay un pueblo donde con más facilidad se suprima ó se suspenda un espectáculo que los Estados Unidos. En el *Herald* fué justamente donde, un año hace, leí la noticia de que, habiendo un teatro organizado una representación del drama del Calvario tal cual aún se acostumbra en Oberammergau, una sociedad de jóvenes cristianas se quejó á la policía de Filadelfia ó de Chicago, diciendo que aquello ofendía sus creencias, y obtuvo en el acto una orden de suspensión. Ya antes Olga Netersole había sido condenada á una fuerte multa después de representar en un teatro de Nueva York una traducción de la *Sapho*, de Daudet, sólo porque un club de padres de familia declaró ante un juez puritano que la obra le parecía inmoral.

En cuanto á Rusia, nada tiene que envidiar á Turquía...

Pero lo extraordinario no es que estas leyes, que estas prácticas existan, sino que existan autores dramáticos que las defiendan y críticos que las proclamen necesarias, no ya tan sólo para nuestra autoritoria y burguesa época, sino para ese mañana libre y luminoso en que el arte será popular y universal.

***

—El teatro—dicen los partidarios de la censura—no parece ya tener por objeto sino copiar de modo brillante y tentador las más malas costumbres. El único objeto de las comedias nuevas es la glorificación de las malas pasiones, la excusa y aun el elogio del adulterio, el respeto de los peores pecados, la simpatía de las malas vidas. ¿Qué vemos, en efecto, en las tablas, sino los expedientes, los ardides, las mentiras que emplea el marido para engañar á su mujer, la mujer para engañar al marido, la madre para ocultarse de su hija, la hija para burlar la vigilancia de su madre? El examen del alma de las solteras es en especial cruelísimo. Antes bastaba la mujer. Hoy los autores nos pintan también á la virgen. ¡Y con qué colores! Coquetas comprometiéndose conscientemente y no aspirando —¡con cuánta afectación!—al matrimonio más que para escaparse de toda autoridad filial, para vivir á sus anchas una vida de placeres y de fiestas para la cual la fortuna de muchos hombres no sería suficiente. Este es, el objeto, la del teatro realista. Tal vez para ciertas clases de la sociedad, extenuadas y escépticas, que no tienen ningún interés por la suerte de la raza, y se esfuerzan en salir de la realidad dolorosa por cualquier remedio violento ó por cualquier plato bien salpicado de especias. Pero esos extenuados y esos escépticos, esos hombres y esas mujeres neuróticas, siempre en busca de sensaciones nuevas, no componen la sociedad entera. Según la frase de Dumas hijo, hay menos mujeres honradas de lo que se dice, pero hay más de las que se cree. Y, gracias á Dios, hay toda-

vía muchas jóvenes que conservan el lilial candor de vírgenes. El espectáculo corruptor de las calles no es bastante á desmoralizarlas; para éstas, ¿es preciso que el teatro sea el iniciador de la caída?

Así hablan los pesimistas, los que sólo quieren ver el lado escabroso del arte; los que se detienen ante todos los espectáculos malsanos del bulevar, y pasan luego, sin pararse, por los sitios menos suntuosos, pero no menos bellos, en donde florecen las obras nuevas destinadas al pueblo con una lujuriante vida de ideas sanas y de imágenes vigorosas:

Así hablan y luego dicen:

—¡La inmoralidad mata al teatro!

***

¡Ojalá fuera esto cierto!

Los partidarios del teatro popular no pueden menos que desear la muerte del teatro actual, aristocrático y burgués, de cuyas cenizas surgirá el arte intenso y sencillo del porvenir.

¡El teatro se muere!

Y según un escritor muy serio—M. Blavinhac—esto es una cuestión de pocos años ó tal vez de pocos meses. La agonía ha principiado ya. Pero si bien es cierto que entre sus males uno es la inmoralidad, también lo es que sufre de otros no menos graves, no menos mortales, como las exigencias de la «mise en scène», la cuestión de los sueldos y la crisis de la «reclame». Esta última enfermedad es en París la más aguda de todas y bastaría á matar ya, no sólo el teatro sino toda la literatura. Rostand lo dice en una carta que ha pubicado el *Gil Blas*, y que termina así: «Pienso que lo que más daño ha causado á *Chérubin* es el ruido que se metió antes de su estreno. ¿Cuándo se decidirá la prensa á no hablar de una obra sino después de verla? Los elogios anticipados pueden hacer imposible un triunfo». ¡Bravo!... Sólo que me parecería más justo que el autor de *Cyrano* se dirigiera á sus compañeros y no á los periodistas. Porque en esto de la «reclame», los diarios son más víctimas que culpables. Los sueltos, los artículos, las siluetas y las indiscreciones sobre las actrices, sobre los actores, sobre los dramaturgos y sobre las obras de ensayo, aparecen sin cesar, es cierto. Pero ¿quién los lleva? No son los repórteres, no, ni menos aún los redactores, sino esos «secretarios encargados de la publicidad» que existen aun en los más ínfimos conciertos de Francia. «Desde el director hasta el portero—dice M. Blavinhac—pasando por los comparsas y los maquinistas, todos los que trabajan en un teatro tienen almas de charlatanes y gastan la mitad de lo que ganan en comprar elogios». Esto nos explica que ciertos periódicos en los cuales jamás se habla de un

libro nuevo, ni de una nueva obra de arte, consagren cotidianamente dos ó tres columnas á lo que se llama por lo general «Courrier des theatres» y que es una verdadera gaceta íntima del glorioso mundo de las tablas. He aquí un diario de esta mañana. De lo que hacen el presidente y los ministros, ni una palabra nos dice. En cambio nos entera de que Abel Tarride, «el actor eximio», vive en la rue de Moscú; de que Cecilia Sorel, la «divina actriz del Francés», se encuentra veraneando en su chalet de Orry-la-Ville; de que Delmás, el «eminente» cantor de la Opera, estudia su papel de Enrique VIII; de que Alfred Bruneaud, el compositor, va á dirigir la orquesta de la Opera Cómica una de estas noches; de que «la rubia» Lili estrenará un «traje soberbio» en la próxima revista de Trianón; de que Polaire prepara una creación «estupenda», etc. Y mañana este mismo periódico y otros muchos nos dirán algo más de cada uno de estos «eximios» y de estas «divinas». El mecanismo de toda buena «reclame» está en insistir. Un solo artículo, firmado por Emile Faguet ó por Catulle Mendés, sirve menos que veinte notas anónimas bien escalonadas. «Un mes antes del estreno—dice Blavinhac—los sueltos tendenciosos hacen su aparición en los periódicos. Estos empiezan por las indiscreciones. Así sabemos que la encantadora señorita X... ha conseguido una magnífica contrata para poder crear el soberbio papel de ingénua en la preciosa obra de nuestro eminente colega K... Al día siguiente se nos informará de que decididamente es un gran éxito el que se prepara. Los intérpretes están encantados; el director ha hecho locuras. Se habla hasta de la comida de la centésima representación.» Después llega el turno á las anécdotas y á los recuerdos; los periodistas irán entonces al domicilio de los artistas y no perdonarán ni aun los detalles del mobiliario. Por supuesto el actor (generalmente es actriz) se muestra encantado de la creación que va á hacer. «¡Ah, ya veréis, señor, la hermosa escena del tercer acto!... Parece escrita para mí». Y el periodista nos servirá, en la sección que le está encomendada, una serie de cálculos profundos sobre el éxito que la «exquisita» ó la «deliciosa» señorita X... obtendrá, acompañado, como es consiguiente, de algunos detalles de la vida íntima y de algunas confidencias retrospectivas que completarán la interesante *interview*... Estas costumbres, que cada día son más generales y menos discretas, amargaron los últimos momentos del pobre gran crítico que acaba de morir.

En efecto, parece ser que Laurroumet, en su lecho de muerte, hablaba con tristeza á sus amigos de la corriente de «reclame» que ha matado ya á la crítica y que está matando al teatro mismo.

—Sería necesario—decía—que vinieran á salvarnos del charlatanismo unos cuantos autores desdeñosos de los triunfos fáciles, respetuosos de los juicios desinteresados, amigos del arte y enemigos de la notorie-

[illegible] [illegible]iciosa... Dos ó tres nos bastarían. Pero yo no los veo en lonta-[illegible]...

Los apóstoles del Teatro popular, en cambio, los ven. Por eso esperan.

Y por eso, ante la podredumbre de la vida teatral *bulevardera*, lejos de llorar, cantan himnos de resurrección. Sobre las ruinas de lo que hoy se derrumba, altas torres van á alzarse.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, POR LEONARDO LABIADA.

II

LA ESCULTURA

El florecimiento de la escultura en un país requiere condiciones y aptitudes que no son las que caracterizan nuestra raza. Un arte escultórico vigoroso y fuerte no lo tuvimos nunca; citar unos cuantos nombres no es bastante para convencer de lo contrario. Lo más nacional, lo más español en este arte, son las tallas de madera, los santos pintados; pero esta manifestación artística aun está poco estudiada, y presiento que el día que se estudie con la calma que merece, han de descubrirse tales influjos y tales dejos, que se mermará un tanto su legendaria fama de arte castizo.

No es la escultura flor de nuestra tierra, y la Exposición de este año no ha sido en verdad argumento en contra de la pobreza escultórica. Se ha notado considerable aumento en el número de obras y en el número de artistas que dedican sus talentos á este arte duro y áspero; se han señalado barruntos, atisbos, destellos tibios; se han admirado las cabezas de Blay; se han desdeñado, ó pasaron sin ser vistas, las obras rudas de los hermanos Oslé; se ha discutido con violencia la obra de Marín, pero el mármol ó el bronce, que señale sin vacilaciones ni balbuceos un paso adelante, no lo halló nadie.

Blay afirmó su fama de escultor fino y elegante: su escultura es expresiva; en sus cabezas se sorprende siempre la palpitación de la vida; aparecen exaltadas por la idea interna, como si la luz del pensamiento las animara, y esta expresión es siempre suave, tierna, ensoñadora. Quizás ensoñadora en demasía. ¿Sobre los ojos de estas cabezas de Blay, no cae con harta frecuencia el velo del sueño? ¿No son demasiado soñolientas las cabecitas de Blay?

De su obra *monumental* sería aventurado formar juicio rotundo por lo que ha podido verse en la Exposición: dos fragmentos de dos monumentos. El juicio sería también fragmentario y expuesto á error

En el grupo de Marín *Misericordia*, se advierten dotes singulares de

escultor que modela con firmeza y conoce el arte sutil y árduo de agrupar. Lo que no puede celebrarse de igual manera es la afectación, el exagerado relieve... todo aquello que le convierte en un imitador. Verdad que pone altas sus miras al imitar, pero yo temo siempre que les ocurra á los imitadores de Rodín lo que á los imitadores de Wagner les ocurrió: dieron en la hinchazón.

Peligros graves asoman también en las obras de los Oslé; pero sería injusto guardar sobre ellas desdeñoso silencio. Yo no acierto á explicarme por qué la crítica las trató de soslayo, pasando ante ellas de refilón. Del despego del público nada tengo que decir: de un lado estaba el mutismo de los críticos, y de otro lado la circunstancia de que son obras duras de pelar. Y, sin embargo, como atisbo, como barrunto, como asomo, yo no he visto nada que iguale á estos grupos en la Exposición. Son obras presentadas casi en boceto, y alguna, *Al hogar*, por ejemplo, tosco boceto, y sin embargo, poseen tal fuerza expresiva, que á quien despacio y con serenidad las contempla, le despierta honda emoción. Tienen algo de la luz interna que ilumina las cabezas de Blay, aunque es muy diversa manera de expresión, y, desde luego, están los Oslé muy lejos del misticismo poético en que suele complacerse Blay. Por las muestras, los Oslé hallan sus asuntos en los fondos de la sociedad y evocan las grandes tristezas de los desheredados.

Así Marín como los Oslé, son esperanzas de nuestra escultura contemporánea.

III

EL ARTE DECORATIVO

En la sección de Arte Decorativo quisiéramos hacer un alto, quisiéramos dedicarle páginas enteras, quisiéramos darle mayor importancia que á las artes puras, y, sin embargo, nos vemos tristemente obligados á pasar de largo.

Verdad que una decadencia nacional es la suma de gran número de decadencias parciales, y las industrias artísticas españolas no podían sustraerse del general abatimiento; pero aun así, sorprende y aflige el ánimo el ver decaídas, bastardeadas, industrias que, en nuestra patria, florecieron y se desarrollaron con vida brillante. En pocas cosas veo tan grande ruina como en estas ruinas de la industria artística española. Basta meterse en una catedral, husmear rejas, tallas, bordados, repujados, cueros, sedas, joyas... y comparar luego lo que se ha visto con lo que hoy vemos.

Desde estas mismas páginas se ha defendido siempre la necesidad de organizar sobre otras bases las Exposiciones de la industria artística. No pensamos que con esto surjan industrias artísticas; no por cierto. Cuando no surgen para embellecer la vida, ¿han de surgir para ir á embellecer los muros de una Exposición? Pero en el bárbaro y desordenado apelmazamiento de las Exposiciones bienales, entre la pintura y la escultura, ¿no se admite á la industria artística como á *cenicienta?* Un ensayo, cuando menos, podría hacerse, y convertir la sección de Arte Decorativo en una Exposición de industrias artísticas que alternase con la bienal de Bellas Artes.

CRONICA INTERNACIONAL, POR JOAQUIN F. PRIDA.

FRANCIA Y MARRUECOS.

No desvanecida aún la impresión primera, honda y compleja, producida en la opinión pública por el acuerdo franco-inglés de 8 de Abril último, nuevos hechos, de índole diversa y de transcendencia notoria, han vuelto á llamar la atención general sobre los asuntos marroquíes.

Por un lado, el incidente diplomático nacido de la captura de dos ciudadanos norteamericanos, MM. Perdicaris y Varley, por el bandido Raisuli, que se apoderó de ellos en las inmediaciones de Tánger, para exigir, á cambio de su libertad, determinadas concesiones, ha planteado prematuramente para Francia el problema de su nueva responsabilidad en el Noroeste de Africa, y ha servido de ocasión para que los Estados Unidos, ávidos de mostrar en todas partes su poder y su influjo, sostuviesen con energía una reclamación que debió de causar graves preocupaciones á la diplomacia francesa.

De otra parte, las demandas formuladas con creciente empeño en Alemania para que los intereses y aun las ambiciones nacionales del gran Imperio central sean atendidos en el futuro reparto de Marruecos, dejan entrever la posibilidad de que el Gobierno imperial secunde en secreto y se prepare á mantener en público lo que, hoy por hoy, no pasa de aspiración extraoficial de individuos y sociedades.

Y, por último, la discusión, no muy luminosa, en verdad, pero sí muy significativa, sostenida recientemente en las Cámaras españolas acerca de las cuestiones marroquíes, da á entender con claridad bastante que, al lado de acá de los Pirineos, hay un estado de opinión resueltamente favorable á las reivindicaciones mantenidas en la pendiente negociación franco-española, en pro de las cuales actúan, no sólo la voluntad de un Gobierno ó de un partido, sino la voluntad nacional, que, aun siendo la de un pueblo débil, se fortifica por la índole misma de sus demandas, y por circunstancias exteriores que indudablemente concurren á prestarle apoyo.

Aunque con la brevedad impuesta por los límites ineludibles de esta *Crónica*, es preciso examinar todos los puntos indicados.

El incidente promovido por la captura de MM. Perdicar s y Varley es, en su origen, uno de tantos hechos como revelan á toda hora la indisciplina en que viven las tribus marroquíes y la impotencia del Sultán para mantener el orden y asegurar el respeto á los más elementales principios de justicia en el interior del desmedrado Imperio de que se dice soberano.

Un hombre en quien, por obra del atraso y barbarie de una sociedad degenerada, se hace compatible la condición de bandido con la de personaje influyente, cuya autoridad acatan las tribus y respetan los representantes del poder público, se apodera á viva fuerza de dos extranjeros, no por odio nacional ó religioso, sino por puro cálculo: por obtener y conservar una prenda que obligara al Gobierno del Sultán, temeroso siempre de complicaciones exteriores, á subscribir acuerdos ó acceder á demandas que, en otro caso, no serían estipulados ni atendidas.

Pedía, con efecto, Raisuli una fuerte indemnización pecuniaria destinada á compensar graves perjuicios, reales ó supuestos, irrogados por las tropas del Gobierno á los habitantes del distrito en que la jefatura de aquél es acatada; pedía, además, la destitución del gobernador de Tánger, enemigo y perseguidor suyo; pedía la libertad de prisioneros de su tribu, retenidos por las autoridades marroquíes, y pedía, por fin, que la propia autoridad en el territorio que habita obtuviese la consagración de un reconocimiento oficial que la dejara, en adelante, fuera de litigio.

Sin quererlo, y antes al contrario protestando de que su intención distaba mucho de apoyar las exigencias ó de favorecer la impunidad de un bandido, los Estados Unidos vinieron á facilitar la empresa de Raisuli, apremiando al Gobierno del Sultán para que entregase, vivos, á MM. Perdicaris y Varley, ó, muerto, á su captor.

Lo primero no era fácil lograrlo sin que el Sultán se decidiese á negociar con el súbdito rebelde que retenía en su poder á los cautivos; y negociar era tanto como renunciar al castigo, ofrecer compensaciones y resignarse á satisfacer exigencias que en todo país civilizado serían inverosímiles. Lo segundo, á más de poner en grave riesgo la vida de los dos rehenes, y de abrir, por lo tanto, la puerta á ulteriores reclamaciones pecuniarias que una triste experiencia hace temer, con razón sobrada, á las autoridades marroquíes, no era muy hacedero tampoco para un Gobierno, como el Gobierno del Sultán, falto de los medios coercitivos necesarios para imponer su autoridad en la mayor parte del Imperio y para reducir á la obediencia, en breve plazo, á los jefes de tribu que se rebelan contra la nominal soberanía de S. M. Jerifiana.

La actitud, pues, de los Estados Unidos, resuelta y amenazadora, con indicios de inmediata acción militar, preparada por el envío de una flota de guerra á las aguas de Tánger, tenía que conducir, y naturalmente

condujo, á la humillación del Sultán y al triunfo de Raisuli: era racionalmente imposible que no terminara de este modo un incidente diplomático en el cual se exigía del Gobierno marroquí que otorgara lo que no le era dado otorgar sin desagraviar, primero, y complacer, después, al súbdito rebelde, en cuyo poder habían caído los dos ciudadanos de la poderosa nación americana.

Pero no fué tan sólo la representación oficial de Marruecos la que se vió comprometida y rodeada de dificultades por los apremios de la diplomacia de Washington: fué también el Gobierno francés quien hubo de compartir en alguna medida los riesgos y responsabilidades de la solución del litigio, hallándose irremediablemente complicado en una cuestión, harto inoportuna para sus nuevos ideales de gran potencia llamada á proteger y civilizar el Noroeste africano.

Por lo pronto, la conducta de los Estados Unidos debió de parecer en Francia algo así como un desconocimiento de los títulos adquiridos por M. Delcassé para su patria en virtud del tratado de 8 de Abril último, puesto que, desentendiéndose por completo de semejante acuerdo, el Gobierno de Washington dirigía sus reclamaciones á las autoridades marroquíes; pero este primer recelo hubo de disiparse en breve, porque el almirante americano solicitó los buenos oficios de Francia, y reconoció implícitamente, de este modo, las aspiraciones de la nación vecina á ejercer predominante influjo en los destinos de Marruecos.

Subsistieron, sin embargo, después de desvanecido ese temor, otras causas de inquietud para la diplomacia francesa.

Conducida ésta, por impulso propio y en virtud de las excitaciones americanas, á tomar parte activa en la solución del conflicto provocado por la captura de MM. Perdicaris y Varley, tuvo que luchar con la desproporción notoria entre sus medios de acción, débiles y escasos como puedan serlo los de cualquiera otra potencia, y su deseo de aparecer como la nación privilegiada en cuyas manos se ha puesto muy especialmente, por obra de la confianza de unos y de la resignación de otros, la futura suerte del codiciado territorio africano. Desempeñar ese último papel era cosa demasiado halagüeña para que pudiera renunciarse; pero desempeñarlo ahora, antes de tiempo, cuando los proyectos franceses no han entrado aún en vías de realización, y cuando no ha sido posible preparar el terreno para llevarlos á la práctica, era empresa erizada de dificultades y rodeada de toda clase de peligros.

Así se vió que Francia sentía apresuramientos parecidos á los del Gobierno del Sultán para salir pronto y de cualquier manera del conflicto. A trueque de evitar que los Estados Unidos Norteamericanos acudieran á la fuerza para hacerse justicia sin ajeno auxilio, puso aquélla en juego todo su prestigio cerca de las autoridades marroquíes, y todo su ascen-

diente sobre algún personaje importante, como el jerife de Uazán, para conseguir la libertad de los dos extranjeros cautivos: de donde se siguió que la acción francesa coincidiese con la de la autoridad territorial, no en preparar el castigo de un culpable y en hacer de ese modo campaña de civilización y de justicia, sino en transigir, por razones políticas, con las exigencias de un secuestrador, y en favorecer, inmediatamente á lo menos, la impunidad y aun la recompensa de un delito.

Con razón, pues, se ha dicho en una acreditada publicación francesa que el último incidente marroquí no ha tenido brillante desenlace para ninguno de sus actores, salvo para Raisuli, y que en lo sucesivo Francia no podrá ceder, como ha cedido ahora, ante las demandas de un bandido. No han transcurrido todavía tres meses después de la firma de la convención anglo-francesa, y ya empiezan á palparse las dificultades que consigo lleva el reconocimiento de ese predominio en Marruecos, con tanto empeño reclamado por la diplomacia que M. Delcassé dirige.

Otro aspecto, digno de estudio, ofrece también la cuestión planteada por la captura de MM. Perdicaris y Varley.

La desasosegada ambición que, de algunos años á esta parte, domina al Gobierno de Washington; su propósito, cada día más claro, de mezclarse en los asuntos del Viejo Mundo, de que antes estaba sistemáticamente apartado; su inteligencia, ostensible ó secreta, con Inglaterra, la nación madre, con la cual parece coincidir en el vasto designio de supremacía anglo-sajona, han hecho pensar, no sin motivo, si los Estados Unidos tenían puestas también sus miras en algún punto de Marruecos, codiciando, por lo menos, el establecimiento, en el litoral africano, de una estación naval que facilitase en lo porvenir la acción de la escuadra norteamericana.

Faltan datos para saber si esto que acaba de indicarse es una realidad ó una mera sospecha que pueda desvanecerse en breve plazo; pero, después de todo, nada tendría de extraño que los Estados Unidos acariciasen proyectos de esa índole, desde el momento en que se observa que en algunas naciones europeas, bastante alejadas hasta hoy de los asuntos políticos marroquíes, se acentúa de día en día un movimiento de opinión francamente dirigido á obtener concesiones territoriales en el Noroeste de Africa.

Así sucede, principalmente, en Alemania, donde dos importantes agrupaciones, la Liga pangermánica y la Sociedad colonial, intentan subsanar lo que califican de omisiones cometidas en la reciente convención anglo-francesa, y excitan al Gobierno (no muy satisfecho de aquélla, por su parte, si hemos de atender á ciertas frases pronunciadas por el Canciller, Conde de Bülow), para que los intereses germanos obtengan el respe-

to y representación debidos cuando llegue el momento de fijar por manera definitiva la futura suerte del territorio marroquí.

Hay quien supone ya que, en este delicado asunto, el Gobierno alemán prepara en secreto una sorpresa desagradable para Francia; hay quien enlaza el disgusto producido por el tratado de 8 de Abril en cierta parte de la opinión pública del Imperio, con la entrevista celebrada, no ha mucho, en Vigo, entre Guillermo II y Alfonso XIII, y hasta los menos pesimistas, entre los escritores franceses que han fijado su atención en este punto, no ocultan el vago temor de una oposición, franca ó encubierta, de Alemania al cumplimiento estricto de lo que exigen la letra y el espíritu de la reciente convención franco-inglesa.

De esos recelos, más ó menos fundados, que inspiran la actitud alemana y la de los Estados Unidos, pueden nacer, si no han nacido ya, desconfianzas é incertidumbres que entorpezcan la acción del Gobierno y diplomacia franceses cuando de Marruecos se trate. El porvenir que parecía casi totalmente despejado, después de haberse entendido M. Del cassé con Italia y con Inglaterra, comienza á obscurecerse de nuevo. Con la misma ó parecida razón que esas naciones, hay otras que muestran, en una ó en otra forma, deseos y propósitos de ser escuchadas y complacidas á la hora decisiva del reparto; y todo esto ha de conducir, naturalmente, de no existir causas desconocidas que puedan compensarlo, á encerrar en prudentes límites las aspiraciones de Francia, á impulsar á ésta por caminos de conciliación, á debilitar su energía ante resistencias posibles, y, en una palabra, á enfriar no poco aquellos entusiasmos excesivos que inspiró en los primeros instantes, al lado de allá de los Pirineos, la perspectiva abierta por las cláusulas del convenio de 8 de Abril.

En tales circunstancias, la prosecución de las negociaciones franco-españolas no puede ser desfavorable para nuestros intereses nacionales. Son los momentos presentes extraordinariamente propicios para conseguir que no se nos rehuse nada justo, y para hacer valer frente á quien trate de negarlos (si alguien por acaso abrigara intento semejante), los intereses y derechos que á España deben ser reconocidos. Las demandas en que el Gobierno español haya podido concretar las aspiraciones seculares de la patria, no han de pecar, seguramente, de excesivas, porque desengaños y tristezas de todo género nos han enseñado á proceder con la cautela que es natural en los que han sido probados por la desgracia. Y, en este supuesto, reducidas al mínimum posible las exigencias españolas, toman de su misma modestia y de la proporción que guarden con los recursos del país, fuerza extraordinaria; porque detrás de ellas está la opinión nacional, unánime, de los partidos y las clases sociales; la simpatía exterior de aquellos á quienes preocupa menos el inofensivo engrandecimiento de una nación débil, que el aumento excesivo de poder

de un pueblo fuerte, y está la índole propia de la empresa que Francia intenta acometer y que, no equitativamente compartida, es muy superior á las fuerzas de que la vecina nación dispone.

Todos los sucesos recientes referidos en las páginas que preceden, y algunos otros que á ellos pudieran añadirse, tienden á demostrar esta última tesis. Las responsabilidades y sacrificios que consigo lleva un protectorado en Marruecos; las rivalidades que puede despertar en pueblos del Antiguo y del Nuevo Mundo; la necesidad de conciliarlo con aspiraciones históricas de notoria justicia, y la conveniencia de intentar su establecimiento en aquella proporción que naturalmente aconsejan los medios disponibles, requieren y auguran una inteligencia cordial de Francia con España, para bien de las dos naciones que en el porvenir del Imperio marroquí deben ejercer principal influjo.

Madrid 30 de Junio de 1904.

DE NORTE A SUR

EMIGRACIÓN MODERNA. Sobre los pueblos decadentes como sobre organismos débiles, todo son lacras y estigmas. La emigración en naciones pobres fué siempre fantasma terrorista porque desangra, empobrece y acrecienta el langor del pueblo decaído. Quien ha visto zarpar trasatlánticos de algún puerto del Noroeste, abarrotados hasta la borda con rebaños de emigrantes, no olvida nunca la desolación y la angustia de aquel cuadro. Es impresión de desgarro en las carnes de la patria; y el pedazo desgarrado, ni clama ni llora: parece montón de carne insensible, tirada en la cubierta del navío. Pero sobre el muelle, en el momento que desatraca el trasatlántico, se oye el quejido de la patria. Yo oí tropél de madres llorando á sus hijos.

Esta es una forma de emigración de bárbara vileza. Emigrante que así deja las costas de la patria, ¿cómo ha de pensar nunca con amor en ellas? Si le arrojaron á zapatazos, cuando era estorbo, para *quitarse una boca de casa*, ¿cómo ha de pensar en su casa si algún día la fortuna le convierte en creso?

Sin embargo, la leyenda, la dorada leyenda del *indiano* me atajará aquí el paso diciéndome que vuelven. Sí, vuelven. Pero, ¿cuántos vuelven? Hablo de los enriquecidos y encumbrados; no hablo ahora de los miles de *pobres diablos*, ni menos—claro está—de los miles de pobres muertos. Repito la pregunta: ¿cuantos fúcares vuelven? Reparemos bien que el *indiano* que vuelve, suele ser el jactancioso que viene á deslumbrar á los de su pueblo con unas botitas de charol, un alfiler de brillantes y una cadena de reloj, cuando no viene con una cara de tísico, mas amarilla más dorada que el oro de la cadena. Los potentados, los que representarían fuerza productiva, actividad, trabajo, capital, vida, en suma, arraigaron con sus capitales en tierra americana y no hay sentimiento patrio que de allí los descuaje.

Italia, como España, sufrió durante muchos años el letífero desgaste de una emigración copiosa, y lo sigue sufriendo... es decir: ya no lo sufre, porque un espíritu sagaz y previsor ha ido disponiendo las cosas de tal manera, que lentamente les dió la vuelta y trocó en provecho lo que era daño mortal. Un periódico extranjero me lo dice: «Entre los factores que concurren á la prosperidad italiana, hay uno cuya existencia es el ejemplo más patente de solidaridad internacional que puede oponerse á las pretensiones de un aislamiento egoísta. Se trata de la emigración.»

La moderna emigración italiana, en vez de ser agotadora de fuerzas

nacionales, como suele ser siempre la emigración, se ha convertido en fuente de prosperidad.

¿Quién hizo el milagro? Lo hizo la gran milagrera: la organización. Antes, la mocedad del Piamonte y de la Lombardía se embarcaba con rumbo á la Argentina, como la mocedad rústica de Cantabria, para no volver más, porque en la América del Sur el que medra, *finca*, y fincar es hundir la raigambre en la tierra. Bastó desviar el cauce y que derivase hacia el Norte la corriente, para obtener en un par de lustros resultados beneficiosos de la temida y pavorosa emigración. Los precios de pasaje para los emigrantes á la América del Norte, se pusieron en condiciones de extraordinaria ventaja sobre el pasaje á la América del Sur, y la *Compañía* de emigración no se desentiende del emigrante en cuanto le deja sobre tierra americana, sino que continúa siendo administradora de su trabajo y de su jornal.

El emigrante, el que se declara vencido en la lucha por la vida y busca otro mundo en que luchar, tiene algo del *menor* ó del *incapacitado* de nuestros códigos y siempre será saludable el ejercicio de una tutoría sobre él. La *Compañía* le busca trabajo (en la América del Norte no es trabajo, sino brazos lo que suele faltar), y una parte (un tercio, por ejemplo), de su jornal, pasa directamente, sin intervención del jornalero, á la *Caja de ahorro* local. En cada región y aun en cada villa de la que se sacan emigrantes, se establece una *Caja de ahorros*, en la cual la Compañía va vertiendo, mensualmente, la parte ahorrada en el salario de cada uno. El acrecentamiento del caudal en estas cajas, parece cifra de cuento de hadas: 60 ó 70 millones de liras anuales. Estos millones, limpios y orondos, ya son algo; rocío de oro americano que cae mansamente sobre Italia. Pero además son fuerza de atracción. Ya no es la patria, es el humilde capital ahorrado, guardado en la caja del lugar y prudentemente administrado, el que clama por su dueño y señor. Y año antes, año después, torna el señor, y el que era torpe ó desmañado, se ejercitó y se adiestró en la gran escuela del trabajo de la América del Norte; su cerebro enroñado por la miseria se desenmoheció con el aspero roce de la vida, y la patria que le sostenía como parásito inútil, le recibe como ciudadano fuerte y luchador.

FRANCISCO ACEBAL

ARTE

RISSANEN. Es un pintor del Norte que trabaja en Florencia. Pertenece al grupo de los modernos *primitivos*, pero su arte se distingue en que no se limita al estudio de los primitivos italianos, sino que también estudia á los primitivos holandeses. De este doble estudio nace un arte personal que Rissanen no ha desenvuelto aún con amplio desarrollo, pero que comienza á atraer las miradas de la crítica artística de Europa.

Juho Rissanen es hijo de Finlandia. Su padre pereció perdidoo entre la nieve, y siendo aún niño, Juho se ganó duramente la vida acarreando leña. Entró en la juventud sin saber leer ni escribir, y entonces comenzó á desarrollarse en él la afición al dibujo con tal intensidad, que cuantas personas veía ante sí, las retrataba, dando al dibujo un aire de vaga idealidad, cercana á veces de la caricatura.

Su vida de miserable fué áspera y accidentada, sirviendo en muy diversos oficios, hasta entrar un día—día feliz de su azarosa existencia—en la capital de Finlandia. En ella pudo dedicarse al estudio del dibujo, á la vez que atendía al propio sustento. Algún tiempo después, ganó una pensión que le permitió volar á Italia, país de sus sueños.

Su arte refleja, en cierto modo, esta existencia de pobre vagabundo, de huérfano errante: es rudo, es sencillo, es ingénuo.

Comienza Rissanen á marcar su puesto en la pintura moderna.

IRVING. El gran actor inglés anuncia su propósito de retirarse del teatro. Hace medio siglo que Sir Enry Irving es gloria de la escena inglesa.

UN PROCESO. El célebre violinista Kubelik entabló un proceso contra el crítico musical de la *Gaceta de Francfort*. El fundamento de la querella de Kubelik era un artículo del crítico, en el cual se juzgaba al renombrado violinista, como algo tímido en su arte, limitado en la técnica, demasiado *especialista* (spezialitæt).

El crítico nombró por defensor al diputado Haussmann y el tribunal le ha absuelto declarando lícita y *admisible* su crítica.

PUGNO EN LONDRES. El pianista insigne Raoul Pugno, que este año fué oído y admirado en la Filarmónica de Madrid, ha tocado recientemente en los conciertos de la Filarmónica de Londres. La crítica inglesa hace notar que las dos cualidades dominantes en el arte de Pugno son la claridad de los temas y la fuerza expresiva.

Pugno—dice un crítico—es un poeta, no un *virtuoso*. En la interpretación de Mozart y de las obras de la primera época de Beethoven, considera la crítica londonense que Pugno acaso no tiene hoy rival.

EL PREMIO ROSA BONHEUR. Este premio ha sido adjudicado en el año este año—segunda vez que se otorga—al pintor Ernesto Víctor Hareux, por un cuadro presentado en el *Salón* de París y que tiene por título *La vuelta del rebaño*.

No se trata de un pintor nuevo y desconocido; Hareux ha obtenido varias medallas en distintas exposiciones, y sus cuadros han merecido siempre el aplauso de la crítica.

L. L.

LIBROS

REVUE DES COURS ET CONFÉRENCES.—Año XI (1902-1903). París, 1903.—Dos vols. de 800 págs. cada uno, 23 francos.

Es ya axiomática la afirmación de que una gran parte de la literatura moderna—tanto científica como artística,—y, á veces, lo mejor de ella en determinados ramos, hay que buscarla, no en los libros, sino en las revistas. En el extranjero, apenas si se publica una obra que no haya aparecido antes, otal ó fragmentariamente, en las páginas de una *Revue, Zeitschrift* ó *Magazine*. De aquí la importancia enorme que han adquirido estas fuentes bibliográficas, y justo es que se hable de ellas como de los libros á que sirven, por lo general, de preparación y propaganda. Aparte este motivo, tengo también otro para dedicar la presente nota á la *Revue des Cours et de Conférences*, que hace doce años comenzó á publicarse en París; y es lo singular y escogido de su texto, muy diferente del que suelen dar las otras revistas. Como ya dice su nombre, aquélla dedícase exclusivamente á dar, íntegros ó en extracto, los cursos de las Universidades y Centros superiores de enseñanza y las conferencias más notables que en París ó en otros sitios explican los más autorizados profesores ó *intelectuales* franceses. En España sería posible hacer una revista semejante, limitándola á las conferencias ó cursos del Ateneo, de otras sociedades de cultura y de la Extensión universitaria, y de hecho, ya se hizo alguna vez, aunque con éxito escasísimo; pero no cabría incorporar á la materia aprovechable los cursos universitarios, por la razón ya sabida de que entre nosotros no se practica—al menos oficialmente—el sistema monográfico, que es el general en Francia, en Alemania y en otros países. Ese sistema es el que presta una variedad grande y siempre atractiva á las cátedras superiores y el único que permite, con la especialización periódica, una intensidad de trabajo que jamás tiene el programa uniforme y la «asignatura completa» de nuestro régimen. Quizá en esto se halle buena parte del secreto de la escasa fecundidad científica del profesorado español.

La *Revue des Cours et Conférences* refleja esa variedad de asuntos y esa profundidad en el estudio de ellos, propias de las monografías; y por esto ofrece interés para todos los estudiosos, ya sean especialistas, ya hombres de cultura general ansiosos de ampliarla. Ocioso es decir que los extractos que publica—cuando se trata de extractos—están hechos con una precisión completa, conforme á los apuntes estenografiados que toman los redactores, y, por lo común, previa revisión de los mismos catedráticos y conferenciantes. Por de contado, la revista selecciona los asuntos y busca siempre los más originales y notables referentes á literatura, historia, teatro, sociología, filosofía, lingüística y demás materias análogas, y aunque su campo principal es

Francia, á menudo traspasa las fronteras y va á buscar su texto en las Universidades de otros países. De este modo forma todos los años dos gruesos volúmenes de 800 páginas, con repartos semanales de 48. Como muestra de la importancia de su contenido, indícase el tema de algunos de los cursos publicados en el año escolar (15 de Noviembre de 1902 á 15 de Julio de 1903) á que hace referencia esta nota.

De Emilio Faguet, el conocido crítico parisién, director actual de la estimable *Revue Latine,* hay tres cursos: uno sobre Andrés Chenier; otro sobre Rousseau y el tercero acerca de los «Poetas franceses secundarios del siglo XVIII». De Claretie, una conferencia dada en el Odeón con motivo de la *matinée* dedicada á Racine. De Brunetière, un curso sobre «La novela personal». De Larroumet, otro sobre «Víctor Hugo como prosista», y de Boisser, el referente á «La retórica y la educación del orador en Roma».

En el grupo de los temas históricos, figura un curso interesantísimo, del profesor Croiset, acerca de «La civilización de la edad homérica», cuyas fuentes son, como puede presumirse, los poemas de Homero. El trabajo de Croiset constituye, á la vez que una reconstrucción de la sociedad helénica de aquellos tiempos, un profundo comentario psicológico de *La Iliada* y *La Odisea.* También traslada la *Revue* el curso de Seignobos sobre «Las transformaciones de las sociedades europeas en el siglo XIX», asunto de que suele hablarse con bastante vaguedad, no obstante su importancia para la cultura y los problemas modernos. Del erudito hispanista Desdevisses du Dezert, hay unas lecciones sobre nuestra guerra de la Independencia. Finalmente, de Martha, se reproduce el curso relativo á la «Historiografía en Roma».

Las cuestiones sociales están representadas por las lecciones de Hauser sobre los obreros, las huelgas, el maquinismo, etc., en los Estados-Unidos; y las de filosofía, por el curso de Brochard acerca de «La moral de los epicúreos y de los estoicos».

El interés de este variado programa no es una excepción en la *Revue.* Basta repasar el índice de los diez primeros años, publicado en 1902, para cerciorarse de ello. Por lo que toca al año corriente, me limitaré á indicar que, aparte la continuación de algunos de los *cursos* comenzados en el anterior, se publican otros tan importantes como los siguientes: Faguet, *Descartes;* Norden, *La dialéctica erística de Schopenhauer;* Gazier, *La Fontaine;* Egger, *La Psicología;* Clasetie, *Teatro de Beaumarchais;* Bréhier, *Historia del Arte* y *de la civilización en la Edad Media;* Thiancourt, *Los primeros apologistas cristianos en Roma* y *Los Tratados filosóficos de Cicerón,* y Seignobos, *Los fenómenos generales en Historia.*

Para terminar, una nota curiosa. La *Revue des Cours* tiene suscritores en todo el mundo, hasta en Haití. En España, hasta hace meses, ninguno. Hoy, uno solo. Me congratularía con saber que esta nota, divulgando la existencia de tan interesante publicación, trae por consecuencia el que se introduzca en nuestras bibliotecas universitarias y en las de los Ateneos y centros de cultura. Para ello hay, aparte la utilidad científica, hasta razones de gratitud, ya que el director de la Revista, con generosidad digna de todo encomio, ha regalado á nuestra Biblioteca Nacional una colección completa de su publica-

ción. Hace años, envió igual obsequio á la Biblioteca de Palacio. El Sr. Filoz.. que á más de inteligentísimo organizador de la *Revue des Cours et Conférences*, es un hispanista entusiasta, particularmente en lo que se refiere á la arqueología, bien merece que en España se rinda á su obra el homenaje que corresponde al valor intrínseco de ella.

RAFAEL ALTAMIRA.

ALREDEDOR DEL DELITO Y LA PENA, por C. Bernaldo de Quirós.—Madrid, viuda de Rodríguez Serra, 1904.—Segundo volúmen de la «Biblioteca de ciencias penales», 181 páginas, 3 ptas.

Este libro pertenece el género de los que podríamos denominar libros-mosáicos, donde se agrupan trabajos heterogéneos, anteriormente publicados por el autor en distintos sitios y fechas. Tiene, pues, las mismas condiciones que los demás de la misma índole, unas favorables y otras adversas. Le falta la unidad y trabazón orgánicas que, según los lógicos, han de acompañar á las obras de ciencia, y que tanto suelen agradar y satisfacer intelectualmente á los lectores que tales cualidades encuentran en las mismas. En cambio, ofrece una amena variedad que facilita grandemente la lectura, sin cansancio corporal ni espiritual. Casi todos los escritos de que el libro consta son cortos, y algunos cortísimos, no consintiendo, por lo tanto, que el lector se fatigue. Los hay que se concluyen en cuanto se empiezan, demasiado pronto. Se conoce á veces que son trabajos hechos á la medida de un patrón dado, ni más largos ni más cortos de lo que consentía el espacio disponible en el periódico donde primitivamente fueron insertos. A juicio mío, esta excesiva brevedad les perjudica alguna vez. Varios de ellos parecen trabajos no concluídos, escritos bajo la presión angustiosa de la escasez de sitio para dar el debido desarrollo á la materia. Saben á poco. Se advierte en seguida que el autor pudo decir mucho más de lo que dice, y que, sin embargo, se quedó con ello en el tintero, no se si á pesar suyo ó con verdadera complacencia, pues las síntesis sobrias, y por decirlo así quintaesenciadas, son de ordinario muy preferidas por el Sr. Quirós.

Acompañan también á los diferentes artículos constitutivos de la presente obra, todos los demás caracteres que habrán notado los lectores de otros escritos del autor, y que integran la que podemos llamar manera peculiar suya. Es una manera muy literaria, quizá demasiado, por lo menos en ocasiones, dada la índole de los asuntos y la finalidad que con ellos se persigue. Sin quererlo ni proponérselo, probablemente, el Sr. Quirós se cuida mucho del efecto artístico de sus trabajos, de hacerlos más gratos que á la inteligencia, produciendo el convencimiento, á la sensibilidad, presentándolos en forma atractiva. Yo no le censuro por ello, ni hay por qué. Cada uno hace las cosas, no ya como quiere, según creen muchos, sino como puede y sabe, y acaso como no puede menos de querer hacerlas. Difícil, si no del todo imposible, le es á cada cual desprenderse de su peculiar manera de ser y obrar (pues *operari*

sequitur esse, conforme se ha dicho muchas veces) y reemplazarla con otra, sobre todo de buenas á primeras. Por eso me parecen de eficacia muy limitada ó nula los reparos y consejos que bien á menudo ponen y dan los críticos á los escritores, y en general á todo el que hace algo. Por otra parte, no sé que sea preferible y de mayor valor, si los tratados y disertaciones rigurosamente didácticos, en que se prescinde por completo hasta donde ello es posible, de la forma, para sólo atender á la sustancia, ó aquellos otros en que, al contrario, esta última se hace sierva de la primera. Lo más probable es que, al igual de lo que pasa en otra multitud de cuestiones, no quepa dar á ésta una solución única y uniforme, sino diversa según los casos, y contando además con lo que pocas líneas antes dejamos dicho.

El Sr. Quirós se asimila con facilidad grande todo cuanto lee, que es mucho, y sabe utilizarlo para sus trabajos; aunque también aquí propende bastante creo yo, á dar expansión á sus aficiones de literato ó semiliterato. Los rasgos de ingenio, los dichos ó hechos llamativos con que se ha tropezado en el curso de sus abundantes lecturas, se hallan con frecuencia aducidos en lo que él escribe; por supuesto, sin que en las citas respectivas se note, por lo regular, violencia. Es también un excelente organizador, distribuidor y expositor de doctrinas: el copioso caudal de su saber aparece perfectamente ordenado en aquellos de sus estudios que tienen carácter exclusivamente histórico, como pasa con el libro *Las nuevas teorías de la criminalidad*, con la monografía *Historia y fuentes del derecho penal en España*, que figura en la presente obra, y bastante también con *La mala vida en Madrid*, singularmente con la primera parte, la mejor de todas á juicio mío, según dije aquí mismo al hablar de ella á raiz de su publicación.

Lo que yo echo de menos generalmente en los trabajos de este escritor son puntos de vista personales y propios. Conoce él, reproduce y ordena á maravilla lo que otros piensan y dicen ó escriben; se adhiere por lo regular á las doctrinas y opiniones más progresivas y humanitarias; tiene un espíritu muy flexible y amplio. Pero da poco de suyo, ó á lo menos no lo ha dado hasta ahora. Quizá no sea ello de extrañar, pues Quirós es aun bastante jóven y puede perfectamente ocurrirle lo mismo que les ocurre á otros muchos en sus condiciones, y es que se halla todavía en el período de ingestión, digestión y asimilación del pensamiento ajeno, como preparatorio para uno posterior de madurez, fructificación y exposición del propio pensamiento.

Los asuntos que el libro toca son diversos, conforme ya se ha dicho; pero están tratados con diferente extensión. El estudio acerca de *La historia y fuentes del Derecho penal en España* es, con mucho, el más largo de todos; es un resumen bastante completo y exacto sobre la materia, y un testimonio claro de las dotes de laboriosidad y espíritu clasificador y ordenador que Quirós tiene. Igual carácter ofrece otro escrito con que se cierra el libro, y que no es sino un catálogo de obras: *Bibliografía moderna de las ciencias penales*. Trabajos sumamente cortos, pero muy sugestivos, son los que llevan estos títulos: *El gusto de la sangre* y *La evolución de la pena;* á los que siguen por la misma vía, aun cuando un poco desde lejos, *La leyenda del Judío errante y la psicopatología del vagabundaje, Socialismo y criminalidad, Carácter de la delin-*

cuencia femenina, Los vagabundos según Máximo Gorki, El homicidio en España y *El suicidio en España.*

Quedan aún otras cuatro monografías, cuyo interés, si cabe decirlo así, es mayor todavía que el que ofrecen las anteriormente citadas, por referirse á problemas muy hondos, á mi entender, y por eso mismo de gran dificultad. Tres de esas monografías conciernen, en realidad, á un solo asunto, que es el de la vida psico-social de las bestias, semejanzas y conexiones de las mismas con los hombres desde puntos de vista diferentes, y, sobre todo, desde el punto de vista penal. Quirós intitula así estas monografías: *Nuestros semejantes, los animales; La pena en el mundo zoológico,* y *Los procesos contra las bestias.* La lectura de estos trabajos despierta, á lo menos en mí, un mundo de preguntas, de dudas, de cuestiones, que me están saliendo constantemente al paso, cuando leo, oigo ó pienso en algo relativo al hombre, á sus actividades y potencias, á sus derechos, su conducta y demás. No alcanzo á ver la distinción de naturaleza psíquica que frecuentemente se establece, aun cuando de un modo gratuíto, á mi entender, entre las bestias y los hombres. No veo en qué pueda apoyarse, por ejemplo, más que en un simple «porque sí», la afirmación, tan común entre los juristas, muchísimos de los cuales la sientan con carácter de axiomática, según la cual, al hombre, por ser tal hombre y sin más que por serlo, le corresponden una porción de derechos que llaman innatos, inherentes á la naturaleza humana, y, en cambio, á los animales se les niega todo derecho, así los de esta clase ó nativos, como los de otra cualquiera. ¿Con qué razón fundada puede nadie rehusar á los animales el derecho á la vida, v. gr., que sin más ni más se concede á los hombres, diciéndolo un derecho innato, ó el de propiedad, necesario para su conservación, ó cualquier otro análogo? Los mentados escritos de Quirós contienen ciertas indicaciones aprovechables al efecto, unas doctrinales y bibliográficas otras.

La cuarta monografía de que se ha hecho mérito, que es aquella con que se abre el libro, da cuenta de una polémica sostenida hace años entre dos escritores franceses, uno de ellos muerto poco hace, MM Durkheim y Tarde, acerca de lo siguiente: ¿Es ó no el delito un fenómeno social normal, y por lo mismo necesario? Durkheim sostiene lo primero; Tarde lo segundo, y á la opinión de éste se adhiere, reforzándola, el Sr. Quirós, sin que ahora sea posible exponer los fundamentos en que cada uno apoya su punto de vista, y menos todavía discutirlos. Para mí, la cuestión es tan oscura, que la considero poco menos que insoluble. Para decir si el delito es un fenómeno social normal ó anormal, sería preciso saber antes qué es el delito, y yo no lo sé. Es este un concepto tan incoercible, que no encuentro señal alguna para distinguir los actos delictuosos de los que no lo son, fuera de la señal empírica de hallarse algunos castigados legalmente y otros libres de castigo. Saliendo de aquí (y ya se comprende que decir esto es como no decir nada), se me aparece la conducta de los hombres, por un lado, toda ella lícita, y por otro, toda ella criminal, según como se la mire; y, por consecuencia, todos los hombres se me presentan como honrados y á la vez como delincuentes. Son tan relativas las ideas de honradez y normalidad, que cuanto más pienso en ellas menos claras las veo, y más me inclino á juzgar que todos los individuos y todos los

hechos son normales á su modo, y á su modo honrados y lícitos, y que, por el contrario, no lo es ninguno. No soy capaz, por tanto, de buenas á primeras, de manifestar opinión alguna resuelta en cuanto á la cuestión sobre la normalidad ó anormalidad del delito á que se refiere el estudio que ahora me ocupa del libro del Sr. Quirós; y si me viera precisado á decidirme por uno de los dos extremos indicados, probablemente me aproximaría más al punto de vista de Durkheim, ó sea al de la normalidad, que al de su contradictor. ¿Por qué motivos? No me es posible explicarlos en este sitio, pero sí quisiera hacerlo en algún otro cuando la oportunidad llegue.

P. DORADO.

DOVERI SOCIALI DELL'ETÁ PRESENTE.—Letture educative popolari, per *Giovanni Vidari*.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1903.—Volumen de 250 páginas, dos liras.

Los estudios de filosofía moral se hallan en el día de hoy bastante florecientes en los países de superior cultura. Italia no ocupa una posición preeminente en esta esfera de la investigación científica, como acaso no la ocupe tampoco en ninguna otra; pero en dicha nación, donde se sigue con interés muy acentuado cuanto fuera de ella se hace, y donde en ningún orden de conocimientos deja nunca de haber trabajadores serios que secunden á los extranjeros y cooperen con los mismos á una obra común, hay también algunos escritores de moral cuyos trabajos merecen examen atento, uno de los cuales es Vidari, dedicado hace años, preferentemente, á estudios de esta índole. De sus libros *Problemas generales de Etica* y *Elementos de Etica*, fruto de la mencionada labor, se ha tratado ya en números anteriores de LA LECTURA.

El que ha dado á luz hace poco viene á continuar la serie. Se parece mucho á los anteriores, en cuanto á la sustancia y en cuanto á la forma; difiere, no obstante, de ellos por el propósito que persigue. Los *Problemas generales* y los *Elementos* se dirigen á un público que se supone culto, y aun especialista; al público que pudiéramos decir estudioso de asuntos morales y sociales; tienen, por eso, todo el corte de las llamadas obras de ciencia.

Los deberes sociales de la época presente están escritos con otra mira. La Academia de la Crusca abrió un concurso para premiar una obra que tratase «de materia útil y apta para el mejoramiento de las costumbres». Vidari concurrió á él presentando el manuscrito del libro que me ocupa, cuyo intento es, según dice el autor mismo, exponer «algunas reflexiones y consideraciones morales sobre la vida contemporánea», á fin de que sirvan á la educación de la masa popular. De aquí la razón del subtítulo que el trabajo lleva: *Lecturas educativas populares*. Por mi parte, creo que, á pesar del subtítulo, la obra no resulta muy popular, y que en su fondo, su factura y su lenguaje, tiene más de parecido que de diferente con las otras, ya citadas, que la han precedido, y á las cuales, según queda observado, quiso revestir

el autor de ropaje científico Vidari no parece haberse esforzado mucho para poner su obra al alcance de los entendimientos menos cultivados. Requiere su lectura una tensión de pensamiento y atención, que no es prudente pedir á éstos.

Lo que, á mi ver, no puede negarse es el carácter educativo del trabajo, en armonía con el fin primordial que su autor quiso darle, según él mismo asegura, y en vista de cuya consecución ha prescindido de discutir «el problema relativo al fin moral y cualquiera otro de naturaleza filosófica conexionado con éste». En cuanto obra de educación moral—hasta donde sea posible decir que la educación moral dependa de enseñanzas, convicciones y consejos,—esta de Vidari es digna de encomio. Traspira elevación y delicadeza moral por todas sus páginas, especialmente por las de la segunda parte, que constituye el núcleo principal del libro. Tonifica y conforta el espíritu de los lectores, por el calor de idealidad con que habla de los deberes fundamentales que corresponden á los hombres de los tiempos presentes, desde el punto de vista social; deberes que para Vidari vienen á resumirse en los dos siguientes: el trabajo y la asociación.

Son *deberes sociales de la época presente* «aquellas especies de acción que, tendiendo á proporcionar algún beneficio á la sociedad civil entera, se hallan, en sus caracteres y en sus formas, determinadas por las especiales condiciones del tiempo en que vivimos». Por eso, porque «las formas de la conducta moral no pueden ser bien comprendidas si no se las pone en estrecho y continuo contacto con el ambiente en que se deben desarrollar, ó sea con aquel conjunto de relaciones que ligan á los hombres entre sí», es por lo que el autor ha creído indispensable trazar un cuadro de las *condiciones sociales de la edad presente*, como supuesto obligado para, en vista del mismo, poder hablar después de los *deberes sociales de la edad presente*. Y así resulta distribuída la materia del libro en dos partes, consagradas, respectivamente, al examen de las cuestiones que caen bajo cada uno de los épígrafes que acabamos de escribir.

Cuáles sean estas cuestiones, cuyo estudio constituye el contenido de la obra, pueden inferirlo los lectores pasando la vista por el índice de los capítulos que la integran, y que son á saber: PARTE PRIMERA: Capítulo primero: *Condiciones económicas de la edad presente* (producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza); Cap. II: *Condiciones político administrativas* (regímenes democráticos; el derecho público interno; el internacional); Capítulo III: *Condiciones espirituales* (la ciencia y el arte contemporáneas; principales consecuencias éticas; las condiciones religiosas).—PARTE SEGUNDA: Capítulo I: *La beneficencia colectiva* (caridad individual y beneficencia colectiva; valor moral de esta beneficencia; formas de la misma; beneficencia y justicia); Cap. II: *La expansión de la vida familiar* (la familia en lo pasado; en el presente; formas de expansión familiar; el porvenir de la familia); Capítulo III: *La iniciativa individual* (la iniciativa individual en lo pasado; caracteres de esta iniciativa; formas modernas de ella; condiciones psicológicas de la iniciativa); Cap. IV: *La cultura* (la cultura en lo pasado; la exigencia moderna de la cultura; la acción educativa de la cultura).—*Conclusión*.

La mayoría de estos temas se hallan tratados bajo múltiples aspectos, y todos, no hay que decirlo, con igual competencia doctrinal que la que advertimos al ocuparnos de otros libros del mismo Vidari. Hay, sin embargo, algunos capítulos y secciones en los que éste diserta con mayor lucidez y eficaz energía que en los restantes, y á ese número pertenecen los que consagra á estudiar el deber social de la beneficencia colectiva y el de la expansión familiar.

Dice, por ejemplo, hablando del primero de esos deberes, que la beneficencia ejercitada colectivamente responde á una necesidad social que en nuestra época se ha hecho muy evidente, aun cuando sea hija de un sentimiento tan antiguo como el hombre, esto es, de la caridad. Pues la caridad, no desconocida de los antiguos, pero elevada por el cristianismo á su mayor altura moral, y constituída por él en fundamento de la vida ética, ha sido interpretada y aplicada por las sociedades posteriores en un sentido algo estrecho, por dos razones: primera, por haber creído que las obras de caridad han de limitarse á la esfera de aquellas pocas personas directamente próximas y ligadas á nosotros, las cuales se hallen afligidas por males físicos ó por miserias económicas; segunda, por haber dado á la acción caritativa una causa y una finalidad exclusivamente ultraterrenas y ultrahumanas, pretendiendo que sólo tiene por objetivo el bien celestial del alma, tanto del que recibe como del que realiza la caridad. Con esto se enlazaba otro carácter de la caridad antigua, y era el suponer que la práctica de la caridad debía confiarse solamente al impulso natural del sentimiento, pudiendo, en cambio, prescindir, como cosa sin importancia, de la intervención de la inteligencia. «De todo lo cual ha resultado principalmente esta mala consecuencia: que la caridad ha sido restringida casi del todo al cuidado de los enfermos y á la limosna para los pobres; esto es, á remediar las miserias más directamente visibles y con respecto á las cuales podía bastar la guía del sentimiento. De donde vino también á resultar que el pensamiento exclusivo de obtener gracias cerca de Dios hubo de cambiar á menudo el impulso caritativo en cálculo utilitario, y que, por otro lado, se favoreció, ó por lo menos se dejó crecer el ocio, el vicio, la impostura; de manera que, como observa Lecky, la pobreza aliviada por la caridad concluyó por representar muy poca cosa en comparación con la que fué originada y promovida por la misma.»

Frente al deber y á la virtud de esta caridad, sólo guiada por el sentimiento, surge, al decir de Vidari—y yo creo que no va descaminado,—el imperioso deber y la virtud de la caridad y de la beneficencia colectiva é inteligentemente ejercitada. Estas dos notas características de la moderna beneficencia: primeramente, ser orgánica, no dejando aislados y dispersos, sino unificándolos, los impulsos de la caridad; y segundo, hallarse dirigida por la inteligencia, aun cuando el motivo originario de la misma sea el sentimiento altruísta, las examina y desarrolla bien el autor, haciéndose cargo á la vez de las objeciones que se dirigen contra esa caridad colectiva, y de los peligros que ella envuelve, tales como éstos: perder todo valor moral, por hallarse desprovista del calor generoso del sentimiento; quedar la acción del individuo absorbida por la pública ó colectiva; favorecer la práctica de actos que,

si realizados bajo el pretexto de la caridad, nada tienen de morales, por faltarles la inspiración del sentimiento íntimo y de la intención buena (v. gr., las diversiones, las suscriciones públicas, las loterías y tómbolas, etc.); sustituir el motivo propulsor de las acciones por el fin ó resultado que con ellas se obtenga...

La doctrina defendida por Vidari puede sintetizarse en los dos párrafos siguientes, relativos ambos á este último aspecto del problema, ó lo que es igual, al valor de los actos ejecutados con buena intención y que no producen resultado alguno beneficioso, frente á los actos realizados sin dicha intención ó por motivos poco ó nada morales, pero que dan origen á provechosos efectos: «Entre los mártires del trabajo humano que, sin embargo de hallarse inspirados por un sentimiento nobilísimo, encuentran obstáculos insuperables en su camino, juntamente con el odio de los enemigos, la insidia de los compañeros y la befa de los tristes; entre estos tales, digo, y los bienhechores de la humanidad que, bien por una feliz combinación de circunstancias, bien por efecto de su posición social, ó por la madurez del momento histórico en que viven, recogen, sin mérito por su parte, el fruto de un trabajo querido y preparado conscientemente por otros, sirven bastante más los primeros para mantener á los hombres en las vías del bien, para hacer brillar perennemente delante de sus inteligencias la luz del ideal». «En la acción individualista de la caridad, lo que más sobresale es el motivo, mientras se prescinde casi completamente del resultado; en la acción social de la beneficencia acontece lo inverso; pero para adquirir su pleno valor moral, tanto la una como la otra deben recoger y sintetizar en sí los dos elementos necesarios, que son el motivo y el fin».

Análogamente á como trata el deber social de la beneficencia colectiva, estudia también Vidari los otros tres, de que ya se ha dicho que se ocupa su libro: el de la expansión familiar, el de la iniciativa individual y el de la cultura. Al hacerlo escribe páginas llenas de profunda verdad, y al propio tiempo caldeadas por un suave amor al progreso social, altamente simpático. Si no temiera alargar mucho esta nota, copiaría algunas de ellas; reproduciré por eso una tan sólo, relativa á la educación femenina. Con ella concluyo:

«Nosotros—dice—nos hallamos, en general, todavía muy habituados á creer que la mujer valga poco y sepa hacer poco cuando se la saca del círculo de la familia; con dificultad admitimos que las muchachas puedan y deban dirigir su mirada y su acción á la amplia vida de la sociedad, llevando á ella, con espíritu benéfico y piadoso, los tesoros de su gracia y de su sentimiento delicado. Y sin embargo, ¡cuántas energías espirituales, ahora ocultas, ó débiles, ó infructuosas, podrían entrar en la vida por obra de una sabia educación de la mujer! ¡Cuánto mayor y mejor alivio á los males, cuánta mayor sinceridad en el pensamiento, en el sentimiento, en la conducta, qué fuente tan rica de altas dignidades y de independencia moral se abriría para la mujer! ¿Por qué la mujer, cambiadas las condiciones sociales, las cuales den seguridad de empleo y abran multitud de vías á la conducta moral, no ha de poder intervenir, libre y segura de sí misma, con atrevida iniciativa, en la

complicada vida moderna, y armándose de cultura y de fuertes aptitudes, adecuadas á las nuevas necesidades, iniciar y promover la obra tan anhelada de redención social?»

P. DORADO

LAS MUJERES DE ZOLA, por *E. Gómez Carrillo.*

De llegarse al completo destierro de los tipos de mujer en el arte literario, tendríamos que éste, sino perdía todo vigor, por lo menos carecería de todo encanto. Estimo la masculinidad en el arte, el nervio, el ímpetu de fuerza que le presta el hombre, con sus luchas en la vida, con las tormentas de sus pasiones bravas, cuyo empuje no se puede igualar ni en temple, ni en indómita energía. Pero es, sin duda, cálido, tremante de emoción el feminismo en las letras, por la inmensa ternura con que empapa las páginas artísticas, por la cantidad de poesía que derrama en torno, por la plenitud de idealismo con que suaviza los más brutales dramas de los espíritus en guerra.

Pasan las mujeres á través de las páginas literarias, aun en las obras que más amargo sabor entrañan de la vida, las más desoladas y trágicas, envueltas en cierto *claire de lune*, como una ráfaga de aire que orea la sangre, con un eco apacible de «música interior». Así como son la belleza de la vida, son también las mujeres el encanto del arte.

A lo largo de las angustias que apenan constantemente el alma del desventurado *Hamlet*, consuela, convidando á vivir y á amar, la pálida figura de *Ofelia*, loca con tristezas de amor, que da al viento, con sus trenzas rubias, suspiros y quejas de cariño, mientras deshoja sus flores hermanas á la vera del agua que pasa cantando su eterna canción. Y en las tribulaciones de *Fausto*, que escalofrían el ánimo, en medio de sus incertidumbres y desesperanzas que espantan, desgarramiento de un espíritu crucificado, despierta una sensación plácida, de contento íntimo, la breve visión de aquella ideal *Margarita*, que al amor y por amor se sacrifica, y caída, desengañada, todavía hasta el último instante sonríe á la vida, á la juventud y al amor.

Triunfará siempre, en el arte, el «eterno femenino», que Goethe cantara en el *Coro místico* de su libro inmortal.

¿Quién no lleva pegado al alma el recuerdo de una mujer? De la vida se llevan muchos; de las lecturas nos han quedado también número infinito, que los años no han podido desarraigar.

Precisamente de cuantos libros hemos saboreado en el transcurso de la existencia, las imágenes que más sugestión han ejercido sobre nosotros y que han perdurado en la memoria, son las de mujeres, diversas, extrañas, contradictorias; pero bien delineadas en nuestro interior, perpetuamente imborrables.

De nuestras primeras lecciones escolares, la figura de Rebeca á la orilla del pozo dando de beber á los camellos, y la de Judit en trágica aptitud, heroica y solemne, son las que aún viven en nuestro recuerdo con el perdurable aro-

ma de su poesía y con el encanto además que le presta la dulce evocación de la niñez lejana, presto ida.

A medida que hemos avanzado en estudios y lecturas, ¿que tipos son los grabados con mayor relieve? Olvidáronse muchos de los formidables guerreros, cantados por Homero el grande, así que el rumor de las batallas fué perdiendo sus resonancias, mientras que todavía no se ha borrado la imagen de aquella Elena seductora, coraje, aliento y alma de la griega epopeya.

Y la silueta de Dido, fugitiva, surge de continuo en el vago recordar de nuestras remembranzas artísticas, cuando una estrofa de Virgilio, venida inconscientemente á los labios, que la saborean como miel virgen, nos torna á evocar la inmensa creación poética del mejor y más grande vate que ostenta á la devoción de todos los siglos el solar del Lacio.

Toda la literatura antigua vive en nuestras admiraciones por los tipos femeninos que creara. Al hablar de Dante y de su libro sin par, ¿quién al instante no evoca la sombra de aquella poética BEATRICE, *bianco vestita*, musa inspiradora de los eternos cantos, apocalípticos, gigantescos en la visión de lo irreal, que componen la *Divina Comedia*? Al recitar los sonetos de Petrarca, nuestra alma, empapada del amor que entrañan los versos, á través de tantos siglos vuelve á amar con igual pasión, intensa é íntima, la gentileza y hermosura de *Laura*, inmortalizada en las canciones del poeta.

Gran creador de tipos humanos es Shakespeare. En la galería masculina, las figuras son indudablemente de mayor relieve. *Hamlet*, *Otelo*, *Romeo*, *Syhlok*, *Yago* y muchos más ocupan los primeros puestos; mas, tras ellos, con cierto poético encanto, van *Ofelia*, *Desdémona*, *Julieta*, *Macbeht*, magistrales creaciones de mujer.

Goethe es otro gran creador de tipos femeninos. Desfilan, á lo largo de su fecunda y prodigiosa labor artística, la más grande de la centuria última, por su universalidad y plenitud de calor humano, *Margarita*, *Carlota*, *Mignon*, *Federica*, *Lili*, *Ifigenia*, toda una legión de encantadores tipos de mujer.

Quizás la literatura contemporánea no sea tan pródiga en esta clase de creaciones. Adviértese en algunos escritores algo así como un espíritu hostil al feminismo en el arte, rescoldos de cierta pasión de misóginos en los trazos de las plumas, que llevan á las crueldades sádicas de Barbey d'Aurevilly, á los odios reconcentrados de Strimberg y á la frialdad amorosa, carencia de ímpetu pasional, de Huysman.

No obstante, la mujer continúa triunfando en el arte. La novela moderna ha pedido al feminismo sus toques idealistas, su hondo sentido de delicadeza y poesía.

En la labor literaria de Dickens y de Jorje Elliot, ¿que es lo que con más vigor sugestionan el ánimo, sino los tipos de mujer?

Los maestros de la novela y del teatro actuales han creado grandes figuras femeninas. Flaubert nos lega *Madame Bovary*, como Tolstoy nos encanta con *Ana Karenine*. Sobre la escena, Ibsen destaca admirablemente el espíritu inquieto, con sed de libertad, de *Nora*, y Suderman airea las ideas nuevas que nutren con sus impulsos la vida trágica de *Magda*.

Zola, á mi entender, es el menor creador de mujeres. No me refiero á la

cantidad, sino á la calidad de los tipos femeninos que conocemos escudriñando su atlética labor novelesca.

Sobra en sus mujeres corporeidad; lo que les falta es alma.

Por lo menos, á causa de su bajeza espiritual, de su complexión psíquica, por hallarse dominadas por el instinto, sedientas de placeres brutales, no nos son adorables. Carecen de sentido moral, responden en todos sus actos á determinaciones psicológicas, imperativas, irreductiblemente dominantes, y por tanto, faltando en ellas ese fondo de sensibilidad femenina, ese *sens de nuances*, delicadeza, idealismo, ternura, poesía de la vida, música de las almas, no pueden ser gratas á los espíritus exquisitos que se enamoran de la mujer por lo que ésta deja de recordarnos las pequeñeces de la eterna bestia humana.

Son las mujeres en Zola, seres que viven la miseria de la vida, á ras de la tierra, sin que ni un momento levanten el corazón. Cuando aman, se embrutecen en la pasión, se encarañan y encelan con la fiereza del instinto exaltado. No ha sentido nunca ninguna de ellas la serenidad del amor, la sed de querer, sin la brutalidad de la posesión. Más que mujeres, son hembras.

Nana, Gervasia, cualquiera de las de esta baja extracción social, corrompidas por el medio, malviviendo en el embrutecimiento y sin sentido moral, nos son hondamente repulsivas. Falta en ellas esa gracia espiritual, ese intimismo poético, esa aguda sensibilidad femenina que tan gratos nos son al encontrarlos en las mujeres de cuerpo entero.

Despojados de ellos, queda la repugnante desnudez de los instintos animales libres al descubierto, en acción.

Gómez Carrillo ha estudiado recientemente los tipos de mujer creados por Zola. La pluma del crítico, al desentrañar las almas y las vidas de estas heroínas *zolescas*, si bien sóbrio en el trazo, les ha prestado un poco de calor propio, cierto tinte de poética idealidad. Las ha visto á través de su temperamento de poeta, más que en el ancho realismo en que el autor las hiciera mover. Ha suavizado las líneas y los colores. Los trazos del agua fuerte los ha tornado en entonaciones de acuarela.

Por acá no se han intentado esta clase de estudios. Hay un caso único, y es el de Altamira, analizando las mujeres en Daudet. ¿Por qué no hacer galerías de los tipos femeninos creados por nuestros más insignes novelistas contemporáneos?

Conozco algunos libros extranjeros con esta filiación crítica: Heine estudia las mujeres de Shakespeare; Paul de Saint Victor, las de Goethe, y Gustavo Geffroy, las de los incomparables hermanos Goncourt.

Faltan entre nosotros plumas que empleen sus actividades en estos ejercicios para bien de las letras.

Gómez Carrillo, que tanto acierto ha tenido en *Las mujeres de Zola*, su último libro, está llamado á realizar esa labor, para la que le sobran talentos y no le faltan estímulos.

ANGEL GUERRA

EL CAMPESINO GALLEGO, por *Prudencio Rovira.*

Falta hacen estos estudios en España. Publícase, en el transcurso del año, una enorme cantidad de libros inútiles, sin ningún alcance social, faltos de nervio político. Pocos se preocupan de escarbar la costra de nuestro carácter nacional para descubrir la verdadera psicología de este pueblo, que parece muerto, que ya lo han dado por enterrado históricamente en el extranjero, y que, sin embargo, lleva escondido en el fondo de su alma grandes energías, poderosos arrestos para la lucha por la vida.

Nuestra floración intelectual en las letras es mezquina. Las *plumas hidalgas,* como las llamara Maeztu, se entregan de lleno á la «vaga y amena literatura». Gustamos más de la creación artística, del fantasear sin término perdidos en soñaciones irreales, que de la observación crítica, del sondaje filosófico en los hechos vulgares que constituyen la realidad del vivir nacional. Mejor camino sería el último. Raza de artistas, la nuestra ha dado á las ciencias morales y políticas muy pocos pensadores.

Todo el espíritu de este pueblo se derrama en el arte. Poetas, novelistas, dramaturgos, pintores, músicos, son la flor de nuestra cultura antigua y moderna. Suenan unos cuantos nombres en la historia de la vieja filosofía; y en los actuales estudios sociológicos no se hallarán, entre nosotros, arriba de tres ó cuatro cerebros que en su cultivo y ejercicio sobresalgan. Aficiones despuntan en algunos; pero van á perderse, esterilizándose su jugo, en la garrulería de la política militante.

Hay que advertir que la mayor parte de los sociólogos españoles no pasan de vulgarizadores de ideas ajenas, eruditos á la violeta. Además son escritores de seca prosa, quizás porque estimen que la rigidez de la forma cuadra bien á la mayor claridad del pensamiento, error lamentable, ó tal vez—sin duda lo más cierto—porque carecen de pasión, de nervios; espíritus sin temple, en quienes el estudio ha hecho infecunda la poca savia que llevaban dentro. Rumiantes de libros, el calor de simpatía humana, el golpe de sangre que da vida á éstos, tórnase, al pasar por los puntos de la pluma de estos traductores que enmascaran las ideas ajenas para que no se conozcan, en frío reflejo de lecturas, lección de escolar que repite de memoria lo aprendido, sin desentrañar el hondo sentido interno.

Pensando en todo esto, aparte otras consideraciones, me inclino á elogiar fervorosamente el último libro de Prudencio Rovira. Porque éste, á más de encerrar en las páginas escritas cantidad de ideas, numerosas observaciones de un valor inestimable que le acreditan de sociólogo, ha llevado á ellas primores de arte, magnífico ropaje literario que las prestan un sabor de amenidad, un cierto *sprit* elegante y sugestivo.

No es, en verdad, *El Campesino gallego* un estudio amplio, completo. No fué, á mi entender, ese tampoco el empeño del vigoroso escritor. Fragmentario y todo, desprovisto de datos que acarrea el registro de estadísticas y la búsqueda de noticias en libros al alcance de todas las fortunas, paréceme

útil, necesario, digno de lectura y de encarecimiento á sus muchos méritos. ¿Para qué un plan cerrado? ¿Para qué amontonar detalles que no interesan?

Precisamente en la simplificación estriba su mayor encanto. Cansan esos libros de prosa cerrada, que nos aburren por completo revolviendo hechos históricos, desentrañando, con minuciosa prolijidad, caracteres étnicos, para venir á darnos, para fin y remate, un libro de paciente hojeador de manuscritos, de buen pendolista para copiar lo ya estudiado en otras partes y mejor escrito, con instinto más de anticuario que de exégeta y comentarista.

Los estudios modernos, con su fondo sociológico, análisis de la psicología de un pueblo cualquiera, necesitan recurrir al arte para reflejar con intensidad esa vida, cuya plenitud de acción y cuyo vigor intelectual se ha pulsado, poniendo el escritor algo propio, escolios, observaciones, sondajes críticos personalísimos, especie de filosofía de los hechos y de psicologismo de las almas, bajo pena, caso contrario, de caer en la vulgaridad más espantosa.

Rovira ha hecho un libro completamente personal, muy suyo. Con ameno estilo, pintoresco cuando describe, intelectualmente jugoso, de peso, al consignar las ideas que le va sugiriendo al paso el estudio de los seres y de las cosas; poético y delicadamente sugestivo, tan pronto como, acosado de sed idealista, á impulsos de la pasión por la tierra que canta, la nativa tierra, calienta las frases y las hace estremecer con tranquila emoción que arranca de lo más hondo del alma. Es un libro de pensador y de poeta.

Pinta, sin exageraciones de color, con breve lad sintética, el país gallego. Surgen, bajo los puntos de la pluma, los paisajes envueltos en la poética melancolía que les dan el cielo con nieblas, los prados verdes, los montes con castaños centenarios, el aire húmedo, el acre olor de la tierra removida, las aguas que se remansan á orillas de los ríos silenciosos, que pasan caminando á morir al mar, con la tristeza sin rumores que acosa al alma de la gente gallega cuando van á la expatriación dejando el campo amado donde se viviera.

Luego estudia la raza. Desentraña el carácter de aquellas gentes que apacentan los rebaños y aran los predios á las márgenes del Miño ó tienden á secar sus redes en las riberas de las rías donde las barcas pescadoras descansan recostadas en la playa, al sol, de los azares de la lucha sobre las ondas.

Es hermoso, como lo describe Rovira, el tipo de la mujer gallega. Dócil, robusta, sufrida, aguza su inteligencia y revienta sus fuerzas en un trabajo atlético. El fuego que delata el humo del hogar, ella lo enciende; las tierras que rodean la vivienda, ella las cava; el ganado que pasta en las praderas, ella lo apacenta; el grano almacenado en el *hórreo*, ella lo porteó sobre su cabeza, y lo mismo los racimos que colman el lagar y el tojo que forma la cama de los establos, y las patatas destinadas para el pote en un rincón de la *laveira*.

Sufridas, resignadas, las gentes de Galicia aún viven en la humilde paz de aldea, con los hábitos y supersticiones de pasados siglos, inmovilizados, con la costra histórica pegada, como la tierra á la piel, al alma.

Sin duda los dos capítulos más importantes del libro de Rovira son los que rotula *Instituciones rurales* y *Vida campesina*; los más completos y los

que cierran las últimas páginas. Queda en ellas retratada la organización social, usos, costumbres, prácticas agrícolas, tradiciones juristas, la existencia completa en aquella región.

Compréndense las angustias y fatigas de un pueblo esclavo de la tierra, esforzándose con empeño tenaz por rescatarse á la servidumbre de rancias leyes, viendo lo inútil de todo empeño, la esterilidad del sudor derramado, que nunca llega á aliviar la pobreza.

Es una vida de lucha, de resignación á todo mal evento, sin esperanzas de mejoramiento próximo, ni aun siquiera de total redención futura.

Por eso me ha dejado la lectura del libro de Rovira una impresión de lástima, de amarga tristeza. Y es que la pluma del escritor, gráfica y sugestiva, ha esbozado unas páginas extrañas, encerrando en ellas un espíritu complejo, que á mí me ha recordado por vaga comparación la música especial de la gaita, que nos llega al alma, pero que no acertamos á decir, según frase de poeta, si canta ó si llora.

ANGEL GUERRA

EL PULSO DE ESPAÑA, por *Luis Morote*

¿Es un libro de batalla?... No. Pues ahí estriba el mayor triunfo del autor. Ha dominado sus nervios, y hase mantenido la pluma serena, impasible, sin herir siquiera con un arañazo, ella acostumbrada al diario combate desafiadora é invencible. Ha cerrado también con doble llave las ideas propias, y apenas si algún ligero esbozo de juicio personal deja entrever á lo largo de las confesiones que relata. Esa renuncia de toda directa intervención, esa sobra de impersonalismo, tan celebrado en el arte literario, uno de los mayores méritos de Flaubert, es digna de gran loa en Morote. Bien es verdad que el ejercicio periodístico, en la labor continua, día por día, lo impone. No obstante, yo no creo en el anónimo de la prensa, y menos en su impersonalidad.

Podrá borrarse el nombre del articulista, aunque los buenos lectores siempre lo adivinan, pero en los editoriales sin firma habla una entidad, ya sea partido militante, ya un grupo con determinada significación política ó artística. Esos trabajos, en todos los casos, llevan la garantía de una responsabilidad moral, perfectamente definida.

Morote ha impersonalizado su labor de intento. Sin duda, con espíritu escéptico, y si se quiere desdeñoso, que está muy en su lugar, ha querido huir la aceptación de doctrinas políticas en que no cree, no consagrándoles ni aun los honores de un comentario. Que hablen ellos—se habrá dicho,—yo escucho, y á sus confesiones me atengo. Falta en sus artículos lo que en la oratoria sagrada llaman *unción religiosa*. Se advierte la carencia de fe, y las ideas que recoge, pobres de solemnidad, apenas si compasivamente las viste con decoroso traje literario para que puedan presentarse en público. ¡Qué lástima causarían algunas, aun en el ánimo más benevolente, si Morote no

las engalanara con primores de estilo! Entecas, como hijas de cerebros hueros, debieron morir al punto de nacer, y otras tan envejecidas muéstranse que la piedad debió consistir en no sacarlas á luz de nuevo.

Se ha dicho que luchar es vivir. Pues bien; en todo el libro de Morote hay lucha de ideas encontradas, y sin embargo he sacado la convicción de que si en sus páginas se encierra la opinión nacional, ésta está muerta, y, por tanto, sin pulso se halla España.

Y es que esas ideas no tienen eficacia. Han perdido, á fuerza del desgaste en la oratoria, su vigor, todo su aliento de vitalidad al agarrar en el cerebro de las muchedumbres. No son dinámicas, impulsoras de la opinión pública. Pasivas, esterilizada la savia fecundante que en sí en un tiempo pudieron llevar, se pierden al instante de caer.

Puestos, con la mejor intención, á nutrir nuestros pensamientos con ellas, nos seduce solamente la galana prosa que las envuelve. Es música que se oye á gusto. Triunfa, pues, el periodista. Los personajes con sus ideas, nos importan poco; lo que nos seduce de verdad y nos interesa siempre, es el *ars dicendi*, obra exclusiva del escritor, que las transcribe, hermoseándolas.

Precisamente Morote, en este libro, ha acertado, á mi entender, con la verdadera *interview* á la moderna. ¿Por qué estas conversaciones no han de constituir una modalidad del arte literario? No se ha estudiado bien bajo este aspecto, aunque algunos buenos periodistas, pocos por acá, con envidiable fortuna la han practicado.

No es la *interview* el pedestre diálogo á que se nos tiene forzado de ordinario por plumas pecadoras, á quienes las letras no están en deuda de gratitud. No es tampoco el incansable parlamento, á la usanza de la comedia clásica, vertedero de prosa machacona, en que caben todos los tópicos y lugares comunes del periodismo político. Ni uno ni otro modo de hacer la *interview*, como es frecuente entre nosotros, responde á un alto sentido de arte. La literatura huelga en ellos, y si duran un día, el que vive la hoja volandera, no pueden pasar al libro, recibiendo consagración del público y estimación de la crítica.

Sic transit.

Ante todo, requiere la *interview* en el escritor un gran espíritu de asimilación, acierto para identificar un pensamiento con otro, aun no guardando con éste en las ideas analogías de ningún género. Ese esfuerzo mental, esa transfusión de ideas, es quizá lo más difícil que en el periodismo se puede realizar. Necesita, á más de ser psicólogo el escritor que interroga y transmite las ajenas opiniones, cultura general, cantidad de conocimientos sobre los problemas que desenvuelve corriendo la pluma esclava de la ajena inspiración. Donde el interrogado no hace más que apuntar una teoría, la pluma transmisora del periodista la amplía, la completa, la reconstruye en toda su complejidad; donde el suspicaz espíritu del confesado ha pretendido huir una franca declaración, esa misma pluma, adivinando lo que se calla, lo descubre y lo denuncia, revolviendo con certero sondaje psicológico en un interior que intenta enmascararse por fuera, disfrazando las ideas y poniendo sordina á las palabras.

Saber lo que se oculta, revelar lo que no se quiere decir, es el *alma mater* de la *interview*. ¿Cómo? En política, los hechos pasados, en ley de lógica, ponen en la pista de las actitudes presentes en ciertos hombres, por derivación rectilínea; en arte, las obras anteriores, en ley de crítica, señalan la ruta actual de los artistas, reducidos á la casi inflexible imposición del temperamento. Conocer un espíritu en sus hechos ó en sus obras, es la base para reconstituir en cualquier momento una personalidad.

Al narrar, dando forma literaria á las ajenas impresiones, entra la labor más difícil del periodista que acomete el empeño de una *interview*. Las impresiones propias, por que se han vivido, se escriben con calor íntimo, con natural fuerza de expresión; más las ajenas, que apenas han pasado por nuestro cerebro, y requieren un arte de trasposición, una vivida rapidez en el traslado, para que conserven el vigor sugestivo con que se engendraron y salgan además con estremecimiento, segunda vida que se las presta de nuestros nervios.

Hallo mucho de estas cualidades artísticas que he apuntado, en las *interviews* políticas, económicas y literarias que ha coleccionado Morote en *El pulso de España*. Si valiera la frase, por la exactitud con que ha retratado los interiores de muchos personajes, trazándolos con sus rasgos espirituales más característicos, yo diría que Morote con la pluma «pinta almas».

Este calificativo corresponde por derecho propio á los novelistas psicólogos. ¿Por qué no hacer partícipe de él también á los periodistas que en la *interview* lo acreditan?

Ya he dicho que Morote aisla, en el curso del libro, su pensamiento por completo. Ni una glosa, ni un comentario. Allí donde su espíritu creyó un momento, pasa en silencio, y se guardan su fe y sus adoraciones; donde escribió con desaliento y quizá con asco á la garrulería de ciertas ideas, tan fiel se mantuvo al oficio de cronista, que ni siquiera deslizó con la tinta el ácido de una ironía. No obstante, hay altos, que unas veces me parecen respiros al cansancio, ó fatiga del espíritu que en el vacío desea aire, y otras me parecen reposos plácidos, solaz que se otorga á sí misma el alma cuando encuentra una idea en otros que responde al propio pensar.

Los hombres, que ha confesado Morote, hablan en voz alta. Yo me pregunto ahora: ¿qué pensará el periodista de ellos en voz baja?...

ANGEL GUERRA.

RUSIA CONTEMPORANEA, por *J. Juderías*.—Madrid, 1904.

Viajero de Rusia, J. Juderías publica este libro, compuesto de catorce estudios sobre el territorio, la población, las razas, los idiomas, las religiones, las nacionalidades, el Zar y su Gobierno, las clases sociales, el presupuesto, la agricultura, la industria, el comercio y las vías de comunicación, la cultura popular, la expansión colonial y el conflicto ruso-japonés.

Hechos estos estudios sobre fuentes exclusivamente rusas, según advierte

el autor, el público encontrará en esta obra una exposición verdaderamente objetiva del estado actual del más grande de los Imperios europeos, del más desconocido y enigmático.

Nada tiene este libro de impresionismo frecuente en las notas de viajeros, y en esto se encuentra, tal vez, el mérito mayor y el mayor defecto de la obra de Juderías.

El mayor mérito, porque el libro aparece como un fruto de estudios largos y serios, llevados á cabo con una sinceridad y buena fe ejemplares.

El defecto mayor, porque le priva del carácter y le imprime una nota fría y adusta. Rusia se da á conocer, sí, al lector; pero Rusia disecada, no animada y viva, en su complicada psicología, que últimamente Ivan Strannik bosquejaba con sagacidad en el libro *La pensée russe contemporaine.* Y que Juderías sabe también de estas psicologías, lo prueba diariamente cuando toma entre sus amigos la palabra, y nosotros, interesados en su amable conversación le dejamos decir de la vida eslava.

C. Bernaldo de Quirós

LOS JUDIOS ESPAÑOLES, libro de *D. Angel Pulido.*

En treinta y uno de Marzo de mil cuatrocientos noventa y dos, D. Fernando V de Aragón, ese representante de la política de Maquiavelo, según el ilustre Castelar, sancionó con su real venia un edicto famoso en la historia de los atentados al derecho de gentes: la expulsión de los judíos de España.

Cuanto de antipolítico, antihumano y antisocial encerraba el decreto de proscripción, lo ha dicho con sereno juicio la historia y analizado con pacienzuda y reflexiva labor la alta crítica.

Aquellos monarcas, tan *católicos* como poco *cristianos*, diga lo que quiera la corriente y moliente mojigatería pseudo-religiosa, obraron al fin como hijos de su siglo, que si fué el siglo de Colón y Gutenberg, también lo fué de Arbués y Torquemada.

Han pasado cuatrocientos doce años, y ¡parece que fué ayer! por lo que á España toca.

Seguimos sin darnos cuenta y sin conciencia cierta de la evolución, como afirma el ilustre Sergi.

No ha mucho Francia lanzó una jauría de hienas sobre los israelitas, y silbó por boca de los estudiantes la apostólica figura del defensor de Dreifus, al primer cerebro y el carácter más esforzado de nuestro tiempo.

Pero Francia es al cabo una nación que marcha con el siglo y ha lavado el borrón de sus pasadas intolerancias con el pueblo judío, fundando en la poética región oriental la *Alliance Israelité universelle*, institución pedagógica admirable, donde se enseña la lengua y al par la civilización francesa á los simpáticos proscriptos, ganando de este modo voluntades y corazones á la gran república.

Nosotros, en cambio, continuamos metidos en la concha de nuestro bárbaro

egoísmo, ó nuevos Diógenes, en el tonel de nuestra legendaria rutina, ignorando ó aparentando ignorar que andan por ahí cerca de un millón de españoles que hablan, piensan y sienten en español, y lloran en eterno é inmerecido destierro la ausencia de esta patria tan bella, que para ellos no tuvo sino oficios de madrastra cruel.

Y es singular lo que ocurre con estos semitas, tan dignos de mejor suerte por sus altas dotes intelectuales y financieras. Se les execra y se les busca. Se maldice á los descendientes de los *deicidas*, pero se codicia su bolsa.

Los fariseos de hoy, que crucifican moralmentet á Criso, todos los días reniegan de los nietos de los judíos que le crucificaron materialmente. Desde el bárbaro Sisebuto á nuestros días, todo son anatemas para los judíos pobres, y zalemas y cortesías para los judíos ricos. Acreedores con prenda de los reyes de Castilla, acreedores con hipoteca de los monarcas de hogaño, siguen siendo por obra y gracia de sus cualidades relevantes y de la intolerancia de los infra-europeos, temidos y buscados, necesitados y perseguidos al par. No hay pueblo en el planeta que atesore como el suyo prendas tan ricas de solidaridad. Son *humanos* más que nacionales. Su patria es el mundo; la ciencia y el arte, el refugio y el noble consuelo á sus tribulaciones y á la enemiga general. A las persecuciones contestan con las más hermosas propagandas. Al odio sectario y al religiosismo atomístico, con la expansión, la paz y la cooperación económica. A los espíritus atávicos, que les calumnian y zaherien, oponen los espíritus críticos, las mentes estudiosas, las creaciones geniales de sus ilustres correligionarios de proscripción. Si hubo un Maimonides que iluminó un siglo con la antorcha de sus talentos, hay un Max Nordau y un Rectus, y una Sarah Bernardt, que han irradiado en este la triple ráfaga luminosa de un arte, una ciencia y una filosofía, hondas, humanas, briosas y exquisitas. Yo no creo que las faltas de los padres recaigan en los hijos hasta la cuarta generación.

Si eso fuera cierto, habría que confesar que el cristianismo no sería como es la religión del amor, sino la religión de la venganza. Cristo perdonó. ¿Condenará España? Tengo mis motivos para dudar. El patriotismo, como la religión, como todos los grandes sentimientos matrices del mundo moral, son aquí en España cosas que tocan más á los nervios periféricos que al corazón. Me acuerdo sin querer de millares de repatriados famélicos y tuberculosos; de millares de discursos parlamentarios huecos y altisonantes; del pánico de los industriales, frente á la mera posibilidad de un desembarco yanqui; de aquella marcha de Cádiz, coreada por un pueblo de esclavos; de aquellos ricos homes y linajudas damas que daban rienda suelta á sus pasiones alegres en las carreras hípicas, y aquella muchedumbre degenerada que regresaba ébria de los toros, mientras el fúnebre pregón de un gran desastre henchía los aires, y la sangre española coloreaba las crestas de las olas en la magnífica bahía de Santiago. Por el contrario, el libro del ilustre Dr. Pulido abunda en un generoso optimismo.

Piensa el autor de la *Emoción Oratoria* que la idea patriótica y altruísta de aproximación espiritual de los judíos á España y de España á los judíos, que inspira y dicta su obra, no ha de hallar tropiezos en su camino, ni por

parte del poder legislativo, ni del espíritu público, ni de las doctas corporaciones encargadas de ensanchar la órbita de acción de nuestro hermoso idioma.

Así parece desprenderse de los artículos 2.º y 11 de la Constitución; de las nobles palabras del Conde de San Bernardo, contestando al patrono de los proscriptos; de las promesas de atractiva política respecto á los judíos hechas por Sagasta y Vega Armijo; del espíritu de hidalgo cosmopolitismo que se derrama por toda Europa á impulsos de sagrados ideales de universal tolerancia y solidaridad.

El signo de la nacionalidad, decía Fichte, es el idioma, y con él se llega más pronto y mejor al corazón humano que con los demás vehículos de propaganda.

El idioma, el comercio de lo bello, el ferrocarril y los tratados de comercio son más eficaces que nada para ganar almas, sumar voluntades, colonizar pueblos é ir echando los cimientos de la gran patria humana, ideal del derecho de gentes cristiano. Y cuando mentes vigorosas como las de los judíos Rousso, Pejerano, Ascher, Fresco, Asayag y otros mil, hablan con profunda amargura de la adulteración de su lengua nativa, trocada en burdo *patois*, y se lamentan de perder el único hilo mágico que les pone en comunicación con la tierra de sus amores, sería criminal ir dejando que la indiferencia y el tiempo coronaran la triste obra del alejamiento y el abandono. Todo esto es verdad; pero es también verdad dolorosa que si la tolerancia está en la ley, la intolerancia está en las costumbres, y la rutina en las mentes y el egoísmo en los corazones. ¿Qué pueden importar los sufrimientos y nostalgias de la abnegada gente israelita á la turbamulta de energúmenos que interrumpen la majestad de las ceremonias religiosas, blandiendo cirios, cruces y puñales, resucitando los tiempos muertos al influjo de sus pasiones sectarias? Por otro lado, ¿responderá como debe la Academia Española al llamamiento del ilustre Pulido procurando honrar con distinciones y premios á los que, lejos, muy lejos de la patria, se empeñan en galvanizar el alma de España, muerta tras los Pirineos y agonizante en el propio cuerpo donde mora? ¿No habrá ningún sectario que lleve metido en el cerebro el espíritu de San Vicente Ferrer, interesado aun en poner el sambenito de la execración sobre las altas frentes serenas de esos laboriosos é inteligentes hermanos nuestros? Porque en España es costumbre juzgar á los hombres por la etiqueta que la rutina cuelga de sus cuellos y no por su propia virtualidad espiritual. De todos modos la idea está lanzada. Si cayó ó no sobre tierra agradecida, cosa es esta que en nada amengua el valor del nobilísimo propósito, del cristiano y patriótico patrocinio del Dr. Pulido en pro de los israelitas.

¡Honor, pues, al autor del libro y de la idea, al inagotable escritor y padre fecundo de sesenta ó más hijos literarios, al espíritu amplio, humano, benéfico del insigne senador por la salmantina Universidad! Acaso se escandalice por ello algún católico de *doublé*, de esos que, como decía Concepción Arenal, ofenden á Dios tanto como le nombran; pero los cristianos, es decir, los tolerantes, batirán palmas en homenaje al filantrópico intento y le prestarán el calor de su simpatía y la cooperación de su pluma.

Yo, por mi parte, afirmo que el día que desfilen ante mis ojos por las calles de las ciudades españolas muchedumbres *exóticas*, falanges de hombres de color, de aquellos que en días más felices contemplábamos inclinados sobre los ardientes surcos de los campos tropicales que producen el tabaco y la caña, judíos de pálida faz y ojos vivos y relampagueantes como los de Maimonides, ejemplares de todas las razas, productos vivos de todas las culturas, mensajeros de todas las confesiones religiosas, y se alcen junto á nuestras severas catedrales, capillas, sinagogas y mezquitas, y los hijos de Calcuta y Chicago vayan cogidos á nuestro brazo, llevando al lado al judío de Smirna ó Andrinópoles, aquel día creeré que hemos dejado de ser la *eterna tribu con pretensiones de nación*, de que hablaba el inmortal Revilla, y vamos derechos á una europeización verdadera, en brazos de un cosmopolitismo generoso, todo amor, expansión y bendita tolerancia.

PASCUAL SANTACRUZ

MADRID HACE CINCUENTA AÑOS. Obra extranjera, anónima, que ahora se traduce al castellano, según verá más al por menor el que leyere.

Habent sua fata libelli... Los del libro que tengo delante han sido raros; resucitar, salir del olvido al cabo de medio siglo, y volver, dando casi la vuelta al mundo, al país por el que fué inspirado y donde fué escrito.

El libro en cuestión se titula *Madrid hace cincuenta años á los ojos de un diplomático extranjero, obra alemana, anónima, escrita y publicada hacia el año 1854, traducida al inglés en 1856, con el título de «The attaché in Madrid», por otro anónimo, y de este último idioma al castellano, por Don Ramiro, con un prólogo, notas y comentarios del mismo.* Este largo título compendia la vida y vicisitudes del libro, cuyo historial quedaría casi completo añadiendo que el traductor español (que es el ilustado jefe de artillería D. Cristobal de Reyna) le halló en un baratillo en la Habana, le tuvo en su poder algunos años sin fijarse en él, hasta que un día le leyó del principio al fin, agradóle y resolvió traducirlo, todo lo cual relata *Don Ramiro* en el prólogo. Decididamente estaba predestinado el libro á retornar al lugar de su nacimiento.

¿Es digno de su destino? ¿Merece haber resucitado? Confieso mi escepticismo respecto al descubrimiento de tesoros literarios perdidos. Creo que estos hallazgos son tan difíciles como los de los tesoros consistentes en metálico acuñado, de tiempo de los moros ó de la guerra con los franceses, que buscan algunas gentes de exaltada imaginación en los pueblos. Desde la invención de la imprenta, el caso de perderse algún libro de extraordinario mérito es rarísimo. Pero sin haber descubierto un tesoro, *Don Ramiro* ha dado á conocer un libro ameno y curioso, lo cual es bastante.

El anónimo rodea á este libro de cierto atractivo misterio. Desconocido el autor, desconocido también el traductor norteamericano, velado por un seudónimo—en cuanto pueden velar los seudónimos, que es bien poco,—el

nuevo traductor español, parece que cuantos en aquél han puesto mano han querido recatar modestamente sus personas; pero de ahí no se sigue que sea el libro impersonal y objetivo. Es personal sin nombres. Lo es el cuerpo de la obra, como todos los diarios y memorias. Lo son también los comentarios de *Don Ramiro*, de que él se excusa en el prólogo, alegando la excesiva afición de casi todos los españoles á tratar de los asuntos públicos.

The attaché in Madrid ó *Madrid hace cincuenta años á los ojos de un diplomático extranjero*, es el Diario de un joven agregado á una legación, el cual vino á Madrid en Setiembre de 1853, y dió en escribir sus impresiones acerca de la corte de España. Este diario ó libro de memorias alcanza hasta Octubre de 1854, de suerte que abarca el período á que se refiere el Episodio de Galdós, *La Revolución de Julio*. No carece de interés leer estos lil ros uno á continuación del otro, para observar en qué coinciden y en qué se separan. Buena parte de las páginas de *Madrid hace cincuenta años*, está consagrada á esa misma revolución de Julio que ha dado título á la novela de Galdós, y las páginas aludidas son quizá las más interesantes del libro del incógnito agregado.

Era éste muy aficionado á España cuando vino á Madrid. Al principio de su Diario dice que desde la niñez había sido España la tierra de sus ilusiones, é indica que conocía nuestra literatura (por lo menos Cervantes y Calderón). No es extraño, pues, que juzgue con gran benevolencia á la sociedad del Madrid de 1854, y que muestre á cada paso la simpatía qus le inspiraban los españoles. No era, al parecer, el joven diplomático observador muy profundo, pero sí un espíritu bastante despierto y curioso para fijarse en las cosas y personas que le rodeaban y reproducir con ingenua sinceridad sus impresiones. Esta ingenuidad, sea aparente ó real, es uno de los atractivos del libro, en el cual no hay literatura «premeditada», sino la llaneza propia de la conversación y de la correspondencia familiar y más todavía de un diario íntimo, que es conversación y correspondencia consigo mismo.

La crónica de los salones ocupa gran parte de las páginas de este libro. El joven agregado frecuentaba mucho la alta sociedad de Madrid, y cuenta los saraos y comidas á que asistió, retrata á las beldades de laépoca, describe sus trajes y adornos, y hasta se hace eco moderadamente de las murmuraciones y chismes que por entonces corrían, si bien en esto es muy parco. Creo que Kasabal, Mascarilla y Montecristo tendrán poco que censurar en esta parte de la obra del incógnito agregado, parte que hoy tiene cierto relativo interés histórico y que acaso sea la que llame preferentemente la atención del público. También pinta las costumbres populares, y describe monumentos, paseos y edificios públicos, y hay que agradecerle (al menos los que conocemos Madrid) que no sea en esta parte extremadamente prolijo.

A la legua se echa de ver que el joven diplomático conocía mucho menos el Madrid popular y el Madrid de la clase media, que el Madrid aristocrático, con quien alternaba y vivía. También se advierte que aun en aquel período tan agitado é interesante de la política española, ésta no debió de atraer su atención más que medianamente. Relata lo que oía, describe algo de lo que vió, pero indudablemente le interesaban mucho más los saraos de la condesa

de Montijo ó los bailes de la reina madre doña María Cristina de Borbón. Estos y otros rasgos del libro, permiten que nos imaginemos al autor y tracemos un retrato hipotético del mismo. Yo me le imagino como un hombre de alguna cultura general, adornado de talentos de sociedad, guapo, afortunado en amores, que no tuvo nunca el propósito de estudiar á fondo la sociedad madrileña ni la española; que se limitó á observar las cosas que pasaban por delante de sus ojos, pero sin perseguirlas con ningún género de estudio; que, en suma, se limitó á pasar una temporada agradable en la capital de un país que hablaba á su imaginación algo romántica.

Dos episodios, independientes en absoluto entre sí y de diversa naturaleza, son lo que más me ha llamado la atención en este libro. Uno de ellos es la aventura misteriosa que relata el autor en el capítulo XXIV. En un baile, una máscara de aspecto distinguido le coge del brazo, le invita á seguirla y le lleva á una iglesia, donde hay un catafalco. «Me pusieron ahí esta mañana», le dice la misteriosa máscara, y desaparece. Al día siguiente, el joven diplomático se entera de que la condesa de X, cuyas señas coincidían con las de la enmascarada, había muerto y su cadáver había sido expuesto en la iglesia en cuestión. ¿Fué la máscara una aparición? ¿Fué alguien que quiso dar una broma macabra al diplomático? ¿Fué una hermana loca que tenía la condesa y que pudo escaparse de su casa é ir al baile? El joven agregado no consiguió salir de dudas; pero el traductor se inclina á lo maravilloso, y en una extensa nota refiere diferentes casos curiosos de telepatía, semejantes á los que se relatan en la famosa obra de Gurney, Myers y Podmore *Phantasms of the living*.

Yo me inclino, sin embargo, á una explicación mucho más prosáica y sencilla. Esa aventura, ¿no será una consecuencia literaria, nada más que literaria, del romancismo? ¿No habrá querido adornar el incógnito diplomático su relato con un lance imaginario, ó tal vez se habrá supuesto protagonista de una aventura que oyó referir y creyó posible? O bien, ¿no habrá agregado de buena fe, por auto sugestión, pormenores y circunstancias á un lance quizás sencillo y explicable, convirtiéndole en aventura fantástica al estilo de la del Estudiante de Salamanca ó la de Don Juan Tenorio con el Comendador?

El otro episodio á que me refiero es de carácter histórico y de gran importancia política. Refiere el diplomático que cuando el general Allende Salazar, enviado por Espartero, comunicó á la reina las condiciones que el duque de la Victoria ponía para aceptar el Gobierno, se expresó con tal insolencia aludiendo hasta á interioridades de la vida privada, que doña Isabel, en cuanto salió Allende, resolvió abdicar antes que someterse á las imposiciones de Espartero, expresadas en forma tan descortés y humillante. Fué citado á Palacio el cuerpo diplomático, mas el embajador de Francia, que llegó antes que sus colegas, pudo hacer desistir á la reina de aquel propósito. Así explica el autor de *Madrid hace cincuenta años* el hecho extraño de que después de haber sido citados á Palacio los embajadores se diera contraorden y la reina no les recibiese.

Ni Pirala, ni los continuadores de Lafuente, ni Villalba Hervás, ni García

Ruíz, ni las *Memorias* del general Córdova hablan de este incidente de la abdicación. Hay, sin embargo, en la continuación de la Historia de Lafuente un relato que guarda alguna relación remota con el del autor de *Madrid hace cincuenta años*. Parece que el general Córdova aconsejó secretamente á la reina que saliese de Madrid en los momentos en que, triunfante la Revolución, doña Isabel podía considerarse casi como prisionera en Palacio, y que efectivamente la reina estuvo inclinada á huir á Aranjuez protegida por la guarnición de Madrid, y esperar allí á que llegasen tropas de refuerzo. A la intervención de algunos personajes palatinos y del embajador de Francia se debió el que Isabel II desistiera de su propósito. Se cuenta que el embajador, para persuadirla, dijo: «El rey que sale de su Palacio en momentos de Revolución, no suele volver.» Acaso pensaba en Luis Felipe.

Aunque haya cierta coincidencia de pormenores entre uno y otro hecho, v. gr., la intervención del embajador de Francia, se refieren á momentos distintos. El que relatan los continuadores de Lafuente fué anterior á la llamada de Espartero, y posterior, si ocurrió, el que refiere el autor de *Madrid hace cincuenta años*, puesto que lo atribuye al lenguaje que usó en Palacio el brigadier Allende Salazar, emisario del héroe de Luchana. Mas aunque pueda ofrecer el caso algunas dudas, hay circunstancias que hacen muy verosímil dicho incidente, tal como el desconocido diplomático lo relata. Se sabe, que el mensaje de Allende Salazar desagradó mucho en Palacio, y que los cortesanos desconfiaban de Espartero temiendo que con su «cúmplase la voluntad nacional», buscase la abdicación de la reina. La idea de la abdicación pudo, en efecto, surgir en algún momento, aunque fuese desechada en seguida.

Como en el libro de que vengo hablando se indican casi siempre con iniciales los nombres propios de las personas, gran parte de las notas tienden á identificar la personalidad que medio se oculta detrás de las correspondientes iniciales, trabajo pesado y minucioso que ha debido de poner á prueba la paciencia de *Don Ramiro*.

Otras notas son comentarios ó reflexiones, y aunque bien escritas, tal vez pecan de prolijas, y aún de supérfluas, puesto que al lector lo que principalmente ha de interesarle es el relato de los hechos y no el juicio que acerca de ellos pueda formarse. Pero estando estas notas al final de la obra, no interrumpen la lectura, y cada uno puede leerlas ú omitirlas, según le parezca. Sería, pues, impertinente hacer cargos con tal motivo á *Don Ramiro*, cuya labor de traductor hay que aplaudir por lo castiza y elegante.

E. Gómez de Baquero

APUNTES DE UNA PSICOLOGÍA CIENTÍFICA, por *José Verdes Montenegro.*—Alicante, 1903.

Considerando la manera cómo desde hace cerca de seis lustros se están desenvolviendo las grandes investigaciones de la antropología y de la psicología en particular, es para quedar atónitos, por no decir escandalizados, el ver á nuestros profesores oficiales seguir en sus textos las viejas teorías del escolasticismo y del krausismo. Bajo pretexto de ser espiritualistas fervorosos, esos autores truncan y esterilizan toda labor psicológica, contribuyendo en gran escala á perpetuar en nuestra juventud los mil vicios intelectuales que la arruinan y deshonran. Pero su pseudo-espiritualismo no puede, sin mengua, sostenerse ante la historia contemporánea. Hoy más que nunca se afirman las relaciones que unen el estudio de la clásica «ciencia del alma» con el del determinismo biológico y de las leyes generales del organismo, y ninguna prueba mejor de la fecundidad de esas relaciones para llegar á un más exacto conocimiento de la naturaleza humana, que el admirable libro que acaba de publicar el Sr. Verdes Montenegro, catedrático del Instituto general y técnico de Alicante.

No pretende el modesto sabio originalidad alguna, ni tampoco le es hacedero demostrarla en un libro de carácter elemental; y, sin embargo, me atrevo á decir que en las 235 páginas de sus *Apuntes* hay más novedad, más observaciones curiosas y más puntos de vista personales, que en los gruesos volúmenes de muchos tratadistas que de científicos se precian. Pero aun sin esto sería su librito una obra recomendable sólo por el ambiente empírico moderno que en él se respira. Ese librito está tan bien escrito como pensado y sostiene su irreductibilidad entre las masas de prolegómenos y manuales consagrados á la exposición del naturalismo psicológico, por más que, como el propio Sr. Verdes Montenegro advierte, cabalmente al empezar su desarrollo, las lecciones que le forman «son deficientes, académicas é improvisadas».

Advertiré ahora que nuestro psicólogo, no sólo ha justificado su experimentalismo por razón de doctrina, sino por razón de método. Nota á este propósito, muy acertadamente, que, aunque la psicología metafísica sea posible y legítima siempre que busque su apoyo en los estudios de observación, no por eso debe servir de tema á un análisis de carácter pedagógico y experimental. *La psicología científica nada tiene que ver con el espiritualismo ni con el materialismo*; únicamente exige de los partidarios de una y otra escuela, que el concepto metafísico que formen del alma y del cuerpo y las soluciones que den de los problemas derivados se funden en los datos suministrados por la investigación psicológica imparcial (pág. 23.)

Por mi parte, añadiré que la misma psicología metafísica presta indirectamente armas para reducir á su justo valor las pretensiones de los especuladores á este respecto. Si se transporta el pensamiento á la esfera de las antinomias metafísicas, si se consideran las contradicciones que implica una materia desligada de todo espíritu, se siente uno penetrado de instinto unitario

genuinamente metafísico é indignado contra los que en nombre de la superioridad de lo espiritual sobre lo material, proclaman en un sentido absoluto el dualismo de ambas cosas (1). El espiritualismo clásico, es decir, el espiritualismo intelectualista y abstracto, descansa todo él en la irreductibilidad de las propiedades del alma á las propiedades de la naturaleza, afirmada *a priori* por los filósofos que desconocen esta última. Durante largo tiempo fué semejante afirmación un axioma cuya evidencia sólo podían poner en tela de juicio los que careciesen de razón ó se dejasen llevar de su fantasía; y los materialistas (que nunca han faltado) apenas si se atrevieron á atacar á la psicología rigurosamente espiritualista en esta su idea fundamental. Aun en los tiempos modernos, el cartesianismo, al separar por un abismo infranqueable el mundo de la extensión y el mundo del pensamiento, llevó más lejos aún que la escolástica la concepción espiritualista del hombre.

Encontramos la primera protesta contra tales dogmas en el padre del sensualismo, en Locke. La reflexión que al efecto hacía el filósofo inglés es perfectamente legítima dentro del espiritualismo riguroso, y debe considerarse como un verdadero argumento moral, al que no se puede replicar apoyándose en ninguno de los atributos divinos. Si, en efecto, se admite que Dios es omnipotente y que sigue en sus creaciones las vías más sencillas, preciso es conceder cuando menos la posibilidad de que dentro del orden natural por Él establecido haya sido y siga siendo la naturaleza el principio substancial de todos los seres, sin excluir al hombre. ¿Con qué derecho impondremos límites al poder de Dios? ¿Con qué derecho le declararemos incapaz de hacer lo que no es matemáticamente imposible? ¿Con qué derecho consideraremos al problema de la identidad del alma y de la naturaleza como análogo al de un círculo cuadrado?

Es muy de advertir que los escolásticos y otros espiritualistas sospechosos desfiguran el pensamiento fundamental de Locke, cuando se revuelven contra su significación, tratando de hacer ver que en él se supone no estar rigurosamente demostrado que Dios no tendría el poder de dar á un elemento de la materia facultades espirituales (2). El *nervus probandi* del argumento no estriba, como esos filósofos afirman, en una apreciación arbitraria de la omnisuficiencia divina, sino en la consideración de la esencia íntima de la naturaleza misma como principio desconocido ó poco explorado hasta ahora. Examinando este punto, se verá que Locke tenía cierta razón en decir que

(1) Hegel hace notar que de esos dos términos de la razón, el uno llama al otro; probemos á pensar en el uno sin pensar al mismo tiempo en el otro, á hablar del uno sin nombrar al otro, y veremos que nos es imposible Pero Hegel to lavía se adelanta más y pretende que tales términos, al paso que se suponen mutuamente, el uno destruye al otro. Así la materia es otra cosa que el espíritu. El espíritu es otra cosa que la materia. Por tanto, ambas cosas son diferentes, mas aún, opuestas, pues que se niegan recíprocamente. Luego las dos serán una misma cosa en un término superior que las reuna y que las explique y les dé su razón última por analogía trascendental. He aquí una bella aplicación del principio de la identidad de los contrarios, que envidiaría el mismo Heráclito, y que por cierto allana todas las dificultades.

(2) «Esto, dice Condorcet, equivalía á desvirtuar el privilegio de los teólogos que pretendían saber á punto fijo, y saberlo solos, todo lo que Dios ha pensado, todo lo que ha hecho ó debe hacer antes y después del principio del mundo».

la materia y el espíritu se concilian en el sér absoluto de que proceden. Este ser absoluto es el mismo Dios; así el hilozoísmo llego á su máxima trascendente, á saber: que Dios ve las cosas más desiguales, en cierto modo iguales, es decir, «igualmente nada, comparándolas con su altura soberana» (1) Tomada en este sentido, no hay necesidad de afanarse en defender ni contradecir la indubitable identidad del espíritu y de la materia.

Resultado de este principio fundamental, es el hecho de que lo espiritual y lo material son mutuamente convertibles. Si lo consciente surge de lo inconsciente por un laborioso y regular desarrollo de estados y disposiciones originarias y adquiridas, un grado excesivo de ese desarrollo causa en el sujeto la desaparición de la conciencia y de la actividad voluntaria (2). Así como los instintos de nuestra naturaleza sensitiva se convierten por el hábito en facultades espirituales, así también la repetición continua de los actos psíquicos hace de ellos actos físicos, automáticos é inconscientes. La reproducción habitual de un mismo acto sensitivo ó de una serie de ellos embota la sensibilidad activa. Las facultades intelectuales sujetas á la uniformidad en las representaciones, pierden toda su eficacia y virtualidad para el juicio. Por último, la libertad se destruye á sí misma ejercitándose.

Hechas estas ligeras observaciones sobre el mecanismo del alma, pasaré á expresar otras también muy breves deducidas de la magnífica y riquísima mina de oro de sus relaciones con el cuerpo. El estudio de estas relaciones ha llegado á constituir en nuestra época, bajo los nombres de *psiquiatria*, *psico-física*, *psico-matemática* y *psicología fisiológica*, una verdadera ciencia que cuenta ya con una abundante bibliografía en todos los países cultos. En la imposibilidad de entrar en extensas apreciaciones, me limitaré á recordar algunos hechos. El que desde luego llama la atención (y tomaré como único ejemplo) es el de la relación del alma con el volumen del cerebro. La proposición de Liebig: *Los efectos del cerebro deben estar en razón directa de la masa de éste*, está confirmada por la experiencia social é histórica. ¡Grandes cabezas, grandes talentos!, dice el vulgo; y Moleschott no hace más que dar giro científico á esta frase cuando escribe: «La pequeñez del encéfalo va casi siempre unida á la debilidad de espíritu ó al idiotismo, y, por el contrario, todos los que han tenido ocasión de ver los retratos de Vesalio, Shakespeare, Hegel y Goethe, abrigan el convencimiento de que la frente espaciosa y prominente que corresponde á un desarrollo considerable del lóbulo frontal, revela un pensamiento profundo. «Es experiencia diaria de los sombreros, observa Büchner, que los individuos de las clases ilustradas necesitan regularmente sombreros más grandes que los proletarios. Notamos asimismo, que la frente y sus partes laterales están menos desarrolladas en estos últimos. Hay aquí un efugio, bien débil por cierto, pero repetido por cuantos creen refutar las reglas con las excepciones, y es que no faltan personas in-

(1) *Bossuet: Refutation de Malebranche.*

(2) Esta misma distinción establecía Leibnitz en su *Monadologie*, hablando de la *percepción* (pensamiento, idea inconsciente) común á todas las mónadas, y la *apercepción* (pensamiento, representación consciente), que conviene á otras mónadas, y también á unas mismas en condiciones y tiempos diferentes.

teligentes que tienen la cabeza relativamente pequeña, y estúpidas cuya cabeza es en proporción muy grande. Se podría uno contentar con responder á este argumento, sin cesar invocado por los mismos anatómicos, que se confunde lo exterior con lo interior, que se olvida la influencia de la educación y del medio, y que la ausencia de una condición, queda compensada con la abundancia de la otra. Se podría añadir, que una frente espaciosa oculta un instrumento punzante defectuoso cuando los hemisferios cerebrales contienen pocas circunvalaciones. Se podría, en fin, agregar todavía que el volumen del cerebro no lo es todo, pues se halla en proporción con el volumen del cuerpo. Lo mismo sucede con la relación de peso, etc., etc.

La tarea más difícil que sobre sí ha echado la psicología científica, es, sin duda, la explicación experimental de lo que llamamos la conciencia. La conciencia está enlazada en nuestra memoria á un sueño de la infancia que nos esforzamos en vano por reconstituir. Pues, sin embargo, el Sr. Verdes Montenegro, no se arredra ni aún ante hecho tan incomprensible, que Renan calificaba de misterio y hasta de milagro, en su polémica contra los milagros del Cristianismo. Siguiendo á Wundt, á Sergi y á Spencer, el Sr. Verdes Montenegro se esfuerza en dar una explicación positiva de las *condiciones*, ya que no de las causas generadoras (que esto sería pura metafísica) de la conciencia, tal como en la experiencia se nos ofrece. Ahora bien, la energía de las impresiones, así como un cierto grado discrecional del cambio, son las condiciones requeridas del proceso consciente, y cuando estas condiciones no se dan, la conciencia es nula. Entre la plena conciencia y la ninguna conciencia existen *grados* tan diversos como en la luz del día desde el crepúsculo de la mañana al crepúsculo de la tarde, pues la conexión que podemos establecer entre la multiplicidad de estados de conciencia es sumamente variable... El grado de conciencia se marca por el mayor ó menor número de conexiones que podemos establecer entre los estados simultáneos y sucesivos de la misma (pág. 34).

Y nada digo de la extensión de esta conciencia individual á la conciencia social, asunto propio de la psicología de las muchedumbres. Aquí también hallamos una verdadera inconsciencia, por asociaciones de estados internos, que hacen que el estado consciente más aislado tenga relacion con otro que se haya manifestado anteriormente.

Sí; parece extraño que, como afirmaba Emerson, si un hombre en cada 20.000 ó 30.000 come borceguíes ó se casa con su madrastra, es seguro que en otros 20.000 ó 30.000 se hallará otro que haga lo mismo, pero las cosas suceden como si así debiesen ocurrir. La ley ó la coincidencia ocurre.

Los que tachan de materialistas semejantes ideas, no saben lo que se dicen. Acostumbrados á los estrechos moldes de un espiritualismo falso, sólo merecen compasión y benevolencia. Han olvidado esos señores que todos los grandes reformadores religiosos han sido profundamente espiritualistas; pero á la vez, y por esa misma razón, conocedores profundos de la influencia de lo corpóreo en lo anémico. Nótese, por ejemplo, con qué energía hablaba ya Zoroastro de la rehabilitación de la materia. «El cuerpo es la *gran razón*, la pluralidad unificada por la conciencia. Solamente como instrumento de tu

cuerpo se manifiesta *tu pequeña razón*, tu inteligencia, como tú la llamas, ¡oh hermano!; y no es, lo repito, más que el simple instrumento, el juguete de esa razón mayor.» Tales eran los términos en que Zoroastro se expresaba contra las opiniones de los que «despreciaban el cuerpo».

El libro del Sr. Verdes Montenegro es una obra nueva, inspirada en una concepción amplia del hombre y de su vida, y cuya lectura recomiendo, no sólo á los estudiantes, sino á las tres cuartas partes de los profesores de nuestros centros docentes.

¡Ah!... se me olvidaba. Recomiendo también esa lectura al psicólogo neotomista D. Alejandro Pidal, para que se vaya ilustrando...

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LIBROS RECIENTES

TEOLOGÍA

W. R. Inge, Faith and Know'edge, Sermons.
L. A. Pooler, Studies in the Religion of Israel.
F. W. Puller, The Anointi g of the Sick in Scripture and Tradition.
F. V. Tymms, The Christian Idea of Atonement.
O. D. Watkins, The Divine Providence.
A. Amos and W. W. Hough, The Cambridge Mission to South Londom.
M. T. Hainsselin, The Pivot of Christian Life.
G. Hawker, «The Know in Part» and other Sermons.
Whittaker, The origins of Christianity.
P. Wernle, The Beginnings of Christianity.
F. B. Proctor, The Lost Article of the Creed.
J E. Mac Fayen, The Mersages of the Psalmits.
J. Hus, Letters ed. By H. B. Workman and R. M Pope.
W. Herrmann, Faith and Morals, translated by D. Matheson and R. W. Stewart.

HISTORIA

Eugene Berger, Le Vicomte de Mirabeau.
J. Gay, L'Italie meridionale et l'Empire byzantin.
Henry Houssaye, Napo'eon homme de guerre.
Pierre Gauthiez, Lorenzaccio.
Octave Homberg et Fernand Jausselin, Le Chevalier d'Eon.
M. Karlowicz, Souvenirs inédits de Fré téric Chopin.
Louis Le Barbier, Le général de la Horie.
André Lebey, Le Connetab'e de Bourbon.
Auguste Longmon, De la formation de l'unité francaise.
Achille Luchaire, Innocent III, Rome et l'Italie.
Comte Mattachich Mémoires inedits.
M. de Marcere, L'Assemblée Nationale de 1871. Gouvernement de M. Thiers.
Gaston Maugras, La cour de Lunéville au xviiie siècle.
Elie Peyron, Bazaine fut-il un traitre?
Ernest Renan, Mélanges religieux et historiques.
P. Robiquet, Histoire municipale de París.
Georges Serviéres, L'Allemagne Francaise sous Napoleon I.
Mme. de Stael, Dix anneés d'exil.
Joseph Turquan, La Marquise de Montesson.
G. Weil, Le Pangermanisme en Autriche.
A. Bain, Autobiography.
Oliver Cromwell, The Letters and Speeches of, by Carlyle.
M. Davitt, The fall of Feudalism in Ireland.
H W. Elson, History of the United States of America.
D. H. Fleming, The Story of the Scottish Covenants.
L. Villari, The Republic of Ragusa.
H. B. Wheatley, The Story of Londom.
P. Ginisty, Paris intime in Revolution.
H. de Neussanne Le Veritable Guillaume II.
H. Verly, La conjuration de Bruges.
Major Z***, La Guerre de la Succession d'Autriche.

GEOGRAFÍA

Arcangelo Ghesleri, Testo Atlante de Geografía Storica generale (6 edición). (Bergamo, 1904).
R. T. Günther, Contribution to the Study of Earth-movements in the Bay of. Napoles. (Oxford, 1904).
Mary E. Durham, Th-oug the Lands of the Serb. (London, 1904).
E. Fallot, La solution francasse de la question du Maroe (Paris).
E. F. Ringht, South Africa after the Wan (London, 1903).
Indicus, Labour and other Questions in South Africa, being mainly considerations on the rational and profitable treatinent of the colourev races living there. (London, 1903).
Etienne Aymonier, Le Cambodge III. Le Groupe d'Augkor et l'Histoire (Paris, 1904).
Jacot Guillarmor, Lix mois dans l'Himalaya, Le Karakorum et l'Hindu Kusk. (Neufchatel, no fechada).
Francisco de Reynoso, En la Corte del Mikado. Bocetos japones. (Madrid, 1904).
Douglas Sladen, Queer Things about Japan. (London, 1904).
F. Bomkley, Japan and China: Theer History, Arts and Literature. (London, 1904).
G. H. Blair and J. A. Robertsor, The Philippine Islands. Cleveland (O. io), (1903-1904).
William R. Powland, Heber die «Federated Malay States» auf der Malayischen Halbinsel und deren Entwick lung unter Britishen Protektorat.
Otto Sverdrup, New Laud Fcser Years in the ctotie Regions. (Traducido del Noruego). (London, 1904).

ARTE

P. Goessler, Leukas-Ithaka, die Heimat des Odysseus.
L. Gonse, Les chefs-d'œuvre des Musees de France: Sculpture, Dessins, Objets d'Art.
P. de Bonchaud, Les Successeurs de Donatello.

Novela.

Arnold Bennett, A Great Man.
G. W. Appleton, The Lady in Sables.
C. E. Playne, The Romance of a Lonely Woman.
Richard Price, The Successor.
Gertrude Atherton, Rulers of Kings.
E. L. Voynich, Olive Latham.
Onoto Watanna, Daughters of Nijo.
R. E. Young, Sally of Missouri.
Mayne Lindsay, The Antipodeams.
William Westall, Dr. Wynne's Revenge.
Willy, Minne.
Jean Ajalbert, Maitre Lacombasse.
Ernest Daudet, Expiatrice.
Maurice Landay, Les Robes Noires.
Henry Lavedan, C'est servi.
Catulle Mendes, Le Carnaval Fleuri.
Marcel Mielvaque, La Vertu du Sol.
Eugene Morel, La parfaite Maraichere.
Comtesse Mathieu de Noailles, Le visage émerveillé.
Michel Provins, Comment elles nous prennent.
Edward Rod, Un Vainqueur.
Mathilde Serao, Histoire de deux âmes.

VARIOS

Dorothea Townsend, Life and Letters of the Great Earl of Cork.
W. H. Mallock, The Veil of The Temple.
Rev. T. T. Matthews, Thirty Years in Madagascar.
J E. Sandys, A History of Classical Scholarship From the Sixth Century B. C. to the End of the Middle Ages.
W. Drummond Norie, The life and Adventures of Prince Charles Edward Stuart.
J. Delaville Le Roulx, Les Hospitaliers en Terre Sainte et a Chipre.
Sir William Lee-Warner, The Life of the Marquis of Dalhousie.
Dudley Kidd, The Essential Kafir.
Vicomte E. M. de Vogüe Sous l'horizon.
Albert Reggio, Au seuil de leur amé.
A Morel-Fatio. Etudes sur l'Espagne.
Rene Matineau, Tristan Corbiere.
Girolamo Morlini, Nouvelles.

REVISTA DE REVISTAS

ESPAÑOLAS É HISPANO-AMERICANAS

POR J. M. GONZÁLEZ

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

Sobre el sentimiento de la envidia, por D. Diego Ruiz.—Las mayores faltas que un hombre puede cometer forman una especie de Trinidad del mal: pereza, soberbia, envidia. La envidia es el espíritu malo que une entre sí á las otras. Para ser exactos, todo se reduce á dos cosas: pereza é ignorancia; porque la soberbia es la ignorancia de nuestra dependencia con los demás, y la envidia la ignorancia de nuestro puesto en el mundo. Salid á la calle y echaros á ver caras; por el mundo no se pasean más que dos clases de malos: perezosos é ignorantes. Unos y otros han perdido ó no conocieron jamás el sentido del ritmo de la vida, de la música con que todo debe coordinarse. El fondo de todos los males es injuria, es violencia, pecado es intranquilidad: nos lo dice el divino descriptor de la *Citta di Ditte*. A tres pasos de las ruedas infernales, después de una muralla de heréticos, se extiende el triste reino de los intranquilos.

Como se ve, el verdadero concepto de pereza es muy diferente del que suelen tener los perezosos mismos. La verdadera tranquilidad se halla en la acción; la inmovilidad es la más negra de las ingratitudes del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes. La envidia es una forma de la pereza. Un envidioso es un hombre inactivo, un desertor de su fe, un pecho lleno de ignorancias y de intranquilidades.

Ese hombre parte del siguiente prejuicio: creer que la felicidad es limitada, que hay una cantidad de felicidad, y que el hombre que consigue una parte de ella es un usurpador.

La envidia es un sentimiento antipático, de repulsión, contra aquel que creemos competidor nuestro. Cuanaun dentro de nuestros gustos y aficiones, el hombre extraordinario está más allá del radio de nuestra acción, tampoco sentimos el deseo de librarnos. Así es como puede seguirse claramente cierta evolución que la envidia hace en todos los corazones. La envidia se hace siempre en el reconocimiento de la propia debilidad es una confesión de impotencia. A medida que los hombres suben y tienen confianza en sus pulmones, sienten menos estorbos; los grandes ca-

racteres se contemplan tranquilos desde las cimas. El envidioso no cree en sí, es un desertor de su propia fe; por eso siente la inutilidad de la lucha. Principal arma del envidioso: la maledicencia.

La pasión por el renombre y la estima ajena es el fondo de nuestras generales envidias. Creéis que todo el que triunfa es un usurpador de vuestra felicidad. ¡Débiles! Enfrente de un hombre no preguntemos por lo que es si no por lo que dará de sí como un centro de fuerzas en tensión. El sentimiento que menos comprendo es el de la envidia; los grandes puestos, las victorias ya realizadas no me atraen; son *limitaciones*.

Prefiero un *quizá* en lo futuro, á un *cierto* en el presente. Es la potencialidad de todo lo que verdaderamente debe atraernos; la esperanza mucho más que el deseo cumplido. No dividamos las cosas en grandes y pequeñas; si alguna norma admitimos, que sea esta sola: no hay nada tan grande en el Universo como una cosa pequeña. Si os llegáis á apoderar de esta idea, estaréis libres para siempre de aquella forma antipática de la pereza y de la ignorancia de sí mismos. El fondo más profundamente religioso de nuestra dignidad, es la potencialidad del hombre y de su esfuerzo. La pureza y la grandeza del deseo, unidas á la intensidad, para proyectarlo en el mundo, constituyen el secreto de todos los éxitos que más nos emulan. Cuando sepáis de algún reciente triunfo, de alguna acción noble, acostumbraos á considerarla en seguida como el primer anillo de una cadena, ó como un centro de irradiaciones en todos los sentidos imaginables. La vida tiene una intensidad que halla y goza todo el que la busca sinceramente. Un envidioso es, ante todo, un hombre que limita la intensidad de la esperanza, que se empeña en reducir á cifras la riqueza de las cosas que están por venir. ¡*Un* puesto! ¡*una* posición! ¡una sola obra que cumplir! ¡un solo momento que aprovechar!

El envidioso es un hombre de lógica morbosa y limitada. Es, además, la criatura más triste de la tierra. Sufre, no con el sufrimiento ajeno, sino con la alegría de los otros; trastorna toda la economía de la naturaleza.

La correspondencia, entre la envidia y el odio se explica, porque, hasta cierto punto, se completan. Odio es sentimiento de liberación, deseo de separación absoluta, eterna: nuestro lenguaje es muy pintoresco cuando decimos «no cabemos en el mundo», ponderando la fuerza repulsiva de aquella pasión, y ese es también el fondo de la envidia. En ésta hay dos deseos fundamentales: uno positivo (estár en el lugar que otro goza); otro negativo (buscarle el mal, suprimirlo).

Después de hablar del *râté*, esto es, del fracasado, y de decir que es un envidioso, termina su artículo el señor Ruiz, repitiendo las palabras de Mill: «siempre tuve una opinión muy mezquina de mi entendimiento como pensador original, pero me creía muy superior á la mayor parte de mis contemporáneos por mi actitud para aprender de todo el mundo», que resumen todo su deseo. La actitud del que se empeña en gozar con los placeres de los demás y en aprovecharse de las buenas cualidades de todos, es la más serena y verdaderamente envidiable que conoce; un hombre así, centuplica sus placeres y sus perfeccionamientos, y es como

si viviera cien vidas en una sola. En esa actitud todos debiéramos esperar ansiosos el día de la *revelación* de nuestra propia alma; todos debiéramosir al encuentro de *nuestro día*, el momento que nunca falta á los hombres de buena voluntad.

HOJAS SELECTAS.—Junio.

Breves noticias de las porcelanas japonesas, por Raudolfo J. Geare.—Según el articulista, fundándose en lo dicho por autoridades en la materia, los primeros objetos de cerámica japonesa que vinieron á Europa fueron importados á mediados del siglo XVI en buques mercantes que hacían la travesía de Portugal al Japón. Sin embargo, es indudable que mil años antes por lo menos, ya se fabricaban porcelanas en aquel imperio. Algunos hacen coincidir la época en que comenzó esta fabricación con los albores del Budismo, que, procedente de China y de Corea, ganó pronto numerosos prosélitos en el Japón. Este presunto origen es bastante racional, pues el apostolado de una religión nueva tenía necesariamente que ir acompañado de sacerdotes y obreros familiarizados con las artes que contribuían al adorno de sus templos y con la fabricación de objetos indispensables para el culto. En el año 649, el emperador Rotoku decretó que las contribuciones pudieran pagarse con porcelanas, lo cual hace suponer que daría un impulso extraordinario á su fabricación.

Desde aquella época hasta mediados del siglo X, la historia de esta fabricación aparece punto menos que envuelta en tinieblas. En 1598, Hideyoshi regresó victorioso de Corea trayendo consigo algunas vasijas preciosas, lo cual viene á confirmar que el rápido desarrollo alcanzado por esta industria en el Japón á últimos del siglo XVI, tiene su origen en el progreso á que la misma había llegado en Corea.

Difícil es decir cuáles son las porcelanas antiguas reputadas como mejores. Sábese que las fabricadas en Hizen ocupaban lugar preeminente, sin duda porque los mejores materiales se hallaban en aquella provincia. La decoración de los objetos se limitaba en aquel entonces á algunos dibujos que luego se barnizaban, ya que los procedimientos de aplicar sobre el barniz esmaltes vitrificados no aparecieron hasta medio siglo más tarde. No mucho tiempo después se descubrió una pasta muy fina, con lo cual se consiguieron objetos que al golpearlos producían un sonido argentino muy agradable. En la composición del adorno predomina medallones de flores, imágenes de dragones, fénix, pájaros revoloteando al rededor de gavillas de trigo, etc. En el decorado abundaban los colores rojo, azul y áureo. Un escritor, hablando de la antigua cerámica de Hizen, dice que estaba decorada con mucho arte y valentía.

Pasa el articulista á referir las principales clases de cerámica japonesa, y á este propósito habla de Owari, en cuya provincia existen las mejores fábricas de porcelana del Japón; de Kioto, notable por su antigüedad; de Sadsuma, cuya loza es de color claro, entre gris blanco y amarillo de pergamino, pasta dura y contextura compacta y con superficie cubierta de una especie de grietas; de Ruwana, en donde se montó la fábrica de ob-

jetos *Bauko*, que son los de más valor y que mayores precios alcanzan. Los únicos ejemplares que se conservan de esta fábrica son unas teteras de tamaño pequeño. La especialidad del *Bauko* está en el decorado, que consiste en numerosos sellos ó marcas. Cita el articulista, por último, los objetos de Raga, en cuya provincia existieron alfarerías importantes desde épocas muy remotas, alguna de las cuales continúa funcionando hoy. Casi todos los objetos que proceden de Raga están marcados con la inscrición *Rutani*, que significa nueve valles, por estar situada aquella población entre un grupo de colinas. En los primitivos objetos de Raga, las pastas son duras y de apariencia entre loza y porcelana; el color es de marfil y el esmalte sumamente fino á la vista y al tacto. El decorado es de un color rojo profundo, con algunos toques de oro; este color es tan fijo que se conserva por muchísimo tiempo. La pasta usada en la fabricación de estos artículos es dura y de grano muy compacto: una especie de porcelana, pero que no es trasluciente. Todo esto, por lo que se refiere á la primera época, pues en el último período de los objetos de Raga se observa una notable degeneración, desde el punto de vista artístico, aun cuando el trabajo sea más perfecto y mejor la calidad de la porcelana.

Termina su artículo citando otras fábricas de menos importancia, como Bicen, notable por sus porcelanas blancas, pero aún más por el color pardo del barro, con el que se hacen sin fin de objetos grotescos, dioses, animales, etc.; la de Omi, en donde se fabrican artículos de barro común en grandes cantidades; Mino, Tamba, etc., etc.

ESPAÑA.—Buenos Aires, Mayo.

Revista comercial, por Tomás Mendoza.—Da cuenta de la publicación oficial del movimiento comercial en la República Argentina, por la que se revela el aumento extraordinario que ha tenido el comercio exterior en el primer trimestre del año.

La importación figura por valor de más de 3 millones de pesos oro, 10 más que en el primer semestre del año pasado, lo que supone aumento de necesidades y de consumo en la población del país, como consecuencia del bienestar producido por las magníficas cosechas del año.

La exportación alcanza 73.234.446 pesos oro, con aumento en el trimestre de más de 3 millones. Como en ese período sufrió el comercio una sucesión de huelgas de todo género, que detuvieron el movimiento de salida de frutos coloniales, puede calcularse que con tiempo normal dicho aumento sería del doblo de la cifra consignada.

Para España hubo aumento de exportación por valor de 106.257 pesos, cifra pequeña, pero que indica la posibilidad de poder llegar á mayor desarrollo, si se continúa la propaganda comercial que actualmente se hace. En el mensaje anual que el presidente leyó en el Congreso, se hace constar el aumento que hubo en los tres primeros meses del año en los ingresos del Tesoro, estimado en más de 8 millones de pesos, á que ha contribuído en su mayor parte el comercio de la República. Hay en el mensaje un ofrecimiento simpático para el comercio de exportación: suprimir en el próximo presupuesto el impuesto de las lanas que se exportan.

El impuesto que se cobra representa un millón y medio de pesos, y si se suprime el productor resultará beneficiado, porque obtendrá mejores precios por el artículo. La cuestión de las harinas tendrá pronta y favorable solución, pues hay empeño por parte de los gobiernos argentino y brasileño en llegar á un acuerdo equitativo, que consiste en rebajar el Brasil el 20 por 100 al derecho de importación á la harina, en cambio de igual rebaja que la Argentina hará al café. Se está mandando harina á Inglaterra para conquistar nuevos mercados. Actualmente se cargan 2.000 toneladas, pero se tropieza con serias dificultades, como las del flete, por ejemplo. Mientras que Norteamérica remite harinas á puertos ingleses con fletes de 6 chelines, de aquí hay que pagar 18. Si se concediera una prima por la exportación de harinas, ó se resolviera el gobierno á fletar sus transportes para cargar sólo este producto á 8 ó 10 chelines, exportaría el país una gran cantidad, á pesar de la competencia norteamericana.

El comercio tiene indudablemente la fortuna á su favor. Se presentan los negocios de una manera natural y se conquistan mercados nuevos. Para los animales en pie se hará estos días un ensayo de exportación á Italia, que consistirá en una remesa de 200 novillos, de 650 kilos cada uno. No se duda del éxito y se espera ensanchar rápidamente este nnevo negocio. También se ha embarcado una partida de 10.000 kilos de algodón para Dukerque, artículo de mucho porvenir y cuyo cultivo crece en el Chaco.

Termina el articulista dando cuenta de los cambios y del estado de la Bolsa.

FRANCESAS, POR JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ

REVUE PHILOSOPHIQUE.—Junio.

La educación de la memoria en la escuela, por J. J van Biervliet.—Se han sostenido gran número de polémicas sobre la influencia educadora de las humanidades clásicas. Si los «novadores» encuentran desproporcionado el tiempo consagrado al estudio del latín y del griego en relación con la importancia que para el hombre moderno tienen las civilizaciones antiguas, y hallan perjudicial que se gasten seis años de juventud, en el momento mismo en que la mayor plasticidad del cerebro permite fijar tantas nociones útiles, en mal aprender lenguas muertas, por el contrario, los partidarios del *statu quo* claman en favor de las literaturas antiguas, únicas que pueden dar al espíritu el grado máximum de desenvolvimiento. Según la opinión de estos últimos, el estudio de la antigüedad es indispensable, porque nuestros Códigos se hallan impregnados del espíritu jurídico romano; porque gran número de nuestras instituciones son imitaciones de las de los romanos y griegos; porque nuestro mismo idioma es una lengua latina, y el sentido de casi todos nuestros términos técnicos no se puede descifrar sino conociendo el latín ó el griego; porque, en fin, según ellos, son tan perfectas es-

tas literaturas griegas y latinas, que el ejercicio que han menester para aprenderlas constituye, para la inteligencia, la mejor de las gimnasias; y porque si es cierto que el niño ganaría en tiempo reemplazando el estudio del griego y del latín por el de lenguas vivas, en cambio esta ventaja sería, no sólo compensada, sino sobrepujada por un menor desenvolvimiento de sus facultades intelectuales. No faltan argumentos á los «novadores» para defender sus ideas, y quizá uno de los más fundamentales es el siguiente: El hombre está destinado á vivir en los tiempos modernos y no en la antigüedad; á pensar como hombre del siglo XX; y, por lo tanto, debe comprender, ante todo, el alma de sus contemporáneos.

Abandonando estas discusiones, pregunta el articulista si la enseñanza clásica, tal como se comprende hoy, es realmente el mejor sistema de formación del espíritu. Parece á ser este un problema imposible de resolver, porque para ello sería necesario medir la inteligencia de los alumnos, antes y después de sus estudios clásicos. ¿Y de qué medio valerse para esto? El de los concursos es completamente falso. Es necesario considerar á la inteligencia en general; es decir, la habilidad para discernir, para percibir los matices en toda clase de estímulos que lleguen á la conciencia.

El día en que se consiga poder medir la inteligencia espontánea de los sujetos, la psicología habrá realizado un gran progreso; entonces será fácil, no sólo determinar la potencia intelectual de un hombre, como se mide la fuerza de su memoria, sino que se podrá conseguir lo ya realizado con la memoria: inspeccionar, medir, traducir en cifras el efecto útil de los diversos modos de estímulo. Aquel día, quizá sea el en que se demuestre el poco fundamento que existe para la enseñanza clásica.

Durante muchos siglos se ha creído en todos los países del mundo y en todas las instituciones de enseñanza que se cultivaba y se fortificaba la memoria, y ahora han demostrado los psicólogos del mundo que la memoria inmediata de los niños permanece casi estacionaria desde los ocho á los veinte años, y que desde esta edad crece insensiblemente por el ejercicio espontáneo aplicado á los objetos que interesan.

Los pedagogos parecen haber confundido dos cosas bien distintas: ejercicios intelectuales y cultivo de la inteligencia. Cualquier ejercicio moderado y regularmente repetido, fortifica los órganos; pero unos ejercicios más que otros.

Sin duda alguna, hacer trabajar la inteligencia en determinadas cosas intelectuales, volver á hacer pensar en los pensamientos de otro y en la forma en que fueron escritos, estudiar el espíritu de las ciudades antiguas, es un trabajo; ¿pero será también particularmente propio para formar de la inteligencia? Verdad es que las humanidades dan al escolar una cierta suma de conocimientos útiles; pero otra cosa es que esta disciplina constituya el estímulo más eficaz de la inteligencia. Es de esperar que esta cuestión, como otras muchas, no tardará en entrar en el dominio experimental. El progreso de la pedagogía científica se basa únicamente en la experimentación y en la medida. Su influencia se siente ya en la enseñanza, sobre todo en la primaria. Poco á poco se van introduciendo mejoras,

aunque muy despacio. No se sueña aún en desenvolver directamente aun facultad por ejercicios de estímulo racionales, graduales y sistemáticos, únicamente fundados en conclusiones de los experimentadores.

A los que objeten que ésto es imposible, contestaremos diciendo que es un error creerlo así. Hay una facultad que se puede formar racionalmente: la memoria.

Expone el articulista el sistema que ha seguido en Gante con este objeto, y dice que, en vista de sus resultados cree posible y hasta fácil instituir en una escuela primaria un verdadero curso racional de memoria, con el que se consiga fortalecer la memoria de los alumnos, por medio de sencillos ejercicios de corta duración, variados é interesantes, y medir la memoria inmediata media de los escolares de una clase, antes y después de estos ejercicios, traduciendo en cifras los progresos realizados.

Veamos el sistema seguido por M. Biervliet en Gante.

El maestro propone la primera vez retener exactamente una sola sílaba que se escribe ó se pronuncia con toda claridad, según que el ejercicio sea dirigido, bien á la memoria visual ó á la auditiva. Por regla general, estas sílabas se escribían en unas pizarras cubiertas con algo, para que á una llamada de atención brusca, los alumnos miren todos á la pizarra, y se descubre ésta por espacio de dos ó tres segundos—según la edad de los niños—para dejar ver lo escrito. Después los escolares escriben cada uno en una hoja lo que han retenido y su firma. El maestro recoge las hojas de los que lo han escrito bien. En el ejercicio siguiente, el maestro, en vez de una sílaba escribía dos en la pizarra, y en lo demás seguía el mismo sistema que para el anterior ejercicio. Cuando los discípulos no conseguían retener las dos sílabas á primera vista, repite el mismo ejercicio dos ó tres veces. La ventaja de este procedimiento está, no ya sólo en que con él se consigue hacer trabajar la atención y la memoria de los niños, sino en que excita su amor propio y su estímulo en alto grado. De este modo se puede llegar á conseguir medir el término medio de la memoria de una clase.

En el resto de su artículo extiéndese largamente el articulista para dar cuenta de los resultados alcanzados con este sistema en sus discípulos.

REVUE POLITIQUE ET PARLAMENTAIRE.—10 Junio.

Nuestro acuerdo con Inglaterra y la política franco-inglesa, por G. L. Jaray.—Francia é Inglaterra, caminando por los mundos, tenían que encontrarse más de una vez. En estos últimos veinticinco años, dos veces hubo el temor de que se rompiesen las relaciones diplomáticas entre estas dos naciones; púdose conseguir felizmente que así no fuese, y como consecuencia de una serie de convenios, tratados, declaraciones, actos internacionales de todas clases y de todos nombres, se ha firmado el convenio de 8 de Abril de 1904, en cuyos dos aspectos, de tratado de liquidación y de manifestación de una nueva política, lo estudia el articulista extensamente.

El acuerdo del 8 de Abril se ha propuesto primeramente terminar de

una vez y para siempre toda clase de diferencias entre las dos naciones.

Entrando de lleno en el estudio del acuerdo, dice que en lo tocante al Africa occidental, los ingleses han cedido á Francia las pequeñas islas de Los, les han concedido un punto de acceso en el río navegable Gambia y han rectificado la frontera entre el Niger y el Tchad. De estas tres concesiones la única que tiene algún interés para los franceses es la última. En cambio éstos les han concedido á los ingleses derechos en Tierra Nueva, de gran importancia, y que suponen mucho más que todo lo que han recibido y queda mencionado.

Pero la parte esencial del nuevo acuerdo, su verdadera importancia está en lo referente á Marruecos y Egipto. Abandonar en Egipto la actitud de protesta de Francia; conceder en aquel país á la Gran Bretaña libertad de acción; poner la diplomacia francesa al servicio de la inglesa; ceder, en suma, á Inglaterra esta tierra que parecía reservada sino á la acción, de la política francesa, sí á poderosa influencia: tal es, en resumen el resultado del nuevo acuerdo por lo que respecta á Egipto.

Pero en cambio la Gran Bretaña reconoce á Francia un protectorado de hecho en Marruecos, con todas sus consecuencias, como compensación á lo de Egipto. Estudia el articulista extensamente el alcance y los términos del acuerdo, por lo que respecta á estos puntos, y pasa después á hablar de la ejecución y de las perspectivas de la política franco-inglesa, comenzando por señalar la actitud en que ambas potencias se han colocado en este último siglo.

Para la ejecución del acuerdo han de tropezar con serios obstáculos que presentarán seguramente Rusia, Alemania, España y Marruecos.

Es indudable la importancia que para Francia tiene la alianza con Rusia, y cuando se piensa que en el momento mismo en que firmó aquélla el tratado con Inglaterra se aliaba ésta con los japoneses en contra de Rusia, hay que temer el desagrado del Imperio Moscovita al ver entrar en tratos á su aliada con su enemiga.

En cuanto á Alemania, es indudable que ha sido mal recibido este acuerdo, juzgado como un arreglo dirigido contra ella.

Por lo que respecta á España, conocida es la emoción que ha producido el tratado, y, como consecuencia de ella, los discursos que con este motivo se han pronunciado en las Cortes, las mociones propuestas, la irritación en la prensa y las decisiones que han adoptado «las sociedades geográficas». Desde la pérdida de Cuba y Filipinas, el imperialismo español se ha manifestado en la ambición de prolongarse en Africa. «Este sueño de grandezas podemos acallarlo, dirigiendo habilidosamente nuestras negociaciones. Fué una desgracia que se firmase prematuramente y sin un verdadero interés que la motivase el tratado de 27 de Junio de 1900; quizá con la concesión ahora á España de las vastas extensiones de terreno de Río de Oro se hubiese evitado un conflicto próximo á estallar. A esto podíamos haber añadido más terreno en el Rif para que ensanchen sus presidios, ó si se quería respetar el *statu quo* territorial, nos comprometeríamos á reservarles en esta región la acción económica y militar, y de este modo procuraríamos al pueblo español la esperanza de una lejana compensación, al mismo tiempo

que les dábanos terrenos en donde podía dejar vagar libremente su imaginación y en donde sus militares encontrarían los campos de tiro y de excursiones que desean.

La dificultad de las negociaciones con España, reside precisamente en el siguiente dilema: ó descontentar á España, que va del brazo del Emperador alemán, quien en la entrevista de Vigo ha debido decir mucho, ó abandonar en Marruecos derechos que no podemos renunciar, operando la partición del país que ha despertado grandes ambiciones en los hombres políticos de España, dejando á ésta su libertad de acción en el N. y NO. de Marruecos, privándonos de las tierras más fértiles, comprometer de esta suerte la política colonial francesa.

Inglaterra ha dejado amablemente á Francia el cuidado de resolver el dilema, y ha asegurado á España que ella no se mete en nada. Sería muy de lamentar que no reinase entre los dos pueblos vecinos la mayor armonía que sinceramente desea el articulista.

Termina M. Jaray dando cuenta de los obstáculos que presentará Marruecos para la realización del acuerdo franco-inglés.

Revista de cuestiones coloniales: España y Marruecos, por Ch. Depincé.—En el acuerdo de 8 de Abril se dice que Francia tendrá especial consideración á los intereses que España tiene, debidos á su posición geográfica y á las posesiones territoriales en la costa marroquí. De este modo, España es deudora de Inglaterra, en vez de serlo de Francia; y por más que sea esto cuestión de forma, tiene verdadera importancia para el porvenir de las relaciones futuras con nuestros vecinos de los Pirineos, llamados á serlo también de Marruecos. Si España ha leído en esas palabras un compromiso á su favor que se presta á grandes exigencias, Francia no puede en manera alguna estar conforme con esta interpretación que supone concesiones, por su parte, que no puede hacer; y, sobre todo, si estas concesiones son las de abandonar á España todo el litoral Norte del Imperio, desde Melilla hasta la embocadura del Sebon.

El Tratado llama «posesiones territoriales» á unos presidios colocados en islotes, y en donde se mantiene España á duras penas y con la condición de no salir de allí. Por dos veces, en 1859 y en 1893, ha pretendido ensanchar sus dominios, y sólo sirvió para demostrar su impotencia. Hay que convenir que no han sido estas dos tentativas las que han podido tenerse en cuenta, para su deseo de llevar sus establecimientos hasta 300 kilómetros más al Sur. Que sus establecimientos tengan necesidad de un poco más de aire, que la región montañosa inmediatamente vecina, el *Rif*, pueda ser considerada como su prolongación natural, y que por esto les sea concedidos el Rif á título de dependencia, puede admitirse, porque esta concesión está en relación con su importancia y porque no se perturba seriamente la integridad territorial y política de Marruecos. Pero dejar á España extenderse fuera del Rif hasta el Sebon, supone una concesión desproporcionada con lo que debieran ser las legítimas pretensiones de España. Además, y esto es lo más grave, supondría dividir en dos mitades Marruecos, precisamente en el momento en el que afirmamos su unidad terri-

torial, y que nos presentamos ante el Sultán como protectores de su imperio.

Desde el momento en que se hiciese ese reparto, sería imposible, no sólo el protectorado de Francia en Marruecos, sino el restablecimiento de un régimen regular cualquiera. Supóngase á este país objeto de dos influencias que van en direcciones contrarias. ¿Cuál será la dominante? Bien es cierto que España será la primera en reconocer, recordando sus intentos colonizadores en Cuba y Filipinas, que de suceder lo anteriormente dicho, no tardaría mucho tiempo en que, si no quería Francia que la vecindad constituyese un serio peligro para la tranquilidad y seguridad de su establecimiento en Argelia, se viese obligada á sustituir á España.

Además, ¿quién representaría á Marruecos en sus relaciones con las potencias extranjeras? ¿Quién garantizaría sus empréstitos? ¿A quién incumbiría el cuidado y la responsabilidad del establecimiento y la percepción de los derechos de aduana en los puertos?

Pero el peligro más grave está en que siendo todo el litoral Norte de Marruecos de España, Tánger también le pertenecería. El Tratado del 8 de Abril estipula el libre paso del estrecho de Gibraltar, y para asegurarlo, los dos gobiernos se comprometen á no dejar construir fortificaciones ni obras estratégicas entre Melilla y el Sebou. Si España era dueña de Tánger, sería ¿Francia responsable de la estricta observancia de la cláusula? Francia é Inglaterra, por el acuerdo, están obligadas á intervenir. ¿Pero no habría el temor de que bajo este pretexto se dejase establecer á Inglaterra en la costa africana del Mediterráneo otro Gibraltar de quien España no sería más que el dueño aparente? La resignación con que ésta soporta la presencia de una fortaleza británica en su mismo territorio, y la complacencia con que desde hace muchos siglos mira á Inglaterra, permiten toda clase de suposiciones.

Basta con un Gibraltar; y un segundo en Tánger equivaldría á tanto como quedar Inglaterra dueña absoluta del Mediterráneo, y esto, ni siquiera como suposición remota puede admitirlo Francia. Nadie ha visto que el Tratado del 8 de Abril suponía el abandono de Tánger á un tercero; si llegase la opinión á convencerse de ello, no habría una voz que se levantase en favor del Acuerdo del 8 de Abril. No es necesario, para satisfacer las legítimas suceptibilidades de España, ir hasta el sacrificio de nuestra seguridad. España sabe, por el ejemplo de Orania, que sus nacionales encontrarán, en un Marruecos pacificado y fecundado por la influencia francesa, una mayor hospitalidad que la que le ofrecería un Marruecos poseído y dirigido por ella. Estas son, para una nación que ha hecho duras experiencias coloniales, ventajas más considerables que la satisfacción del amor propio que puede tener con una pobre extensión de sus posesiones.

INGLESAS Y NORTE-AMERICANAS

POR J. UÑA Y SARTHOU

INGLESAS

THE NINETEENTH CENTURY.

El anticlericalismo en Francia y en Inglaterra. —Ha ocurrido poco há, que en el mismo día y á la misma hora se han visto los Gobiernos francés é inglés sorprendidos por un voto hostil en sus respectivos Parlamentos, en la interesante cuestión de la educación nacional. Uno y otro Gobierno, por rara coincidencia, se encontraron combatidos hasta el punto de quedar derrotados por once votos. Así en Francia como en Inglaterra ha adquirido una importancia capital la educación del pueblo, considerada en los debates parlamentarios como tema muy principal de las relaciones entre la política y la religión. Siendo aquellas naciones las porta-estandartes del progreso político y social, y hallándose ahora ligadas por su reciente Tratado, pueden aprovechar las ventajas de sus buenas relaciones para la solución de problema tan hondo y fundamental como el que tienen planteado en la actualidad. En el espíritu de los ingleses ha ejercido siempre una especial fascinación el desarrollo dado por Francia á los acontecimientos contemporáneos en todos los órdenes del pensamiento y de la especulación; el genio francés, tan brillante, tan versátil, tan audaz y de lógica implacable, causa maravilla al espíritu más frío y reflexivo de los hombres de nuestra raza. En el terreno político venimos acostumbrados á observar los experimentos ensayados en Francia, anotar sus progresos y sus resultados, ordenando nuestra particular conducta aprovechando sus enseñanzas.

A principios del siglo XIX se hallaba la opinión en nuestro país profundamente conmovida por la reciente tragedia de la revolución francesa, y se echó de ver que el mayor peligro para la paz de nuestra sociedad estaba en la ignorancia del pueblo. Pero un clérigo inglés, impresionado por semejante peligro, ideó el plan de tender una red de escuelas por toda Inglaterra. Entre la «Evangelical Revival» de la anterior generación, y el «Tractarian Movement» de la generación siguiente, apareció la menos recordada por haber sido la menos ruidosa en el curso de la vida y actividad de la Iglesia, pero cuya influencia perdura todavía, la venerable institución que lleva el título de «The National Society for the promotion of the education of the poor in the principles of the Established Church.»

El ejemplo francés ha sido adoptado fácilmente en ocasiones. «Los días de Julio» de 1830, que más allá del Canal presenciaron el establecimiento pacífico del régimen burgués, vieron también el impulso que en nuestro país dió al mismo movimiento una reforma parlamentaria, por la que, en 1832, quedó asegurado el po-

der de la clase media durante un período de cuarenta años. Por el contrario, los acontecimientos de 1848 en Francia, avivaron los recelos tradicionales de los ingleses contra las tendencias y métodos revolucionarios. Los salvajes excesos de la *Commune* de París en 1871, levantaron tal oleaje en el espíritu conservador, que durante las tres décadas siguientes á la elección de 1874 ha conseguido tener al partido Tory cerca de veinte años en el poder.

La comparación de la situación político-religiosa de Francia con la de Inglaterra tiene profunda significación y probablemente profunda enseñanza. Las diferencias, aunque numerosas y no exentas de importancia, apenas tocan á la superficie de la cuestión, mientras que las semejanzas entre los dos casos son de suficiente peso para sugerir un estrecho paralelismo entre ellos.

La despiadada campaña emprendida en Francia contra las órdenes religiosas, tiene por motivo primario su completa supresión como instructoras de la juventud. Mediante estas sociedades la Iglesia católica en Francia ha tenido á su cargo la educación de la mayoría de los muchachos del país. La ley Falloux, aprobada en 1850 bajo la influencia de católicos liberales tales como Lacordaire, Tocqueville y Montalembert, otorgó á todas las personas cualificadas el libre derecho de enseñar. La segunda República no se mostró tan hostil á la fe católica como lo había sido la primera ó como la tercera estaba llamada á ser. Después de la caída del Imperio, los espíritus directores del actual régimen empezaron pronto á dejar ver su intención. Una vez lanzada por Gambetta su célebre frase: *Le clericalisme, c'est l'ennemi*, no era más que cuestión de tiempo que esta declaración de guerra se extendiera á todo el sistema católico, á la cristiandad misma.

Bajo la ley Falloux, las escuelas cristianas gozaron de libertad, si bien es cierto que esa libertad hubo de pagarse con un enorme sacrificio pecuniario. La Iglesia de Inglaterra, con toda la generosidad de sus hijos en la cuestión del sostenimiento de sus escuelas, no ha sido nunca llamada á soportar carga tan grave hasta el extremo que los católicos franceses, que, no auxiliados por el Estado ni en un céntimo, se dieron por muy contentos con que se les permitiera sostener sus propias escuelas con su dinero, y contribuyendo al mismo tiempo con su tributo á costear las escuelas del Estado.

Las escuelas católicas prosperaron mucho más de lo imaginado. No sólo fueron más populares las escuelas de la Iglesia que las del Estado, sino que además las órdenes religiosas pudieron mostrar un número mucho mayor de estudiantes que sus rivales, las escuelas del Gobierno, y bajo el sistema de la libre competencia los alumnos de las escuelas cristianas obtuvieron mayores éxitos en los exámenes que los de las escuelas del Gobierno.

La ley Ferry, hace diez y ocho años, dió otro golpe con la secularización absoluta de toda la instrucción dada por el Estado, en vista de la cual se acabó en las escuelas del Gobierno con los últimos restos de la enseñanza religiosa. Sin embargo, entonces se aseguró á las familias cristianas que la instrucción *laica* sería estrictamente neutral, no significándose en modo alguno como

anticatólica ó anticristiana. Esta promesa no se ha cumplido. Como ha dicho el conde de Mun en un artículo reciente (National Review—Abril, 1904—The Religions Crisis in France), se encontró que era imposible enseñar moral cristiana práctica prescindiendo de la creencia y de la sanción cristianas. La neutralidad prometida ha sido violada cínicamente: «no sólo la enseñanza de la moral, sino las conferencias sobre historia, botánica, zoología, ofrecían á cada paso la oportunidad de atacar á la fe católica».

Siendo éste el carácter del sistema de la instrucción del Estado, la Iglesia continuó durante quince años más proporcionando enseñanza cristiana, sin ser molestada, de un modo grave, en el cumplimiento de su deber. Pero en 1901 Waldeck-Rousseau inauguró su gobierno con un nuevo ataque á las asociaciones religiosas, sometiéndolas á restricciones no compartidas por otras sociedades. En su virtud los individuos eran libres de unirse para una vida común á condición de que su fin no fuera estrictamente religioso. Las congregaciones existentes fueron obligadas, bajo pena de disolución forzosa y de expulsión, á pedir *autorización*. A no ser que tal regla fuera á ser una burla, la intención debía haber sido que algunas de esas asociaciones, por lo menos, fueran autorizadas, y, efectivamente, hace tres años se declaró repetidamente que las congregaciones *autorizadas* serían protegidas El mismo Mr. Combes parece que prometía que se otorgaría tal tolerancia á los Hermanos Cristianos, cuyos servicios á la educación son universalmente reconocidos, y, no obstante, también contra ellos se ha dirigido recientemente una disposición condenatoria.

Waldeck-Rrousseau no aprobó tales medidas extremas; pero no puede sorprender que el partido moderado se dispusiera á censurar el abandono del Gobierno por parte de aquel jefe inmediatamente después de su éxito en la elección general de 1902, con cuyo acto el arma poderosa que él mismo había forjado contra las órdenes no autorizadas, quedó en las manos despiadadas de Mr. Combes, cuya enemistad se dirige á todas las asociaciones religiosas sin distinción. La educación antes dada, como el conde de Mun asegura, á ciento sesenta mil niños confiados voluntariamente á maestros cristianos en quince mil escuelas, es ahora prohibida por la ley; y las escuelas del Estado, en las que la enseñanza dada viola la conciencia de los padres de esos niños, van á gozar de un monopolio absoluto. En apoyo de esta medida arbitraria se alega que la influencia de la Iglesia es perjudicial para el bien del Estado. El mismo razonamiento se empleará ahora tal vez para justificar un nuevo paso: la prohibición de la asistencia de los niños al catecismo de la parroquia.

La animosidad anticristiana se hace sentir donde quiera que el Gobierno puede imponer su voluntad. Ningún funcionario republicano, ni ningún oficial del Ejército ó la Armada, que espere ser mirado con favor en las esferas superiores, asistirá á los Oficios divinos. A diferencia del Gobierno republicano de los Estados Unidos, que es escrupulosa y benévolamente neutral con todas las creencias cristianas, el Gobierno republicano de Francia se muestra en toda forma y en toda ocasión agresi-

vamente antirreligioso. El conde Boni de Castellane, en un reciente discurso parlamentario, protestó contra la idea de que el Presidente de la República es jefe, no de un Estado católico, sino de un Estado laico, justificando su protesta con el argumento de que sea la que quiera la actitud de sus gobernantes, en cuanto á religión, el Estado se compone de treinta y ocho millones de católicos y el Presidente de la República actúa como tal, poniendo su firma en el Concordato.

El Gobierno funda su defensa en que ha sido obligado á seguir su política actual de represión por la hostilidad del partido clerical, cuyo fin es derribar la República. Hasta los que simpatizan con la Iglesia de Francia se ven precisados á admitir que la historia del Boulangismo y la agitación nacionalista dan motivo á los cargos dirigidos contra los católicos franceses, considerados como partido organizado. El movimiento nacionalista fué poco serio en sus fines y en sus métodos, y llegó al colmo del descrédito con el *affaire Dreyfus*.

Ningún episodio de los anales de catolicismo francés ha dejado tras sí impresión tan desagradable para los que aman la verdad, la justicia, la piedad y la nobleza, como la política que adoptaron en el *affaire* los órganos y los oradores de la opinión católica en Francia.

Los católicos franceses perdieron las simpatías de Inglaterra, porque la opinión pública de este país vió que aquellos no se cuidaban de si Dreyfus era ó no culpable, sino que lanzaron sobre él injuria sobre injuria porque era un judío, sin hacer nada por defender los derechos de la justicia divina, siendo cierto que periódicos como *La Croix* y asociaciones como los Padres Asuncionistas causaron á la Iglesia un daño enorme, proporcionando á sus adversarios numerosos argumentos para sus censuras. Sobre esto, el conde de Mun pasó de largo; pero esto mismo revela que alguno de los jefes católicos de Francia, por su infidelidad á la forma de Gobierno deliberadamente adoptada por el país, han proporcionado un desdichado pretexto para un ataque, no sólo contra la Iglesia, sino contra la misma cristiandad.

Hay que reconocer la dignidad y la moderación de la conducta del Papa durante ese período. Pero este silencio había de tener un límite forzoso, porque los católicos de Francia, volvían sus ojos al Pontífice en busca de guía y consuelo. De otra parte, el Papa Pío ha pensado bien, sin duda, la probabilidad, casi la certeza, de que cualquier intervención por parte del Vaticano se tomaría por una intromisión en los derechos del Estado y por una agresión. Si, no obstante, Pío X cree que los gobernantes de Francia están decididos á provocar una ruptura, puede que se resuelva á afrontar el riesgo de precipitar la catástrofe en cumplimiento de lo que él considera su deber para con los fieles.

La lucha entre las partes contendientes está agravada por el hecho de que el Catolicismo es, para el pueblo francés, la única expresión admitida del cristianismo, de modo que en Francia la alternativa está realmente entre el ateísmo y la Iglesia.

El protestantismo francés es un factor casi despreciable en la situación religiosa.

El síntoma más expresivo del fin que persigue el partido dominante

es la decisión oficial adoptada el mes pasado, fijando el Viernes Santo para quitar de los tribunales franceses los crucifijos, de cuya significación no cabe dudar.

Siendo ésta la actitud de la República enfrente de la religión, es muy interesante pensar sobre los pasos probables que dará para acentuarla. Mr. Combes ha manifestado claramente su intención de intervenir en el Concordato en fecha no lejana. La separación de la Iglesia y del Estado supondría en Francia un trastorno mucho más serio que en Inglaterra. La terminación del Concordato significaría, en primer lugar, la confiscación de todo estipendio eclesiástico y la completa dependencia de la mayor parte del clero de la caridad.

Se argüirá, sin embargo, que por grande que esta catástrofe sea desde un punto de vista, podría al menos ser bien recibida por traer consigo la liberación de la Iglesia del grillete del Estado; pero es mucho más probable que ocurra lo contrario, porque Mr. Combes, dando al clero libertad, tiene sin duda la intención de sujetarlo más que nunca. No se concibe que quiera permitir al clero secular el cumplimiento de funciones prohibidas al regular.

Puede objetarse á tal plan que la extinción del Concordato es una medida imposible por su propia impopularidad, y porque Francia tiene la protección de las Misiones Católicas de todo el mundo, lo cual constituye una fuente de fuerza política, á la que el patriotismo francés da gran valor y no querrá ver transferida á ningún otro país.

De otro lado, son incuestionables los siguientes hechos: 1.º Que la legislación anticlerical ha recibido el apoyo de la gran mayoría del Parlamento. 2.º Que en sus últimas fases ha sido aprobada después de haber hecho una llamada especial al país en la elección general de 1902. 3.º Debido á la causa que quiera, ignorancia, apatía ó reprobación, el pueblo francés no ha dado señal de que la política anticlerical vaya contra sus deseos. Es un hecho históricamente probado que una minoría determinada, bien dirigida y bien organizada, triunfa siempre, imponiendo su voluntad á una mayoría inorgánica, eterogénea, sin dirección é inerte.

En el presente caso, la cuestión realmente importante no es cómo mira la nación el Concordato, sino cuáles son las intenciones respecto á él de los que están en el poder. Las objeciones teóricas á la ruptura, aunque sean convincentes, y aunque las sostenga gran parte de la opinión, no podrán impedir que ésta se lleve á cabo si los hombres de gobierno lo deciden así, y entre la gente enterada prevalece la opinión de que el fin del Concordato está próximo.

La diferencia en la cuestión religiosa entre Francia é Inglaterra, no es fundamental, sino debida más bien á las diferencias del medio.

En Francia la lucha está entre el ateísmo y el catolicismo, como Gambetta dijo: *il y a deux Francés*: entre ambos extremos no hay término medio. Gladstone hacía notar que John Bull tiene horror inveterado á las abstracciones. El modo de ver en Inglaterra, el modo práctico más que el teórico, conduce á modificar los aspectos externos de la cuestión religiosa, y quizás á obscurecer su verdadera importancia. Entre nosotros no hay masa considerable de ateos declarados. Se encuentran descreídos, sobre

todo de carácter pasivo; pero las fuerzas y la propaganda ateas, no son comparables con las de otros países. La controversia religiosa, tan enardecida hoy entre nosotros, está localizada entre las mismas sectas rivales del cristianismo; en la propia iglesia anglicana se exigen puestos para todas las creencias imaginadas, y aun para las imposibles de imaginar.

El contraste que ofrecen las dos naciones es notorio: en Francia es la lucha más intensa y sus resultados son de mayor importancia, porque los campeones de la creencia cristiana cuentan con la inmensa ventaja de luchar unidos, al mando de una sola voz, sabiendo por qué contienden y conociendo las fuerzas que contra ellos se oponen. La unidad de pensamiento y de fines es para ellos base esencial para su victoria. En Inglaterra, por el contrario, se vive en una confusión cada vez mayor; á su iglesia le falta cohesión en sus filas, y se encuentra, además, sin dirección para la lucha. En cambio, nosotros contamos con un elemento valioso, de que carecen nuestros vecinos: tenemos hombres serenos, de espíritu tranquilo y moderado, y como es peculiar de nuestra raza la posesión del sentido de lo razonable, las exageraciones de los partidarios de cualquier idea, aun siendo ésta plausible, no encuentran eco en la opinión general.

Dadas las diferencias señaladas entre Inglaterra y Francia en lo tocante al problema religioso, sería lógico suponer iguales peligros para uno y otro pueblo; pero nadie supondrá que la lucha entre cristianos no haya de tener otra transcendencia que la de debilitar la religión. En este instante mismo está el país avocado á un *impasse* en la cuestión de las escuelas.

Mientras el clero y los católicos romanos persisten en su particularismo, los protestantes no conformistas sostienen que la instrucción religiosa deja de ser sectaria. De no llegar á un *modus vivendi*, se agotará la paciencia del pueblo, y, en este caso, se verá que la única solución del problema será el secularismo. A menos que se modifique profundamente el estado actual de las cosas, ese será nuestro porvenir. Mas el secularismo es la indiferencia, y el ejemplo de Francia nos debe enseñar que una generación de indiferentes conduce á que la que le sigue sea descreída. Hay que confesar que el indiferentismo ha ganado terreno en nuestro país. ¿Podía esperarse menos de la discordia de las confesiones religiosas entre sí?

Si es grave el peligro á que está expuesta la cristiandad, mayor es el que amenaza á los cristianos en Inglaterra, cosa que no acontece á los de Francia. Este peligro nace de la tolerancia de maestros que en el seno de nuestra Iglesia niegan, ó ponen en duda, las doctrinas fundamentales de la fe cristiana «sin censura de autoridad competente». Desde que el Divino Redentor fué crucificado, no por espontánea voluntad del pueblo, sino por las maquinaciones del sacerdocio oficial, la religión viene recibiendo las más profundas heridas, más que de sus enemigos, de aquellos que participaban de sus creencias. Los ataques de infieles y paganos á través de los siglos, han hecho, comparativamente, escaso daño á la verdad evangélica; y en los días que corren, de universal tolerancia, puede observarse que la violencia y la persecución resultan inofensivas si se comparan con la indiferencia y el cinismo. El escarnio es arma más peligrosa que la espada.

El peligro mayor que ahora justamente se oculta bajo engañosas apariencias, removiendo los fundamentos de la fe, consiste en que mientras un augusto Concilio discute sobre la virtud de unos granos de incienso y la legalidad de una vela encendida, jugando los teólogos con los dogmas cristianos, los fieles gritan y les acusan de haber abandonado completamente á su Dios.

AMERICANAS

THE NORTH AMERICAN REVIEW.— Junio.

¿Representa Rusia la civilización aria?, por Karl Blind.

I. Para favorecer su causa, Rusia, con motivo de la guerra con el Japón, ha lanzado la idea del «peligro amarillo», proclamándose «campeón de la raza aria», idea que ha encontrado apoyo fácil en Francia, donde han surgido multitud de plumas que escriben sobre el «Peligro amarillo y sobre el «Pan-mongolismo».

Un defensor eminente de la política rusa ha declarado que Rusia debe poseer la Mandchuria y anexionarse todo el territorio Mongol, porque ya encierra en sus dominios muchos pueblos mongoles de piel amarilla. Este argumento no es nuevo; se empleó cuando en 1886 los cosacos invadieron el Afghanistan y se agregó al imperio de los Zares una buena parte del territorio del Ameer. Entonces Rusia sostenía que los turcomanes que habitaban una parte del Afghanistan eran de la misma raza que los turcomanes que Rusia había conquistado ya en la vecindad de Khanate. ¿Quién puede decir si este griego etnológico se llevara adelante, dónde estaría su límite? Significaría el dominio universal de Rusia en Asia.

Sin embargo, el autor citado está en lo cierto al afirmar que hay mucho mongolismo en la misma Rusia, aunque diciendo esto presenta dos argumentos contradictorios, y los etnólogos saben muy bien que esta afirmación es verdadera en un sentido mucho más amplio que aquél quería darle.

Los escritores polacos, como Duchinski, han protestado muchas veces de que Rusia fuera una potencia eslava, y como tal, autorizada para ejercer la jefatura sobre las demás naciones eslavas. Los polacos sostienen que cuando se fundó el reino de Rusia la población estaba formada por tribus de origen turanio y mongol.

Hace años que el escritor polaco Duchinski, secundado por el francés Delamarre, luchaba con todas sus fuerzas contra la hegemonía de Rusia sobre los eslavos. Hoy parece que todo eso se ha olvidado, especialmente en Francia, donde hay tantos adoradores de esa extraña alianza entre el gorro frigio y el Zar.

Catalina II, en un famoso *ukase*, reconoció que los habitantes de Moscovia eran de distinto origen que los rusos. El propio nombre Rusia no es eslavo, sino germano, y cuando se fundó el reino de Rusia en el siglo IX, la nación turca de los Khazars dominaba en todo lo que ahora es Rusia del Sur.

Mongoles de origen, adoptaron, en parte, la fe mahometana, y en parte la judía, y tuvieron muchas ciudades florecientes de cultura bizantina.

Esta nacionalidad turca fué ahoga-

da gradualmente por los Waragians y los Finno-eslavos; pero la sangre de los Khazars se mezcló con la de los conquistadores, resultando así que á la antigua población rusa, qne no era aria, se agregó un elemento tártaro.

II. Los pueb os de Rusia, originariamente tártaros y ugro-finnios, y en muy poca parte eslavos, apenas tuvieron tiempo de fusionarse cuando llegó en el siglo XIII la terrible invasión mongólica.

Rusia fué conquistada por un nieto de Jenghis-Kan, y estuvo bajo el yugo de la Horda Amarilla doscientos cincuenta años, mongolizándose las poblaciones de la gran llanura del Este y Sudeste de la Rusia europea, que hasta entonces habían sido tártaras. Rusia cambió por completo en costumbres y hábitos, así como en sus instituciones, entre los siglos XIII y XV, convirtiéndose en una dependencia asiática.

Lentamente fué librándose, gracias á las querellas intestinas de la Horda Amarilla, del dominio mongol, levantándose sobre sus ruinas el reino de los Zares como continuación del gobierno despótico de los Kans. Durante mucho tiempo el dominio tártaro caracterizó la política de los Zares, con cuyo auxilio Ivan el Terrible conquistó la ciudad libre de Novgorod.

Los restos del dominio tártaro, en lo que ahora es Rusia del Sur, no fueron dominados hasta Catalina II; pero aun hoy, tanto en el Sudeste como en el Nordeste de la Rusia europea, los tártaros y otras razas subsisten en parte, y con ellos están mezcladas no pocas tribus cosacas. En el Oriente, en Asia, encontramos también poblaciones, que no son arias en Siberia, así como entre los Kalmucks, Bashkirs y otros, todos de afinidades Turanianas, Mongólicas, amarillas.

¡Y con todo esto se nos dice que Rusia es el campeón de la raza aria contra el peligro amarillo!

III. No puede sostenerse lealmente que todas las razas no arias sean enemigas naturales de la cultura europea. No lo fueron los árabes en España, ni lo son actualmente los Finlandeses, ni los Magiares. La nación finlandesa es más culta que la masa del pueblo ruso y el gobierno de San Petersburgo, faltando á su juramento, ha atentado violentamente contra los derechos y libertades de aquella nación, obrando, no como un gobernante constitucional, lo que por la ley debe ser en el Gran Ducado de Finlandia, sino como un tirano mongol ¿Puede, pues, defender á Europa, como escritores ignorantes ó interesados sostienen, contra el peligro del Pan-mongolismo?

Este fantasma del Pan-mongolismo es un peligro imaginario. El verdadero peligro es el propósito del Zarismo ó del círculo militar y burocrático que le rodea y vigila, de lograr un dominio universal en Asia, al que había de seguir un intento semejante en Europa.

Están en un grave error los que creen que la nación rusa, en general, es responsable de tales ambiciosos propósitos. Una carta de San Petersburgo, escrita pocos días antes del desastre del «Petropavlovsk», contiene la siguiente afirmación: «En esta guerra no hay señales de entusiasmo patriótico entre el pueblo; por el contrario, la masa es completamente indiferente, no haciéndose cargó de los acontecimientos del extremo Oriente, mientras que la población culta es

manifiestamente hostil á la política del gobierno en Mandchuria.

Esta afirmación está confirmada, en un sentido aun más enérgico, por la prensa rusa, lo cual tiene tanto más valor dada la censura á que está sometida. Desde el principio, periódicos moderados como el *Westnik Europy*, eran contrarios á los procedimientos del gobierno, llegando á decir que «el honor nacional no reclamaba en modo alguno la anexión definitiva de la Mandchuria» Aún se mostró más expresivo el periódico más avanzado *Russkoje Bogotstwo*, en cuya opinión «toda Corea y toda la Mandchuria no valían la vida de un solo soldado ruso». Hasta el príncipe Uchtomsky, que fué durante algún tiempo amigo íntimo del Zar, ha sostenido en nna serie de artículos que la mejor política de Rusia en Asia era la pacífica. Suponiendo, decía, que derrotemos al Japón, China se convertirá de hecho en una provincia rusa. Pero entonces, ¿cómo llevaremos á cabo la empresa de administrar, y, finalmente, de asimilarnos un país cuya población es tres veces más numerosa que la nnestra?

Ciertamente que tales demostraciones son un comentario bien extraño á la política del Gobierno ruso, y ¿qnién sabe qué tono podrán alcanzar si sobrevienen grandes derrotas?

IV. Las ambiciosas pretensiones de la política rusa en Asia pueden deducirse de una curiosa conversación habida en 1881 entre el embajador inglés en San Petersburgo y el representante del Ministerio de Estado de allí, y cuya relación figura en un despacho al conde Granville, de 27 de Julio. Su contenido es característico de las formas irónicas que los diplomáticos de San Petersburgo adoptan frecuentemente para ocultar una intención seria. Se trataba de la extensión de Rusia más allá del Caspio, y el embajador inglés escribía: «que habiendo preguntado al barón Jamini (en ausencia de Mr. Giers, que era el Ministro), si podía darme idea de lo que era el territorio llamado Trans-Caspiano, me contestó que era *todo el territorio más allá del Caspio.* Pero le dije, ¿no puede usted darme idea de dónde acaba? A lo que contestó que *no podía*».

Contestación tan burlona debía haber sido contestada en forma tranquila, pero enérgica y significativa. La consecuencia de las palabras del barón Jamini es clara: contenían un programa para el porvenir.

Tratándose de Persia ocurrió algo análogo, poniéndose de manifiesto con claridad la intención de Rusia de extender sus dominios ilimitadamente en aquella dirección, llegando hasta molestar á Inglaterra en sus posesiones de la India.

Tal es la diplomacia rusa.

V. En este último párrafo de su artículo trata el autor de demostrar, citando casos y documentos diplomáticos, la tendencia de Rusia á extender su dominio en el Afghanistan, deduciendo que su propósito ha sido humillar á Inglaterra é impresionar á las variadas razas de la India con el creciente poder del Zar.

ALEMANAS, POR J. ONTAÑÓN

UNIVERSUM.—Junio.

Una página de la historia económica de Francia, por R. Robert.—La «feria del mundo» que se celebra á orillas del Misisipí conmemora el centenario de un acto imprevisor que por 15 millones de dollars privó á la colonización francesa de extensos y feraces territorios donde hoy se asientan dos florecientes Estados de la Unión. Otro hecho, no menos funesto, anterior á éste y relacionado con él, tiene que agradecer Francia, no á su emperador advenedizo, sino á la dinastía secular y también á la obcecación del país; tal fué la catástrofe financiera que se llamó «Compañía de Luisiana», sepulcro de muchos ensueños ambiciosos, de numerosas fortunas, y á la vez ruina de infinitas familias que á ello confiaron sus pequeños ahorros.

Como precedente, recordemos la situación de la Hacienda francesa en 1719, con deuda de 3.100 millones de libras y los valores del Estado á poco más del 20 por 100, consecuencia todavía de las dilapidaciones en época de los dos últimos monarcas. Por entonces era enorme la popularidad del banquero escocés Law, cuyas emisiones se pagaban á la par y hasta con prima del 15 por 100, haciendo renacer la confianza de todos en el restablecimiento del bienestar general; así es que le costó poco obtener del duque de Orleans, regente del reino, un privilegio exclusivo á favor de una Compañía que explotase el comercio en el Misisipí, en la colonia de Luisiana y regiones próximas, con derecho de contratar los tributos y acuñar moneda, sin otra base financiera que las ganancias del tráfico. Se fundó la Sociedad por acciones (200.000 de 500 francos pagaderos en billetes del Estado, pero concediéndose á los emitidos por Law la cualidad de nacionales, es decir, del Banco de Francia: dos consejeros del parlamento que se oponían á este privilegio, fueron reducidos á prisión. Muy poco después se amplió la esfera de la Compañía al comercio de las Indias orientales, China y el Pacífico, siendo emitidas nuevas acciones; como podían comprarse con billetes del Estado, ó sea á un quinto de su valor, resultaban sus poseedores, al cobrar los dividendos, con un 120 por 100 de interés.

Esto explica que en la estrecha calle de Quincampoix, donde tenía Law sus oficinas, no cupiese la inmensa multitud que acudía en busca de las acciones, hasta con peligro de ser magullada, de lo cual hubo más de un caso; los alrededores del palacio á que se trasladó, formaban un verdadero campamento, alquilándose sus parcelas, para dormitorios y sitios de espera, á precios increíbles; para librar al banquero de la obsesión de todo el mundo, en calles y paseos hubo que ponerle escolta armada.

El milagro no podía durar mucho, á pesar de la fé del taumaturgo en el éxito. Pero al revés de los especuladores vulgares, que se aprovechan á tiempo de la obcecación general, Law no llevó al extranjero una sola libra; sólo hizo con el negocio la compra de

algunas posesiones, que le fueron confiscadas á seguida del fracaso, y no puso en salvo su persona hasta el último momento, cuando faltó poco para ser linchado, no obstante la protección del regente.

Pocos años después moría en Venecia rodeado de total pobreza aquel que fué durante algunos años ídolo del pueblo, cuyas combinaciones financieras sacaron al comercio de su inactividad, hicieron menos penosos los tributos, contribuyendo en gran parte á la perspectiva de un porvenir menos negro. Su última emisión de acciones (300.000 á 5.000 libras) movieron en Francia un capital casi bastante para extinguir toda la deuda francesa.

Fué el primer escalón de su ruina la negativa á facilitar acciones al príncipe de Conti al precio que éste pretendía; en venganza envió al banquero todos sus valores de una vez para canjear por dinero; y aunque el regente le salvó del conflicto por lo pronto, algunos especuladores empezaron á apresurar sus operaciones, vendiendo los títulos en pequeñas cantidades y llevando ocultamente á Holanda é Inglaterra el dinero, alhajas y objetos valiosos, resultado de la venta.

Cundió con esto la desconfianza, y para impedir una catástrofe, se acudió á medidas violentas, entre ellas un edicto (Febrero de 1820), prohibiendo poseer más de 500 libras en oro ó plata, con confiscación de las sumas que se hallasen sobre esa cantidad; comprar objetos de metal precioso y hacer pagos con otra moneda que los billetes de aquel Banco.

Las consecuencias naturales fueron una serie de denuncias, calumnias y espionajes convertidas en sentencias numerosas de confiscación y encarcelamiento que no dejaban paz á los tribunales; intervino el Consejo de Estado dictando en Mayo otro decreto, por cuya virtud, tanto las acciones de la Compañía como los billetes del Banco Law, sufriesen una gradual reducción de valor, hasta tener, á fines del mismo año, sólo la mitad del nominal que representaban. Pero el parlamento rehusó aprobarle, provocando esta negativa gran marejada de descontento, que bien pudo figurar como uno de los prodromos de la revolución futura.

Retirado el decreto p r el Consejo de Estado, el Banco suspendió sus pagos; y aunque Law quedó en libertad, no pudo sustraerse á las iras de la multitud de otro modo que refugiándose en las habitaciones del propio regente.

Entre tanto, se emitieron nuevos billetes, con garantía de los ingresos de la ciudad de París, que sirvieron, en unión de todo el numerario que se pudo reunir, para satisfacer por el momento las reclamaciones de los tenedores; abiertas de nuevo las oficinas del Banco, cuyo activo se hacían enormes esfuerzos por sostener, hasta con moneda en calderilla que los arruinados accionistas recogían en sacos como último resto de su fortuna, se reprodujeron las escenas y violencias del primer tiempo; hubo en un solo día no menos de quince personas aplastadas por la multitud, ansiosa de recobrar parte siquiera de su dinero.

Muchos, con todo, conservaban las acciones en la esperanza de que alguna vez valiesen algo más que aquel puñado de cobre; perdida la cual, ante la enorme afluencia de billetes, se volvió á pensar en medidas extre-

mas: un decreto prohibía vender acciones por más de mil libras; otro acabó por declararlas sin valor alguno y suprimir los privilegios de la acuñación y de percepción de tributos; por último, se hizo pagar á los tenedores que no habían recogido el total de las acciones pedidas, el importe del resto, aun sabiendo que eran ya papel muerto.

Para escapar á este nuevo golpe, la mayor parte de los amenazados por él realizaron precipitadamente todo su haber, buscando en el extranjero seguridad contra aquellos títulos que tan afanosamente adquirieron poco antes.

Durante los cuatro años escasos que mediaron entre la fundación del banco Law y su quiebra definitiva, rebasó del doble la deuda nacional de Francia, que en 1719 no pasaba de 1.500 millones de libras. De cierto recordarían los franceses de 1804 esta pérdida y las desgracias que trajo consigo la Compañía de Luisiana; pero ¡con qué amargura las habrán comparado sus hijos con la prosperidad actual de las provincias malvendidas hace un siglo!

Vida política.—El derecho electoral para la mujer, por E. Peschkau. — Debiera contener la parte fundamental de una filosofía de la historia el estudio de esa contienda perpetua en que el hombre ha tratado de imponer por fuerza su soberanía sobre el llamado sexo débil, y éste ha querido sacudirla ejerciendo todos sus artes de defensa y venganza contra aquél. Pero en el capítulo correspondiente á nuestra época moderna, se ha convertido ya la lucha en negociaciones; no se trata de pelear, sino de entenderse amistosamente; y como un nuevo paso en este camino pacífico de la emancipación femenina debe señalarse la Conferencia internacional celebrada en Berlín, pocos días ha, acerca del derecho de la mujer á votar y para constituir una liga universal con este mismo objeto. Del sincero espíritu de armonía con que se ve acogido este movimiento, es buena prueba la de haberse inscrito algún socio masculino así que fué votada la conclusión estableciendo que podían formar parte de la sociedad los varones. Con esto se va declarando ya fuera de combate el añejo argumento de la «inferioridad fisiológica» ó de la «superioridad mental» que tanto se ha usado, como si se negase alguna vez el voto á los hombres débiles ó á los tontos; y aquel otro no menos manoseado de las «consecuencias que traería el voto de la mujer», el cual hace recordar al diputado australiano que se oponía á que hubiese mujeres diputados, ¡porque la suya, extremadamente celosa, le prohibiría asistir á las sesiones! En la Conferencia de que hablamos, después de recibidos los delegados del Congreso internacional femenino, predicaron en el servicio divino de la tarde (primera vez que había sucedido esto en Berlín) dos de las oradoras americanas que habían venido á la Conferencia. Sabido es que en América - donde sesenta años atrás se cerraba hasta la escuela para la mujer—hoy estudian Teología y pueden predicar en los cultos de la Iglesia libre.

En las tesis que contenía el programa de la nueva liga, se afirmaba que hombre y mujer son iguales; por tanto, miembros natos de la sociedad humana, dotados de idéntica inteligen-

cia y facultades mentales, é igual capacidad para ejercitar los derechos civiles. Que las relaciones naturales entre ambos sexos son las de una dependencia mutua y un fin de carácter común; así, la coacción de la libertad y del derecho de uno de los sexos perjudica al otro inevitablemente y trae consigo un mal para la humanidad entera. Que en todos los países están fundadas sobre falsos supuestos las leyes, usos y costnmbres dirigidas á constituir á la mujer en una posesión de dependencia, á restringir su educación, á estorbar el desenvolvimiento de sus aptitudes propias, ó á rebajar en general su personalidad, habiendo con ello creado en nuestra vida moderna una relación artificiosa é injustificada entre los sexos. Que es un derecho inalienable de todo adulto en estado normal, su libre disposición propia y albedrío en la vida familiar y la política, siendo una consecuencia de esto que no está sujeta á obediencia la mujer al hombre como individuo, ni el conjunto de mujeres al conjunto de hombres que disponen de la legislación: el deprimir á la mujer hasta negarle su consubstancialidad con el mundo social y su derecho á obrar libremente, es una injusticia de índole legal, económica y humana que ha contribuído á empeorar las circunstancias materiales de la vida; por eso, todo gobierno que imponga leyes é impuestos á los ciudadanos del sexo femenino, sin concederles al mismo tiempo iguales derechos que al varón, ejerce una tiranía en absoluto incompatible con la equidad. Que el voto electoral es el único medio de garantizar los derechos personales, tal como han sido calificados de intangibles por la declaración americana de independencia, y reconocidos así por todas las constituciones modernas; en tanto, los países regidos por esta forma política, tienen que conceder á la mujer todos los derechos y privilegios que asisten á los electores. Y, por último, que la cultura femenina, cada vez en rápido aumento, adquirida por la educación moderna; su creciente bienestar, debido á las nuevas leyes sobre la forma de adquirir; su importancia, desde el punto de vista económico, originada por las cambiadas condiciones de la producción; su participación, mayor cada día dentro de todos los pueblos civilizados, en los fines de mejora política y social, exigen de consuno que se examine concienzudamente la pretensión formulada respecto de su igualdad política con el hombre.

La palabra «tiranía» que figuraba en el párrafo 6.°, fué reemplazada por el concepto «abuso del poder»; los párrafos restantes fueron aprobados en conjunto.

Tuvo la presidencia de honor mistres Susana Anthony, octogenaria, una de las oradoras de la Conferencia, en la que habló sobre el movimiento feminista en general. Esta Liga, á la que puede adherirse cualquier otra asociación nacional con idénticos fines, y que admite igualmente socios individuales, celebra cada cinco años sus asambleas, motivo á la vez de propaganda pública de sus ideales. Notemos de paso que en el Estado norteamericano de Wyoming existe desde hace treinta y cinco años el derecho electoral de la mujer, y que en tres de los Estados confederados de Australia son las mujeres electoras y elegibles para el Parlamento.

Terció, asimismo, en los debates, como representante de Tasmania,

Mrs. Dobson, la cual posee conocimientos prácticos en el caso, pues sus conciudadanas han ejercido en este año, por vez primera, el derecho del sufragio, que disfrutan desde hace muy poco, habiendo elegido á un hombre por diputado, aunque son ellas también elegibles. En la elección se retrajeron las aristócratas, mientras que las mujeres del proletariado llenaron el local y votaron con gran entusiasmo. En Béigica, los demócratas socialistas y los liberales se han abstenido de apoyar el decreto electoral femenino, por temor de que sirva de un gran refuerzo al partido clerical. Digamos también que esta liga se ha constituído por personalidades femeninas de las más avanzadas en ideas, y que hay otras muchas, muchas, aunque liberales, que no asienten totalmente al programa que dejamos extractado.

Del Congreso femenino al cual sirvió de precedente la Conferencia, nos ocuparemos á su tiempo.

DAS ECHO.—16 Junio.

Alemania é Inglaterra, por R. Kent.—De todos lados convienen los indicios respecto de un mejor horizonte político para ambas potencias, á lo que ha contribuído mucho la resolución del rey Eduardo de tomar parte en las fiestas de Kiel y su natural consecuencia de haberse estrechado las relaciones de intimidad entre ambos augustos parientes, base de una unión mayor también entre los respectivos Estados. Y no extrañará este resultado quien recuerde el triste papel que ha desempeñado en los últimos años la política exterior de Alemania, dejando crecer y aun favoreciendo los sentimientos hostiles de la opinión inglesa, sobre todo de la prensa, cuya mayoría parece que ya nada tiene que objetar hoy á la reconciliación; si bien como de gracia, y tratándonos como á escolar arrepentido que pide indulgencia. En este tono regaña el *Daily Mail* al Canciller alemán por haber referido indiscretamente en el Reichstag que durante la guerra boer habíamos pensado en una acción común con Francia á favor de aquéllos; relato que, abriendo á Inglaterra los ojos, había provocado su inteligencia con la república francesa. Alegan otros diarios la conducta de Alemania en el Canadá, injustificada y arrogante según ellos, y los pasados ataques del Canciller á Mr. Chamberlain; afirmando muy serios que jamás verán en nosotros amigos iguales, sino dóciles vasallos, cosa que se ha creído fácilmente en Inglaterra hasta hace treinta años, recordando, sin duda, cuántas veces ha desenvainado Alemania su espada con el auxilio inglés. Aquí, por el contrario, queda todavía mucha gente que parece respirar mejor y aliviarse de gran peso siempre que desfrunce un poco su ceño Eduardo el VII.

Para explicar debidamente este fenómeno, hay que traer á cuento el origen y vicisitudes de la tensión que ha existido entre ambos pueblos, cuyas mutuas relaciones, si no cordiales, tenían al menos un carácter normal hasta época muy reciente, cuando parte allá del Canal se empezó á ver con malos ojos la competencia que nuestro comercio, industria y navegación hacían á los suyos. Con todo eso no perdieron la calma, y hasta no llevaron muy á mal la política proteccionista de Alemania, inau-

gurada en 1899, tan molesta para el comercio inglés, porque en ella veían de antiguo un contrapeso respecto de Francia y de Rusia. Pero se alteró gravemente su tranquilidad relativa al mezclarse Alemania en los asuntos de Africa y de Australia, cuya población colonial inglesa, de sentimientos muy excitables, puso el grito en el cielo, llegando al colmo la indignación, ya en la metrópoli también, cuando se manifestó abiertamente el imperio á favor de los boers con motivo de la invasión de Jameson en el Transvaal. Las mismas gentes que desaprobaban la conducta del famoso doctor y la política entera de Rhodes en Africa del Sur, tomaron como una grave provocación aquel paso del sobrino de su reina, habiendo surgido la hostilidad de todos lados al comenzar la guerra, pues era general allí la opinión de que los boers se hubiesen plegado de buen grado á las exigencias de los ingleses, de no haber contado con el apoyo de Alemania. Acentuaron el mal estado de los ánimos las graves derrotas sufridas, y luego la intervención del imperio en China, los mencionados ataques en el Parlamento, y, por último, la acogida hecha á los generales boers, apoderándose de tal disposición los azuzadores de oficio; unidos á esto las torpezas del pangermanismo y las impolíticas revelaciones de algunos oficiales tocante á supuestos planes de desembarco en Inglaterra, fué todo ello grandemente utilizado para atizar más el fuego.

Consecuencia inmediata de esto fué, primeramente, que Inglaterra no sólo abandonó á los alemanes en la cuestión Venezuela, sino que dió á las negociaciones un giro que bien pudo traerles una ruptura con los Estados Unidos; después hizo fracasar los planes del ferrocarril de Bagdag, empezó á introducir tarifas aduaneras hostiles á los productos alemanes, así en mercados ingleses como de las colonias; y, por último, puso término, por el pronto, á toda ulterior política de expansión del imperio alemán, merced á su amplia inteligencia con Francia. Es indudable que trabaja también con todo ahinco por alejarle de Rusia y por debilitar la triple alianza.

No corresponde aquí examinar cómo pudo desviar nuestro Gobierno esta gestión, obrando con más habilidad, ni hay para qué lamentar lo que no ha de tener remedio; conviene únicamente preservarnos en lo porvenir de nuevos escarmientos; tanto peligro hay en pretender con afán la amistad inglesa, como lo hubo antes en mortificarla sin necesidad. Su nunca desmentida astucia política declara por qué se decide á alargarnos de nuevo la mano, sin aparecer motivo ni fuerza que la impulse; no tiene en cuenta consideraciones de familia, raza, ni partido; pesa fría y tranquilamente las circunstancias, viendo que en la situación creada por la guerra actual, conviene á sus intereses no dejar que resulte Francia demasiado poderosa, el Japón demasiado arrogante, ni Rusia excesivamente debilitada. Conseguido su primordial objeto de dar una terrible lección al imperio ruso é inutilizarlo para la política exterior, el humillarle más sería hacer el juego de los yanquis, quienes bajo la impresión de las victorias japonesas ven del todo menguado el poder de los Estados de Europa. Y ¿quién sabe cuáles pudieran ser los efectos de esta lección? Aunque peligrosos para todos,

quedarían amenazadas en primer término las posesiones americanas de Inglaterra.

Exige, por tanto, la prudencia que sea nuestra conducta tan reposada y hábil, como ha sido siempre la suya; hoy, afortunadamente, no es la situación política de Alemania tan mala como lo era poco ha; y bien podrá suceder que estadistas del fuste de Bismark acierten á dirigirla por el buen camino. Y de su mejora debiera alegrarse Inglaterra misma; pues nada sería de peor efecto que entonar anticipadamente himnos creyendo que el horizonte sólo se despejará para ella sola y para sus intereses en el mundo entero.

ITALIANAS, POR. LUIS DE TERÁN

RIVISTA NUOVA.—Junio, núm. 2.

La comedia entre los antiguos, por Luigi Napoli.—En el número anterior de nuestra nueva y modesta publicación, ofrecimos á nuestros lectores algunos datos, sucintamente, sobre lo que fué la *novela entre los antiguos* (1). De la misma manera, haremos hoy algunas breves consideraciones acerca de la *comedia* en la misma época, género íntimamente ligado con la novela.

En los tiempos á que nos referimos, la distinción entre la tragedia y la comedia estaba rigurosamente determinada. Los personajes eran diferentes: los de la tragedia eran reyes, héroes, hijos de dioses; los de la comedia pertenecían á la clase media y aun al populacho. Los intereses que se ventilaban en la tragedia, era de una importancia suprema, y el desenlace entrañaba por lo general la muerte de uno ó de varios personajes. En la comedia, el asunto pertenecía á la vida corriente, y el desenlace acostumbrado era el matrimonio, acto serio seguramente, pero que no siempre lo parece. Inútil es añadir que estas diferencias fundamentales creaban también la diferencia del tono y del lenguaje. Los antiguos, para acentuarla más, daban al actor trágico un calzado especial, el coturno, que añadía majestuosidad al papel, mientras que el actor cómico calzaba el soco ó simple brodequín. El fin de la tragedia era excitar al terror y la piedad; el de la comedia excitar la risa. Estas eran las diferencias esenciales, erigidas en leyes por los antiguos y por los críticos que los imitaron, como, por ejemplo, el francés Boileau. Pero en Inglaterra y en España, los Shakespeare, los Lope de Vega y los Calderón no creyeron de su deber el conformarse con la autoridad de tales reglas, y reunieron y confundieron en sus obras el elemento cómico y el elemento trágico, la prosa y los versos. Esto es lo que la escuela romántica llamó drama, en el cual, sin embargo, el elemento cómico se encuentra siempre sumamente subordinado.

En la democracia ateniense, la comedia representada por Aristófanes es una verdadera sátira, sin medida y sin pudor. Personajes vivos salen á escena, ridiculizados, ultrajados; se ve á Sócrates, metido en una cesta,

(1) Véase el número de LA LECTURA, correspondiente á Junio último.

ormular desde los aires los aforismos más sospechosos de la sofística á la moda. El poeta, que pertenece al partido aristocrático, zarandea con rudeza á los demagogos de todo género y al pueblo, representado bajo la figura del viejo Demos, ridículo personaje burlado por sus servidores. Aunque la fantasía de Aristófanes cree á montones los personajes más extraños para formar el coro, tales como avispas, ranas, nubes, pájaros, y aun cuando nos conduzca al fondo de los infiernos, siempre lo que tenemos ante los ojos es Atenas y los atenienses. El cuadro era tan fiel, tan implacable, que Platón remitió al tirano Dionisio, que deseaba conocer las costumbres de una democracia, un ejemplar de Aristófanes por toda respuesta. Hoy carecen de sentido para nosotros muchas alusiones, muchos rasgos picantes; quedan la brillantez del estilo y de la poesía, el cinismo de las pinturas.

Cuando Atenas perdió su independencia, la comedia, como todas las otras instituciones, se transformó. Los vencedores del día, los rudos macedonios y los traidores que habían vendido á la patria, no quisieron que les expusieran á la chacota y al desprecio públicos. Una ley prohibió sacar á escena á personas vivas. El genio ateniense, tan flexible y tan fecundo se avino á tal exigencia, y creó sin esfuerzo la Comedia Nueva, llamada así para distinguirla de la Antigua. Las personalidades desaparecieron y fueron reemplazadas por tipos generales. Ya no se vió á tal ó cual avaro, á tal ó cual sicofante, sino al avaro, al sicofante. Suprimióse el coro, y con el coro la *parábasis*, especie de intermedio serio, en el que el poeta se dirigía directamente al público. En cuanto á la fábula, se hizo más regular; pero perdió la vivacidad y la variedad de otros tiempos. El asunto giraba siempre en torno de dos jóvenes que se amaban y á quienes separaban obstáculos en apariencia insuperables. Un esclavo listo se encargaba de aproximarlos, y lo conseguía á fuerza de enredos y trapisondas. La cosa concluía en boda. Esto constituyó toda una revolución en el arte, revolución necesaria, es cierto; pero de la cual el genio de Menandro hizo salir una multitud de obras maestras. Todo esto ha perecido para nosotros, y es una de las lagunas más lamentables de las literaturas clásicas. Gracias á los fragmentos conservados, á los juicios de los antiguos, y, sobre todo, á las imitaciones de los cómicos latinos, podemos felicitarnos de tener una idea casi exacta del nuevo género. Terencio nos ha hecho comprender á Menandro, y ha llegado á ser un modelo para toda la literatura clásica.

CRÍTICA SOCIALE.—Junio.

Los dos partidos, por Turati. —Los resultados del Congreso socialista de Bolonia, han puesto de manifiesto los dos partidos, las dos fracciones que luchan del socialismo: la reformadora y la revolucionaria. ¿Qué representan? ¿Son una nueva formación, un fenómeno reciente en la vida del movimiento proletario? No. Los *dos partidos* existieron siempre, lucharon siempre, se rechazaron siempre, no se separaron nunca; más ó menos visibles, ya bajo un aspecto, ya bajo otro, los encontramos en los orígines del socialismo, los encontramos en las fases sucesivas y es de

presumir que, bajo otro nuevo aspecto, los volvamos á encontrar al final; hasta cualquiera de nosotros puede encontrarlos en sí mismo, en las diversas épocas del desarrollo de su pensamiento socialista, y, en un mismo momento, supeditado el uno al otro.

¿Son, pues, *dos tendencias*, y tiene razón quien las llama así y quiere que coexistan y se besen, aunque no sea más que con los dientes? Son dos tendencias, dos conceptos, dos métodos en la sociedad y en la historia; pero no dos tendencias de un partido, porque no colaboran ni se integran, antes bien, se repugnan y se oponen, y no avanza la una sin que la otra pierda terreno. De esta suerte se combaten siempre y no pueden ni confundirse ni separarse.

No son dos tendencias, son *dos fases*, enemigas, necesarias, inseparables. Los comienzos del movimiento proletario, que encontró expresión y consciencia en el socialismo moderno, ofrecían - y no podía ser de otra manera — caracteres específicamente revolucionarios y anárquicos. Procedía esto no solamente de las teorías, que la poderosa mente de Carlos Marx—generalizando fenómenos observados especialmente en la Inglaterra de su tiempo, cuando aquella abastecía con sus industrias á casi todo el mercado mundial, - había formulado: crecimiento fatal de las riquezas, crecimiento desmesurado de las multitudes, exclusión absoluta del poder político de las clases económicamente subyugadas, incesante sucesión de crisis más agudas cada vez, automática inevitabilidad de una catástrofe final. Sería más verdadero—y hasta más marxístico—afirmar que tales teorías eran el reflejo de hechos parcialmente verdaderos en aquel período.

Pero en cuanto la Internacional hubo de encontrarse con las exigencias de la acción concreta, comenzaron á manifestarse las dos tendencias, los dos partidos, el contraste entre el espíritu que afirma y el espíritu que niega, y tomaron forma y personalidad en el histórico duelo entre bakunistas y marxistas, entre socialistas libertarios y autoritarios, tendiendo éstos á la conquista de los poderes públicos por parte del proleteriado, é inculcando una disciplina propia para tal fin, y pretendiendo aquéllos la simple elaboración del «espíritu revolucionario» preparadora de una general insurrección, de un juicio universal. Teóricamente el marxismo, pertrechado de hechos y de acción positiva, coherente con las leyes inmanentes de la historia, venció al metafisicismo bakunístico; lo venció pero no lo destruyó. Así, pues, el reciente y novísimo movimiento revolucionario es una reproducción del antiguo bakunismo.

RIVISTA ITALIANA DI SOCIOLOGIA.—Junio.

La filosofía de H. Spencer, por J. Villa.—La filosofía spenceriana es fiel reflejo de un ambiente histórico que ya ha pasado. Está ligada íntimamente con la índole de la cultura que distingue la segunda mitad del siglo XIX. Dominó en tal período, y la filosofía de Spencer la reflejó claramente, la tendencia á subordinar todas las manifestaciones de la vida intelectual y moral á las formas características del desarrollo biológico (*naturalis-*

mo). De donde el ideal de Spencer, anto en psicología como en sociología y en ética, es la adaptación á las condiciones externas del ambiente, convertida así en último término de la actividad humana. En la reacción contra el racionalismo, Spencer pasó al extremo opuesto de negar todo valor á los impulsos directivos y creadores. El individuo consciente es un agregado de estados psíquicos unidos entre sí por medio de una progresiva adaptación al ambiente externo; la sociedad es un agregado de individuos que aspiran por medio de una progresiva adaptación á la explicación plena de las propias necesidades; la moralidad, en fin, depende de una adaptación completa é ideal de las condiciones internas á las externas. Y toda esta serie ascendiente de adaptaciones debe realizarse por sí espontáneamente, no como efecto de una actividad intensa operante con energías siempre nuevas y diversas, sino como resultado de una comprensión cada vez más clara y exacta de las condiciones exteriores. De aquí el carácter intelectualista de la filosofía de Spencer, al que es ajeno todo principio que implique la actividad espontánea, íntima de la conciencia.

Las tendencias del pensamiento moderno reflejan la aspiración á una libertad más amplia y completa, que sólamente puede derivarse de una comprensión profunda y verdadera de los elementos y de la actividad de la conciencia humana. La conciencia pide un puesto más amplio del que hasta ahora se le ha concedido. De donde la filosofía de Spencer no puede ya responder á las nuevas ideas y aspiraciones. De suerte que se puede afirmar que la tal filosofía ha terminado con la desaparición de las condiciones históricas é intelectuales que le dieron nacimiento.

RIVISTA INTERNAZIONALE. — Volumen XXXV. Fasc. CXXXVII.

El tratado de trabajo entre Francia é Italia.—En el idilio que ahora se desarrolla entre Francia é Italia, se ha madurado, entre otras, una buena iniciativa. Los dos países han suscrito el tratado de trabajo, el cual se propone: 1.º, facilitar, respecto á los nacionales que trabajan en el extranjero, el disfrute de sus ahorros y prestarles el beneficio de los seguros sociales; 2.º, garantizar á los trabajadores la conservación de las leyes ya hechas en su favor, y concurrir al progreso de la legislación obrera. La convención, que consta de seis artículos, afirma sobre todo la transferencia de los fondos de ahorro, entre la caja nacional de ahorros de la república y la postal de Italia. Los dos gobiernos, además, se obligan á facilitar, por medio de las administraciones postales y de las cajas nacionales, la imposición de las cuotas de los italianos residentes en Francia en la caja nacional de ahorros de Italia, y las de los franceses residentes en Italia en la caja nacional de ahorros de Francia. Facilitarán también el pago en Francia de las pensiones adquiridas, ya por italianos, ya por franceses, en la caja nacional italiana, y recíprocamente. La admisión de los obreros y de los empleados de nacionalidad italiana en las constituciones de pensiones de vejez ó de imposibilidad física, dentro del sistema general de pensiones obreras actualmente elaborado por el parlamento

francés, así como la participación de los obreros y empleados de nacionalidad francesa en el sistema de pensiones obreras de Italia, se regularán en cuanto sean votadas las disposiciones legislativas en ambos países contratantes. Los obreros y empleados de nacionalidad italiana, víctimas en Francia de infortunios del trabajo, tendrán derecho á las indemnizaciones que correspondan á los trabajadores franceses. Las instituciones de seguros y de socorros contra la desocupación, patrocinadas por los poderes públicos, que lleguen á instituirse en Francia y en Italia, beneficiarán de un modo igual á los ciudadanos de los dos estados. Los dos gobiernos se comprometen además á hacer que los trabajadores de los dos estados observen y cumplan las leyes sociales promulgadas para la regularización del trabajo humano.

Merece transcribirse, por su carácter de generalización, el art. 3.° del Tratado en cuestión. Dice así:

«En el caso en que por uno de los dos Estados se tomase la iniciativa de convocar á diversos Gobiernos, con los que ambos tengan relaciones diplomáticas, á una conferencia internacional, con el fin de unificar, mediante convenios, determinadas disposiciones de leyes protectoras de trabajadores, la adhesión de uno de los dos Gobiernos á tal conferencia implicaría, por parte del otro, una respuesta incondicionalmente favorable.»

Esto último entraña una noble promesa de cooperar á la legislación internacional en pro de los trabajadores; á esa legislación internacional, que León XIII, de santa memoria, auguraba en su carta de 14 de Marzo de 1890, dirigida al Emperador de Alemania, y que recientemente ha augurado también Pío X en una bellísima carta dirigida, por mediación de su secretario de Estado, el cardenal Merry del Val, á la Unión inernacional legislativa para la protección de los obreros.

PORTUGUESAS, POR LUIS DE TERÁN

O SECULO.—Junio.

La civilización japonesa, por Ladislao Batalha.—Viénese afirmando de ordinario con general asombro, que la civilización del Imperio del Sol Naciente no data más que desde hace unos treinta y seis años; cierto es que durante ese corto espacio de tiempo, se desenvolvió y adquirió, hasta cierto punto á costa de las civilizaciones occidentales, la altura que bajo tantos aspectos y tan brillantemente manifiesta hoy; pero el país de los crisantemos, ya antes de ese período maravilloso de desenvolvimiento, tenía una civilización poderosa cimentada sobre sólidas bases y cuyos orígenes se remontan á dos mil quinientos años. Desde la última gran revolución, los japoneses comenzaron á asimilarse todo lo que de Occidente les pareció bueno, pero solamente esto, y no desdeñaron de su civilización propia sino aquello que juzgaron contrario al espíritu moderno y á las necesidades de la época.

Mediante ese doble trabajo de asi-

milación y eliminación, realizado sin prejuicios y con conocimiento de causa, puede presentarse hoy el imperio del Mikado entre las naciones más progresivas, tanto por lo que se refiere á su producción, industria y comercio, como en lo que respecta á la defensa nacional, á la brillantez de su literatura, á la extensión y al poder de su movimiento asociativo, á su estado religioso y la constitución de la familia.

Las consecuencias morales, políticas, inmediatas y futuras de la civilización japonesa, son, en cuanto al orden interno: transformación económica, de costumbres y de aspiraciones; las de orden internacional: transformación de afinidades y de instituciones políticas, económicas é industriales, y la emancipación oriental; la hegemonía política, económica, comercial é industrial del pueblo amarillo y la atrofia parcial de la función expansiva de Europa, por haber concluído su ciclo histórico de descubrimiento y vulgarización.

A TERRA.—Junio.

La higiene en las vacaciones, por Julio Bustamante. — Seguramente habrá quien al leer estas líneas sonría, se encoja de hombros y se diga: «Sí, ya supongo de lo que se trata; de que se veranee en el campo, se haga un ejercicio moderado, se tomen buenas dosis de oxígeno, se deje que el espíritu descanse tanto como el cuerpo, etc., etc.»

Justamente, de eso se trata; ¿y qué? ¿acaso carece de importancia el asunto? ¿ó es que no se va á insistir en lo razonable y conveniente porque ya sea conocido? Yo creo, por el contrario, que es hasta de humanidad insistir en ello, precisamente porque aun cuando se conoce se practica poco y de mala manera.

Las vacaciones son necesarias. Todo el que de una manera ó de otra hace un consumo determinado de su actividad corporal ó psíquica, necesita imprescindiblemente un período de reposo, de reposición de nuevas energías, si no quiere llegar al *surmenage*, al agotamiento, á perturbaciones más ó menos graves, pero siempre peligrosas. Y para evitarlo, para restaurar las fuerzas perdidas y adquirir otras nuevas, hay que acudir á la inagotable fuente de la vida, hay que reintegrarse á la Naturaleza.

Muy cuerdos son, por ejemplo, los que en esta época del año abandonan por más ó menos tiempo, según sus recursos económicos y género de ocupación, los grandes centros de población en que se mueven, y se dirigen al mar ó á la montaña, en demanda de salobres ó campesinas brisas. Afortunados los que pueden hacerlo. Pero... no basta con trasladarse á las playas ó á los campos, si á tales campos y playas se transportan también, si no las *ocupaciones*, las *preocupaciones* de la vida de las ciudades. Si en el lugar elegido para reposo del cuerpo y del espíritu, continúan fatigándose ambos con las atenciones mundanas, los resultados son los mismos cuando no peores; y peores suelen ser, porque no parece sino que *la Naturaleza castiga á veces cruelmente las burlas de que es objeto.* No se vea solamente un rasgo de lirismo en esta afirmación. La atenta observación demuestra que los que veranean en tales condiciones, es decir, los que «se engañan á sí mismos», creyendo que descansan entre casinos, bailes,

fuegos, espectáculos é intrigas mundanas de todo género, suelen regresar á sus habituales residencias más quebrantados de lo que se fueron. «Vale más—dice un experimentado médico—para la salud del cuerpo y del espíritu, permanecer doce días en medio de la verdadera naturaleza, que pasar toda la temporada de verano en uno de esos lugares consagrados por el «buen tono», pero en los que el género de vida pugna con las más elementales reglas de higiene.»

Así es, en efecto. Ahora que cada cual piensa un poco en estas *vulgaridades* antes de organizar sus vacaciones, y vea si tal vez no es una vulgaridad mayor la de hacer lo que *todos* hacen, y si no es verdaderamente estupendo lo que se oye declarar á muchas personas al regresar del veraneo. «Venimos *rendidas* de tanto divertirnos», que es como si se oyera decir á alguien. «Estoy fatigadísimo con tanto reposo.»

RUSAS, POR JULIÁN JUDERÍAS

JOURNAL DLA WSIEJ.

La Mandchuria, por B. Simsky.—La Mandchuria despierta gran interés en los momentos actuales; es el teatro de la guerra ruso-japonesa; es, como dicen los rusos, el escenario en que se representa un gran drama histórico, de cuyo desenlace dependerá en gran parte el porvenir de las naciones de Occidente, que hoy contemplan con indiferencia ó con mera curiosidad el desarrollo de los incidentes de la lucha. En el artículo de B. Simsky se describen minuciosamente las condiciones geográficas, económicas y políticas en que se encuentra la Mandchuria, y se aducen curiosos pormenores acerca de las causas que han producido con el transcurso del tiempo la guerra actual.

Después de atravesar la Siberia, dice, y de dejar muy atrás el lago Baikal, penetra el ferrocarril en la Mandchuria, región que ha sido incluída últimamente en la esfera de influencia moscovita y que algunos denominan Rusia Amarilla. A decir verdad, han sido los rusos los que cayeron dentro de la esfera de influencia de la Mandchuria, puesto que afluyeron allí con sus capitales, con sus ferrocarriles y con sus productos industriales; cuando todavía no existían relaciones comerciales de ningún género entre las ciudades mandchurianas y las de Siberia. Las sumas empleadas en la explotación de este territorio, sin contar las gastadas en fortificar Puerto Arturo, en convertir á Dalny en puerto comercial de primer orden y construir ferrocarriles son enormes, y á ellas habrá que añadir, comercialmente hablando, lo que se emplee en la guerra contra los japoneses.

Al contrario de lo acaecido en Corea, la Mandchuria no ha sido hasta una época muy reciente objeto de la rivalidad de distintas nacionalidades. Poblada por tribus errantes, no fué teatro únicamente de luchas pequeñas é insignificantes, y poco á poco el poder se fué centralizando en manos de dinastías cada vez más fuertes, como la de los Tzin, destronada

en 1234 por los mongoles que se habían enseñoreado de China. Después de este suceso culminante, el territorio actual de la Mandchuria quedó dividido en dos regiones, dominada la una, la meridional, por los chinos; en poder la otra de tribus independientes. Aquella dinastía de los Tzin, destruída al parecer por los mongoles, surgió de nuevo en los comienzos del siglo XVII, ocupó á Mukden en 1625, lo convirtió en capital, y en 1644 se apoderó de Pekín, fundando la dinastía que todavía rige los destinos del Celeste Imperio.

Lo más notable de todos estos incidentes es que ejercieron sobre China escasa influencia, sin duda porque el rasgo que caracterizó siempre el gobierno de los déspotas orientales, es no dejar rastro en la vida del país que rigieron, de suerte que el labriego chino vivió exactamente lo mismo bajo el mando de sus emperadores, como bajo el poder de los emperadores manchues. En Mandchuria no ocurrió lo propio; la proximidad del pueblo chino, dotado de una cultura antiquísima y desde muchos puntos de vista admirable, cambió por completo el género de vida de los manchues y los fué convirtiendo poco á poco en súbditos chinos. En estos últimos tiempos y, sobre todo, desde que se construyó el ferrocarril transmanchuriano, la influencia china ha realizado rápidos progresos merced á la colonización, á las nuevas industrias, al aumento de los salarios y á la facilidad de las comunicaciones.

Geográficamente hablando, divídese la Mandchuria en dos regiones muy distintas, la septentrional y la meridional; pero administrativamente consta de tres provincias, cuyas capitales son Pizikar, Guirin y Mukden. Antes del tratado de Aigún, en cuya virtud obtuvo Rusia el litoral de la Mandchuria, llegaba ésta hasta el mar del Japón; hoy día está separada completamente de él por los dominios rusos. Su extensión es de unos 942.000 kilómetros cuadrados; su población se calcula en unos trece millones de almas, cifra inexacta, puramente imaginaria y que algunos hacen ascender á veintitrés millones. La densidad de población varía extraordinariamente; en el Mediodía llega á 300 habitantes por kilómetro; en el Norte hay territorios despoblados. Y es que las condiciones geográficas son muy diversas en unas regiones y en otras, y el clima por todo extremo frío en el Norte y muy parecido al de Corea en el Sur, con su correspondiente período de lluvias copiosas que impiden las comunicaciones é inundan los terrenos próximos á los ríos.

La Mandchuria comenzó á desempeñar un papel importante en la política universal desde hace unos diez años. La victoria naval de Jai-Yan y la terrestre de Sen-yan, ocurridas en Setiembre de 1894, dieron al Japón el dominio de la Corea; pero siendo la toma de Pekín objeto final de la guerra, las tropas del Mikado necesitaban apoderarse de la Mandchuria meridional, y así lo hicieron, corriendo igual suerte la península de Liao-Dung, donde está situado Puerto Arturo.

La importancia de esta última, dice el Sr. Simsky, al explicar la conducta de Rusia ante la ocupación de Puerto Arturo por los japoneses, procede del carácter que actualmente ostenta el comercio internacional. En la Edad Media, cuando las transaccio-

nes mercantiles estaban apenas desarrolladas, las vías comerciales desempeñaban papel muy escaso en los intereses políticos de las naciones. En las comunicaciones marítimas, lo principal entonces era la posesión de buenos puertos y de una flota de guerra suficiente á defenderlos; en las terrestres se preocupaban únicamente de adquirir grandes territorios, cualquiera que fuese su situación geográfica. La industria y el comercio modernos exigen, al contrario, excelentes vías de comunicación, que á modo de arterias lleven constantemente á todos los ámbitos del mundo el caudal enorme de mercancías que requiere la civilización de nuestros días. La necesidad de comunicaciones terrestres no interrumpidas no necesita demostrarse; pero aun más indispensable resulta el que los caminos marítimos estén libres de todo obstáculo, porque se hallan actualmente de tal modo trazados y frecuentados, que son tan conocidos como las líneas de ferrocarriles. Ahora bien; el mar pertenece á todos, y ningún país puede impedir que sus líneas marítimas estén cruzadas por las de otros países en ciertos y determinados puntos, los cuales *ipso facto* se convierten en posiciones estratégicas de primer orden. De aquí se deriva la importancia de Constantinopla, lo mismo que la de Gibraltar y Malta, Adén y tantos otros puntos cuidadosamente fortificados. En el extremo Oriente ocurre exactamente lo mismo. El camino seguido por los vapores rusos que mantienen las comunicaciones entre Vladivostok y el resto del mundo, ó estaba cortado por las líneas marítimas japonesas ó pasaba tan cerca del Japón que éste podía interrumpirlo cuando lo estimase oportuno. La inconveniencia de Vladivostok, como puerto comercial, se deriva no tanto de sus condiciones geográficas, como de las circunstancias estratégicas, determinadas y agravadas por la situación de la política universal. Disponiendo de unos cuantos vapores rompehielos, se podía luchar con la crudeza del invierno en aquella parte de la costa del Pacífico; pero la seguridad de las relaciones mercantiles hubiera existido únicamente en tiempos de paz, y la ocupación de Puerto Arturo por los japoneses hubiera sido un golpe fatal para Vladivostok y para el comercio ruso. En estas razones se fundó el Gobierno ruso para protestar de aquel suceso y para oponerse también á que los japoneses se instalaran definitivamente en Masampo ó en Fusan.

El Sr. Simsky relata después minuciosamente cómo se verificó la ocupación de Puerto Arturo por los rusos, y los incidentes, muy conocidos todos ellos, de la cuestión de Mandchuria.

Es indudable, dice al terminar, que tan luego concluya la guerra, habrá que estudiar atentamente y resolver el problema mandchú. La situación actual es indefinida, y puede dar lugar á que China, aprovechándose de las circunstancias, obligue á Rusia á adoptar en la cuestión de la Mandchuria una resolución desfavorable para sus intereses.

Que la actitud del Celeste Imperio es dudosa, tiende á demostrarlo la presencia de numerosas fuerzas chinas en la frontera de esta región. Sin embargo, es poco probable que el Celeste Imperio se mezcle en la actual contienda.

Las potencias han manifestado ya

su deseo de localizar el conflicto, y si por ventura alguien tratase de favorecer un arreglo desfavorable para Rusia de la cuestión de Mandchuria, no sería ahora, sino después de la guerra, y entonces no será ciertamente el Celeste Imperio quien se atreva á imponer condiciones á *Rusia victoriosa*. Por lo que hace á una participación de China en la guerra ruso-japonesa, antes de que pueda calcularse con visos de probabilidad cuál será su desenlace, diremos que es casi imposible, porque lo impedirían las potencias; Inglaterra y Francia, sobre todo, aliadas de los beligerantes y obligadas en virtud de esta alianza á tomar las armas tan luego como un tercero se mezcle en la lucha.

Un Sectario ruso: Abbakum, por A. Kizebetter.—Rusia es la patria de los grandes soñadores, de los que persiguen ideales irrealizables y sacrifican en aras de sus convicciones vidas y haciendas. Abbakum es, sin disputa, uno de los soñadores más grandes que han nacido en Rusia. El Sr. Kizebetter le consagra un extenso é interesante artículo, abundante en curiosos datos y en descripciones muy exactas de la sociedad moscovita, en cuyo seno pretendió el famoso predicador y sectario despertar entusiasmos y hacer prosélitos.

Muy á menudo, dice Kizebetter, óyese decir en Rusia que en la historia del Imperio no aparecen caracteres enérgicos, ni grandes movimientos sociales, ni dramáticas luchas por los ideales, y que los rusos de hace tres y cuatro siglos vivían en una especie de letargo intelectual, sin pasiones de ningún género. Este concepto de la antigua vida rusa, es absolutamente erróneo. Nuestros antepasados, con sus vistosos é incómodos ropajes y sus extrañas teorías sociales, tenían pasiones, luchaban y morían por un ideal. Para demostrarlo, no hay más que estudiar lo que acaecía en la antigua Moscú, hace doscientos años, en tiempos de Alejo Mijailovich. Los intereses y hasta el idioma de aquella época, son hoy día para nosotros absolutamente incomprensibles; pero los rusos del siglo XVII, lejos de ser muñecos, eran hombres de carne y hueso, que se preocupaban de las cuestiones espirituales más que de las materiales, y cuya vida social no estaba sometida, ni aun por asomo, á los preceptos consagrados por la tradición. Al contrario; la sociedad estaba dividida en dos bandos, y cada vez se hacía más profunda la diferencia entre ambos. Por doquiera se veían cosas nuevas, procedentes de Occidente. Moscú estaba lleno de extranjeros alemanes y polacos en su mayoría, los cuales ejercían notable influencia en las costumbres y en las ideas de los rusos. Los trajes y los coches á la europea eran tan numerosos, que despertaban el odio y la cólera de los apegados á lo antiguo. Los gomosos de aquel tiempo se vestían á la polaca y se afeitaban la barba sin temor á las prescripciones de los patriarcas, y los boyares, que antes iban á caballo ó en sillas de manos, preferían ya los coches y los lacayos con suntuosas libreas. Tan alta era la posición social de los *europeizados*, que el mismo patriarca, la dignidad más elevada y más temida de la iglesia ortodoxa, no se atrevía con ellos, y en una ocasión tuvo que valerse de una estratagema para poner coto al escándalo que, á su juicio, estaba dando un Romanoff

con las libreas de sus servidores. Pidióselas para copiarlas, y una vez que las tuvo, las quemó. El mismo Zar se sometía á este movimiento progresista; el mobiliario del Kremlin iba poco á poco transformándose; las sillas y las butacas reemplazaban á los bancos y á los toscos taburetes; en los muros se veía alguno que otro espejo, y el mismo trono se hizo á la moda polaca y ostentaba un letrero en este idioma. La influencia extranjera no se limitaba á los trajes ni al mobiliario, sino que se hacía extensiva á las costumbres y al modo de pensar. En el siglo XVII comenzaron á publicarse en Rusia multitud de obras traducidas del polaco, novelas, historias, tratados científicos. El público las adquiría y las saboreaba con fruición, y poco á poco se fueron formando en los palacios de los boyares bibliotecas notables, donde no solamente figuraban obras de teología, sino novelas y libros de historia.

Idéntico progreso se observaba en el arte. Las casas comenzaban á adornarse con pinturas, y en los talleres donde se preparaban los ikones ó imágenes sagradas, se iniciaban ya novedades que preocupaban hondamente á los partidarios de lo antiguo, porque rompían bruscamente con la ley de la tradición, que ordenaba que los rostros de los santos fuesen negros, lúgubres, sin expresión.

En todos los órdenes de la vida social se observaba idéntico afán de mejora; pero al mismo tiempo que una parte de la sociedad moscovita respiraba con ansia los aires que llegaban de allende las fronteras, otra parte protestaba contra todo progreso, contra toda alteración en la rutina, y, ganosa de propagar sus ideas, emitía el extraño concepto de que lo nuevo era invención diabólica, encaminada únicamente á perder las almas. Menudeaban las disputas entre unos y otros, lo mismo en la morada del boyar, que en las escuelas teológicas que en el taller de ikones, y Moscú se convirtió en teatro de enconadas luchas, pero luchas de ideas, de creencias, de ideales.

Los defensores de lo antiguo aseguraban que aprender latín era desviarse del camino recto; que estudiar geometría era ofender á Dios; que la astronomía era perjudicial al espíritu, y que la perfección en el hombre consistía en tener el alma libre de todo conocimiento, de toda ciencia. Una de las cuestiones que más apasionaron á los rusos de aquella agitada época, fué la de los *ikones*. ¿Cómo había que pintar los rostros de los santos? ¿Copiando los antiguos modelos tradicionales establecidos para cada santo ó pintar libremente, dejándose llevar de la inspiración y guiándose únicamente de las prescripciones artísticas? Y, claro es, los retrógrados decidían la cuestión al punto, como es de suponer, y demostraban terquedad extraordinaria.

Discutiendo una vez en casa del pintor del Zar algunos artistas acerca de las nuevas corrientes que imperaban en la pintura, entró un arcediano serbio y tomó parte en el diálogo. De pronto vió en el taller una preciosa imagen de María Magdalena y exclamó:

—Imágenes mundanas como esa, no las aceptamos nosotros. No parece si no que al pintar un santo, copiáis los rostros de los vivos.

La sociedad rusa estaba, por lo tanto, dividida en dos campos, y la lucha no se limitaba á un aspecto solo de la vida, sino á todos. Ahora

bien, lo que parece á primera vista inexplicable, ó sea la celosa defensa que muchos hacían del pasado, se explica fácilmente. Aquellas novedades europeas se hallaban en abierta contradicción con los ideales tradicionales de los rusos. Las nuevas diversiones y las nuevas formas con que se revestía el *confort* de la vida ordinaria, pugnaban con el ideal ascético que ensalzaba la Iglesia. La ciencia extranjera y la literatura polaca contradecían las enseñanzas exclusivamente religiosas de los moscovitas, fundadas en el temor á toda ciencia. El origen extranjero de las nuevas ideas se hallaba en pugna con el desarrollo de los ideales nacionalistas de aquel tiempo. Moscú, á semejanza de Roma, era un centro universal para Rusia, era la verdadera ciencia y la verdera fe, y los rusos, chapados á la antigua, eran de parecer que nada tenían que aprender de los extranjeros como no fuesen cosas eficaces á perder el alma.

La oposición que hacían los elementos retrógrados á cuanto significaba progreso, á cuanto alteraba las costumbres é infundía en los rusos ideas diferentes á las antiguas, se trocó en espanto cuando el patriarca. Nicon, poniendo mano en los libros sagrados, en el *sancta sanctorum* de aquella sociedad, comenzó á corregirlos con auxilio de los modelos griegos. Las modificaciones hechas no alteraban en modo alguno los dogmas; en unos casos se reducían á corregir las faltas ortográficas contenidas en la Biblia, en otras á restablecer antiguas ceremonias alteradas con el transcurso del tiempo; pero los retrógrados creían que la letra de los libros sagrados y la forma y manera de las ceremonias constituían la esencia de la religión y poseían una fuerza misteriosa, eficaz á dirigir los destinos del hombre. Para ellos la salvación dependía única y exclusivamente de la letra de los libros sagrados y de la forma de las ceremonias; y *verdaderos* eran únicamente aquellos libros y aquellas ceremonias empleadas en Rusia desde tiempo inmemorial, porque sólo á Rusia había otorgado Dios la verdad. Así razonaban las gentes retrógradas, y así entendían que las reformas religiosas de Nicon eran tan diabólicas como los trajes, como los muebles y como los coches importados de Europa. Empezó la lucha, terrible, sangrienta, sostenida con tesón, con extraordinario valor. El jefe, el alma de aquel movimiento reaccionario religioso, fué el arcipreste Abbakum, personalidad de las más notables de la Rusia de aquel tiempo, hombre de temperamento apasionado, de voluntad férrea, de elocuencia extraordinaria.

Abbakum nació en una aldea insignificante del gobierno de Novgorod, y demostró desde muy niño privilegiada inteligencia. La idea de la muerte se apoderó muy pronto de su corazón y de su fantasía é hizo que se entregase con pasión al estudio de la Biblia, acentuándose cada vez más el concepto que tenía de la vida, como preparación indispensable y amarga á la eternidad y á la bienandanza, preparación que había de realizarse haciendo penitencia, dominando sin cesar los impulsos de la carne y no pensando más que en Dios. Nombrado párroco de una pequeña aldea puso en práctica sus austeros principios, conduciéndose con imparcialidad absoluta y tratando á los ricos y á los poderosos sin complacencia al-

guna para con sus debilidades y sus vicios. Los feligreses, no solamente se quejaron, sino que pretendieron asesinar á un párroco tan molesto, y Abbakum tuvo que refugiarse en Moscú, desde donde salió desterrado á Siberia, después de muchos incidentes que ponen de manifiesto la dulzura de los procedimientos empleados en aquella época por los gobernantes moscovitas. Privado de su dignidad sacerdotal marchó á Tobolsk, empleando en el viaje trece semanas.

El destierro no tuvo los resultados que esperaban los enemigos de Abbakum. Marchó éste á Siberia más entusiasmado si cabe que antes con la fe antigua, y en todas las villas y aldeas que halló en su camino, predicó en contra del patriarca Nicón y en favor de las tradiciones eclesiásticas, de suerte que el largo y penoso viaje á través de Rusia, le permitió exponer sus doctrinas en todas partes ante asombradas masas de gente, conmovidas por su elocuencia y persuadidas de que el Antecristo estaba haciendo de las suyas en Moscú. Llegó, por lo tanto, á Siberia, no como un rebelde humillado y vencido, sino como un profeta, como una víctima de las persecuciones de los herejes, como un defensor de la fe verdadera y eterna.

El arzobispo de Tobolsk era enemigo de Nicon y partidario de lo antiguo, y así acogió á Abbakum con simpatía, le dió un curato, y aquellos hubieran sido años de tranquilidad relativa para el celoso propagandista, si sus enemigos de Moscú no le hubiesen destinado á acompañar en calidad de capellán las fuerzas que iban á recorrer los alrededores del Amur y á indicar los puntos donde era preciso que los rusos establecieren fortalezas. Allá fué Abbakum, compartiendo los peligros y las privaciones de los soldados, exponiendo su vida lo mismo que ellos al luchar unas veces con los elementos, otras con los indígenas y otras, las más, con el hambre y la sed.

Una figura tan interesante como la del mismo Abbakum, admirable por su amor y su fidelidad, ya que no por su elocuencia y su saber, prototipo de la mujer como compañera del hombre, es la esposa del sectario, que jamás se separó de él y compartió sus peligros con entereza extraordinaria. Por las estepas y los bosques de la Siberia oriental marchaban ambos á pie, siguiendo la carreta donde iban sus hijos y aguantando las insolencias de los cosacos.

¿De dónde procedía la fuerza con que resistían aquellas gentes las privaciones que les deparaba el destino? ¿De dónde la energía con que criticaba Abbakum los actos de las autoridades moscovitas sin temor al castigo? Sin duda alguna del profundo convencimiento que tenían de la santidad de su causa, de la grandeza de su ideal, de la necesidad del sacrificio, y era tal la influencia que ejercían su palabra y su valor, que los mismos que un día lo martirizaron y persiguieron, se convirtieron más tarde en sus más fieles discípulos. Al volver de aquella expedición colonial que convirtió á Abbakum en *pioneser* involuntario de la expansión rusa, recibió la orden de regresar á Moscú y la interpretó como un triunfo de su causa. Su desengaño fué grande. Todo estaba igual; las ideas que aborrecía imperaban por doquiera, aceptadas por gentes que antes defendieron la pureza de la tradición. Abbakum fué presa de inmensa angustia, y su espí-

ritu vaciló, quizás por vez primera. ¿Qué camino seguir? ¿Qué actitud había que observar? ¿Renunciar á su fe y á sus ideales, congraciándose con los poderosos, ó seguir sufriendo insultos y persecuciones? Su esposa fué quien lo mantuvo en el recto camino y quien lo animó á proseguir sin desmayos sus predicaciones. Abbakum se convirtió muy pronto en una de las primeras figuras de la sociedad moscovita, y al mismo tiempo que aumentaba el número de sus partidarios, se acrecentaba también el de sus enemigos.

Los patriarcas lo juzgaron, finalmente. Reunidos en concilio, hicieron comparecer á Abbakum y le exhortaron primeramente á que abandonase sus ideas y se acogiese á la fe oficial, á la reformada por Nicon. Abbakum escuchó atentamente las razones de los obispos, y después de negarse á abjurar sus creencias, tomó asiento en el suelo para oir más reposadamente los discursos de los reverendos eclesiásticos. Condenando por el concilio, el Zar lo castigó con prisión perpetua. Encerrado en una celda, ó, mejor dicho, en un hoyo hecho en la tierra, pasó los quince últimos años de su vida escribiendo y rezando. Sumido las más de las veces en profundos éxtasis, víctima de constantes alucinaciones, martirizándose sin cesar, sufriendo el frío sin consentir que lo vistiesen, y el hambre sin querer probar bocado durante muchos días seguidos. Abbakum continuaba ejerciendo enorme influencia sobre los sectarios rusos, y sus sufrimientos y sus alucinaciones se convertían, en boca del pueblo, en místicas leyendas, siempre amigo de lo extraordinario y sobrenatural. A veces escribía apasionadas protestas contra los enemigos de la fe, contra los que, poseídos del diablo, llevaban la patria á la destrucción y á la muerte, y estas protestas las recogían sus partidarios, las copiaban y las repartían profusamente por todos los ámbitos del imperio ruso. En 1681 Abbakum se dirigió al Zar, encareciéndole la necesidad de volver á la fe antigua, y el soberano lo condenó á la hoguera, donde murió en Abril de 1682.

La historia de Rusia conservará siempre el recuerdo de sus predicaciones. Los campesinos, los siervos de la gleba, víctimas de constantes abusos, escuchaban extasiados su elocuente palabra, y quedaban convencidos de que observando al pie de la letra sus doctrinas, manteniendo siempre pura y sin mengua la fe tradicional, lograrían la bienandanza eterna, aquel paraíso ideal, que tan lejano y tan imposible de alcanzar se les antojaba, y á veces, muy á menudo, se quemaban para ver y gozar de aquella gloria, de aquel mundo encantador tan diferente del que habitaban y donde no había amos ni señores, sino hermanos unidos por un amor desconocido en el mundo. En diez años se quemaron voluntariamente más de 20.000 campesinos.

LIBROS RECIBIDOS

Cuentos para niños, por el canónigo Schmid.—Versión de Modesto Hernández Villaescusa. — Juan Gili, editor.—Barcelona, 1904.

Manual de los deberes del hombre, por D. Daniel Arbe y Bandrés, presbítero. – Obra premiada en el concurso abierto por el editor.—Juan Gili, editor.—Barcelona, 1904.

La cuestión social es una cuestión moral, por Th. Zeigler: 2 tomos.—Biblioteca sociológica internacional.—Editores, Henrich y Compañía.—Barcelona.

La propiedad intelectual en el Derecho argentino, por Ernesto Quesada.—Librería de J. Menéndez.—Buenos Aires, 1904.

Le Neo-Criticisme de Charles Renouvier, por E. Janssens.—1904.

Anuario Estadístico Comercial de Colombia, por Francisco de P. Monsalve.—Imprenta Nacional.—Bogotá.

El Amo del mar, por el Vizconde E. M. de Vogüe.—Traducción de José Plá.—Librería de Victoriano Suárez.—Preciados, 48. —Madrid, 1904.

Estadística Nacional, por Enrique Arboleda C.—Imprenta Nacional.—Bogotá.

Nuevas investigaciones acerca de la Etiología y Patología de las pleuritis, por el Dr. Médico Luis Fernando, Príncipe Real de Baviera.—Versión y prólogo del Dr. Calatraveño. —Administración: calle de D. Martín, 13.—Madrid.

Origen, fundamento y bases de proyecto de ley de edificio para Correos, por D. Francisco de Asís Gutiérrez.—Imprenta de Gabriel L. y del Horno.—San Bernardo, 92. —Madrid, 1904.

A B C del instalador y montador electricista, 2 tomos, por R. Yesares Blanco.—Colección manuales Soler.—Barcelona.

Andrógino, poema por José Antich.—Editores, Henrich y Compañía.—Barcelona.

La evolución de las creencias y de las doctrinas políticas, 2 tomos, por G. de Greef. — Editores, Henrich y Compañía.—Barcelona.

En la corte del Mikado. Bocetos japoneses, por Francisco de Reynoso.—Bailly Bailliere é Hijos, editores.—Madrid, 1904.

La Constitución política ilustrada. Album de dibujos, por Brunet.—Bailly Bailliere é Hijos, editores.—Madrid, 1904.

Crédito Agrícola. Memoria premiada con accésit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso ordinario de 1902, escrita por el Sr. D. Luis Redonet y López Dóriga.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.—Juan Bravo, 5. —Madrid, 1904.

La fórmula de la regeneración farmacéutica, por el Dr. D. Gabriel A. Romero Landa.—Imprenta de Administración Militar.—Madrid, 1904.

Habitaciones económicas, por D. Luis M.ª Cabello y Lapiedra.—M. Romero, impresor.—Libertad, 31.—Madrid, 1904.

Recuerdo de la fiesta nacional. 3 de Abril de 1904.—Remisión del Excelentísimo señor General D. Antonio Tovar y Marcoleta.—Establecimiento tipográfico «El Trabajo».—Guzmán el Bueno, 10.—Madrid, 1904.

• • SE PUBLICA • •
EL DIA 15 DE CADA MES

LA·LECTVRA

REVISTA·DE CIENCIAS·Y DE·ARTES·

Harvard College Library
Received
Harvard Law Library

Director: FRANCISCO ACEBAL
Administrador propietario: C. DE VELASCO

SUMARIO

La Quimera..... Emilia Pardo Bazán.
El perfecto pescador de caña..... Miguel de Unamuno.
Carlos Reis..... José Pessanha.
Impresiones pedagógicas de Italia..... Diego Ruiz.
Revista geográfica..... Antonio Blázquez.
Crónica internacional..... Joaquín F. Prida.
De Norte á Sur..... Francisco Acebal.
Libros:
Un socialisme en harmonie avec la doctrine economique liberale, por Eugenio Rignano..... Adolfo Posada.
Il destino delle dinastie, por A. Renda..... P. Dorado.
La educación musical, por Alberto Lavignac..... T. Bretón.
Les sociétés cooperatives de consommation, por Charles Gide..... Leopoldo Palacios.
Anales de la Universidad de Oviedo.—Le procés du libre echange en Angleterre, por Daniel Crick..... José Gascón Marín.
El intruso, por Vicente Blasco Ibáñez.—Javier de Miranda, novela original de Juan F. Muñoz y Pabón..... Zeda.
Las clases pasivas, por Emilio Riu.—Mors in vita, novela, por Antonio de Hoyos.—Estudio sociológico y económico de las Islas Canarias, por R. Ruiz Benítez de Lugo.—Visiones de España, por Manuel Ugarte..... Angel Guerra.
Libros recientes.
Revista de Revistas:
Inglesas y norteamericanas..... J. Uña y Sarthou.
Alemanas..... J. Ontañón.
Italianas..... Luis de Terán.
Portuguesas..... Luis de Terán.
Escandinavas..... Julián Juderías.
Españolas é hispano-americanas..... J. M. González.
Francesas..... J. M. González.
Arabes..... Dolores Alvarez de Terán.
Libros recibidos.

AÑO IV. AGOSTO—1904 NÚM. 44.

Imprenta de A. Pérez y C.ª, Pizarro 16
TELÉFONO 1.069.

LA LECTURA

LA QUIMERA, POR EMILIA PARDO BAZÁN

HOJAS DEL LIBRO DE MEMORIAS DE SILVIO LAGO

Fines de Junio.—En el desconcierto de mis ideas sobre arte,—porque tengo perdido el rumbo, y estoy como los creyentes incondicionales á quienes se les desploma el altar—me acuerdo á cada hora, de aquel sueño raro que tuve en el camino de los Viveros, una noche de luna.

Los sueños son más directos, más sinceros que la vigilia.

Despiertos, nos engañamos, nos mentimos, por la compresión que ejerce el mundo ajeno. Dormidos, sale afuera lo entrañable, lo que ni sabríamos que llevábamos tan ahincado. En sueños toma forma radiosa la vaguedad, lo obscuro resplandece.

Soñando se me derrumbaron mis convicciones, me sentí cambiado; otra es ya mi fe, ó por mejor decir, lo que es fe, no la tengo; al contrario; vivo de dudas y de incertidumbres;—también dudar es un modo de vivir y de creer—;antes pensé que tenía método para realizar un poco de arte; ahora no sé por donde ir; la perfección antigua me desespera y me abruma; los rumbos nuevos me hacen parpadear, lo mismo que si estuviese mirando á un foco eléctrico muy intenso.

Minia me ha aconsejado:

—No se crucifique. No disperse su espíritu. Usted no puede seguir las huellas de ningún pintor antiguo. Entre los modernos, para atravesar el período de imitación, mortificante, pero forzoso, elija al maestro que mejor se adapte á su modo de ser, y después de chuparle los tuétanos, pisotéele. De los antiguos, sin embargo, podría usted sorprender secretos.

Me han asegurado que Lehnbach, de absolutísimo incógnito, haciendo creer en su país que viajaba por Grecia, se estuvo un año aquí copiando á Velázquez en el Prado, y apoderándose de procedimientos que saca á relucir ahora.

—A Goya copiaría yo más bien—respondí.

—Sí; tiene con su alma de usted mayores afinidades. Cada día sube Goya. Su decadentismo castizo le preservaría del afrancesamiento—á que está muy expuesto.—¡Sobre todo, si se apodera de usted Espina Porcel, que debe de ser una vampira!

La verdad es que Espinita, como pueda, arrolla los tentáculos al cuerpo. No tiene que hacer en Madrid, sin duda, y no sale de mi taller...

Veré si emborronando estas hojas consigo definir lo que me sucede con Espinita...

En primer lugar, dicho sea en buen hora, de no estar enamorado de ella, según la gente define los enamoramientos... ah, de eso tengo seguridad completa.

Vería á Espina arrastrada por la corriente de un río, destrozada por la explosión de una bomba de dinamita; la vería entrar en una casa inequívoca... y me sería igual.

Sospecho que ella, por su parte, me vería en el banco del garrote, argolla al cuello, y pudiendo, no abriría el cierre de la argolla; es verosímil que prefiriese no perder la emoción de mi agarrotamiento.

El sentimiento hacia ella, en mí, unas veces es acre curiosidad, otras irritado deseo de subyugarla, otras antipatía repentina, el gusto imaginado de pegarla un latigazo, ó una dentellada que saque sangre,—otras atracción inexplicable, complicada, —una perversión que descubro en mí, y que me asombra sin desagradarme, pues no puedo aguantar á la gente bonachona, sin estímulos malignos.

Espina me atrae, tal vez por el sumo refinamiento de su existencia y la desdeñosa altanería con que rechaza las nociones admitidas y vulgaronas.

No es la Porcel una de aquellas rebeldes románticas que siempre estaban á vueltas con la moral, y que, al combatirla, la afirmaban: para Espina sencillamente, no existe ni eso ni nada, fuera de lo bonito y lo selecto, de ese aquilatamiento sensual de la exterioridad, que hace de ella una especie de Cleopatra,—pues, como le sucedía á la reina de Egipto, *su vida es inimitable.*

En otros términos: probablemente me atrae Espina porque es exaltadamente elegante y rematadamente mala.

Comprendo que lo primero se explica, mientras lo segundo es dificilillo de explicar y de justificar, aun cuando no tengo otro juez aquí que yo mismo; ¡pero sentimos tantas infinitas cosas que no se justifican! Son:

Yo no causaría á nadie el menor daño. Yo sufro cuando por mi culpa sufre alguien. Yo soy capaz de darle á un desgraciado la camisa. Yo he pasado noches horrorosas cuando se suicidó aquel mal bicho inútil de Solano. Yo quiero á mis amigas excelentes,—la Palma, la Baronesa, Minia. Yo deploré no acertar á querer mucho, de corazón, á Clara Ayamonte. Todo esto parece bondad, parece altruísmo.—Y sin embargo me deleito en la *amoribidad* de Espina, como si deshiciese en la boca un fondán muy delicado, sápido á quintaesencias, de gusto raro, que hace presentir olores de flora lejana, tropical, de estufa.

¿Será que, si uno es artista ante, todo puede tener nobles instintos, pero nunca tendrá verdadera regla ética para la vida?

En fin, no me devano más los sesos. Lo positivo es que Espinita me trae y me lleva y me zarandea como se le antoja. Se verifica lo que profetizó Minia: la mujer se apodera de mí me tiraniza, me absorve—sin que el amor prevenga la excusa dulce.

Porque realmente, ¿ha pasado entre Espina y yo cosa que lleve sello amoroso? Ninguna; lo cual es casi ridículo, para mí se entiende, cuando esta señora está siempre aquí, y se pasa las mañanas fumando tendida en mi diván, confianzuda como en su propia casa.

Se ha presentado á Valdivia. Me produce una impresión de simpatía contra todos mis presentimientos. Ligamos, ligamos.

Generalmente viene por la tarde, con sobrealiento retocado, peinado, perfumado, con una ropa inglesa que quita el sentido de bien cortada, con esa superioridad de actitud y esa calma algo triste, de buen gusto, señorial, que sólo cría el hábito de vivir en grande. Valdivia es liberal y cortés; sabe obsequiar con galantería á las señoras; no habla nunca mal de nadie; no se mete con nadie; no tiene opiniones crudas y acerbas acerca de nada; huele bien; su visible agotamiento y sus quebrantos de salud, hacen que se le tolere la insolencia de una fortuna calculada en millones, sólo parcialmente comprometida—dicen—por los fantásticos caprichos de Espinita, á quien se disculpa, en nuestro país todavía idealista, porque se cree que no la proporcionan felicidad sus relaciones con un hombre machucho y dispéptico. La dicha es lo único que no se suele perdonar.

Espina—voy estudiándola—no me parece tan mala como negativa, inconsistente. Es un sér instable ondea y culebrea. Sus fantasías son repentinas, transitorias. No la he visto dos días de igual humor. Hay mañanas en que parece mecida en extraordinaria placidez; otras, está abatida, suspira, no responde; otras, cae en un tedio negrohumo; frecuente-

mente se muestra excitable, cruel, rabiosa; al cuarto de hora, jovialmente achiquillada, con antojos de criatura. Yo soy también bastante veleta; lo malo es que no coincidimos al girar. Entra ella saltando, y me encuentra de murria; me levanto, tarareando, de buen talante, y llega Espina reconcentrada, muda, y empieza á fumar con una furia que descubre el estado de sus nervios. Somos dos gatos pelo arriba, dos sistemas nerviosos en conflicto. Saltan chispas, hay electricidad en el aire.

¡Qué suerte no quererla, no importárseme de ella! Se me figura que, en el fondo, esta mujer, tan vertiginosa en sus goces, se aburre hasta la desesperación.

Como el prisionero discurre para evadirse de su cárcel, discurre ella para fugarse del aburrimiento. Llega á mi taller, y trae alguna distracción inventada, cuando no quiere que se la invente yo.

—Piense usted... A ver... ¿Qué haríamos?

La he llevado al Museo, la he llevado á la Academia de Bellas Artes, la he llevado á la ermita de San Antonio. Lo único que noto que la impresiona algo, es Goya. La maja desnuda y la maja vestida fuerzan su entusiasmo, y ante esas dos figuras enigmáticas, profundamente perturbadoras, hablamos otra vez del desnudo, hacia el cual reitera su desprecio.

Las etéreas figuras de la Florida la seducen.

—Goya—me dice—es un moderno, un moderno. No lo son muchísimos que pintan ahora; y que por dentro están en el año 60.

Como se cansa pronto, porque ve pronto, hay que variar, y la conduzco á barrios populacheros á admirar tipos madrileños, á los lavaderos del Manzanares, sitios donde llamamos la atención y nos dicen cosas chulas, desvergüenzas, sobre el tema de que somos «parejita». Nos creen en escapatoria, y esa opinión deben de compartir las personas conocidas, de sociedad que, casualmente hemos encontrado en nuestros paseos matinales. Esto me va á dar cartel. ¡Espinita! ¡Vaya! Sí, tono ymucho tono.

Y la pregunto, con picor de curiosidad indiscreta:

—¿Qué dirá el Sr. Valdivia, si sabe las correrías á que se dedica usted en lugar de posar para el retrato?

Me mira como sorprendida por una incongruencia y repite:

—¿Valdivia? ¿Valdivia? ¿Mis correrías? ¡Pch!

No añade sílaba más; pero yo bien he adivinado que Valdivia es celoso, y observo que un goce que saborea Espina es hacerle tragar todo el acíbar posible. Con uñas de gata feroz, proyectadas fuera de la patita terciopelosa, araña despacio, hondo, este corazón tal vez fatigado de sentir, pero todavía sensible, acaso más sensible que nunca, en el ocaso de un temperamento esencialmente pasional. Bajo su aspecto de vividor distinguido, escéptico, es evidente que persiste el Amadís de antaño. El muro

viejo brota alelíes. Los cincuenta y pico no preservan á este desdichado de la infección mortal de querer. Y al mirar al mísero esclavo, me envanezco del sentimiento de detestación que, en el fondo, consagro á Espina y... á todas, genéricamente.

En cambio, le voy cobrando un cariñazo enorme á Bobita, mi perra. Es una delicia... Ningún chico hace más gracias. La verdad es que me lo destroza todo, que no me deja cosa sana; que mis zapatillas se las trae arrastrando al taller y mis calzoncillos lo propio; que ayer me descacharró un cuenco de Talavera antiguo, que me ha borrado un retrato medio concluído, que será preciso remendar... Y esto me viene tanto peor cuanto que ahora, con la absorción de la Porcel, casi no hago nada de provecho. Voy á encontrarme mal de fondos; pero muy mal. Mis mañanas me las estropean las excursiones en compañía de esta mujer que me trae al retortero. ¿A que un día me cuadro? Va siendo el bromazo pesadito.

Lo peor es que no sólo me priva del trabajo, sino que me impone gastos tontos. Siempre que voy por ahí con ella se le antojan porquerías, que al regresar á casa tira con desprecio. Claveles, rosas, piñones, dátiles, macetas de albahaca, naranjas, navajas de muelles, caricaturas de ministros, juguetes ordinarios, ¡hasta una Peponal Así que llegamos al portal, dice imperiosamente:

—Dele usted al portero ese horror, para sus sobrinos... O sino, bótelo usted por la ventana...

¡Esos horrores me cuestan lo que tal vez no tengo!... Son efectivamente baratos, de baratura inverosímil, pero en una bolsa tan flaca... ¡El castigo de vivir al día!

No contenta con la gracia de las compras, Espina ha dado en la flor de venirse á almorzar conmigo. Los días que no se encuentra invitada por alguna diplomática, por alguna de sus cremosas amigas, no sabe qué hacerse y aquí se encampa. Unas veces dispone traer de casa de Lhardy platos á la francesa, otras se encapricha por los comistrajos de los muchos figones que en Madrid abundan; pero invariablemente hace gestos á la minuta, declarando que aquí nos envenenan, que esto es infecto, que no concibe cómo tenemos estómago. Y agrega despótica:

—Se viene usted conmigo á París; se viene usted.

Lo poquísimo que come, lo come de través y con la punta de los dientecitos, cogiéndolo con el tenedor, remilgada, de la manera más mona que se puede soñar. Sus manos son perlas peraltadas, gemelas, dignas de un estuche. El más prolijo cuidado se revela en sus uñas, diez pulimentadas ágatas de un rosa de concha del Mediterráneo, con reflejos brillantes, que hacen resaltar la mate blancura del menudo dedo.

Se las alabo, y responde en tono de tristeza:

• • SE PUBLICA • •
EL DIA 15 DE CADA MES

LA·LECTVRA

REVISTA·DE CIENCIAS·Y DE·ARTES·

Harvard College Libr
De . 24. 1904
Transfer from
Harvard Law Library

Director: FRANCISCO ACEBAL
Administrador propietario: C. DE VELASCO

SUMARIO

La Quimera..... Emilia Pardo Bazán.
El perfecto pescador de caña..... Miguel de Unamuno.
Carlos Reis..... José Pessanha.
Impresiones pedagógicas de Italia..... Diego Ruiz.
Revista geográfica..... Antonio Blázquez.
Crónica internacional..... Joaquín F. Prida.
De Norte á Sur..... Francisco Acebal.

Libros:

Un socialisme en harmonie avec la doctrine economique liberale, por Eugenio Rignano..... Adolfo Posada.
Il destino delle dinastie, por A. Renda..... P. Dorado.
La educación musical, por Alberto Lavignac..... T. Bretón.
Les sociétés cooperatives de consommation, por Charles Gide..... Leopoldo Palacios.
Anales de la Universidad de Oviedo.—Le procès du libre echange en Angleterre, por Daniel Crick..... José Gascón Marín.
El intruso, por Vicente Blasco Ibáñez.—Javier de Miranda, novela original de Juan F. Muñoz y Pabón..... Zeda.
Las clases pasivas, por Emilio Riu.—Mors in vita, novela, por Antonio de Hoyos.—Estudio sociológico y económico de las Islas Canarias, por R. Ruiz Benítez de Lugo.—Visiones de España, por Manuel Ugarte..... Angel Guerra.

Libros recientes.

Revista de Revistas:

Inglesas y norteamericanas..... J. Uña y Sarthou.
Alemanas..... J. Ontañón.
Italianas..... Luis de Terán.
Portuguesas..... Julián Juderías.
Escandinavas..... Luis de Terán.
Españolas é hispano-americanas..... J. M. Gonzáles.
Francesas..... Dolores Alvarez de Terán.
Arabes..... Luis de Terán.

Libros recibidos.

AÑO IV. AGOSTO—1904 NÚM. 4

Imprenta de A. Pérez y C.ª, Pizarro 16
TELÉFONO 1.069.

pitaba agónico un aliento,—y era el mío; el zumbar de la sangre me aturdía las orejas. Espina, lenta, risueña, vino hacia mí. Creí que iba á dirigirme algún advertimiento de prudencia, alguna palabra de esas que el instinto de conservación dicta. Lo que hizo fué un guiño de complicidad, un gesto pícaro, envuelto en una caricia fogosa. Y riendo bajo, satisfecha, campante, exclamó:

—Aguarde un poco... Nada de prisa.

La voz de Valdivia cruzó á través de la puerta.

—Estás ahí, María. ¿Por qué no me abres?

Empujándola, imponiéndome, abrí. No sabía de qué manera acoger á aquel hombre. Mi actitud sola era una prueba. Jamás comprenderé, jamás me explicaré este episodio; verdad que la vida está llena de enigmas sin clave.

Yo no puedo dudar de que Valdivia es un mártir de los celos. Pero, ¿hasta qué punto esta amarga enfermedad, tan amarga que sólo por ella debiéramo renegar de tontainas, de amores, es compatible con la lucidez? ¿Por qué,vamos á ver, se ríe la gente de los celosos? Pues justamente, porque llevan venda doble.

Valdivia, como todos sus compañeros de tortura, gime en el potro, desconfía, no duerme; pero cuando se le antoja confiar, lo estaría viendo y negaría el testimonio de sus ojos, la realidad que palpase. Tal le sucedió en el caso mío. ¿Qué hombre de experiencia, y Valdivia la tenía muy cabal, hubiese dudado, y qué carcajada no soltaría el propio Valdivia si de otro le refiriesen esta aventura? ¡Encerrados, solos, turbado yo, esparcidas las rosas! Pues, sin embargo, no contento con no sentir recelo de ninguna clase,—por un fenómeno único, que es frecuente en los celosos, cuya explicación acaso sea el instinto egoísta de precaver sufrimientos, se adelantó á facilitarnos la explicación, que yo al menos, no era capaz de inventar:

—Han cerrado para librarse de importunos. Bien hecho. Pero yo no cuento, ¿verdad? Yo me siento aquí tan formalcito... y usted sigue trabajando...

Y Espina, impávida, respondió:

—Si estorbas, te echamos. Pero no estorbas. Has sido muy amable en venir, como te encargué.

¡Ella misma le había avisado! ¿Que aberración es ésta? Llamar á Lina será una diablura; pero ¿llamar á este hombre? Tiemblan un poco mis dedos al coger los lápices, al extender las tintas. Valdivia aprueba; él y Espina fuman, serenos, amigables.

Y sigue mi historia. Me había levantado ayer hostigado por la preocupación más común, estúpida y agobiadora del mundo. No tenía un cuarto; lo que se dice un cuarto, para hacer bailar á un ciego.

Las encerronas con Espina, en esto habían venido á parar. No trabajar, rehusar encargos de gente que según Espina no es lo bastante *smart* para que yo le dispense tal honor... Y como el sacristán de lo que canta yanta...

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Es que me estomaga pensar en dinero. El dinero es una de las peores cochinadas de este cochino mundo.

Pero también, como pasa con otras cochinadas, si nos falta viene la muerte.

Cada peseta representa una gota de sangre; cada duro es un nervio cada millar de duros, un pulmón.

Estaba anémico, neurasténico y tísico.

Empecé á revolver mis libros, por si desentrañaba algún retrato sin cobrar, y me encontré que, excepto los consabidos millonarios y una diplomática ausente, lo entregado estaba pago todo. Tenía algunos retratos empezados; pero como hace quince días que no doy sesión, no he terminado ninguno.

Un sudor de angustia me corría por las sienes; Encontrábame además en ridículo. Espina tenía derecho á burlarse de mí, pues le había sacrificado tan neciamente mi manera de vivir,—mi sustento diario.

¡Dinero! ¡Me faltaba dinero! No podía sosegar. ¡Ni que yo fuese un codicioso! Es que el dinero, qué diablo, no hay hora ni momento en que no nos haga una falta terrible. Sin miaja de codicia, somos esclavos de él. No es codicia necesitar aire respirable. Nuestra sociedad respira por el bolsillo.

Todo esto lo voy poniendo aquí, probablemente para disculpar...

Me he creado necesidades; tengo que pagar, sin falta, el alquiler de la casa, la soldada del criadito, las cuentas galanas de la portera, la leche de Bobita, mi ropa, el gas, la electricidad... Tengo que vivir.

¿Cómo hago? ¿Voy á suplicar un adelanto á la baronesa? ¿Cómo me recibirá? ¿Qué cosazas dirá de mi desorden, de mi calamitosa inepcia económica?

Y cuando me hallaba sepultado en desesperadas meditaciones, llaman, entra Valdivia...

—¿María no ha venido aún? Me alegro. Tenemos que hablar...

¡Adios! Sospechas, recriminaciones, lance... ¡Que saldrá de aquí!

—Tenemos que hablar...—repite. —Pero antes, hágame usted el favor de un poco de agua clara...

—¿De agua clara?—repito embobado...

—Sí... Necesito absorber un puñado de bicarbonato; mi estómago me está gratificando, desde la mañana, con una gastralgia horrible... ¿No le ha dolido á usted nunca el estómago?

—¡Ya lo creo que me ha dolido!—respondo con expansión.—Sin ir más lejos, ayer...

Y, llenos de cordialidad, unidos por una corriente de franca simpatía, empezamos á confiarnos nuestras tribulaciones. Valdivia no tiene hueso que bien le quiera, es un mapamundi de alifafes; le fastidia unos días la cabeza, otros el estómago, siempre las articulaciones, muy á menudo los riñones y no pocas veces el corazón. Cree tener síntomas del mal de que sé yo qué y de la afección de qué sé yo cuantos. Los médicos le han ordenado rigurosamente campo, reposo, nada de emociones fuertes, un régimen de lo más severo.

—Pero—objeto yo—entonces...

—Entonces—replica afablemente, mientras deslíe el bicarbonato—tales prescripciones no se siguen jamás. No hay valor para separarse de María. Los médicos, ¿qué saben?

—¿Por qué no se van ustedes, los dos, al campo?—pregunto.—Allí, con un poco de voluntad...

Los ojos de Valdivia, del antiguo Tenorio, del hombre con espolones de acero—lo he visto, no puedo dudarlo,—se arrasan de lágrimas. Me echa una mirada infinitamente expresiva, de esas en que se vuelca la urna de la pena, y murmura, bajando la cabeza y como acortado:

—Ella no quiere... No es cosa, ya ve usted, de encerrarla en una aldea á la cabecera de un enfermo...

Y, pronunciada la primera frase, quitado el primer estorbo, la confidencia, de un modo casi involuntario, surte de los labios cárdenos, marchitos. Sale á pedazos, unas veces brusca y fiera, otras humillada, resignada; pero sale, entreverada con quejidos sordos que la tenaza de la gastralgia arranca del fondo del pecho. Lamentaciones sobre la salud perdida se mezclan con quejas del animal que sufre y del enamorado que no ha podido curarse del daño que el filtro causa. Al principio se tropieza en las palabras, se quiere tapujar, velar con formas decorosas lo ignominioso. Poco á poco se va ahondando, ahondando, se introducen los dedos en a llaga y se descubre la infección. Por los bordes abiertos y sanguinolentos, asoman su cabeza de víbora los celos afrentosos.

—¡Ni un día sin celos! - repetía apelotonándose en el sofá, porque arreciaba la gastralgia.—¡Ni un día de dulce sosiego, de serenidad, de fe! ¿Comprende usted esto, Silvio? Es como un maleficio, y á veces, créalo usted sin ser supersticioso, me ocurre que estoy embrujado. A ratos me parece que odio á María más que otra cosa. ¡Desconfiar, desconfiar siempre! Y ¿sabe usted la razón de mi desconfianza? Mi detestable expe-

riencia. Si yo fuese un poco menos corrompido, fiaría más en María y eso ganaba. Por haber sido traidores creemos que nos traicionan. A mí me da por ataques repentinos, como el dolor de estómago, y es gracioso: se me ocurren cien barbaridades que no cometo. Mi desgracia es tanta, que estoy gastado para la voluntad firme de realizar un acto de energía, y no lo estoy para el sufrimiento que dicta esos actos á otros hombres, á la gente ordinaria. Se me ha puesto aquí que si mato á María, quedo libre de mi obsesión; porque muerta ella no hay celos, y mi pasión es celos: nada más. Suprima usted esa negrura... y el amor se evapora. Si hay días, muchos, en que me parece que con tanto devaneo celoso no estoy enamorado, no quiero, lo que se dice querer, á María... Oiga usted esta monstruosidad: si María cogiese ahora el tifus y se muriese, estoy por decir que me alegro. Y á la vez... me da lástima, ¿oye usted? lástima... Es irresponsable, por ciertas razones... ¿En qué piensa usted? ¿Me cree loco?

—Pienso en qué cosas tan diferentes nos marean á cada uno. En su caso de usted, yo tan fresco. Ahí tiene usted... Sólo me desvela mi pintura, los medios de irme á estudiar al allá fuera. Y aunque aparentemente se diría que me aproximo á mi ideal, la verdad es que cada día lo veo más distante. No tengo cabeza para hacer economías; me las arreglo tan mal, que...

Apenas dicho me pesó, quisiera recogerlo. Este hombre no va á creer nunca que hablé así arrastrado por el torrente de las espontaneidades.—Me miró con interés, y me dijo con una benevolencia que me pasó el alma como un cuchillo:

—Cuente usted conmigo para todo. Tendré verdadero, verdadero gusto en serle útil. ¡Y, á propósito! Me alegro que se suscite esta conversación, porque soy su deudor de usted, y he de pagar antes que con mis males y mis chifladuras me distraiga. Dos retratos de María ha hecho usted ya.

—No—me apresuré á gritar,—uno solo. El otro es un boceto, un estudio.

—El otro es más bonito por lo mismo: por la libertad, por la fantasía. Ese es mío; lo compro yo. El otro casi está terminado y en París le dará á usted el gran cartel. Total, dos retratos decimos... ¿Cuánto le debo? Sencillamente, entre amigos...

Al oir la cifra, protestó.

—De ningún modo. ¡Qué desatino! Esos son los precios madrileños; aquí es de balde todo. Permítame que inaugure los precios franceses. Dos mil francos vale cada pastel, y justamente, aquí traigo...

¡Qué deslumbramiento! ¡Cuatro mil francos de un golpe! Oscilé de emoción. Me veía salvado, libre, con seguro. Pero era demasiada vergüenza, demasiada felonía tomar tanto dinero de *aquel*... ¡Extraña ca-

suística! Si me ofrece precio de Madrid, no me daba empacho ninguno...

—Vamos, no haga usted repulgos. Lo ha ganado usted bien, le debo á usted más. Ya sé lo que pasa con María. Le ha hecho perder un tiempo precioso, y además, de fijo, le ha indispuesto con un sin número de parroquianas. Porque María es así. No habrá consentido que retrate usted, esta temporada, sino á quien se le antoje á ella. Tendrá usted, por su culpa, diez ó doce enemigas...

¡Perspicacia singular, unida á absoluta ceguera; tú eres la característica de los enfermos de celos crónicos!

Todavía añadió:

—Y, por supuesto, cuente usted conmigo en París—adonde espero que se vendrá con nosotros—para lo que le haga falta, sin restricciones... Me causaría usted una contrariedad si se dirigiese á otra perpersona. No tema no recele carecer de nada establecerse allí. La amistad de Valdivia es algo más que fórmula. No lo dude.

Hablando así alargóme la mano, seca y calenturienta, y no me atreví á retirar la mía, de seguro temblorosa.

—Sea usted mi amigo—dijo melancólicamente.—No soy un hombre demasiado feliz, sino todo lo contrario. Sólo la amistad mitiga, á veces, las quemaduras de esto que me abrasa. ¿No es cierto que esa mujer tiene algo de irresistible? ¡Si usted supiese lo que he batallado para apartarla de mi pensamiento, para quitarme el vicio y la borrachera de su amor! Usted puede prestarme un gran servicio, á cambio de todos los que yo estoy dispuesto y obligado áofrecerle. Escúcheme con paciencia cuando le cuente mis penas, y no se burle, como se burlan los amiguitos de María en París y aquí. Delante de ellos me presento como un hombre material y cínico, harto de todo; y me creen, porque son lo mismo. Están gangrenados. Les aborrezco. Hay, sobre todo, un compañero de usted, un pintor belga, que si yo tuviese valor para malquistarme con María, mi mayor delicia sería clavarle una bala, después de escupirle. Sé de fijo que me ha engañado con él, y he de seguir recibiéndole, y he de tratarle como si tal cosa, y hasta dar almuerzos y comidas en su honor. ¿Verdad que es aplastante sentirse hombre civilizado, de una civilización extrema, que divorcia la acción del sentimiento? Ya le conocerá usted, ya conocerá á ese vividor del arte...

-¿Es Marbley?—murmuré.

-¡El mismo! ¿Tiene usted noticia de él? A fuerza de reclamos se ha impuesto. Un farsante, sin miaja de genio; un hombre que sólo piensa en cobrar, en sacar dinero á las norteamericanas ricas. ¡Si supiese usted cómo cultiva el género! No hay ardid que no emplee. Paga artículos en los periódicos, no sale de los tocadores y de las faldas. ¡Y envidioso! Ya

verá usted en cuanto eche la vista encima á este delicioso retrato. Se lo voy á refregar... Quítele usted la clientela, arrincónele, húndale. Ese complot tenemos que tramar... Y cuente usted con Valdivia. ¡Si yo soy el que queda reconocido!

En lugar de dormir bien, guardando en mi cartera cuatro mil francos, no descansé en toda la noche. Dando vueltas y más vueltas, con uno de esos insomnios invencibles que determinan en mí al igual las impresiones de placer y las inquietudes profundas, oía á mi cabecera el tiquitiqui del relojillo metido en su marco de plata repujada, y me parecía, sensación en mí bastante frecuente, que la cama estaba invadida por miriadas de hormiguitas, y que estas hormiguitas, zizagueando, se me paseaban por el cuerpo abajo y arriba. ¡Qué cosquilleo endemoniado! Mi pensamiento se desvanecía como el humo disperso por la brisa. Me ardía la frente. Y, en el alma, bochorno, dolor inexplicable. Me golpeaba el corazón el recuerdo de las palabras de Valdivia.

Yo no sirvo para esto. Yo no me rebullo en la perfidia como en el agua el pez. Soy débil, ó tonto, ó lo que se quiera... No puedo. La indiferencia moral que me pareció hasta una gracia en Espina, en mí—reconozco la contradicción,—me parece sencillamente, en estecaso especial, una canallada. Sí, démosle su nombre verdadero; seré un canalla, el último, el presidiable, si me aprovecho del dinero de Valdivia y, al mismo tiempo, de... no le llamo el amor... el capricho de Espina por mí..

Bienaventurados aquellos que ó son malos ó buenos del todo. Yo no siento constantemente el estímulo, la noción del deber. Y sin embargo, tengo impulsividades honradas.—Cuando empezó á filtrarse el día al través de los resquicios de la ventana, había formado una resolución. Ni aprovecharé lo uno ni lo otro. Estos cuatro mil francos... bueno: el precio de París. Pero ni un céntimo más.—Y por mí, sosiéguese Valdivia. Ya puede Espina agotar sus artes. Muy amigos, sí; trato, conversación... No otra cosa.

Y con esta firme decisión que á mi ver lo concilia y lo borra todo, las hormigas desfilan en silenciosa caravana, mi frente se refresca, mi pulso se normaliza... Me quedo dormido regalonamente.

Mi fatuidad, porque en este medio me he vuelto fátuo, me sugería que iba á ser necesario luchar para dar un corte á la relación íntima con la Porcel. Lejos de eso, apenas me eché atrás, con exageración (lo hice torpe y detestablemente), Espina comprendió, adivinó, de seguro, y me miró con una especie de sorpresa burlona; después exhaló un ¡ah! gracioso y cómico; luego, con calma é indiferencia en que había menos-

precio, sacó un cigarro de su primorosa petaca y lo encendió, demostrando, como siempre que fuma, impresión de bienestar, de *euforia*, debida, sin duda, al opio que encierran sus papelitos largamente emboquillados.

Cuando la dije que, por consejo é indicación de Valdivia, les acompañaría á París, me miró atentamente, y en sus ojos de venturina derretida, irradiadores, vi lucir una chispa sardónica, cruel. Hizo luego un gesto de los que se hacen cuando una fatalidad se impone.

—Mucho me alegro de que venga usted—pronunció despacio, con expresión significativa.

No me había apeado nunca el tratamiento, ni en medio de nuestras breves pasionalidades; el toque de ternura del tuteo me fué rehusado, tal vez por desdén. Asimismo observé que ha guardado conmigo cierto género de pudor, no permitiéndome ver de su cuerpo absolutamente más de lo que requería el retrato.

Acaso crea que mi retraimiento es un pasajero capricho: segura de su atractivo perverso, sonríe de un modo disolvente, con un reto en la actitud. Me consagro al retrato exclusivamente, y por cierto que sale encantador.

Empieza á correr por los círculos sociales la voz de que me voy á París con Espina Porcel, y la gente me jalea, me halaga más que nunca. Convites en todas partes. La animación es matritense ahora extraordinaria, febril, por la venida del rey de Portugal y consiguientes festejos.

Madrid, este tablar de garbanzos, es un punto que dejo gustoso. Corresponde á una etapa de mi vida en la cual no hice sino falsear y bastardear mis instintos verdaderos, mentir á mi vocación, perder mi fe y mis convicciones que eran mi apoyo, sentir que á cada paso me alejo del ideal... y ni siquiera reunír ochavos, porque la verdad es que en Madrid las bolsas andan escurridas y lo único que se logra es «ir trampeando».

Siempre que emprendemos un viaje, entra por mucho en nuestra animación la esperanza de que va á cambiar el aspecto de la vida, de que vamos á renovarnos.

A bordo del barco en que vine de América, recuerdo cuánto me sonreía esa ilusión. Toda la nueva existencia sería, forzosamente, mejor que la pasada; aquello era la prueba, esto el premio. Y con todo, si entonces me hubiesen vaticinado el golpe de fortuna y el arrechucho de moda que me aguardaba en Madrid, hubiese dicho que era imposible. que nunca se realizaría tanta belleza.

Ha sucedido; he logrado infinitamente más de lo que podía prometerme, y sólo experimento, al emprender otra peregrinación hacia la tierra prometida, repugnancia á lo pasado. Casi raya en el asco que infunde la comida mascada y el pan mordido. Quizás me espera en París el verdadero desencanto: la certeza de que no tengo puños para lo único que importa.

Si me convenzo de esto... Pero, ¿puede uno convencerse nunca?

El retrato de Espina ha trastornado la cabeza á las señoras que lo ven. Realmente (lo conozco), es (aunque algo cromito, cromito siempre), de una *etereidad*, de una mágia seductora. La cabecita rubia, los nacarados hombros, virginales (Espina tiene una porción de detalles que no pueden llamarse sino así), son un encanto de finura. Los tules y las rosas, vamos, no sé quién los haría mejor. Parece que las flores están salpicadas de rocío, y que sus hojas de seda van á moverse, á caer lánguidas, dulces. El efecto de absoluta sencillez, evitando la cargazón de lujo y mal gusto de las señoras de aquí—y no exceptúo á Lina Moros, que por cierto está torcidísima conmigo, que no tengo culpa de las extra vagancias de la Porcel,—el efecto de sencillez, un retrato sin una joya, sin un moño, es atrayente, exquisito. En fin, el retrato de Espina hace la competencia, como acontecimiento mundano, á la llegada del monarca portugués.

En ecos periodísticos, en las conversaciones, un concierto de elogios. Y decir que al mismo tiempo que me inciensan, yo creo sentir alrededor del pescuezo un collarín que me ahoga, la argolla de mi eterna mediocridad!

¡La obsesión, la obsesión! Felices los imbéciles como Valdivia, esos á quienes la fidelidad ó infidelidad de una pindonga...

Estas crudezas que pienso y escribo aquí me avergüenzan también, pero comprendo que si tuviese la seguridad de mi talento, de mi genio; si la tuviese perseverante, en vez de tenerla por accesos y caer luego en desaliento incurable; si yo fuese Van Dyck, me creería autorizado á pensar como me diese la gana de cosas y personas.

Un genio en arte no reconoce ley; es rey, es águila.

Yo vivo anonadado, porque no sé si soy más que un pastelista de salón.

Es urgente averiguarlo. ¡Maldito yo si no lo averiguo!

He rehusado casi todas las invitaciones, sobre todo las de los bailes; esto de no ir me da tono... y comodidad. Las comidas las he aceptado, porque se come mejor que en casa, naturalmente. He ido á despedirme

de las Dumbrías, que se alegran muy francamente de mi viaje. He dicho adiós igualmente al marqués de Solar de Fierro, que se ha conmovido algo, como se conmueven los viejos, pensando en sí mismos, en contingencias de no volver á ver al que despiden, y me ha hartado de consejos acerca de lo que debo notar en el Louvre, en Chantilly, en Cluny. Además me ha dado cartas y tarjetas para que visite colecciones particulares que no se enseñan. Y á fin de cumplir de una vez con todas mis amigas,—llamémoslas así, aunque sea presunción—aprovecharé la butaca que me envía la Sarbonet para la función regia en el Teatro Real.

¡Qué concurrencia, qué calor, qué lujo! Las peticiones de localidades han sido tantas, que el Ministro, oigo que dicen á mi lado, andaba loco. Ha sido preciso enchiquerar á seis ú ocho señoras en cada palco. Los señores, como puedan. Las que han conseguido sitio desde el cual se ve á la Corte, satisfechísimas; las que no han logrado esa fortuna, se prometen invadir el palco de una amiga en los entreactos para saturar sus ojos de la *great attraction*. Cantan nada menos que el *Don Juan*, de Mozart, pero nadie quiere oir una nota de la divina música. Más que los cantantes, cuya voz ahoga completamente el abejorreo de los diálogos, de las observaciones acerca de tocados, galas y joyas, interesan al público los dos alabarderos de guardia en los ángulos del escenario con el telón, inmóviles. Son dos apariciones de antaño, morenos, serios, graves, estatuas de la lealtad monárquica. Ayer he visto á estos mismos alabarderos, en la corrida regia, resistir con las alabardas, al pie del palco que ocupaban las reales personas, la arremetida del toro. Sería un bonito asunto de cuadro, un Zuloaga...

Todo el mundo hace tortícoles para mirar á la Corte, cuyo gran palpalco domina la Sala, trastornando la categoría de las localidades, elevando al primer rango á los palcos principales, otros días refugio de la gente de medio pelo y hoy reservados á los diplomáticos, á las damas de la reina, á la alta servidumbre, á lo más granado de la concurrencia. Se respira un aire asfixiante, saturada de perfumes. Aquí queda eclipsada mi perfumería. Es difícil discernir qué olor domina, si los aromas fuertes, ingleses, que gastan los muchachos *bien*, ó las sutiles composiciones francesas, mixtiones delicadas y personalísimas, de las cremosas. El conjunto levanta dolor de cabeza y solivianta los nervios.

Enarbolo los gemelos que acabo de alquilar por dos pesetas, y me dedico á pasar la revista.

Es un abigarrado, un mariposeador remolino de hombros y senos salpicados de pedrerías, arroyados de perlas; de cabezas coronadas de brillantes, de uniformes, de dorados, de plumas, de pecheras de blanco cartón. Es lo que desde hace meses me dedico á retratar; son mis modelos, mi clientela, mi mundo, reunido y luciendo el tren de sus vanidades, de

sus pretensiones de tono, riqueza, belleza, posición, galantería, superioridad social; y este es el momento crítico en que las pequeñas Quimeras, las Quimeritas, revolotean ladrando, soltando humo por las fauces...

Descanso los gemelos un instante. A mi derecha tengo un gallardo, un magnífico maestrante de Ronda. Su casaca ceñida le presta arrogancia militar, bombeando y diseñando el bien formado pecho; sus calzones blancos modelan sus esculturales muslos. Mira con mezcla de interés y desdén á los palcos, sonríe de vez en cuando á una cara conocida, arquea las cejas de puro ébano, contrae una frente juvenil, encuadrada por el pelo negro alisado exageradamente, según el decreto de la moda. Se vé que tiene calor y que más bien se aburre que otra cosa, pero sería lástima que se fuese, con tan hermosa estampa. A mi izquierda dos damas muy maduras, emperifolladas, cejijuntas, desesperadas la noche de Dios porque no han conseguido asiento en un palco. Su mal humor se traduce en murmurar de todos y de todas, en cuchichearse, escandalizadas, historias sin pies ni cabeza, en encontrar falsas las perlas y los brillantes de cuantas señoras lucen corona heráldica, y en criticar el reparto acerbamente. Viene á saludarlas un señor calvo, obsequioso, y le endosan la relación. «Figúrese usted que nos ha engañado el ministro... Hasta última hora prometiendo palco, y luego nos encaja esta ridiculez.»

El señor, sin duda para consolarlas, musita misteriosamente: «¿Y saben ustedes que está en las butacas la Maricielos? ¿La amiga de Julio Ambas Castillas? ¿Una cocotte? Está, acabo de verla... Un escándalo...»

Tiendo la vista por las butacas, y en el mujerío apenas descubro una cara satisfecha. Querían palco todas. Unas disimulan, otras están furiosas sin rebozo; sin embargo, se han colgado la espetera y sacado el fondo del baúl. Entre los trajes claros hormiguean los fraques y los uniformes; y me fijo, admirado, en la cantidad inverosímil de condecoraciones, placas y cruces que brillan sobre el paño negro, azul ó rojo. Si á estos signos se atendiese, somos el pueblo que cuenta con más héroes, con más sabios, con más gente ilustre por un concepto ó por otro. Hay pechos que son, no un calvario, como impropiamente se dice (¿qué valen tres cruces?), sino la Vía Apia el día de la célebre crucifixión colectiva.

Tampoco escasean las veneras y distintivos de Órdenes militares, ni faltan maestrantes de Sevilla, Zaragoza y Ronda;—pero ninguno con la planta arrogante del que á mi lado se sienta.—Sin embargo, la vanidad burguesa se sobrepone á la nobiliaria; la inundación es la de bandas y condecoraciones militares y civiles, llegando á parecerme de buen gusto, por contraste, la sencilla cruz gladiada de Santiago, que algunos llevan como único distintivo. Miro á mi frac enteramente liso y desnudo, condecorado con tres tallitos de combalaria y dos violetas blancas en el ojal, y

me siento muy vacío de vanidades, encastillado solamente en mi orgullo loco de querer ser algo de lo que no se expresa con un trozo de metal ni una con cinta de colores.

A los palcos; ahí se gallardean las que conozco, las que he retratado, y también las que no he querido retratar. Ahí las Dumbrías, en platea, con las hijas de un político de fama. Ahí la Palma, con su heráldica diadema, su aire de gran señora. Ahí la marquesa de Regis, honradota, luciendo apelmazadas alhajas de familia, absolutamente *fagotée*... y su hija, la de los bandós virginales, en cinta ya de cuatro meses. Ahí la Fadrique Vélez, pintada, dislocada, porque tiene cerca, de uniforme de gentilhombre, al consabido... Ahí Adolfina Mendoza, que no cabe en su pellejo de contenta, porque la han puesto con la Lanzafuerte y las Vegamillar, la pura crema de la pura nata... Y un vapor de recuerdos me forma y dibuja la silueta de una carmelita, postrada en un coro donde hay sarcófagos de piedra, góticos, de Infantes de Castilla y León...

En el cristal de los gemelos se incrusta la cara regordeta, de cocinera, de la Sarbonet. Sobre su pelo, teñido de color caoba, brillan, entre los follajes de yedra, una serie de estrellas de pedrería, y riachuelos de brillantes se escalonan en su tabla de pecho apetitosa, de jamona en punto. Desvío los gemelos, y recaen en la duquesa de Calatrava y en la marquesa de Camargo, reunidas con Celita Jadraque, cuyas perlas engordé yo, cebándolas como á pavos en Navidad. Justamente, la Camargo las alzaba, las sopesaba en aquel momento, recordándome la escena del taller.

Á renglón seguido, Lina Moros, con un traje negro refulgente de lentejuelas de acero, una rosa roja, enorme, en el tocado, y una hermosura que sólo la envidia de una neurótica pudo discutir. En el mismo palco, una de esas diplomáticas averiadas, viejas y horribles, que aquí nos endosan á veces, y otra encantadora—la francesa,—deliciosamente ataviada con un talle y un chic que á París me transportan ya. Al lado, la Torquemada, la madre de aquel Robertito travieso que descubrió una petaca que yo creía sustraída por la infeliz Churumbela... Y, más allá, la de la encerrona inocente, la marquesa de Imperiales dirigiéndome un signo confidencial... Á su lado, el palco de la noche, después del de los Reyes; el palco hacia el cual convergen las miradas; el palco donde dá postín entrar y sentarse un entreacto; el palco donde están de visita Lope Donado y Manolo Lanzafuerte, é irreprochablemente vestido con la sonrisa en los labios, Valdivia. En ese palco, donde, por colmo de tono, sólo se sientan dos señoras, están la Flandes y la Porcel.

La Flandes, grandiosa, larga de líneas como una ninfa de Goujon, no parece sentir el peso de la soberbia corona ducal que surmonta sus negros cabellos, ni el del collar de perlas, memorable, histórico, que rodea su garganta, donde cabe aun una carlanca de perlas más chicas y un río

de enormes solitarios, Espina, por estudiado golpe, se ha complacido en reproducir fielmente, en su traje, el pastel mío... Tul y más tul nubado sobre una seda flexible y la guirnalda de rosas naturales, sin otra diferencia sino que la salpican, en vez de gotas de agua, una infinidad de brillantes pequeñísimos, que al moverse la envuelven en chispas de irisadas luces. Y está encantadora, y de boca en boca comprendo que corre la noticia: «es el traje con que Lago la retrató». Me parecía escuchar los madrigales, las bromas, los comentarios. Miré al palco de las testas coronadas, y se me figuró que la Reina, valiéndose de sus lentecitos de concha, por no fijar los gemelos, notaba, se enteraba, sonreía con su inteligente sonrisa, haciendo no sé qué observación á media voz, algo que podría ser elogio. Entre el remolino resplandeciente de bandas, placas, colgajos, se destacó entonces mi frac negro, desnudo, y los gemelos empezaron á trabajar en mi dirección, como si buscasen en mi cara algo importante, la explicación de muchas historias. Entonces, sin esperar á que se alzase otra vez el telón y la estatua del Comendador pisase con pies de piedra la casa de don Juan, opté por desfilar; me abrí paso difícilmente, esquivé á los cumplimentadores, á los preguntones, á los buscadores de emoción, huí del grupo de muchachos que en el *foyer* se apiñaban y que me hubiesen dado una arremetida, y tuve la oportunidad de desaparecer, dejando en el teatro mi idea, mi nombre zumbado en mil charlas, detrás de los abanicos como un nombre de triunfador.

Al trasponer el umbral del teatro y buscar con fatigas un simón que me soltase en mi casa me reía de mí mismo, me estimaba y, al propio tiempo, por la distancia entre mi altiva Quimera y las Quimeritas de cartón que quedan agitando sus alas tenaces, en ese ambiente tan lleno de olores y de mentiras...

Al otro día Valdivia me informa de que ya tenemos los asientos reservados en el Sud-Exprés.

Aviso á Cenizate, paso con él un día entero. Está conmovido, más blando que una breva. Le falta poco para llorar. Me pide, como á una novia, que le prometa escribirle.

—Mira—le digo—las Dumbrías, la Palma y tú, es lo único que siento dejar en Madrid. Porque á Bobita... me la llevo. Va á darme la lata, ya lo sé... pero no es posible que se la confíe á nadie.

—Te la cuidaría yo bien—objeta Marín, afanoso.

—No, si es que me falta valor para separarme de ella. La quiero conmigo, ¿sabes?

Cenizate queda encargado de «darse una vuelta» por el taller, á ver si

los porteros lo tienen barrido, limpio y ventilado, y de escribirme todo lo que ocurra.

—En Setiembre ó en Octubre—murmuro—debieras venirte á París, á pasar conmigo unos días.

Me ayuda á hacer la maleta, á empaquetar mil cachivaches, y cuando me dejo caer fatigado y descorazonado en el sofá, me habla de mis triunfos franceses próximos, de que voy á ser allí un Gayarre de la pintura, á metérmelos á todos «en el bolsillo». Le dejo disparatar por su cuenta. ¡Madrid, adiós!

(Se continuará.)

EL PERFECTO PESCADOR DE CAÑA, POR MIGUEL DE UNAMUNO

(DESPUÉS DE LEER Á WALTON)

En uno de mis poetas favoritos, el dulcísimo Wordsworth, leí hace ya tiempo un soneto, que lleva este título: *Escrito en una hoja en blanco de «El perfecto pescador de caña»*. El soneto, traducido del inglés á la letra, dice así:

«Mientras se presten los corrientes ríos á un inocente deporte, vivirá el nombre de Walton; sabio benigno, cuya pluma, al esclaracernos los misterios de la caña y el torzal, nos exhortó, no sin fruto, á escuchar reverentemente cada revelación que la naturaleza pronuncie desde su rural santuario. Dulce, noblemente versado en sencilla disciplina, el más largo día de verano le resultó demasiado corto para su favorito entretenimiento, disfrutado junto al espadañoso Lee ó al pie de los tentadores laberintos del arroyo de Shawford. Más hermosos que la vida misma, en este dulce libro, los macizos de primaveras y el sombroso sauce, y los frescos prados; donde fluía de cada rincón de su henchido seno, alegre piedad».

Al leer en Wordsworth tales palabras—y palabras rimadas—como ofrenda de gratitud por el bien espiritual recibido de la lectura de un libro, y que este libro se intitulase *El perfecto pescador de caña,* lo primero que se me ocurrió fué coger mis cuartillas de *Legenda aut adquirenda* é inscribir en ellas el nombre del autor: Walton, y el de su obra: *The compleat Angler*, esto es *El perfecto pescador de caña.*

Y debo aquí hacer constar que en mi vida he pescado á la caña, ignorando, por consiguiente, si es deporte que me haya de gustar ó no, aunque sí gusto, cuando voy en mis paseos siguiendo las apacibles orillas del Tormes, de detenerme junto á los que en ella pescan á la caña, aun á riesgo de distraerlos y que pierdan de vista al corcho, y gusto aún más de los macizos de primaveras, de los sombrosos sauces y de las frescas riberas. Tomé, pues, nota del dulce libro—*sweet book* lo llama Wordsworth—del pescador Walton, y esperé, ya que es la paciencia la virtud no sólo de los pescadores de caña, sino de todos los que, fija la vista en uno ú otro corcho flotante, aguardamos á que algún regalo pique.

Con el correr de las horas, los días y los años fuí olvidando á Wal-

ton, y habríase quedado allá, perdido su nombre entre los muchos que figuran en las cuartillas donde asiento lo que me propongo leer ó comprar, si la providencia divina no me hubiese deparado á un joven estudiante ingles, Mr. Royall Tyler, que parece vino de su patria á esta dorada Salamanca en que vivo y donde corre el Tormes, á traerme no pocas nuevas y obsequios del espíritu, y entre ellos al conocimiento de *El perfecto pescador de caña* de Isaac Walton.

Por éste mi nuevo amigo, el estudiante inglés, pude enterarme de que es la obra de Walton estimada como clásica en Inglaterra, y que, como sucede con lo más de lo clásico, se habla de ella mucho más que se la lee. Mi amigo la ha leído y releído y vuelto á leer, y se la sabe poco menos que de memoria. Le atrae á ella, entre otras cosas, la especialísima pureza y dulzura del lenguaje en que está escrita. Me prestó el librito—de una edición muy linda, por cierto,—y pude, al fin, leerlo.

Isaac Walton nació en 1593 y murió en 1683, según reza la portada del ejemplar que he leído de su *Perfecto pescador de caña*, añadiéndose en ella que publicó su obra por primera vez en 1653, siguiéndose otras cuatro ediciones, en 1655, 1661, 1668 y 1676, durante la vida del autor. Después se han seguido muchas más. La primera edición, la de 1653, se titulaba «*The* | *compleat Angler* | *or the* | *Contemplative Man's* | *Recreation. Being a Discourse of* | *Fish and Fishing* | *Not unworthy the perusal of most Anglers.* | *Simon Peter said, I go a'fishing: and they said, We* | *also will go with thee. John 21.3* | *London, Printed by T. Maxey for Rich. Marriot, in* | *S. Dunstans Church-yard, Fleetstreet, 1653*». O lo que es lo mismo: «El perfecto pescador de caña ó el Recreo del hombre contemplativo. Discurso sobre los peces y la pesca, no indigno de que lo leean los más de los pescadores de caña. Díceles Simón Pedro: A pescar voy; y ellos le dijeron: También nosotros vamos contigo. Juan 21. 3. Londres. Impreso por T. Maxey para Ric. Marriot en Dunstans Church-yard, Fleetstreet, 1653».

Ya en la portada misma de su obra, en su título, introdujo el religioso y dulce Walton una sentencia evangélica, y sentencia tan significativa como la de: «¡A pescar voy! También nosotros vamos contigo.» Se mete uno luego por las apacibles y tranquilas páginas del librito, y ¡qué calma tan sedante, qué reposo se exhala de ellas! Lástima que lo haya leído en este invernizo Febrero sin esperar á hacerlo en la ya bien entrada primavera, ó en el verano, á la sombra de un sauce ó de un negrillo, y á la orilla del Tormes:

Walton discurre acerca del arte de pescar á la caña—*angling*—en diálogos que supone duran cinco días, diálogos en que los dos principales interlocutores son el maestro, Piscator, y su discípulo—*scholar*—Venator, interviniendo también en ellos Arceps, un cazador, una pupilera,

una lechera, Maudlin ó sea Magdalenita, Pedro y Coridón, pero por lo común no hablan más que el maestro y su discípulo. Discurren acerca de la pesca á la caña y de los peces, truchas, barbos, salmones, tencas, etcétera, que con ella pueden lograrse y de sus costumbres y maneras de vivir. Y á modo de distracción se introducen ya reflexiones sobre el arte y sus encantos, ya poesías y versos que se refieran á él ó al campo.

Digo el arte de la pesca á la caña, y arte, en su más elevada acepción, lo estima Walton, porque «el pescar á la caña es algo como la poesía, para la cual hay que nacer, quiero decir —añade,—con inclinaciones á ellas, aunque puedan luego realzarse ambas artes con discurso y práctica; pero el que espera llegar á ser un buen pescador no debe sólo criar un ingenio inquisitivo, curioso y observador, sino que ha de criar además una buena medida de esperanza y paciencia, y amor y propensión al arte por sí mismo, pues una vez que lo ha logrado y practicado, no dude sino que la pesca á la caña le resultará tan grata, que habrá de resultarle ser, como la virtud, recompensa de sí misma». He aquí la doctrina del arte por el arte predicada por un clásico pescador de caña, y tan grande artista que la predica en el más dulce y musical inglés. Ya él lo sabía bien, pues Venator, el discípulo, dice una vez, en el primer día, á Piscator, el maestro, que su discurso, el de aquél, le parece música y la enhechiza la atención—*your discourse seems to be musick, and charms me to an attention.*

Y esta fe en sí mismo, ó lo que es igual, en la dulcedumbre y musicalidad de su discurso, esta fe en sí mismo, ¿de dónde sino de su vida contemplativa de pescador de caña pudo cobrarla Isaac Walton?

Walton amaba la música, y al final de su diálogo del día cuarto incluye versos, los unos de Mr. Edmund Waller en elogio de ella. El espíritu mismo de Walton es un espíritu musical y el ritmo de su lenguaje y estilo obedece al ritmo de sus sentimientos. Porque de nada sirve querer cambiar los ritmos de la palabra, sea en prosa, sea más bien en verso, si continúa lo mismo el ritmo interior, el del flujo y reflujo del espíritu. A los latidos del corazón obedecen las cadencias de la voz, y el corazón de Walton más bien que latir fluía como las aguas mansas de los ríos en que vertió su arte. Así fluye su estilo.

Y ¿cómo no había de amar la música un espíritu contemplativo que se apacentó en la visión de tranquilas riberas, ya que es el paisaje en el reino de las formas visibles lo que la música en el reino de los sonidos? Un paisaje es una sinfonía, á que concurren agua y tierra y aire y hasta fuego.

Trata Walton de aquella discusión de si la felicidad del hombre en este mundo ha de consistir antes en la contemplación ó en la acción más bien. Y después de exponer Piscator, el maestro, que algunos se han pro-

nunciado por aquélla, por la contemplación, diciendo que los mortales son tanto más felices cuanto más se acercan en imitar á Dios, y que Dios se recrea en sí mismo contemplando su propia infinitud, eternidad, poder, bondad y lo demás, y que por tal razón muchos enclaustrados de gran saber y devoción prefieren la contemplación á la acción, y muchos santos padres parecen aprobar esto, como aparece en sus comentarios á las palabras del Salvador á Marta; después de esto expone cómo no faltan, por el contrario, hombres de igual autoridad y crédito que prefieren la acción como más excelente, diciendo que es también doctrinal y enseña arte y virtud á la vez, y mantiene la sociedad humana. Y añade Piscator, ó sea el bueno de Walton, por su cuenta: «Respecto á las cuales dos opiniones no he de permitirme añadir una tercera, declarando la mía propia, sino que me he de contentar con deciros, mi muy querido amigo, que ambas—contemplación y acción—se juntan y pertenecen lo más propiamente al honestísimo, ingenuo, tranquilo é inocente arte de pescar á la caña». Y ¿quién lo duda? ¿Quién duda de que el pescar á la caña se preste á la contemplación?

Sigamos oyendo á Walton, aunque sea en mi castellano y no en su inglés, que lo merece: «Y lo primero, he de deciros lo que han observado algunos y he hallado ser una real verdad, y es que el sentarse tan sólo á la orilla del río es no sólo á el lugar más tranquilo y más apto para la contemplación, sino que invitaran á un pescador á ella; y esto parece que sustenta el docto Pedro du Moulin, que en su discurso sobre el cumplimiento de las profecías, observa que cuando Dios se proponía revelar á sus profetas algunos sucesos venideros ó altas nociones, los llevaba ó á desiertos ó á la orilla del mar, para que, separándolos así de entre la apretura del pueblo y los negocios y los cuidados del mundo, pudiera poner sus aptitudes en tranquilo reposo, y hacerlos aptos para la revelación». Y luego cita aquella sentencia de nuestro Juan de Valdés, el famoso reformador español, autor del *Diálogo de las Lenguas,* el cual en su libro *Ciento diez consideraciones,* dice que los ríos y los habitantes del elemento líquido fueron hechos para que los contemplaran los sabios y pasaran sin considerarlos los necios.

Y así, visto el amor contemplativo que Walton profesaba al agua, así me explico la afición que á su librito tuvo aquel patriarca de los *lakistas* ó laguistas, el dulce Wordsworth, el que cantó al río Duddon en treinta y cuatro sonetos imperecederos.

Sí, Dios hizo el mundo para los contemplativos, que no en vano se dijo que los mansos poseerán la tierra. Walton, hablando de las diversas especies de orugas y gusanos que pueden servir de carnaza ó cebo á los peces, nos habla de esas «moscas, gusanos y criaturillas vivientes con que el sol y el verano adornan y embellecen las riberas y los prados, para

recreo y contemplación á la vez de nosotros los pescadores, placeres, de que creo—añade—gozo yo más que cualquier otro que no sea de mi profesión».

¿Y cómo no gozar de la contemplación junto á los ríos que van al mar como á la muerte van nuestras vidas?

Laudato si, mi signore, per sor acqua,
la quale e multo utile et humele et pretiosa et casta,

cantaba San Francisco. ¿Y qué mejor retiro para contemplar que junto á la hermana agua, que es muy útil y humilde y preciosa y casta?

¡Qué sabroso descanso el de sentarse á la orilla del río y á la sombra de un álamo, á dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma! Fluye la líquida masa tan compacta y unida que semeja titilante cristal inmóvil. Contemplándola discurrir así, apréndese la quietud que sustenta al curso de la vida, por agitado que éste sea, y el solemne raposo que del concierto de las carreras de los seres todos surge.

«No bañas dos veces tu pie en las mismas aguas al entrarlo en un río», dijo Heráclito, y en esas aguas, sin embargo, siempre distintas y la misma agua siempre, en esas aguas se reflejan temblorosos los álamos marginales, fijos al terruño en que nacieron. No se llevan las aguas su imagen, sino que en el limpio cristal de las vivas linfas parecen vivir los árboles, temblando en ellas. Y cuando el viento otoñal les quita sus amarillas hojas, caen éstas al río provocándole á dulce sonrisa de ondulantes círculos, y se van lejos, muy lejos de la paterna rama, á servir tal vez de mantillo á otros lejanos álamos de la misma orilla, á perderse en el mar más de seguro.

Tan sólo turba la serena marcha del río algún ave que, rozándole con el ala mientras nada por el aire, pica de paso el pellejo de las aguas, ó algún pez que, desde el seno líquido en que revolotea, sube á picar también el pellejo del río, pues siempre hay una sobrehaz común á aves y á peces. El sol riela las aguas qne el viento al acariciarlas riza, y les saca plateados reflejos, provocando cadenciosa danza de luminosas lentejuelas. Diríase que el río, larga serpiente dormida en la ribera, tiembla con escalofríos de gozo al calor que el sol le presta y hace brillar así sus escamas de plata.

¡Qué sabroso descanso el de sentarse á orillas del río y á la sombra de un álamo, á dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma!

Vemos en las aguas retratado el cielo y cuando está quieto el río parece que la azul inmensidad se continúa debajo de él y que es la tierra firme verde capa tendida en los celestes campos. Cruzan las nubes por en-

cima y por debajo de ella. Y suele suceder entonces que va poco á poco convirtiéndose nuestra quietud en aparente marcha, opuesta á la del curso fluvial. Lo sabe bien el pescador que tiene al corcho por hito de su mirada. Y es como si bogáramos en flotante isla sobre el mar azul del cielo. Y como á la par que nos sentimos arrastrados, nos damos cuenta de nuestra quietud, sentimos la esencia del dicho aquel del pensador que más adentro buceó en las aguas de la razón humana, del más grande pescador de ideas, el que dijo: sólo es siempre estable la inestabilidad.

A la orilla del río van invadiendo al alma dulcemente y gota á gota las profundas aguas, hasta que le bañan las espirituales entrañas, distendiendoselas, le gana una laxitud deleitosa, y á cada uno de los ligeros movimientos con que se desperezan las potencias y sentidos, la confortante frescura que la empapa despéjala del irritante cosquilleo de las inquietudes cotidianas. ¡Dulce ablución íntima! ¡Recogido lavatorio del alma! Las imágenes y pensamientos se templan tomando apacible y apagado tono; gustamos la sensación pura de la vida y nuestras alegrías se purifican también.

Tendido junto á un río, dejándose adormecer por las aguas, se llega á algo que es como paladear la vida misma, la vida desnuda; se llega á un gozar de las rítmicas palpitaciones de las entrañas, del incesante fluir del río de la sangre en nuestras venas. Mientras descansa la inteligencia adormecida sentimos el nutrido concierto de las energías de nuestro organismo, y entonces es cuando se percibe algo de lo que podríamos llamar la música del cuerpo, con tanta razón como los pitagóricos llamaban música de las esferas al concierto de los astros. La contemplación del quieto fluir del río nos lava de la sucia costra de los cotidianos afanes, y limpia y monda el alma, respira á sus anchas, por sus poros todos, la serenidad augusta de la naturaleza. Libertados de la obsesión de la vida, gozamos de ésta como sus dueños, sin sufrirla como esclavos suyos. Entonces es cuando se aspira el perfume de aquella divina sentencia de que basta á cada día su malicia.

¡Recatada sabiduría la que por el filtro de sutil embebecimiento va posándose en el cauce del río de nuestra alma! En ella se templan las alegrías y se disipan las penas, poniéndose todo de acuerdo con la serenidad de la naturaleza.

Contábame una vez un padre que había perdido un hijo idolatrado cuando más fruto prometían las flores recién abiertas del espíritu de éste, que el bálsamo más apaciguador, el ungüento más sedante para la herida de su corazón paterno, era irse á la orilla del río, á contemplar embebido, durante horas muertas, el reflejo de los álamos en el claro cristal de las aguas. En aquella escuela de resignación y de calma, ganado por el agua, lavaba sus penas, purgándolas de la sucia costra bajo la que se ci-

catrizaba la herida, y quedándose con lo insoluble de ella, con la esperanza de consuelo final, esperanza siempre fija bajo el incesante fluir de sus entristecedores recuerdos.

El agua, pues, purifica al alma; al alma del hombre y á la de la naturaleza. El agua da vida al paisaje. «No hay paisaje feo con agua», me dijo una dama.

El agua amansa, y el que ha tomado la vera de las aguas por escuela de contemplación, se hará manso, y como tal, poseerá la tierra, y ésta será de él. Se hará manso como el pescador de caña, y como éste, será feliz. Y me parece que debemos volver ya á nuestro Walton, al cual dejé un rato pescando, allá en la eternidad, distraído con mis propios pensamientos y á la pesca de ellos, que volvamos, digo, á Walton, el cual nos dice que «no hay vida tan feliz y tan alegre como la del pescador de caña que se gobierna bien; porque cuando el abogado está abrumado por los negocios, y el hombre de Estado tramando ó desbaratando intrigas, entonces nosotros—los pescadores de caña,—nos sentamos en macizos de primaveras, oimos cantar á los pájaros y nos poseemos á nosotros mismos en tanta quietud como la de estas silenciosas corrientes argenteas que vemos deslizarse tan quedamente á nuestra vera». Y añade el *benigno sabio*, maese Piscator: «La verdad es, mi querido discípulo, que podemos decir de la pesca á la caña, lo que el Dr. Boteler dijo de las fresas, que «sin »duda pudo hacer Dios frutas más ricas, pero que sin duda no las hizo »Dios jamás»; y así, si se me deja ser juez, jamás hizo Dios recreo más tranquilo, sosegado é inocente, que la pesca á la caña».

En recreo tan tranquilo, sosegado é inocente, contemplando al corcho en medio del agua ó al agua en derredor del corcho, se hace el pescador contemplativo y manso, y de los mansos y contemplativos es la tierra.

Y aquí viene una de las más dulces y consoladoras doctrinas del dulce y consolador Walton, y es aquella en que establece que ver es poseer.

Oigámosle por boca de Venator, cuando en el cuarto día de sus diálogos dice: «Déjeme, maestro, que le diga que durante aquella hora en que estuvísteis ausente de mí, me senté al pie de un sauce y á orilla del agua, y pensé lo que me dijísteis del dueño de aquella alegre pradera en que me dejásteis entonces; que tenía grandes haciendas, y no corazón para pensar así; que estaba ahora pendiente de varios pleitos, y que ambas cosas enturbiaban su gozo y le quitaban tanto tiempo y pensamientos, que no le quedaba ocio para cobrar el dulce contento que cobraba de sus campos yo, que no pretendo tener derecho á ellos; porque yo puedo sentarme aquí tranquilamente, y mirando al agua, ver cómo juguetean unos peces en la argentada corriente, mientras saltan otros á caza de moscas de todas formas y colores; mirando á las colinas, puedo verlas moteadas de matorrales y sotos; bajando mi vista á las praderas, descubro

aquí un niño recogiendo azucenas y flores de cuco, y allá á una moza reuniendo cardaminas y primaveras para hacer ramilletes propios de este mes de Mayo; éstas y muchas otras flores silvestres perfuman de tal modo el aire, que creo es esta pradera como aquel campo de Sicilia de que habla Diodoro, donde los perfumes que se exhalaban del suelo hacían que los perros de caza marraran, perdiendo su mejor seguido rastro. Digo, pues, que mientras estaba así gozándome en mi propia feliz condición y compadeciendo á ese pobre rico que posee este y otros amenos prados y sotos que me rodean, recordé agradecido lo que dijo mi Salvador de que los mansos poseerán la tierra, ó más bien, que gozarán de lo que otros poseen y no gozan, porque los pescadores y los hombres mansos y tranquilos están libres de esos altos é inquietadores pensamientos que corroen las dulzuras de la vida...»

Esta mansedumbre, tan lejana de la austera acometividad de los *roundheads* ó motilones puritanos de la época de Walton—que fué contemporáneo de Cromwell—esta mansedumbre llenaba á nuestro hombre de alegría, de una alegría reposada y serena, y de esta alegría nació su religiosidad.

Walton fué, en aquella agitada sociedad en que luchaba Cromwell, un espíritu humano y no puritanescamente religioso; conservó, como otros, el espíritu humano y humanizante de la época isabeliana *(elizabethan)*; tuvo la religiosidad de nuestro maestro León, sin otra diferencia que la de tener la de éste algo más de horaciano y la de aquél de virgiliano.

Wordsworth dice que del «dulce libro» de Walton, se desprende *alegre piedad—gladsome piety,*—y esto es lo cierto.

Al concluir sus diálogos, y después de haber explicado Piscator á su discípulo cómo hay que pintar la caña y hacer el torzal, y faltándoles una milla para llegar á la cruz del camino de Tottenham, quiere, á la fresca sombra de un seto, mencionarle algunos de los pensamientos y gozos que poseyeron su alma desde que se encontraron. Y entonces le pide que se una á él para dar gracias á Dios por cada bien y perfecto dón, por su felicidad. Y para que viera que su felicidad era la mayor, le recuerda á los que sufren de unas y otras enfermedades, de que ellos se veían libres, siendo una nueva merced cada miseria de que estaban libres, y le recuerda á los atormentados por una conciencia culpable. Y le habla de los ricos, que darían lo más de su fortuna para estar sanos y alegres como ellos estaban, que, con gasto de poco dinero, comían, bebían, reían, pescaban, cantaban y dormían á pierna suelta, «bendiciones que los ricos no pueden comprar con todo su dinero». Es evidente; los placeres más exquisitos son los más baratos; y yo puedo decir, en el espíritu de Walton, que una peseta mía vale lo que treinta pesetas de muchos que disfrutan de una renta treinta veces mayor que mi salario. Y añade Piscator:

«Deja que os diga, discípulo, que tengo un rico vecino que está siempre tan atareado, que no le queda tiempo de reirse; el negocio todo de su vida es ganar dinero y más dinero, para ganarlo más y más». ¿Les quedaba tiempo de reirse, ó cuando menos de pescar á la caña, á los motilones de Cromwell, que empleaban la vida en ganar gracia y más gracia divina, atormentándose con el cuidado de la propia justificación? Y sigue Walton pidiendo á Dios que le libre también de la acerba pobreza como de la absorbente riqueza, porque el rico, como el gusano de seda, «cuando parece trabajar, está hilando sus propias entrañas y consumiéndose».

Y aquí trae Piscator aquello de Diógenes cuando fué, con un amigo, á ver una feria, donde vió cintas y espejos, y cascanueces y violines, y muñecas y otros mil cachivaches, y habiéndolos examinado y todo lo más que hace una feria, dijo á su amigo: «¡Señor! ¡Cuántas cosas hay en este mundo de las que no necesita Diógenes!» Nadie puede quejarse—añade Walton—de que Dios no le haya dado bastante para hacer feliz su vida. «Y, sin embargo, apenas hallaréis quien no se queje de que le falta algo, aunque en realidad no le falte más que su voluntad; acaso no más que la voluntad de su propio vecino, por no venerarle ó adularle; y así, cuando podemos ser felices y tranquilos, nos creamos inquietudes». Y pasa Walton á poner ejemplos de personas que se crean inquietudes. ¿No estaban allí, á su vista, aquellos sombríos puritanos que, en vez de dar las gracias á Dios cada mañana por el dón de la vida, estaban de continuo preguntándole á solas si les justificaba ó no? Walton se atiene á lo de que los mansos pescadores de caña, y no los violentos motilones puritanos, poseerán la tierra. Quiere el hombre que posea lo que tenga con mansa y resignada tranquilidad, «una tranquilidad tal que haga sus sueños mismos gratos á Dios y á sí mismo».

David—añade Walton—aunque reo de asesinato y adulterio y de otros muchos pecados mortales, se dijo que era un hombre según el corazón de Dios, porque abundó en gratitud más que cualquier otro que se mencione en las Sagradas Escrituras, como se ve en los salmos, en que se mezclan confesión de sus pecados é indignidad y agradecimiento por el perdón y las mercedes de Dios. Y excita Piscator á su compañero á que den gracias á Dios por las más menudas bendiciones, y entre ellas por «el inocente placer y distracción que tuvimos desde que nos juntamos». Y sigue exhortándole á dar gracias á Dios por la vista de aquellos amenos ríos, y prados y flores y fuentes; pues ¿qué no daría un ciego por verlos? Y ya cerca de la cruz del camino de Totteham, donde debía acabar su paseo y su discurso, lo resume diciendo á su discípulo que trató con él de imbuirle el que trabajara para poseer su propia alma; esto es, un corazón manso y agradecido—*a meek and thankful heart*;—y que se

esfuerce por ser ú «honradamente rico, ó resignadamente pobre» *honestly rich, or contentedly poor.*—¡Cuán lejos estamos del consejo de aquel descendiente de puritanos que decía á su hijo: hijo mío, haz dinero honradamente, si puedes, pero haz dinero—*my son, make money, honestly if you can, but make money!*—Walton pedía una buena conciencia, supongo que no atormentada por la inquietud de la propia justificación, sino una conciencia agradecida; luego salud, y, por último, en cuanto al dinero, que puede decirse es la tercera bendición, «no lo despreciéis; pero notad que no hay necesidad de ser rico».

Contéstale su discípulo, Venator, y recuerda lo de los lirios y las aves evangélicas, no sólo criados, sino mantenidas «por la bondad del Dios de la Naturaleza»—*by the goodness of the God of Nature.*—Y aquí está el toque de la religiosidad de Walton, en que su Dios fué el Dios de la Naturaleza más que el Dios de los hombres, y de los hombres de su país y de su tiempo; y le agradeció el que le hiciese criatura viviente, y por vivir y respirar le da las gracias, sin inquietarse demasiado de la propia justificación.

Y termina el dulce libro diciendo Piscator: «Y sobre todo, seamos amantes de la virtud y atrevámonos á confiar en su Providencia, y seamos tranquilos y vayamos á pescar á la caña.

Procura ser tranquilo».

He aquí un hombre para el cual, de seguro, lejos de no haber nada nuevo bajo el sol—*nihil novum sub sole,*—sería todo bajo él nuevo—*omnia nova sub sole,*—y la vida un continuado nacimiento, pues tal es lo que siente un «corazón manso y agradecido». En aquella época de violentas luchas en su país, cuando la Religión se extendía bélicamente, cual un combate, para Walton fué paz y agradecimiento al Dios de la Naturaleza. Mientras Cromwel y los suyos combatían en Marston Moor, Naseby y Dunbar, el manso pescador de caña, pescaría truchas en el espadañoso Lee ó en el arroyo de Shawford, dando gracias á Dios por la merced de dejarle contemplar las riberas sembradas de flores. Su piedad fué, como dijo Wordsworth, una «piedad alegre»—*gladsome piety.*—hija de salud, de buena conciencia y de resignada *aurea mediocritas,* de la riqueza que se contenta con ver. Amaba las distracciones que no hacen que se miren unos á otros los amigos avergonzados á la mañana siguiente, según él mismo nos lo dice.

Su alegre piedad, su dulce mansedumbre, le da una gracia especial, un fino humorismo, de que se encuentra lleno su libro. Baste recordar, además de algo de lo ya citado, aquella vez en que, al romper una trucha la cuerda y exclamar Piscator: «ay, lo ha roto todo; queda media cuerda y he perdido un buen anzuelo», y contestar Venator: «sí, y también una

buena trucha.», replica aquél: «no, no se ha perdido la trucha, porque os ruego tengáis en cuenta que nadie puede perder lo que jamás tuvo». Y el lindísimo cuento de los dos predicadores que trae Piscator á cuento al observar Venator que no puede pescar ni con su caña ni con la del otro; y es cuento en que se cuenta cómo un predicador gustó mucho con un sermón, y se lo prestó á otro, y este otro no gustó con el mismo sermón, y al quejarse de ello, le contestó aquél: «Yo te presté mi violín, pero no mi arco; porque has de saber que no cualquiera puede hacer música con mis palabras, que están hechas para mi propia boca». Y aquello de las cañas que pescan solas mientras los pescadores se retiran á sestear, porque las cañas son como dinero puesto á rédito, que crece, aunque no hagamos nada sino charlar y divertirnos. Y lo que dice Lebault, que las ranas ofrecen un buen manjar, especialmente en algunos meses, si están gordas; «pero habéis de notar—observa Piscator—que es un francés, y nosotros, los ingleses, á duras penas le creeremos, aunque sepamos que se come ranas usualmente en su país». Y lo que del buen pescador dice y otras mil cosas.

A mí, que soy de Bilbao, me ha interesado muy mucho lo que el bueno de Walton dice de las angulas, llamadas en el Severn *yelvers*. Leyéndolo recordé los años de mi infancia, en que más de una vez fuí á orilla del Nervión á ver á los anguleros, en las frías noches de invierno, tener su linterna para atraer al reflejo de su luz á las angulas, y pasar luego el cedazo por debajo de éstas. Y aquello que cantábamos de

Con la linterna,
Con el farol,
Anguleros, anguleros,
Tengáis valor,

en que el primer verso debió decir «con el cedazo» ó «con el botrino», para no haber redundancia. Mas aquellos pobres anguleros, ¡qué poco contemplativos eran! ¡Y qué poco mansos y resignados, sobre todo si desde el pretil de la ría les echábamos alguna chinita al agua para ahuyentar á las angulas! Pero ¿cómo iban á ser contemplativos pescando en noches de invierno y para ganarse el pan, y no en tardes de Mayo, á la sombra de un sauce y por amor al arte? No á todos les es dado, como á Walton, elevar la pesca á la caña á bella arte, que, como la poesía y la virtud, lleve en sí misma su recompensa, y sacar de ese honestísimo, ingénuo, tranquilo é inocente arte un corazón manso y agradecido al Dios de la Naturaleza.

Aunque sé que se han escrito en Inglaterra estudios sobre Isaac Walton, entre ellos el de Andrew Lang, el conocido y fecundísimo escritor, que entre sus muchas y diversas obras—sobre María Stuardo, Jacobo VI, de magia y la religión, la costumbre y el mito, la mitología moderna, la formación de la religión, Homero y la épica, una novela de un monje de tiempo de Juana de Arco, cartas á autores muertos, el libro de los sueños y los espíritus, etc., etc.,—tiene unos «Bosquejos de la pesca á la caña» *Angling Sketches*, aunque sé de tales estudios, no he querido esperar á leerlos antes de publicar esto. Un libro es hijo de su autor y de un país y de una época dadas, y es fructuoso estudio el de estudiar el libro como producto del tiempo y del país y del autor que lo produjeron. Pero un libro, sobre todo si entra en el caudal perenne de la literatura universal, ó merece entrar en él, una vez dado al público, no es ni de su autor ni de la época y país en que se produjo, sino de todo el que lo lea y de las épocas y los países todos. Así he tomado á *El perfecto pescador de caña* de Isaac Walton.

CARLOS REIS, POR JOSÉ PESSANHA.

DIFÍCILMENTE puede sostenerse en un país como Portugal, la teoría que proscribe la pintura de paisaje. No obstante sus reducidos límites—estrecha faja como es, en la margen occidental de la Península Ibérica—tan variada es en sus aspectos la naturaleza, de esta hermosa tierra de Portugal, y tan llena, por lo menos en algunos de ellos, de gracia, de encanto y poesía, tan acorde con esa melancolía vaga que constituye el fondo de nuestro carácter, que no se comprendería el que nuestros artistas se mantuviesen indiferentes á la acción sugestiva de esta naturaleza privilegiada; que su fina sensibilidad no vibrase ante ella; que no procurasen traducir y fijar las impresiones, los estados de alma, que provoca y determina. Porque así es como entiendo la pintura de paisaje: como determinación de emociones suscitadas por los aspectos de la naturaleza. Dios me libre del frío objetivismo (felizmente, en absoluto intangible), que tendría como forma suprema é inexcedible de realización la fotografía coloreada...

El paisaje ha ocupado, de hecho, á nuestros pintores; pero, en general, lo que han producido son estudios y bocetos cogidos al acaso, en rápidos viajes durante los meses de vacaciones, sin otro intento que el de obtener una bonita mancha de color, un agradable efecto de luz. En realidad, aun no hemos tenido un paisajista que procurase interrogar la naturaleza de tal ó cual región, identificarse con ella, coger su carácter, sentir su poesía, y fijar después la síntesis de las impresiones recogidas, completando el estudio de la naturaleza con el estudio del hombre, ya por la reproducción de *tipos*, ya por la de escenas y episodios de la vida de familia y de la vida del campo.

Silva Porto, el suave y malogrado artista que fué iniciador, entre nosotros, de lo que podemos llamar el realismo en la pintura de paisaje, el maestro alrededor del cual, á su regreso del extranjero, se produjo un interesante movimiento artístico, que sacudió por momentos la apatía y la indiferencia de nuestra sociedad, y dió un leve y efímero tono de estética y buen gusto á la vida sosega de Lisboa; Silva Porto, que, á pesar de haberse educado en Francia, fué el pintor más portugués que hemos tenido, deja, fragmentada y dispersa en su gloriosa y vastísima obra de paisajista y pintor de animales, la afirmación incontrastable de un gran talento; pero no siempre (dígase la verdad) eran los trozos que su pincel fidelísimo reproducía los que más hondamente se insinuaban en sus simpatías de contemplativo y de misántropo; y, á más de esto, la muerte, que tan pronto le sorprendió, no le consintió realizar un trabajo de amplio vuelo, que mostrase plenamente todas sus altas facultades, trabajo en que él, de seguro, pensaba, pero cuya ejecución le forzaron siempre á aplazar las dificultades que en nuestro medio cercan al artista y al literato, aprisionándolos, limitándoles el suelo.

Discípulos de Silva Porto fueron casi todos nuestros actuales pintores—exceptuando los de la novísima generación. Discípulos suyos, en el rigor de la palabra, es decir, en la Escuela de Bellas Artes de Lisboa—donde fué profesor desde 1879 hasta su muerte (1893),—pocos lo fueron, y, de entre ellos, solamente Antonio Ramalho, y más tarde Carlos Reis, se distinguieron, sin que, no obstante, ninguno de estos dos notables artistas pueda considerarse continuador del maestro.

Pero ¿quién podría serlo? Hay hechos que no se repiten, porque no se reproducen las circunstancias que los determinaron. La preponderancia de Silva Porto en nuestro medio artístico, el influjo que entre nosotros incontestablemente ejerció, no derivaron sólo de sus excepcionales cualidades de artista y de hombre; resultaron también de las condiciones muy especiales del momento en que él apareció en Lisboa, de regreso de los *ateliers* de París y de los museos de Italia y de Holanda, con una sólida educación de artista moderno, y un valioso bagaje de cuadros

cogidos bajo las arboledas de Fontainebleau, en las riberas del Oise, en los campos de Roma, en Venecia, á la orilla de los lagos del Norte de Italia...—cuadros que entraban en Portugal exactamente cuando los escritores nuevos, educados en la lectura de Taine, de Gauthier, de Fromentin, hacían en nuestro país la campaña del naturalismo, y arremetían decididamente contra nuestra vieja enseñanza académica.

Además, Antonio Ramalho, que antes de su estancia en París cultivaba el paisaje, revelándose por entonces artista bien peninsular, apasionado del sol y del color, modificó sensiblemente su orientación y sus pro-

PUESTA DE SOL

cedimientos al contacto del arte y de la naturaleza de Francia, y hoy, más sobrio y más frío en el color, más delicado y menos espontáneo en su manera, se ocupa de preferencia en el retrato y en la decoración... cuando no se deja vencer de la cautivadora dulzura del *far niente.*

Y Carlos Reis, que sucedió á Silva Porto en la clase de paisaje de nuestra Escuela de Bellas Artes, y, además de esto, fundó una Sociedad (á la que dió el nombre del inolvidable artista), cuyo fin es facilitar á los alumnos de aquel curso, una ó dos veces por año, durante las vacaciones, excursiones de estudio al campo, siendo él quien las dirige—Carlos Reis no es exclusivamente paisajista, y en su obra son quizás menos numerosos los cuadros de paisaje que los de otros géneros.

«Si viviese en el campo—decíame ha poco,—me dedicaría al paisaje. Así me es imposible.»

Cultiva, pues, el retrato, la pintura á plena luz, la decoración (género que prefiere á todos), aunque de cuando en cuando nos dé algunos estudios é impresiones que manifiestan sus altas cualidades de paisajista, como aquel delicioso cuadrito, de un bucolismo tan delicado y sentido, que intitula *Viejo castaño*, y que no me cansé de admirar en la pasada Exposición de la «Sociedad Nacional de Bellas Artes»,—cuadro en que Carlos Reis muestra sentir intensamente la poesía de la naturaleza, como ese otro poeta de la paleta que tanto admira él:—Bretón.

En Francia, donde permaneció durante más de cinco años, como pensionado del Estado, después de concluído el curso de nuestra Escuela de Lisboa, y donde tuvo por maestros á José Blanc y á Edmundo Dupain, es donde principalmente se dedicó al paisaje, porque no cursando (al contrario de casi todos nuestros pensionados) la «Ecole des Beaux-Arts», de donde le apartó ese temperamento fogoso é insumiso—que tantas veces se refleja en su obra,—trabajaba la mayor parte del tiempo en el campo, en las márgenes del Oise ó en el bosque de Fontainebleau.

Por una antinomia, un ilogismo tal vez, menos raro de lo que pudiera pensarse, su aspecto de hombre del Norte, lejos de abrigar un temperamento sereno y frío, está animado, como ya antes noté, por una índole de meridional, apasionada, inquieta, nerviosa, que explica perfectamente la amplitud de su manera, la intensidad de su colorido, los efectos, un tanto escenográficos, que á veces le seducen, de suerte que su pintura, que, objetivamente considerada, no siempre tiene aquella parte de verdad que es el secreto de la eterna belleza y del inextinguible encanto de las grandes obras de arte, es, desde otro punto de vista, perfectamente lógica y brillante, como exteriorización de un temperamento.

Pero—y menos mal para Carlos Reis como artista—los cuarenta años que el distinguido pintor cuenta hoy, modifícanle violencias desordenadas del temperamento, equilibrándole las poderosas facultades, permitiéndole un estudio más sereno de la naturaleza, haciéndole comprender cómo se puede dominar los efectos, sin sacrificar la verdad, antes imponiéndola y haciéndola sentir por cima de todo, mostrando cómo es posible ser vigoroso sin caer en una exagerada amplitud. Los cuarenta años de Carlos Reis—decía,—están ejerciendo en su obra un decisivo influjo completamente benéfico. Así es como en su producción va dejando de señalarse como excepciones, telas impregnadas de atractiva sencillez, como aquel encantador retrato de su madre que pintó hace años y que no puédese mirar sin enternecerse, y como aquel sugestivo paisaje, amplio, sereno, lleno de suavidad y de armonía que se intitulaba *Mañana de Clamart* (Francia), y que se perdió, en 1900, al naufragar el

vapor *San Andrés*, que se dirigía á Lisboa, trayendo muchas de las obras de arte moderno que habíamos enviado á la Exposición Universal de París.

Carlos Reis tiene personalidad, lo que es mucho, lo que es casi todo. Y esa personalidad que la sucesiva depuración, el creciente equilibrio de sus facultades, va poniendo cada día en más clara evidencia, le asegura lugar distinguido en el grupo de aquellos pintores nuestros que *han de quedar*.

IMPRESIONES PEDAGOGICAS DE ITALIA, POR DIEGO RUIZ.

La elevada lección moral que recibimos al ver... sin intermediarios el estado floreciente de un país extranjero, no va exenta de ciertas dudas y desconfianzas en el porvenir probable que espera al pueblo que llamamos nuestro. Por patriotas que seamos, por honda que sea nuestra fe en que, al fin, «la historia corre para todos», el pesimismo invade el alma del más fuerte cuando compara lo que dijo con lo que ve. En este sentido, un viaje á Alemania ó á Suiza es desconsolador. Pero si la lección resulta de la visita á un país que fué en fecha reciente tan desgraciado como el nuestro, y luego se levantó porque tenía fe en la vida, nos inclinamos más bien á un entusiasmo difusivo y emprendedor. No es tan perfecto el modelo; mejor dicho, aún no es un modelo: se está haciendo, vemos cómo es posible su definitiva factura. Y esto precisamente nos aleja del desaliento: como no deslumbra, no nos sentimos débiles. Una visita á Italia es, en este sentido, convenientísima para españoles. La «nación hermana», saludada recientemente por Novicow como la cabeza futura de los estados europeos, tal vez con hipérbole, da á los Jeremías de nuestra patria la prueba decisiva de que hay momentos en que confiar, es vencer.

¿Qué era Italia hasta hace muy poco? Dumas *el viejo,* la pintaba como un delicioso paraíso... de bandidos; Metternich hablaba de ella desdeñosamente como de una «expresión geográfica»; Leopardi le había dicho, en versos lapidarios, que no economizara las lágrimas, por todo consuelo. Hoy, sin duda, es un pueblo que se sostiene y marcha; que, evolucionando, espera días mejores, después de una laboriosa, pero segura, orientación. La valentía de este renacimiento, y su confluencia en los diversos órdenes, político, económico, industrial, intelectual, es de cierto edificante para nosotros; é insistimos en que lo es, principalmente, por no haber alcanzado aún su término.

La ley del ritmo, que hace alternar en todos los pueblos reveses y glorias, se cumplió felizmente para los italianos en sus primeras luchas por la unidad. El origen de la joven Italia hay que buscarlo en los amargos días que siguieron á la derrota de Custozza y de Novara; en la reacción entusiasta en pro de la cultura que cundió por todo el Piamonte. Las desgracias, que abaten á los impotentes, son grandes estímulos para los valerosos. El movimiento en pro de las escuelas primarias en Ingla-

terra, por las campañas de Andrés Bell y José Lancaster, los dos grandes pedagogos del Reino Unido, empieza en aquellos tiempos de dura prueba para el orgullo británico, cuando en los ojos del gran Pitt aún se veía la rencorosa *mirada de Austerlitz*. Prusia reorganizó celosa y urgentemente sus universidades después del rudo golpe de Jena; y todos sabemos que la famosa *revanche* en que, constantes optimistas, aún sueñan los franceses, suscitó desde el 71 un febril movimiento en pro de la instrucción pública, en general fecundo, aunque la sociedad haya fallado á veces. Aun entre nosotros, los que esperan y confían, fundan su mayor fe en que el ritmo vendrá también á despertarnos; y que la ley se está cumpliendo ya puede considerarse como cierto, después de los propósitos concebidos y hasta de las obras realizadas á raíz de la más imfortunada de nuestras empresas. Italia se levantó así: humilladas las armas de Savoya, se repitió en todos los tonos, graves y agudos, que el Piamonte había sido vencido porque le faltaba cultura; que «las victorias en las batallas se obtienen de un modo principal cuando la instrucción es grande en las escuelas». Entonces empezó aquella importación de sabios extranjeros, invocada por tantos publicistas españoles como digna de aclimatarse en nuestra patria. La escuela de Turín surgió á poco, sirviendo de modelo á otras muchas; y se dió un gran paso con las disposiciones á favor de la primera enseñanza. Italia tuvo también su Fichte en el esforzado patriota Vicenzo Gioberti.

La verdad es que se predicaba á un pueblo de entusiastas, en el que fácilmente se herían las fibras de un patriotismo que, si tenía algo de la efervescencia insensata de todos los movimientos populares, era en el fondo una pasión pura y noble, alentada por la tradicional vehemencia de los italianos. Y esto sí que tenemos que imitarlo de ellos. Se penetra poco en el carácter de estos hombres; se hace poca justicia á su espíritu de gravedad. Se viaja por Italia con una porción de clichés: el del risueño *dolce far niente*, por ejemplo Ghio, en sus recientes *Notas sobre Italia*, aseguraba que aquí se hizo la revolución cantando y que al día siguiente del triunfo poco faltaba para tomarla á broma. Pero esto es error ó mala fe. Es trágica esta alma italiana, sombría y penosamente trágica; y el problema de su cultura, que desde los primeros momentos consideraba como cuestión de vida ó muerte, lo estudió y lo sigue estudiando con seriedad. Lo que es, que esta nación ha vivido con una intensidad extraordinaria, y el ardiente patriotismo que ha sido preciso, indispensable para realizar tantas cosas, no puede sostenerse ya, sino á condición de que se transforme en un sentimiento más tranquilo, pero seguro y confiado. Así es como ha podido escribir un glorioso viejo páginas llenas de amargura contra el actual «anti-italianismo de los italianos», sin ver que aun ese movimiento de protesta (nada más que aparente en

el fondo) es, á la vez que efecto, síntoma indudable de regeneración y de cultura. Porque en esencia (para los efectos de... la fe en Italia), aun siguen siendo todos los mismos derrotados de Novara y los mismos educadores de Turín. Recientemente, Ferrero, en uno de sus bellos artículos, confiaba en las nuevas vías del patriotismo; y hasta Nicéforo, el implacable acusador del *Mezzogiorno,* ha escrito que, aunque dividida en arios y mediterráneos, Italia abraza á todos sus hijos.

Lejos de nuestro ánimo el presentar á esta nación como un modelo insuperable en todos los ramos de la actividad. Concretándonos á la instrucción pública, tiene defectos que los mismos italianos reconocen. En cuanto á profesores, Pascual Villari, una de las inteligencias más claras y sagaces de aquí, llegó á decir en 1897 que no comprendía cómo el Estado exige de todos los funcionarios públicos el cumplimiento del deber y no de los que regentan la cátedra; en cuanto á estudiantes, el mismo Villari recordaba indignado el grito de *¡abajo Jenofonte!* con que, en fecha reciente, protestaban los alumnos de los liceos contra una ley sobre exámenes; y en cuanto á resultados obtenidos por la enseñanza, Baccelli decía en 1894, con evidente exageración, en el Parlamento, que «todo lo que aún hoy gasta Italia, es como si se echara á un pozo sin fondo». No ha mucho dos publicistas ingleses, Bolton King y Tomás Okey, en sendos libros de crítica, trataron duramente á Italia; le concedieron la «primacía dolorosa del analfabetismo y de la incultura en Europa, junto con Portugal». Zino Zini, comentando en la *Riforma sociale* (15 Octubre 1901) esta acusación, decía: «La requisitoria es dura, pero justa. La representación nacional es también responsable, por su parte. Todos saben que el presupuesto de instrucción pública se discute generalmente entre bostezos y en medio del aburrimiento más elocuente de la Cámara de diputados. El Parlamento, que ha tirado sus millones en gastos militares, en Africa, y en trabajos públicos improductivos, concede rara vez, y con avara mano, sus mezquinas limosnas á la escuela».

Y, sin embargo, la verdad es que el progreso se realiza y no, por cierto, parsimoniosamente. Hoy día, en organización del profesorado, en costumbres escolares, en los resultados mismos de la enseñanza, Italia puede darnos muchas lecciones; no siendo la de menos consideración el conocer las deficiencias de un régimen y atender pronto é inteligentemente á su remedio. Por eso, cuando estudiamos *de visu* la Universidad... en marcha, su fisiología por dentro; la reorganización de los Institutos, sobre la base de una educación experimental, no reservada ciertamente para las ciencias de la Naturaleza, sino extendida á todo; cuando vemos en una de estas escuelas el sinnúmero de cuestiones sobre primera enseñanza atendidas y resueltas, nuestra impresión es que, estando bien los italianos, quieren y esperan, en justicia, estar mejor.

Saben que el porvenir les pertenece y quieren conquistarlo con esfuerzo. Seguramente que no aspiran á constituir la *tercera Italia* que, bajo palabra, les ha prometido, en una visión risueña, Novicow; pero al preguntarse, como hoy todos, á quién pertenecerá el mundo moderno, saben que la fórmula «los latinos ayer, los anglo-sajones hoy, los eslavos mañana», tan sugestivamente repetida, no impedirá su evolución completa. ¡Ojalá España tomara de aquí bríos para su próximo *risorgimento!*

*
* *

Los presentes apuntes no están escritos con la idea de presentar un cuadro completo: son sólo relatos ó impresiones de viaje, y únicamente como notas las ofrecemos al lector.

I

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA

Bononia docet.—La Escuela de Porta Galliera.—La enseñanza de la lectura, de la escritura y de la composición.—Páginas del archivo escolar: la educación del juicio, del raciocinio, de la observación y de la atención, de la fantasía.—Las *Nociones varias.* El Museo Bombicci.—La enseñanza de la geografía de la historia, de los derechos y deberes del ciudadano.—El patriotismo como emoción estética: ídem como lógica.—La Biblioteca escolar.—*Jurare in verba?...*—El orden en la clase.—El canto, el dibujo, la gimnasia.—El trabajo manual.—El «Diario escolástico» y los inspectores.

Cerca de un millón de liras gasta el municipio de Bolonia en instrucción pública. Proporcionalmente, es la ciudad de Italia que más parte de su presupuesto dedica á las escuelas (el 21,63 por 100); más que Roma (10,31 por 100), Turín (20,06 por 100), Florencia (10,15 por 100), Nápoles (10,14 por 100), Venecia (14,56 por 100), Génova (13,09 por 100), Milán (15,63 por 100). Sus regidores siguen inspirándose, sin duda, en el glorioso «Bononia docet», y en la tradición que la proclama «Mater studiorum». Aún hoy lo sigue siendo: repartidas en 19 grupos de escuelas, mantiene 146 clases (78 masculinas y 68 femeninas) para la enseñanza elemental inferior y 44 para la superior. Desde los seis años, concurren obligatoriamente á estas clases cerca de 10.000 niños y niñas.

La mejor escuela pública de Bolonia, y acaso de toda Italia, está situada al Norte de la ciudad, cerca de *Porta Galliera,* memorable por un glorioso episodio contra los austriacos. Esta puerta, una de las doce

que rodean y aislan á Bolonia, extiende sus muros hacia el Este, hasta Porta Mascarella, y por el Oeste recibe los de Porta Lame, circunscribiéndose así una gran plaza, uno de cuyos ángulos corresponde precisamente á la Escuela y baños públicos, edificios en mutua dependencia, el uno de forma cuadrada, alineado con la Vía Galliera, á la que pone fin; el otro, dispuesto diagonalmente al lado del primero, en forma de una gran cruz.

La escuela está á un metro sobre el nivel de la calle, de la que la separa una cancela de hierro fija á un muro de piedra; entre esta cancela y el edificio propiamente dicho, queda una faja de terreno que sirve de jardín. Dan acceso á las clases cuatro entradas, dispuestas dos á dos, que miran á las calles paralelas de Galliera y Montebello; y, como todas las dependencias, de una distribución eurítmica, están situadas alrededor de un patio central, la Escuela se divide, naturalmente, en dos secciones simétricas: en una—la que mira á Vía Montebello—están los niños; en la que mira á Vía Galliera, las niñas. Ambas secciones están distribuídas en dos pisos En el inferior, además de una sala de espera, á la izquierda de la entrada, hay cuatro aulas, amplios locales para la dirección, cuarto-lavabo y letrinas. Todas estas dependencias están distribuídas á lo largo de un corredor que, por un extremo, parte del salón donde se celebran las solemnidades escolares; y por el otro, termina en un cuarto destinado al bedel. Este, sin salir para nada de su aposento, puede vigilar perfectamente á los niños cuando van al lavabo. El corredor tiene á uno de sus lados una larga percha, protegida por unas puertas de tela metálica, que pueden cerrarse á llave; en cada asidero cuelgan los alumnos, al entrar en la Escuela, el vestido que traen de casa y se ponen unas blusitas, que da á todos el aspecto uniforme de una reglamentación niveladora, que empieza á cumplirse en los menores detalles desde la puerta de entrada. El piso superior tiene una distribución parecida á la planta baja, sólo que, sobre los locales de entrada y dirección, hay seis aulas. Amplios y dilatados subterráneos, extendidos por casi todo el edificio, garantizan la falta de humedad: en ellos están instaladas las calderas para la calefacción.

Las aulas tienen una superficie de sesenta metros cuadrados y una altura de cinco metros. Están iluminadas por tres grandes ventanas. La puerta es de persianas en su parte superior; los ángulos entrantes son redondeados en su encuentro con el techo y con el pavimento, que es de asfalto artificial. En todos los detalles se ve que una sabia y previsora mano ha cumplido las reglas de la higiene y hasta del confort con el mayor celo.

El niño está cinco horas en la escuela, cómodo y contento: una feliz coincidencia de maestros inteligentes y de inspectores experimentados,

sagaces, entusiastas, hacen de este... centro docente, que es ya un modelo como construcción, un modelo también como pedagogía. El último programa de Baccelli (29 de Noviembre de 1894), tan madurado y preciso, se cumple en todas sus grandes líneas generales; y en aquellas partes que deja á la iniciativa de los municipios, el estudio ha sido norma segura de un éxito, que fué ampliamente reconocido hace tres años en París.

En total, hay 1.200 alumnos (600 en cada sección), distribuídos en grupos de 60 por clase. De los seis á los doce años—rarísima vez más—se reparten en cinco cursos, que son los que comprende la primera enseñanza: tres elementales, obligatorios, y dos superiores, voluntarios. Un horario, estudiado con esmero y cumplido con rigor, señala proporcionalmente los varios ejercicios intelectuales y físicos del escolar. Desde la primera clase, el niño tiene ya fijada su orientación para siempre: sus ojos verán cada vez las mismas cosas en diversas escalas y con magnitudes diferentes. Es un corto número de ideas que aparecen, y vuelven, é insisten cada vez más destacadas, cada vez más completas, y acaban por formar parte del individuo, por agregarse enteramente á él. Se parte siempre de puntos muy concretos y accesibles: se dan los primeros pasos en geografía, por ejemplo, levantando el plano sumarísimo de la escuela, trazando las calles que el niño recorre para venir á ésta desde su casa, rasgueando el mapa de la ciudad, y luego de la provincia, y más tarde de toda Italia. Un mismo método se desenvuelve simultáneamente en todas las clases y para todas las enseñanzas. Sea, por ejemplo, la lectura. Se enseña á leer por el sistema fónico-gráfico: además del sonido, el signo que lo representa; se prescinde en absoluto del clamoreo insoportable que, con grave daño de laringes y tímpanos, levantan aún los párvulos en las viejas escuelas. La labor se individualiza más: no es ya un automatismo sujeto á pausas y á cadencias, sino el primer ejercicio de un entendimiento que empieza sus ensayos. En nuestra visita, atravesábamos los corredores, delante de las aulas, en un constante silencio: la lección de lectura es una conferencia tranquila del Maestro y un ejercicio racional de los alumnos, tan reposado y serio como la lección de geografía ó la de historia. En ese ejercicio, la mano se educa tanto como el oído: se enseñan las letras, á la vez que el modo de trazarlas en el encerado ó en el cuaderno; y á menudo, la parte gráfica del método guía y dirige á la parte fonética: así, las vocales se enseñan graduadas, según la dificultad con que se escriben, en este orden: *i, u, o, a, e.* Los silabarios, cartelones, etc., están sustituídos con ventaja por cuadritos explicativos, en que cada letra se procura fijar en la memoria mediante la representación de algunos objetos cuyos nombres forma.—Aún dentro de la primera clase, otra operación, la del *dictado,* acaba por fijar clara-

mente los signos de las letras y el modo cómo se combinan para formar sílabas y palabras. Por fin, apenas ya el niño es dueño de su pluma, se le obliga á combinar y expresar nociones fáciles muy concretas, mediante la *composición* sobre temas siempre cortos.

Resultan así tres grados en la enseñanza de la lectura, ó mejor de la lectura-escritura, cada vez menos mecánicos. Pues bien: de ahora en adelante, salido de su clase elemental, el alumno seguirá aprendiendo en las restantes á leer y á escribir, y luego á aprovecharse de ambas cosas como medios de expresión, con el mismo procedimiento: exactamente. El progreso resulta así, más que por la acumulación de trabajo, por la lógica de la labor misma. Siempre, la parte racional del automatismo seguirá sobreponiéndose á éste; continúa prescindiéndose del clamoreo ensordecedor y antipático de una inexpresiva lectura; el Maestro es el que lee, delante de los alumnos, señalando las dificultades de un párrafo y venciéndolas, explicando el sentido de las palabras, comentándolas instructivamente. El niño aprende á leer oyendo á un buen lector y tomando la lectura como un medio de decir cosas bonitas. Este ejercicio se repite siempre, durante los cinco años de escuela; y, dominadas las dificultades mecánicas, que pronto se convierten en inconscientes hábitos, queda libre la atención para dirigirse al sentido con que deben expresarse las cosas escritas. Oyendo leer á estos niños, se diría que el alma de artista de la raza empieza á revelarse ya desde los diez años; aunque es lo cierto que sólo una pedagogía racional lo ha conseguido todo. Sigue siempre combinándose la parte gráfica con la fonética, en ejercicios graduales. El dictado reviste en las últimas clases una forma especial: el *autodictado*, escribir trozos en prosa ó verso, confiados previamente á la memoria, después de expuestos con claridad por el Maestro, resumiéndolos en formas de preguntas é ilustrándolos por la conversación.

En posesión de todos los medios de expresarse, con las nociones cada vez más amplias que se van adquiriendo y asimilando, los ejercicios de *composición*, que en las primeras clases se inauguraban con proposiciones escuetas y muy fáciles, se convierten en los últimos cursos en cartas, diálogos, cuentos irreprochables. Cada bimestre, en un examen provisional, se exige del alumno un esfuerzo en este sentido: el Maestro dicta para todos un tema, que desarrollan por escrito en clase. Todos los trabajos que alcanzan los necesarios *puntos*, se guardan y sirven para la biografía del escolar, al acabarse los estudios reglamentarios. Forman un archivo curiosísimo que, gracias á la amabilidad de los señores inspectores cav. Arístide Rava y prof. Alejandro Graziani, me ha sido dado revisar. La serie continua y gradual de los adelantos puede seguirse aquí claramente. Se ven los primeros pasos en la asociación de ideas, en el juicio, en la inducción, en el método. En las primeras clases los temas

consisten en buscar adjetivos que convengan á una lista de nombres que dá el maestro, ó á la inversa, en buscar cosas que tengan cualidades ya fijadas. Se observan aciertos deliciosos, verdaderamente: un niño, por ejemplo, halla que la oveja es tímida; otro sabe que el caballo es herbívoro; otro asegura que un amigo es fiel. Los tipos de imaginación concreta abundan; casi todos estos muchachos, al lado de *oloroso*, ponen *clavel*, *rosa*, etc.; pero muy pocos *flor*.

Este ejercicio se va dificultando gradualmente; ahora han de buscarse dos ó más adjetivos, combinar varios nombres, acabar una frase. Se pone en juego la asociación de ideas, ejercitándola *á contrario:* «Hallad acciones que sean opuestas á estas: hablar, llorar, dormir, leer...» Hay una niña, Ernesta Sassi, que considera la escritura como la acción contraria de la lectura, y pone *escribir* al lado de *leer*, como ha puesto *callar* al lado de *hablar*, y al lado de *llorar*, *reir*. El mismo procedimiento se sigue con las proposiciones ó las frases: «Halla expresiones contrarias á estas: en verano se padece calor; la maestra premia á los niños buenos...» Nótese, de paso, lo vigorosamente lógica de esta lección de moral: el castigo viene por la fuerza misma de la acción mala, como algo que va indisoluble con ella, y aparece con la fatalidad con que en invierno hace frío. Es preciso inculcar así, desde el principio, á los niños el sistema de una moral que prescinde de la base religiosa.

En el cultivo del raciocinio se recorren fases semejantes á la educación del juicio. Se empieza por dar los materiales con que ha de construirse el pensamiento; así, «forma una proposición con las palabras *hierro, duro, minas*»; «concluye esta frase: el jardinero trajo...» Los progresos, en este punto, son constantes. El niño que imprime á su ideación el rumbo conveniente para dar continuidad á frases fáciles no concluídas, tardará más ó menos, pero conseguirá, sin duda, enlazar armónicamente varias proposiciones. «Emilia bajó al jardín... Poco después entró llorando... Su mamá le dijo...». Y en uno de los documentos que tengo á la vista, una niña ha hecho bajar al jardín á Emilia (que seguramente materializa hasta identificar con la amiga que escribe á su lado) con un fin preconcebido: coger una rosa. Luego... era preciso que, al volver á casa, entrara llorando: una espina que se le clava en un dedo es motivo suficiente. En fin, después de los puntos suspensivos con que tan secamente acaba el tema, ¿qué le dice mamá? Palabras duras de reproche, porque «no se debe bajar al jardín sin especial permiso». ¡He ahí ya el pensamiento en sus líneas generales! ¡Así debe funcionar, en otra escala, la cabeza de un novelista cuando inventa sus fábulas! Por el estilo, hay muchos cuentecillos sobre temas análogos: Gigino, que se acuesta sin el beso de su madre; Bianca, que no estudia su lección, dan pretexto para argumentos que, si faltos de genialidad, rebosan de candor y de frescura.

Alternando con esos fortificantes ensayos, en que, además del raciocinio, se desarrolla en tanta parte la imaginación, el niño escribe otros temas en que ha de poner en juego las facultades discursivas de esa lógica natural que, acaso sin razón, creemos generalizada: «Escribe el nombre de los objetos de madera que hay en la clase. ¿Quién los ha hecho?» Sólo á una crítica frívola puede parecer esto trivial. El hecho de ir pasando en revista, una por una, las cosas que el niño ve, seleccionándolas sin olvidar ninguna y escribiendo su nombre correctamente, con la solemnidad inseperable de todo examen; el esfuerzo final de relacionarlo todo á una causa próxima—aunque ésta sea el carpintero—es ya un ensayo fecundo. Con el mismo fin se proponen también preguntas sobre puntos muy concretos. «—¿Por qué el domingo había banderas en los balcones?» El niño ha contestado: «—Porque era el natalicio del rey». «—¿Y qué otro signo de fiesta has notado?» «—La revista militar, la iluminación en la Plaza Galvani y la música». ¡Ya nadie dudará en vista de tan abrumadores datos!

Al mismo tiempo que la intuición con el *racconto,* y la lógica con estos sencillos razonamientos, se ponen en juego la observación y la atención con temas convenientes. «Describe el dibujo de la pizarra; dame por escrito el cuento que hoy ha explicado tu maestra; describe la oleografía que tienes enfrente». He visto desarrollado con grandes y oportunos detalles el tema: «¿qué habéis hecho hoy con el barro?...» A Gino Grassetti se le exige una pequeña biografía; y, con ella á la vista, extendida con magnífica letra inglesa, sobre un papel blanquísimo, me doy cuenta de quién es éste que podría llamar amigo, del cual hasta ahora sólo sabía que el 9 de Octubre de 1898 ingresaba en la 3.ª clase de la escuela de Porta Galliera: «Yo me llamo Gino Grassetti; mi papá tiene por nombre David, y es viajante; mi mamá se llama Isabelita Del Vecchio. No tengo hermanos ni hermanas. Nací en Bolonia, el 20 de Noviembre de 1890. Vivo en...»

Una mano previsora, que amontona lentamente y sin cesar obstáculos, en la esperanza de que se superen, hace poco á poco más difíciles las composiciones. Ya en la 3.ª clase, el raciocinio, en vista de ciertos datos, construye y deduce con facilidad; en los cursos superiores —el cuarto y el quinto—se alcanza una maestría y una desenvoltura notables. Bastan ligerísimas apuntaciones para que la ideación se ponga en ejercicio; á una niña, le basta este enunciado: «mamá, no llores, volveré curada», para fingir la patética marcha de una amiguita escrofulosa á Rimini; otra hace una defensa entusiasta de las colonias escolares, como desarrollo á unas cuantas palabras que sirven de epígrafe. A un niño se le dió por tema: «Fuiste con tu padre al camposanto... ¡Viste tantas lápidas, cruces, flores!... ¡Cuánta tristeza en tu corazón!...» Y escribió una

página, que por su poesía sincera y profundamente humana, así como por su corrección, pasaría por la más inspirada de un literato de oficio. —El género epistolar se cultiva de preferencia: «A tu amiguita X, que no ha podido venir hoy, debes escribirle, para que no pierda la lección, una afectuosa carta; á una primita que tienes en..., cuéntale cómo es tu escuela...» He leído la correctísima carta en que un sujeto de ocho años suplica á otro personaje le preste el cuadernito de apuntes, bajo las más formales garantías de conservación y devolución; la narración de una visita con que «el Sr. Inspector ha honrado la Escuela», etc., etc.

Pero el lema no es sólo educar instruyendo, sino también instruir educando; antes de escribir nada sobre un asunto dado, es generalmente materia de conversación entre profesor y alumnos. Esa conversación, al principio limitada á muy reducidas cosas, se convierte en las últimas clases en... disertaciones diríamos, si la palabra no estuviera en descrédito, sobre física, botánica, industrias, etc. Estas son las célebres «lecciones sobre las cosas» que, en el programa de Baccelli, llevan el título de *Nociones varias*. En realidad, empiezan en la primera clase, con pequeñas llamadas á la naciente atención del niño y con los innumerables *por qués* de su insaciable curiosidad. A pesar del riguroso programa que regula ésta, como las otras disciplinas, el Maestro queda en libertad de aprovechar cuantas ocasiones sean oportunas para que la instrucción resulte, al mismo tiempo que práctica, sencilla é interesante. Un maestro de Mazzara emplea un procedimiento que ya empieza á generalizarse: colgado á la pared de su clase tiene un cuaderno en cuya cubierta se lee, en grandes caracteres, *¿Por qué?* Los alumnos apuntan en las páginas de su cuaderno cuantas preguntas les ocurren, y se destina un día en la semana á... satisfacer curiosidades.

De éste ó de cualquier otro modo, el método siempre es el mismo: no se desperdicia nunca la oportunidad de poner al niño en contacto con las cosas reales, ni «se habla de la lluvia y de la niebla cuando el cielo es espléndido, ó de las mariposas y el gusano de seda cuando nieva». Entre explicarle lo que es una montaña á cierra ojos ó enseñársela haciéndole sufrir la fatiga de subir á ella, prefieren... demostrar el movimiento andando.

El objeto es también aquí pasar sin saltos de lo conocido á lo que se ignora, é insistir, cada vez con más amplitud, sobre las mismas nociones. La Escuela posee un buen museo pedagógico ambulante, debido á la iniciativa de Bombicci, una de las famas más puras de la Universidad de Bolonia. El tal museo viene á ser una especie de cómoda, que puede tener hasta treinta cajoncitos con diversos objetos (minerales, plantas, tejidos, etc.), perfectamente clasificados. La graduación en que se hallan estos diversos productos hace que pueda recorrerse con gran resultado

pedagógico todo el museo. Para facilitar las explicaciones del maestro, y hacerlas, al par que rigurosamente científicas, adaptables á las débiles inteligencias, Bombicci ha escrito unos cuadernos explicativos de toda la colección.

Gradualmente, sin prisas, y como por solaz y esparcimiento, el niño va adquiriendo así ideas fijas y reales sobre el mundo, que han de ser ya siempre la garantía más cierta del equilibrio y dignificación de su alma. Los conocimientos van ganando poco á poco en profundIdad y en amplitud; y como, por otra parte, se va desarrollando á la par el dominio de la pluma, con los ejercicios que hemos indicado antes, los temas que se escriban en las últimas clases son, á la verdad, maravillosos. Al ver la seguridad y maestría de muchos... documentos, pudiera dudarse de su autenticidad; pero esta presunción sólo puede acogerla quien no haya presenciado el modo cómo se hacen las composiciones, ó niegue éxitos á la pedagogía.

Formando parte de las *nociones varias*, se estudia también la geografía y la historia patria desde la primera clase, simultaneándolas en lo posible entre sí, á fin de evitar la aridez descriptiva y huyendo del automatismo con que tan frecuentemente se repiten lugares y fechas, sin entusiasmo ni interés. Desde el principio, el objeto de las lecciones de geografía é historia es dar una base segura al sentimiento de la patria, para que ya en adelante resulte una fuerza encauzada y ennoblecida, no solamente una sensación ó un instinto. La realidad próxima, inmediata, continúa siendo aquí también el punto de emergencia. Después que se ha enseñado al niño á orientarse en la escuela, se le manda trazar, sobre el cuadrado que la representa, la posición del jardín, los corredores, las clases .. A ese cuadrado provisional se le da más tarde una posición fija, trazando los alrededores de la escuela. En otro ejercicio se dibuja el polígono de Bolonia, indicando de N. á S. el orden y el nombre de sus doce puertas; dentro de ese polígono se trazan dos ó tres calles principales, y, tomándolas por guía, se va fijando la posición de estatuas ó edificios: por entre ellos se hace ondear una línea, que representa el camino que el niño recorre todos los días desde la Escuela á casa. Fuera del polígono luego se van trazando los alrededores de la ciudad, los pueblos próximos á que se llega tal vez en alguna excursión, ó de los que se adquieren fáciles referencias en las conversaciones. Llega á hacerse de este modo un mapita intuitivo, que el niño copia y aprende sin dificultad. Cuando lo sabe perfectamente, van ensanchándose sus límites hasta ponerlos en los confines de una provincia; se invade luego la provincia lindante y, anexionando varias, se tiene la región. En fin, Italia.

En tanto ha ido aprendiendo el niño la posición y nombre de las regiones geográficas, el maestro ha hecho frecuentes alusiones á guerras y

pactos, políticos y reyes, simultaneando así dos disciplinas que, en realidad, deben ser inseparables. Así como en Geografía se parte del espacio en que vive el niño, en Historia se comienza por el tiempo presente. La constitución actual de la patria, y el modo cómo ha podido lograrse, es el punto de partida; cuando la claridad exige que se profundice en el pasado, los procedimientos se toman de más lejos. Retrocediendo con oportunidad y orden, se llega, al fin, á una época donde se fija la razón suprema de los hechos de hoy; de ella se parte provisionalmente, más que por nada por razón de método. Se insiste de una manera especial en las guerras por la independencia; los veintidós años que van desde el desastre de Custoza á la entrada en Roma de Víctor Manuel II, dan materia para las cinco clases; se inician, se desenvuelven, se razonan y se poetizan hasta el entusiasmo. El *archivo* merece consultarse en esta parte. Sobre un mapa de Italia, con tinta encarnada, está trazado el viaje de los *mil;* el embarco en Quarto y Talamone, la llegada á Marsala, el camino glorioso por Palermo, Milazzo, Melito, Eboli, Salerno, Nápoles... Con tinta encarnada también está inmortalizada la fuga de los hermanos Bandiera desde Venecia á Corfú, de Corfú á Cotrone y á Cosenza. En Cosenza hay una gran cruz; la traición de que se valió la policía austriaca para prender á los primeros mártires de la independencia italiana, está censurada acremente; y, al fin se registra con cuidado que los Bandiera murieron cantando un himno de libertad. Sobre otro mapa, algo más complicado, los tres cuerpos de ejército que intervinieron en la guerra del 59 tienen señalada su posición respectiva. Garibaldi es una línea roja que parte de Biella y pasa ondulando por Varese, Como, S. Fermo, Bergamo, hasta Brescia; Víctor Manuel es una línea verde y Napoleón III azul. La primera parte de Turín y la segunda de Niza; en Milán se reunen ambos colores—¡18 de Junio!—; luego se separan; la azul acaba en Solferino y en San Martino la verde.—Todo esto lo ven, lo actualizan, lo proyectan como cosas actuales. En una de esas *historias patrias,* veo que una niña se familiariza tanto con Garibaldi, que escribe siempre llamándole... *Giuseppe;* semejantes confianzas no deben entrar, sin duda, en los planes de la maestra, pues corrige invariablemente al margen. Pudiera citar bastantes confianzas de este ó parecido género, que explican el origen del sentimiento patrio; porque, desengañémonos, el niño en sus primeros años creerá siempre que la patria es la línea azul que acaba en Solferino. Se sabe los tanteos con que se inicia en la conciencia el ideal más noble; y se sabe también que evoluciona progresiva ó regresivamente. A dignificarlo y elevarlo cada vez se dirige la acción del maestro. No se empieza por hablar al niño del patriotismo como un deber ó como un mandato imperioso, sino más bien se gana su corazón por la emoción estética y por la lógica. Esto es dar base á un instinto; tomar de él nada más que

el impulso difusivo, vibrante, que aun se enfrena y encauza. Se pone gran celo en que se aprenda las luchas de Italia por la unidad; pero de un modo que, sin ser pedestre, resulta lo menos solemne posible. Sobre todo, se trata de excitar el interés, presentando los hechos en una exposición susgestiva, donde lo principal es el acontecimiento en sí, apoyándose en las fechas como en recursos secundarios, aunque, sin duda, importantes. Yo he oído á niñas del 5.º grupo, contestando á preguntas cariñosamente dirigidas por la maestra, referir con naturalidad y desembarazo la distribución de Italia, según el tratado de Viena, la muerte de Carlos Alberto, la toma de la Puerta Pía... No había, mientras hablaba, nada, nada que recordara el enfadoso tonillo del aplicadito de las seculares escuelas; eran más bien conversaciones, relatos llenos de la espontaneidad de una improvisación, con momentáneas pausas en busca de la palabra precisa, equivocaciones, correcciones, distingos y también la entonación y el colorido que en vano imita la cotorra. El niño es como el hombre: lo humaniza todo, le interesan y le conmueven las cosas humanas. ¡Qué fecunda es la historia para entusiasmarle!

A sostener la emoción estética de los relatos, génesis segura del amor á la patria, contribuye quizá mucho el hecho de que el alumno, durante las tres primeras clases de su enseñanza elemental, está educado por mujeres: el reducido número de maestros que, proporcionalmente al de maestras, se observa no sólo aquí, sino en toda Italia, resulta de este modo en beneficio de la parte sentimental en que, sin disputa, son maestras — aún sin serlo — las mujeres. Leamos la declaración con que se dá principio á un tema sobre la anexión de Umbría: «Soy italiana, amo el cielo hermoso de mi patria, el suelo fecundo, el mar, el lenguaje armonioso»... Un muchacho, que debe escribir los nombres de las naciones europeas, con sus respectivas capitales, al llegar á Italia dice: «Desde 1870 su capital es Roma, y esperamos que ya nunca dejará de serlo»...

Pero un método pedagógico, que toma sus inspiraciones de lo real, sólo puede aceptar provisionalmente que la historia interese con la misma curiosidad que los cuentos ó las fábulas. El patriotismo corre riesgo de convertirse en intransigencia chauvinista cuando se funda sólo en el sentimiento. Es preciso darle una base intelectual si ha de conservar el equilibrio de una creencia fuerte. Y para dársela se enseñan los *Deberes y derechos del ciudadano*, otra parte ó sección del programa escolar. Esos derechos y esos deberes se hacen surgir buenamente de un episodio, de una lectura, de un *racconto* propuesto como tema de composición. En vista de ciertos datos seguros, se exponen y se aplican con claridad. Como en todo, se sigue un método de dificultades graduadas, en que se van dando los conocimientos más que en orden matemático, con cierta descuidada oportunidad. En realidad, se desea que el buen patriota re-

sulte del buen ciudadano, y éste empieza á formarse desde que el niño pisa la escuela. Las leyes de la nación, en su parte más útil y práctica, las aprenden todos en mil ocasiones diversas. Merece también registrarse el archivo en esta parte. Hay temas como el siguiente: «Al niño que se lamenta de ver demolida la casita en que ha pasado tan alegres días D. Félix le explica las disposiciones del art. 29 del Estatuto sobre la expropiación por utilidad pública». — «Ayer, por indisposición, Gina, tu amiguita, no pudo venir á la escuela; explícale por escrito la lección de la maestra sobre la ley de imprenta». — Y así siempre, en la forma anecdótica que ya conocemos, se exponen á niños de ocho á diez años el derecho electoral, la formación del jurado, el poder legislativo, etc.

Enlazándola con el conocimiento de las leyes del Estado, y por el mismo método descrito, se enseñan las obligaciones del niño para consigo mismo y para con sus semejantes. Y un día á la semana, el jueves, en que no hay clase, se destina una hora á explicar el Antiguo y el Nuevo Testamento á los alumnos que lo solicitan.

Al llegar aquí se ocurre una reflexión. Si todo este cuadro de estudios lo ha de abarcar el escolar, seguramente en libros, mejor ó peor hechos, pero libros al fin, ¿no existe el mismo riesgo de rutina que en las escuelas que regentaban los dómines? A esta objeción muy natural se han adelantado aquí maestros é inspectores, suprimiendo desde luego, con todas sus inocentes consecuencias, las lecciones de memoria de tantas preguntas ó tantos renglones. Los absurdos libros de... batalla, que tantas lágrimas han costado, se sustituyen con ventaja por libros de lectura seleccionados cuidadosamente. No es que se desdeñen los ejercicios de memoria: al contrario, se atienden con solicitud y se consideran como indispensables para el desarrollo integral del alumno; pero en ningún modo se transige con hacer de ellos la base principal. Sobre todo, lo que se busca es intelectualizar la memoria; ponerla al servicio de una facultad superior, en vez de hacer de ella la soberana. Antes de mandar retener un párrafo de un discurso, ó una estrofa, etc., el maestro explíca detalla, damente el sentido de las palabras dudosas, llama la atención sobre algunos conceptos; en fin, hace un análisis.

A estos ejercicios, á la composición de temas y á la lectura continua, se fía principalmente el conocimiento de la lengua, mejor que á la enfadosa cantilena de la gramática. Desde la tercera clase, los alumnos se adiestran en el uso del vocabulario; en los exámenes bimestrales, el maestro pone sobre la mesa diez ó doce diccionarios, de que los alumnos se van sirviendo por orden, mientras escriben sus temas. Para que la lectura no se concrete sólo al libro de texto, y para fomentar la afición á buscar más amplios horizontes, la Escuela posee una *Biblioteca escolar*, parecida á las que con el mismo objeto se instalan en institutos y universidades.

Esa biblioteca está á disposicion de los alumnos; y, cuando un libro interesa especialmente, se consiente, mediante garantías, llevarlo á domicilio por un tiempo determinado. Además, la escuela recibe para la biblioteca algunas revistas infantiles, que á veces publican trabajitos de los alumnos.

Pero por muchos que sean los recursos para instruirse, la falta del absurdo, aunque cómodo libro de preguntas y respuestas, liga más á los escolares con sus maestros, haciendo más personal la educación, pues ésta se basa principalmente en las conversaciones y en los comentarios á las lecturas. Este hecho, en apariencia poco importante, se convierte en una poderosa garantía de cariño y de respeto. El niño, sin llegar á jurar por lo que se le dice, pone su interés en las palabras del que le enseña. Hace poco me refería á la señora Solmi, *capocantonale* de la sección de niñas, que debió abandonar su clase durante unos días por consejo facultativo. En ese tiempo la sustituyó una interina, «bravísima profesora», como me asegura. Al volver á sus interrumpidas lecciones, las muchachas le fueron presentando sus cuadernos para que revisara si los problemas y ejercicios que les había dictado la interina estaban conforme á razón, y luego le fueron refiriendo las explicaciones hechas... *por si eran verdad.*

En esa confianza, en ese cariño se inspira la obediencia y la disciplina. Se prescinde en absoluto del castigo corporal de cualquier clase (golpes, privación de comida, etc.); la amonestación, el aviso á los padres, la expulsión de la escuela, son los grados de penas que se admiten. En la clase, el orden se mantiene, además, porque casi siempre interesa la lección; los programas están regulados para alternar en breve tiempo unas materias con otras; y cuando el maestro nota cansancio en los alumnos, sobre todo si éstos corresponden á las primeras clases, puede interrumpir su lección.

Por lo demás, los ejercicios intelectuales que se exigen al niño están interrumpidos por el recreo y la gimnasia, en pro de la cual tanto han hecho los italianos. Un profesor especial preside y dirige los ejercicios corporales, á los que se dedica una hora. La proximidad de los baños públicos, en dependencia, según advertimos al principio, con la escuela, da ocasión á que se cumpla con más facilidad el precepto higiénico de las abluciones periódicas. A esos baños acuden todas las escuelas de la ciudad, por turno, en días determinados.

A cumplir el tradicional y siempre nuevo «mente sana en cuerpo sano», contribuye también el canto, saludable ejercicio físico á la par que sentimental y estético. Un profesor especial se lo enseña á los niños, por grupos poco numerosos. Se cantan himnos patrióticos de Mamelí, de Mercantini, de Brofferio, canciones populares, etc. El patriota sale

también de aquí: se pone al niño en camino de asociar la lección de geografía y la de historia con los cantos que aprende. La idea viene de Alemania, la fuerte, la grande: uno de los derrotados del 70 ha expuesto en términos nuevos la causa de la *dêbacle*; para él, lo verdaderamente terrible para Francia fué que prusianos, sajones, bávaros, etc..., se entendían y animaban con los cantos que habían aprendido en las escuelas de párvulos antes de saber leer y escribir. «No podemos acordarnos sin una profunda pena de la poderosa influencia de su educación nacional, cuando sentíamos elevarse, hacia el anochecer, desde el fondo de los bosques, que les daban hospitalidad, y responderse de una colina á otra, los armoniosos cantos escritos para ellos contra nosotros, por sus mejores poetas y compositores.» (Dupaigne).—Por una de las disposiciones más felices del programa de Baccelli, el canto coral es obligatorio en la instrucción primaria: hoy se enseña en 23.000 escuelas de Italia, aun cuando no en todas con igual éxito ni bajo los mismos auspicios.

En algunas regiones, el maestro, que no sabe otra música que la que recoge de oído, enseña de oído también á los alumnos himnos y plegarias, haciéndoles cantar en un solo y numeroso grupo, con todas las consecuencias anti-estéticas y anti-higiénicas de obligar á emitir sonidos en un mismo tono á diferentes gargantas. Pero en las escuelas bien montadas hay un profesor especial de canto que da lecciones acompañándose del armonium. Y en este sentido, como en tantos otros, Bolonia es de las adelantadas.

He ahí cómo se alternan recreos y ejercicios físicos con trabajos intelectuales en bien del alumno y del orden en el aula. Pero, como decimos, el canto entra á la vez, y por mucho, en el programa de una educación estética, á que contribuye en no escasa parte también el dibujo, á cargo de un profesor especial, que se enseña ya desde la primera clase.

En cuanto se refiere al trabajo manual, sólo hay hasta ahora ensayos; en el Instituto Aldini, Escuela de Artes y oficios, he tenido ocasión de ver algunas obritas de carpintería, que forman parte del Museo. Tampoco están muy adelantados los *campicelli*, que con tanto interés y entusiasmo se acogieron. En cambio, las labores femeninas, á cargo de una maestra especial, son objeto de prolijas atenciones.

Volviendo á nuestro punto de partida, insistimos en que, con tan variados ejercicios físicos, que repercuten naturalmente en la esfera sentimental, las cinco horas que el niño ha de permanecer en la escuela son muy llevaderas y agradables. Agréguese á esto que, estando fijada la hora de entrada á las nueve y media y la de salida á las dos y media, se concede siempre treinta minutos para la comida de las doce que hacen

todos reunidos. Actualmente se agita la cuestión, que se ha resuelto en alguna parte, de las refacciones escolares; el municipio de Bolonia parece que no descuida tampoco el modo de llevar á cabo tal reforma.

***

Nuestra impresión final es que el centro de enseñanza descrito se acerca tanto á la Escuela Modelo, que casi se identifica con ella; y como, por otra parte, salvo las ventajas de edificios higiénicos y estéticos, el plan educativo es el mismo para todas las escuelas de Italia, fuerza es reconocer el estado floreciente de la joven nación.

Si ahora se preguntara por la causa principal de ese florecimiento, nosotros, sin excluir ninguna de las muchas que pueden invocarse, nos fijaríamos principalmente en la diligente y entusiasta de una inspección ejercida por personas cultas y enérgicas. Es preciso leer en la notabilísima *Relazione a S. E. el ministro*, del Sr. V. Ravà (Roma, 1900), los dictámenes precisos, detallados, valientes de los inspectores de la instrucción pública sobre el estado y marcha de las escuelas. Son jueces inteligentes y seguros de sí, que no rehuyen reformas ni econonomizan censuras ni escatiman elogios. El maestro se ve siempre vigilado por personas de verdadero mérito que, sin mermarle autoridad é iniciativas, le advierten los yerros ó los descuidos. Lo vigente se cumple sin atenuaciones, hablando en regla general. A cada maestro se le obliga á llevar un *Diario escolástico*, donde apunta día por día su labor en la clase. Yo he tenido ocasión de ver uno, el de la ya citada señora Solmi; desde el primer día de curso hasta los exámenes finales, puede seguirse vigorosamente el desarrollo de cuantas materias integran el programa. El carácter principalmente biográfico y anecdótico de estos diarios, les presta un encanto más.

Vemos, pues, que la tendencia es á ir *capitalizando conocimientos*, lo que se cumple por igual para maestros y discípulos; en los primeros, del modo que acabamos de ver; en los segundos, por los documentos que forman el archivo. Ese hábito de trasladar al papel las ideas, haciendo resúmenes más ó menos extensos, es el primer paso en el «arte de hacer apuntes», que tan pocos poseen, y sin el cual no se comprende en nuestros días el estudio. En ese hábito ponía ya el viejo Franklin la perfección de la conducta. Ese hábito es también el que educa de más poderosa manera la voluntad.

REVISTA GEOGRÁFICA, POR ANTONIO BLÁZQUEZ.

NUEVA CIENCIA GEOGRÁFICA

Los geógrafos alemanes se ocupan hace unos cuantos años en el estudio de una rama importante de la geografía, que distinguen con el nombre de Siedelungs geographie.

Esta nueva ciencia, fundada por J. G. Kohl en 1841, al publicar su obra «Der Verkehr und die Ansiedelungen der menschen in ihrer Abhängigkeit der Gestaltun der Erdoberfläche». (El comercio y los establecimientos de los hombres en su dependencia de la configuración de la superficie de la tierra), ha llamado la atención de los hombres estudiosos, y es Hettner, en estos últimos tiempos, uno de sus más afanosos cultivadores.

La obra de Kohl, puesta ahora de moda, tiene por base la siguiente afirmación: «La fundación de las ciudades y el establecimiento de las vías de comunicación, están determinados á la vez por condiciones que dependen del hombre, de su grado de civilización y de la política; y por condiciones que dependen de la naturaleza, y se relacionan con la riqueza y la configuración del suelo. Unas y otras pueden concurrir al mismo resultado ú obrar aisladamente; pero si algunas de ellas son eficaces, arrastrarán forzosamente la acción de las otras: así, una ciudad fundada, por ejemplo, por razones políticas, en un sitio de condiciones físicas ó naturales poco adecuadas, sólo conseguirá subsistir, si se llega á modificar estas condiciones de existencia, por medios artificiales; y de igual modo, y más frecuentemente, vemos que la política llega á consagrar y favorecer el desenvolvimiento de un pueblo bien situado, concluyendo por hacer de él la capital de una comarca ó de una región.

¿Pero cuál de estos dos grupos de condiciones tiene mayor eficacia? A esta pregunta responde Kohl. Es la vida física la base de la vida humana, y son por tanto las condiciones naturales las que tienen mayor importancia é interés, porque la naturaleza dispone para ejercer su influencia de un espacio de tiempo que no es comparable al de que puede disponer la actividad humana más estable, ayudada por la industria más desarrollada y poderosa.

Entre las condiciones físicas es la configuración del suelo la más estable, y por tanto, la llamada á ejercer una influencia dominante,

y por ello la dedica una gran parte de su libro, estudiando sus modos de acción y su influencia.

De estas afirmaciones se sirve para plantear el problema fundamental de la ciencia de las poblaciones y de los caminos, ó de los establecimientos y del comercio en estos términos: Dada una región de la tierra, determinar aproximadamente los caminos por los cuales deberá pasar el comercio, y la situación de las villas en las cuales deban establecerse los hombres, si una población suficientemente densa y activa llega á ocuparla; problema que tiene muchos puntos de analogía con otros de carácter físico, pues, como dice B. Cotta, la circulación comercial puede compararse á una corriente de agua que se mueve según las leyes de la hidraúlica; descendiendo de las alturas á los valles, evita las altas cumbres, franquea las montañas por los sitios de menor altura, corre á veces por lechos distintos, ya preparados por la naturaleza, ya por su misma fuerza y reune la red de sus caminos en los grandes espacios que forman las regiones pobladas.

Pero la geografía de las comunicaciones no debe limitarse á estudiar la influencia de la estructura del suelo ó de la disposición de los ríos-sino que debe elevarse á considerar la distribución de los establecimien, tos ó centros de población en la superficie del Globo, resolviendo el problema por consideraciones generales y locales al propio tiempo.

Un elemento de comercio que contribuye en parte á la determinación de los caminos, es el medio de transporte; pero respecto de este, resulta que, cualquiera que sea, siempre tiende á acortar la distancia y á emanciparse en lo posible de la gravitación; así, pues, si suponemos dos puntos situados en vertientes opuestas de una montaña, podemos observar que el sendero del peatón, el camino de herradura por donde va la bestia de carga, la carretera y la vía férrea, siguen aproximadamente el mismo trazado y abordan el obstáculo en el mismo punto, que es aquel que ofrece menor dificultad y resistencia, porque todas las vías están sometidas á una ley común; pudiendo afirmarse que un nuevo modo de locomoción no crea una vía nueva, sino que únicamente contribuye á mejorar la vía antigua determinada por la naturaleza, y su obra se subordina por completo á los caracteres geográficos de la región en que se emplea, hecho que se comprueba en nuestro propio país, donde las vías romanas, los caminos de la Edad Media, las vías pastoriles, las carreteras y los ferrocarriles siguen entre Mérida y Salamanca, y en otros varios lugares, el mismo trazado.

Después señala las formas geométricas á que obedecen los trazados de las vías en su desenvolvimiento histórico en una comarca, haciendo curiosas observaciones de gran interés y de utilidad real.

Esta nueva rama de la geografía llamada á ulterior desenvolvimiento y

desarrollo, y á un examen crítico de los hechos y de las teorías, merece ser conocida y desarrollada en nuestro país, que, indudablemente, ha de prestar abundantes materiales y leyes distintas de transformación de las comunicaciones, efecto de la diversidad de pueblos que la han dominado.

ASIA

Tibet: Viaje de Crosby.—M. Crosby partió de Europa en Junio de 1903 con propósito de llegar al Tibet por el camino del Turquestan oriental. Asociado al capitán francés Anginieur, formaron una caravana en Osse, estación final del ferrocarril, atravesando las montañas y llegando á Kasgar á los doce días. Desde este punto, y siguiendo el camino más frecuentado por la vertiente septentrional de los montes Kuen lung, fueron por Yarhand y Cotan hasta Polu, pero no pudieron penetrar en la región desconocida y desierta que hay al NE. de esta población, porque perdieron sus acémilas y sus provisiones, y la deserción de los guías llegó á comprometer el éxito de la expedición.

Por fortuna, los kirguises llegaron en su ayuda con camellos y provisiones; pero negándose á dirigirse hacia Rudoc, se vieron obligados los expedicionarios á atravesar el Karakorum, llegando á Cachemira el 2 de Noviembre.

Esta región del Asia era, al mismo tiempo, explorada por Workman, quien en su tercera campaña ha visitado y reconocido las principales heleras del Karakorum, como la de Hoj Lumba no lejos y al E. de la de Hispar, y la de Jogo Lungma. M. Workman llegó á escalar uno de los picos que rodean á esta última, que se eleva á 7.152 metros, es decir, 100 metros más que el Aconcagua, que es el pico más elevado que se ha reconocido por los hombres.

Viaje de Sven Hedin.—Este célebre explorador sueco ha recorrido durante tres años la parte Oriental de China, reconociendo la inmensa hoya de Tarim, rodeada por las enormes y altísimas crestas del Kuen lung, del Mustag y del Tian Chan; después, abandonándo esta depresión, ha hecho muchos itinerarios en la región misteriosa del Tibet, donde hay inmensas mesetas de 1.500 metros de altura.

Durante estos tres años, luchando con los ahogos que produce el viento del desierto, con los calores tórridos y con los fríos intensísimos, con una tenacidad inquebrantable, que es uno de los rasgos característicos del pueblo sueco, el valiente explorador no ha cesado de trabajar ni de observar, llenando los claros que presentaban los mapas de estas regiones y exhumando los vestigios de las civilizaciones que se extendieron en otra época sobre estas comarcas hoy desiertas. Gracias á la actividad

del doctor Hedin, un rayo de luz aclara el misterio que envolvía esta parte de Asia.

La obra considerable de este viajero no interesa solamente á la geografía. El Turquestan chino es vigilado de cerca por las dos grandes potencias que se disputan el imperio del Asia; y Lasa, la Roma del Budismo, hasta aquí cuidadosamente cerrada á los europeos, es objeto de tentación, á la cual difícilmente se puede sustraer el viajero. Los mapas, planos y observaciones científicas del doctor Sven Hedin tienen un valor considerable. Protegiendo las investigaciones del joven explorador sueco, el emperador de Rusia ha mostrado cuanto interés concede á esta investigación, y el sabio geógrafo y virrey de las Indias, Lord Curzon, por la cordialidad de su acogida, ha puesto en evidencia la alta estimación en que tiene al viajero sueco.

COMUNICACIONES

Para explotar las regiones desiertas del NE. de Rusia se anuncia el proyecto de ferrocarril que, enlazándose con el Transiberiano en Irkutsk pasaría á Yakutsk sobre el Lena y llegaría al estrecho de Bering, recorriendo más de 3.000 kilómetros. Después la vía férrea atravesaría este estrecho por un túnel de 60 kilómetros, abierto á 50 metros debajo del agua, y continuaría por Alasca y el Canadá á unirse con la línea americana del Pacífico. La explotación de las minas de oro, cobre y hulla de estas regiones heladas, compensarían los gastos de construcción y entretenimiento de la nueva vía férrea, y puede ser también que algunos curiosos europeos, ansiosos de ver lejanas tierras y de hacer recorridos y excursiones variadas, fueran á Nueva York por Irkutsk, Bering, Jukon, Mamtoba y los Grandes Lagos, empleando dos meses en una excursión que puede hacerse directamente en una semana.

Se consideraba completamente abandonado el camino septentrional de Siberia, á pesar de los esfuerzos hechos por Nordenskiold para abrir el paso del NE. El principal obstáculo eran los hielos que cubrían el mar de Kara, y por esto se pensó en construir un ferrocarril que, partiendo de Rusia Europea, llegara á la costa occidental del estuario del río Obi. Otro proyecto cuya realización parece más probable, es el de la prolongación del Transcaspiano desde Andidsan, en la Fergana, hasta Kasgar, que luego, siguiendo el camino de las caravanas á la China, pasará por Acsa, Turfan, Hami, Ansi y Lan, sobre el río Hoangho.

Las autoridades rusas proyectan la construcción de un nuevo camino de hierro que ha de poner en comunicación á Persia con los distritos agrícolas de la Rusia meridional, uniéndose al ferrocarril de Chersón á Nicolaiersik, después se prolongaría por el estrecho de Ienicalé, Novoros-

siisk y Sukun-Kalé y se uniría con el Transcaucásico en las proximidades de Nueva Senaki, coincidiendo con una gran vía histórica seguida por los pueblos en su marcha de Asia á Europa.

Además, los rusos se proponen establecer otro camino de hierro que una la línea de Persia con el Transiberiano, yendo de Kurgan á Iekaterinburgo, y continuar el camino del Volga de Zarizin á Astracan.

LOS CAMINOS DEL TIBET

El Tibet es un vasto país de más de 1.700 kilómetros de largo del E. al O., por 1.447 de ancho de N. á S. Tres de sus fronteras le separan de las Indias, y en el E. el Bramaputra atraviesa las montañas por estrechos valles todavía poco conocidos y casi inaccesibles. En el extremo occidental, donde los desnudos desfiladeros le unen á la elevada meseta de Cachemira, hay un antiguo camino: por último, entre estos puntos extremos, el Sikkim es el único punto de contacto y paso de las comunicaciones, pues todas las demás vías atraviesan el Nepal y el Butan, y todavía son desconocidas á los viajeros y á los mercaderes europeos. Por esto los ingleses han preferido la vía central, de la que tenían más exactas noticias.

La parte del Tibet que se extiende más allá del Bramaputra y los desiertos del NE., tiene poca analogía con la región situada entre el muro exterior del Himilaya al S. y Sigatsé y Lasa al N. En el distrito en que las tropas inglesas operan, la temperatura no desciende de 8 en los meses de invierno, y lejos de ser largo y difícil el viaje desde la frontera de la India á Lasa, puede hacerse en diez ó doce días. En el interior del Tibet los caminos que enlazan las ciudades más importantes son senderos, pero no vías de fácil tránsito para carruajes.

El territorio de Sikkim fué incorporado al imperio británico y colocado bajo su protección, y comprende la comarca que riègan el Tista y sus afluentes. Antes de 1870, fecha del tratado entre China y el Tibet, su superficie era ó se suponía más extensa, quizás porque el rey tenía posesiones en el valle de Chumbi ó Jumbi.

Actualmente el Sikkim se extiende al E. del Nepal y está limitado al N. por la cresta divisoria de aguas del Himalaya, y al E. por el Tibet, que posee una larga zona de tierra formada por la cuenca del río Ammo Ju que corre hacia la India. Geográficamente esta cuenca corresponde al Butan, otras veces ha pertenecido alternativamente al Butan y á Sikkin, y sólo en estos últimos años el gobernador de Lasa ha podido hacerse dueño de ella. Por consecuencia de esta disposición de las fronteras, el camino comercial de la India al Tibet que pasa por Jumbi, en lugar de remontar e, Ammo Ju, atraviesa la cadena de montañas que separa este río del Tista, la cual está cortada por multitud de caminos de herradura, y uno de

sus puertos, el de Jelep. Ya ha sido arreglado por los ingenieros ingleses: por él pasaron los Tibetanos al invadir el Sikkim en 1886-88, y por ello ha marchado la expedición inglesa que en estos momentos está en el Tibet.

La base del camino de hierro que conduce á Sikkim es Siliguri, ciudad situada al final del ferrocarril: desde aquí un camino carretero conduce al Tista, que se pasa á los 48 kilómetros por un puente recién construído: en este punto comienza la subida á las montañas, llegándose á los 67 kilómetros á Ganatong á 3.600 metros de altura, y poco después se atraviesa el puerto de Jelep-La á 4.317 metros, donde existen aun las ruinas de las fortificaciones en las cuales pensaban los Tibetanos detener á los ingleses en 1888.

El paisaje es desnudo y abrupto. Un trayecto de 14 kilómetros de descenso conduce á Jatung (3.300 metros), en la cuenca del Ammo Ju, en donde se encuentra la muralla china de 4,50 metros de altura y 3 de espesor en la base, que se halla reforzada por blockhaus. Jumbi, la residencia del rajah ó reyezuelo, está en un valle que puede denominarse la Engandina del Himalaya; á pesar de su altura considerable, el clima es cálido y seco y el buen tiempo reina constantemente, mientras al O., en el valle del Sikkim, las tierras se inundan por las lluvias y el aire se obscurece por las nieblas. Por este valle corre el río Ammo Ju, ancho de un kilómetro y sembrado de islotes. La vega produce trigo y cebada con abundancia; las laderas de los montes y las colinas se cubren de pasto y se hallan sombreadas por árboles frutales y por encima de ellas descubre la vista la nieve que corona las altísimas crestas de los montes.

Después de Jumbi está Gari, á 34 kilómetros, y el camino se halla barreado por murallas y fortalezas llegándose al paso de Tang-La (4.760 metros), por donde se penetra en la cuenca del Bramaputra superior; este camino no ofrece serias dificultades; los terribles pasos y los prodigiosos obstáculos naturales existen únicamente en la imaginación de los escritores que, no teniendo idea exacta del país y juzgando sólo por la altitud sobre el nivel del mar, creen que á mayor altura corresponde mayor aspereza. Pero más allá de este punto cambia bruscamente el clima; los días calurosos suceden á las noches frías, numerosos pueblecillos se hallan separados por tierras desnudas de vegetación y el país es pobre.

Además de este camino, que es el más importante, existe el del valle del Tista, notablemente mejorado desde 1899.

Esta región sirve hoy de teatro á la expedición inglesa del Tibet.

LA MUJER EN LA SOCIEDAD ANAMITA

Los anamitas jamás abrazan á sus hijas: el beso paternal es desconocido entre ellos, y sólo los amantes se besan en las mejillas, más con voluptuosidad que con afecto. Las niñas se educan en la casa, no consintiendo llevarlas á escuelas ó colegios, y se procura inspirarlas sentimientos delicados, abnegación y constancia.

Muchas veces el esposo no conoce á su mujer hasta el día de la boda, y da validez á éste acto el padre y no un funcionario público.

En cada casa existen varias esposas, pero sólo una de ellas es la admitida con toda solemnidad en el hogar; en cambio, todos los hijos son legítimos y la primera esposa cuida de todos ellos como si fueran propios.

DISMINUCIÓN DE FIERAS EN LA INDIA

En el último año han perecido devoradas por las fieras en la India 2.836 personas (la mitad próximamente, 1.046, por los tigres); pero estas cifras son insignificantes si se comparan con el número de víctimas producidas por la mordedura de las serpientes que ha llegado á 23.160. A éstos hay que agregar que entre los daños causados por unos y otros, figuran más de 90.000 cabezas de ganado.

A su vez, los cazadores, estimulados por los premios que concede el gobierno, y cuyototal ha ascendido á 10.000 libras esterlinas (unas 350.000 pesetas al cambio actual), han dado muerte á 1.330 tigres, 14.700 fieras y 72.000 serpientes venenosas.

La estadística de este año, comparada con la de los anteriores, da una disminución importante en el número de víctimas humanas, siendo de esperar que poco á poco los peligros irán desapareciendo.

AFRICA

EL CAMINO DE TIMBUCTU

De Dakar, capital de los territorios franceses del Africa occidental, puede llegarse hoy á Timbuctu con una comodidad que no se hubiera podido creer hace una docena de años. Para ello, basta tomar el ferrocarril que conduce á San Luis del Senegal, desde allí subir en una lancha de vapor el río Senegal hasta Cayes, después se vuelve á utilizar el ferrocarril hasta Kita, á continuación se utiliza el carruaje que llevará hasta Bamako, sobre el Niger, y, por último, las barcazas que hay en este río llevan cómodamente al viajero á Timbuctu.

VIAJE DE CUNNINGHAN

El capitán Cunninghan ha realizado una expedición á Benguela, visitando la bahía de Lobito al N. de Benguela, así como la estéril región costera, enervante y palúdica, y la interior cubierta de hermosos bosques y surcada por ríos perennes. Escaló la meseta que se extiende desde el Congo por el N., hasta Umpata por el Sur, alta de 1.300 á 1.600 m., muy ondulada, cubierta de praderas y habitada por negros. Su clima es saludable y tónico para la raza blanca.

Desde allí marchó á Bihé que es el mercado de esta región, siendo sus habitantes intermediarios entre los indígenas propietarios de los bosques de caucho y los mercaderes europeos. La exportación ha sido algunos años de más de dos millones de kilogramos de esta substancia.

EL LAGO TSAD

El lago de Tsad y las regiones inmediatas están siendo objeto de frecuentes exploraciones: entre ellas una de las más notables ha sido la realizada por el capitán Lenfant, quien ha buscado un camino de abastecimiento ó una vía de comercio desde el mar á las posesiones francesas inmediatas á este lago. Su empresa era tanto más útil cuanto que la actual vía del Niger, siguiendo el camino de las caravanas, recorría en su mayor parte territorios correspondientes á la Gran Bretaña, y el camino por el Estado libre del Congo resultaba sumamente largo y costoso.

El personal en la expedición estaba constituído tan sólo por tres franceses (Lenfant, Delevoye y Duchesne), diez cargadores de puerto, reclutados en Dakar, un cocinero y un intérprete.

Para explorar la vía fluvial construyó, según los planos del oficial de marina Guilloux, un barco de acero que nombró «Benoit-Garnier», en memoria del hombre generoso que dió su fortuna á la Academia de Inscripciones para favorecer la empresa. Dicha embarcación medía 12,50 m. de largo, 2,5 de ancho y 0,60 de calado, pudiendo conducir hasta 20 toneladas, y fraccionarse en piezas con un peso máximo de 60 kilogramos.

El 4 de Agosto llegaron á la desembocadura del Niger, desde allí, remolcados hasta Garua, remontaron aquel río y el Benué. El 26 de Agosto salieron de Garua en el «Benoit», tardando dos días en llegar á Kabí.

La navegación es fácil, pues no hay bajos fondos ó rocas hasta Lata, y se puede contar con una profundidad mínima de cinco pies; pero la corriente es rápida: la expedición se hizo con felicidad, bien que las tormentas fueron constantes, y esto, juntamente con la hostilidad de los indígenas, les proporcionó fatigas y cuidados. Poco después de Garua se

dejó el río Benué, y pasados los lagos de Lese y Trené, donde la corriente del río Mayo-Kabí se extiende y desaparece en extensas masas de agua, se encuentra un profundo desfiladero. Las verdaderas dificultades están en el paso de Lese al lago Tuburi, en una longitud de unos 30 kilómetros, pues pasados éstos la navegación es segura al Logone y de éste al Tsad.

Ahora bien; este camino, que se ha recorrido en setenta y dos días desde Francia, marchando con extremada lentitud, representa una considerable economía del tiempo y de dinero respecto de la vía actual Matadí, Congo, Ubangui, en la que se emplean seis meses. En ésta el transporte debe efectuarse á brazo en algunos trayectos, y como consecuencia de ello muchas mercancías llegan á su destino en estado lamentable, al que contribuyen los frecuentes transbordos, pues se emplea el barco, la vía ordinaria, la fluvial y la férrea, resultando ser el precio medio del transporte por ella de 2.000 francos por tonelada ó 2 francos por kilogramo.

MISION CHEVALIER

Los resultados obtenidos por este viajero, han sido aclarar algo la confusa hidrografía de la región en que confinan las cuencas del Congo, del Nilo y del lago Tsad; ha reconocido el lago Iro y el río Salamat, que no es tributario del anterior como se creía, sino que, por el contrario, recibe las aguas de aquél y las conduce al Chari. Los pantanos que cubren el suelo crean serias dificultades para la marcha; en cuanto á los indígenas (Gullas), viven de la pesca principalmente, siendo pacíficos y trabajadores. Continuando después por el N. del lago Tsad, ha pasado por entre numerosas tribus árabes, afirmándoles los Kredas y Bereberes de Bahr el Gazal, la existencia de criaderos de sal gemma en el Sahara, al N. de Wadai.

El país es pobre; inmensas extensiones de terreno, cubiertas en otra época por las aguas del lago, hoy están secas; pero no pueden cultivarse mientras no se supliera la sequía producida con obras de irrigación que resultarían muy costosas.

MISIÓN DESTENAVE

Encargada de la exploración de los territorios orientales del lago Tsad, prosigue sus trabajos en la actualidad.

Los alemanes, á su vez, han recorrido el territorio intermedio del lago Tsad al río Benué y la región fronteriza del Adamua alemán y alto Congo francés; y los ingleses están preparando una expedición á las órdenes del Capitán Gosling y del Teniente Boyd Alexander para estudiar la línea

de separación de la fauna tropical del Oeste africano y la Oriental del mismo continente.

Intentan llegar á Kouka por el Benué y su afluente el Góngola; desde este punto piensan llegar al Chari por el Bornu alemán, remontar el Logone y comprobar el descubrimiento del Capitán Lenfant.

EL SAHARA

Después de las recientes expediciones dirigidas contra los Tuaregs por el Teniente Cotenest, de la exploración de la meseta de Ahagar por el Teniente Lohain y de los estudios de Mr. Gautier sobre la misma región, una nueva misión dirigida por Mr. Villatte, calculador del Observatorio de Argel, va á estudiar el país que se extiende al S. de Insalah, con objeto de establecer una red de posiciones geográficas en que puedan apoyarse los itinerarios topográficos de los exploradores de Ahagar y Muidir.

LOS PIGMEOS

El misionero americano E. Geil ha dado nuevos datos acerca de ese pueblo misterioso de enanos que habita los bosques del Africa Central, y cuya existencia daba á conocer en 1625 Battel, en la relación de sus viajes al país de los Matimbas.

Los pigmeos son nómadas; no se les encuentra, sin embargo, más arriba del quinto grado de latitud N., ni al S. del Ecuador, y ocupan la región que hay entre el Océano Atlántico y los grandes lagos, distinguiéndose los enanos del O. (Cameron y Loango), estudiados por Du-Chaillu, Marche, Clozel, Falkerstein y Dubourki, y los del E., entre los cuales se cuentan los Tikitikis, que Schweinfunth ha visto entre los Niam Niam, los Ba Mra, y los Quambotis, que Stanley ha descrito.

Estos enanos tienen una estatura media de 1,40; son de color obscuro y están cubiertos de fino bello; su cabeza es más pequeña que la de los negros; los labios rosáceos y delgados, pero salientes; la frente recta; la nariz ancha y abierta, y los ojos vivos y brillantes.

Su civilización es rudimentaria; no llevan adornos ni vestidos, pero sienten pudor, sobre todo en presencia de los europeos. Sus chozas son redondas y de escasa elevación; existe la poligamia, y viven principalmente de la caza y de la pesca.

VÍAS DE COMUNICACIÓN DEL AFRICA INGLESA

Las cascadas Victoria.—Dentro de poco el ferrocarril conducirá al viajero desde la Colonia del Cabo á las inmediaciones de las cascadas

Victoria, ya que dificultades insuperables han impedido realizar el propósito del célebre Cecilio Rodes de que atravesara el Zambere en frente de las mismas cataratas.

Estas, que fueron descubiertas por Livingstone hace unos cincuenta años, son una maravilla de la naturaleza. Aguas arriba, el Zambeze se presenta como un río tranquilo, cuya anchura llega en ciertos puntos á una milla, y cuyas aguas, sembradas de islotes, reflejan los bosques de palmeras. Sólo las aves que cruzan el aire, y que de cuando en cuando descienden á la superficie para coger los pececillos, turban la soledad y el silencio del paisaje. De repente las aguas desaparecen y se escapan resbalando por una cortadura de más de 300 pies de anchura y 400 de elevación; y continúan luego formando zigzás hasta una treintena de millas á través de rocas altísimas, por las cuales sólo en dos puntos se puede descender: para aumentar la grandiosidad y la belleza, el vapor de agua desprendido de la cascada forma un arco iris, que al impulso del aire y por las oscilaciones mismas de la caída, unas veces, presenta escalonado en las distintas capas de vapor que ascienden hacia el cielo, y otras constituye una nube llena de puntos brillantes, donde todos colores y matices se confunden.

En una isla inmediata, la isla Levingstone, se encuentra un árbol en cuya corteza el intrépido explorador grabó su nombre.

ESTADO DE LAS POSESIONES DEL AFRICA DEL SUR

Las elecciones verificadas en el Africa austral inglesa, han mostrado la importancia del elemento Africanista en frente del Inglés, y han producido serias inquietudes entre estos últimos.

Los efectos de la guerra se borran lentamente, y la mano de obra necesaria para la explotación de las minas falta en el Transvaal, porque los indígenas rehusan el trabajo, á pesar del aumento experimentado en los salarios, habiéndose pensado en traer coolíes chinos.

En Rodesia continúan los trabajos del ferrocarril del Cabo al Cairo: un nuevo ramal, partiendo de Buluvayo, llegará pronto al Zambeze frente á las cataratas de Victoria, y se han hecho ya los estudios para continuar al lago Tanganika, bien sea bordeando el lago Nyasa, ó más directamente por el valle de Loango.

En el Africa oriental inglesa el camino de hierro de Membaza á Puerto Florencia al N. E. del lago Victoria, está en explotación; desde allí partirá, en dirección á Abisinia, al Nilo Azul y á Jartum, un ramal que se unirá á la línea que recorre el valle del Nilo y conduce á Alejandría y al Cairo.

Además de estos ferrocarriles se han construído algunos en el Sudan

Egipcio (Berber á Sennar), en Abisinia (Addis-Abeba á Arar), en el Mozambique portugués y en otros puntos y regiones africanas.

Marruecos.—El comité francés de Marruecos hace un llamamiento á sus conciudananos para la propagación del conocimiento de los asuntos de este país, y en 5 de Junio último celebró un banquete, en el que pronunciaron varios discursos el Príncipe de Aremberg y M. Etienne, que es el propagandista y director hoy de la política colonial francesa en Africa. En su discurso hay notas que conviene recoger. «No ignoro, dice M. Etienne, que la opinión pública en Francia y en España se preocupa del convenio que debe establecerse entre los dos países, y creo que no ha de haber dificultad para resolver este asunto, porque tomando nosotros el encargo de mantener la integridad de Marruecos, es claro que no podríamos conceder derechos territoriales á otra potencia; pero yo confio en que nuestro Gobierno sabrá satisfacer á nuestra vecina la nación española, dándola participación en la obra del desenvolvimiento económico de Marruecos».

Al mismo tiempo, una Revista muy apreciada, el *Boletín del Comité del Africa francesa,* hace constar en un artículo titulado «La opinión española y Marruecos», que si el Gobierno español, haciéndose eco de las indicaciones de la Real Sociedad de Geografía, pretende la cooperación con Francia en condiciones de igualdad, todo acuerdo será imposible, bien que todas las demás pretensiones, como la entrega del puerto de Santa Cruz, la extensión del territorio jurisdiccional de Ceuta y el programa de las medidas y reformas de orden interior propuestas por dicha Sociedad le parezcan razonadas.

Los franceses, entusiasmados con el acuerdo anglo-francés y con los sueños de grandeza, no ven ó no quieren ver en este asunto que en ningún modo ni manera podrán hacer de Marruecos una colonia, y que el concurso de España les es indispensable y conveniente; lo primero, porque una nación estéril como Francia, puesto que su población sólo consigue renovarse pero no crecer, no puede llevar hombres; llevará ideas y dinero, pero el trabajo, que es el que verdaderamente consigue el desarrollo de la riqueza, ese lo llevarán los españoles de Andalucía, Murcia y Valencia, como lo lleva á Orán, constituyendo una provincia, francesa en el nombre, y española en realidad; colonia que, si obligada por la guerra ó por cualquier otra circunstancia desapareciera, convertiría otra vez en desiertos los campos cultivados, y cuya presencia y cuyo trabajo, más aun que las armas de los soldados, han extendido el dominio francés en el Africa septentrional.

De otro lado, ¿por qué no puede tratarse de igual á igual en esta cuescuestión entre España y Francia? Si repasamos el discurso de M. Etienne vemos que sólo puede presentar un título á la preferencia de Francia: tí-

tulo casi ridículo, dice así: «Otras potencias han tenido exploradores de Marruecos al mismo tiempo que nosotros; pero los franceses dominan á los demás de un modo considerable. Nuestro gran Focault ha hecho una exploración magistral, que deja en segundo lugar á las de Lenz y Fischer, que tanto enorgullecieron á los alemanes. M. de Focault ha descrito en brillantes conceptos lo que eran Marruecos y el imperio de Jerife.

Argumentos tan poderosos no merecen ni siquiera que se los refute, aparte de que Focault no vale lo que Lenz; es ridículo fundar las pretensiones de protectorado ó de dominación en una exploración particular.

En último caso, Francia, al extenderse sobre Marruecos, lo que conseguirá será abrir campo á la emigración española y preparar el terreno para que España los posea más adelante.

AMÉRICA

LÍMITES DE ALASKA Y MINAS DE ESTA REGIÓN

Delimitación de Alasca.—Una Comisión mixta ha dictado hace poco sentencia en la cuestión de límites, de los territorios de los Estados Unidos de América del Norte y los del Canadá y Alasca.

Los límites actuales estaban formados por una línea que iba desde el monte de San Elías, sobre el 141° de longitud Oeste de Greenwich, hasta el Océano Glacial; pero la diferencia surgía en lo que se refiere á la parte Suroeste de los límites, que quita al Canadá el archipiélago del Príncipe de Gales que en todos los mapas figura como suyo, y una porción de la costa que se determinará según los documentos relativos á las antiguas fronteras.

La línea adoptada por la Comisión no sigue la propuesta de ninguno de los dos Estados, pero favorece más á los Estados Unidos del Norte de América, que adquieren el canal de Lyn, los pueblos de Skasgway y Dyen. El Canadá pierde el acceso al mar, pero conserva el derecho de tránsito, y la sentencia le adjudica en el extremo Sur el canal de Portland, con las islas Pearce y Wales, ocupadas hasta ahora por los Estados Unidos, y que tienen realmente gran importancia estratégica.

El Canadá prospera económicamente y se preocupa de su porvenir, tratando de hacer adquisiciones y crear intereses en Terranova, Groenlandia y Bahía de Hudsón. Además, proyecta hoy la construcción del ferrocarril de Quebec á Simpson, sobre el Pacífico, en frente de la isla de Reina Carlota. Esta línea facilitaría la explotación de las inmensas riquezas forestales y mineras de algunos distritos, y acortaría en 900 kiló-

metros la distancia de Liverpool á Yokohama y de Europa al Japón y China.

La explotación del oro continúa en Klondyke y sobre el Jukon canadiense, así como en el cabo Nome, en la península Luvard en Alaska. De las minas polares salen anualmente más de 100 millones de francos de este precioso metal, y barriadas de obreros se transforman en poblaciones europeas, en estas regiones, hasta hace poco deshabitadas.

Regiones polares. Exploraciones geográficas.—La interesante exploración antártica realizada por Nordemskiöld, tiene en los actuales momentos su continuación en la que realiza Charcot, quien habiendo partido en el pasado año con propósito de encontrar á aquel intrépido viajero, hubo de modificar su programa, en vista de que ya el capitán Irizar había recogido á los supervivientes de la expedición Sueca. El doctor Charcot ha partido, pues, con ánimo de reconocer el archipiélago de Palmer, llegando á la parte Suoeste del estrecho de Bélgica. A partir de este punto la expedición explorará la costa occidental de la tierra de Graham hasta la isla Adelaida; escogerá en esta costa la estación de invierno, y durante la primavera harán correrrías los exploradores hacia las regiones descubiertas por Nordenskiöl en la costa Este de la tierra de Graham y de Alejandro I, regresando á Europa en Abril de 1905. Si para esta fecha no hubiera noticias de ellos, sería preciso organizar una expedición para socorrerlos.

Mientras el doctor Charcot explora las regiones inmediatas al Polo Sur, otros sabios intentan avanzar hacia el Polo Norte y descubrir y conocer las comarcas boreales.

En primer lugar ha de recordarse que hace cuatro años salió de San Petersburgo el barón Toll con el astrónomo Zeberg, en el *Zaria*; la expedición pasó el primer invierno en la costa Oeste de la isla de Taymir, donde practicaron interesantes estudios é hicieron observaciones científicas de importancia. En Agosto de 1902 partieron para Nueva Siberia é invernaron en la isla Kolteniy, cuyas costas reconocieron, así como las de la isla Bielkovski. Desde entonces no se tienen noticias de los expedicionarios, habiendo resultado infructuosos los esfuerzos del Teniente Kolchak y de otros que han partido en busca del atrevido explorador.

El Capitán Amundsen, un antiguo oficial del *Bélgica,* partió en 16 de Junio de 1903 de Cristianía con ánimo de invernar en el Polo magnético, debiendo encontrarse en las costas septentrionales de la América del Norte, mientras la expedición danesa de 1902 se halla en las costas occidentales de Groenlandia hacia la isla Saunders, y la americana de Ziegler en el 75° latitud Norte, buscando un paso hacia el Oeste á los 46° de longitud oriental. Por último, el Comandante Peary, famoso explorador que desde 1898 á 1902 ha reconocido el Norte de Groenlandia

y de la tierra de Grant, se proponía llegar al Polo. La expedición zarpará uno de estos días en un barco construído de modo que pueda romper los hielos, tomará á bordo algunos esquimales, cuyos servicios considera muy útiles, y se establecerá en el cabo Sabina, desde donde procurará abrirse paso á través de los hielos hasta la costa septentrional de la Tierra de Grant, donde invernará en las inmediaciones del cabo José Henry.

Desde este punto, en el alba del día polar, ó sea en el mes de Febrero, avanzará directamente al Norte con una pequeña columna, seguida por el grueso de la expedición, esperando tardar sólo cien días en llegar al Polo y volver, lo cual supone una marcha media de 10 millas ó 18,520 metros por día.

CRONICA INTERNACIONAL, POR JOAQUIN F. PRIDA.

RUSIA Y JAPÓN

En derredor de las hostilidades de Extremo Oriente, conducidas con extraordinaria habilidad é inesperada fortuna por parte de los caudillos japoneses, van acumulándose, con el andar del tiempo y la prolongación de la lucha, temores, desengaños y quejas, que aumentan de día en día la general preocupación causada en todo el mundo por la presente guerra.

El desconocimiento del poder militar efectivo con que el Japón contaba al comenzar la lucha; la conciencia de la enorme fuerza de que Rusia dispone, y la situación y condiciones del territorio en que iba á rosolverse el conflicto, hicieron pensar, cuando estallaron las hostilidades, ó en una inmediata victoria moscovita, ó, por lo menos, en una contienda que, en medio de inevitables lentitudes, preparase poco á poco el aplastamiento del ejército japonés, tan rápidamente concentrado en el interior de Mandchuria.

La celeridad en la acción, se decía, es la esperanza única y la clave de las ventajas momentáneas alcanzadas por los japoneses. Gracias á á ella, la ruptura de las hostilidades sorprendió á la flota rusa repartida entre Vladivostok y Puerto Arturo, manteniéndola, por efecto de esa división, en inferioridad notoria frente á la escuadra del almirante Togo. Gracias también á esa celeridad, las tropas del Japón pudieron extenderse por el territorio mandchuriano antes de que Rusia tuviera tiempo para trasladar, á través de Siberia, las fuerzas necesarias á fin de hacer sentir la propia superioridad militar al enemigo que la provocaba al combate.

Dejad, se añadía, que el tiempo pase; dejad que el ferrocarril transiberiano conduzca cientos de batallones á Oriente; dejad que la escuadra del Báltico sume sus barcos á los que enarbolan hoy el pabellón ruso en los mares de Asia, y entonces vendrá el equilibrio de las fuerzas terrestres y navales comprometidas en la lucha. y, después del equilibrio, la superioridad abrumadora de las armas rusas sobre las armas japonesas.

Así se juzgaba, no ha mucho, por los que parecían mejor informados de las condiciones militares en que se planteaba el problema de Extremo Oriente; y á esos juicios, que tenían de su lado el prestigio propio de

las opiniones autorizadas, y además bases de raciocinio no negadas por nadie, prestaba asentimiento general la común opinión, profana en este género de asuntos, pero dócil á las inspiraciones de los profesionales de la guerra, é impresíonada siempre por la visible desproporción de fuerzas y recursos entre los dos Imperios que en el Extremo Oriente luchan.

Si tales juicios eran completamente equivocados, no ha llegado el momento de decirlo. A la distancia á que el teatro de la guerra se halla del centro de acción moscovita, la experiencia de cinco meses no es suficiente para poder formar opinión fundada acerca del proceso ulterior, probable, de las hostilidades; pero la verdad es que, aunque á la larga vengan los hechos á dar la confirmación más decisiva á las predicciones favorables al triunfo de Rusia, hasta ahora sólo sorpresas dolorosas ha tenido la guerra para el gran Imperio de los Czares.

En el mar, la flota de Puerto Arturo ha sufrido graves quebrantos; la plaza misma en cuyas aguas se refugia, está sometida á cerco riguroso y amenazada de un asalto que pudiera tener incalculable alcance en el curso de la contienda; el ferrocarril transiberiano no basta á transportar las tropas necesarias para que el ejército ruso alcance, en breve plazo, la superioridad del número en Mandchuria; merced á ese estado de cosas, los japoneses avanzan resueltamente en tierra, y su enemigo tiene que reducirse á una defensiva precaria, abandonando posiciones tras posiciones y acentuando de día en día el movimiento de retirada; la escuadra del Báltico permanece aún en los mares de Europa; y mientras tanto, ni Rusia gana visiblemente una pulgada de terreno en el sentido de equilibrar sus fuerzas con las fuerzas rivales, ni logra evitar que parciales reveses mermen poco á poco el no excesivo contingente de tropas tan penosa y lentamente transportado desde el continente europeo hasta el extremo oriental del continente asiático.

Por imprevisión, impericia ó adversa suerte, tiempo perdido para Rusia—hay que reconocerlo—han sido los cinco meses que siguieron á la ruptura de las hostilidades; y esa pérdida de tiempo, aunque no tenga en sí misma la irremediable transcendencia que empieza á atribuirle cierta parte de la opinión, sobrado impaciente y tornadiza, no por eso deja de ser contratiempo grave y origen posible de contratiempos todavía mayores.

Que el mal sufrido no pueda remediarse aún, nadie osará dudarlo. Ejemplos numerosos ofrece la historia de guerras desgraciadamente comenzadas para un beligerante y acabadas después á entera satisfacción suya; bien presente está, sin ir más lejos, la memoria de los primeros triunfos boers sobre Inglaterra, desesperado esfuerzo de una raza heroica, llamada á sucumbir, al cabo de unos meses, ante la tenacidad y el poderío británicos.

Algo así puede ocurrir fácilmente entre el Japón y Rusia. La prolongación indefinida de la guerra daña al primero en grado mayor que á la segunda. Escaso de recursos; viendo desaparecer rápidamente las reservas metálicas con que contaba en los primeros días del año actual, antes de que las hostilidades comenzasen; obligado á buscar en el extranjero municiones de boca y guerra; pendiente de la negociación de empréstitos que, realizados dentro del Estado, producen papel, pero no oro, y convenidos fuera de él han de imponerle cargas gravosísimas, el Japón debe sentir ya hondas inquietudes, á pesar de todas sus victorias, y mirar con intranquilidad creciente un porvenir en que la mera acción del tiempo ha de parecerle más amenazadora que los cañones de Puerto Arturo y que los regimientos de cosacos acampados en Mandchuria.

Los cinco meses perdidos ó mal aprovechados por Rusia, no dejan de pesar también en el platillo de la balanza japonesa: al fin y al cabo son cinco meses de derroche de fuerzas y recursos, principio de debilidad para el mismo beligerante que ha sabido obtener las primeras ventajas en la lucha.

Reconocido el tiempo como principal factor de la guerra de Extremo Oriente, el resultado final no podría ser dudoso si la cuestión quedara reducida al choque de dos fuerzas contrarias, de las cuales perdiese la una su energía más rápidamente que la otra. Pero el problema no se plantea en la realidad con esa sencillez, propia de las fórmulas demasiado abstractas, sino que se complica con elementos nuevos, tanto más numerosos y variados cuanto más se aleja el triunfo decisivo de cualquiera de los contendientes.

No se soporta hoy, por parte de los pueblos neutrales, el espectáculo de una gran guerra como se soportaba en pasados tiempos. La solidaridad internacional progresa demasiado para que perdure indefinidamente la inacción de aquellos Estados que son meros espectadores de la lucha, á pesar de tener ligados á ella, en mayor ó menor medida, los propios intereses. Chispazos que brotan del terrible choque provocado en Extremo Oriente, amenazan á extender el incendio, ocasionando reclamaciones enojosas, actitudes de recelo ó de airada protesta y hasta secretos planes que acaso esterilicen algún día los esfuerzos del vencedor. El descontento que, aun dentro del Estado, mantienen y atizan elementos revolucionarios, atentos siempre á despertar las iras de la muchedumbre puede entorpecer, cuando menos se espere, la acción militar exterior de una gran potencia; y todas estas circunstancias, separadas ó unidas, señalan otros tantos riesgos que pueden dar al traste con las previsiones mejor fundadas, y llevar la solución del conflicto por inesperados derroteros.

Mas es de advertir que estas eventuales complicaciones tan rápida-

mente apuntadas como bien conocidas de todos, son, en su conjunto, más amenazadoras para Rusia que para el Imperio japonés. Despierta aquélla mayores prevenciones y cuidados que éste en la mayoría de las potencias; la alianza francesa, estéril en el caso presente, no la compensa del desvío ó de la sorda enemistad de otras naciones; tiene en su interior fermentos de discordia social y política positivamente peligrosos; y para colmo de desgracia, la conducta de sus representantes produce, de algún tiempo á esta parte, rozamientos y reclamaciones que, si hasta ahora no engendraron ningún nuevo conflicto, han servido de ocasión para que se mostrase el espíritu de hostilidad que hacia Rusia mantienen determinados pueblos europeos.

Esto último es lo que ocurrió con la reciente detención y captura de barcos alemanes é ingleses, realizada por cruceros rusos. No tanto por las condiciones en que se efectuaron aquéllas, como por la violencia con que la opinión alemana y británica, pero sobre todo la segunda, hubo de revelarse al tener noticia del hecho, el incidente (terminado ya, por fortuna, á la hora en que se escriben estas líneas), es de los que encierran verdadera enseñanza. Elementos moderados y gentes ordinariamente pacíficas, empezaban á preguntar, en Inglaterra, cuál podía ser la utilidad de la poderosa flota del Estado si no servía para impedir los supuestos desafueros de Rusia; pedían algunos que se recobrara á viva fuerza el vapor *Malacca*, apresado por sospechoso de conducir contrabando de guerra á puertos japoneses; y no hay que decir cómo trataban al Gobierno y pueblo del Czar los patriotas más exaltados, los que en todo momento y ocasión prefieren los temperamentos extremos á las soluciones conciliadoras.

No hubo conflicto, sin embargo, porque á la energía de las reclamaciones inglesas, contestó el Gobierno de San Petersburgo con amplias concesiones, inspiradas en notorio deseo de evitar á toda costa un rompimiento; pero es seguro que el incidente ha de dejar penosos recuerdos en el ánimo ruso; y es posible, además, que su solución coarte con exceso, para lo sucesivo, el ejercicio de los derechos que á Rusia, como á todo beligerante, corresponden con relación al comercio de los neutrales.

Si de las numerosas y heterogéneas circunstancias mencionadas en las consideraciones que preceden, es lícito deducir alguna conclusión precisa, sólo puede ser ésta la de que la guerra mantenida en Extremo Oriente no ha entrado todavía en aquel período en que, extenuados ambos contendientes, ó inclinada resueltamente la victoria en favor de uno de ellos, se avecina la paz y hasta empiezan á delinearse las condiciones en que ésta puede ser estipulada. La paz, por desgracia, está lejos aún, si ha de obtenerse por espontáneo impulso de los que combaten:

engreído el uno por sus triunfos y resuelto el otro á conseguir el desquite de sus reveses, ninguno de ellos piensa todavía en transacciones, y, antes, al contrario, rechazan ambos todo intento de acuerdo, estimándolo prematuro.

Son testimonio de esta actitud, en primer término, las exageradas pretensiones que de una y otra parte se mantienen como condición necesaria para firmar la paz; y es testimonio también, más positivo acaso, la reciente nota del Gobierno norteamericano, en que se hace constar que, según los informes oficiosos que han podido obtenerse, ni el Japón ni Rusia se encuentran dispuestos á aceptar una oferta de mediación, cualquiera que sea su procedencia.

Prematuro realmente debe parecer, ante todo juicio imparcial, el pensamiento de una mediación verdadera ó sinceramente amistosa en la guerra de Oriente. Pudieron, sí, las potencias neutrales, impedir, en su día, que estallase el conflicto, y obrando de este modo, habrían hecho obra de humanidad digna de incondicional alabanza. Pero habiendo consentido que se encomendase á las armas la solución de los problemas orientales enlazados á la futura suerte de Corea y de Mandchuria; habiendo tolerado que el prestigio y la supremacía en Extremo Oriente se decidiesen en los campos de batalla, carecen hoy de títulos para pedir que se ponga inmediato término á una lucha iniciada y sostenida para resolver lo que todavía no está resuelto.

Día llegará, seguramente, en que, agotadas las fuerzas de los que combaten, extinguidas las esperanzas que actualmente mantienen, ó acreditada la superioridad del uno sobre el otro, sea oportuna la gestión mediadora, que hoy tendría todas las apariencias, y las realidades acaso, de una intervención á deshora, inspirada más bien en miras de ilícito egoísmo que en sentimientos de justicia ó de humanidad. Y entonces será ocasión de ver si son cómplices las grandes potencias neutrales de que dos pueblos se despedacen inútilmente en el Oriente de Asia, ó si, por el contrario, están dispuestas á no explotar en provecho propio el desenlace del conflicto.

Teverga (Asturias), 31 de Julio de 1905.

DE NORTE A SUR

PARKER. Las celebridades modernas surgen radiantes en un momento, y en otro momento se anegan. ¿Supone menor esfuerzo de voluntad ó de inteligencia que la *celebridad* de otros tiempos? No lo creo. Tal vez al contrario: el *célebre* de hoy necesita vencer en lucha más violenta y furiosa que el *célebre* de antaño, porque la civilización ensancha cada día sus fronteras, y cada día son más, muchos más, los que sienten ansia de encimarse. Parece á primera vista que la prensa periódica ha hecho fáciles los encumbramientos que antes eran ásperos; pero esta misma facilidad, que yo no niego que exista, ¿no hace más terrible y más furiosa la competencia? Se habrán alterado las condiciones del camino que conduce á la cima; sin duda alguna, los obstáculos de hoy son diferentes de los de ayer; pero, ¿son menos ásperos?

Surgen estas preguntas espontáneamente al contemplar la rauda exaltación de Parker. ¿Quién es Parker? Un obscuro ciudadano de los Estados Unidos que levanta su candidatura enfrente de la de Roosevelt y amenaza derrotarle. Ni es un político de profesión, ni es un gran banquero, ni es un hombre de ciencia, ni es un artista que cautive al mundo. Es un burgués, un magistrado del Tribunal de Albany que dictó muchas sentencias honradas, pero también *burguesas*, sin la valiente osadía que caracteriza el juicio de otros jueces modernos, de los que aquí mismo hemos hablado. Parker ha sido hasta hoy el *buen señor* de vida reposada, familiar y serena. Su nombre se levanta en unos días, casi en unas horas, á las alturas, y millones de labios lo repiten rotundo y sonoro. Aún más; tal vez el buen Parker, dentro de unos días, pase del Tribunal de Albany á Casa Blanca, y en vez de firmar honradas sentencias, gobierne millones de ciudadanos.

Parker es uno de los casos más interesantes para el estudio de la psicología del *célebre* en nuestro tiempo. Destaca con ímpetu repentino entre las multitudes atónitas; pero tengamos por seguro que hubo antes elaboración tenaz, obscura y subterránea. A fe que sería interesante y educadora la biografía de Parker; no la externa, la del hecho cotidiano, que se desarrolla á flor de vida; ésta puede ser vulgar y monótona. No; necesitamos y apetecemos *la otra*, la interna, la honda, la que nos explique este caso de resplandor repentino.

Ello es lo cierto, que unos cuantos millones de americanos, fundan sus esperanzas de un buen gobierno en la humilde persona de Parker. Acaso

acierten y el obscuro ciudadano sea mañana un excelente gobernador de su pueblo. Al ver esto, ¿no recordáis aquellas graciosas y poéticas entronaciones de antiguos tiempos? Un labrador que labra su campo, un pastorcito que apacienta su ganado, y de repente, de la noche á la mañana, el pueblo le busca, le elige rey y le ciñe la diadema. Esto que ya nos parecía cuento de niños, candorosa leyenda, vedlo ahora en vivo... y en los Estados Unidos. Y ved, de paso, cómo este ejemplar de celebridad moderna, no es tan moderno.

Y vosotros, ¿no sentís, como yo, comezón de averiguar si en algún recóndito juzgado de primera instancia, firmando honradas sentencias no tendremos algún Parker?

BLANCOS Y NEGROS. La lucha presidencial, ardorosa, apasionada, casi con matices de grandeza épica (lo épico del XX, que no se encierra todo en los alrededores de Puerto Arturo), comienza á interesar por algo más que por la súbita presentación de un candidato. Tal vez el voto de los negros decida la contienda; los que ayer fueron esclavos pesan hoy de tal modo en la balanza política, que así Roosevelt como Parker han de conquistar el *voto negro* con más ahinco que el *voto blanco*.

La elocuencia de las cifras. En el Estado de New-York obtuvieron los republicanos en las últimas elecciones una mayoría de 8.000 votos; los negros en ese importante Estado no son menos de 31.000. En New-Jersey, la mayoría obtenida fué de 17.000 votos, y el número de negros es de 21.000. En California, la mayoría republicana fué sólo de 1.000 votos, y el número de negros es 4.000.

Acontece al mismo tiempo que en los Estados del Sur, el hombre de color conserva vivo el recuerdo de la esclavitud, y su voto será para los republicanos, que le hicieron libre. Con el negro del Sur cuenta Roosevelt. Pero en los Estados del Norte ya se borraron los recuerdos, que siempre son algo romántico, y la vida, tan áspera en aquellas latitudes, se impone con sus durezas. El negro del Norte no evocará recuerdos, sino esperanzas, para entregar su voto; y antes que en la esclavitud de ayer, pensará en las presentes dificultades económicas, que es la esclavitud de hoy. El del Sur se siente libre; el del Norte se siente esclavo; no hizo más que cambiar de esclavitud, y la que ahora le enyuga, más humana sí será, pero más blanda, no.

¿Contará Parker, para su triunfo, con los negros del Norte?

LORD CURZON. Otro *improvisado*, otro mimado por la fortuna y por la política. Verdad es que esta improvisación no es de hoy; pero ahora se aviva el recuerdo por la concesión de nuevos dones al feliz virrey de la India.

Lord Curzon fué escolar estudioso en Oxford; después empleó parte de se juventud en largos viajes por Asia; fruto maduro y muy jugoso de aquellos juveniles viajes, fueron sus obras sobre Afghanistan y sobre Persia. En estas obras ya se husmea tufarada imperialista. Después, apenas iniciado en la política, entra, casi de rondón, en la subsecretaría de Estado; después asciende á virrey de la India. Aún no había cumplido los cuarenta años. Ahora, al terminar el primer período legal de su virreinato, lord Curzón se presenta como un triunfador, en Inglaterra, á recibir mercedes y agasajos; se le confiere el honorífico título de *Señor Guardián de los cinco puertos;* Londres le otorga el derecho de ciudadanía; la opinión ensalza su obra.

¿Cuál fué su obra? La expansión inglesa más allá de los confines de la India. Labor *imperialista.* Hasta hoy, en la primera etapa de su gobierno, lord Curzon más parece un espíritu aventurero, sediento de conquistas, que hombre de Estado atento á la prosperidad interior del pueblo que gobierna. Parece que le impulsa en su política, más que el hambre de sus gobernados, la propia sed de osadas aventuras. Es el espíritu de Chamberlain reinando en la India. Valdría la pena que en las columnas del *Times* se le ungiese también como á *Hombre* (otro *Hombre*) entonándole un vigoroso poema de Kipling que llevase por epígrafe, como el último, versículos bíblicos *(José tuvo un sueño...)*, tan biensonantes en el virreino oriental de Curzon.

KRUGER. Al aparecer estas líneas ante el público, ¿se habrá anegado ya en el olvido el nombre de Kruger? ¿Será otra celebridad fugaz y volandera, flor de un día? Tengo mis recelos. Sospecho que el nombre de Kruger, más que el de un batallador, fué el de una bandera; tremolada un día con sagaz movimiento, flameó vistosa al soplo de la brisa europea; apenas plegada, la cubrió el olvido. Hay hechos de los que nosotros mismos no queremos convencernos, porque nos causan misteriosa y profunda tristeza: en las sociedades modernas hay una hipocresía colectiva, cobijada, como la individual, en los rincones del alma que parecen más nobles. Europa tuvo para el viejo Kruger, sutil hipocresía. La muchedumbre internacional le aclamó con la humanitaria simpatía que inspiran las víctimas, corrió á raudales la prosa compasiva, noble y buena, pero desconfiemos de los movimientos

populares sin perseverancia ni varonil firmeza; lo inconstante y tornadizo, no hemos de tomarlo como serena marcha de la vida.

Ya veo que mi pluma se impregna de tonos melancólicos, porque tal vez me he convencido de nuestra falta de sinceridad con el viejo Kruger.

Verdad que acaso Kruger mismo... el mismo Kruger, fuese el primer convencido. No en vano frecuentaba la lectura de la Biblia: Kruger sabría muy bien que la compasión muy pocas veces está limpia de odio. Yo me figuro á Kruger conservando, ochentón y decrépito, marrullerías labriegas, sutil astucia campesina. ¿Acaso su misma política, á la vez que su mayor error, no fué el obstinarse en oponer la tenacidad del rústico á la ágil maniobra del estadista moderno?

Yo no sé quién habrá heredado su Biblia, que podría enriquecer como hermoso ejemplar un Museo histórico; cosas menos nobles son guardadas como reliquias: el sombrero de Napoleón, por ejemplo. Yo no sé á qué manos pasó la resobada Biblia; pero acaso ese libro sea mañana tan simbólico y representativo como su lector mismo, como Kruger mismo. ¿Qué fué Kruger si no pastor de un pueblo patriarcal y *bíblico?* Al sonar el primer fusilazo en el Transvaal, el patriarca cedió el puesto á los guerreros, á Dewet, á Botha.

EN EL «RANCHO». Las rondas encargadas de custodiar las personas de los monarcas y de los presidentes, deben tener el corazón curtido á prueba de sobresaltos y de sustos; pero la ronda de Roosevelt debe sufrirlos como ninguna de azarosos y sorprendentes.

Veamos el último: Roosevelt se halla con su familia en la residencia estival de Oyter Blay. Una noche desaparece con el mayor sigilo, en unión de dos hijos y de dos sobrinos. La caravana, provista de municiones, armas, víveres y cobertores, sale al campo y se interna en los bosques de Long Island Sound; en la soledad selvosa hace alto disparan los *rifles* para ahuyentar alimañas dañinas; el Presidente de los Estados Unidos recoge chamarasca y prende una hoguera; sus acompañantes disponen la comida. Después de despacharla con buen diente, en torno de la lumbre, y á modo de *sobremesa*, se narran cuentos y leyendas de caza, de pesca y de guerra. A media noche, cada cual se arrebuja en su manta, tiéndense con los pies hacia la lumbre, á estilo de indios, y se duermen al raso.

A la madrugada del día siguiente, en Oyster Blay se levanta revuelo de zozobra: la ronda de Roosevelt, no obstante su avezadura con las escapatorias montaraces del Presidente, se turba, se desconcierta, y ya co-

menzaba la husma, cuando se presentan los expedicionarios, tranquilos, satisfechos de la noche al raso.

Roosevelt no puede olvidar nunca, ni entre los cuidados del gobierno, su vida en el *rancho,* sus aventuras de hombre de la selva; y estas nostalgias, por fuerza influyen en la persona del estadista. ¿Acaso no parece en algunas ocasiones impregnada de ruda y varonil salvajez su política?

FRANCISCO ACEBAL.

LIBROS

UN SOCIALISME EN HARMONIE AVEC LA DOCTRINE ECONOMIQUE LIBERALE, por *Eugenio Rignano.* — Un volumen 390 páginas.—París. Giard y Briere Editores, 1904.

El libro del Sr. Rignano es el volumen XXX de la interesante *Bibliothèque Sociologique internationale.* El contenido del mismo, ó mejor, la tesis principal del libro, está indicada en el título con toda claridad: ¿hay una oposición irreductible entre el socialismo, cuya crítica y objeciones al régimen actual acaso sean justas, y la economía liberal, que implica la afirmación de la iniciativa humana y el reconocimiento del estímulo de la concurrencia, como acicate insustituible de la vida? ¿Supone necesariamente todo intento de reconstrucción económica, en un sentido socialista, en el sentido de aproximar y hasta fundir el trabajador y el instrumento de producción, la rectificación absoluta, la disolución completa de las tendencias individualistas?

He ahí el problema ó los problemas que han apasionado fuertemente al Sr. Rignano, y cuyo estudio y solución forman el objeto de su obra, por extremo importante; obra rigurosamente científica, basada en observaciones siempre fundadas, y que entraña una orientación sintética, cuyos términos, claro es, pueden discutirse, pero cuyo alcance general es á mi ver en extremo plausible.

De una parte, la orientación sintética, armónica, de composición entre lo que supone el movimiento del economismo liberal y el avance socialista, responde sin duda á una tendencia sociológica muy racional, según la que, tiene quizá mucho de abstracto la oposición del individuo y de la sociedad, y de otra parte refleja la marcha real y positiva de la evolución social, que no es individualista ni socialista, sino que se revela en unas resultantes cuyas concreciones se advierten en el paralelismo positivo de la acentuación cada vez más fuerte, de la individualidad, al propio tiempo que la afirmación cada día más resuelta de la solidaridad.

Prescindiendo ya de estas indicaciones generales, veamos de qué manera se da cuenta del problema, de su problema M. Rignano, para luego hacer un brevísimo extracto de su libro.

«Como la mayoría de los economistas y de los sociólogos, escribe, el autor de este libro ha debido reconocer, tanto la justicia de las críticas socialistas del régimen actual, como la de las objeciones suscitadas por los diversos proyectos de reconstrucción social que nos han presentado los socialistas y, sobre todo, la escuela colectivista».

M. Rignano señala, desde el primer momento, el defecto constructivo de la labor de Marx; este ha abierto brecha honda en el régimen actual

capitalista; pero no ha revelado capacidad suficiente para una reedificación sólida que lo sustituya: por eso la más urgente ya no es analizar las condiciones del régimen capitalista, para señalar sus gravísimos defectos—esa crítica negativa se ha hecho ampliamente,—lo que más importa es determinar las causas que actúan y reconstruir el régimen futuro.

De las dos partes que comprende la obra de que hablo, la primerá está destinada á esta fecunda labor. «Sólo algunas páginas se han consagrado en ella á la crítica del sistema actual. Tratado ya ampliamente el lado negativo por una porción de autores, hemos creído, dice M. R., que podíamos limitarnos á resumir el conjunto de los resultados esenciales á que han llegado en este punto los escritores socialistas más autorizados. Unicamente hemos procurado dar todo el relieve necesario á la acción determinante de la constitución actual de la propiedad sobre el proceso económico...»

La idea capital del libro, puede decirse que está en estas palabras: «Todo el resto de la primera parte está destinado á la expo-sición de un programa de acción social, el cual, dadas ciertas hipótesis, emanará, en nuestro sentir, de la aplicación de las leyes económicas y sociológicas mejor establecidas en nuestro momento histórico. Nos ha parecido que ese programa, apoyado en la hipótesis del advenimiento al poder de la clase proletaria, es decir, profundamente socialista, y de conformidad con todas las aspiraciones esenciales del proletariado, resultará rigurosamente de acuerdo con los principios fundamentales de la doctrina económica liberal».

¿Se quiere ver cuál es la condición actual, real, del problema económico? He aquí los términos: un estado social capitalista, cuya base fundamental estriba en la separación del trabajador y del instrumento de producción: esta separación, que divide á las gentes en poseedores y desposeídos, es la causa del beneficio superior—*Mehrwerth*, plusvalia—del capital, y de la sumisión y explotación del obrero.

Pero la posición del problema cambia un tanto, desde el momento y donde el proletariado despierta y se afirma como clase, desde el momento en que se produce el gran fenómeno sociológico de la conciencia colectiva del elemento obrero.

«Las gestiones de los detentadores de los capitales para explotar hasta el máximum el trabajo humano, sobre todo para tener tan bajo como sea posible el nivel de los salarios, tendrán un éxito completo—salvo en los casos excepcionales en que la rapidez de la acumulación capitalista pase de ciertos límites—hasta el día en que las masas obreras, con conciencia de sí mismas, gracias á su aglomeración en la fábrica y á otras circunstancias favorables, comiencen á formar con sus *Trade-Unions* y otros órganos, un factor sociológico de una eficacia real.»

No podemos seguir á M. Rignano en el desenvolvimiento de sus puntos de vista interesantísimos, ante el hecho evidente de la preponderancia creciente del proletariado y con relación á la posibilidad de que éste llegue

á hacerse dueño de los medios de producción, mediante las reformas necesarias en el régimen actual de la propiedad, en el sentido de nacionalizar las fuerzas naturales. En las páginas que siguen, dice M R., «nos proponemos investigar si el proletariado, precisamente en la hipótesis de su advenimiento al poder, podrá lograr la satisfacción de sus intereses más esenciales, mediante la institución de un nuevo derecho de propiedad, y cuál podría ser la forma más adecuada de este derecho.»

Y al efecto, empieza examinando el derecho de testar, indicando las reformas que en el mismo deberían hacerse, examinando luego las modificaciones profundas en la estructura económica y social á que podría conducir el nuevo derecho de propiedad (una propiedad, claro es, que no mantenga al trabajador separado del instrumento de producción.)

La segunda parte del libro de M. R. contiene tres estudios del más alto interés; el primero es una investigación basada en la estadística, de la distribución de las riquezas; el segundo es un ensayo crítico de los diversos socialismos y del socialismo en general; por último, el tercero es un estudio sobre la conciencia colectiva del proletariado como factor sociológico, en el cual examina el autor cuestiones tan importantes como éstas: la conciencia social y la equidad, la función social de la religión, la guerra, los factores sociológicos y el materialismo histórico, etc.

ADOLFO POSADA.

IL DESTINO DELLE DINASTIE. L'eredità morbosa nella storia, per *A. Renda.*—Torino, Fratelli Bocca, editori, 1904.—Un tomo de 223 páginas y algunas más de bibliografía y lista de autores citados, 4 liras.

El Dr. Renda, autor de este libro, lo comienza con unas pocas líneas en donde expone brevemente los fines que con el mismo persigue, que son los siguientes: «poner en evidencia el auxilio que ha prestado y puede prestar la historia á la psicología y á la psicopatología; añadir alguna observación á los complicados y oscuros problemas de la herencia; sacar del análisis de la evolución hereditaria de los fenómenos psíquicos y psicopáticos alguna consecuencia que sirva para ilustrar la génesis y la naturaleza de los mismos».

La tarea no deja de ser dificultosa. No obstante la multiplicidad, y aún la multitud, de teorías formuladas por los biólogos y por escritores de diferentes materias con el fin de dar explicación satisfactoria á los «complicados y oscuros problemas de la herencia», estos problemas siguen todavía sin solución, y así seguirán, Dios sabe por cuánto tiempo; acaso no se les llegue á encontrar nunca, lo propio que acontece con otros mil. Las aludidas teorías son puras hipótesis, de muy limitado valor, que las posteriores investigaciones experimentales es perfectamente posible que no confirmen y consoliden. «A pesar del desarrollo que han alcanzado nuestros conocimientos—escribe el propio Renda—, á pesar de la

dirección positiva en que van orientados, de la nueva luz proyectada sobre las cuestiones biológicas por la teoría evolucionista, y del auxilio prestado por los estudios embriológicos, la verdad es que los fenómenos de la herencia se hallan envueltos, hoy en día aún, en tales incertidumbres, y á menudo en tales misterios, que la afirmación hecha hace un siglo por Geoffroy St-Hilaire, de que *la completa explicación de las anomalías hereditarias y demás hechos análogos se halla fuera del alcance de la ciencia actual,* es una tesis que todavía ahora conserva su valor... El origen de los fenómenos hereditarios sigue, pues, de esta suerte, siendo para nosotros un misterio, al igual de lo que sucede con la determinación de los sexos: como si la naturaleza fuese en verdad aquella diosa mítica, celosa de sus leyes, que esconde al ojo humano el oculto trabajo de donde germina perennemente la vida».

Así es, en efecto. Y sin embargo, los estudiosos no se resignan á dejar el tema de la mano. Por de pronto, tratan de encontrar los fundamentos y las causas de la herencia biológica, si es que existen; y después, dando por supuesta esta existencia y la de una ley á que la misma obedece, aun cuando no sean capaces de demostrarla, se lanzan á hacer el examen de otros problemas subordinados á este capital, como son, por ejemplo, los de la extensión y modalidades con que la admitida ley hereditaria se cumple: si se trasmiten todos los caracteres, aun los accidentales, ó solamente los específicos, ó los adquiridos que hayan interesado las células germinativas; si las anomalías individuales son debidas á un modo especial de la herencia, el atavismo, ó bien pueden ser explicadas por medio de otros procesos; si la trasmisión hereditaria obedece á determinados factores que la modifican, la amplían, la suspenden, y cuáles sean tales factores...

El presente libro del Dr. Renda también lleva el propósito, conforme ha podido verse antes, de contribuir al esclarecimiento del difícil y complicado asunto de la herencia. Pero con dos limitaciones esenciales: 1.ª, restringir la investigación al solo campo de la psicología y de la psicopatología, más intrincado y oscuro aún que el de la herencia biológica; 2.ª, hacer el estudio únicamente desde el punto de vista histórico. Fijándose en la evolución histórica de algunas dinastías, y percatándose de la degeneración que en todas ellas se produce en el andar del tiempo, el autor se pregunta por las causas de tal fenómeno y trata de determinar hasta qué punto es él debido á la herencia, es decir, á razones biológicas, y hasta qué punto á las circunstancias sociales. Para ello hace un examen muy detenido y minucioso, con sus correspondientes cuadros demostrativos, á manera de árboles genealógicos, de la psicología y la ascendencia de cada uno de los individuos que pertenecieron á otras tantas dinastías célebres y en las que la degeneración es indiscutible. Son esas dinastías: la de los primeros Césares romanos; la familia de los Médicis; la dinastía austriaca ó de Carlos V en España; la francesa, en sus dos ramas Capeto y Valois, y la inglesa de los Plantagenet, en sus varios grupos normando, angevino, de Lancaster, de York y Tudor. Para

todas estas investigaciones ha aprovechado el Dr. Renda buenas fuentes, ya de autores que han dedicado sus esfuerzos al problema de la herencia en general y al estudio de la mayor parte de las dinastías mentadas, ya de otros muchos.

¿Por qué razón se ha fijado el autor en familias privilegiadas, y no en otras cualesquiera, que podían servirle lo mismo que éstas para su objeto? Por las mayores facilidades que las dinastías ofrecen frente á las familias oscuras para poderlas someter á examen histórico. Los reyes y príncipes tienen un árbol genealógico conocido, mucho más largo y completo que un cualquiera. Además, siempre hay obstáculos para conocer la historia clínica de los individuos mediocres. Sus mismos parientes suelen tener interés en ocultarla ó desfigurarla; lo saben bien los médicos, y sobre todo los psiquiatras y los directores de manicomios. La vida ordinaria de las gentes oculta, por otra parte, las condiciones morbosas, rarezas y peculiaridades de carácter que la vida pública descubre bajo el acicate de la necesidad de obrar; el rey, por su misma posición eminente, no logrará ocultarse á nuestras miradas lo mismo que un labriego, en quien ni siquiera nos fijamos.

Ahora bien, cualquiera que sea la dinastía en que el observador se fije, encuentra que todas ellas vienen á parar al mismo resultado, esto es, á la degeneración. «Algunas de ellas son neuróticas de un modo declarado y característico, como la de los primeros Césares y la de la casa española de los Austrias; otras manifiestan ciertos fenómenos morbosos casi episódicamente; todas ellas parecen destinadas á una rápida extinción, y en último término afectadas, con intensidad varia, por la degeneración, en cuyas redes forcejean y perecen miserablemente .. Tres generaciones, ó todo lo más cuatro, y empiezan á aparecer los primeros desfallecimientos psíquicos, los primeros síntomas de la lesión que, progresando de padre á hijo, debilitan ó perturban las heroicas fibras hereditarias, reemplazan en la descendencia los buenos por los tristes, los sanos por los locos, y crean como un ambiente trágico, patógeno, en el que se agitan á veces desesperadamente, caracteres debiles... y, por último, el ocaso turbio, doloroso, la agonía en cierto modo de la fibra familiar-vencida, agotada; la locura, la tisis, la imbecilidad, la delincuencia, el parricidio, el alcoholismo, la extinción, todo el cuadro horrible de la disolución miseranda de la carne y del espíritu... El estudio de la herencia en la historia ofrece precisamente, en su conjunto, esta comunidad de destino de las dinastías, esta condenación inexorable de las mismas á la degeneración y á la declinación completa.»

¿Causas de estos hechos? Aquí estriba el núcleo de la cuestión. Quizás la disolución de la familia por medio de la neurosis no sea un proceso peculiar de las dinastías, y ni siquiera de los grupos sociales privilegiados, esto es, de las aristocracias, sino que alcance, como principio general, á todas las asociaciones gentilicias, á todos los grupos unidos por vínculos biológicos, y por consiguiente á todas las organizaciones humanas. «Sería de gran interés poner en claro si los grupos humanos,

en cuanto asociaciones de individuos ligados por lazos más ó menos íntimos de parentesco, están sujetos en medida igual ó menor al mismo destino biológico que, según los estudios de Jacoby, puede decirse propio de los privilegiados; si junto á las selecciones sociales no existe también una selección biopsíquica que concurre paralelamente, ya subordinada, ya subordinadora á las vicisitudes históricas; si, en suma, allí donde la falta de un cruzamiento renovador, activo, constante, intenso, encierra un cierto número de individualidades en la esfera de las familias ó en la de la tribu, ó en la de la casta, ó en la de la clase, ó en la de la región, ó en la de la nación, ó en la de la raza, no se produzca, con intensidad y prontitud variables, aquella misma decadencia biológica que afecta, rápida y profundamente, á los angostos círculos familiares de las aristocracias.»

Para Jacoby, que ha estudiado de un modo específico el problema de la selección humana en sus relaciones con la herencia, el poder y el privilegio son la causa de la degeneración de las dinastías reales. Y, efectivamente, algo de verdad debe de haber en semejante punto de vista, aun cuando no sea del todo acertado. ¿Quién es capaz de hacer en esta materia afirmaciones, si no quiere que se las moteje de aventuradas? El Dr. Renda cree, contra Jacoby, que «el poder y el privilegio pueden, sí, facilitar el desarrollo de ciertas tendencias morbosas, favorecer un proceso degenerativo ya iniciado, pero no crearlo»; á juicio suyo, «la decadencia de los grupos privilegiados no es un fenómeno de selección social que dé origen á caracteres trasmisibles por herencia, sino que es un caso de selección biológica, al cual circunstancias especiales confieren un valor social de primera importancia.»

He aquí en pocas palabras las opiniones de nuestro autor respecto del asunto, debiendo añadir que, en su sentir, la aludida base biológica de la degeneración de las dinastías y familias aristocráticas no es, como creen muchos, la consanguinidad de los matrimonios que suelen celebrarse en estas familias, aun cuando entre esa consanguinidad y la degeneración exista un innegable vínculo. La parte que en la degeneración toman los matrimonios entre consanguíneos debe ser, al decir de Renda, la siguiente: que acoplándose, gracias á esos matrimonios, individuos que descienden del mismo tronco, y entre los que, efecto de esa común descendencia, existen semejanzas de parentela, la trasmisión de los caracteres se asegura de tal modo que se hace poco menos que inevitable.

Repito una vez más lo que ya dejo dicho: hoy por hoy, y no sabemos por cuánto tiempo aún, todo cuanto se diga y se escriba sobre la materia no puede tener otro carácter sino el meramente hipotético y conjetural. ¿Alguno de los lectores no lo cree así y juzga que estos problemas están ya bastante claros y poco menos que resueltos? Feliz él, que tan contentadizo es en cosas donde, para los demás, reinan tan espesas tinieblas.

P. Dorado.

LA EDUCACIÓN MUSICAL, por *Alberto Lavignac,* Profesor de Harmonía del Conservatorio de París.—Traducción de *D. Felipe Pedrell.*

Es el señor de Lavignac trabajador infatigable. A sus méritos de Profesor une los de literato y aun filósofo muy distinguido.—Su obra *La Música y los músicos* (que debiera traducirse también al castellano), ha hecho su nombre muy popular en Europa entre profesionales y aficionados, porque es un habilísimo y práctico compendio de todo cuanto concierne al complejo arte de la música. Con este antecedente, mas el justo prestigio que á Lavignac han dado otras obras suyas no menos interesantes, fácil es conjeturar el éxito que habrá obtenido *La Educación Musical*, para cuyo conocimiento y comprensión no se requiere noción especial, como para la anteriormente citada, sino las generales, *peopias* de modesta cultura.—De la tercera edición francesa ha traducido el Sr. Pedrell *La Educación Musical* en 1903, y es muy probable que á la hora de ahora esté publicándose la quinta...

El libro es por todo extremo útil y simpático. Con ameno y al parecer ligero estilo, penetra en profundidades apenas sospechadas. Al recomendar al compositor el estudio de los genios que han producido la belleza en sus varias manifestaciones, los viajes, el trato de las personas más eminentes y la asistencia á centros y sociedades intelectuales y artísticos, añade: «porque no nos atreveríamos á afirmar que, hasta cierto punto, el genio no es contagioso».

Como el estudio de la música es muy semejante al de la lectura, que se adquiere sin sentir en la infancia y cuesta tanto trabajo aprender pasado este período, y en muchas personas no se revela la vocación por el arte precisamente en los primeros años, aconseja y recomienda Mr. de Lavignac que se aprenda la música al par de las primeras letras, como se practica en Alemania; «los niños que frecuentan las escuelas de aquella nación aprenden todos á cantar, todos sin excepción, niños y niñas. Cada clase se abre entonando un coro en el que se celebran los beneficios de la instrucción, el respeto á los padres, ó se encomian los sentimientos patrióticos ó religiosos (¡hermosa educación!. .) y así se explica que todos aquellos niños sean músicos en miniatura.»

Para encarecer la importancia de los primeros pasos en la educación de un niño, observa que «el curso de un río depende del primer guijarro que encuentra en su ruta.»

Pondera los estudios serios y escolásticos; y respondiendo á los que creen que basta con tener ideas en el cerebro para estamparlas en el papel sin preocuparse ni enterarse de lo que hicieron los grandes maestros, dice: «¿Acaso ha soñado jamás alguno que el estudio de la literatura griega ó latina, ó la lectura de Sófocles, de Esquilo, de Eurípides de Horacio ó de Virgilio pueda perjudicar al novel escritor, ya sea poeta, ya prosista ó autor dramático, poniendo cortapisas á su originalidad?

No puede negarse que sería absurdo tal modo de pensar. Equivaldría á atribuir á la ignorancia una virtud que nunca ha poseído, y otorgar una recompensa á la pereza y á la negligencia».

Consagra muchos y sabrosos párrafos al piano, «no sólo porque este instrumento es el más difundido, sino teniendo en cuenta el papel importante que desempeña en la civilización musical de la sociedad moderna», y aun pudiera añadirse que al piano se debe muy principalmente el prodigioso desarrollo que el arte ha alcanzado en nuestra época.

También se ocupa con la debida extensión y evidente competencia del cantor profesional y aficionado, siendo oportunísima la material comparación que establece entre la garganta y los instrumentos músicos manuales. «Fijándose en los cuidados casi maternales que el violinista ó el violoncellista prodigan á su instrumento, el minucioso esmero con que lo limpian hasta en sus más insignificantes rincones, el amor con que abrigan y preservan su mango y sus cuerdas, protegiendo el instrumento con un paño de lana siempre que lo sacan de casa; cuando se ve á un oboista ó un clarinetista afanarse por mantener todas las partes del suyo en estado de meticulosa limpieza y defender las lengüetas (caña y boquilla fuera mejor dicho) con solícitas precauciones, se pregunta uno de qué cuidados no es digno el instrumento divino y vivo, más perfecto, pero también más delicado que todos, el único que no se puede reemplazar comprando otro, si se tiene la desgracia de que se estropee».

Al tratar de la forma, no es menos elocuente y persuasivo. Compara la forma musical con las de la arquitectura - que tanta analogía guardan entre sí—y dice, copiando á Rubinstein: «¿Puede concebirse una casa, una iglesia ó un edificio cualquiera sin forma determinada? ¿Es posible imaginarse un edificio con fachada de Iglesia, con la parte posterior en forma de pabellón y los lados en forma de estación de ferrocarril ó fábrica?»

Los consejos que contiene este precioso libro, dirigidos á las familias, á los alumnos y profesores, son por lo general admirable «fruto de cuarenta años de experiencia en la enseñanza de la música en todos sus grados y condiciones», y, como dice Pedrell en el prólogo: «El capítulo primero *Consideraciones sobre la Educación Musical*, es un modelo de pedagogía, que deberían aprender de memoria todos los encargados de desarrollar en un cerebro infantil las primeras nociones de un arte tan humano como el de la música. De materia en materia, instruye al alumno acerca del estudio de los instrumentos, de la práctica especial del canto y de los diversos conocimientos necesarios á los compositores, sin olvidar los literarios (los estéticos, principalmente), como complemento indispensable de aquéllos.»

No faltan tampoco al libro sus dejos de zumba é ironía, empleadas con singular gracejo. Dice P. E., que una vez oyó disparatar á dos imbéciles: uno era un novel compositor de salón, que decía con el mayor aplo-

mo: «*Aunque me diesen millones, no compondría yo jamás al estilo de Bach*. El otro era un pintor joven, que se gloriaba de no haber puesto jamás los pies en museo alguno, á pesar de haber vivido algunos meses en Roma». —¡Esto es de mucha actualidad!

Al tratar del aficionado *que se mete á crítico*, pudiera pensarse que Mr. de Lavignac, además de ser Profesor de Harmonía, había intentado alguna vez alcanzar los deslumbrantes triunfos de la escena, pues sobre copiar la siguiente dura proposición de Julio Janín, *toda el que se mete á crítico sin haber producido nada, es un mal hombre*, escribe: «Y si por ventura se le antoja (al aficionado) un día meterse á crítico, lo que, desgraciadamente, no está prohibido á nadie, hágalo al menos con extremada circunspección, con el único propósito de referir sus impresiones personales y sin pretender imponerlas á nadie y absteniéndose sistemáticamente del abuso de términos técnicos, que probablemente emplearía con convicción tan cómica como errónea.» Se ampara de autoridades como La Bruyère y otros, que opinan: «Sólo puede aceptarse la crítica de los iguales y de los superiores, etc.», y termina con sabias reflexiones acerca de la crítica y su noble y transcendental misión.

No todo han de ser flores en este ligero estudio, y á fuer de sincero, he de señalar algunas cosas que juzgo nimias y extremadas.

Dice Mr. de Lavignac en el Capítulo II, que ningún niño debe comenzar el estudio de un instrumento antes de los seis años. Yo creo que donde se lee *seis* debiera leerse *diez*; y aun así, atendiendo á las condiciones físicas del educando.

La preferencia del violoncello, clarinete y trompa como tipos de cada grupo para empezar, y el resto de este párrafo (pág. 272), me parece pueril. El cálculo que sigue, acerca de lo que puede aprender un alumno durante un año de violín ó de violoncello, prueba de una manera patente que Mr. de Lavignac no conoce bien el mecanismo de dichos instrumentos. Poco menos puede decirse en lo que atañe á la trompa y al clarinete.

Lo referente á la Orquesta es muy acertado, mucho; sólo encuentro exagerada—equivocada, diré mejor—la afirmación de que el timbal puede aprenderse en pocos dias y aun en pocas horas.

Y nada más.—Si en algún caso desciende el autor á pormenores y minucias que contrastan con la altura á que frecuentemente se eleva, es porque escribe para todos, para artistas, profesores, alumnos, aficionados, papás, mamás, institutrices, ediles y maestros de primera enseñanza. El libro, en suma, es muy instructivo y de grande utilidad.

Por el esmero de la traducción échase muy luego de ver el cariño é interés con que el Sr. Pedrell la ha hecho, ilustrando no pocos pasajes del texto con notas propias, principalmente en la última sección, destinada á la Enseñanza en todos los Conservatorios. He de atreverme, sin embargo, á observar, por la razón antes alegada, que no me parece bien aplicado el sustantivo *violero* que emplea el Sr. Pedrell en el sentido de constructor de instrumentos de arco. Ignoro si lo autoriza el Dicciona-

rio de la Academia, que no tengo á mano, ni si en castellano hay palabra adecuada; creo recordar que no, y en tal caso, aunque sea un neologismo, yo preferiría *liutista*, ó algo semejante, á *violero*.

T. Bretón

LES SOCIÉTÉS COOPERATIVES DE CONSOMMATION, par *Charles Gide*.—París, 1904.

He ahí un libro interesante que debieran publicar en español nuestras bibliotecas populares. Apareció elegantemente editado por Colin en la serie de publicaciones del *Musée Social*, y fué recibido en Francia como el libro necesario de conjunto que recoge las aspiraciones dispersas, y permite puntualizar con cierta definida precisión el verdadero sentido de las cooperativas de consumo, sus caracteres económicos y jurídicos, su historia y estadística, sus federaciones convenientes, su variedad de especies, su organización, sus luchas sociales, sus excelencias presentes y su porvenir ideal. Así concebido el manualito de M. Gide, expuesta su doctrina en los términos escuetos y terminantes que requiere este género de literatura, constituye una excelente guía para los cooperatistas militantes, al par que una invitación á los consumidores en general (á todos los hombres, por lo tanto), para que organizados en función de tales y sin más esfuerzo que consumir asociados, realicen, en una vida de la más elevada idealidad, la reforma integral económica que hoy demandan las encontradas exigencias sociales. Laméntase el ilustre maestro de la Universidad de Paris, de la sobriedad de sus explicaciones, obligada en límites tan reducidos. «Cuando un autor—dice—sacrifica el desenvolvimiento de sus ideas á la mera información, se sacrifica siempre un poco á sí mismo». No por eso pierde esta nueva página de su apostolado la agudeza que brilla en las otras, ni su encanto sugestivo.

Sábese que Carlos Gide es quizá la más alta representación que hoy tiene la doctrina pura del cooperativismo. Es decir, que para él, como para la escuela de Nimes, como para los veteranos cooperadores de Rochdale, y á diferencia, tanto de la burguesía (patronal ú obrera), para la cual es sólo un instrumento de comprar más barato ó de repartirse mayores dividendos, como del colectivismo y anarquismo, en cuyas manos es un arma de la lucha de clases en beneficio de sus ideales, para Monsieur Gide, digo, entraña la cooperación un fin en sí misma. Podrá ser, por de pronto, un medio de vivir mejor, de aumentar los ingresos domésticos, un sistema de ahorros ó un instrumento de educación, de propaganda ó de asistencia, pero fundamentalmente significa la transformación radical de la organización económica presente. La renuncia hecha por los cooperadores en beneficio de su asociación de las economías individuales que la misma les procura; la inversión de los capitales colectivos así formados en casas, en fábricas, en tierras, en minas, etc., cuyas

rentas pertenezcan, naturalmente, á la asociación; la multiplicación y el crecimiento de las cooperativas existentes, cada una de las cuales «constituye ya un pequeño mundo organizado conforme á la justicia y á la utilidad social», son el proceso de la gradual absorción por la colectividad de los instrumentos de producción, capitales, rentas é intereses privados. Una nueva economía sometida absolutamente al «reinado del consumidor», en la cual sea imposible el salariado, sucederá al capitalismo, como éste sucedió á los regímenes anteriores, y la «república cooperativa» habrá realizado en un porvenir más ó menos distante, una sociedad ideal «en el mejor mundo posible».

Ahora bien, para constituir una cooperativa de consumo, basta que «varias personas se entiendan para satisfacer en común sus necesidades individuales». Y los núcleos, cuya realización encierra todas las posibilidades apetecibles para la sociedad futura, son esas tiendas de asociados para los asociados mismos, que hace poco más de medio siglo surgen donde quiera á compás de las nuevas necesidades sociales. Muertas en sus primeros pasos por la ignorancia, la malquerencia de un medio hostil, la rutina y el egoísmo de los propios cooperadores, innúmeras de estas pequeñas sociedades; prósperas muchas tras obscuro batallar y abnegación invencible; ya hay tantas triunfantes y con tales bríos que, considerándolas detenidamente, más parece una clara visión el generoso ideal del economista francés, que un liviano ensueño.

Ved, sino, sus progresos en Inglaterra y en el mundo entero. Después de las débiles tentativas de fines del siglo XVIII y de las ardorosas campañas de Roberto Owen, nace cerca de Manchester, en 1844, la «venerable abuela», de Rochdale, fundada por aquellos veintiocho pobres tejedores casi misérrimos. Aspiraban á economizar en las satisfacción de sus modestas necesidades diarias, el tanto de ganancia que engrosaba á costa de su indigencia, la bolsa de los intermediarios comerciantes. Una vez logrado—decía el programa,—su sociedad procedería «á la organización de la producción, de la distribución y de la educación en su seno y por sus propios medios», se constituiría «en colonia autónoma é indígena, donde todos los intereses serían puestos en común». Los resultados sobrepujaron toda suerte de esperanzas. Hoy más de la *cuarta parte* de la población británica (en algunos condados la proporción se eleva á la mitad, y hasta los tres cuartos, en ciudades como Derborough y Kettering. casi á la totalidad de sus habitantes y en todas las fases de su vida), milita en lasfilas del cooperativismo, la federación de sus pequeñas sociedades crece en diferentes formas, y esas grandes «cooperativas de cooperativas» son los órganos poderosos de todo un movimiento formidable. Uno de sus grandes almacenes «la *Cooperative Wholosale Society*, tiene 65 millones de francos de capital, 10.385 empleados ú obreros, numerosos almacenes, donde vende por valor de 450 millones de francos anuales, 18 fábricas de donde proceden los más variados artículos por valor de 74 millones de francos al año; importa también anualmente 100.000.000 de francos en productos de todos los países; mantiene para transportarlos

séis navíos, en los cuales flamea orgulloso su pabellón...; acaba de comprar por 1.250.000 francos un inmenso terreno á lo largo del canal de Manchester, para instalar en él sus docks; tiene tres agencias en Dinamarca (donde invierte todos los años 60 millones de francos en manteca y grasa), una en los Estados Unidos, una en Alemania, una en Suecia, dos en Francia, una en España, una en el Canadá y una en Australia; aparte de sus agencias tiene en el extranjero una fábrica de sebo en Australia y una plantación de té en el Ceylán; y en la misma Inglaterra tiene un dominio, *Roden estate*, donde cultiva fresas y tomates... y ha instalado una casa de convalecencia para los societarios y sus familias... ¡Pronto tendrá sus minas de carbón!...» En los demás países cunde victorioso el movimiento, ávido siempre de nuevas conquistas, y entre las cuales, la del *Vooruit* de Bélgica incorporando á esta corriente con su perseverante influjo colectivista casi á todo el proletariado internacional, tan hostil en un principio, es de las más preciadas. Las estadísticas generales cuentan ya cerca de 25 millones de cooperadores, reunidos en más de 12.000 sociedades de consumo, cuyas ventas individuales pasaron de 2.500 millones de francos en el año último.

Mas ¿es efectivamente tan radical la diferencia entre el cooperativismo y el colectivismo como pretenden los militantes en estos distintos grupos? Yo empiezo por no saber hasta qué punto las transigencias de una y otra parte mantienen viva la irreductibilidad preconizada antes. A M. Gide se le ofrece la cuestión, aunque indirectamente, al hablar de la producción en sus relaciones con las cooperativas de consumo. Encuéntrase con dos sistemas radicales. Para el llamado *federalismo* son los consumidores asociados y federados los que deben producir; para el *individualismo*, las cooperativas de consumo no pueden realizar esta función que incumbe á las cooperativas de producción autónomas, ya libres, ya federadas. A este pertenecen aquellos cooperatistas que no quieren aventurar demasiado en los caminos de la reforma; el primero reune, en cambio, aleccionados por la experiencia, tanto á los hombres prácticos de las Wholosales inglesas, como á los socialistas. Estos, además, ven en su régimen económico, cuya producción, organizada en forma de servicio social y no por empresas independientes, está en manos de los consumidores asociados, gran semejanza con su régimen colectivista: tanto es como socializar los medios de producción. ¿Por cuál optar? Y M. Gide, menos vacilante en la intención que en las palabras, se decide por el federalismo, aunque se acoge por de pronto á una solución ecléctica: á la de la escuela de Nimes, que quiere conservar la autonomía de las sociedades de producción, al lado de las autónomas cooperativas de consumo, pero siendo éstas sus accionistas principales, y, en lo que por sí mismas no produzcan, sus principales clientes. Y digo que se decide, en el fondo, por el federalismo, porque no se le oculta que la autonomía de las sociedades de producción no resulta así muy lúcida. Recientemente—refiere nuestro autor,—una de las más poderosas, la de los obreros gorristas de Leicester, ha sido comprada por la Wholosale,

y á pesar de su protesta se convirtió en una de sus simples fábricas; y fué que los societarios, que sólo eran dueños de 1[7 del capital, tuvieron que resignarse á la decisión de las cooperativas de consumo asociadas, dueñas á su vez de los 2[3 de sus acciones y compradoras de casi todos sus productos!

Pero M. Gide cuida de diferenciar, si bien me parece que débilmente, el cooperativismo del colectivismo, en el cual, según él, no incurren necesariamente los federalistas. Radican las diferencias en ser el uno absolutamente *libre*, conservador de las grandes categorías económicas (propiedad individual, interés del capital, incluso concurrencia...), «aunque profundamente modificadas», sin más pretensiones para lograr su objetivo que crearse una riqueza por los medios usuales, mientras que el colectivismo, además de ser *impuesto*, no respeta las categorías aludidas hasta el punto de pretender desde luego la expropiación privada.

Mas ¿es tan posible creer perdurables en el régimen cooperativo ideal las categorías económicas actuales, por otra parte, «profundamente modificadas», ni tan generales al colectivismo las características que el autor le señala? Tal vez se resuelve, entonces, el problema en una cuestión de táctica; tal vez este socialismo societario—como Zola en *Trabajo*—pretende alcanzar el objetivo más ó menos común á colectivistas y anarquistas, pero sin mancharse en la violencia, la revolución, ni el crimen, sin más luchas en su pacífica marcha triunfal que las del trabajo perseverante y educador, tras un ideal *inmediatamente* asequible.

También nuestro pequeño libro habla de España. Aquí participamos débilmente en la corriente universal cooperativa; emplean algunas de nuestras sociedades de consumo sus fondos sobrantes en sostener escuelas laicas, lo cual prueba que hasta entre nosotros el cooperativismo y la educación se compenetran; pero lo que más llama la atención es lo que dice M. Gide de nuestra legislación sobre la materia, que debería servir en su opinión de modelo, por lo menos á la francesa: se refiere á la libertad que otorga nuestra ley de Asociaciones de 1887, para fundar toda suerte de cooperativas sin más que muy ligeros trámites. Y también en esto voy á reservar mis dudas; porque ¿podrían constituirse con arreglo á nuestra ley las cooperativas que quiere M. Gide, las que pueden hacer negocios, vender al público, hacerse labradores, comerciantes, fabricantes, industriales, armadores, banqueros y aprestarse en guerra para conquistar el mundo? Mis dudas crecen si considero su concepto legal tradicional entre nosotros, especie de sociedades de socorros mutuos en la orden ministerial de 1870, las cuales sólo disfrutaban del privilegio si descansaban sobre el trabajo personal de sus socios, y no pasaba su capital de 10.000 pesetas.

Y en todo caso, ¿no serían preferibles requisitos, restricciones, contribuciones, trabas, siempre privilegiariamente aminorados, en estas empresas, á esa capacidad vacía que representa nuestra ley, si bajo ellos la-

tiese como en Inglaterra, como en Francia, como en Bélgica, como en Alemania, como en Austria, como en Dinamarca, como en Suiza... un poderoso movimiento cooperativo?

LEOPOLDO PALACIOS

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO.—Año II, 1902 1903.—Un vol. en 8.º, 386 pág.—Oviedo, 1904.

Del segundo volumen de los *Anales* de la Universidad ovetense estaría hecho un acertado juicio, con sólo repetir cuanto de bueno se dijo al aparecer el primero, que tan excelente acogida obtuvo.

Refiérense los *Anales* publicados en 1904 al curso 1902-1903, y en ellos se contienen notas y trabajos relativos á la enseñanza en la Cátedra, redactados por profesores y alumnos; á la Escuela práctica de estudios jurídicos; á la Universidad de Oviedo en el exterior; á la extensión universitaria; colonias escolares de vacaciones, y Unión Escolar ovetense, enumeración de materias que por sí sola constituye la mejor prueba de la importancia de la publicación.

El Claustro de la Universidad es acreedor al elogio por editar los *Anales* y hacer resaltar la conveniencia de que, como el Profesorado ha manifestado entre sus diversas aspiraciones, nuestros centros de enseñanza cuenten con un medio de hacer más visibles sus trabajos, de ampliar su esfera de acción publicando memorias é investigaciones, de facilitar á cuantos se interesan por conocer el verdadero estado de nuestra enseñanza, datos relativos á la labor de nuestros establecimientos, oficiales, datos que pueden ser eficaz estímulo para una noble competencia. Carecen hoy, desgraciadamente, las Universidades de recursos para acometer esta obra como es debido, y á ello en gran parte se debe el que no pueda darse cuenta de la aparición de Anales de otros altos centros, y ya que el Estado no realiza por su cuenta la empresa de publicarlos, no extrañe que desde aquí estimulemos al público para que adquiera ejemplares de los editados por la Universidad de Oviedo, contribuyendo este auxilio social á que pueda continuar una publicación tan interesante (1).

La lectura del libro de que me ocupo hace patente la conveniencia de que los alumnos, al acudir á las aulas universitarias, se acostumbren en ellas al manejo de obras y á realizar propia investigación, iniciándoseles en este camino acometiendo juntamente con el profesor—cual lo hicieron con el Sr. Altamira los de la clase de Historia del Derecho para estudiar el *Carácter y procedimientos de la Inquisición en España*,—trabajos de tal índole, que suelen ser del agrado de la clase escolar según anota el Sr. Posada al hacer constar cómo se interesó en el examen de obras de los principales sociólogos acerca del Estado, y según en

(1) El volumen de los *Anales* del curso 1902-903, véndese al precio de 5 pesetas ejemplar.

medio de todo ello, proteccionismo y libre cambio no son en el fondo más que la expresión de dos intereses opuestos: los de productores y consumidores, que como lo primero son proteccionistas y como lo segundo librecambistas.

¿Preferirá Inglaterra—pregunta Crick,—como Chamberlain la requiere, pagar un poco más cara su alimentación á cambio de asegurar, como se le afirma, más trabajo y salario á sus obreros y más ganancia á su industria? Prematuro considera contestar, pero lo que sí afirma es que ante el problema debatido por los ingleses, los demás pueblos no pueden permanecer indiferentes, y que la batalla de doctrinas que en Inglaterra se libra es una fase del esfuerzo incesante de los grandes pueblos para asegurarse la superioridad económica sobre el mercado universal.

Y como en el programa de las *Actualités sociales del Institut de sociologie*, de los *Instituts Solway*, figura la publicación de trabajos para vulgarizar las cuestiones sociales, procurando orientarlas hacia una finalidad común, hacia el aspecto que denomina «productivista», hacia la mejor utilización de los esfuerzos, hacia el fundamento sólido del progreso social, para que existan «ciudadanos sanos en ciudad sana», el examen de la lucha entre proteccionistas y librecambistas ingleses, tiene su adecuado lugar en las publicaciones del Instituto, y constituye un trabajo digno de ser leído y meditado.

Daniel Crick comienza por resumir la historia del régimen aduanero en Inglaterra, señalando cómo ha pasado, lenta, pero progresivamente, del proteccionismo más acentuado al libre cambio puro y simple, transformación operada en tres etapas, á la que van unidos los nombres de Huskisson, Peel y Gladstone, y examina los programas de Balfour y Chamberlain, para ver cómo éste persigue crear un imperio poderoso uniendo estrechamente las colonias inglesas con su metrópoli; cómo defiende que el proteccionismo no ha arruinado ninguna nación, y, en cambio, favorece el capital y dá estabilidad á la industria, siendo su secreto la cohesión; como debe decirse á las colonias: Entendámonos: hay objetos que no habéis fabricado hasta el presente, dejádnoslos, como hasta hoy habéis hecho, nosotros, por nuestra parte, os ofrecemos una preferencia en el cambio; como si se quieren obtener reducciones de derechos y evitar que las colonias se separen de la metrópoli es preciso aceptar la tasa para los productos alimenticios importados por otros países que no sean las colonias; como respondiendo á los que consideran como gran crimen ese aumento, Chamberlain se apoya en el parecer de Stuart Mill y de Sidgwich,—para sostener que las tasas moderadas son, cuando menos en parte, soportadas por el extranjero—y en el desenvolvimiento que obtendría la agricultura colonial.

Completa Crick su estudio con el capítulo «La reforma del libre cambio», resumen de las críticas hechas á la política proteccionista, en el que se consigna el error de creer que el mundo es hoy más proteccionista que en 1846; el de que el comercio inglés se haya estacionado hace treinta años; el hecho de que se ha podido dar á la población obrera una situa-

ción mejor que en otros países europeos; el olvido del comercio interior en que han caído los proteccionistas, desconociendo su papel en la prosperidad inglesa; la equivocación de Chamberlain adoptando como punto de partida el año de 1872, en lugar de adoptar el de 1870 ó 1876; el no tener en cuenta los beneficios que á Inglaterra reporta la industria de transportes ni los intereses que percibe por capitales dados á préstamo en otros países; los 10.500.000 libras esterlinas que como carga anual en la alimentación produciría la reforma aduanera; y se hace constar que el incontestable que la vida es más cara en los países proteccionistas; que en ellos la industria es menos estable; que la pretendida disolución de Imperio, de no aceptar el proteccionismo, es hipótesis gratuita, y que con la nueva política se suscitaría una guerra de tarifas, igualmente perjudicial á las naciones que la hubieran de sostener.

Es un resumen muy estimable el que el autor nos ofrece de las discusiones suscitadas por Chamberlain, que para todos tiene interés, ya que el problema del proteccionismo ó del libre cambio es problema vital en todos los países é interesante sería haber estudiado las consecuencias que para el continente europeo tendría la reforma defendida por el célebre ex ministro.

La *Bibliographie de la Question Douanière en Angleterre,* por Warnotte, que acompaña á las páginas de Crick, ofrece al lector la enumeración de cuanto de algún interés se ha publicado hasta 1.° de Abril del corriente año,

JOSÉ GASCÓN MARÍN

EL INTRUSO, por *Vicente Blasco Ibáñez.*—F. Sempere y Compañía, editores.—Valencia, 1904.

Una de las cosas que con más dificultad me explico en algunas novelas de Blasco Ibáñez, es la modestia con que el escritor valenciano prescinde de su personalidad, disfrazándola con los procedimientos y maneras propios de otros autores. Es como si el dueño de un hermoso traje que se ajustase perfectamente á su cuerpo, se complaciese en andar vestido con ropa prestada y hecha para otra persona.

Cuando Blasco deja á su feliz ingenio que se mueva libremente sin más estímulo que el de su inspiración ni más trabas que las del arte, entonces sus novelas se llaman *Flor de Mayo, La Barraca, Cañas y barro*; entonces reflejan sin importunos intermediarios aspectos diversos de la vida; entonces encadenan la atención de los lectores, recrean su fantasía y conmueven su corazón. Pero cuando el ilustre novelista se endosa el vestido ajeno, cuando en vez de ser él mismo, se contenta con imitar, entonces sus novelas, más que artísticas, resultan artificiosas, y los movimientos de su imaginación, en vez de ser espontáneos, tienen el amaneramiento del que quiere aparecer lo que no es.

Leyendo yo su último libro *El Intruso,* he recordado una anécdota

que, en mi sentir, viene aquí muy á cuento. Dícese que preguntado una vez el conde de Toreno si había leído á Espronceda, contestó:—«No, he leído á Lord Byron». Yo, que sinceramente admiro á Blasco Ibáñez y á Zola, prefiero leer al autor de *Los Rougon Macquard* en *Roma*, en *Fecondité*, en *Le Travaill*, á leerlo en *La Catedral* ó en *El Intruso*. Y no porque Blasco plagie los asuntos, escenas ni frases del novelista francés, sino por su afán de seguir humildemente sus huellas, imitándole en la manera de planear la acción, en la forma del relato, en lo prolijo de las descripciones y, á veces, hasta en la pesadez, defecto, y no flojo, de muchas páginas de Zola. Blasco, como el patriarca de Medan, quiere ahora que sus novelas sean estudios sociales, que estén rellenas de erudición, que en vez de realizar exclusivamente belleza, sirvan para la propaganda de determinadas ideas. ¿Cómo se le ocultará al novelista valenciano que su gentil musa, acostumbrada á recorrer las floridas vegas del Turia, ha de perder por fuerza mucho de su gracia y donosura andando á salto de mitin de la zeca á la meca, ni más ni menos que la celebérrima é infatigable doña Belem?

***

La tendencia de *El Intruso* es fustigar al jesuitismo; Blasco Ibáñez piensa, como Galdós y como Nakens, que «ese es el enemigo»; creen los tres con absoluta buena fe, que si aquí se hiciese una completa limpia ó monda de clérigos, monjas y frailes, todo marcharía á pedir de boca y realizaríase la candorosa optación de la Constitución de Cádiz. ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! No pinta el novelista español—justo es decirlo—á los hijos de San Ignacio, con aquellos negros colores con que los embadurnó Eugenio Sué. Bien se echa de ver que Blasco Ibáñez ha querido parecer sincero, despreciando, por vulgares y de mal gusto, los recursos de que se valieron en su tiempo para maltratar al clero Ayguals de Izco y Gil de Zárate. Los jesuítas de Blasco Ibáñez son melífluos, suaves y escurridizos como anguilas. Allí donde hay dinero, allí acuden ellos á hacer también propaganda en pro de sus ideas, no con libros novelescos, sino con hábiles maniobras de confesonario, con instituciones piadosas, con fiestas de buen tono, en iglesias y oratorios más semejantes á un *boudoir*, que á los antiguos y austeros templos españoles, y con establecimientos docentes como el de Deusto. Por todos estos canales penetran en los palacios de los ricos, conquistan la voluntad de las mujeres, moldean el espíritu de los hijos y se hacen, finalmente, dueños de la sociedad, árbitros de los sentimientos y herederos de las riquezas.

En Bilbao, ciudad hoy la más rica de España, es donde ellos tienen acampado el grueso de sus fuerzas. La invicta villa, cuyo liberalismo no pudieron quebrantar los cañones de D. Carlos, se ha abierto incautamente á la compañía de Jesús, la cual, con sus hábiles manejos, adem á de mangonearlo casi todo en la ciudad, ha conseguido apartar de su mujer al simpático doctor Aresti y apoderarse de la voluntad de doña

Cristina, la esposa del millonario Sánchez Morueta, bajo cuyo fingido nombre creen ver algunos lectores perspicaces la fisonomía real de un opulento capitalista bilbaíno.

Sánchez Morueta es una presa apetecible, una especie de Nabab, dominador de la Fortuna, que sujeta bajo su mano poderosa, hace brotar en torno de él inagotable flujo de millones. Pero el capitalista no es feliz; su mujer, aunque honrada é incapaz de cometer la menor infidelidad conyugal, no le ama; su hija es también un sér frío de corazón, de modo que Sánchez Morueta, para encontrar algo parecido á los placeres del hogar, tiene que comprarlos lejos de su casa.

En tanto los jesuítas trabajan en la conquista de Sánchez Morueta, y cuando el *pobre* millonario, burlado por su querida y hastiado de su riqueza, se siente tan acometido del tedio de su vida de grandezas, que de buena gana cambiaría su suerte por la del último de sus mineros, dan el apetecido resultado las maniobras de los intrusos, acabando por cambiar al capitalista como un guante, y entonces Sánchez Morueta, escéptico en religión y desafecto al jesuitismo, se convierte en un jesuíta de túnica corta, á quien su primo, el médico Aresti, encuentra en el monasterio de Azpeitia, haciendo muy contrito y satisfecho ejercicios espirituales.

Y véase cómo Blasco Ibáñez, lo mismo que en *La Catedral*, prueba precisamente lo contrario de lo que se propone demostrar. Quiere probarnos allí que las ideas libertarias son justas y legítimas, y resulta que, según la lógica de los hechos que constituyen la acción, esas ideas conducen á los hombres al asesinato. Aquí, en *El Intruso*, trata de evidenciar que los jesuítas son una calamidad pública y privada, y nos hace ver con el ejemplo de Sánchez Morueta, cómo éste, al seguir las máximas y consejos de los hijos de Loyola, logra, como por ensalmo, curarse del tedio de su triste vivir. Sánchez Morueta -dice Blasco Ibáñez, pintándonos al rey de la industria bilbaína ya convertido, —parecía repuesto de su crisis. Nada quedaba en él del enfermo que había visto Aresti en su última visita á las Arenas. Su mirada era tranquila, con una fijeza serena: el color sanguíneo de sus primeros tiempos de luchador, había vuelto á animar su rostro. —Y más adelante, el millonario se expresa en estos términos: «—Estoy bien, mejor que nunca. La satisfacción que adivino en mi mujer y en mi hija, me llena de alegría. Tengo la certeza de que al salir de aquí (del Monasterio) nos querremos más, que constituiremos una verdadera familia cristiana ..»

Si el objeto supremo de la vida (y este es el criterio de Blasco, que á boca llena se llama ateo), es pasarla lo mejor que se pueda, ¿no debemos regocijarnos de la intervención, ó si se quiere mangoneo de los jesuítas en la casa de Morueta? Cuando el capitalista estaba distanciado de ellos, fué vilmente engañado por una perdida, andaba tristón y flacucho y su mujer le miraba como un extraño. Se hace amigo de los Padres, y catáte al potentado bilbaíno, fresco como las propias rosas, con *su color sanguíneo* y lleno de alegría al saber que su mujer y su hija le quieren más que

antes... Hay que convenir en que todo esto podría firmarlo el P. Coloma. Si el jesuitismo hace estas maravillas y da ó puede dar á los hombres la salud del cuerpo y la paz del espíritu, ¿por qué hemos de mirarle con sobrecejo y cerrarle las puertas de nuestras casas?

En esta contradicción cae Blasco Ibáñez por evitar el escollo en que fácilmente tropiezan los novelistas que quieren hacer propaganda de sus ideas políticas ó sociales. Hay un procedimiento muy fácil para escribir novelas propagandistas: el que empleó, v. gr., el bueno de Ayguals de Izco. Para poner de pelo de conejo á los frailes, imaginó el grotesco Padre Patricio, símbolo de todo génera de picardías, y para reunir en un solo personaje todas las virtudes del pueblo liberal, trazó la figura del artesano Anselmo; Blasco Ibáñez se haapartado—y ha hecho muy bien—de semejante patrón. No ha querido presentarnos á los jesuítas unos monstruos, no ha sacado á relucir ni un Rodín, ni siquiera un Pantoja; pero no ha acertado á realizar su intento, que era, sin duda, hacer odioso el jesuitismo, como lo consiguió, por ejemplo, el autor de cierto *Barrido*, cuña, el autor, de la madera jesuíta. A los Padres de la Compañía, *El Intruso* ha debido de hacerles sonreir, como se sonreirán los tripulantes de un acorazado si se disparase contra su barco una perdigonada; los radicales habrán experimentado, al leerlo, una verdadera decepción, y los neutros, que son, sin duda, aquellos á quienes Blasco Ibáñez trataba deconvencer, al acabar de leer la novela del escritor valenciano han debido de pensar: «Si los jesuítas poseen el maravilloso específico que da paz á la conciencia, salud al cuerpo y alegría al hogar, beneficios todos de que testifica Sánchez Morueta, bien venidos sean los hijos de Loyola á nuestros pueblos y á nuestras casas.»

***

El Intruso termina como el rosario de la aurora: radicales y devotos, con motivo de una procesión ó romería de éstos á Begoña, se enredan á garrotazos y á tiros, hasta que la batalla termina con la intervención de la fuerza pública Bien se ve que á Blasco Ibáñez le parece muy mal que los devotos no se dejen insultar y apalear humildemente. Esto último sería muy cristiano y, sobre todo, muy cómodo para los otros; pero no siempre salen bien los atropellos al pensar y sentir ajenos. A veces se cree que un devoto va á resistir pacientemente un palo, y resulta que el devoto descerraja un tiro al apaleador. Son las quiebras de la intolerancia.

Yo no dudo que á muchas personas, aun siendo religiosas, les molestan las procesiones, pero no es de extrañar que á esas mismas personas les fastidien las manifestaciones políticas. ¿Mas qué hacer? La ley permite unas y otras... Es injusto ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en en el propio.

No podían faltar, tratándose de un libro de propaganda, las tiradas retóricas sobre filosofía, sociología, moral, política, etc., etc El doctor Aresti, que por lo visto ha leído á Renan, parafrasea elocuentemente las

teorías del escritor bretón y anuncia para la humanidad el triunfo de la justicia y de la ciencia. Desligadas de la novela, de perlas me parecen, y han de parecerle á muchos lectores, las parrafadas elocuentes del doctor Aresti; pero en *El Intruso*, á decir verdad, esos discursos y algunas prolijas descripciones, la de los altos hornos por ejemplo, que recuerda otra descripción insuperable de Zola, embarazan y dificultan la acción, diluyéndola y quitándole no poco de amenidad, requisito indispensable de toda novela.

En el fondo del cuadro agrúpanse las figuras de los mineros: todo lo que á ellos se refiere es lo mejor del libro. Blasco Ibáñez es un excelente pintor de escenas al aire libre: las costumbres rústicas, los hombres toscos y de pasiones primarias, salen mucho mejor tratados de su pinceque los señoritos de levita y las damiselas de salón. Con ser la *Charanga* una figura ménos que episódica y trazada con cuatro rasgos, tiene, en mi concepto, mayor valor artístico que doña Cristina, la mujer de Sánchez Morueta, y Pepita su hija. Los trabajadores de Gallarta y Labarga; Tozino, el explotador de la miseria de los mineros; Milord, otro que tal baila; el Barbas, huraño anarquista, rebosante de odio contra los burgueses; D. Facundo, el clérigo, para quien el toque de la Religión está en que haya muchos bautizos, casamientos, y sobre todo entierros; los pobres habitantes de la *Casa de peones*; todo, en fin, lo que se refiere á la gente trabajadora, vale incomparablemente más que las disquisiciones filosóficas de Aresti, las malandanzas amorosas de Sánchez Morueta y el romanticismo del ingeniero Fernando, el novio poco afortunado de la hija del capitalista.

Claro se advierte que Blasco Ibáñez llegó á Bilbao, recorrrió la región minera, impresionóse, como artista que es, ante aquellos rebaños de hombres que dèjan su sudor, y muchos de ellos su vida, en las canteras y en las minas, y cuanto vió y le impresionó, trasladólo al libro con el vigor propio de su imaginación reproductora y de su estilo vibrante y enérgico. Vista está también y constituye la mejor escena del libro la de los barrenadores en Azpeitia. Aquello sí que es arte. Blasco es allí Blasco, sin mezcla alguna, pintor admirable de las costumbres del pueblo.

En cambio, todo lo demás de la obra está escrito de oídas ó *de leídas*. Las intrigas jesuíticas, la vida de las familias acomodadas de Bilbao, los discursos de Aresti nos interesan poco ó nada, porque todo ello es de segunda mano, porque todo va enderezado á demostrar una tesis política preconcebida, porque todo está influído por procedimientos novelescos de otros autores. Hasta en el título, *El Intruso*, se advierte una influencia extraña. Ha sugerido este título á Blasco Ibáñez *La Intrusa*, de Maeterlinck. ¡Qué lástima que Blasco deje que se adultere su ingenio con la lectura de obras ajenas! Sabe andar solo, y se impone la tarea de caminar por los carriles que otros trazaron; puede ser maestro y se contenta con ser discípulo.

ZEDA

JAVIER DE MIRANDA, novela original de *Juan F. Muñoz y Pabón.*—Sevilla.—Librería de San José.—1904.

Se equivocan de medio á medio los que suponen que para crear obras de arte hace falta, ante todo, imaginar grandes y trascendentales asuntos. No: lo que principalmente se ha menester es ingenio. El ingenio es una especie de rey de Midas; cuanto toca lo convierte en oro. De un pingajoso y sórdido pordiosero, hace un *Menipo;* de las malandanzas de un *golfo* del siglo XVI, un *Lazarillo de Tormes*... Por esto se ha dicho con razón que no hay buenos ni malos asuntos, sino buenos ó malos autores.

El asunto, ó mejor dicho, el argumento de la última novela de Muñoz y Pabón, *Javier de Miranda*, no puede ser más sencillo: un excelente muchacho, calabaceado por la señora de sus pensamientos, y una guapísima joven, á quien su novio ha dejado plantada, empiezan por prestarse mutuos consuelos á sus sendas desgracias y acaban por enamorarse vehementemente y por unirse en santo matrimonio, con gran contentamiento de «los interesados» y satisfacción de los lectores. Es un caso semejante al de aquella dolora en que una viuda y un viudo se encuentran en el camposanto en que reposan sus muertos, y por la identidad de su dolor llegan primero á comprenderse y después á amarse. Aquí, en la novela de Pabón, no hay más muertos que los antiguos amores, sustituídos con ventaja por otros aún más floridos y lozanos.

Con ser cosas como éstas, tan repetidas en la vida y en las novelas; con ser los personajes que intervienen en la acción de *Javier de Miranda*, no de complicada psicología, sino gente, como quien dice de poco más ó menos; con hablar todos ellos, no con exquisiteces superfinas, sino á «la pata la llana», y con no suceder en la novela nada que no sea lo corriente que todos los días y á todas horas estamos viendo, el libro de Muñoz y Pabón nos interesa, nos deleita, nos regocija y á ratos nos conmueve. Y esto depende de que el novelista andaluz, al pintarnos la vida por él estudiada, sabe poner en relieve lo que hay en ella de interesante, y sabe, además, no sólo copiar sino *componer*. Me valdré de un ejemplo vulgar que exprese con claridad mi idea No basta que en un guiso entren los más sabrosos manjares, si el cocinero no acertó á elegir de ellos lo más sabrosos y apetitoso, si no sabe aderezarlo con la salsa conveniente, si no tiene tino para sazonarlos. Pues algo así es la composición artística. ¿No te ha acontecido lector alguna vez —y sigo con mi ejemplo culinario—que, no importa en donde, te hayan servido un plato compuesto acaso de ingredientes modestos, pero guisados con tanto primor, aderezados con tan buena mano y presentados con tanto aseo, que después de comerlos te has chupado los dedos de gusto? Pues algo parecido ha de suceder si tienes la buena idea de leer el libro titulado *Javier de Miranda.*

El estilo de Muñoz y Pabón es suelto, ligero, gracioso, sus imágenes

oportunas, sus donaires siempre castos y limpios, lo que no impide que sean chistosísimos. Los personajes hablan todos conforme á su edad, sexo y condición; las descripciones no son inventarios, sino cuadros, y el lenguaje, aunque con alguna incorrección, que bien puede calificarse de andalucismo, tiene el castizo sabor de nuestro idioma.

Quizás huelgue en el libro el episodio de la cachetina de los dos rivales y lo que después sigue de la cura del vencido Frasco Guerra y encerramiento de ambos en casa de Javier. Para que Miranda nos sea muy simpático y desearle todo género de prosperidades, no había necesidad de recargar la nota de su generosidad y grandeza de alma.

¿Pero qué significa este lunar, si lo es, al lado de la amenidad y frescura de un libro en el que, conforme al consejo del aconsejador de Cervantes, leyéndole, el melancólico ha de moverse á risa y el risueño ha de aumentarla, y el simple y el grave, y el discreto y el prudente han de seguro de alabarlo y de elogiar al padre—en este caso padre cura—que lo engendró?

ZEDA

LAS CLASES PASIVAS, por *Emilio Riu.*

La catástrofe nacional de 1898, con la pérdida de las colonias ultramarinas, dejó á España en la mayor miseria. Con el patrimonio de nuestras posesiones últimas aún podía ir tirando un poco la vida del país, sin prosperidades ni holguras, pero con relativo desahogo y un tanto libres de apremios vergonzantes.

Con el golpe de nuestras derrotas todo se desmoronó, y ni siquiera es posible repetir la famosa frase del rey de Francia, en Pavía hecho nuestro prisionero. Las guerras coloniales, sostenidas á todo lujo, con un esfuerzo casi milagroso, sacando recursos de hombres y dinero donde no los habían, dieron en tierra con los restos de nuestra hacienda y de nuestra fortuna, malograron definitivamente nuestro crédito, dejando exangüe y empobrecida la nación. Fué realizado en todas sus partes el funesto desplante de Cánovas: hasta «el último soldado y la última peseta».

Grandes males trajeron esas guerras terminadas con la derrota. Perdiéronse los territorios coloniales, donde peleamos por sostener la soberanía española, intentando por la fuerza armada retener países sublevados que, al llegar á la mayoría de edad y á la plenitud de los tiempos, quisieron declararse libres á costa de sangre, con riesgo de vidas, á golpe de heroicidades que indudablemente las hubo, y muchas, en los enemigos campos de batalla.

Mientras sosteníamos, á virtud de sacrificios enormes, el esplendor de mantener en pie de guerra, en lueñes tierras, un ejército numeroso, capaz por el número de realizar la conquista de un continente y mucho más de sofocar la insurrección de una colonia, el país, la nación iba

desangrándose poco á poco, arruinándose paulatinamente, gastando en pólvora, esa pólvora que representaba la quijotesca vanidad española llevada al delirio, recursos que no se tenían, que se improvisaban con empréstitos onerosos, con hipotecas sobre la escasa tributación del país, y necesarios indudablemente, fatalmente para equilibrar la vida interior de España, ya declarada desde muchos años en irremediable bancarrota.

No fué lo malo, en los resultados adversos de esas guerras, terminadas con nuestro vencimiento y la cesación de nuestra soberanía en las colonias, la pérdida de los territorios que cambiaron de dueño en ley de conquista. Perdióse el rendimiento que daban, que ya es mucho perder. Pero encima nos dejaron la deuda enorme de los gastos de guerra y el aumento extraordinario de las clases pasivas. Para sostener las campañas, se contrataron empréstitos, quedando obligados al pago de capital é intereses; para mantener en pie de guerra un ejército numeroso, se hizo preciso aumentar enormemente las escalas militares, concediendo empleos, cruces pensionadas á granel.

Al llegar el momento de la repatriación, abandonados los territorios perdidos á los nuevos dominadores, ya reducidos al solar hispánico, vuelta la paz á la vida nacional, entramos en el ajuste de cuentas. Había llegado la quiebra nacional definitiva.

Con los muertos en campaña, las pensiones á viudas y huérfanos de militares habían crecido de un modo asombroso; la lista de los empleados civiles excedentes, que se repatriaron, recargaba onerosamente el presupuesto de las clases pasivas. Quedaban, pues, esas heridas desangrando más y más al país empobrecido. Alguien comparó esos sueldos, en el fondo muy justos, con los gusanos que roen en carne muerta.

Desde entonces, cuando ya se pensó en reconstruir la vida interior de España, no hubo más que un solo grito que saliera de todos los ámbitos peninsulares: economías.

Pensóse en castigar los presupuestos, reduciendo los gastos, suprimiendo dispendios inútiles. Era justo, con un alto sentido de la vida, nacido del instinto de la propia conservación, práctico, indispensable, ese movimiento de opinión iniciado contra la bambolla nacional en que hasta entonces habíamos vivido.

En todas las conciencias existía latente esa ánsia de regeneración económica. Por ese lado, por ese único camino, podríamos volver á reconstruir lentamente la patria maltrecha y la nacionalidad en peligro. Coincidían en ese punto todas las opiniones con unánime criterio cerrado. Los hombres políticos, con Villaverde á la cabeza, predicaron la buena nueva. Siguieron ese ejemplo los agitadores de la opinión, cuando se congregaron en la magna Asamblea de Zaragoza.

Y los contribuyentes, los que sostienen las cargas del Estado, abrumados por las gabelas, malviviendo con las rentas de las tierras y las ganancias de las industrias, creyeron y confiaron en esa regeneración salvadora, anunciada á golpe de parche periodístico y á voces desde las tribunas en los mitins.

La operación quirúrgica en el cuerpo desmedrado del país era dolorosa, pero necesaria. Sin ella, ¿cómo salvar la vida del enfermo?

Mas después vinieron las cobardías y los miedos. Se habló de derechos adquiridos, de obligaciones legales, de gastos necesarios, de prerrogativas históricas, excusas todas para disimular la rutina de las clases directoras, cuya conducta venía á abonar la tradicional indiferencia del país, ya habituado á la expoliación tributaria y á la pasividad resignada frente á la eterna comedia de la vida pública, de la acción política, de la tutela gubernamental en España.

Dijeron algunos que la enfermedad era moral, un desequilibrio en la psicología del pueblo español. No más locuras; no más empresas temerarias; no más pensar en grandezas pasadas, ni soñar en adelante con desquites futuros. Sí; tenían razón, pero no era lo que decían toda la verdad.

Bueno que se pusiera camisa de fuerza á D. Quijote para que no volviese á sus viejas correrías, ni empuñara de nuevo las armas de la caballería andante saliendo á correr la tierra en busca de aventuras: Son ya otros los tiempos. A más, esas armas, ya oxidadadas, del loco manchego, para nada sirven.

Bueno también que se cerrara con doble llave el sepulcro del Cid. Inútil era este empeño. Del viejo espíritu guerrero que, siglos ha, cuando Dios quería, acosara á la raza española, se perdieron los bríos triunfadores y los heróicos arrestos. De todo ese espíritu que tantas proezas de romancero y canciones de gesta realizara allende centurias pretéritas, no ha quedado en nuestro pueblo más que el gesto altivo, la pasión malsana y el rescoldo de su barbarie truculenta. Tan á menos ha venido, que el ánimo, inclinado á la piedad, devoto de las grandezas que fueron rendidas á su gran pesadumbre hoy, se lastima de la pobreza á que llegara el hidalgo castellano, cargado de años, malviviendo de un pasado esplendor, burlado en su impotencia y por su miseria. No; el pueblo español no tiene nada de la locura magnífica de Quijada el Bueno ni el ímpetu bélico del gran Rodrigo de Vivar á caballo, con férrea armadura y lanza en ristre, poniendo espanto en la morisca gente. Más tiene del pobre Job en el estercolero...

El problema nacional actualmente no entraña una cuestión de psicología colectiva: es ni más ni menos una cuestión económica.

Cierto que el atraso intelectual en que vivimos, la falta de cultura que nos acorre, hallándonos como nos hallamos retrasados con un salto atrás de unos cuantos siglos en la andanza de la moderna civilización europea, y que el lastre de nuestros hábitos medioevales y el peso de esta pasividad sin energías en que ha caído la raza, son una rémora invencible para un resurgimiento de la nación, para el retorno, por un esfuerzo de voluntad colectiva, á vida próspera y fecunda, renacer de la patria que vuelve á sus viejas glorias con alma nueva, mejor templada y más combatiente en la batalla de ideas y en la lucha por la existencia.

Pero esa dirección intelectual, ese mejoramiento de la cultura, no es

en los actuales momentos, lo más urgente. Lo primero es vivir, y lo demás vendrá por añadidura.

Como medida necesaria para condicionar los medios de vida, salta desde luego, pidiendo estudio y realización inmediata, el saneamiento de la pobre Hacienda declarada en bancarrota, esquilmada, exhausta. Punto de partida, de ahí arrancará todo movimiento nacional que intente la regeneración del país. Seguir otra ruta, es tornar á los caminos trillados, volver á la bambolla nacional, proseguir la garrulería de tantas recetas salvadoras como, desde seis años á la fecha, han venido predicando los charlatanes de la política cominera que padecemos.

Mientras no se aborden y resuelvan todos los problemas de carácter económico, que son muchos y muy principales en España, desangrando lentamente sus fuentes productoras, no hay que confiar en el porvenir de esta nación, la de los tristes destinos.

La revolución política sería estéril. No vendrá por ahí la salud de la patria. No está el remedio ni en el cambio del régimen, ni en la modificación de nuestros sistemas gubernamentales. Todo ello es externo, cuestión de formas. El mal está más hondo, daña mucho más adentro. La revolución tendrá que ser económica, y si no es posible llevarla á cabo radicalmente por encontrarse con la resistencia que oponen las costumbres públicas, derechos que se creen inviolables y gastos que han dado en la flor de reputarlos por indispensablemente necesarios, hágase en buen hora con tino, á golpe lento, con oportunismo, sin echar mano de las violencias que irritan los ánimos y levantan clamores motinescos, pero con valentía prudencial, pensando más que en los propios provechos en el bien general y en la salud de la patria que está por encima de cualquier otro interés.

El libro de Ríu afronta resueltamente el problema económico en uno de sus aspectos más importantes.

Si fuese necesario pregonar la competencia del autor de *Las clases pasivas*, y preciso se hiciera la justificación de la autoridad que goza en materias financieras, dijéranlo sus muchas campañas en la prensa y desde los escaños parlamentarios. Sus inmensos escritos y sus muchos discursos, jugosos de doctrina económica, saturados, de ideas sociológicas á la moderna, han encontrado siempre enorme resonancia, y le han dado cédula de hombre de ciencia, como sociólogo y como economista. Sobre todo, en esa labor de la pluma y de la palabra á que ha consagrado Ríu la vida entera, hay que parar mientes en el alto sentido práctico, en el empirismo que rebosa. Precisamense ese sentido de adaptación á la realidad es lo que ha faltado siempre en los directores de la vida pública en España. Superabundancia de ideas, recogidas en libros extranjeros, caracteriza á muchos de los que por acá á estos asuntos financieros y sociológicos consagran estudio árduo y penetrante inteligencia. Mas,

al intentar llevar á la práctica la teoría, les estorba la impericia, la falta de tacto, la inadecuación al medio social.

Ríu, puesto que ha vivido intensamente porque ha luchado mucho, atento de continuo á estudiar en los libros, pero á estudiar también en la vida, que es el mejor maestro, compulsa las necesidades sociales diagnostica con certera precisión, juzgando por los síntomas observados, el mal que es necesario combatir, y entonces expone los remedios salvadores á su juicio y los ya acreditados en casos similares. Es su labor de crítica honda, esa que descompone y reintegra en todos sus elementos el estado social de un país.

Trabajo completo, con enorme cantidad de datos que fundamentan y robustecen los juicios expuestos; libro bien documentado, sábiamente pensado, nutrido de enseñanzas saludables, con aliento intelectual, es *Las clases pasivas.*

Indica, á la simple lectura de sus páginas, más que la erudición copiosa del autor, para quien las ideas expuestas por los sociólogos y economistas modernos más famosos y de mayor crédito le son familiarmente conocidas, la abundancia de observaciones personalísimas, de juicios propios, el conocimiento pleno de la vida económica en España en todas sus manifestaciones y con la complicación, difícil de desentrañar, de los múltiples factores que la impulsan y de los innúmeros vicios que entorpecen su franco desenvolvimiento.

Gangrena que roe en el cuerpo enfermo de la nación española son las clases pasivas. Conviene combatirlas, mejor dicho, regular su vida económica para que no pesen tan gravemente y de un modo oneroso como en la actualidad sobre el país que soporta y paga su enorme presupuesto. Por un sentido de transacción está inspirado el libro de Ríu. No es radical, revolucionario á todo evento.

Fuera de la realidad, inadaptado al medio ambiente español entonces, no contaría con ese oportunismo, ese acierto que acopla á la aspiración nacional los medios de resolver airosamente el problema, que á mi entender es su extraordinario mérito.

Fijarse deben en él, leer con reposada atención sus páginas, cuantos por acá se preocupan de esta clase de estudios, los más útiles y más meritorios indudablemente, mal que pese á los que creen que con vaga y amena literatura los pueblos se contentan y con ella nutren solamente su espíritu, en ocasiones perjudicial como los viejos libros de caballerías.

Y si hay corajes, las soluciones que se dan á nuestro actual problema económico en *Las clases pasivas*, próximamente, con carácter de urgencia, deben realizarse. La tardanza pudiera á la postre resultar suicida.

ANGEL GUERRA

MORS IN VITA, novela, por *Antonio de Hoyos.*

Paso por alto la cuestión de ambiente. No sé si para la lucha interior, caso de psicologismo sencillo, en que se debate el espíritu del héroe de esta novela, sea necesario, ó por lo menos más propio, el «medio» aristocrático. En él lo coloca el autor, y bien está ahí. Creo que lo mismo podría desarrollarse esta acción novelesca entre los humildes, en las últimes clases sociales No considero que la psicología tenga zonas irreductibles, y que en achaques de alma todas las gentes no guarden, más ó menos, cierto parecido.

Mas estas consideraciones no hacen al caso. Antonio Hoyos conoce *après nature*, por haberlo vivido, el «medio social» que describe. Por fuerza á él necesitaba recurrir no sólo en busca de color, de ambiente moral, sino en apuntes y en observaciones respecto á los séres cuyas vidas era en obligación de contar. Cantera inagotable, y además poco estudiada, ésta de la clase aristocrática en la novela española contemporánea, hace bien Hoyos, por espíritu de originalidad, para más acierto en las pinturas, en llevar trozos de ella á las páginas literarias. Un día copia, con donaire de pluma, la frivolidad aristocrática con sus arrestos galantes y sus solaces de *flirt* en *Cuestión de ambiente*, su primer libro.

Más seguro actualmente de sus fuerzas, después del tanteo de su primer ensayo de novela, en que á vuelta de disculpables defectos de composición y de factura se advierten atisbos de sagaz observación y de habilidad técnica en los diálagos, ha acometido empeño más árduo, ampliando el campo de experimentación psicológica, buscando mayor suma de documentos humanos, ávido de crear caracteres, atento al estudio de almas, de lo que un crítico llamó «interiores ahumados». De ese propósito nació *Mors in vita.*

No digo, Dios me libre de ello, que este libro sea una novela completa con todas las de la ley. Aparte de que novelas perfectas, con amplio sentido humano, con plenitud de vida y cantidad de espíritu, fuertes y sanas en la creación, no se dan muchas en España entrebuscando en la labor meritísima y copiosa de los viejos, los que se llaman maestros en el arte de novelas, cierto es también que la juventud literaria actual en nuestro país no ha producido hasta la fecha una novela perfecta, acabada, digna de loa á todo evento.

Si *Mors in vita* merece reparos, no han de escatimársele tampoco los elogios. Unos y otros han de entrar, en una crítica imparcial, á escote. ¿Qué es la novela de Hoyos? Ya he dicho que un sencillo caso psicológico, la lucha de un alma en la vida en busca de su irremediable destino. El protagonista de ella es un pobre sér sin voluntad, un carácter curvilíneo, un espíritu fluctuante que marcha entre dos fuerzas opuestas que lo solicitan; dos cariños, el de la madre y el de la mujer querida, entre

dos impulsos que lo empujan, uno de significación moral, el deber, y otro de sentido natural, el amor, que por distintos caminos le señalan el *sens de la vie*. ¿Cuál de estas fuerzas es la más poderosa? ¿Qué impulso se ha de seguir?

No se resuelve este problema de vida interna en el libro de Hoyos. El héroe de ella, abúlico, débil á toda solicitación, marcha de un sentimiento á otro, *cual pluma al viento*.

Si fuese un hombre intelectual, reflexivo, un tanto filósofo; si se parase un instante para mirarse adentro, robusteciendo la voluntad, intensificando las energías de acción, tal vez se ahorrase la incertidumbre de su destino, y resueltamente encontraría el verdadero camino de su vida. Se deja llevar al azar, corre á merced de la suerte, de tumbo en tumbo, sin hacer pie nunca, como náufrago en el mar. Así su vida es de lucha, riñendo constantemente batalla su corazón, y el dolor, patrimonio de los hombres, lo hace su inseparable compañero. Padecer es vivir, como dijo el poeta.

Entre el deber y el amor, ¿qué ruta seguir? Cualquier espíritu sereno, en quien el lastre de las ideas morales, el ambiente social, las preocupaciones ráncias no pesarán de modo tan abrumador, atento ese espíritu al propio bien, egotista, libre, se inclinaría resueltamente del lado del amor, y cedería, saltando por encima de todo escrúpulo de conciencia y sofocando el vivo rescoldo del sentimiento filial, á la solicitación de la hembra, en cuyos amores se ha encontrado el único sorbo de dicha sobre la tierra. A este propósito recuerdo el estudiante de la novela de Dostouyeski, que asesina á una vieja, y disculpa el crimen razonando con brutal pero convincente lógica, porque aquella existencia inútil estorba á su felicidad. Ese grito, esa lógica y ese golpe, es la prueba de un egoísmo individual; pero estudiado con amplitud de criterio, dentro de una moral altruista que no es la corriente, no se puede condenar á infamante castigo, porque hay una sanción íntima de conciencia que generosamente lo absuelve.

En el caso de la novela de Hoyos, como el problema psicológico se plantea en el alma del protagonista, apena la debilidad del carácter de éste, la blandura con que cede, por deber, á seguir la dirección que á su vida imprime y señala la moral rígida y el cariño egoísta de la madre, aquella señora, de recia complexión espiritual, religiosamente intransigente, voluntad dominante, sin mostrarse flexible, ni aun por la piedad que se duele del dolor en el sér amado.

Un acto de rebeldía á la sugestión materna en el protagonista de *Mors in vita*, indicaría plenamente un alarde de egoísmo. Burlaba el dolor de la madre; renunciaría á su cariño, para, con libre voluntad, cultivar su propia ventura, la paz interior de su espíritu. Sin duda, y en disculpa de sus arrestos, la vida se le mostraría plácida, llena de encantos, gozando el amor de una mujer que, siendo pérfida, insinuante, dulcemente pecadora, en el fondo de la traición y de la mentira le haría saborear redoblados atractivos.

Egoísmo por egoísmo, ¿cuál es más cruel? Por ley natural, el cariño de madre es más abnegado, á veces heróico en los grandes sacrificios. Cuando á este tipo no corresponde, y es por el contrario dominante, dañino, con algo de sádico, más celoso del propio contento que cuidadoso de la ajena ventura, osténtase cruel y repulsivo. No obliga entonces el deber moral á la obediencia, ni exige forzado acatamiento.

Por otro lado, en las luchas de la vida, entre los dos amores que solicitan un alma, la tibia querencia á la madre y la pasión loca por la hembra, ¿cuál es más fuerte? ¿quién vence? Puestos frente á frente, disputándose un corazón, es indudable que triunfa el último.

Ayudan al primero en su acción de conquista y afianzan la raigambre de su dominio espiritual, los viejos prejuicios. Leyes morales, convenciones sociales, respetos, gratitud, obligaciones de reverencia y apoyo que señala un sentido natural, instintivo, parecen que dan la primacía en el orden de los sentimientos humanos al cariño filial. Favorecen el segundo el derecho á la vida, los estímulos de la pasión que no se dominan sino con una rigurosa disciplina interior, la sed de libertad, aspiración de todo sér, el instinto de los sexos codicioso, rebelde, humano, más poderoso que el impulso sentimental.

Para un hombre con temple de alma no habría duda en la elección. Seguiría el camino que, en ley natural y por convicción íntima, es senda señalada á nuestro destino sobre la tierra, y todos los seres están llamados á continuar. La ley del amor, el instinto de conservación de la especie impuesto á nuestra naturaleza, exigen esa orientación, señalan ese *sens de la vie*.

Lo triste es cuando esa lucha se entabla en un espíritu fluctuante, sin voluntad, que carece de arrestos. Se va á lo largo de la vida, no en línea recta, con segura dirección de antemano trazada; se marcha en zig-zag, de un modo curvilíneo, cayendo y levantándose como nazareno con la cruz á cuestas.

Las de esos seres son existencias de dolor, cruelmente amargadas, que ni un momento encuentran reposo, ni paz íntima. El escrúpulo del deber incumplido, apena; el recelo del amor violado, daña de muerte. La incertidumbre, el hastío, el dolor roe en esas almas lentamente como llaga viva en la carne.

Si un momento sienten el acoso de la rebeldía, es para más dolerse del bien de no ser libres; si un instante se goza la complacencia del deber cumplido, al punto viene á entristecerla la nostalgia de dichas que se abandonaron, nada más que presentidas aún, apenas entrevistas. Al sediento, la gota de agua que moja sus labios redobla el padecer; en las almas los goces fugaces son un nuevo incentivo al dolor, por brevemente gustados, pronto perdidos.

Hábil ha estado Hoyos en la presentación y desarrollo de este caso de psicologismo de *Mors in vita*, tan frecuente en la existencia ordinaria. Hay muchos seres que esa lucha la llevan escondida dentro, que viven esa historia íntima desoladamente triste. Nada tiene por ende de

extraño, ni de complicado el caso. Con detenerse un momento á observar la realidad, con ver, con mirada perspicaz, entre las gentes con quienes diariamente nos codeamos, los documentos humanos para componer una novela de esta índole salen en gran número á satisfacer el espionaje y sondeo del psicólogo.

Hoyos ha visto bien. Si otros méritos se niegan á su libro, póngasele en cuenta éste.

Quizás no ahondará mucho y su psicologismo se quede á flor de alma; tal vez su arte no entrañe vigor de creación máxima, amplia, plena, pero *Mors in vita* es un testimonio notable de la valía de un temperamento que tiende á la originalidad, y de los gallardos arrestos de una pluma joven y nueva.

ANGEL GUERRA

ESTUDIO SOCIOLÓGICO Y ECONÓMICO DE LAS ISLAS CANARIAS por *R. Ruiz Benítez de Lugo.*

Pocas noticias, y erróneas por lo general, se tienen respecto al país canario. Si algunos han escrito artículos, bien sabe Dios que más pecaron de injustos, por espíritu hostil, que se acreditaron de benévolos con derroche de alabanzas.

Creo, por tanto, útil, necesario, el libro de Ruiz y Benítez de Lugo, que ha prologado Estévanez.

Hace tiempo venía advirtiendo yo la falta de un estudio completo que abarcara la vida insular de Canarias en todas sus manifestaciones. Se hacía preciso reivindicar al país canario, cuyo nombre ha rodado por la prensa española muchas veces, maltrecho y vejado. La leyenda falsa había circulado tanto, se había enquistado en la conciencia del pueblo español la idea de un país casi en estado salvaje como las tribus del Africa fronteriza, en cuyos mares las viejas Hespérides alzan sus montes coronados de nieves y muestran sus valles de un verdor eterno, que al presente ese estado de opinión estaba llamado á secularizarse.

De la vida allá, en las peñas atlánticas, poco más de nada se sabe pro aquí. Considérase por muchos á Canarias como un resto de nuestras colonias, como una más que todavía mantiene la antigua soberanía de España. Por otros, los menos avisados, pero los más recios en el desdén, reputan á las Canarias como una factoría británica, en donde enseñorea su dominación la poderosa Inglaterra.

Contra todos esos prejuicios y esos errores viene á reñir batalla el libro de Ricardo Ruiz. Bien merece aplausos en esa gallarda aventura. No son los tiempos de caballería andante, ni es empeño que logra grandes éxitos romper lanzas por un ideal de equidad y de justicia. No suelen ser los pueblos muy agradecidos. Por eso me es doblemente simpática la actitud de reto en que se coloca el autor de este libro, escrito en limpia prosa, documentado, informado por un espíritu de templanza, de

concordia, pero que al mismo tiempo entraña energías rebeldes, de combate.

Paso por alto el error geográfico en que se vive por acá respecto á Canarias. Máculas del analfabetismo nacional, toda equivocación en este punto es disculpable. Sería necesario inyectar en nuestro público iletrado un poco de cultura, para que de errores de esta clase quedara à salvo. Bien están, y en su lugar, los prolegómenos del libro de Ruiz con los datos geográficos exactos de la provincia canaria. Naturalmente, por ahí había de comenzar.

Estriba toda la importancia del libro de Ruiz en el estudio razonado, lleno de estadísticas, comprobado con datos documentales, del movimiento económico y del estado social, actualmente, en las islas Canarias.

Asombra el crecimiento de la exportación, que acusa un estado extraordinario de auge en la riqueza agrícola, y el desarrollo próspero del comercio, que en pocos años ha alcanzado un crédito muy grande en las plazas extranjeras de Alemania, Inglaterra y Bélgica, con las que mantiene constantes relaciones mercantiles.

Débese todo ese florecimiento de la riqueza insular, en sus fuentes naturales, la agricultura y el comercio, á la situación geográfica y á la bondad de sus puertos.

Por la situación de las islas, al paso de las navegaciones á todos los países del mundo, que por eso resultan de obligada escala en las largas derrotas, los puertos principales adquieren grande importancia en la marina mercante por facilitar las transacciones comerciales y el aprovisionamiento de víveres y carbones, y en la marina de guerra por la posición estratégica que haría de ellos, bien condicionados, inmejorables puertos militares.

Año por año, mejor era decir día á día, el movimiento de buques crece, y no tardará mucho sin que los puertos de Las Palmas y de Santa Cruz de Tenerife, los dos más importantes del archipiélego. hoy los primeros de España por muchos conceptos, estén llamados á desempeñar papel principalísimo en las futuras contingencias del Africa colonizada y productiva.

Un grave problema trata, con bastante mesura, la necesaria al caso, el libro de Ruiz y Benítez de Lugo. Es la cuestión batallona, la que más hace sonar á cada instante en la prensa peninsular el nombre de Canarias: su españolismo.

Declaremos que son persuasivas y elocuentes esas páginas.

Estudia, ante todo, Ruiz, las causas de ciertas ligeras manifestaciones de hostilidad hechas en el país canario, no contra España como nación, no contra su soberanía, sino contra las corruptelas y las inmoralidades de la administración española, allí más viciosa, por tratarse á la provincia como á colonia penitenciaria donde se mandan castigados á los que, por faltas que merecen correctivos leves, más de pena moral que de castigo impuesto por la ley, se les quiere de algún modo perjudi-

car, cuando ese destierro no viene á resultarles beneficioso al propio provecho, que es, por lo general, lo que acontece, para mayor vergüenza.

Contra esos abusos, contra el deprimente concepto en que se le tiene, se ha levantado muchas veces el pueblo canario. Confesamos que con razón. Son disgustos que dentro de casa se ventilan, sin que ni por un momento aflogen los lazos espirituales que unen á la lejana provincia con la Metrópoli.

Pero, llegado el momento de prueba, cuando se ha hecho necesario demostrar el españolismo aun á costa de la vida, ante la intrusión extranjera codiciosa de conquista, el pueblo canario ha respondido al viejo tipo español, el de las legendarias proezas y de las hazañas romancescas, y ha dado su sangre y ha sido trágicamente héroe. Morir antes que entregarse, ha sido el grito. Gutiérrez rechaza la escuadra victoriosa de Nelson, como antes Alvarado, ante el ataque de los navíos holandeses, había cargado el último cañón con las llaves del castillo.

Por esta parte del libro, que á mí me parece de un gran interés y, sobre todo, de una notoria actualidad, respetuosa, mas franca y valiente, corre la pluma de Ruiz y Benítez de Lugo. Su condición de militar le impone prudencias, ya que las últimas algaradas en Canarias han tenido lugar entre el pueblo y la gente de armas.

No comenta, ni siquiera señala claramente responsabilidades Ricardo Ruiz en sus libros. Narra los sucesos imparcialmente, con todo rigor de verdad; consigna casos ocurridos que han llevado una perturbación moral al pacífico vivir de aquel pueblo, morigerado de costumbres, hospitalario hasta la exageración, ganoso de mantener en pie sus prestigios de honradez, celoso del respeto propio y ajeno. De ahí no pasa el escritor. Deduzca el lector, rectamente juzgando, el juicio que estime ser justo. Algo dice también este libro del movimiento literario en Canarias. Pocas son las líneas consagradas, pero á bastante se ha atrevido. No hubiera sido yo tan largo. Es correr un peligro cierto hablar de escritores vivos, que disputan entre sí los primeros puestos dentro de un arte regional todavía incipiente, en período de iniciación y desarrollo que no tardará en cobrar más eficaz impulso.

Quisiera que el libro de Ruiz conquistase muchos lectores, como merece, en pago de sus bondades. Pero, más que por otra cosa, lo deseo porque circulen en España los nombres de los escritores canarios, hoy por completo desconocidos, aun valiendo tanto. Novelas, cuentos, crónicas, poesías de un mérito indudable, se producen anualmente en Canarias. Mas de allí no salen. ¡Lástima grande que talentos y afanes se malgasten en un estéril esfuerzo sin llegar hasta aqui conquistando merecidos aplausos! Verdad que si Canarias no se conoce por acá geográficamente, menos se puede conocer en sus letras. Pero todo se irá andando, si no escasea la labor y se redobla la voluntad en el empeño de salir triunfadores.

ANGEL GUERRA

VISIONES DE ESPAÑA, por *Manuel Ugarte.*

Ugarte es argentino. Aun siendo extranjero de nacionalidad, es un escritor de alma española. Intelectualmente cosmopolita, nutrido su espíritu de las ideas que corren libremente por Europa, conserva no obstante en su manera de escribir el gesto hidalgo de los escritores castellanos. A más, mantiénese vivo en él ese apego al viejo solar que arrastra tras sí simpatías y devociones. Así me explico la generosa benevolencia con que habla de seres y cosas en su viaje á través de España. Quizás, en esas bondades de la pluma, se advierta el descuido, la pasividad, la indiferencia que pondría uno de casa, si escribiera. Falta la atención, el curioso ahinco con que un extraño nos estudiaría, desentrañando el carácter de este pueblo, la psicología nacional, con sólo rasgar la costra de nuestras costumbres pintorescas, de nuestros hábitos añejos, de nuestra idiosincracia histórica, de raza, genuinamente solariega, y de esa alegría solar, júbilo de un pueblo, que parece vamos cantando al son del pandero, llorándolas en las coplas tristes de las canciones gitanas, como *Mignon*.

No tenemos nada de psicólogos. La sangre nuestra es de acción, y la poca espiritualidad de la raza no tiene nada de reflexiva, de filosófica. Tiende al ensueño, al delirio poético.

No se somete el alma nacional á una disciplina espiritual; el pueblo nuestro no es meditativo, no se sondea interiormente; es iluminado, visionario, místico.

¿Cómo pedir entonces que nuestros escritores dejen de ser forzosamente objetivos?

Ugarte es de cepa española. Sus estudios y observaciones sobre España son rápidos, á flor de vida, mirando lo que salta á la vista, sin detenerse á ahondar en la psicología del carácter nacional.

Es sistema de casa, que disculpo.

Los escritores extranjeros que han recorrido nuestro país en viaje de exploración, han sido artistas de tan diverso temperamento, que sus páginas no coinciden en nada.

Gautier sorprende en nosotros la nota de color. Dentro de su arte se imponía ese punto de mira.

La España que pinta es bellamente fantástica, sugestivamente pintoresca. Jornadas en viejas diligencias, noches en posadas á la orilla de los caminos solitarios, toreros heróicos, bandidos audaces, gitanos ladrones, venteras galantes, gentes que vienen á evocar en la memoria algo del viejo sabor de nuestra novela picaresca. No es un pueblo vivo; es un pueblo soñado, el pueblo español que describe Gautier.

Derrocha un sentimentalismo sano Edmundo de Amicis. A través de éste, *ex abundantia cordis*, mira los seres y las cosas dentro de España bajo un prisma idealista que todo lo hermosea, y su arte se nutre de una

especie de *realidad poética*, que, hablando de otra cosa, dijeron los Goncourt. Es verdad, está bien observado cuanto describe y cuenta en su libro *España*. Sus impresiones son las que se transforman, se idealizan, no recogen más que el ambiente poético y el alma encantadora del país que recorre. La imaginación agranda la imagen de las cosas vistas, las sueña de nuevo más espiritualizadas, con mayor idealidad, y su corazón, porque las ama, convierte en prosas cálidas, tremantes de emoción, las sensaciones que va recogiendo en su marcha andariega á lo largo de las llanuras castellanas, con sus viejas ciudades netamente españolas, y á través de la tierra andaluza y de la costa levantina, donde aun mantienen en pie sus muros y sus arcos de herradura los alegres alcázares moriscos, como si por sus patios, que aroman los arrayanes en flor y alegra el ruido del agua que desgrana sus gotas sobre mármoles, aun errara, y no en los desiertos fronterizos, el espíritu creador y artista de la desterrada estirpe árabe.

Es el espiritu de los siglos que fueron lo que recoge Amicis. Al recorrer las calles de Toledo, en Córdoba, en Granada, en Sevilla evoca tiempos pretéritos, el color de otras edades. Es un viaje retrospectivo, hecho con unos siglos de retraso. Fué entonces nuestra época de grandeza; eran los días del esplendor hispano por entonces, ¿cómo con esa visión pegada al alma, no resulta hermosa la España descrita por Amicis?

A mi entender, entre todos los escritores extranjeros, quien mejor nos ha estudiado ha sido Veraheren. Su libro intenta esbozar la psicología española. Nuestro carácter está acertadamente sorprendido, desglosado, buscando sus manifestaciones típicas en las entrañas mismas del vivir nacional. Atávico, con rasgos étnicos inconfundibles, con sedimentos históricos que no hemos podido desnaturalizar en el curso de tantas centurias, el pueblo español está vivo, de cuerpo entero, hablando, mostrando al descubierto hasta lo más íntimo de su complexión moral en las páginas de la *España Negra*. Así es. Resurge, evocado por Veraheren, en la integridad de su carácter. Es un pueblo que padece sed de sangre, incurable amador de la muerte.

En siglos pasados, ávido de aventuras, corrió la tierra, dejando al paso matanzas y desolaciones en la guerra, el rastro de una espantosa carnicería humana, las cenizas de las hogueras y de los autos de fe; en los tiempos actuales, recluído al solar propio, solázase con las violentas emociones de los espectáculos de sangre y muerte, corridas de toros y ajusticiamientos. Es el nuestro un pueblo lúgubre verdaderamente Su alegría es triste; hasta para cantar llora. Las coplas, la música popular, son de una pena trágica; las hinchan las lágrimas, se desgarran de dolor.

Yo encuentro en el libro de Veraheren lo más exacto, lo más concluyente que se ha escrito acerca del pueblo español. Sólo un extranjero podía realizar esa labor psicológica, con penetrante clarividencia de pensador y soberana emoción de artista

No va por ninguno de estos trillados caminos Manuel Ugarte en *Visiones de España.* No ha parado mientes en el color de nuestras costumbres, ni ha soñado glorias muertas evocando un pasado histórico lleno de grandezas, ni siquiera ha puesto todo empeño en husmear las reconditeces, los impulsos del alma en nuestro pueblo. Esa labor ya estaba hecha. y era estéril esfuerzo volver de nuevo á la escondida senda por donde otros han ido. Además, era poner las armas de Roldán á prueba.

Rectamente pensando, merece loa la orientación del libro de Ugarte.

Ha pasado, en viaje por España, llevando el lastre de su erudición, el conocimiento exacto de nuestro intelectualismo y de nuestra vida literaria. Su viaje no es sentimental; es crítico. De las páginas escritas por Ugarte, surge nuestro país á través de su estado social y de su cultura artística.

Por lecturas anteriores conoce con acierto las letras españolas contemporáneas, y á través de los libros, conoce también los hombres. Ahora, de *visu*, habla con mayor certidumbre de ellos. Nuestra *élite* literaria, los maestros de la novela y los primates del teatro actualmente, desfilan, bien perfilados, hablando, en la intimidad, con descuido casero que pudiéramos decir, sin dejar por eso su representación y significación dentro del arte nacional.

No comparto los juicios críticos de Ugarte respecto á muchas personalidades de la literatura moderna española. No obstante, con las consiguientes reservas mentales, algo de escrúpulos críticos, no he de callar que me parecen bien estudiados, dentro del criterio del autor, ciertos escritores de por acá. A la ligera, *cálamo currente*, escribe Ugarte esas impresionesde viajero, con sus pespuntes de notas críticas, y esa brevedad con que expone sus opiniones, dan á éstas cierto carácter de frágiles, de superficiales, y aparecen tocadas de un exceso de bondad en ocasiones, que sugieren la idea de que las generosidades del corazón se han ganado el inflexible juicio del cerebro, Peca de dadivoso en el elogio. No tanto...

La lucha social entablada ha tiempo en nuestro país, actualmente recrudecida por la importación de ideas extranjeras, que si aún no han arraigado vigorosamente en España, van camino de ello por el estado febril de organismo enfermo en que se halla la nación, mueve también la pluma de Ugarte, y es necesario declarar que entonces es cuando más segura escribe. Ya se conoce que el notable escritor argentino á estas cuestiones presta siempre señalada atención, y que su temperamento se inclina á sentir y pensar más fuertemente los distintos aspectos de la lucha social en que un pueblo tiene comprometida su paz interior y hasta su propia vida nacional.

Tal vez ese estado de crisis que vamos atravesando, en que la lucha de clases es el único síntoma de vida que se advierte en una nación declarada moribunda ó definitivamente enterrada con los pueblos que fueron, estado que llama la atención de Ugarte y que en su libro se estudia así, con unas cuantas notas, de paso, sea lo que un escritor extraño al país pueda mejor y con más acierto observar. Sí; eso que alguien llamara «el

pulso de España», es lo realmente digno de un estudio largo y concienzudo. Para realizarlo requiérense muchas condiciones. ¿Dónde está el mal? Entra en esta auscultación, que prepara el diagnóstico, la sagacidad del patólogo, el ojo clínico, pero requiérese también un poco de psicologismo penetrante.

Inclínase á esta clase de estudios Manuel Ugarte. En libros anteriores suyos revélanse más palpablemente su vocación y hasta sus aptitudes. En *Visiones de España* se delatan, pero no sobresalen con poderoso relieve. No hacen más que iniciarse, descubrirse. Bien es verdad que, así, al pasar, con las premuras de un viaje, sin largos días de observación y de meditación, no se puede improvisar un estudio, amplio, completo, documentado, de la vida social, con sus luchas internas, con sus causas hondas que determinan este estado crítico que se atraviesa en España. Es labor de largos años. Sin duda, ha de ser también empresa reservada á sociólogos españoles, á los escritores de casa.

ANGEL GUERRA

LIBROS RECIENTES

TEOLOGÍA

T. HANCOCK The pulpit and the Press.
Mc. NEILE, An Introduction to Ecclesiastes.
F. B. MEYER, In the Beginning God.
L. DUCHESNE, Eglises Séparées.
J. M. GRAY, Synthetic Bible Studies.
PIERSON, The Making of a Sermon.
A. POSNANSKI, Schiloh ein Beitrag zur Geschichte Messiaslehre.

HISTORIA

J. G. ALGER, Napoleon's British Visitors and captives. (8.vo), 8[6 net.
W. J. REDDAWAY, Frederik the Great and the Rise of Prussia. (8.vo), 5[30.
AMHERST (Lady), Sketch of Egyptian History from the Earliest Times to the Present Day (8.vo), 10[6 net.
F. CURTIS, The Republican Party, 2 rols (8.vo), 25[0 net.
A. GOLDBACHLER, Augustini, Hipponiensis Episcopi. Epistulæ, 21 m.
J. W. CLARK, Endonments of the University of Cambridge. 10[6.
C. R. L. FLECHER, An Introductory History of England. 7[6.
M. R. P. DORMAN, History of the Bristish Empire. Vol 2. 12.
E. G. GARDNER, Dukes and Poets in Ferrara. 18[0c.
A. C. P. HAGGARD, Louis XIV, 16[00.
J. L. MOTLEY, The United Netherlands. Vol. 1, 10[6.
W. ODOM, Mary Stuart.
E. H. M'DOUGALL, Landmarks of European History.
L. CAHEN, Condorcet et la Revolution française; 4 fr.
J. GAY, Le Pape Clément VI et les affaires d'Orient; 4 fr.
P. LEHAUTEKOURT, Histoire de la guerre de 1870-1871. T. IV; 6 fr.
H. PIERQIUN, La Jurisdition du point d'honneur sous l'ancien régimen et le tribunal des marecheaux de France; 3,50 fr.
A. SCHOPOFF, Les Reformes et la protection des chretiens en Turquie. 1673-1904; 12 fr.
GEORGES SERVIÉRES, L'Allemagne française sous Napoleón I; 7,50 fr.

SOCIOLOGÍA

TOULOUSE, Les conflits intersexuels et sociaux.
LOUIS, L'ouvrier devant l'Etat.
DEMOLINS, L'organisation du travail.
PHILIPPOVICH, La politique agraire.
DUGAST, La propieté et le droit naturel.
GOLDENWEISER, Le crime comme peine.
DE GREEF Sociologie economique.
JELLINEK, L'Etat moderne et son droit.
WORMS, Annales de l'Institut international de sociologie (tomo X).
DURKHEIM, L'Année Sociologique (año septimo).
WORMS Philosophie des sciences sociales.
II, Methode des sciences sociales.
LORIA, Verso la giustizia sociale.
KAUTSKI, La Cuestion agraria.
LASSALLE, Capital et travail.
GIDDINGS, A. Theory of social causation.
GENNARO, Sociologia estatistice.
SOLVAY, Principes d'orientation sociale.
FIDAO, Le droit des humbles.
Proyecto de Ley Nacional del Trabajo (República Argentina).
POURNIU, L'inspection du travail et lois ouvrières.
ZANCADA, El trabajo de la mujer y el niño.
BOURGIN, Les sistemes socialistes et l'evolution economique.

GEOGRAFÍA

K. KRETSCHMER, Historische Geographie von Mitteleuropa. (München 1904).
HERMAN THCHNER, Lehrproben zur Län der Kunde von Europa. (Leipzig 1904).
W. HALBFAN, Die Morphometrie der Europäischen Seen. (Berlin).
P. E. RICHTER, Litteratur der Landes und Volkskunde der Konigreich Sachsen. (Dresde 1903).
EUGENIO OBERTI, Il bacino dell'Arno. (Firenze 1903).
GUSTAV SUNDBARG, Sweden its People and its Industry. (Stockholmo 1904)
P. DOMINIQUE SANDAR. Le Canal imperial (de la China). Etude historique et descriptive. (Chang-hai 19 3).
J. S. COTTON, New India, or India in Transition (London 1904).
CAPITÁN H. WOOD, Report on the Identification and Nomenclature of the Himalaya Peaks as seen from Katmandu. Nepal. (Calcuta 1904).
BALL AND BEADNELL, Baharia Oasis: As Topography and Geology. (Cairo 1904).
RICHARD FOLSON, The Golden Trade or a Discovery of the River Gambra and the Golden Trade of the Aetio pians. Teignmouth. (sin. año).

B C. STEINER, Reginnins of Marylan. 1631-1639. (Baltimore 1903).

A. OGG, The opening of the Mississippi. A Strugle for supremacy in the American interior. New York (sin año). Con mapas.

ALFEDRO WEBERS, Chiloé: su estado actual. Su colonización. Su porvenir (Santiago de Chile 1903.)

HAUS CRAMMER, Eis und Gletscherstudien. (Stultgart 1903).

A. DE SAINTOUGE, La cosmographie, avec l'espece et régime du sodeil et du nord Publieé et annotée par E. Musset. (Paris 1904).

TEOBALD FISCHER, Die Verbreitung der ölbaumes im Mittel meergebrit. Escala 10.000.000. (Gotba 1904).

C. SCHMIDT, Karte des mitteren Teile von Süd Tibet. Petermans (Gotha 1904.)

J. G. BARTHOLOMEW, Central and South Africa. Scala 1: 5.600.000. (Edimburgh 1904.)

R. WYON, The Balkans from Within. (London 1904).

A. PHILIPPSON, Das Mittelmeergebiet. (Leipzig 1904).

E. PROST, La Belgique agricole, industrielle et commerciale. (Lieja 1904).

S. Ch. DAS, Journey to Lhasa and Central Tibet. (London 1904).

A. C. HARTSHORNE, Japan and her People. (London 1904).

Explorations géologiques dans les regions aurifères de la Sibérie (St. Petersburgo 1903).

H ENSELME, A travers la Manchourie. (Paris 1904).

MISION PARIA Indochina. (Paris 1904).

E. D. MORELL, Problemes del ouest africain. (Paris 1904).

A. J. DAWSON, Thing seen in Moroco. (London 1904).

FLOTTE DE ROQUEVAIRE, Cartes de Maroc. (Paris 1904). Escala 1: 1.000.000.

H. GILBECHT, Alasca: Glaciers and Glaciation. (New York 1904).

BARON QUINETTE DE ROCHEMONT ET H. VETILLART, Les ports maritimes de l'Amerique du Nord sur l'Atlantique. (Paris 1904).

JUNTA DE VÍAS FLUVIALES, Vias del Pacífico al Marañón (Lima 1904).

E. ANDRÉ, A naturalist in the Guianas (London 1904).

REPORTS OF THE CAMBRIDGE ANTHROPOLOGICAL EXPEDITION TO TORRES STRAITS. (Cambridge 1904).

H. HESS, Die Gletscher. (Braunschweig 1904).

P. DINSE, Zur Systematik der Erdkundlichen Literatur. (Berlin 1904).

ARTE

O. R. AGRESTY, Giovanni Costa, hir Life, Work and Times.

R. RICHARDS, Church and Priory of St. Mary.

DALBON, Les procédés des Primitifs.

F. DONAT, Large Book of Textile Designs (Text in English, French and German) 66'00.

G. GRONAU, Titian. (8.vo) 7'6.

B. C. A. WINDLE, Remains of the Prehistoric Age in England. (3 vo) 7'5.

BRYAN, Dictionary of Painters and Engravers. (Revised by G. C. Williamson). Vol. 4, N-R. 21'00 net.

R. S. MYLNE, The Cathedral Church of Bayeux. 2'6.

ELIZABETH A. SHARP, Rembrandt 2'6.

TRISTAN LECLÉRC, Salons (1902-1904); 3,50 fr.

MARCEL POETE, Les Primitifs parisiens.

G SCHÉFER, Chardín; 2,50 fr.

A. VALABRÉGNE, Les Fréres Le Nain; 6 fr.

NOVÉLA

FRANCES G. BURMESTER, A November Cry.

B. L. FARJEON, The Amblers

JOHN OXENHAM, A Weaver of Webs.

MARMADUKE PICKTHALL, Enid.

HAMLIN GARLAND, The light of the Star.

FREDERIC S. ISHAM, Under the Rose.

CYRUS TONNSEND BRADY, The corner in Coffee.

ELLIOTT FLONER, The Spolismen.

VIOLET A. SIMPSON, The Sovereing Power.

RITA, The Masqueraders.

E. H. LACON WATSON, The Making of a Man.

FORREST REID, The Kingdom of Twilight.

WILLIAM H. RIDEIG, How Tysor came Home.

HAROLD VALLINGS, Paulette d'Esterre.

MARIE ANNE DE BOVET, Ame d'Argile.

E. F. BENSON, The Challoners.

L. PARRI TRUSCOTT, Matherhood.

PHYLLIS BOTTOME, The master Hope.

JHON STRANGE WINTER, The Little Vanities o Mrs Whittaker.

EDWARD SCOTT, The marvellous Experiance of Jhon Bydal.

H. NOEL WILLIAMS, The hand of Léonore.

ADOLPHE DARVANT, L'Tritiatrice.

LEÓN DAUDET, La Déchéance.

JOACHIN DELBOUSQUET, L'Ecarteur.

CHARLES DU BOIS MELLY, La Pastoure.

CHARLES DU BOIS MELLY, Majorie.

MICHEL GHEMMA, Illusions et plaintes

GYP, Pervenche.

LOUIS LETANGE, La Fée aux dentelles.

JEAN LARRAIN, Fards et poisons.

MAURICE MAIRDRON, M. de Clerambon.

EUGÉNE MONTFORT, Les Cœurs malades.

RICHARD O'MONROY, O Nature.
PAUL POUROT, Le Choix de la femme.
WILLIAM RITTER. Le Passante des quatre saisons.
RENÉ VIVIEN, La dame á la Couve.

VARIOS

AUGUSTOS JESSOPP, William Cecil, Lord Burghley.
B. L. PUTNAM WEALE, Manchu and Muscovite.
B. P. GRENFELL AND A S. HUNT, Oxyzhynchus Papyri.
W. STUBBS, Lectures on European History.
JAMES DRUMMOND, An Inquiry into the Character and Authorship of the Fourth Gospel.
ALEXANDER CAMPBELL FRASER, Biographia Philosophica: a Retrospect.
R. CAMPBELL THOMPSON, The devils and Evil Spirits of Babylonia.
MAURICE HEWLETT, The Queen's Quair.
HENRY DAVIGNON, Molière et la Vie; 3 50 fr.
ARTHUR DAXHELET, Une Crise littéraire Symbolisme et Symboli-tes; 3,50 fr.
EDMOND DREYFUS, Brisac.—Phédre et Hippolite ou Racine moraliste.
EDMOND DREYFUS, Brisac, La Clef des Maximes de la Rochefoucauld.
MÉDERIC DUFOUR, Etude sur l'Esthetique de Jules Laforgue.
E. FOG, Les Litteratures donoise et norvéginne d'aujourd'hui; 2 fr.
GEORGES GRAPPE, Paul Bourget; 1 fr.
PHILEAS LEBESGUE, Le Portugal litteraire d'aujourd, hui.
ADRIEN MITHONARD, Traité d' Occident 3,50 fr.
N. SLONSCHZ, La Langue et la littérature hébraiques; 1 fr.
KATE BROUSSEAU, L'Education des négres aux Etats-Unis; 4,50 fr.

REVISTA DE REVISTAS

INGLESAS Y NORTE-AMERICANAS

POR J. UÑA Y SARTHOU

THE CONTEMPORARY REVIEW.—Julio.

La situación religiosa en Francia, por Paul Passy.—Es harto sabido que durante los últimos años la cuestión religiosa ha llegado en Francia á tomar un carácter de agudeza extraordinario: ningún otro asunto, ni siquiera la cuestión social ha enardecido el sentimiento público en tan alto grado, siendo tanto más chocante esto en una época que se enorgullece por su positivismo y por su total indiferencia hacia todo lo que es esencialmente práctico.

Es motivo inmediato de estas polémicas religiosas la política anticlerical de Waldeck-Rousseau y de Combes; pero profundizando en el asunto se ve que ésta misma política tiene tanto de efecto como de causa: es la resultante natural del estado de ánimo producido por los acontecimientos de los años precedentes.

No se trata en este artículo de examinar esa política en detalle, sino sencillamente de hacer algunas observaciones generales, necesarias para la comprensión de los acontecimientos que probablemente se han de seguir. Se ha acusado al ministerio Waldeck-Rousseau, y aún más al de Combes, de introducir en Francia la persecución; y, efectivamente, vista la cosa desde lejos, puede parecer fundado el cargo; pero todo el que se haya visto mezclado en esas luchas apasionadas que han agitado á Francia en los seis años últimos, se inclinará á la indulgencia y, sobre todo, verá en la actitud tomada por esos dos gobiernos, medidas defensivas para resguardar á la República de cualquier nuevo asalto como el de la época del asunto Dreyfus, que estuvo á pique de acabar con ella. Aunque los *leaders* de la democracia se han permitido incurrir en actos de muy dudoso liberalismo, esto ha sido excepcional y en ocasiones de poca importancia, cuando el ardor de la pelea y la dificultad de la tarea emprendida disculpan sobradamente algún error.

Hay que admitir, no obstante, que existe cierta tendencia antiliberal y persecutoria y que sus representantes ejercen, sobre los hombres del gobierno, una influencia que puede algún día llegar á ser peligrosa. Una parte importante del partido republicano profesa una especie de anti-clericarismo que Vandervelde define ingeniosamente como *l'art d'embêter les curés*, y no deja de ser cierto que sus exigencias han de producir el efecto

de impulsar la política del Ministerio en una dirección desdichada. Las últimas discusiones de la Cámara de los Diputados sobre el asunto de los frailes seculares, pusieron de manifiesto el deseo, tan pueril como erróneo, de instituir una verdadera inspección inquisitorial en la vida y la opinión privadas. Muy recientemente, el Congreso del partido radical y el grupo más importante de los socialistas, se pronunciaron, por una gran mayoría, en favor del monopolio de la instrucción por el Estado, y no es imposible que se vea el país sériamente amenazado con la introducción de tal sistema, que sería el más fatal de todos, aunque, por el momento, ha sido rechazado por el Senado, gracias á los esfuerzos del gran orador Clemenceau.

Existe otra corriente de pensamiento representada muy dignamente por Clemenceau en el Senado, y por Maret en la Cámara de Diputados. Ambos son republicanos demócratas, tan anticlericales como los otros, aspiran á la victoria en la lucha contra el clericalismo, tan sólo mediante la libertad y el derecho común, resistiéndose á toda medida tiránica, como el monopolio de la enseñanza, y sin apelar á medidas excepcionales contra la Iglesia católica, deseando sencillamente acabar con los privilegios de que ésta ha gozado hasta ahora, y pidiendo ante todo la separación de la Iglesia y el Estado.

Durante el pasado año se han presentado una serie de proyectos tendiendo á lograrla. El primero fué el de Mr. de Pressensé, hecho con minucioso cuidado y gran conocimiento, pero conteniendo, no obstante, una serie de proposiciones tan antiliberales que han producido una gran desilusión entre los numerosos admiradores del diputado socialista por Lyon. Era nada menos que una máquina de guerra dirigida contra el catolicismo, que hubiera sido igualmente opresora para las demás religiones, y y que podría, incluso, haberse vuelto contra sus constructores.

Se presentaron otras proposiciones más aceptables por Mrs. Hubbard, Réveillaud y otros. La comisión nombrada por la Cámara para examinarlas puso en manos de Briand, el diputado socialista por el Loire, la tarea de sacar de todas ellas un proyecto definitivo. Este es el actual, que puede considerarse como excelente, inspirado en un verdadero espíritu liberal y en una apreciación justa de la situación. Constituye esto un hecho consolador desde el punto de vista de la libertad por el predominio que acusa, de las influencias liberales sobre las autoritarias, y si el proyecto de Briand se aprueba, como hay motivo para esperar, se habrá dado un gran paso en la dirección de la libertad y del progreso.

Pero esto no pondrá término al conflicto actual. Por el contrario, una ley de este carácter, rompiendo con gran número de formas tradicionales, hará resaltar más el desorden moral de Francia, consiguiente á la disolución de las antiguas creencias, y aumentará la violencia de la lucha entre las varias tendencias que luchan por el alma del pueblo. Es interesante examinar estas tendencias y averiguar qué probabilidades tienen de éxito.

La gran mayoría de los franceses puede decirse que no pertenecen á ninguna religión definida. Aunque son nominalmente católicos y hasta aceptan las ceremonias de la Iglesia

en las ocasiones trascendentales de la vida, demuestran, sin embargo, por sus votos políticos, por su conversación y por su conducta diaria que no tienen respeto á las enseñanzas ni á la disciplina de la Iglesia. No es que en último resultado sean irreligiosos ni aun indiferentes: ciertas creencias, como la existencia de Dios, la vida de ultratumba, la recompensa final de las acciones buenas y malas, tienen profundas raíces en el espíritu del pueblo, especialmente en el campo; van mezcladas con toda clase de tenaces supersticiones y forman un credo más ó menos vago que, á falta de cosa mejor, es suficiente para llenar el anhelo por el infinito y la aspiración religiosa de las masas. Así es que la religión de la mayoría de los franceses puede decirse que es un deísmo matizado con una mezcla de supervivencias paganas y de influjos cristianos.

En lo principal, tal estado de espíritu no es nuevo. Se suele decir que las gentes están saliendo del cristianismo, y sería más exacto decir que nunca han sido cristianas. Ligadas por fuerza ó por una clase especial de persuasión al Catolicismo de la Edad Media, no han tenido nunca más religión personal que un espiritualismo vago, bordado con diversas supersticiones, en el que se reconoce una combinación de muchas ideas paganas con varias enseñanzas debidas á la predicación cristiana. Lo que caracteriza la situación presente es que esa indiferencia religiosa se ha hecho *consciente*. En otros tiempos las masas no eran cristianas, pero creían serlo: hoy ven que no lo son. De aquí la profunda ansiedad, la inquietud, las vagas, pero hondas, aspiraciones á un ideal nuevo, que recuerda el estado de ánimo del Imperio Romano cuando apareció el cristianismo. El pueblo es realmente «la oveja sin pastor», y está pronto á seguir, quizás á ciegas, á cualquiera que le brinde una doctrina capaz de satisfacer su deseo de justicia terrena y su sed por el infinito.

Tal estado de ánimo en las masas que antes eran católicas, parece conducir á una decadencia completa de la Iglesia Romana, puesto que se ha desarrollado á expensas de su autoridad. Pero no puede deducirse que el Catolicismo se haya convertido en fuerza despreciable ó que haya de abandonarse toda esperanza de que vuelva á ganar las posiciones que está perdiendo. El Catolicismo tiene todavía un dominio indisputable sobre el espíritu de una gran parte del país: Bretaña, Anjou, Poitou y otras regiones. En ellas, la población sigue en el estado antes citado: no son cristianos pero creen serlo, y como el clero se contenta con tan poco, mientras su autoridad sea aceptada en absoluto, el pueblo le da sostén moral y material sin vacilación.

Es de justicia añadir que el Catolicismo rural se ofrece, con frecuencia, bajo una forma muy simpática, que merece el respeto hasta de sus enemigos, porque representa, sincera, aunque imperfectamente, el ideal cristiano, la fraternidad, el amor al prójimo y la esperanza eterna, siendo lo único que aporta alguna poesía á existencias miserables y vacías, y si es impotente para cristianizar al pueblo en conjunto, logra formar cierto número de caracteres en los que el desenvolvimiento de las virtudes humanas, y especialmente cristianas, merecen admiración. Tal catolicismo, sin embargo, pierde terre-

no, de día en día, á consecuencia del desarrollo de la educación y del progreso de las ideas. Las masas se hacen más y más indiferentes para con la Iglesia Romana; pero ésta, por otra parte, ve engrosadas sus filas por el ingreso de las clases directoras. La conversión gradual de estas clases al Catolicismo es un fenómeno curioso: la nobleza, Volteriana en el siglo XVIII, fué arrojada en brazos de la Iglesia por la Revolución; las altas clases medias, con los restos de los partidos monárquicos, no tardaron en seguirla. Hoy las clases medias y la pequeña burguesía, hasta los republicanos, están á su vez entrando en ella. El motivo es siempre el mismo: el miedo á las nuevas capas sociales. Las clases medias consideran á la Iglesia como el más sólido baluarte contra la creciente masa socialista, necesitan al cura como cancerbero del capital.

No hay para qué averiguar lo que deba pensarse de la sinceridad de esta evolución interesada de las clases altas, pero ha producido una forma de religiosidad que carece del íntimo carácter del catolicismo del campo. Lo que lleva consigo son formas pueriles, prácticas ridículas, inspiradas por supersticiones absurdas, devoción enfermiza y ridícula que apenas tiene influencia en la conducta. No es menos cierto, que el Catolicismo saca del auxilio que le presta la parte más rica, más influyente, y, generalmente, más educada de la nación, una fuerza cuya importancia es imponderable.

Por otro lado, el Catolicismo no deja de tener cierto apoyo, aun en aquella parte del país que le es indiferente ú hostil. Las gentes apelan á la Iglesia en los graves acontecimientos de la vida: nacimiento, matrimonio y muerte. En este orden el cura logra la entrada en casi todos los hogares, y está en acecho de ocasión para ganar la influencia que se le escapa. Y, además, muchos padres desean que sus hijos hagan la primera comunión, y, á tal fin, los mandan al catecismo y á la confesión; los niños no creen, probablemente, lo que el cura les dice, pero al fin están bajo su influencia. Aun los librepensadores militantes no pueden siempre romper con las costumbres y deseos de sus familias y allegados. Todo el mundo sabe que Jaurés se ha desacreditado ante su partido por haber accedido á los deseos de su mujer, permitiendo á su hija hacer la primera comunión. En su caso están otros muchos. Así es que el Catolicismo, conserva su fuerza de acción en los círculos que le son más hostiles, y sobre todo, imprime sobre el todo nacional una modalidad de espíritu particular, á la que difícilmente escapan sus más encarnizados enemigos. De ello ofrece una prueba notoria el reciente discurso de Jaurés en la Cámara, en el que el gran orador socialista afirmaba, con desconcertante candidez, que el Catoliciemo del *Syllabus* era un desarrollo lógico del primitivo cristianismo y que el *Syllabus* está contenido en germen en los Evangelios.

A pesar de todos estos elementos de fuerza, apenas puede creerse que el Catolicismo pueda lograr el dominio de Francia. Está en oposición demasiado patente con la marcha de la ciencia y con las aspiraciones de la democracia, y parece que la oposición no puede por menos de acentuarse más, á pesar de los esfuerzos de unos cuantos sacerdotes como los

abates Denis, Loisy y Houtin, para reconciliar á la religión católica con la ciencia, y á pesar del valeroso intento de Marc Sagnier y sus amigos, en el *Sillon*, para construir un catolicismo democrático. Los hombres que quieran vivir y pensar en libertad, tienen que separarse de Roma. Así lo reconoce creciente número de curas y frailes que en su juventud se ordenaron, y á quienes más tarde la reflexión ha hecho abandonar las órdenes. Algunos cientos de curas han dejado la Iglesia en estos últimos años, y cuando se suprima el presupuesto del clero, es probable que se cuenten por miles. Ese día afectará seriamente al Catolicismo.

En oposición al Catolicismo se levanta el librepensamiento, que ha llegado á ser durante algún tiempo un poder y hasta un poder de primer orden. Puede decirse que á él pertenece todo el partido republicano, excepción hecha del grupo progresista, que tiende más y más á alistarse en las filas católicas. En la Cámara de los Diputados hay un grupo especial de librepensadores; pero la gran mayoría, realmente casi todos los grupos de la izquierda, son librepensadores. Casi todos los periódicos republicanos hacen la guerra á las diversas religiones positivas; pero además, los librepensadores tienen su prensa, con un diario: *L'action*, que parece lograr gran éxito. Las logias masónicas, los grupos radicales, socialistas y anarquistas, exigen á sus adeptos que rompan con todas las iglesias; pero además los librepensadores militantes se han organizado en círculos especiales, unidos hace un año en la gran Asociación Nacional de Librepensadores, bajo la presidencia del ilustre Berthelot. El Gobierno, las Cámaras y los funcionarios locales, obedecen muchas veces los mandatos que emanan de estos grupos; las Universidades populares están en sus manos. Es decir, que un observador superficial podría figurarse que Francia está en vísperas de convertirse en una nacion de liprepensadores.

Tal impresión no coincide con los hechos reales, y no cree el perspicaz articulista que el éxito del librepensamiento se consolide realmente, por varias razones. Se debe en gran parte á la moda, á la actividad y al deseo de estar en la corriente. Todos saben ó creen saber, que el librepensamiento va viento en popa y por eso todo el mundo lo sigue. Esta idea no durará y la moda pasará. Es también caso de mera reacción, provocada por la actitud odiosa del clero romano en el asunto Dreyfus y por los ataques clericales á la democracia. La gente se ha entregado al partido que parecía más opuesto al Catolicismo por odio á éste. Esto tampoco durará. Y, sobre todo, el movimiento librepensador lleva en sí mismo el germen de su decadencia, que se desarrollará pronto, si es que no ha empezado ya á desarrollarse, y que le llevará á la ruina, ó por lo menos á detener en absoluto sus progresos. Debe hacerse constar, en primer término, que el librepensamiento, entre nosotros, significa ateísmo y nada más; un ateísmo dogmático y estrecho que no admite herejías. En vano hombres como Séailles ó Buisson han reclamado el derecho á sustentar las opiniones que les plazca sobre el origen y el destino de las cosas. Extravíos tales sólo se han tolerado á hombres de su talla, y aun así, ¡qué clamoreo no se promovió, por ejemplo, con

motivo de las afirmaciones espiritualistas de Combes! Pero, por regla general, el librepensador está obligado á aceptar sin reservas el dogma del ateísmo, al par que cierto número de proposiciones científicas—ó así llamadas, — transformismo, eternidad de la materia, determinismo absoluto, etc. Es, pues, en verdad, una religión con un credo definido, con sus sacerdotes y sus ceremonias. El librepensador ortodoxo acepta el bautismo civil, la primera comunión civil, el matrimonio civil y el entierro civil. Todas estas formas (cuyo ritual se hallará en libros como la *Guide des Ceremonies Civiles*, por Lux), están moldeadas en las formas del catolicismo: estos caballeros no han hecho gran gasto de imaginación. Tienen también sus fiestas: Navidad humana, Pascua humana, Banquete del Viernes llamado Santo y, sobre todo, la gran Fiesta de la Razón, indicada para ocupar el lugar de la fiesta católica del Señor. En todas estas instituciones se echa de ver la misma falta de potencia inventiva: los librepensadores no hacen más que copiar las instituciones católicas.

Todo esto es sencillamente pueril. Lo más importante es que el librepensamiento es tan antiliberal y tan intolerante como el Catolicismo de la Inquisición. Hay, naturalmente, excepciones; pero un librepensador de la buena cepa nunca discute con su adversario: trata de suprimirlo. Mr. Allard, por ejemplo, condena el proyecto de Briand sobre la separación de la Iglesia y el Estado, porque quiere dar libertad á aquella en vez de crear un mecanismo para destruirla. Mr. Tery y Mr. Berenger recriminan á Fournier, campeón eminente del socialismo idealista, por haber sostenido una discusión pública con un cura: el abate Denis. Mennier declara que si apareciera un nuevo Cristo debería recibírsele con tridentes. Tailhade pide la pena de muerte para todos los curas, y canta alabanzas á los Emperadores romanos que persiguieron á los cristianos de las catacumbas.

Y no son sólo palabras. El verano pasado los campeones del librepensamiento, Charbonnel, Tery, Berenger, Tailhade, guiaron á sus recuaces á las iglesias católicas, promoviendo alborotos y peleas. Los de Hennebont impidieron á viva fuerza que saliera una procesión.

Y, por último, el librepensamiento oficial ha llegado á proclamar doctrinas inmorales, sobre todo en cuanto á las relaciones sexuales.

Claro es que tal retrato no es el de *todo* librepensador. Los hay entre ellos de altas miras y nobleza, como Deherme, Seailles, Havet, Buisson. Pero tales hombres no pertenecen á lo que podría llamarse el sacerdocio del librepensamiento. Se explota su justa influencia y apenas se escucha su consejo, estando la dirección del movimiento, cada vez más, en manos de los primeramente descritos.

Un reciente escándalo, seguido por la renuncia de Berthelot á la presidencia de la Asociación Nacional de librepensadores, ha producido la división en las filas de los propagandistas del ateísmo, que ahora forman dos partidos con un Papa, Mr. Charbonnel, y un anti-Papa, Mr. Berenger.

Tal vez este es el principio de la decadencia, y, en todo caso, se puede descansar en la seguridad de que Francia no será monopolizada por el librepensamiento.

Entre el clericalismo católico y la intolerancia librepensadora, se ofrece el protestantismo como capaz de conciliar las legítimas aspiraciones del corazón con las de la razón, y capaz de dar al hombre una fe libre, viva y activa. Los antecedentes históricos del protestantismo francés justifican esta aspiración, no siendo ningún absurdo atribuir la superioridad de Francia sobre las otras naciones latinas á aquella vigorosa minoría de los Hugonotes. Pensadores distinguidos han lamentado que Francia rechazara la Reforma, y en tiempos recientes, hombres eminentes como Taine, Henri Martín, Renouvier, Pillon, Passy y otros, han adjurado del catolicismo para ingresar en la Iglesia protestante, y han hecho propaganda á su favor. Pero sus voces no han tenido eco, y nada revela un movimiento general en esa dirección.

Es un hecho que en ciertas comarcas (La Saintonge, Rousillon, Limousin) los pastores protestantes han sido bien recibidos; pero también lo es que en otras, como Cevennes, la población que les era adicta se ha convertido en indiferente. En conjunto, el protestantismo no aumenta en Francia.

Quizás débese esto á que carece de cualidades para arrastrar las masas: es respetado, pero no simpático. El protestantismo es conservador y burgués, tiene pocas facultades para hacerse cargo de las aspiraciones populares y no gusta de las ideas revolucionarias. Estando en minoría se convierte fácilmente en una clase selecta, aristocracia del saber, de la fortuna, de las maneras, y se aparta con repugnancia de las masas groseras, ignorantes y miserables. Además ha perdido ese gran poder que le prestaba la claridad de las afirmaciones doctrinales y la unidad de la creencia. Hoy es una mezcla variada de opiniones, y el vulgo, amante de las ideas simples, no es atraído por una religión cuyos secuaces no siempre están seguros de lo que creen.

De otra parte, el protestantismo está en una posición falsa, por lo que toca á la condición de sus pastores. ¿Son ó no son clero? No lo son, contesta la generalidad de los protestantes franceses. Si lo son, está uno tentado á contestar, cuando ve hasta qué punto se distinguen de los *laicos* y monopolizan la dirección de las iglesias.

El resultado de esto es que los pastores no tienen ni el prestigio del cura católico ni la autoridad del misionero independiente, ganada por su desinterés y por la espontaneidad de sus esfuerzos.

Por último, la posición oficial de los pastores y el hábito de creerse tolerados más que aceptados, les ha imbuído una timidez incompatible con grandes ambiciones y vastos propósitos. Como corporación, lo que desean, ante todo, es que los dejen en paz.

No puedan hacerse estos cargos, dirigidos á reformadores y luteranos, en el mismo grado á los protestantes disidentes de las iglesias metodista y anabaptista; pero son tan pocos, que su influencia es muy débil. Sin duda la separación de la Iglesia y el Estado les dará más importancia, pero hasta ahora nada indica que por este lado pueda venir ningún cambio grande, que haga época en la vida nacional.

Quedan dos movimientos por describir, que recientemente han surgido de los confines del protestantismo,

pero que están empezando á extender sus límites en varias direcciones.

Es el uno el *Cristianismo social*, iniciado por el pastor Fallot, hace unos cincuenta años. Su característica principal es la violenta reacción contra el espíritu conservador de las clase medias, y contra el interés exclusivo en la salvación personal. El cristianismo social, sin negar que el hombre es individualmente pecador y necesitado de regeneración radical, declara que la sociedad, como un todo, es pecadora, y que el cristianismo debe transformarla y realizar aquí el triunfo de la justicia, pensando que así vuelven al espíritu del Cristianismo primitivo. Hay en este grupo variedad de matices. Quien sostiene las más extremadas peticiones del socialismo revolucionario; quien aspira á la aplicación de los principios cristianos á las cuestiones políticas y económicas. Algunos de sus secuaces se han alistado en el socialismo militante, como el profesor Biville, y serían más si muchos de los grupos socialistas no los rechazaran por su intolerancia sectaria. Pero en esto se ha progresado mucho; si su influencia sigue ejerciéndose con tacto y energía, es de esperar que los socialistas los reconozcan como aliados y les abran sus filas. Hay otros, anarquistas, como Tricot, prisionero en Clairvaux con Kropotkin, y que desde su conversión al Cristianismo no ha rechazado ninguno de sus principios socialistas, más que el uso de la fuerza.

La otra influencia, en algunos de sus aspectos unida al pietismo, pero que en ocasiones adopta una actitud hostil contra las iglesias organizadas, aspira también á la vuelta al primitivo cristianismo. Consideran sus partidarios que la Reforma del siglo XVI fué incompleta, no librando á la cristiandad en absoluto del sistema clerical romano, y encargando la dirección de la obra eclesiástica y de misión á una casta semi sacerdotal, en vez de hacerla función de todos los cristianos. Algunas de sus ideas favoritas son: un sacerdocio laico, el testimonio personal de cada creyente, el abandono de toda tradición; á lo que hay que añadir un deseo ardiente de acercarse al pueblo, á la manera de los revolucionarios rusos, tan bien descrita por Kropotkin. A esta influencia pertenecen los grupos llamados *misión interna*, que han existido en diferentes partes de Francia durante los últimos treinta años. Este movimiento comprende la actividad de varios evangelistas, de raro poder, como Houter, Sainton y Delattre, que han corrido varias comarcas predicando el cristianismo primitivo, y que han dejado en todas partes profundas huellas de su paso; y á este movimiento fué debida la fundación, muy reciente, de la sociedad de Evangelistas voluntarios, organizada sobre el triple principio de la actividad no recompensada, de la cooperación fraternal de los cristianos de cualquier denominación, y de la obra emprendida exclusivamente en comarcas aún no evangelizadas. Sus miembros van en grupos por los pueblos y alquerías, con el morral á la espalda, ejerciendo su propaganda.

No hay incompatibilidad entre los dos movimientos descritos; por el contrario, siendo cada uno de ellos un esfuerzo para volver al cristianismo primitivo, deben poder trabajar en armonía. Y así parece que sucede cada vez más.

La conclusión del articulista es fá-

cil de deducir. Como los grupos de cristianos á que hace referencia, cree él que la solución de la crisis presente ha de encontrarse en el primitivo Crisianismo; que sólo éste, aceptado con todas sus consecuencias morales, eclesiásticas y sociales, tiene fuerza suficiente para posesionarse del alma francesa y regenerarla. Pero, ¿se encontrarán en Francia cristianos, libres de todo prejuicio de clase burguesa y de toda tradición eclesiástica, en número suficiente y con suficiente energía y convicción para impulsar un movimiento hacia el cristianismo primitivo, que surta efecto sobre la masa del pueblo?

ALEMANAS, POR J. ONTAÑÓN

ARCHIV FÜR SOZIALWISSENSCHAFT UND SOZIAL-POLITIK.—(Segundo semestre de 1904.)

El presupuesto doméstico y el problema de la alimentación, por Fr. Kestner.—Necesita nuestra legislación político-social disponer de suficientes datos, en todo orden de la vida, para fundar sus preceptos, si han de ir conformes con la realidad, y sobre todo, las cuestiones del alimento, vivienda y otras de igual índole, estudiadas particularmente con relación á la clase obrera, así como las del consumo y distribución en general de los productos naturales, constituyen un factor indispensable para el legislador.

Aun concretándose á las condiciones en que vive el obrero industrial de la ciudad, más homogéneas que las del trabajador agrícola, cuyo salario suele ser mixto de dinero y especie, es muy difícil establecer términos de comparación para ellas, por la variedad que necesariamente existe, v. gr., entre familias con pocos hijos, y las de muchos ó ninguno, entre obreros célibes y casados, con padres ancianos y sin ellos. Para fijar un tipo susceptible de cálculo, discurrió Engel, suponiendo que todo recién nacido necesita para su subsistencia la cifra 1, aumentar un décimo de esta unidad por cada año de vida, hasta llegar al máximo de 3,5 para el varón á los veinticinco años, y para la mujer á los veinte; de suerte que en cualquier edad de los individuos de la familia puede calcularse su gasto. Este método le sirvió para sus estadísticas de 1853 y 1891 en Bélgica; otros autores le han utilizado también, como algo menos expuesto á error, y contando siempre con la poca exactitud y constancia de los datos que las familias preguntadas ofrecen.

El consumo de la carne, que es el que guarda más firme proporción con los ingresos, no pasó de 20 kilos anuales por adulto en las familias de jornal mínimo, quedando reducido á la mitad en una tercera parte de ellas; el de grasas, próximamente igual, crece en mucho mayor grado que la carne, según aumentan los salarios; de la leche, no merecen confianza la generalidad de los datos, y sólo consigna el de los obreros de Basilea, que consumen 400 litros anuales como promedio.

En cuanto á los cereales, resulta bastante uniforme el consumo de 100 á 300 kilos por año y adulto, observando Engel, respecto de los jornaleros belgas, que desde 1853 ha subido notablemente el del pan blanco, y bajado el del moreno en mayor escala que la del aumento de salarios. Desde luego ha crecido el uso del pan de centeno; y en general el consumo de cereales ha superado en la población obrera del campo, respecto de la urbana.

Por lo que se refiere á las patatas, puede apreciarse en 300 kilos—que desciende á 200 en los buenos jornales—el consumo anual por cabeza; desde aquí en adelante, sólo resulta el dato de que no desaparece del todo, sino que marcha correlativamente al consumo de cereales. Engel observa que el precio de las patatas, al por menor, subía en 1891 una cuarta parte sobre el que tuvo en 1853. Dejando aparte otros vegetales cuya información aparece incompleta, pasa al azúcar, cuyo consumo en el Continente resulta muy escaso; los obreros de Basilea, con mínimum de jornal, gastan unos 13 kilos, y los mejor pagados, 25. Los ingleses consumen más en general; claro está que allí, como en América, influye en el aumento la mayor baratura del artículo. En Alemania, tomado como tipo el presupuesto de los jornaleros de Nürenberg, divididos en cinco categorías, desde mil á dos mil marcos anuales, subiendo en cada una 250, resulta un gasto de azúcar, en las unidades señaladas al principio, de 1,67, 1,70, 2,6, 2,3 y 2,5 respectivamente.

Entre las restantes materias alimenticias, figuran con datos bastante apreciables el café y la sal, porque pueden comprobarse con las estadísticas de la producción y del comercio exterior: calcula Engel que los obreros belgas de menor salario gastaban en café 1,49 marcos por unidad tipo, y los mejor pagados, 4,62; habiendo ascendido cuarenta años después (1891) á 2,89 y 6,20 respectivamente; en las demás clases sociales va aumentando el gasto, al revés de la sal, que se consume más cuanto es menos el presupuesto doméstico general.

Del alcohol consumido en la familia obrera, resultan muy deficientes los cálculos, porque el gasto mayor suele hacerlo el jefe de ella fuera de casa; en Nürenberg, el 9,21 por 100 del dinero ganado se emplea en cerveza; y aunque baja un poco el importe del conjunto de las bebidas según aumenta el jornal, todavía es un cociente considerable, que afortunadamente rebasa del promedio en Alemania.

Tampoco son muy de fiar los datos relativos al tabaco, habiendo que remitirse en este punto á los cálculos generales del consumo.

Resumiendo con la posible aproximación el conjunto de cifras aportadas para comparar los gastos de alimentación animal con los de la vegetal en dos clases de salarios anuales, 600 marcos, y el doble, puede calcularse que en la primera gastan los más pobres 3,2 por unidad tipo, y en la segunda 16,3, mientras que los de mayor jornal suben á 9,7 y 25,7 respectivamente. Como afirmación que no excluye numerosas excepciones, basadas en la multiplicidad de usos individuales, circunstancias de localidad, etc., cabe admitir ésta: La población rural de escasos recursos consume menos carne

que la de la ciudad, pero alguna más grasa que ésta, mientras que el promedio de cereales sube á mayor cantidad en el campo. El consumo de patatas en éste, por las clases rurales regularmente acomodadas, es igual por lo menos, y el de las pobres quizá mayor que las de la ciudad; en general, consumen más volumen de alimento los trabajadores del campo.

La cuestión de si es suficiente y racional esta alimentación, sólo puede resolverse tomando un término fijo para comparar los diversos casos. En 1874, hubo en Alemania una información bastante extensa, que comprendía un centenar de grandes fábricas, con mil obreros cada una como promedio; de ella resultó que el 8 por 100 de los hombres y el 26 de las mujeres, no comían bastante, según el criterio ordinario; advirtiendo que en estas últimas procedía la insuficiencia del afán por vestir mejor y adornarse. Engel propuso emplear un método más científico, fijando un número de calorías necesarias á la subsistencia, para convertir luego los presupuestos en calorías (albúmina, grasas, hidrato de carbono) y comparar unos y otras; pero había la dificultad de determinar con exactitud las calorías de cada alimento; por eso creyó preferible Grotjahn proponer un presupuesto normal, por ejemplo, el del Consejo de Sanidad (245 kilogramos de cereales, 150 de patatas, 55 de legumbres, 13 de manteca ó grasa y 55 de carne), para un hombre con trabajo de doce horas diarias; mas siendo muy distinta la intensidad del trabajo corporal, y diverso, por tanto, el gasto de calorías, sobre todo en grasas é hidratos, en cada oficio, también resultaba muy difícil comparar el grado de nutrición entre una y otra clase de alimento; lo mismo que el esfuerzo empleado en trabajar en la confección de cigarros, por ejemplo, y el que necesita un leñador. Para obtener algún resultado de este método, sería preciso establecer categorías de desgaste normal para cada género de trabajo, cosa difícil de realizar en la práctica, y aun así, quedaría sin tenerse en cuenta uno de los elementos más esenciales para apreciar la fuerza nutritiva de cada comestible, como es su calidad y forma de preparación; por tanto, el gusto de la el de una constante progresión en el gasto de subsistencias animales y vegetales, desde 1853 hasta la fecha citada; unido al de la gradual subida en los precios, da como una explicación y consecuencia, al mismo tiempo, un aumento también progresivo en los salarios.

Más difícil resulta una comparación análoga con respecto á las clases rurales, á causa del mercantilismo que han sufrido sus productos; la leche mejor por ejemplo, en vez de consumirse por el campesino, se ha convertido en manteca y en queso; se ha forzado la producción del azúcar para exportarla (aunque, de otra parte, el exceso de cultivo de remolacha haya favorecido al ganado), y, sobre todo, se ha sustraído tanto del consumo del hombre, como del cebo del ganado de cerda, una enorme cantidad de patata, convertida en alcohol.

Lo realmente útil de todos estos cálculos, es determinar conexiones generales entre la situación de una familia y su régimen de alimento. Desde luego, el número de hijos constituye en ella el factor mas importante en este sentido; entre el obrero con 1.000 marcos de ingreso por salario,

y 150 á 200 por trabajo de la mujer, subalquiler de habitaciones en su vivienda, etc., con un solo hijo, y aquel que tiene varios, se mueve esa escala de reducción de alimentos, en género y en cantidad, en cuyos extremos están, de un lado, el que trabaja en las fábricas de hilados de Zittan, tomado frecuentemente como tipo en estos cálculos, que consume 11 kilos de carne, y de otro, el que apenas llega á cinco, por sólo la diferencia en individuos de la familia, más influyente en las clases urbanas que en las del campo, por varios conceptos.
comida, auxiliar inseparable de la digestión, como tampoco se presta á cálculo la habilidad del que guisa para aprovechar una cantidad dada de alimentos, circunstancia de que á veces depende que con menor ó igual gasto resulte más nutritiva ó digerible que otra.

Lo aplicable en todos casos. es la regla fisiológica de que el hombre necesita, ordinariamente, 100 gramos de albúmina para el sustento diario; que este principio se halla con preferencia en la carne (el pan, sólo tiene 7 por 100 de albúmina, y las patatas, dos); que de los hidratos de carbono, el azúcar, es el más gustoso; la grasa, el de mayor calórico, y que el grado de digestibilidad es también, próximamente, el mismo que el de la nutricion en los manjares. El resultado en conjunto de los datos obtenidos, manifiesta que el consumo de cereales y de patatas se acerca á las exigencias nacionales de la nutrición; sobre todo en los habitantes del campo, ya sean verdaderos campesinos o ya industriales; pero dista mucho de llenarlas, respecto á la cantidad de albúmina, grasas y azúcar, siendo bastante directa la proporción entre los ingresos y el género de alimento, aunque no siempre dependa el grado de nutrición del presupuesto á ella destinado.

También aparece que entre los diversos oficios, sólo existe la diferencia que resulta del respectivo trabajo corporal; en lo demás, decide la cuantía del salario, y en este punto, son convincentes las cifras que aporta Engel tocante á los obreros belgas (1891): los tipógrafos representan el máximum de alimento animal y mínimum de vegetal; los mineros y constructores de máquinas, lo contrario, salvo las diferencias propias de localidad, costumbres, etc. El hecho que se infiere de aquellas numerosas cifras y operaciones comparativas, es

Cuanto más reducido es un presupuesto familiar, tanto mayor importancia tienen los gastos de cada particular clase de alimento; así, suponiendo tres familias que gasten 200 marcos en pan cada una, será el 1 por 100 para la que ingrese 20 000 marcos, el 10 para la de 2 000, y el doble para la que tenga 1.000. Otras afirmaciones de carácter general cabe hacer, relativas á las consecuencias de economía pública y privada que se infieren de lo dicho: Ya sea por enseñanza obligatoria de cocina y menaje doméstico en las escuelas primarias, ya mediante otras instituciones oficiales ó particulares, hay á todo trance que mejorar de este modo indirecto el régimen de comida del obrero mientras no tiene otras ventajas directas en su salario. Al prepararse las leyes aduaneras de 1879, con tendencia proteccionista, se hizo gran esfuerzo para demostrar cuánto influía el recargo de la importancia y el de los tributos en el presupuesto de las clases trabajadoras; hasta hoy

se ha tenido muy poco en cuenta aquélla humanitaria moción, ni por los Poderes públicos ni por el mismo productor que, en vista de los datos numerosos reunidos acerca del consumo de toda clase de alimentos, bien pudiera haber favorecido los intereses del consumidor pobre, extendiendo á la vez su esfera de producción y de ganancia por lo tanto.

Servirán, por último, tantas cifras como se han manejado, con motivo de estos informes, para esclarecer el problema agrario, y su comparación con el de la clase industrial en general, objeto de grandes y justificadas preocupaciones.

UNIVERSUM.—7 Julio.

Sir John Lubock, por el doctor A. Körber.—Con motivo del 70.º aniversario de su nacimiento, encomia la obra del naturalista moderno que—quizá exceptuado Darwin—ha puesto en ella más fuerza de pensamiento y mayor claridad de expresión. Sírvele como base de juicio el admirable libro de Lubbok. «On the senses, instincts and intelligence of animals», y describe prolijamente el curioso experimento de que indujo la existencia del lenguaje animal con todo rigor. Hizo partir de las inmediaciones de un hormiguero tres cintas iguales que terminaban en otros tantos recipientes: el primero vacío, otro con dos ó tres larvas, y un tercero con gran cantidad de ellas. Tomando dos hormigas, puso una en este último y otra en el segundo, cada una de las cuales se llevó una larva; pasado algún tiempo, había 257 hormigas en el recipiente abundante, 82 en el escaso, absolutamente ninguna en el vacío.

Consagra un capítulo entero al perro, y dice que hasta hoy sólo hemos intentado enseñar á los animales, sin pensar en lo que de ellos podemos aprender á nuestra vez; sólo expresarle nuestros deseos y pensamientos, en vez de imaginar una forma de lenguaje en que podamos entendernos mutuamente Nuestras relaciones con el mundo animal se han reducido á dominarle y á explotar su obediencia. Es, en efecto, asombroso, cómo acierta el perro á leer en la mirada de su amo, á interpretar por un leve gesto, á veces muy diferente, sus deseos, intentos y estado de ánimo; siendo muy raro en nosotros comprender la mímica de los animales, que si no poseen un rostro tan expresivo como el humano, se sirven, en cambio, de todo su cuerpo para exteriorizarse, cosa que demuestra ya de suyo una organización aventajada. En cuanto á la intensidad observadora del perro, hacia su amo principalmente, es mucho mayor que la de este mismo; parece que siempre está pensando en él y que relaciona con él todos los acontecimientos, al paso que nosotros sólo de ocasión atendemos al perro cuando nos hace falta, ó le oimos ladrar, etc.

Refiere á su vez el autor algunos experimentos hechos por él mismo, á imitación de Lubbock con su perro «Bau», que llegó á poseer una verdadera lectura, si no de letras, de conceptos; pues cuando tenía sed, v. gr., tomaba entre varias tabletas á su alcance la que tenía el letrero «agua», para llevársela á su amo, y lo mismo la que tenía escrito «fuera», cuando quería salir, la de comida, y así otras varias, que también conocía cuando las oía nombrar, dándose hasta el caso de negarse á coger la última

nombrada, por estar enfermo y no tener ganas de comer.

Lo singular en el sabio que nos ocupa, es que fué un respetable y hábil banquero, cuyas operaciones financieras iban tan en firme como sus libros de investigación en las ciencias naturales; hecho éste muy propio de la manera de ser inglesa, que admite hasta miembros de la Royal Society, sin título alguno científico, y explica que pueda haber un Spencer, sin ser siquiera doctor en filosofía. En Alemania sucede muy al contrario; sólo obtiene carta de sabio quien haya demostrado su competencia por pasos contados y con arreglo á todo el ritual académico de pruebas y grados, cosa que, si tiene en cierto modo ventajas para la disciplina del pensamiento, el aumento de la erudición y otras de este orden, es, por otra parte, una rémora para los impulsos del genio, que se aviene mal con los moldes tradicionales.

Los libros de Lubbock corren traducidos por todo el mundo, llevando un influjo sano y espontáneo, si no de un gran descubridor, seguramente de un recto y minucioso observador que con numerosísimas experiencias ha enriquecido diversos ramos del estudio de la naturaleza, de que se han servido para sus grandes concepciones otros pensadores, como Darwin y el mismo Spencer. No sólo es conocido por sus trabajos sobre animales del orden inferior (insectos, abejas en particular), sino como escritor de arqueología y ciencias sociales. Además, ha figurado notablemente en política desde 1870 en que fué miembro liberal del parlamento, habiendo representado diez años después á la Universidad de Londres, de la cual fué vice-canciller; en 1890 fué nombrado presidente de la diputación del condado londinense; y ha desempeñado iguales cargos en las sociedades etnológica y ontomológica, en el Instituto antropológico y en la British Association.

Recién admitido en el número de los lores, representa Lubbock, de propio derecho, ese tipo simpático de la nación inglesa que ocupa como un lugar intermedio entre el genio verdadero, por lo general postergado allí, cuando no le acompañan otras cualidades más brillantes y sonantes—y la distinción del gran señor, á lo Rosebery, ó del revelante gentleman, á lo Balfour, quienes también han pagado su tributo á la publicidad: aquél con la biografía de Pitt y un estudio sobre Napoleón: éste con su obra que titula «Defensa de la duda filosófica.»

DIE WOCHE.—9 de Julio.

La escritura á mano y la escritura á máquina. por E. Engel.—Bien puede afirmarse, sin temor á ser contradicho, que una de las características de nuestro tiempo es la división del trabajo. La aplicación de este principio ha comenzado mucho antes en el orden intelectual que en la esfera de las cosas materiales. Así, por ejemplo, se sabe que César no escribía nada por su mano, sino que todas sus obras fueron dictadas, y á este propósito se cita el hecho de que podía dictar á dos escribientes casi simultáneamente. Napoleón y Goethe (para no mencionar más que grandes figuras) tambien tuvieron escribientes.

Esta división del trabajo entre el

que piensa y el que escribe se encuentra ahora en su apogeo en Inglaterra, y aún más en los Estados Unidos, donde ninguna persona que estima en algo su actividad intelectual, cualquiera que sea el sentido en que ésta se ejercite, deja de tener á su servicio mecanógrafos y taquígrafos. Pero, como en algunas ocasiones, aunque parezca increíble, son estos medios insuficientes para reproducir el sin fin de órdenes, planes, preguntas, etc., que dimanan de los directores de grandes negocios, se ha echado mano de un escribiente incansable y para el cual la palabra velocidad no significa nada: el fonógrafo ¡Qué no hubiera dado Napoleón por un fonógrafo!

El ejercicio de dictar llega á aumentar de un modo notable la potencia de trabajo del que dicta, sobre todo si se dicta á un taquígrafo ó á un mecanógrafo. Naturalmente, en el dictar hay sus diferentes grados de perfección, por los cuales hay que pasar, como por una especie de aprendizaje. Al dictar por primera vez, se experimenta un sentimiento algo parecido á la vergüenza, originado por el hecho de comunicar á un extraño nuestros pensamientos más íntimos, y que tarda algún tiempo en desaparecer, necesitándose cierta fuerza de voluntad para conseguir dominarlo. Si el dictado se hace á la máquina, entonces hay otro factor que perturba, aunque solamente al principio: el ruido. Pero este inconveniente desaparece pronto con la práctica, y así como el molinero se despierta cuando cesa el ruido del molino, el que dicta, en el momento que deja de oir el golpeteo de la máquina, recibe con ello el anuncio de que debe dictar otro período.

El autor de este artículo ha hecho experimentos diarios sobre la escritura á mano, la escritura á máquina y la taquigrafía, habiendo llegado á la conclusión de que el rendimiento de cada uno de estos tres medios de escritura están en la misma relación, respectivamente, que los números 1, 2 y 6 1|2. Un buen escribiente puede trasladar al papel unas 50 sílabas por minuto; un mecanógrafo muy práctico 110, próximamente, y un hábil taquígrafo, hasta 350.

El ejercicio de dictar contribuye, en opinión del autor, á mejorar considerablemente el estilo, pues no es lo mismo ir desarrollando pensamientos y escribirlos en el papel, que oirlos expresados de viva voz; de esta última manera se da uno cuenta, mucho mejor que leyendo lo escrito, de las incorrecciones que pueda haber cometido.

¿Qué será, con el tiempo, del noble arte de la escritura? A pesar de los esfuerzos de la escuela primaria, la escritura ó mano va perdiendo importancia de día en día. Y, en realidad, ¿para qué sirve tener mejor ó peor letra, si la máquina nos da resuelto el problema de la claridad de los caracteres con la ventaja de una mayor rapidez? En Inglaterra y en los Estados Unidos hay ya muchas revistas y periódicos que no admiten trabajos que no vayan escritos á máquina. Otra ventaja en favor de la máquina es la de que se puede calcular mucho mejor la extensión de un trabajo, hecho por este procedimiento, que si se tratase de un manuscrito, por la constancia de magnitud que ofrecen los caracteres impresos, en contraposición á las variaciones propias de los caracteres escritos.

Mediante la combinación de la má-

quina y la taquigrafía se pueden alcanzar resultados asombrosos, pero que no llegan á los producidos por la del teléfono y la taquigrafía. Este sistema de transmisión, empleado por una infinida l de periódicos, es de una rapidez tal, que á su lado el telégrafo, tan admirado en otro tiempo, produce ahora la impresión de una verdadera lentitud. Tiene, en cambio, este sistema el inconveniente de que los empleados que reciben las noticias por el teléfono y las van taquigrafiando á medida que las reciben, contraen una irritabilidad nerviosa que suele degenerar en una verdadera enfermedad: la llamada vértigo telefónico. Además, las líneas telefónicassobre todosi son de alguna longitud, están pendientes de las menores alteraciones atmosféricas.

Termina el autor diciendo que, á su parecer, el escribiente ideal lo constituye un fonógrafo que sea á la vez máquina de escribir, y que conforme vaya impresionándose con las palabras pronunciadas, las transcriba en caracteres impresos, evitándose de este modo la pérdida de tiempo que supone la traducción de los caracteres taquigráficos. Técnicamente, no es esto imposible; pero, ¿quién sabe cuándo llegará á ser un hecho práctico?

ITALIANAS, POR LUIS DE TERÁN

RIVISTA NUOVA.—Julio.

El Teatro en China, por S. N. di Bresca (ex-agregado de la legación en Pekín). — Encuéntrase hoy tan de actualidad cuanto se refiere al Extremo Oriente, y se habla tanto, con mayor ó menor conocimiento de causa — muchas veces sin ninguno — y de manera más ó menos fantástica, de los *países amarillos,* que me permito la publicación de estas notas, á las que tal vez, contando con la benevolencia de los lectores, seguirán otras sobre la vida y costumbres en aquellas apartadas regiones. Tales notas, á falta de otro mérito, serán por lo menos expresión fiel de la realidad, como tomadas *d'aprés nature,* que dicen nuestros vecinos.

Voy á empezar por indicar sucintamente lo que es el teatro en el *Celeste Imperio*, manifestación artística que ha dado á conocer siempre, en todo país y con bastante exactitud, el carácter social de aquél. Y, principalmente, sobre el *Teatro en China* han fantaseado á placer muchos eruditos literatos orientalistas, y no pocos viajeros de los que se limitan á adquirir informes locales, «sin salir de los hoteles y de los círculos de la colonia europea.»

El carácter esencial del teatro en China, es el de ser una institución absolutamente privada. No se conocen allí las escenas subvencionadas; pero, en cambio, las personas ricas tienen su teatro en la casa, en su propio domicilio particular.

Solamente en el Norte de China hay teatros para el público, como en Europa, en los que se dan representaciones regulares de obras aplaudidas, y en donde se tiene la ventaja de poder comer en los palcos ó en las demás localidades. En lo restante

del imperio no hay más que compañías ambulantes que trabajan en los templos, en los *restaurants* ó en las casas particulares.

Hay en cada templo un escenario fijo; en él se dan representaciones cuando se celebra la festividad del dios del edificio religioso, ó en circunstancias solemnes.

En estos casos se contrata una compañía y se elige una obra. Mientras que los organizadores se instalan en dos balcones laterales — especies de proscenios—el público, admitido gratuitamente, se instala como gusta por el templo. Al final de cada acto — generalmente no se representan más que obras en un acto, — uno de los actores, disfrazado de mujer, presenta á los organizadores una plancha de marfil en la que están inscritos los títulos de todas las obras del repertorio de la compañía para que elijan la que les plazca.

Una representación comprende siempre cinco actos, ó sea, por lo general, cinco obras, que han de representarse en una velada.

En las fiestas del nacimiento del emperador ó de la emperatriz, se dan representaciones análogas ante la casa de cada funcionario público, y en plena calle, para que pueda disfrutar de ellas el pueblo.

Hay también escenarios en los grandes *restaurants*, en los que se representa dos ó tres veces por semana. Los espectadores se sientan en grupos de cuatro ó seis, ocupando las mesas del establecimiento. Como las personas que acuden allí á comer y á ver la función son todas de posición elevada, ocurre que los actores bajan del tablado para servirles vino y rogarles que elijan una obra: si ésta ha sido bien representada, el que la designó distribuye una gratificación en especies. Si la obra la han interpretado mal, ó han cantado mal un pasaje, los espectadores guardan un silencio absoluto sin hacer ninguna clase de demostraciones. Jamás se silba. El silencio de los oyentes es el castigo de los actores. En cambio, si el desempeño ha sido bueno, todos los circunstantes gritan unánimente, como obedeciendo á una voz de mando: ¡bien! ¡bravo! (*¡Lao!*). Lo que demuestra que el público del *Celeste Imperio* es tan culto en su desaprobación, como expresivo en su entusiasmo.

Por este detalle se puede comprender de una manera general cuál ha de ser la actitud de la mayoría de los chinos en cualquiera circunstancia. Jamás prorrumpen en críticas directas, en desaprobaciones ruidosas, en clamores de indignación. El silencio basta: posee éste toda la elocuencia de los apóstrofes más acerbos, de las exclamaciones más despiadadas... y es, por añadidura, más digno. Condena sin discusión y sin apelación.

Es de notar aquí la particularidad de que la orquesta, en vez de estar instalada ante la escena, se encuentra siempre detrás y toca sin papeles á la vista. La batuta del director está reemplazada por una especie de tamboril, de sonido muy sordo, y un par de castañuelas de grandes dimensiones; el primero marca el compás; las segundas los cambios de tono. Los actores representan todas las obras de memoria, sin apuntador. Reiríase mucho el público si viera á un músico servirse del papel, ó á un señor que, oculto en una especie de nicho, apuntara las palabras al actor en los momentos en que éste último se en-

trega á un desbordamiento de gestos apasionados.

De las columnas que forman el frente del escenario, penden, por lo general, unos cartelitos con reflexiones filosóficas.

He aquí una que anoté al azar: «Podéis considerar esta representación como verdadera ó como falsa; pero siempre es la imagen de la vida y de sus conclusiones».

Las obras que se representan tienen, generalmente, un fin pedagógico, y el mismo Código chino declara que deben representar hombres dignos, mujeres castas y niños afectuosos, á fin de inspirar a los espectadores el gusto y la práctica de las mismas virtudes. De aquí un personaje que, como el coro del teatro griego, viene á ser un intermediario entre el autor y el auditorio, el cual recita de cuando en cuando monólogos pomposos, en los que invoca la tradición y cita máximas conocidas.

El Código penal prohibe que se saquen á escena emperadores y emperatrices, ministros y generales. Pero esta ley no se observa con rigor, y á menudo aparecen ministros y generales en las tablas. También acostumbran á salir jueces, y presentados de una manera lamentable, dejándose corromper por regalos, condenando á inocentes y absolviendo á culpables.

Aunque el castigo del crimen sea siempre el desenlace de la obra, los autores suelen poner mucho espacio entre uno y otro, y á menudo el hijo de la víctima es el que realiza el acto de justicia. Así, por ejemplo, en el drama titulado *Ho-lang-tan*, una cortesana se apodera de tal modo de un hombre, que llega á casarse con él, á pesar de la resistencia de la mujer legítima, que muere de dolor. La cortesana, que ha conservado relaciones con otro hombre, roba á su marido, quema la casa y huye con su cómplice.

Los dos culpables viven perfectamente tranquilos un buen número de años, hasta que el hijo de la víctima ha ascendido en categoría y obtenido la dignidad de juez; entonces hace que se busque á los culpables, que son condenados y ejecutados. He aquí una justicia bien tardía.

Está prohibido que representen mujeres; pero su sexo desempeña papeles bastante dignos é importantes. No parece sino que los autores dramáticos hayan querido realzar en la escena la condición y el carácter de las mujeres, tan desconocidos en la sociedad; el ingenio, la habilidad, la castidad son los aspectos favoritos bajo los que se les hace intervenir frecuentemente.

El capital asunto que se trata en las comedias y en los dramas chinos —como en los dramas y en las comedias de todos los países y de todos los tiempos—es el amor. Muy frecuentemente la trama tiene por base los obstáculos, de diverso género, con que tropiezan dos enamorados para la realización de sus deseos; pero lo general es que la cosa termine en boda. ¡Eterno argumento y eterno desenlace! La humanidad no varía más que en meros accidentes. Ya lo dijo el mismo filósofo chino, el gran Confucio.

A pesar de su imperfección, la literatura dramática en China es la única que apasiona las imaginaciones. Por lo demás, su imperfección no obedece tanto á la carencia de autores de talento — pues los hay sumamente inspirados y hábiles en su profesión—como á la falta de bue-

nos cómicos y la pobreza de medios escénicos.

Hay también en China teatros de fantoches, verdaderos *guignols*, pero en los que se representan á menudo las obras serias, y de los que gustan, no solamente los chicos, sino los grandes.

Todos los chinos tienen una gran afición al arte dramático, al que llaman: «alegría de la paz y de la prosperidad.»

RIVISTA POPOLARE.—Julio.

El peligro ruso, por Noi.—Se ha hablado mucho del *peligro amarillo*, sin tener en cuenta que, por lo que concierne á Europa, tal vez sea mayor el que pueda amenazarla por parte de Rusia.

La prolongación de las hostilidades en el Extremo Oriente tiene forzosamente que influir de una manera seria, primero sobre el comercio y después sobre la polítca de Europa. Por de pronto, los torpedos y las minas que rusos y japoneses han sembrado profusamente alrededor de Puerto Arturo, y que pueden ser arrastrados lejos por las corrientes marinas, comienzan á preocupar hondamente á las potencias neutrales; y la marina mercante de todos los países comienza ya á sentir los desastrosos efectos de la interrupción indefinida del tráfico.

Aun sin que la empeoren causas extrañas, la situación es ya por si misma sumamente grave. Pero esas otras causas vienen á ensombrecerla más y la responsablilidad de todo esto imcumbe en absoluto á Rusia.

No en vano es asiática la forma de gobierno en Rusia, y no en balde los rusos han conservado en el fondo el carácter y el temperamento de los pueblos orientáles. La política del dolo es su fuerte; la aplicación de la violencia, cuando esta aplicación puede ejercerse sin peligro—lo que constituye la cualidad y la teoría de los absolutistas,—es su especialidad.

Negociando con el Japón, Rusia se apercibía á dar el golpe, y hubiera continuado su juego, dando vueltas á la cuestión sin afrontarla, sin decir que sí ni que no, hasta haber reunido á la sordina sus 400.000 hombres en la Mandchuria. Entonces se hubiese encarado con el Japón, manifestándole claramente su deseo, á saber: que puesto que se encontraba ya en Mandchuria, se quedaría allí á despecho del Japón y contra todos los derechos de China y los tratados de Europa. Y allí se hubiera quedado. Pero también los japoneses son asiáticos; conocen también ellos los procedimientos de la política solapada, y no quisieron dejarse engañar. Ahora Rusia está tocando las consecuencias. No hablaremos por esta vez de la situación de la política rusa en Europa, ni de sus descalabros en la campaña. Su ejército y su marina, aunque su heroísmo individual sea superior á todo elogio, como dirección y como táctica son más que deplorables. Los rayos de guerra que fulminaban sus generales, harían reir si no se pensase en los miles de muertos que están costando sus balandronadas y torpezas. Rusia comprende lo crítico de su situación, y parece que, ante la posibilidad, cada vez mayor, de un completo desastre, abriga intenciones nada tranquilizadoras para la paz de Europa y que no hay que perder de vista; mientras protesta abiertamente contra toda n-

tervención ó mediación, persigue lo contrario, y lo contrario envuelve un positivo peligro.

Rusia se felicita grandemente, aunque finge escandalizarse, de algunos actos de hostilidad realizados por los chinos; confunde de buen grado los rebeldes patriotas mandchues — los khunkhus – con los chinos regulares, y de cuando en cuando molesta á China con proclamas y actos de guerra; en una palabra, tratan de tirar tanto de la cuerda á los chinos, que lleguen éstos á perder la paciencia y realicen abiertamente actos de hostilidad. Esto constituye para Europa el peligro grave. La ruptura de hostilidades por parte de China, ofrece á Rusia una de estas dos ventajas: ó las potencias europeas intervienen todas y se salva Rusia – aunque sean difíciles de prever los resultados posteriores de la intervención, puesto que se llamarían también á capítulo los Estados Unidos – ó bien solicita la ayuda de Francia, como de derecho le correspondería por el tratado de alianza.

Y en este caso un tratado defensivo da á su vez derecho al Japón á contar con Inglaterra.

Rusia puede, por consiguiente, desencadenar la guerra europea, á pesar de todas las pacíficas protestas que hiciera el emperador Nicolás. Alerta, pues, con Rusia, con sus minas, con sus protestas; alerta con Rusia, cuyo interés está en complicar las cosas, en vista de que tal como van, tienen todo el aspecto de acabar muy mal para ella.

PORTUGUESAS, POR LUIS DE TERÁN

A TERRA.—10 Julio.

Pornografía andante, por Ricardo Cunha (profesor de Fisiología). — No pretendemos endilgar un sermón á nuestros lectores, ni siquiera pretendemos apoyarnos en determinados principios de moral para llamar la atención social sobre el desenfreno y el descaro de la que no vacilamos en llamar *pornografía andante*. Diríase, en efecto, que la propaganda de la pornografía, por toda clase de medios, constituye hoy una profesión honrosa y meritoria, á juzgar por la publicidad y el ardor que en tal propaganda se emplean.

Repetimos que para llamar la atención social sobre ese estado de cosas que constituye una epidemia tan temible ó más que otra cualquiera, no hay necesidad de subirse al púlpito ni ceñirse un cilicio á la cintura. Para combatir la pornografía en el teatro, en el libro, en la estampa, no se necesita ampararse, por respetable que sea, en el imperativo categórico de una moral religiosa. Por nuestra parte nos limitamos á señalar el mal desde un punto de vista puramente fisiológico, y á combatirle en nombre de los más elementales principios de la higiene, tanto social como individual.

Varias eminencias médicas, con cuya amistad nos honramos, nos han asegurado que la mayor parte de las enfermedades — prescindiendo de otras específicas— del sistema nervioso, tan frecuentes hoy entre los

jóvenes, son debidas á las manifestaciones de la *pornografía andante.*

«Causa profunda pena—nos decía un ilustre neurópata—ver los resultados del mal en jóvenes, niños aún por su edad, y viejos ya decrépitos por su estado patológico. He visto niños de quince y diez y seis años, con la memoria agotada ya por completo, víctimas del insomnio, con perturbaciones cerebrales y medulares, sobreexcitados unos hasta la locura, deprimidos otros hasta el idiotismo; y en todos ellos he encontrado *lectores de libros malsanos, espectadores de espectáculos indecorosos, coleccionadores de grabados torpes.* Sería preciso poner un remedio á ésto, un remedio radical y definitivo».

Sí, preciso es poner ese remedio. No basta con que los moralistas protesten, en nombre de la moral, ni con que los higienistas aconsejen, en nombre de la higiene. Es preciso que las autoridades gubernativas intervengan con decisión y sin contemplaciones.

Y que no pretenda nadie oponerse invocando libertades y garantías. En ningún país civilizado, que sepamos, existe, por ejemplo, la *libertad del suicidio*; y en materia de garantías, las que más debe apreciar un buen ciudadano son aquellas que preserven á sus compatriotas de males físicos y morales, y sean prenda del bienestar de la nación.

Sospechosos, por lo menos, son los que hablan de libertades y garantías cuando se trata de combatir lo pornográfico, *término que no hay que confundir con lo bello y lo agradable.*

Tampoco pueden invocarse los fueros del arte. El arte jamás ha sido pornográfico. No confundamos la Venus de Milo con un cromo indecoroso; ni las artísticas danzas pirenaícas con el *cake walk* yankee ó el tango andaluz.

Igualmente se deben despreciar profundamente los sarcasmos y las burlas de los amantes de la pornografía; se deben despreciar tanto como se despreciarían los insultos de un borracho empedernido, porque no guste uno de sus aficiones tabernarias.

Y he hecho esta advertencia porque hay algunos que reputan por *tartufos* á quienes abogan por los elementales principios de la decencia. Es como si se tuviera por pusilánime al que siguiese las prescripciones de la higiene en tiempos de una epidemia mortal.

Insistimos: en nombre de la salud pública—del bienestar físico, aunque se prescinda de la salubridad moral—en nombre de principios universales de humanidad, de propia defensa y de altruísmo para con los demás, hay que concluir con los desastrosos efectos de la *pornografía andante.*

ESCANDINAVAS, POR JULIÁN JUDERÍAS

VARIA (STOKOLMO).

Julio Verne, por A. E. T. Olan.—El autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de *Cinco semanas en globo* y de tantas otras novelas que unen el encanto de lo maravilloso al interés de los descubrimientos y de las aplicaciones científicas, es una de las personalidades más interesantes de la época actual, no solamente por haber difundido y popularizado ideas y conocimientos contenidos hasta entonces en los libros de ciencia y privativos de los más cultos, sino también por el afán de progreso que la lectura de sus obras ha despertado y despierta en la juventud, inclinándola hacia los descubrimientos y las exploraciones.

Julio Verne nació en Nantes el 8 de Febrero de 1828, y pasó los primeros años de su vida en circunstancias que tendieron á despertar su amor á los viajes y á las aventuras. Nantes es, como todos saben, una de las ciudades marítimas más importantes de Francia y de donde zarpan, cargados de mercancías, grandes vapores que marchan á las regiones más lejanas para regresar abarrotados de productos exóticos. Julio Verne y su hermano empleaban las horas que les quedaban libres en largos paseos por el puerto y en animadas conversaciones con los marineros á bordo de los buques, escuchando con admiración y deleite relatos de expediciones lejanas, de tempestades y de naufragios.

En 1838, la familia Verne abandonó á Nantes y fué á vivir á Chantenay, junto al Loira, donde el futuro novelista puso en práctica uno de sus más grandes deseos: hacer vida de Robinson. Cierto día, bien pertrechado, como creía que debían ir los Robinsones, salió de su casa y se hizo á la vela en un bote, Loira abajo, en busca de aventuras. Estas no tardaron. El bote se fué á pique, y el nuevo Robinson tuvo que refugiarse en una isleta, donde permaneció escondido hasta que los clamores de su estómago en ayunas lo obligaron á volverse á casa.

La afición al mar sigue siendo hoy día en el anciano Julio Verne, tan grande como en los años de su juventud, y muchos libros los ha escrito en el camarote de su yate el *San Miguel*, navegando por las costas de Francia. Todos los años, este yate se hace á la vela, tripulado por dos marineros que han servido en buques de guerra, y Julio Verne marcha desde el Somme hasta el canal de la Mancha, haciendo de timonel ó escribiendo, con auxilio de las notas que ha tomado y de unos cuantos libros de viajes, la novela que ha de deleitar pocos meses después á la juventud, no sólo de Francia, sino de toda Europa.

Julio Verne hace vida metódica; no fuma, no gusta de bebidas espirituosas, y sin ser vegetariano, las plantas constituyen la base de su alimentación. Gracias á este régimen, goza de perfecta salud, á pesar de los rumores alarmantes de que se hizo eco la prensa.

El autor de *Matías Sandorf* es, sin género alguno de duda, la persona más

conocida y más popular de Amiens, lo cual se explica por el cariño que profesa á la ciudad, por lo poco que está fuera de ella y por el interés que demuestra, en calidad de concejal, por sus adelantos y mejoras.

Lo carrera literaria de Julio Verne ha sido brillante, y su fama es universal. La inició en París, en los buenos tiempos de Dumas padre, abandonando la abogacía, á que le destinaban.

El autor de *Los tres Mosqueteros* fué quien *descubrió* el talento de Verne y quien lo impulsó á seguir sus inclinaciones literarias; como que su primer obra literaria la escribió en colaboración con Dumas hijo, y fué una comedia titulada *Les pailles rompues*, representada con gran éxito.

Julio Verne fué el único discípulo de Dumas que no aceptó el principio utilitario en que se inspiraban los demás. Se contentó con imitar al maestro en aquello que era digno de imitación; en su talento, en su fantasía, en el arte de combinar los sucesos y de convertir lo trivial en interesante, y así como Dumas decía que la historia universal era el clavo de donde colgaba sus cuadros para que la gente los admirase, de igual modo pudo decir Julio Verne que la ciencia y la técnica eran las escarpias que sostenían sus novelescas creaciones.

Es más, ha creado una escuela, puesto que hoy día el número de sus imitadores es tan grande como lo había sido en otro tiempo el de los Dumas.

Nombrado secretario del Teatro Lírico, gracias á éste, allí se representó su primer obra teatral *Un drama en el aire*, con tanto éxito, que de allí á poco escribió su famosa novela *Cinco semanas en globo*, cuya idea fundamental la utilizó más tarde el desgraciado André para intentar el descubrimiento del Polo. El libro se vendió por modo extraordinario, y M. Hetzel que lo había editado, y era hombre práctico, dijo á Verne estas ó parecidas frases:

«Amigo mío, créame usted, no desperdicie sus fuerzas ya que ha creado un género nuevo. Trabaje en ese sentido y hallará honra y provecho. Todos los años me tiene usted que entregar dos novelas terminadas, y desde mañana «ponga manos á la obra».

Cuarenta años se han cumplido ya desde la publicación de *Cinco semanas en globo*; durante este espacio de tiempo ha proseguido Julio Verne la iniciada tarea, sin apartarse un ápice del fin propuesto, y sin que hiciesen mella en su espíritu las enconadas luchas políticas de que era teatro su patria.

Cuando empieza á escribir una novela, su primer cuidado es el estudio exacto de los hechos científicos y de las anécdotas que constituyen la base de la obra, y al darla al impresor provee las cuartillas de notas, que facilitan al cajista la composición y distribución de los párrafos, fórmulas, nombres, etc. Su talento le permite abarcar la obra tal y como debe resultar mucho antes de que esté terminado el manuscrito, pudiendo decirse que antes de escribirla la ha pensado hasta con sus menores detalles. Y es que dá con una idea, reflexiona acerca de ella, busca el medio de combinarla con asuntos científicos ó técnicos, y no la desarrolla hasta que lo ha calculado todo y todo lo ha ajustado á su plan primitivo, al de enseñar distrayendo.

A pesar de que Verne figura entre los escritores más renombrados de la época actual, y no obstante haber logrado la celebridad cuando empezaron á escribir Tolstoi, Ibsen y muchos otros, no pertenece al grupo de los grandes literatos, de esos cuyas obras forman época y cuyas tendencias levantan tempestades en el mundo literario; Verne ha permanecido siempre tan lejos de las luchas políticas como de las polémicas literarias; no pertenece á ninguna escuela, no defiende las ideas de ningún partido, su ideal es modesto, pero notable, importantísimo, como que no es otro que el de enseñar á la juventud, explicándole los grandes descubrimientos, las grandes empresas y los grandes progresos, y despertando el afán de continuarlos. Desde este punto de vista, puramente pedagógico, no tiene rival, y sus obras, coronadas cien veces por la Academia francesa, se leen en todas las bibliotecas escolares, en todas las bibliotecas públicas destinadas al pueblo. La principal cualidad de Julio Verne es, sin género alguno de duda, el gran tino con que ha sabido comprender el alma juvenil con sus arrebatos y sus entusiasmos y darle el manjar que más le apetece ó sea el relato de atrevidas empresas, donde aparecen luchando con mil peligros hombres de extraordinario valor, de singular energía y de corazón osado y generoso. ¿Quién no recuerda con encanto las obras de Verne, cuya lectura despertaba en nosotros tan extraordinario entusiasmo y que descorrían ante nuestra vista el velo que ocultaba los maravillosos adelantos de la ciencia? La química y la física, la geología y la historia natural, las matemáticas y la astronomía, nos parecían en las obras de Verne ciencias maravillosas, llenas de misterioso encanto, capaces de resolver los mayores problemas, mientras que las nociones que de ellas aprendíamos en los libros de estudio, por muy breves y compendiadas que fuesen, se nos antojaban áridas é imposibles. Los misterios del Continente africano, las heladas regiones árticas con sus infranqueables barreras de hielo, la inmensidad de los espacios planetarios, los abismos del mar y las regiones de la atmósfera, los pasajes más recónditos del globo, todos esos grandes viajes fantásticos, imposibles, pero ingeniosísimos, rebosando conocimientos útiles, datos ignorados, vulgarizaciones científicas utilizables, aun en condiciones que nada tengan de extraordinarias, constituyen una masa de conocimientos cuya importancia pedagógica á nadie se oculta, y con la cual se aprende mucho más que estudiando horas y horas las encomiadas producciones de sesudos investigadores tan profundos como latosos.

Pero no todo es imaginación en las obras de Julio Verne. Algunas de sus ideas, como *La vuelta al mundo en ochenta días*, no solamente están fundadas en la realidad científica (el Phileas Fogg se llamaba George Francis Train y era americano), sino que ya se han llevado á la práctica. *Las Veinte mil leguas de viaje submarino* sirvieron quizás para que Gustavo Zedé construyese en 1900 el primer submarino y para que otros tratasen de imitar al famoso capitán Nemo. La navegación aérea ha hecho grandes progresos desde que se escribió la novela *Cinco semanas en globo* ó un *Descubrimiento prodigioso*. «Pertenezco,

dice Julio Verne, á una generación que admira el genio de Edison y de Stephenson. He visto los resultados prácticos de sus descubrimientos en América, país que marcha á la cabeza del progreso científico, con sus casas movibles, sus aceras que ruedan y tantos otros inventos.» Verne no duda del constante progreso de la humanidad, y espera que se realicen, tarde ó temprano, muchas de sus ideas si no todas. En la *Ciudad Universal* los trenes aéreos cruzan el espacio con una velocidad de 100 millas por hora; los hombres pueden verse y hablarse á través de enormes distancias, merced á un aparato maravilloso, y los acumuladores recogen la luz solar y facilitan su empleo industrial. Todo esto pertenece al porvenir que entrevé Verne y en el que cree firmemente.

Mucho podría decirse acerca de sus obras, en las que se describen todas las regiones del planeta y todas las manifestaciones de la ciencia; pero lo dicho basta para comprender que aun no perteneciendo al grupo de los grandes literatos, que apasionan y conmueven á las multitudes, sus obras ejercen influencia saludable y benéfica desde el momento que tienden á favorecer el desarrollo de la ciencia y de los descubrimientos, del progreso y de la civilización.

En la Corte de un Mikado del siglo XX, por Edwin Wildman.

El Emperador del Japón descansa de las fatigas del día en un lecho europeo, y esto, que á muchos les parecerá un detalle insignificante é indigno de mención, resulta, sin embargo, muy digno de tenerse en cuenta cuando se piensa en que los 40 millones de súbditos japoneses duermen en el suelo El Japón se halla en un período de transición. Ha dado un salto gigantesco, desde la barbarie hasta la civilización, y ha demostrado una energía sin precedente en la historia, gracias, únicamente, al propósito del Mikado de convertirse en portaestandarte del progreso.

El ejemplo del Emperador lo imitan sus súbditos en la medida de sus fuerzas, y por eso el hecho de que duerma á la europea tiene gran importancia y es eficaz á transformar las costumbres de la nación entera.

Pero el Mikado no se limita á eso, sino que se viste y come á la europea, sentándose á la mesa y empleando cuchillos fabricados en Sheffiield, en tanto que sus súbditos se sientan en el suelo y comen arroz y pescado, valiéndose de palillos á la moda china. El Mikado, después de comer recibe á sus ministros lo mismo que los soberanos de Europa; escucha los informes que le facilitan acerca de los negocios públicos, y firma los documentos que le presentan. Este Emperador, japonés de pura sangre y descendiente directo de los antiguos soberanos del país, se pasea, una vez despachados los asuntos, en un coche europeo que no despertaría la menor curiosidad en Rotten Row ó en Central Park, á no se por las lujosas libreas de los cocheros. Y este mismo Emperador, que reina sobre 40 millones de almas, de las cuales ni siquiera una por cada ciento lleva sombrero, botas ó pantalones, se viste como un *gentleman* americano, calza elegantes botas, lleva guantes y su bien cortado traje le da el aspecto de un gomoso de la 14.ª Avenida neoyorquina, más bien que el de un mo-

narca que gobierna muchos millones de súbditos, los cuales hace treinta años se contaban entre los más incultos del mundo, y con los cuales se pactaban tratados de comercio á cañonazo limpio. El Emperador no pierde jamás una ocasión de abrir los ojos de sus súbditos á la civilización europea. Cuando sale con objeto de cumplir deberes importantes ó toma parte en ceremonias diplomáticas, ostenta siempre el uniforme de generalísimo al estilo europeo. Alrededor suyo no se vé nada que recuerde que en el Japón hay muchos que no gastan más vestidos que el kimono. Los *imponentes* emblemas japoneses de otros tiempos, los dorados palanquines y los arcáicos coches están en el Museo nacional con otros muchos recuerdos del Japón antiguo, mientras que el Japón nuevo se halla en pleno desarrollo. La luz de progreso que irradia del palacio de Tokío, alcanza á todas las regiones del pequeño y pobladísimo Imperio. El pescador de Hakodate, el minero de Mojí y el que tira de las *rikshas* en Tokio, experimentan su benéfica influencia. El Japón está abierto á todo progreso, tiene libertad para moverse en el sentido que más le plazca, y esto se debe en cierto modo á que el Emperador gasta botas de charol y no sandalias, y lleva un traje parisiense en vez de kimono.

La emperatriz Haruko Ichijo come, lo mismo que su esposo, á la moda europea, y gobierna de un modo abmirable el antiguo palacio de los Shogunes, hermoseado y modernizado, con los suelos cubiertos de espléndidas alfombras, las habitaciones suntuosamente amuebladas, iluminado por la luz eléctrica y calentado con aparatos de vapor. Esta soberana no es una muñeca acostumbrada á cumplir automáticamente los altos deberes que le impone su posición, sino una mujer muy culta, simpática, colaboradora entusiasta de su esposo. El Japón no ha podido apropiarse, en un abrir y cerrar de ojos, de cuantas ventajas proporciona la civilización desde el punto de vista social, y las mujeres japonesas carecen aun de los derechos que pertenecen desde hace mucho tiempo á las de otros países.

Ya se ha dado un gran paso en este sentido, y se han modificado las leyes con objeto de hacer que desaparezca la poligamia.

El Mikado tiene su harem, lo mismo que algunos personajes del Imperio, porque la tradición de muchos siglos no se borra de un plumazo; pero cuando el príncipe heredero se llevó á la princesa Sadako Kujo á su castillo, rompió con la tradición y declaró solemnemente su propósito de no tener más que una esposa, á la cual juró fidelidad en presencia del gran sacerdote. Su casamiento formó época en el Japón, puesto que hasta entonces ningún príncipe japonés había celebrado públicamente sus bodas. Issihito, por el contrario, la anunció, invitando á los funcionarios de mayor categoría y á los individuos del cuerpo diplomático á que asistiesen á la ceremonia, que se verificó conforme á la moda europea.

La boda dió lugar á grandes fiestas; se celebró en el templo imperial y no se omitió nada que pudiese causar impresión duradera y profunda en la mente popular. Así fué, que el efecto producido en Japón por las solemnidades de la boda, fué muy grande; extraordinario, si se tiene en

cuenta que el pueblo japonés considera á la familia imperial como divina, y le profesa un respeto supersticioso, místico. El Emperador ha desterrado por completo la antigua etiqueta, que abría un abismo entre su persona y el mundo exterior. Su palacio, situado en Tokío, antigua residencia feudal de los poderosos Shogunes, es un castillo inmenso, rodeado de murallas y provisto de grandes patios, sin ornamentación alguna. El transcurso del tiempo y las tendencias actuales han privado al antiguo palacio de su aspecto militar y austero, y sus alrededores se han transformado en jardines. Al pie de las altas murallas, se abre un antiguo y bien conservado foso; en la colina, sobre la cual se alza el palacio, crece un bosque de pinos, á través del cual cruza anchuroso paseo; los pájaros favoritos del Emperador, sagrados cisnes, bogan majestuosamente en el pequeño lago del parque, y numerosas ardillas juguetean graciosamente entre los árboles. El palacio se construyó, de conformidad con el nuevo estilo japonés, en 1888, y en él se emplearon las maderas más hermosas y escogidas del país.

Parece una casa de muñecas, por lo elegante y bien dispuesto. Las maderas son de color castaño grisáceo, y el suave y agradable olor que se respira en sus alrededores, procede de la clase de los materiales empleados en su construcción. La techumbre es obra maestra del arte japonés, por la riqueza de sus tallas, y los muros ostentan preciosos motivos decorativos en azul obscuro y verde. La sala de audiencia es una habitación cuadrada, donde sobre una mesa de ébano y entre muchos libros japoneses, ricamente encuadernados, se halla el libro donde inscriben su nombre los visitantes. Al lado de la sala de audiencia hay otra muy suntuosa, cuyos muros están cubiertos de cuero labrado y cuyas paredes ostentan preciosas tallas. Numerosos corredores suntuosamente adornados con lakas doradas y negras, que ostentan dragones, pájaros y flores, conducen á las demás habitaciones del palacio.

Por más que la distribucion de éstas sea genuinamente japonesa, el influjo europeo se advierte por doquiera. Así, por ejemplo, el cristal ha sustituído al papel en las ventanas del edificio, el cual contiene multitud de patios provistos de grutas artificiales, de fuentes, de pequeñas cascadas, de palmeras y de plantas raras, merced á las cuales la atmósfera del palacio está siempre fresca y perfumada. Los grandes salones son, no solamente las habitaciones más grandes, sino también las más lujosas del palacio; hermosos tapices de brocado de seda, de color gris y rosa, ocultan los muros; los divanes y las sillas se agrupan en medio de la estancia, alrededor de un templo de flores, procedentes de los jardines imperiales; junto á las paredes se alzan antiguos armarios de dorada laka, y espléndidos biombos; las vigas, de pulida madera, se cruzan en ángulo recto, y los cuadros que forman están adornados con crisantemas, iris y otras flores genuínamente japonesas. Esta hermosa sala, que ofrece una verdadera sinfonía de colores, parece residencia de una hada maravillosa, ó parte integrante de un museo. Sin embargo, cuando se ve á los moradores del palacio, pequeños y ágiles, deslizándose, sin ruido, junto á los ricos muebles, se comprende

que el edificio está hecho para ellos. Pero como las colchonetas, de ricas telas, que cubren el suelo, no lo están para el calzado europeo, sino para las sandalias, y éstas no pueden llevarse con trajes á la moda parisiense, la Emperatriz, cuando recibe á las señoras del cuerpo diplomático, lo hace en un saloncito con las paredes forradas de damasco, cuyos muebles son europeos.

La Emperatriz es una mujer muy lista y muy buena, á la par que un filántropo muy práctico y muy ilustrado. Ella fundó el colegio de señoritas nobles, donde éstas reciben una educación escogida—de la que forman parte principal los idiomas extranjeros, y muy especialmente el inglés.—Ella ha educado al príncipe heredero, á la moda europea, en la Escuela de Nobles, encargando á los profesores que no le demostrasen preferencia alguna, y que no le concediesen más puestos que los merecidos por su aplicación y buena conducta; de suerte que la influencia occidental ha hecho gran mella en el carácter del futuro Emperador, circunstancia de gran transcendencia para que el Japón continúe progresando, como lo ha hecho hasta aquí, y desembarazándose de todo lo que aún le queda de sus costumbres orientales.

Lo único que debe temerse ahora es que el Japón se duerma sobre sus laureles sin darse cuenta de que es preciso que complete y perfeccione su educación, adelantando en el camino del progreso. Los amigos del Japón deploran que el pueblo haya progresado tan poco, á pesar de la obra maravillosa realizada por unos cuantos.

Al frente del Gobierno están hombres de verdadero mérito; pero no son tan sabios, ni tan numerosos que puedan impedir la decadencia por su propio esfuerzo. El Imperio del Sol Naciente ha progresado mucho, se ha hecho dueño de una cultura que le era extraña por todos conceptos, pero esto no basta; para llegar á la cultura en que se encuentran otros países es preciso una labor continua, la labor de una generación más. El Mikado ha elegido hasta ahora sus ministros con gran habilidad; su Corte se compone de hombres cultos y de gran amplitud de miras. Los individuos del Gobierno son gente instruída, gente que se ha ilustrado á sí misma, que tiene gran práctica de la vida; algunos han estudiado en universidades extranjeras, como el barón Kaneko, doctor por Harvard; todos pertenecen á grupos sociales que descuellan por su afán de progreso, que visten y viven á la europea, ejerciendo saludable influencia en el país. Desde que se inició la guerra ruso japonesa, el pueblo japonés ha tenido más ocasiones que antes de observar la vida privada del Mikado, puesto que en Tokío sólo en ciertas y determinadas circunstancias salía de su palacio y se mostraba al público rodeado de un aparato militar que imponía profundo respeto y hacía que le considerasen como un sér extraordinario y sabrenatural, como un Dios que hubiese adoptado el aspecto de un mísero mortal, sin perder por eso sus cualidades divinas. Por muy extraño que parezca este concepto desde el punto de vista europeo, podría decirse que es una circunstancia providencial para el Japón. Si el Mikado no es un mortal como los demás, si el respeto que el pueblo le profesa es tan profundo como supers-

ticioso, claro es que sus reformas, por muy contrarias que resulten á la tradición, habrán de acatarse como se acatarían los mandatos de una divinidad. Y esto da una fuerza inmensa al hombre encargado de guiar al Japón por la senda de la civilización y del progreso.

ORD OCH BILD.

Leon Nicolaievich Tolstoi, por Hellen Lindgren.—El célebre novelista ruso de este nombre pudiera muy bien antojarse un enigma indescifrable, gracias á su carácter, á su talento, á sus inclinaciones y á su género de vida, si ele studio de su personalidad y de sus obras no fuese aclarando lentamente las contradicciones. Encierto modo, podrá parecer extraño su sistema, pero no la base del mismo, el amor al prójimo, manifestadode un modo tan original y tan sorprendente que provoca sorpresa en unos, desconfianza en otros y admiración sin reservas en los demás.

El procedimiento más rápido y más cómodo para comprender el estado de su espíritu en los primeros tiempos de su vida, es el de someterlo á un interrogatorio imaginario, á una *interview* fantástica, valiéndonos de sus obras. Su juventud puede darse por terminada en 1861, cuando regresó de largos viajes por el extranjero, y no es difícil averiguar lo que en su alma sucedía entonces, gracias á los escritos que publicó dando rienda suelta á los sentimientos que lo agitaban. Tenemos idea del carácter ruso en general, pero á Tolstoi lo conocemos como podríamos conocer al héroe de una novela. El sol de la esperanza luce ahora en el inmenso imperio moscovita; el corazón de los jóvenes está henchido de amor al progreso; todos creen que ha llegado por fin la hora de convertirse en verdadera nación, en una nación donde no haya diferencias de casta. De cuantos sueñan en Rusia con un mundo mejor, Tolstoi es el que mayores ideales tiene, el que formula conceptos más atrevidos. «Sólo un pensamiento hay en mí; explicar toda la naturaleza y reformar el mundo entero», dice, y añade: «Cuatro son mis sentimientos: amor hacia el ídolo de mi fantasía; ambición de ser conocido y amado por todos; esperanza de una felicidad inmensa, jamás presentida; horror de mí mismo y frecuente desesperación.»

En los primeros tiempos de su vida literaria, un pensamiento domina los demás: la idea de la muerte. Todos los llamaban feliz: tenía fortuna, amigos, posición, fama de valiente, la vida le sonreía; sólo él se consideraba desgraciado. La contemplación del campo de batalla le había hecho comprender cuán corta era la vida, cuán sujeta á accidentes, cuán terrible su fin postrero, la muerte; y como ya en su espíritu germinaba ese inmenso amor á la humanidad, que ha llegado á su desarrollo máximo actualmente, se le antojaba la muerte espada de Damocles, constantemente suspendida sobre la cabeza de los hombres. ¿De qué sirven los tesoros, si un peligro constante se cierne sobre ellos? ¿A qué viene vivir, si debemos morir? El problema de la vida comenzaba á atormentarlo, y se preguntaba sin cesar cuál era el verdadero fin de ella. De deducción en deducción llegó á persuadirse de que la vida del hombre del pueblo,

mejor dicho, la del campesino, era la única verdadera, y la adoptó desde entonces.

En sus grandes novelas *La guerra y la paz* y *Ana Karenina*, se observan ya las inclinaciones morales y sociales que hoy día dan lugar á tan interesantes controversias. El amor á la multitud, á la masa, en oposición al amor al individuo, fuente de egoísmo y de clasificaciones sociales artificiosas palpita ya en *La guerra y la paz*, en tanto que el amor al prójimo, amor sin reservas y un tanto místico, es el que inspira las páginas de *Ana Karenina*. Ya se columbra en ambas novelas el desprecio de Tolstoi hacia la vida social, tal y como hoy día se entiende, con sus inmoralidades y sus vicios, con su complicada organización que pervierte el buen sentido y el recto pensar y lo convierte todo en un saqueo legal y perfectamente regulado. Tolstoi ve ya la salvación en una sociedad completamente distinta, fundada en la paz y en el amor.

Estas ideas no podían menos que conducir á una crisis en la que perecieran los restos que aún quedaban de antiguos prejuicios, y en esto se parece Tolstoi á los grandes sectarios rusos que, á fuerza de reflexionar sobre un punto determinado, naturalmente religioso, venían, en consecuencia, de que la vida es inútil y embarazosa carga, y se enterraban ó se quemaban vivos con la sonrisa en los labios pensando en alcanzar un mundo mejor. Felizmente, Tolstoi se ha circunscrito á su papel de evangelista, por más que su eterno *más allá* en el estudio de la vida debiera conducirle á la negación de todo, sin duda alguna porque se está poseído de un gran amor al prójimo y de un insaciable amor al bien. Su doctrina, sin embargo, tiene mucho de intolerante: nos quiere obligar á todos á hacer la misma vida que los campesinos y someternos al trabajo corporal. Y por mucho y muy bien que nos demuestre que la mayor parte de nuestros males proceden únicamente de la vida que hacemos, nos rebelamos instintivamente contra su tiránica imposición, porque es un error creer que existe un método curativo que á todos nos conviene por igual, lo mismo que pretender trazar una línea de separación entre lo que constituye el deleite y lo que constituye la necesidad. Colóquese á un artista ó á un literato en medio de la naturaleza más hermosa, rodéesele de gentes tan buenas como respetables, pero prívesele de su pincel ó de su pluma, y entonces aquéllo no será una cura, sino un mal, porque estará en un ambiente completamente distinto del que requiere su espíritu. Decidle que su descontento es artificial, que necesita seguir el ejemplo que le ofrecen cuantos le rodean, que aquello que para otros es bueno también lo será para él; que su afición á la literatura ó ál arte es ridícula é inútil; decidle cuanto queráis; no servirá de nada, y su naturaleza triunfará siempre, por muy grande que sea la presión que se ejerza sobre ella.

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito; tan diversas son las tendencias y las aspiraciones, los deseos y el carácter de los hombres. Cuando Tolstoi quiere nivelar á la humanidad sometiéndola á un trabajo idéntico, se engaña á sí mismo; mientras existan en los hombres tan grandes diferencias de carácter y de modo de ser, el trabajo que realicen

tiene que estar repartido, tiene que haber quien mande y quien obedezca; la existencia del poder es una necesidad social. Tolstoi llega al extremo de suprimir el castigo y de no ver que se dan en los hombres diferencias morales.

Llevado también de su horror á la civilización, ó lo que es mejor, á cuanto constituye el modo de ser de la sociedad actual, el autor de *Ana Karenina* arremete contra el arte y contra el amor, fundándose, sin duda, en que ambos sentimientos son individuales, personalísimos. A decir verdad, Tolstoi no consigue su propósito, ni siquiera en lo que á sí propio se refiere, puesto que todavía no ha logrado nivelarse, ni acabará, con su personalidad artística, convirtiéndose en perfecto labriego. No, Tolstoi no es solamente un reformador, es un espíritu dotado de gran sensibilidad, abierto á todas las ideas y semejante á un árbol cuyas ramas se inclinan bajo el peso de hermosos frutos.

ESPAÑOLAS É HISPANO-AMERICANAS

POR J. M. GONZÁLEZ

RAZÓN Y FE.—Julio.

La declaración anglo-francesa sobre Egipto y Marruecos, por M. Minteguiaza. —La exposición que ha dirigido al Presidente del Consejo de Ministros la Real Sociedad Geográfica, con motivo del convenio últimamente celebrado entre Francia é Inglaterra sobre Marruecos, es estudiada en este artículo con detenimiento, protestando el escritor de algunos conceptos en que cree ver un ataque á la religión, tales como el de «que la causa nacional es preciso que aparezca por completo separada de la causa religiosa en Africa, y que es obligado renunciar á la propaganda de nuestra religion, á todo acto de proselitismo». Respecto de ello dice el Sr. Minteguiaza que ni ahora ni nunca puede separarse la causa nacional de la causa religiosa.

Censura después la exposición porque se dice en ella que se «necesita para inspirar confianza, el profundo respeto y hasta la protección de las instituciones religiosas», y mucho más porque aconsejan al Gobierno que se levanten mezquitas con el objeto de dar confianza al moro. y termina diciendo que la exposicion es, por lo que hace á las relaciones religiosas con los marroquíes, anticatólica y antiespañola.

La niñez delincuente, por N. N.—A propósito de un libro recientemente publicado en Francia sobre este asunto, el articulista anónimo hace algunas consideraciones referentes á las causas, que son de carácter religioso, que motivan que la criminalidad de los menores de edad sea mayor en Francia y en Alemania que en España, á pesar de la mayor ilustración y adelanto de aquellos países con relación al nuestro.

LA CIUDAD DE DIOS.—5 Julio.

A propósito de la guerra ruso-japonesa, por el P. Florencio Alonso.—La simpatía es la más sensible, la más inconsciente, y en algunos casos hasta la más irracional manifestación del amor. Ejemplo de ello nos ofrece la presente guerra ruso-japonesa. Apenas rotas las hostilidades, se han ido dibujando con claridad en España y fuera de España las dos opuestas corrientes de simpatía hacia uno de los beligerantes; simpatías que impulsan á juzgar de modo muy diverso los intereses que, tanto al Japón como á Rusia, han llevado á la contienda los acontecimientos desarrollados desde que se inició y los que le sucederán antes que la paz se firme, y hasta las consecuencias que para cada uno de los contendientes y para la causa de la humanidad ha de producir la solución definitiva.

Expone las consideraciones alegadas por los partidarios de una y otra tendencia, sin querer manifestar su juicio propio.

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES.—Julio.

Primer número.—En el prefacio dirigido al lector se dice que ve la luz este *Boletín* en cumplimiento del art. 96 del Reglamento, y que será órgano del Instituto de Reformas Sociales ante la opinión pública, muestra de su actividad y uno de sus medios de comunicación con las clases obreras y patronales y con la Nación toda.

«Siendo misión del Instituto de Reformas Sociales preparar la legislación del trabajo en su más amplio sentido, responder á las consultas de los Ministerios y á todas las demandas atendibles, y cuidar de la ejecución de las leyes de trabajo, su *Boletín* ha de tener por objeto la vulgarización de cuanto el Instituto lleve á cabo para cumplir fielmente sus fines; y para contribuir á ellos, por su parte, del modo más eficaz posible, solicita la cooperación del país, y muy especialmente de los organismos patronales y obreros y de los centros oficiales cuyas tareas tienen relación más ó menos directa con las del Instituto.

»Dada la imprescindible necesidad del conocimiento de lo que en otros países se ha hecho, y se hace, en el orden social, el *Boletín* ha de extender su acción al extranjero por cuantos medios estén á sus alcances».

Así, pues, comprenderá desde luego dos partes: la nacional y la extranjera, cuyas subdivisiones han de tener la analogía que impone la homogeneidad de las materias. El sumario del *Boletín* constará de las siguientes secciones: I. Instituto de Reformas sociales. II. Producción, mercado del salario, salarios. III. Coste de la vida. IV. Huelgas, paros, conciliación, arbitraje. V. Crónica social. VI. Legislación. VII. Aplicación de las leyes. VIII. Crónica del extranjero. IX. Bibliografía.

IDEAS.—Buenos Aires, Mayo.

Las enfermedades del lenguaje musical, por José Ingegnieros.—Los poetas de la Grecia heroica simbolizaron en ingenioso emblema el poder de la poesía y de la música, con sus fuerzas de elo-

cuencia persuasiva, creando el mito de Anfrou, dios menor, tan hábil músico, que los muros de Tebas erigiéronse al simple son de su lira, pues las piedras, sensibles á la dulzura de tanta melodía, movíanse espontáneamente para apilarse de por sí las unas sobre las otras.

En este emblema el lenguaje musical tiene la suma virtud de seducir á los rudos hombres primitivos, errantes en los bosques, reuniéndolos en grupos sociales, concretos, para fabricar las ciudades. El arte muéstrase palanca poderosa en la constitución de clases y de tribus.

Define el articulista el lenguaje, y dice que el hombre, para expresar estados indefinidos, usa una forma determinada del lenguaje: el musical. La ignorancia de los primeros observadores lo hizo considerar como una simple manifestación del lenguaje hablado, inferior á él, pues sólo podía expresar sentimientos vagos. Pero con el tiempo se llegó á interpretarlo como una función distinta, con evolución y desarrollo autónomos, subordinados á centros de imágenes cerebrales propias, susceptibles de educarse, modificarse ó destruirse, independientemente de las otras formas del lenguaje, ó al mismo tiempo que ellas den cuenta de algunos casos raros de *afaria*, ó pérdida del lenguaje; y termina diciendo que ya, desde las primeras edades de la humanidad, tan lejos como puede ascenderse en las tradiciones históricas, el arte musical ha sido empleado para sugerir ideas de bondad y de belleza, coraje á los guerreros, fe á los creyentes, alegría al pueblo, respeto á los triunfadores y á los Césares. Esa audición sugestiva de la música y su alto prestigio sobre el alma de las multitudes, atraviesa todas las épocas, sobreviviendo á las tornadizas costumbres del pasado.

Como elemento curativo directo, la música puede sacudir á los deprimidos ó calmar á los excitados, siempre que se elija acertadamente; las diferencias de ritmo y de tono determinan acciones psicológicas diversas.

El articulista termina diciendo que acaso fuese altamente humanitario emplear la música como lenitivo de la agonía en los moribundos.

FRANCESAS, POR JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ

REVUE SCIENTIFIQUE.—16 Julio.

La vejez, por Elie Metchnikoff.—El problema de la vejez es uno de los más complicados y difíciles que encierra la biología. ¿A qué edad comienza este estado último de nuestra vida? ¿Cuándo puede decirse que el hombre ha dejado de tener la fuerza intelectual necesaria?

Afortunadamente en nuestra civilización, los peligros de los ancianos no son muy grandes. En los tiempos antiguos, ó en los pueblos salvajes modernos, la situación era y es mucho más grave. Por ejemplo: en la Milanesia era costumbre enterrar vivos á los viejos inútiles para el trabajo. En Nate, los ancianos tenían al menos el consuelo de ser enterrados con un cerdo al lado, cerdo que se comían en el festín con que se cele-

braba la muerte del enterrado vivo. Cuando los habitantes de la Tierra del Fuego se ven amenazados de hambre, matan y se comen á las mujeres viejas antes de comenzar con los perros. A quien les preguntaba por qué obraban de este modo, le respondieron que «porque los perros cazan las focas y las mujeres no hacen nada».

Los pueblos civilizados no matan ni se comen á los ancianos; pero no por esto deja de ser la vida de éstos penosa. Incapaces de realizar algún papel útil en la familia ó en la comunidad, la gente vieja es considerada como carga muy pesada; y si no se tiene el derecho de desembarazarse de ella, se desea de todos modos su fin, siendo motivo de impaciencia que no llega lo bastante pronto. Los italianos atribuyen á las mujeres viejas siete vidas, y los bergamascos creen que las ancianas poseen siete almas grandes, una pequeña y la mitad de otra.

Estos dichos populares tienen su eco en el hecho frecuente de los asesinatos de viejos, incluso en los países más civilizados de Europa. También son muy frecuentes los suicidios. Las estadísticas demuestran que un 36 y 1|2 por 100 de los suicidas son adultos, y un 63 y 1|2 por 100 ancianos.

Los viejos tienen el deseo de la vida. Desean continuar como hasta entonces en sus trabajos y ocupaciones, no renunciando ni al amor; Goethe, á los setenta y tres años, se enamoró de Ulrique de Larrezour, joven de diecisiete años, y quiso casarse con ella.

La vejez es, pues, la época de nuestra existencia más llena de contradicciones. De un lado el deseo de vivir, de ser activo, de amar: y de otro lado la imposibilidad de realizar estos deseos. ¿Qué es, pues, este período tan desgraciado de la vida?

El aspecto de los viejos es demasiado conocido para que sea necesario describirle. La estatura del anciano disminuye. El hombre pierde de los cincuenta á los ochenta y cinco años más de tres centímetros, y la mujer todavía más: cuatro centímetros y tres milímetros. Alguna vez llega esta disminución de estatura á los seis y siete centímetros. El peso también llega á ser menor. De los cuarenta á los cincuenta años el peso alcanza su máximo. A contar de los sesenta comienza á disminuir, y á los ochenta años esta pérdida alcanza la cifra media de 6 kilos.

La disminución de la estatura y del peso del cuerpo trae consigo una atrofia general de organismo de los viejos. No solamente los músculos y las vísceras adquieren mayor ligereza con la edad, sino que el esqueleto pierde peso á causa de la disminución de materias minerales. Esta decalcificación en la vejez trae consigo una mayor fragilidad en los huesos.

Para explicar le atrofia general del cuerpo en la vejez, se ha tratado de penetrar en la estructura íntima de los órganos y la piel de los viejos. Las manifestaciones visibles de nuestro organismo representan una suma de funciones de elementos microscópicos que entran en la constitución de nuestros órganos, y para juzgar de las alteraciones seniles de nuestro cuerpo, es indispensable estudiar los cambios que se operan en las células que lo componen.

Un gran número de estos elementos se pierden continuamente. De la superficie de nuestra epidermis se

desprenden pequeñas escamas, formadas por una cantidad de células desecadas é incapaces ya de proteger nuestra piel. Las secreciones mucosas contienen diariamente un gran número de células que constituyen estas membranas. Se produce, pues, en nuestro cuerpo una pérdida considerable de elementos microscópicos, cuya reconstitución es necesaria para el mantenimiento del debido equilibrio.

Dado esto, es natural preguntar si la reposición de nuestras células se hace tan rápidamente en el viejo como en el joven.

Wessmann, que es uno de los sabios que más se han ocupado en estas cuestiones, afirma que la debilidad senil, que termina con la muerte, depende no ya de la pérdida misma de las células de nuestro organismo, sino de la falta de renovación suficiente para reparar esta pérdida. Es incuestionable que las células se reproducen con mayor actividad durante la vida embrionaria, y que más tarde disminuye sin cesar en el curso de la vida toda.

A pesar de la opinión de numerosos sabios, es indudable que los hechos desmienten las teorías y que realmente no existe una disminución general en la vejez de la reproducción celular. El cabello, el vello y las uñas, que son secreciones de la epidermis, duran toda la vida, gracias á la reproducción de las células que los constituyen; no se manifiesta ninguna desaparición en el desenvolvimiento de estas secreciones, ni en la vejez más avanzada. Por el contrario, sabido es que el vello que cubre ciertas partes del cuerpo, aumenta en número y largura en la vejez. Sin embargo, estas partes sufren una degeneración senil con la pérdida del pigmento. El emblanquecimiento de los cabellos es sin duda un fenómeno de atrofia, debido á la desaparición de granulaciones colocadas, y no á la falta de multiplicación celular.

Basta lo anterior para desechar la teoría de la vejez, basada en el agotamiento de la facultad reproductora de las células.

La pérdida de las granulaciones coloreadas de los cabellos y del vello, es debida á la movilización de una cantidad de células que destruyen los pigmentos, dejando el cabello y el vello decoloreados. La atrofia de los músculos se produce por una multiplicación de núcleos y de las substancias que le rodean. En los huesos, la substancia huesosa es destruída por células gigantes En la atrofia de los órganos seniles, que acabamos de estudiar, el fenómeno general y esencial consiste, pues, en la destrucción de las partes útiles al organismo por células móviles, células voraces, que entran en la categoría de los elementos designados con el nombre genérico de *macrófagos*. Ciertos macrófagos hacen desaparecer el pigmento de los cabellos y del vello; otros destruyen los huesos; y otros, en fin, devoran la substancia contráctil de los músculos.

Después de haber destruído los elementos mejores del organismo, tales como las células nerviosas, renales y hepáticas. Los macrófagos se fijan definitivamente, transformándose en un tejido conjuntivo, que no llega jamás á suplir los elementos que ha destruído. De este modo se produce en los viejos la esclerosis de los órganos, causa de agotamiento prematuro.

LA RENAISSANCE LATINE.—15 de Julio.

El renacimiento de la música latina, por M-D. Calvo Coressi.—Hace algunos años todo el mundo admitía con unanimidad de juicio que Alemania era la primera de las naciones musicales, tanto por el número y excelencia de sus composiciones, como por la cualidad y tendencias de su público. Pero hoy se ha producido una evolución tan rápida é importante, y con etapas tan decisivas, que es imposible hasta á los espíritus más parciales no reconocer que esta reputación de supremacía se ha resentido hondamente. Una escuela musical es grande, tanto por su pasado como por su presente, ó por las dos cosas juntas; y si el pasado musical de Alemania es maravilloso, nosotros sabemos ahora que otros países no le van en zaga ni por la antigüedad ni por la importancia. Y al lado de los admirables maestros alemanes del siglo XIX nos encontramos otros que pueden ocupar puestos de honor en la historia del arte. Por lo que se refiere al presente, no se puede negar que la imcomparable serie de compositores de genio no parece interrumpirse en Alemania. Este país, desde la muerte de Ricardo Wagner, vive casi únicamente de la gloria de Brahms, que es, ante todo, un gran continuador de la tradición clásica. Guardián celoso de la herencia del pasado, Brahms fué dotado de una inspiración grave, consciente del dominio que podía recorrer con toda seguridad, ansioso sobre todo del más allá: ninguna audacia sacrílega incita jamás al compositor á traspasar los límites que otros antes que él habían alcanzado. Y Alemania entera, de acuerdo en esto con el maestro, se muestra, no ya sólo indiferente, sino hostil á toda innovación en el arte musical. No se cite el caso de Ricardo Strauss. Por revolucionario que aparezca, en efecto, á primera vista, este compositor permanece, en el fondo, profundamente apegado á la tradición de su país. El organiza libremente, á decir verdad, los materiales de que se sirve, pero el origen de esos materiales es siempre conocido. No hay ningún pensamiento al que no se le pueda encontrar su filiación.

Mientras la música permanece estacionaria en Alemania, otras escuelas se revelan. Hubo un momento, en la segunda mitad del siglo XIX, que parecía indicar que Rusia estaba destinada á conquistar uno de los primeros puestos. Como continuadores de Glinka y Dargomyjski, aparecen verdaderos maestros que se afirman rápidamente, y sus obras forman una lista bastante larga, que da á Rusia derecho de ciudadanía entre las razas más fecundas en músicos de valor. Pero aun así, parece que esta maravillosa actividad sufre, por el momento, al menos, una interrupción. Glazounow, último de los maestros rusos, que comenzó con admirables obras, no ha sabido sostenerse en su posición, y entre los compositores jóvenes, como Liadow, Taneïew, Areusky, Gliese, etc., ninguno ha manifestado grandes cualidades originales; y el dominio conquistado por los iniciadores no parece estar en vías de engrandecerse. En Escandinavia, Grieg, Svendsen y algunos otros, no merecen en realidad el nombre de novadores. En Inglaterra, que puede enorgullecerse de su pasado, se vislumbra un movimiento, cuya impor-

tancia no es dable al presente indicar: un compositor inglés, Edward Elgar, produce actualmente obras de gran interés y que se distinguen por su visible originalidad. En Bélgica, el movimiento es más franco; y aunque es grande el número de los músicos de valia en este país, no hay ninguno que haya escrito una obra definitiva. Entre los músicos checos es preciso citar á Dvorak y Smetana, poco y mal conocido de nosotros. Hay derecho á esperar un brillante porvenir á esta escuela naciente; pero su importancia no se puede todavía apreciar.

Si pasamos ahora á las naciones de raza latina, es indudable que en España se siente una renovación del arte y un deseo de hacer revivir su glorioso pasado musical, enlazando el arte actual con el arte de los antiguos maestros.

Basta recordar la gloriosa antigüedad de la escuela española, y, sobre todo, y entre todos los nombres de que puede enorgullecerse, los de Juan del Encina, de Cabezón, de Morales, de Victoria, que fué el digno émulo de Palestrina, y, en fin, de Juan Bautista Comes.

Entre los contemporáneos, al lado de Pedrell, es menester citar á Albéniz, cuya obra es ya considerable; á Granados, que ha escrito música llena de color local, y á Bretón, cuya ópera, los *Amantes de Teruel*, demuestra, al parecer, una inspiración profundamente nacional, y ha obtenido, hace pocos años, un verdadero éxito en Madrid.

En cuanto al estado presente de Italia, se puede resumir diciendo que después de una época gloriosa se señalará una larga decadencia, durante la cual no se cultiva más que la ópera banal. Hoy al lado de la ópera, se hacen algunas tentativas, en verdad bien tímidas, pero que demuestran que los jóvenes compositores se han dado cuenta de la existencia de una música digna de ser cultivada por su propia belleza.

Pero en ningún país latino el esfuerzo ha sido tan intenso, tan general, tan preciso en sus ambiciones y tan rápido en sus resultados como en Francia durante este cuarto de siglo; y no teniendo en cuenta más que el número y el valor de los compositores franceses de hoy, nadie podrá negar le supremacía reconquistada por ellos.

Después de las obras de Berlioz y de las de César Frank se ha manifestado un arte jóven, robusto, libre del yugo del pasado, la *Gwendoline*, de Chabrier; le *Nêve*, de Bruneau; *Fervaal*, de Vicente; d'Indy, y, en fin, *Pellèas et Melissande*, de Debussy. En la música instrumental, la *Lénore*, de Dupare; la *Lymphonie cévenole*, de d'Indy; el *Prèlude à l'aprés-midi d'un faune*, y los Nocturnos, de monsieure Debussy, son ejemplos de la liberación del alma musical francesa.

Entre los más jóvenes compositores, entre aquellos cuyos nombres no son aun repetidos por el público, hay muchos que han demostrado ya una personalidad bien acentuada, y que tienen, ante todo, el deseo de ser nuevos, de ser *ellos mismos*.

Por el contrario, en Alemania, como queda dicho, los músicos tienen tantas más probabilidades para ser apreciados, cuanto más cuidado ponen en no apartarse de la tradición, y tratan, por lo tanto, de presentar al público, con salsa de sabor algo extraño, el pescado acostumbrado de todos sus *menús* artísticos. De este

modo se producen allí por docenas sinfonías, cuartetos y sonatas. En Francia, entre tanto, desde que se han vuelto á escribir sinfonías, no se han producido más que unas quince á lo sumo. Pero cada una de esas quince contiene un esfuerzo, más ó menos feliz, hacia lo nuevo, queriendo ser la expresión personal de un pensamiento musical que no ha sido aun formulado. Una escuela, cuyos representantes procuran de tal modo libertarse de las fórmulas ya explotadas, y que inspirándose en este sentido han escrito tan bellas obras, puede pasar, con perfecto derecho, por una de las mejores, si no por la mejor de las escuelas de su tiempo.

La gran fuerza de Alemania está en su tradición antigua é indestructible, en la extensa lista de maestros que se suceden desde Henri Schütz, Kuhnau y Bach, hasta Ricardo Wagner, pasando por Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Weber y Schumann. Fascinada Alemania, se dedica á contemplar tanta obra maestra, obstinándose en mirar más allá de ese círculo inmenso, pero limitado, que forma esta herencia de belleza.

En cambio, los países latinos que poseen por su parte una herencia no menos valiosa, parecen decididos á, sin olvidarla, caminar por rumbos nuevos. Y para demostrarlo, el articulista echa una rápida ojeada histórica por la música de Italia, Francia y España, para terminar diciendo que el genio musical latino está en vías de ocupar el lugar á que tiene derecho, y que es necesario que todos aprendan á conocer y amar, tanto á los antepasados de la escuela latina como á sus representantes de hoy, que son dignos, bajo todos conceptos, de sus admirables predecesores.

REVUE POLITIQUE ET PARLAMENTAIRE.—10 de Julio.

Nuestra política en Marruecos, por ***.— Expone el programa de acción que Francia debe seguir en Marruecos, dada la necesidad que tiene aquella Nación de extender su influencia en el Imperio marroquí, con exclusión de toda influencia extranjera, pacíficamente y en las mejores relaciones con el Emperador.

Comienza por el régimen financiero, estudiando el existente en Marruecos y el impuesto del *tertib*, que encuentra aceptable, y que se debe conservar en la forma en que ahora está en vigor, modificando únicamente el nombramiento de los funcionarios, que deben ser europeos é investidos de la autoridad necesaria para inspeccionar la materia imponible, y para recibir las reclamaciones de los indígenas formuladas con toda libertad. En cuanto á las aduanas, es necesario dar facilidades al comercio europeo y tener un personal selecto encargado de la vigilancia y represión del contrabando. Habla después ligeramente de los monopolios (el tabaco y el kif, el derecho de puertos y mercados, las rentas de dominio público y las ofrendas de orden religioso. Esto en cuanto á los ingresos: los gastos son únicamente: la lista civil del Emperador, el pago de los funcionarios y el sostenimiento de las tropas. Los gastos regulares serían muy pocos, si no fuese porque la lista civil del Emperador no es limitada, y porque el sostenimiento de las tropas puede ser muy barato ó muy caro, según sea en tiempo de paz ó en tiempo de guerra. En cuanto al pago de los funcionarios, está

mal organizado: los sueldos no son fijos y su cuantía varía según el deseo y capricho del Sultán.

Estudia el ejército, que actualmente tiene un comienzo de organización: infantería, caballería, artillería, etc. Los grados no se dan por razón de capacidad militar, sino por la situación de las familias y la importancia de la suma de dinero ofrecida al Ministro de la Guerra Su reforma consistiría en la admisión de mercenarios musulmanes de Argelia y el Senegal educados á la europea.

En cuanto al culto, es menester obrar con gran circunspección. El moro es, contra lo que se cree, más crédulo que fanático; pero de todos modos ama á su religión, y es necesario respetarla no cambiando el sistema actual, en cuanto á los bienes, y sí sólo mediante una acción discreta procurar una mejor utilización de los bienes religiosos. El estado no tiene intervención en materia religiosa; pero las Mezquitas gozan de personalidad civil y son dueñas de cuantiosos capitales.

Enseñanza: Actualmente existe una enseñanza indígena casi exclusivamente coránica; pero como el Sultán al parecer se muestra propicio á que la educación sea más extensa, y buena prueba de ello es las veces que ha enviado jóvenes moros á instruirse á Europa, utilizando los recursos religiosos se podrían sostener: 1.º, unas escuelas coránicas elementales en donde los indígenas aprendieran á leer y escribir; 2.º, unas «medersas», especie de escuela secundaria, con un programa de enseñanza completo; y 3.º, una «medersa» superior en Fez, en donde se reunirían los sabios indígenas de más renombre. Como jefe del Estado, el Sultán podría subvencionar escuelas árabes francesas, que deberían ser: a) *elementales*, en donde los indígenas aprendieran el idioma francés, elementos de cálculo, y recibiera una enseñanza educadora ó profesional; b) escuelas *secundarias*, únicamente de instrucción, en las que los alumnos más aventajados de las escuelas elementales podrían adquirir conocimientos teóricos más especiales.

Estos serían, en el fondo, verdaderas escuelas de civilización que Francia crearía paralelamente á la enseñanza indígena, conservada y mejorada. El dinero necesario para esta organización podría encontrarse creando una Caja especial, llamada de la enseñanza pública, que gozase de personalidad civil. En el fondo esto ya existe; pero sin organización de ninguna clase.

Justicia: Se funda en el Korán; algunas veces también en la costumbre (siempre oral). La justicia se administra por el kaid, el pachá y el gadhí. Hay que tender á codificar la jurisprudencia resultante de las interpretaciones del Korán y de la costumbre, establecer el estado civil de los indígenas y el registro civil.

La propiedad se halla bien constituída en Marruecos; es individual, basada en títulos, y transmisible. No hay más que crear el Registro.

Beneficencia pública: Es completamente rudimentaria: cada zacüia es, realmente, una especie de casa de huéspedes, en donde pueden refugiarse mendigos y caminantes, encontrando víveres y hasta vestidos. No hay hospitales, ni asilos, salvo en Marraskech y Fez, en donde existen unos «merstan» que no sirven en realidad más que para prisión de mu-

jeres. Los enfermos y las enfermedades son muy numerosos; los médicos muy deseados y considerados; pero no hay más médicos que los europeos y en número muy escaso. Seguramente no pasarán de 10.

Por medio de la beneficencia pública conseguirá Francia conquistar el alma del indígena. Aumentando el número de médicos, haciendo que su acción se extienda: que la higiene se propague; fundando hospitales, enseñando á los indígenas para que sirvan de enfermeros, etc., pronto se verían los efectos que producían tales medidas en el ánimo de los moros. A esto habría que añadir la prohibición de la venta del kif y del alcohol, cuyos resultados para la salud no pueden ser más fatales.

La última parte del artículo está dedicada á las obras públicas, carreteras, ferrocarriles, transportes de productos, puertos, etc.

ARABES, POR DOLORES ALVAREZ DE TERÁN

AT TAÎFAT.—Primera época.

El número siete.—Es un número considerado como cabalístico, ó por mejor decir, lo era, porque en nuestros tiempos somos poco dados á semejantes preocupaciones.

Sin embargo, no deja de ser curioso recordar el puesto importante que tiene el número *siete* en nuestros recuerdos. Por de pronto recordamos las *Siete maravillas del mundo*, ó sean, las siete obras de arte citadas como las más célebres de la antigüedad, á saber: las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Babilonia, la tumba de Mausolo, la estatua de Júpiter Olimpio, el coloso de Rodas, el templo de Diana y el faro de Alejandría.

Después, además de los sietes que se encuentran en cada página de la Biblia, y que tienen por principio los siete días de la creación del Génesis, tenemos: *las siete cabezas de la hidra*, el fabuloso monstruo que merodeaba en el Peloponeso; *las siete vacas gordas y las siete vacas flacas* que anunciaban á Faraón siete años de abundancia y siete de penuria; *la guerra de los siete jefes*, ó sea, la expedición emprendida por Adrastes y los héroes argos para restaurar á Polínice en el trono de Tebas; *los siete sabios de Grecia; las siete colinas de Roma; la república de las siete islas*, la de las islas jónicas; *los siete hermanos*, nombre de las siete montañas de la Mauritania tingitana; *las siete bocas del Nilo; el castillo de las Siete Torres*, en Constantinopla; *la leyenda de los siete obispos*, enviados á España por San Pedro y San Pablo; *los siete infantes de Lara*, célebres en las crónicas españolas; *los siete electores*, príncipes que tenían el privilegio de elegir el emperador de Alemania; *la guerra de los siete años*, guerra á la que debió Prusia llegar á ser potencia de primer orden.

Añádase que el número siete desempeña un gran papel en las cosas actuales de la vida. La semana tiene siete días, la música siete notas y el prisma siete colores; se cuentan siete planetas, hecha abstracción de los cuatro telescópicos. Si se ha de creer á los fisiólogos, cambiamos de piel cada siete años. Dícese proverbialmente

en árabe: hay que dar siete vueltas á la lengua en la boca antes de hablar. Los rusos dicen: siete no esperan á uno; y los españoles dicen que los niños no pecan hasta los siete años. Se pretende que el justo peca siete veces al día; y cuando experimentamos una gran alegría, afirmamos que nos transportamos al séptimo cielo.

Hasta nuestros mismos recuerdos de la infancia nos hablan del número siete: Barba Azul tuvo siete mujeres, y las botas del Ogro tenían siete leguas de largo.

Encuéntrase uno de tal manera acostumbrado á ver en todas partes el número siete, que hasta le asignamos á lo que no le pertenece. Afírmase, por ejemplo, sin nada que lo justifique, que la Estigia daba siete veces la vuelta á los infiernos; y á menudo se oye hablar de las *siete plagas de Egipto*, cuando, á lo que se asegura, fueron diez.

Para terminar, téngase presente que son *siete las artes liberales:* Gramática, Retórica, Dialéctica, Música, Aritmética, Geometría y Astronomía; y recuérdese que Jesús enseñaba que había que perdonar *setenta veces siete*.

LIBROS RECIBIDOS

Cerámica Artística: La Segoviana, por Daniel Zuloaga.

El jardín de Epicuro, por Anatolio France.—Editores, Henrich y Compañía.—Barcelona.

Pasados por agua, por Luis Morote.—F. Sempere y Compañía, editores; Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Creación y Evolución, por Herbert Spencer.—F. Sempere y Compañía, editores, Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Los problemas de la vida, por Augusto Laugel.—F. Sempere y Compañía, editores, Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

Mensaje del Sr. Presidente de la República de Honduras.—Tip. Nacional. Tegucigalpa.—1904.

Nuevos estudios acerca del arte contemporáneo, por H. Tierrens-Gevaert.—Traducido del francés, por Luis María Cabello y Lapiedra.—Madrid.—Librería de Fernando Fé.—1904.

Leyendas de la amistad, por Félix B. Basterra.—Montevideo.—Maximino García, editor.—1904.

Documentos para la Historia de Aragón, por Eduardo Ibarra.—Zaragoza.—1904.

Medicina doméstica, por el Dr. Alfredo Opisso.—Colección de Manuales Soler.—Barcelona.—1904.

Mi vida diplomática (Recuerdos de), por Vicente G. Quesada.—Buenos Aires.—Librería de J. Menéndez.—1904.

Estudios sociales, por José Gascón Marín.—Imprenta de *La Revista de Legislación*.—Ronda de Atocha, 15, centro.—Madrid.—1904.

Municipalización de servicios públicos, por José Gascón Marín.—Librería general de Victoriano Suárez.—Preciados, 48.—Madrid.—1904.

Origen de la familia (dos tomos), por Federico Engels.—F. Sempere y Compañía, editores; Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia.

• • SE PUBLICA •
EL DIA 15 DE CADA

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the time.

Please return promptly.